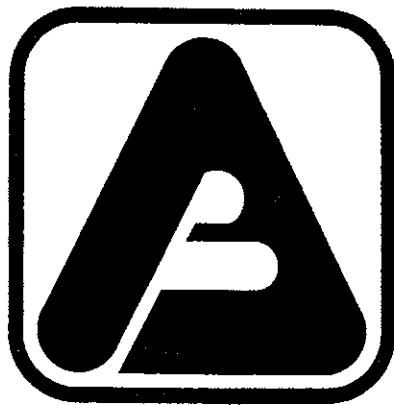


MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

**NARRATIVA
Y
ENSAYO**





FUNDACION
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Miguel Otero Silva
Ángel Rama
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez

NARRATIVA Y ENSAYO



MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

NARRATIVA
Y ENSAYO

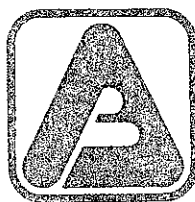
Selección y Prólogo

ORLANDO ARAUJO

Cronología

MARÍA BEATRIZ MEDINA

BIBLIOTECA



AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley.
Depósito Legal lf 82-1131
ISBN 84-660-0084-4 (tela)
ISBN 84-660-0083-6 (rústica)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ apareció un buen día convertido en escritor. Sorprendió a los escritores ya conocidos, escandalizó a algunos académicos y emocionó a muchos lectores con ese pequeño libro primoroso que es *Sensaciones de Viaje*. Nadie, en nuestra tierra, había comenzado de manera más frívola su carrera de escritor: una apuesta con un amigo y compatriota frente a un hermoso paisaje italiano parece haber bastado para que el joven médico cambiara el bisturí por la pluma. Sin embargo, pocos escritores venezolanos se han tomado tan en serio y han cuidado tanto su estilo como Díaz Rodríguez. De gran riqueza imaginativa y de fácil expresión, su trabajo no consistía en la búsqueda afanosa de una frase feliz sino, al contrario, en el freno a la expresión espontánea y en el dominio y medida de una desbordante fantasía.

Lo de la apuesta, que seguramente es verdad, sirvió para disimular una rigurosa preparación. Díaz Rodríguez, como el Alberto Soria de *Idolos Rotos*, trabajaba en silencio para disfrutar presentando su obra ya concluida, ante el estupor de quienes desconocían el trabajo tenaz y prolongado del artista. Muchos de sus discursos, que arrancaron frenéticos aplausos y que andan por allí circundados de una leyenda de improvisación al minuto, fueron madurados bajo la sombra de una ceiba —su árbol favorito— en la tranquila hacienda de Chacao. El mismo nos cuenta cómo preparó, de este modo, su discurso sobre Pérez Bonalde.

Entre los veinticuatro y los treinta años, Manuel Díaz Rodríguez escribe seis libros: dos de viajes, dos de cuentos y dos novelas. Recibe por su primer trabajo, el premio de la Academia Venezolana de la Lengua; y ya en 1902, a los treinta años, es el escritor más brillante de su generación. Se leen y se discuten sus obras en Venezuela, en Hispanoamérica y en España. Pío Baroja se incomoda con él, Valle Inclán lo lee y lo comenta con aprecio en su habitual tertulia, Rodó lo admira, Rubén Darío lo estima y lo alienta. En Venezuela, Urbaneja Achelpohl, Pedro Emilio Coll, César

Zumeta y hasta Blanco Fombona, en aquel tiempo, lo rodean y, hacia 1908, cuando aparece su séptimo libro, Díaz Rodríguez es maestro indiscutido de la juventud literaria de entonces: Julio Rosales, Rómulo Gallegos y sus compañeros de generación van a aprender buen oficio en él, y ya le llaman Maestro. Es figura ejemplar de nuestras letras y aún no tiene cuarenta años.

Después viene un largo silencio. La inevitable fiebre roja de América Latina, la política, no como pensamiento ni teoría, sino como actividad, lo va a atrapar precisamente cuando su vida había madurado para la creación definitiva. En las dos décadas siguientes, hasta su muerte en 1927, el ajetreo burocrático sólo permite a este hombre tan fecundo en letras, avanzar buscando la novela nacional con *Peregrina*, sin poder lograrla; algunos cuentos más, de calidad variable; un volumen de sus discursos líricos; y al morir deja bocetos y notas que se recogerán en libro póstumo (*Entre las Colinas en Flor*) de gran interés porque allí se observa su íntimo afán de seguir buscando aquella expresión novelística que no lo satisface en *Peregrina*.

A medio siglo de su muerte, Manuel Díaz Rodríguez es un escritor olvidado, desconocido —cuando no censurado sin leerlo— por los más jóvenes; sin carisma literario para los volubles lectores del “boom” latinoamericano y cuyo culto paradójicamente ha quedado en las manos de aquellos a quienes tanto ironizó: los tios académicos, los fríos puristas.

¿A qué se debe que en un país donde no abundan grandes valores literarios, un escritor de tanto talento y buena pluma aparezca, trabaje, domine el oficio, produzca, brille y luego se hunda en el olvido para quedar tan sólo como un hombre que los estudiantes deben recordar en sus exámenes y, en el caso de Díaz Rodríguez, para el estudio en institutos universitarios de Venezuela y del exterior?

Esta es una pregunta cuya respuesta, que yo no tengo, tendrá que ser investigada más allá de un simple contexto nacional como intenté hacerlo una vez; porque no se trata de un fenómeno venezolano, sino hispanoamericano. Y si extendemos las coordenadas al fondo histórico del problema, tendríamos que admitirlo como un fenómeno nada insólito del arte literario universal. Si se tratara de valores falsos, de trampas de la propaganda o de imposiciones de la política, no habría problema: el tiempo los habría llevado al fondo de las aguas que un día revolvieron. Pero se trata de valores literarios auténticos, como en el caso de Díaz Rodríguez y de contemporáneos suyos cuya maestría, por desgracia, no está incorporada a la formación del venezolano actual, como en el caso de Zumeta, Coll, y aún más cercanos en el tiempo, Enrique Bernardo Núñez en cuyas escrituras encuentro la primera teoría histórico-vital de Venezuela; y Mariano Picón Salas, cuya barca de olvido ya va laguna adentro.

Buen problema para la sociología literaria, cuyo análisis tendrá en cuenta aquello de la “fiebre roja” al parecer inevitable para el escritor latinoamericano, porque de esa fiebre y sus contagios deriva la confusión, tam-

bién inevitable en tierras de historia volcánica, entre política y literatura. El caso reciente de Rómulo Gallegos lo demuestra: olvidado y negado en la década de los sesenta, cuando su nombre era utilizado políticamente en la lucha cotidiana, viene siendo rescatado literariamente a finales de la del setenta, cuando la voraz cotidianeidad política lo ha dejado libre.

Pero hay, me parece, otros factores más endógenamente ligados que la política al auge y la caída de una vigencia literaria auténtica. Están la moda, las variaciones estéticas y del gusto, las hegemonías literarias cuyas metrópolis son tan poderosas como las de las hegemonías económicas. Y hay, sobre todos, un factor que es el que a mí me interesa destacar aquí, en la ocasión que nos depara el nombre y la obra de Manuel Díaz Rodríguez: y es que muchas veces, demasiadas veces, la juventud no conoce a sus maestros porque, o no se los han dado a conocer o, peor aún, se los han dado a desconocer.

Ciertamente me atrevo a decir que la "Generación Perdida" norteamericana fue a buscar a Europa, desencantados de las letras nativas, una maestría literaria que ya tenían en su propia tierra, pero mal transmitida por quienes dirigieron su formación: fueron a Europa a buscar a Hawthorne, a Melville, a Poe y a Whitmann.

En contextos diferentes, y dentro de una tradición distinta ¿no nos sucederá igual a nosotros en el ámbito hispanoamericano?

EL ESTILO ES EL HOMBRE

¿Quién es Manuel Díaz Rodríguez como escritor? y si el estilo es el hombre ¿cuál es su estilo? ¿De dónde vinieron sus letras y adónde fueron? ¿Cuál es el legado? ¿Qué puedo decirle a esa juventud literaria y bravía que anda por allí abriéndose a codazos (no siempre nobles) un puesto en las letras del país? Me siento obligado a intentar una respuesta aquí y ahora.

Manuel Díaz Rodríguez fue uno de los escritores más cultos y contemporáneos de su época y no descansó jamás en la tarea de cultivarse y en el *camino de perfección* que le imponía su ideal literario. Buena lección para nosotros, que al primer cuento, poema o ensayo ya estamos quejándonos de no haber sido consagrados. Díaz Rodríguez lee y habla el francés, el italiano y el alemán. Lee a Gauthier, Baudelaire, Mallarmé, Gourmont, Rimbaud, Verlaine, y deja testimonio de esas lecturas. Conoce y admira a Nietzsche a quien llama el anticristo mayor de la filosofía y de quien toma la concepción del mundo griego como contraste entre el espíritu dionisiaco y el apolíneo y cuyas coordenadas busca Díaz Rodríguez en la dialéctica idealista del arte posterior. Estudia y admira a D'Annunzio. Lee repetidas veces al *De Profundis* de Wilde. Su concepción del héroe y del papel del hombre en la historia revela la huella profunda de Carlyle. Su idea de la élite intelectual se identifica con la concepción similar de José Enrique

Rodó. El estetismo penumbroso de capillas y de amantes en el cual cristianismo y paganismo se mezclan con sensual atrevimiento, lo une al Valle Inclán de las *Memorias del Marqués de Bradomín*. La idea de misterio en el arte y la reacción anticientificista lo llevan a admirar a Pater en Inglaterra, a Conti en Italia, a Alomar en España; y a chocar polémicamente contra Nordau en Francia y contra Carbonell en Venezuela. Su idea del cristianismo primitivo y su imagen de Jesús, tienen el toque idealista de Renán. Díaz Rodríguez es el escritor más culto de su generación. Su personalidad independiente y su capacidad creadora lo salvan de caer en el simple traslado y reflejo de ideas y recursos. Su lucidez crítica se pone de relieve en *Camino de Perfección*, pequeño libro olvidado y digno de figurar, por su factura literaria, templanza de estilo y afán de retorno místico a la naturaleza, entre los clásicos de la lectura castellana. Su condición creadora está en la maestría para darnos el matiz más esquivo de las cosas, la sencillez lograda con refinamiento y lo que es la clave de toda su obra ensayística, narrativa y poética: un permanente y auténtico anhelo de vivir y de amar intensamente en todos los paisajes del hombre, bajo todos los soles y sobre todos los mares.

Cuando hablamos del estilo de un escritor, no podemos empobrecer la expresión reduciéndola exclusivamente al marco de los recursos del lenguaje que el escritor utiliza, ni a su disposición en la prosa o el verso, ni a la riqueza o pobreza de la imaginería, ni al acierto o desacierto de la técnica, sino a todo eso y algo más, pues antes de expresarse el autor ha hecho, con mayor o menor conciencia, una elección entre las cosas. Antes de la creación sólo existe el caos. Las cosas están allí frente a nosotros, ofreciéndose con su multitudinaria presencia, pero no podemos abarcarlas todas. La reiteración de una mirada es ya una selección, y el nombre es ya un ordenamiento. La palabra más inocente es ya un compromiso del hombre con las cosas, y las palabras con que un hombre se expresa nos devuelven una individualísima unidad mágica, que tiene tanto de las cosas elegidas como del hombre que las elige, pero que forma una tercera realidad autónoma: la dinámica de esta tercera realidad es el estilo. De ser así, entonces el estilo no es el hombre, así como la biografía no es la crítica ni la novela es el espejo de la vida. Por todo ello, la investigación y aprehensión de un estilo literario exige una técnica de filtros aplicada a los mundos interiores y exteriores de una obra para que nos vaya dejando entre las manos la quintaesencia de aquella individualísima unidad de cuya magia hablamos.

La crítica literaria tiene sobresaltos de minero, y por aquello de las alternativas entre la escoria y el oro, su aventura comparte la emoción de los buscadores de *cochanos* en el lecho de los ríos guyaneses.

¿Cuáles son los elementos y rasgos que van quedando en los filtros del lector de Díaz Rodríguez como característicos de su estilo, cuál es su factura estética y cuál es su valor histórico?

Hay en Díaz Rodríguez toda una simbología de la naturaleza que nos va a suministrar aspectos claves para comprender su obra; así como imágenes que sobresalen y persisten más allá del símbolo, hasta el mito. Hay sin embargo, para el lector menos atento que recorra, eso sí, toda la obra del autor, un rasgo permanente, visible siempre y el cual anda y desanda, por novelas, cuentos, ensayos y discursos como la sangre que circula por un cuerpo vivo. Ese elemento, ese rasgo característico, es el movimiento continuo de las cosas. La apariencia estática de las cosas adquiere, al entrar en el universo del autor, un movimiento que no cesa y que en la arquitectura solar de su prosa es, ya un movimiento de rotación del objeto girando sobre sí mismo, ya uno de traslación alrededor de otros objetos, también en movimiento.

Su primer libro —*Sensaciones de Viaje* (1896)— son *sensaciones*, o como acertadamente dice Pedro Emilio Coll son *recuerdos de sensaciones*, sensaciones de viaje, impresión de las cosas al pasar junto a ellas: se apresa el detalle que más conmueve, el celaje de las cosas, el color y, con frecuencia, sólo el matiz. *Confidencias de Psiquis* (1896) son también sensaciones, ya no de viajes sino de almas. *De mis romerías* (1898), es un retorno al tema de los viajes: “el placer de viajar —dice al abrir el libro— es un placer bastante melancólico”, y señala que la delicia del viajero consiste en la tortura de llegar y despedirse para descubrir nuevos lugares a los cuales también dirá adiós. La obra literaria de Díaz Rodríguez es la obra de un viajero y ello de algún modo nos explica tanta tristeza y melancolía habitando sus páginas:

“Cada lazo roto, por más débil que sea, es un dolor, quizás muy leve por sí solo, que se funde con otros mil dolores semejantes en una gran melancolía difusa. Estado de alma pasajero, esa melancolía se transforma, con la sucesiva repetición de los hechos que la producen, en un estado de alma permanente. . .”.

Los cuentos (*Cuentos de Color*, 1899) no son cuentos de seres y de cosas, sino cuentos de colores cambiantes: *rojo, blanco, azul pálido, gris, rojo pálido, verde y negro*. En “Cuento Rojo” nos habla de “matices de sensaciones e ideas” y de la “sombra de un color”; en “Cuento Blanco” hay “indecisos relámpagos pálidos”. Son cuentos de vida en trance de amor a la muerte, son realmente celajes de vida idealizados. Su novela —*Idolos Rotos* (1901)— comienza con un regreso y concluye con un exilio. Es, sin duda, el libro de un viajero. Igualmente *Sangre Patricia* (1902), que debió conservar su primer título —“Uvas del Trópico”— no es otra cosa que un libro donde el amor y la muerte viajan sobre el mar y se integran a su eterno movimiento, un movimiento que siempre recomienza como dice Valéry. *Camino de Perfección* (ensayo) es eso, una marcha ascendente, como la de Santa Teresa, a través de las moradas del castillo interior. En

Sermones Líricos (1918) que recoge una selección de sus discursos, tomamos al azar: "...el rubio del oro le deja en las uñas un reflejo de sangre, y el blanco de la plata le deja en los dedos la más pura sal de muchos ojos", donde las cosas nos dan sólo sus huellas: el oro su celaje; los ojos su sal, la sangre su reflejo y la plata su blancor.

En *Peregrina o El Pozo Encantado* (1920) no nos da la noche, sino el misterio nocturnal de su silencio. La sombra, la noche, es la negación, la liquidación del mundo luminoso y móvil de Díaz Rodríguez. Pero al amanecer, los sonidos anuncian el desperezamiento de las cosas, en una sinfonía matinal que nos devuelve la vida, es decir el movimiento.

En los contextos temporales del paisaje, suele esquivar la mañana y la tarde porque lo atrae más el tránsito de la luz y de la sombra del amanecer y del anochecer. El Avila es una parpadeante amatista en el anochecer, y la palabra poética es color, matiz, música o gema.

La adjetivación, que muchos hallarán profusa en una primera lectura, cumple en la prosa de este autor una función energética: es el ingrediente que da a las cosas su permanente vibración, el temblor continuo con que se nos ofrecen. El nombre custodiado por dos adjetivos es la fórmula que se reitera y persiste hasta el exceso: las cosas surgen asaltadas por sus flancos, movidas por dos asedios, apresadas en un movimiento pendular que no concluye: *largos crepúsculos sangrantes, débil llama trémula, móvil superficie glauca*; la risa de un niño desgrana sus *crystalinas cuentas resonantes* mientras un parasol se va abriendo como una *monstruosa anémona salvaje*.

La preferencia por lo fugaz, por la luz matinal, por las luces del ocaso; la pasión por los matices y las medias tintas, por los fulgores, por las sensaciones apresadas al paso, por el vino que se bebe y deja al pasar su campanada tibia, constituyen la dinámica del estilo de Manuel Díaz Rodríguez. Es una dinámica equivalente a la técnica de los pintores impresionistas. Su tiempo es un tiempo luminoso, la sombra aparece como contraste para resaltar la luz o para enfatizar su desolada ausencia.

En Díaz Rodríguez las cosas están naciendo o muriendo y de ellas queda, para ser fijado por la palabra en las *esencias eternas* de que hablaba Proust la sensación que deja su movimiento o su perfume. El paisaje no es la montaña, el lago, el árbol, las flores y el camino, sino todo eso bajo el sol estallante del mediodía o bajo la luz rendida de la tarde, en armonía con el mundo interior. Los colores se quiebran, las sensaciones se cruzan. Aromas, sonidos, colores y sabores se cruzan y combinan en una gran fiesta verbal, insólita en la literatura venezolana, y realmente novedosa para España, que recibía esta prosa cuando aún no había salido del estupor causado por la poesía de Rubén Darío.

A la exageración de semejante fiesta verbal en sus primeros libros, se debe la calificación de "preciosista" con la cual lo zaherían los representantes de la prosa neoclásica y de la tradición académica. En vano tratará

Díaz Rodríguez de borrar esa primera impresión, motivada por el exotismo, el afán estetizante, los contrastes barrocos de luz y de colores, la musicalidad de la frase, el enjoyamiento del lenguaje y el sofisticado paganismo. Por todo esto le endilgan el cartelito de “preciosista”, y lo era. Cuando deja de serlo por un esfuerzo consciente de buen escritor, van a seguir repitiéndoselo sus envidiosos enemigos, con el añadido de “estilismo”, “estilista”, “manía de estilo”, que tanto le indignaba y que lo lleva, en 1908, cuando ya está de regreso de las “fiestas galantes” del lenguaje, a defenderse con ironía, denunciando el asunto como mezquindad e intolerancia de Don Perfecto, el personaje que en *Camino de Perfección*, simboliza la pobreza de espíritu:

“...Don Perfecto es implacable. Cuantos crímenes contra el habla se cometen, al modernista los imputa... Lo descubre, sobre todo, en lo que él ha designado con el nombre de manía de estilo o estilismo. Generalmente esa extraña manía consiste en trabajar con un tanto de orgullo, aspirando a imprimir la personalidad en un estilo propio, escribiendo sin idioteces ni muletillas, de suerte que la voz más fina y certera encaje en la imagen más bella y justa, y todas las palabras queden en tal guisa dispuestas, que cada cual, sin perjuicio de las otras, vengán a su tiempo a exhalar en la frase o en el verso, la recóndita música de su alma”.

Aquí expresa Díaz Rodríguez su ideal literario, que para él consiste en lograr el ajuste perfecto entre la idea y la palabra, es decir, entre lo que se quiere decir y su expresión objetivada en el lenguaje. ¿No es, acaso la identidad de intuición y expresión el fondo mismo de la teoría estética de Benedetto Croce, tan influyente y famosa en Europa como en América? Díaz Rodríguez lo está expresando en 1908, la *Estética* de Croce se publica por primera vez en 1902. ¿La conocía Díaz Rodríguez? Al fin y al cabo él había viajado mucho por Italia y era un lector omnívoro en cuatro idiomas, entre ellos el italiano. Pero no creo que la conociera, por dos razones: primero, porque sus ideas estéticas, desde el punto de vista de la discusión filosófica, se debatieron entre el determinismo de Taine, frente al cual ejercía una clara conciencia crítica; y las tesis psicopatologistas de Nordau, a las cuales combate en su ensayo de 1908; y segundo, porque, de haberla conocido, la habría mencionado y celebrado por identificación, tanto más cuanto que, en su discurso de 1896 ante la Academia de la Lengua, se adelanta seis años a la publicación de Croce, cuando dice:

“la mejor recompensa del artista quizás está en la delicia torturante de la creación, en ese estado del alma compuesto de tristezas muy hondas y exaltaciones divinas que preside a un alum-

bramamiento de arte, particularmente al brotar la frase fluida y armoniosa, perfumada con el bálsamo de un sentimiento exquisito, encerrando la idea como en un molde cerrado y perfecto”.

No. No es en Croce donde abreva la sed estética de Díaz Rodríguez. Es en José Martí, el Martí caraqueño de la *Revista Venezolana*, en la cual deja su profunda huella de escritor y pensador a su paso en la lucha por la liberación de Cuba. Era un adolescente Díaz Rodríguez cuando Martí escribía en Caracas un verdadero manifiesto literario del modernismo (Rubén Darío aún no ha viajado a Chile):

“...el escritor ha de pintar como el pintor” —dice Martí— remozando la concepción innovadora de Andrés Bello con elegante precisión: “la frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque, siendo la lana su vestido, no gusta de que sea de seda el de otro”.

Trabajando bajo el rigor de sus propias exigencias, Manuel Díaz Rodríguez aplastó la chabacanería literaria dominante y enseñó a escribir a sus propios compañeros de generación y a la generación siguiente. Y prueba de que aquel ideal de rigor y adecuación estilística no ha muerto, es la siguiente respuesta que Truman Capote da cuando se le interroga sobre su disciplina de escritor: “Significa —dice— mantener un dominio estilístico y emocional sobre el material. Llámelo preciosismo si gusta y mándeme al demonio, pero yo creo que un cuento puede ser arruinado por un ritmo defectuoso de una oración... o por un error en la división de los párrafos y hasta en la puntuación...”. Y eso mismo decía y practicaba Díaz Rodríguez hace ochenta años, y es lo que enseña todavía.

Díaz Rodríguez, visto a la distancia y en conjunto, no es un preciosista, ni un estilista superficial que escriba sólo por el deleite de engarzar palabras extrañas y sonoras en el collar de una frase. Díaz Rodríguez está ganado por los simbolistas para buscar la música interior del espíritu. Su ideal es de perfección en la forma, en la idea y en el sentimiento. El trabajo tenaz para conseguirlo es su camino de perfección; y en ese camino, no hay detalle que se le escape: sucede que viste y anda como escribe, esquivando la elegancia chillona de pisaverdes y de lechuguinos, pero cuidando que la suya se diferencie de la de los demás. Tuvo numerosos imitadores de su indumentaria de hombre elegante y de su indumentaria de escritor. Hay algo de esta última que no alcanzaron los imitadores, y cuya razón secreta está en aquella música interior, la maestría para captar y darnos el matiz más esquivo de las cosas, la sencillez lograda con refinamiento y un permanente y auténtico anhelo de vivir y de amar intensamente en todos los paisajes, bajo todos los soles y sobre todos los mares. Esto es lo auténtico en Díaz Rodríguez y es en su obra, como en la tierra

azotada por sequías, el arroyuelo a cuyo alrededor siempre hay árboles, flores y sombra acogedora. La clave nos la da él mismo, en una perdurable lección de estética vital:

“...No basta la técnica, el *savoir faire*, el señorío de la línea, y del color, ni fijar la vida trémula del aire, ni conocer y cumplir las leyes de la perspectiva. Todo eso es necesario, pero se necesita, además de todo eso, algo que no todos poseen: la emoción, la sana y cándida emoción, el toque espiritual de simpatía y de luz con que el alma del artista asegura y pone a palpar sobre su lienzo el alma esquivada del paisaje.”

El *modernismo* para Díaz Rodríguez es un retorno a la naturaleza. Retorno que se inicia con los pintores pre-rafaelistas ingleses, que está presente en Dante Gabriel Rossetti y Ruskin, y una de cuyas vertientes más cristalinas arranca de las *Floreccillas* de San Francisco de Asís. Se trata de un misticismo literario, que no es el misticismo religioso, pero que toma de éste la frescura de Santa Teresa, la sencillez de Fray Luis y las mezcla con el misticismo satánico de Baudelaire.

El lenguaje de las flores, de las fuentes, de los árboles y de las aves es un propósito literario consciente, es el camino de retorno a la inocencia de las cosas y es, sin duda, la fórmula para esquivar la retórica apergamizada de la prosa neoclásica y la grandilocuencia de un romanticismo ya vacío. Es una temática neo-renacentista, como fue neo-medieval la de los románticos. La frescura del aire literario es la frescura campestre de los pintores primitivos: Giotto es el pintor, San Francisco es el poeta. Díaz Rodríguez persigue la candidez, la pureza del sentimiento, la emoción ingenua, el mundo en el primer día de su creación y, por ello, nombra con voluntaria ingenuidad las cosas; quiere ser como un pastor, corteja a la inocencia con el artificio de la cultura, y ésta es precisamente su retórica.

Como aquellos aristócratas de la corte de Luis XVI, cuyo refinamiento los llevaba por contraste a idealizar la vida rústica, y concluían practicando ordeños con las manos enguantadas después de pasearse por lagos y florestas de artificio, así estos escritores, de existencia urbana y cultura cosmopolita, buscaban la pureza de lo natural en fuentes y jardines, y terminaron dándonos una naturaleza de mármoles y parques.

“El ideal de los verdaderos artistas —nos dice Díaz Rodríguez en uno de sus Sermones Líricos— es un ideal de amor, al que pueden acogerse y en el que pueden confundirse, como en un solo regazo, todos los espíritus”.

Este amor universal, esta comunión de todos los hombres, que aquella estética panteísta diferenció muy bien del cristianismo, era la flor de un

nuevo misticismo, en reacción contra la frialdad positivista y contra el dogma científicista. Así se expresaba, con cándido idealismo, la desazón del artista en una sociedad que lo hostigaba o que lo ignoraba, pero frente a la cual era impotente. Era, y es todavía, un conflicto dentro de la sociedad burguesa. A ese misticismo, a ese anhelo de amor universal lo va a reventar, como una pompa de jabón de mil colores, la Primera Guerra Mundial. Y va a ser necesaria una Segunda Guerra Mundial para que aquella tendencia hacia el amor y la comunión entre los hombres, subyacente en el espíritu de todo artista verdadero, encuentre su cauce justo en la solidaridad de los débiles contra los fuertes; de los condenados de la tierra contra los opresores de la tierra.

ESCRITURAS DEL DESARRAIGO

Sucede que Díaz Rodríguez es un viajero que escribe. Paradójicamente su mejor novela —*Peregrina*— es sedentaria, aunque lleva en su nombre la condición viajera. Obra escrita después del retorno del hijo pródigo, ya dispuesto a vivir definitivamente en la casa paterna. Con todo, viajará para morir viajando.

Hay tres momentos de su vida peregrina que corresponden, o se reflejan, en la elipse viajera de su obra y los cuales podríamos asimilar a las tres situaciones del hijo pródigo: la partida, el dolor de ausencia —que es nostalgia—, y el retorno.

En su *Elegía de Piedra*, escrita en memoria de Manuel Díaz Rodríguez cuando sus restos vuelven a la patria, Andrés Eloy Blanco sintetiza como sólo él sabía hacerlo, la condición latina de aquel explorador de las bellezas del mundo:

“...porque vista de lejos la mar de nuestra costa
le traía un recuerdo de laguna italiana.
Eso mezcló en su espíritu, para delicia nuestra,
su amor a nuestro cerro con su pasión de Italia”.

LA PARTIDA

Y ya metidos en vena de poesía, y de viajeros, vayamos con Lope de Vega en su barquilla pobre, buscando la razón del desarraigo:

“Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estima la perla
hasta dejar la concha.”

Sensaciones de Viaje, Confidencias de Psiquis, De mis Romerías y Cuentos de Color son obras alejadas del tema nacional. Su tiempo transcurre en comarcas lejanas. Son los libros de un viajero sensible que persigue el placer melancólico del viaje:

“Vivimos —dice en sus *Romerías*— con el pensamiento en varios países a la vez y padecemos la nostalgia de todos esos países. El reposo nos fatiga y abruma, suspiramos por la agitación y el movimiento de los viajes”.

Y así viaja por el viaje mismo. Tal vez por eso las cosas en sus mundos literarios están siempre en movimiento. Quiere, como Kierkegaard, vivir su vida poéticamente, a todo trance, y así va recogiendo sensaciones cuyo recuerdo hará la cantera de sus primeras obras. *Sensaciones de Viaje* es la más lograda expresión de esa primera etapa, que va de 1896 a 1902. Es el período del tema exótico. El centro es París, los viajes son por Viena, Roma, Florencia, Venecia, Constantinopla. Renacimiento y orientalismo a través de la visión francesa. En este primer libro están dispuestos con mesura y belleza contenida los elementos que luego se desbordarán en excesos de joyería verbal. En *Cuentos de Color* ya Díaz Rodríguez es el “hombre literario” del que hablaba Durrell en sus cartas a Miller. Es el cazador de temas. Es la fiesta sin freno de la fantasía en azul, especie de jardines colgantes sin geografía precisa, divertimientos de escritor sin causa, que se deja llevar sobre la cresta de las frases por la cristalería de las palabras.

En aquella búsqueda de lo lejano, de lo que está más allá de las fronteras geográficas e históricas de la tierra propia, se advierte la actitud del desarraigado, que conformó un tipo de escritor en América Latina antes de la Primera Guerra Mundial. Era gente educada en París, Londres, Viena o Roma. Sucede que antes de la Primera Guerra Mundial, Europa conservaba la hegemonía económica sobre los países agrícolas y mineros de América Latina. Inglaterra, Alemania y Francia eran los centros de gravitación capitalista. Estados Unidos aún esperaba su turno. Los hombres del latifundio, de la estancia, los grandes *fazendeiros* del Brasil y los señores del cobre, del salitre y del estaño gastaban sus rentas en los países compradores de materias primas, y allí enviaban a educar sus hijos, que viajaban desde muy jóvenes, con una idea libresca del patriotismo y un impulso fáustico carente de conciencia crítica, tierra abonada para la imitación dogmática:

“...casi todos —dice Díaz Rodríguez— llegados a París con el ansia candorosa de recoger cual más, cual menos, ideas, luz y energías, que más tarde irían a sembrar como simiente de bendición en el suelo de la patria”.

Cuando regresaban, se hallaban con una realidad bien distinta de la realidad moldeable que soñaron encontrar al volver. Y allí empezaban las penalidades. Ninguna de las capitales de este lado eran París. Los gobernantes no eran los hombres cultos que gobernaban en un mundo civilizado. El militarismo cerril dominaba el poder; y la política, actividad omnisciente, no era una contienda gallarda de ideas y principios, sino una compleja maraña de intrigas donde la honestidad y la moral dejaban colgando sus harapos. Los recién llegados, portadores del Ideal como ellos decían, tenían una reacción de turista asaltado en un paseo; se sentían superiores al medio pero impotentes para cambiarlo; y como aún ese medio les producía rentas, tomaban el vapor y regresaban a Europa. Quienes como Gil Fortoul, César Zumeta, Pedro Emilio Coll, Rubén Darío, Gómez Carrillo o José Santos Chocano, carecían de renta propia, se la procuraban del dictador de turno y primer rentista del país.

En su novela *Idolos Rotos* (1901) el autor trata, precisamente, ese conflicto de quien regresa y es rechazado por un medio hostil. El personaje protagonista, Alberto Soria, cuando al regreso ve las costas venezolanas, recuerda las mediterráneas. Caracas le parece una Florencia venida a menos; y cuando sale a su primer paseo, retorna con premura a encerrarse en la casa porque lo han impresionado mal las calles angostas y sucias. Y termina ausentándose de nuevo. Sabemos también que la otra novela de aquel tiempo, *Sangre Patricia* (1902) es el libro del ausente que no alcanza el regreso porque muere en el viaje.

DOLOR DE AUSENCIA

Con todo, téngase en cuenta que ya en estas dos novelas los viajeros retornan, quieren retornar, tal vez necesitan volver.

Sobre Díaz Rodríguez, cayó entonces una crítica implacable. Académicos mojigatos, curas y conservadores de buenas costumbres no le perdaban que fuera librepensador y que, por añadidura, escribiera bien. Le reprocharon, entre otras cosas, el *desligamiento* de su tierra, el escaso apego por *lo criollo* y hasta una cierta animosidad contra Caracas. Identificaron a Díaz Rodríguez con sus personajes y endilgaron al autor los juicios de éstos. El escritor se defendió, contraatacó y se impuso; pero le quedó la herida y, sobre todo, lo afectó la parte de verdad que encerraba la crítica: *su desarraigo*.

El hijo pródigo siente la nostalgia por la casa paterna, reflexiona profundamente, y se decide al retorno definitivo. Como esta decisión es fruto de reflexiones y es una toma de conciencia, el autor se expresa razonando para convencerse y convencer. No es tiempo de *novela* sino de *ensayo*. Díaz Rodríguez va a esbozar su teoría de la literatura nacional en artículos y discursos. Esa visión de una literatura autóctona, liberada de florescencias

de bucares y de cundiamores, que no se detenga en la superficie de las cosas sino que penetre en el alma nacional, es lo que va a acercarlo a la nueva generación y a ligarlo con la obra posterior de Rómulo Gallegos.

Díaz Rodríguez es bastante lúcido, en la concepción de lo que ha de ser el camino inmediato de la literatura venezolana. Su idea es que en nuestra literatura suelen verse bucares florecidos, pero no aparece el hombre que, bajo ese bucare, suda y trabaja sin mayor recompensa; ni aparece el rancho en cuyo estrecho recinto se extingue, pudriéndose en promiscuidad paradisíaca una familia alcohólica. Después de la Independencia no hemos tenido ocasión de escribir con independencia, dice en otra parte; y añade que hasta el más puro esfuerzo degenera en simiesca imitación y en vana retórica. El ideal es, pues, una literatura sin retórica:

...la frase y el asunto palparán en un solo corazón bajo el hierro del estilo; se fundirán en una sola flor de púrpura la sangre del bucare y la sangre de la gleba; y se perpetuarán quizás en un glorioso bloque indivisible el paisaje y las almas, el paisaje opulento y el hombre mísero.

Aquí está expresado el objetivo a lograr por una literatura responsable. Díaz Rodríguez, el gran escritor del momento y el que tiene plena conciencia de ese objetivo, es el llamado, el comprometido a hacerlo.

He aquí que tenemos ya al hijo pródigo de regreso en la casa paterna. Viene joven, lleno de energías, cargado con todas las flores de su peregrinación y viene con una conciencia lúcida de su destino literario.

Y así diremos, en tiempo de retorno, todavía metidos en la *pobre barquilla* de Lope:

“Dirás que muchas barcas
con el favor a popa
saliendo desdichadas
volvieron venturosas”.

EL RETORNO

Tenemos ya al escritor en casa, en la fecunda madurez de sus cuarenta años, en posesión de todas sus facultades creadoras, famoso en su país, admirado en Hispanoamérica y conocido y respetado por la vanguardia intelectual de España. Lo que ha escrito hasta allí es bueno y le ha labrado un nombre literario que no se va a confundir, ni a perder, en la vasta legión de quienes medraron a la sombra de Rubén Darío. Es ya una figura de primera fila en el Modernismo y es por él, por su obra en prosa, por lo que el

modernismo venezolano adquiere personalidad propia y se diferencia del movimiento general de Hispanoamérica.

En 1908 nos da el primer fruto de esta promisoría etapa. Es un ensayo, *Camino de Perfección*, en el cual, y anticipándose un buen trecho a la crítica post-modernista, realiza una interpretación de su propia escuela, analizándola precisamente no como escuela, sino como actitud y movimiento que expresan una dimensión estética del hombre, perdurable, pero con expresiones históricas distintas. Este libro, por el equilibrio de su lenguaje, por la densidad del pensamiento, por la coherencia de su teoría literaria, por su autonomía crítica, por su sedimento clásico y por la denuncia del dogmatismo tanto en ciencia como en literatura, es una pequeña obra maestra.

Y entonces cae sobre Díaz Rodríguez la fiebre roja, devoradora. Entre 1908 y 1920 hay un silencio literario de doce años. Es la distancia entre *Camino de Perfección* y *Peregrina*. Son los años en los cuales el escritor entra al servicio del gobierno dictatorial de Juan Vicente Gómez. Son años de ministerios y memorias y discursos. Ciertamente Díaz Rodríguez no emplea su pluma en el elogio del tirano y nadie ha encontrado sombra ni huellas de corrupción en los predios bajo su responsabilidad. Representó a Venezuela con dignidad y brillo en el concierto de las naciones, a raíz de la primera conflagración mundial. Pero uno no puede, en condición de escritor, a menos que niegue la propia obra de Díaz Rodríguez, silenciar la pena muy adentro por aquel tiempo ética y estéticamente perdido para su obra literaria y para la realización de aquel compromiso tan lúcidamente contraído con las letras latinoamericanas. Tanto menos cuanto que, en aquel mismo tiempo, José Rafael Pocaterra escribía con un pedazo de lápiz en La Rotunda tenebrosa.

En 1920 aparece su última novela, *Peregrina o el Pozo Encantado*. Esta novela supera a las anteriores, pero no responde al modelo narrativo propuesto por el propio Díaz Rodríguez en 1905, cuando señalaba la falsedad de un criollismo que había incorporado a los *bucares* y a los *cun-diamores e idealizado costumbres pintorescas* de gañanes a la moda; pero que se había olvidado del hombre, del siervo de la gleba, que, bajo aquellos bucares, y en los ranchos, padece explotación y miseria.

Díaz Rodríguez abre el camino y ve desde muy cerca la tierra prometida. Pero sin lo que él ha hecho y andado, no podrían llegar como llegaron quienes llegaron. ¿Qué queremos ocultar o decir con este juego de palabras? Se trata, sencillamente, de su herencia.

EL LEGADO

¿Cuál es el legado de las escrituras de Manuel Díaz Rodríguez, y qué le deben a este escritor las letras nacionales? Llegamos así a la última jornada de esta peregrinación literaria.

Ciertamente, aquellas escrituras se nos han ido quedando atrás, en la distancia y en el tiempo, como esas casas blancas de las viejas haciendas que vemos desde las perspectivas de las autopistas y que nos dejan, mientras el vehículo nos lanza sobre nuevos paisajes, la nostalgia de su panorama y el propósito melancólico de visitarlas uno de estos días.

Hemos visto ciertas vicisitudes de su existencia, intentamos un acercamiento a su manera de escribir, a la razón y sinrazón de su voluntad y oficio de escritor y ciertamente nos hemos conmovido ante el giro con que la vida misma interfirió en su destino de escritor y de hombre. "Oh, señor, y cómo siento ahora que todo para el hombre es incompleto", dice Fausto; y Lope, en su barquilla rota:

"Viviendo todo falta;
muriendo, todo sobra".

Históricamente ¿que nos dio y qué nos queda de Manuel Díaz Rodríguez?

Por la influencia que tuvo en los escritores contemporáneos y en el quehacer literario inmediato y por la riqueza de procedimientos que aporta, la de Díaz Rodríguez es una obra renovadora de la literatura nacional cuyos rumbos cambia y orienta a la entrada misma del siglo XX.

Díaz Rodríguez pone punto final a esa literatura de campanario que explotaba una temática de costumbres donde lo simplemente aldeano se exhibía como lo nacional. Los resultados de su trabajo literario cortan las siete cabezas de esa "inspiración" arrebatada que pobló de hurfes, mariposas, lágrimas de postal y sentimientos falsos buena parte de nuestra literatura de fin de siglo. Trae un aire de contemporaneidad a nuestras letras y, aun cuando ha salido como sus compañeros de generación, cocido en el horno positivista, reacciona contra ese naturalismo pseudocientífico según el cual se podía escribir con desatino siempre y cuando se mantuviera la fidelidad a las ideas de Claudio Bernard y a los procedimientos de Emilio Zolá.

Jesús Semprum nos pinta el cuadro que ofrecían las letras del país en aquel momento:

"Importa recordar que la gente de *Cosmópolis*, la revista de la juventud de la época, no tenía preocupaciones por el estilo. Urbaneja Achelpohl descubría el criollismo aplicando a la observación y pintura de la vida venezolana los procedimientos del naturalismo francés, aunque más tarde se despojaría de toda influencia extraña y se apegaría a la tierra con ardor inquebrantable, desesperado y violento. Pedro Emilio Coll, que andando el tiempo había de adquirir uno de los estilos más sencillos, diáfanos y puros que puedan encontrar en nuestra Amé-

rica, curábase entonces poco de la elegancia en el lenguaje, cuidando con preferencia de su claridad y de su lógica. De los oradores de la generación, Eloy González comenzó tocando a rebato en una prosa en que retumbaban a trechos, clamorosos estrépitos de campanas. . . mientras el otro, Cabrera Malo, que al comienzo parecía más proclive al lenguaje relamido y que intentó a veces aderezar sinfonías en prosa, parece haber perdido la preocupación por las formas musicales aunque conserva el énfasis oratorio”.

Este es el cuadro que Díaz Rodríguez va a cambiar. Su influencia es inmediata y, en cierto modo, provoca la exageración de algunos que, deslumbrados por la pedrería del estilo, van a verter musicalidades y colores a troche y moche. Ya en 1902, recuerda Santiago Key-Ayala, a Díaz Rodríguez se le tenía por maestro:

“Al reverso de la anteportada de la primera edición de *Idolos Rotos* (Garnier, París 1901) en el enunciado de las obras de Manuel Díaz Rodríguez, se avisaba a los lectores la existencia de otra obra en preparación, del autor ya famoso que comenzaba a recibir el dictado de maestro”.

En un artículo publicado en la revista *Actualidades*, dirigida durante un tiempo por Rómulo Gallegos, aparece (año II, N° 9, 3 de marzo de 1918) un artículo firmado con las iniciales J.S., que suponemos corresponden a Jesús Semprum y donde su autor confiesa:

“La generación a que pertenezco y las que le siguen deben mucho al maestro de *Idolos Rotos*. Además del culto de la belleza en que nos inició a unos cuantos con sus páginas impregnadas de fresco idealismo, púsonos ante los ojos el gallardo dechado de su estilo, enseñándonos que la expresión armoniosa y perfecta es indispensable a la idea noble y al sentimiento puro, ayudándonos en mucha parte, hasta donde alcanza la eficacia de un ejemplo feliz, a librarnos de la sucia infición que apareja el diarismo, enemigo cruel de repulgos y elegancias; y a mantenernos, siquiera a ratos, con el ánimo suspenso en la gloria del amor desinteresado a lo bello”.

Donde la influencia de Díaz Rodríguez se va a ejercer con mayor provecho para la tradición literaria nacional es en la obra de Rómulo Gallegos, aun cuando Gallegos jamás lo confesó. En la novela, Gallegos concluye lo que Díaz Rodríguez dejó trunco. La misión que éste no llevó a su término, Gallegos la remata, utilizando en gran medida los recursos del acervo

de Díaz Rodríguez. La autenticidad que falta en *Idolos Rotos*, en *Sangre Patricia* y en *Peregrina*, sobra en la literatura de *Doña Bárbara* y *Canaima*; pero para escribir estas páginas y llevar hasta ellas la espiritualización de la naturaleza plasmada en la simbología de sus elementos (árboles, ríos, aves) era necesario que después de la pobreza expresiva de Romerogarcía, de la prosa apergaminada de Picón Febres, de la altisonante de Miguel Eduardo Pardó y antes del impulso literario de Gallegos, Díaz Rodríguez experimentara con los recursos del simbolismo francés sobre el paisaje criollo, ensayara con las sutilezas de los colores temáticos de Gourmont e introdujera en la novela venezolana la disección psicológica de los caracteres.

La primera novela de Gallegos —*Reinaldo Solar*— nace atada con lazos estilísticos y temáticos a las novelas de Díaz Rodríguez. Reinaldo Solar expresa en 1920, las ideas que sobre la literatura sin “alma nacional” expresó Díaz Rodríguez en 1905. Compáreselas con este discurso de Reinaldo:

“Este pueblo no tiene vida interior. Ni una palabra que revele una noble inquietud espiritual; ni un sentimiento que no sea puramente animal. Tiene el alma sepultada, totalmente abolida. Por eso han fracasado lastimosamente todos los que han tratado de hacer una literatura nacional: falta la materia prima: el alma de la raza”.

Gallegos emplea el mismo lenguaje y esa palabra “raza” va a permanecer en su obra con la misma acepción taineana con la que hallamos en Díaz Rodríguez. Reinaldo Solar, como Alberto Soria, también viaja a Europa, también obedece a impulsos de evasión, pero a diferencia del personaje de *Idolos Rotos*, Reinaldo Solar regresa y combate. Es aquí donde Gallegos comienza a separarse de Díaz Rodríguez y se perfila como lo que será más adelante, pues todavía la acción combativa de Reinaldo Solar carece de una ideología y es, en cierto modo, una evasión.

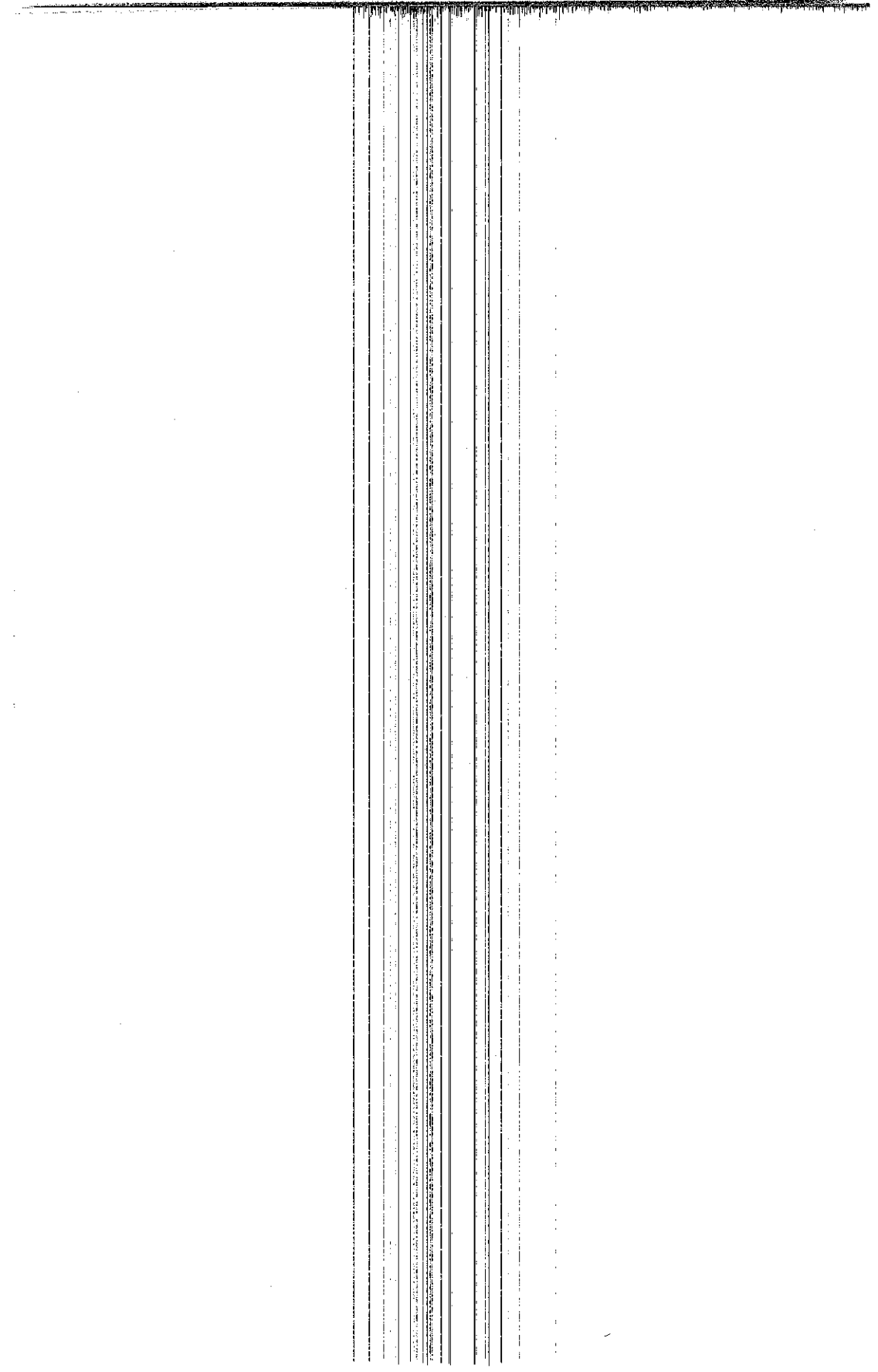
Reinaldo Solar, también como Tulio Arcos, es descendiente de próceres y sobre él pesan los males de la herencia. En *La Trepadora* hallamos, nuevamente, el problema de la herencia y el conflicto racial que se expresa en las contradicciones del mestizo y del hijo bastardo. Este aspecto, tratado por Díaz Rodríguez, no será abandonado por Gallegos, quien, sin embargo, resolverá con un optimismo idealista (la educación con prescindencia de otros factores) el fatalismo racial que Díaz Rodríguez no resuelve.

La influencia literaria de Díaz Rodríguez corre como un agua viva y fecundante por la prosa de Santiago Key-Ayala, de Enrique Bernardo Núñez, de Jesús Semprum y de Mariano Picón Salas. Literatura del color, del matiz del análisis interior y de la música, sus reflejos nos llegan en los cuentos de Pedro Sotillo, de Julio Rosales, en la prosa de Luis Beltrán Guerrero;

su huella no se advierte en los cuentos de Arturo Uslar Pietri, pero sí en su estilo de ensayista y, curiosamente, en ciertos rincones de sus novelas donde se ha colado, con una timidez de cervatillo, aquel viejo sentimiento de melancolía.

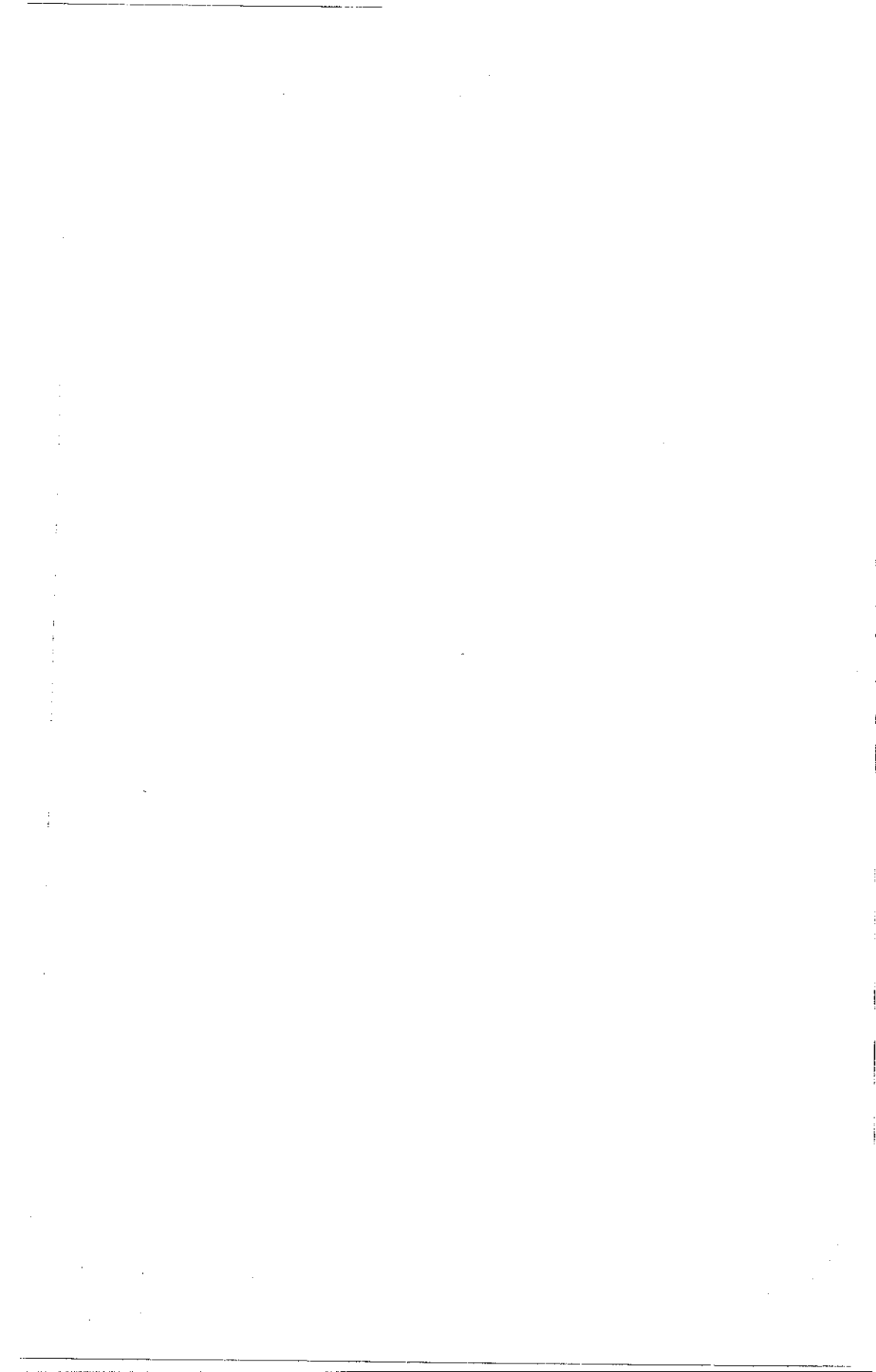
Manuel Díaz Rodríguez sigue viviendo en estas obras, como vive el agua en los frutos de la tierra que fecundó. Cierta vez escribí sobre Díaz Rodríguez un libro con título bello pero injusto (*La Palabra Estéril*) aunque no es injusto el contenido, en el cual se sintetiza una investigación de varios años. Nuevos escritores volverán, con menos prejuicios que nosotros, sobre la obra de este gran escritor venezolano y hallarán en ella cosas no vistas por nosotros.

El escritor es un destino que los velos del tiempo van cubriendo y descubriendo, como la neblina del páramo corre y descorre sus telones sobre el fondo nocturno de las lagunas donde los dioses duermen.





NOVELAS



IDOLOS ROTOS

PRIMERA PARTE

I

MIL EMOCIONES, a cual más intensa, le traían vibrando desde el alba: unas tristes, otras alegres, luchaban todas entre sí, pero sin alcanzar ninguna el predominio. De aquí cierta confusión, cierta perplejidad risueña, estado semejante al del éxtasis, o mejor al estado de alma de quien empieza a despertarse y duerme todavía, cuya conciencia en parte responde a los reclamos de la vida real, en parte se recoge, obstinada y feliz, bajo las últimas caricias de un sueño.

Alberto Soria volvía a la patria después de cinco años de ausencia. Cuando vio la tierra muy cerca, todas las memorias de su niñez y juventud, hasta aquel instante confundidas con muchas cosas exóticas, recobraron su primitiva frescura; y desde la cubierta del buque se dio a reconocer, al través de esas memorias, la costa y los grises peñascos de la playa, las colinas áridas medio sumergidas en el mar, los verdes cocotales y las casas del puerto, agazapadas las unas al pie del monte que sigue la curva costanera, desparramadas las otras por la misma falda del monte, cuesta arriba. A medida que se acercaba a la tierra y más claramente distinguía los objetos unos de otros, con más vigor el pasado revivía en su alma. Casas, árboles, peñascos y algunos lugares muy conocidos de él evocaban en su espíritu un enjambre de recuerdos. Ya en tierra, después de haber caído en brazos del hermano que le esperaba en el muelle, siguió viendo hombres y cosas a través de los recuerdos, con sus ojos de cinco años atrás, no habituados al llanto, a la sombra, ni al dolor, sino hechos a la sonrisa, a la franca alegría de vivir, a las formas vestidas de belleza y a la belleza vestida de luces. De pronto se halló pensando en los últimos años de su vida como un ensueño, cuya vaga y esplendorosa fantasmagoría estaba a punto de apagarse.

Ya el cambio de aspecto de ciertas cosas le recordaba su larga ausencia, ya la intacta fisonomía antigua de otras cosas representábale con tanta viveza el pasado, que le parecía no haber vivido jamás ausente de la tierra.

Así, en esa ambigüedad oscilante de vigilia y de sueño estaba todavía, horas después de haber saltado a tierra, en un vagón del tren que le llevaba a la capital. Sentado contra un ventanillo del vagón, a la derecha, se asomaba de tiempo en tiempo a ver el paisaje, y se complacía en admirar sus pormenores, cuando antes esos mismos pormenores no le llamaban la atención, o le causaban hastío de verlos con frecuencia. Si quitaba los ojos del paisaje, los ponía en el hermano sentado junto a él, y entonces los dos hermanos se consideraban mutuamente con una mezcla de curiosidad y ternura. Desde que se abrazaron en el muelle, a cada instante se miraban y sonreían, sin que ninguno de los dos hubiera acertado a decir por qué sonreían. Era tal vez la sorpresa de encontrarse cambiados, al menos por de fuera, lo que llamaba a sus labios la sonrisa, pues para entrambos el tiempo había volado, y ninguno de los dos estaba apercebido a encontrar mudanzas en el otro. Para Alberto, en especial, era muy grande la sorpresa. A su partida, el hermano, cinco años menor que él, era apenas un adolescente: el cuerpo desmirriado, el rostro sin asomos de barba y de expresión melancólica y mustia. Su madre, enferma cuando lo dio a la vida, murió meses después, y en esta circunstancia veían todos el porqué de su aire pálido y marchito. Ahora aparecía transformado de un todo: de chico melancólico y frágil se había cambiado en mozo gallardo y fuerte. No conservaba de su antigua expresión enfermiza sino una como sombra de cansancio alrededor de los ojos. Aparte ese tenue rastro de su antigua endebles, toda su persona, vestida con elegancia, y hasta con un poco de amaneramiento, respiraba la satisfacción de quien está bien hallado con el mundo y empapa el ser, alma y cuerpo, en todas las fuentes de la vida.

Si no con igual sorpresa, Pedro observaba al hermano con mayor curiosidad, como si esperase descubrir en éste algo maravilloso traído de muy lejos. Y los dos hermanos hablaban de muchas cosas, pero sin orden ni coherencia, cayendo de vez en cuando en silencios profundos. La misma abundancia de lo que deseaban decirse, repartiendo al infinito su atención, sellaba sus labios. Además de eso los preocupaba, haciéndoles enmudecer, el temor de rozarse con un punto sensible, sobre el cual ninguno de los dos quería decir nada, esperando cada uno que empezase el otro.

El tren había dejado la costa y subía, simulando amplias ondulaciones de serpiente, por los flancos de la sierra. Lejos, a la derecha, se divisaban los últimos cocales, la playa y su orla de espumas, el mar y el distante horizonte marino, cerrado por espesos cortinajes de nieblas. Enfrente y a la izquierda no se veían sino cumbres, laderas y hondonadas. A una vuelta del camino desaparecieron el mar, la playa y los cocoteros, para minutos más tarde reaparecer, y continuar así, apareciendo y desapareciendo, según el capricho de la ondulosa vía férrea. A medida que el tren se internaba en la serranía, más imponente y monótono era el paisaje. A un lado, la cuesta pedregosa del cerro; al otro lado el barranco, en ciertos lugares profundísimo; por todas partes rocas negruzcas y tierra árida, color de ocre,

de tonos amarillos y rosados, a trechos cubierta de raros manchones de verdura. Algunas quiebras, merced a ocultos hilos de agua, provenientes de la cumbre, lucían una vegetación lozana y rica; pero todas las demás, no humedecidas nunca, o sólo muy de tarde en tarde, por el agua del cielo, criaban maleza ardida del sol, rastrera y pobre. Por la orilla del barranco se sucedían los cactus de grandes pencas espinosas, en el extremo de algunas de las cuales resaltaba el higo rojo y áspero, semejando viva púrpura cuajada en los labios de una herida, o inmenso rubí oscuro, casi negro. Y a lo lejos, muy cerca de las cimas, de cuando en cuando aparecían fuertes y nobles habitantes de la altura, los araguaneyes en flor, interrumpiendo con sus regios mantos de estrellas de oro la uniformidad gris de los breñales.

Soria contemplaba el paisaje, recogiendo sus líneas salientes y sus colores más vivos con ojos expertos, habituados a percibir en todas partes y en todas partes recoger los rasgos dispersos e infinitos de la multiforme belleza. Pero su atención la distrajo Pedro, quien, primero titubeando, luego en tono resuelto, dijo como siguiendo una conversación interrumpida:

—Pues “el viejo”, como ya te he dicho, está malo, muy malo. Los médicos no le conceden mucho tiempo de vida. Según ellos afirman, difícilmente resistirá a un nuevo acceso. El último acceso le dio hace unos quince días, y no he visto nada más espantoso. Desde entonces en casa vivimos en perpetua zozobra, temiendo cada día lo que puede traer el día venidero. Afortunadamente, Rosa es toda firmeza y valor, y equivale a muchas enfermeras juntas. Cualquiera otra se había rendido al cansancio, pues tarea de sobra tiene con su marido y papá.

—¿Su marido? ¿Y Uribe también está enfermo?

—Siempre. Ya de esto, ya de aquello, siempre se queja de algo. Y aunque tiene aspecto descalabrado y enfermizo, y vive consultando a los médicos, hasta ahora no sé a punto fijo qué enfermedad es la suya.

Por el alma del recién llegado pasó como un relámpago de alegría perversa. Era su venganza. Se vengaba de la tristeza abrumadora y sin motivo, de su dolor sutil e indefinible, suerte de celos malsanos prendidos en su alma como un germen de amarguras cuando recibió en Europa la noticia del proyectado matrimonio de Rosa Amelia. Esta, a propósito de su casamiento, le escribió unas cuantas líneas, las cuales, a pesar de su tono cariñoso, no bastaron a sofocar en el ánimo de Alberto Soria el grito de un extraño despecho. Alberto se creyó ofendido en su amor a la hermana, como traídoramente despojado de un bien precioso, y desde esa época, sin él mismo saberlo, tuvo celos del intruso, y guardó a la hermana un resentimiento vivo.

Pero inmediatamente después de haberse alegrado se avergonzó de su alegría, y sobre todo se avergonzó de no haberse entristecido mucho al conocer el estado lastimoso del padre. Su semiindiferencia le repugnó, y turbado, como el reo capaz de comprender su falta, quiso distraerse volviendo los ojos al adusto panorama de la sierra.

Por el fondo del barranco y por la escueta ladera del monte empezaron a correr sombras de nubes, y finas gotas de agua cayeron, mojando la cara de Alberto Soria, asomado al ventanillo. Hacia atrás, hacia el mar ya invisible, el paisaje seguía, inundado de luz; y en ese espectáculo de lluvia y sol a un tiempo, Alberto vio la imagen fiel de su alma, comparable en aquel segundo a un rostro enigmático y misterioso que de un lado sonriera y del lado opuesto llorase.

La lluvia cesó, y deshecho el nublado, reinó de nuevo en toda la extensión del paisaje la claridad fastuosa del sol, apenas interrumpida por la breve noche de los túneles. Alberto Soria observaba de nuevo las cuevas, la gualda túnica de las araguaneyes florecidos, las colinas de color de ocre, bajas, casi desnudas, en algunos puntos revestidas de mogotes escuálidos, tales como dispersos mechones de cabellos lacios en una calva incompleta. Ya se distraía siguiendo sobre las piedras del monte un grupo de raíces trepadoras, enlazadas como serpientes; ya se regocijaba a la vista de un peñasco en forma de cono, de vértice coronado por un solo árbol abierto sobre el peñasco, a la manera de gracioso parasol de China. Y de todas estas cosas y de los matices de estas cosas se exhalaba para el viajero como una esencia, como un espíritu, un ideal de belleza fuerte y salvaje.

Por segunda vez la atención de Alberto fue distraída hacia lo interior del coche, pero entonces no fue la voz de su hermano, sino la voz de una mujer la que rompió su éxtasis contemplativo. En el mismo vagón, enfrente de Soria, conversaban dos pasajeros: un hombre como de treinta y ocho años, alto, seco, de ojos grandes, brincones y frente prolongada por una calvicie prematura, y una mujer bastante joven, rubia, de labios rojos, frescos, sensuales, lujosamente vestida y sentada entre una multitud de cachivaches: abanicos, abrigo y cajas de cartón de varios estilos y dimensiones. En el hombre, Alberto reconoció un vago de buena familia, un elegante de profesión, antiguo héroe de salones y clubes, y en la mujer a una vendedora de caricias, antaño muy a la moda en la capital, por cuyos paseos y calles arrastraba, como nuncios de su impudor, trajes llamativos y escandalosos. El veterano de salones y clubes hablaba lenta y reposadamente, como persona de pro, en tanto que su interlocutora lo hacía con bruscos aspavientos descompasados. De su conversación nada llegaba a los demás viajeros, apagadas como eran las voces por el ruido del tren en marcha. Pero el tren se detuvo en una estación, y entonces Alberto oyó a la mujer decir de modo claro y distinto:

—¿Y qué me dices de Mario Burgos? Me han asegurado que tiene amores con Teresa Farías. Como Teresa Farías antes de casarse con Julio Esquivel fue novia de Mario...

Y la mujer acabó ahogando un refrán grosero en una carcajada cínica y ruidosa. El héroe de salones y clubes murmuró algo con voz imperceptible y vio después a los demás viajeros, como temeroso y avergonzado de que hubiesen oído las palabras de su compañera de viaje.

Alberto, al oírlas, volvió los ojos como asombrados e interrogadores al rostro del hermano, el cual se limitó a responder con una sonrisa de significación incierta. Aunque no era amigo de ninguna de ellas, Alberto conocía a las personas cuyos nombres acababa de escuchar, y tal vez por eso le impresionaron hondamente las palabras malévolas de la errante vendedora de caricias. Después de llenarle de asombro mezclado con un poco de indignación, esas palabras desviaron el rumbo de sus pensamientos. Desviaron sus pensamientos hacia el país lejano, hacia la distante ciudad europea de donde él venía.

Abstraído en la rememoración de cosas lejanas, para él desaparecieron las cosas al través de las cuales iba el tren, puesto en marcha de nuevo; no vio cómo el paisaje cambiaba poco a poco, sucediendo a las altas cumbres colinas humildes, y a los enormes despeñaderos quiebras nada profundas. Por último, a la derecha de la vía surgió una hilera de sauces, de follaje amarillento y pobre, y a poco se divisaron a lo lejos, como avanzada de la ciudad, ya muy próxima, algunas casas caprichosamente esparcidas. Como tantos viajeros que, al llegar al término, se complacen en recordar su punto de partida, Alberto evocaba con lucidez maravillosa la ciudad europea abandonada por él quizás para siempre. Los recuerdos de los últimos días vividos en esta ciudad fueron pasando por su memoria deslumbrada; pero uno solo de esos recuerdos triunfó al cabo de la esplendidez y la fuerza de los otros. En los largos mediodías y en las tristes noches de a bordo, en alta mar, le había perseguido sin tregua. Y ahora, cuando tal vez iba a extinguirse completamente, se lo representaba doloroso y bello como nunca. Era el recuerdo de un adiós todo besos y lágrimas. Era la visión de un cuerpo de mujer, lleno de temblores, enlazado a su cuerpo; la visión de un rostro de mujer inclinado sobre su rostro; la visión de unos ojos rebosantes de lágrimas, inclinados sobre sus ojos, húmedos de llorar; la visión de unos labios tendidos hacia sus labios en demanda del último beso; la visión radiante de una hermosa cabellera rubia, llamarada de sol cuajada en finísimas hebras áureas, caída, durante los espasmos del dolor, en cascadas de trenzas y lluvia de rizos alrededor de dos frentes, hasta vestir de suave seda y perfume las mejillas de dos rostros, hasta ocultar a la vez dos cabezas, cubriéndolas y amparándolas con toda su magia de luz y de oro, como una tienda real, perfumada y rica, protectora del amor de dos novios augustos.

I I

Alberto Soria recordaba siempre con disgusto los días de incertidumbre y de dolor que siguieron al término de sus estudios filosóficos. Necesitaba en esos días elegir carrera, según los deseos de su padre; y ante lo difícil de acertar en su elección, mantúvose un buen espacio de tiempo irresoluto. Adivinaba, merced a su inteligencia clarísima, lo decisivo y grave del mo-

mento. Otros de su misma edad, compañeros suyos en los bancos de la escuela, tranquilos e indiferentes por incapaces de reflexión, descuidados de porvenir, se disponían a tomar, al menor impulso extraño, por el atajo más próximo, así como un tropel de sufridos corderos obedientes a la voz y al cayado de un pastor ignorante. Víctimas de un sistema de enseñanza, todo rapidez, con el que se pretende madurar cerebros y pulir inteligencias, como se mueven máquinas por fuerza de electricidad o vapor, en casi todos, precozmente amanerados, era ya imposible un desarrollo natural armónico y sereno. Condenados a la fatiga prematura, en ellos el germen primordial, producto de la herencia y el medio, germen en cuyo regazo van las aptitudes y energías de cada individuo, había muerto ya bajo un farrago de influencias contradictorias, o en balde trataba de crecer, permitiéndose de cuando en cuando alguna protesta efímera. Unos, los más, escuchaban y seguían resignados un consejo cualquiera; otros, los menos, y de estos pocos era Alberto, caían en confusión y duda, sin atinar, casi ninguno de ellos, la carrera mejor avenida con sus gustos e inclinaciones.

En el seno de la familia Soria se discutían con frecuencia las probabilidades de éxito feliz de cada profesión en particular, pero nadie tomaba en cuenta las aficiones mismas de Alberto. Su padre estaba por la Medicina o las Matemáticas; su tía materna, la tía Dolores, estaba sólo por las Matemáticas y hacía ascos a la Medicina, como a un oficio por demás plebeyo. Entretanto, Alberto, el único interesado, no mostraba amor decidido por ninguno de esos estudios y profesiones. Sentíase más bien atraído hacia el estudio del Derecho, en parte por ser la ciencia del Derecho la preferida de su tío paterno, el político de la familia, llamado Alberto como él y a quien él adoraba, en parte porque en la profesión misma del abogado algo le seducía. No le seducía el estudio mismo del Derecho ni el de sus fuentes históricas. Lo seducía la faz menos científica y más brillante de la profesión de abogado, idealizada por la figura del abogado triunfador en causas célebres.

Nada le parecía tan glorioso como encadenar a los adversarios, leyes y jueces, con la cadena de oro de la palabra bella y el gesto noble y persuasivo. Este parecer iba en su alma ligado a la emoción más profunda y turbadora de su adolescencia: emoción experimentada cuando fue a un teatro por la primera vez de su vida y pudo ver desarrollarse en la escena, majestuoso y deslumbrador un drama perfecto. Los períodos armoniosos y correctamente declamados, el ademán sobrio y feliz de algunos actores, los gritos dolorosos de los personajes tomados de la vida real, el centelleo de las luces y las joyas y los aplausos de la multitud le turbaron hasta dar a su fantasía la exaltación de una embriaguez violenta. Aquella noche le fue imposible dormir: los oídos llenos con las palpitaciones de todas sus arterias, los ojos abiertos en la sombra y empeñados todavía en representarse los episodios más notables del drama, pensando unas veces en los actores

como en entes casi divinos, considerando otras veces al autor oculto de aquella urdimbre de verdad y poesía, desarrollada en la escena, como una cima insuperable de grandeza y de gloria. Mil sentimientos nebulosos despertó esa emoción en su alma cerrada aún de adolescente. Pero Alberto no supo leer, ni siquiera adivinar en su emoción, el secreto de su destino. Y por mucho tiempo después, al recordar su tumultuoso estado de alma de aquella noche, lo atribuía a veleidad pasajera de su temperamento impresionable.

Deseando por una parte acabar con sus vacilaciones infinitas; queriendo por otra parte huir de las estériles disputas provocadas por esas mismas vacilaciones en el seno de su familia, decidió, en uno de esos arranques peculiares de los caracteres incompletos, débiles o enfermizos, abrazar la profesión del ingeniero. Sin darse cuenta exacta de lo que había pasado por él se encontró irremediablemente engolfado en el estudio monótono y frío de las matemáticas. No faltó quien le infundiese esperanzas y aliento: muchas voces optimistas le hablaron de un porvenir muy próximo, lleno de cosecha abundante, reservada a la ingeniería. En efecto: por el país en calma pasaba un soplo regenerador cargado de bendiciones y promesas. Nadie guardaba miedo al espantajo de la guerra civil, como si ésta no pudiese volver de nuevo a transformar campiñas prósperas en desiertos, y ciudades florecientes y ricas en asilos de mendicidad y montones de escombros. Muchos se creían en el principio de una larga era de bienandanzas, y esperaban, como fruto de orden y de paz, el nacimiento de nuevas industrias y nuevas riquezas, a cuya formación y adelanto contribuiría, más que ningún otro, el ingeniero con sus luces.

A pesar de todo, en el curso del primer año, su esfuerzo de voluntad se rompió más de una vez, y a cada ruptura vivió momentos de dolor y días pálidos llenos de tristeza. Su manera rigurosa de concebir el deber, ayudada luego por la costumbre, venía a ser el solo aguijón de sus bríos. Trabajaba sin entusiasmo ni amor, no considerando sus estudios como destinados a embellecer y fecundar su vida, sino como simple tarea, indispensable y enojosa, al fin de la cual emprendería otra diferente. Sin embargo, estudiaba con tenacidad heroica, dejando pasar la juventud, grave y rígida, como una virgen privada de risas, cantos y besos. Sin ligerezas amables, ni calaveradas ingenuas, su vida se deslizaba como austera vida de monje en la estrechez de los claustros. Sus labios, resueltos a conservarse puros, rechazaban el bebedizo de los amores fáciles. Y fuera de dos o tres amigos, con los cuales de tarde en tarde gozaba de grato esparcimiento, nada le distraía de su empeño en terminar pronto y bien sus estudios.

La tensión de su voluntad la sostenía el señuelo de una promesa. Su padre le había ofrecido enviarle a Europa a coronar su carrera científica, ganando en los grandes centros del viejo mundo mayor suma de ciencia, y preparándose, por el solo hecho de cruzar el océano, un éxito más feliz, como creía y aseguraba candorosamente el viejo Soria.

Por fin llegaron los últimos exámenes, y con ellos aproximóse el momento de la partida. Soria, pasados los exámenes, experimentó un bienestar infinito, como quien se ve libre de una obsesión o de una gran pesadumbre. Su voluntad, como después de largo encogimiento se desperazaba fuerte y gozosa. Y sentíase tan ágil, desembarazado y lleno de confianza, como si se hallara en el verdadero instante oportuno para dar un objeto a su vida. Su diligencia anterior se le aparecía como simple deseo de llegar pronto al descanso y su austeridad como treta de refinado para mejor saborear todas las delicias y blanduras. Durante muchos meses, desde antes de emprender viaje hasta después de su llegada a París, la primera ciudad en la cual había de fijarse a completar sus estudios, vivió en el más profundo reposo. Desaparecida la tensión de su voluntad, la alegría de vivir, que hasta entonces había pasado cerca de él como un torrente mudo, empezó a conquistarle. El torrente murmuraba, cantaba, convidándole en sus cantos y murmurios a beber de la onda tersa y fugitiva. Y sus labios, llenos de juventud, se inclinaron sobre la onda como una flor sedienta.

Mientras la vida se le insinuaba amable y risueña en su alma despertó, a favor del reposo y del medio parisiense, un germen dormido. Y del germen brotó, derramándose como savia invisible por todo el ser incontaminado de Alberto, una fuerza nueva que cada vez más afinaba sus ojos, afinaba su piel, afinaba sus nervios, y le hacía buscar, casi a pesar suyo, en los seres y las cosas, la gracia y la armonía. Aquella su emoción turbadora, experimentada de niño cuando fue por la primera vez a un teatro, se renovó más clara y a menudo, revelándose al fin como un instinto, como un sentimiento irresistible, nacido con él, indispensable para él, sentimiento vivo y delicado de la Belleza armoniosa.

Conocía de antes algunos de sus compatriotas residentes en París y dedicados al estudio: médicos en su mayor parte, raros ingenieros y unos pocos artistas. Entre sus compatriotas no cultivó y sostuvo amistad verdadera sino con Emazábel, médico, e Iglesias, artista, pintor y escultor a la vez, condenado a sucumbir dos años más tarde en plena esperanza de triunfos. Iglesias, y un joven argentino amigo de Iglesias llamado Calles, pintor y discípulo de Laurens, fueron los camaradas predilectos de Soria. Con ellos visitó los sitios más frecuentados de los artistas, los talleres escuelas, los grandes museos y las exposiciones ocasionales de escultura y pintura.

Semejantes excursiones, en los primeros tiempos, las hizo, o creyó hacerlas, con igual placer con que hacía excursiones a los alrededores de París o visitaba las casas de curiosidades, regalo y diversión de la ociosa gente boulevardera. Pero poco a poco se marcó su predilección por las excursiones artísticas, y en éstas creció de un modo casi palpable el caudal de sus ideas y gustos estéticos. El grano de oro de su amor al arte, primero apenas perceptible como diminuta chispa de luz, muy ligero alcanzó las proporciones de filón rico y profundo. Soria saboreó pronto una alegría

nueva, la alegría de conocer, con sólo echar una ojeada sobre un mármol o una pintura, los primores y excelencias de la obra, y se ejercitaba en adivinar, así la escuela a que pertenecía la obra, como también el nombre del artífice cuyas manos movieron el pincel o encerraron en la piedra de la estatua la llama de la vida.

Cuando quiso reanudar la interrumpida labor de sus estudios de matemáticas, advirtió y pudo medir en toda la magnitud el cambio asombroso realizado en él por el hecho de vivir en una atmósfera de arte. Conoció tristezas e incertidumbres análogas a las que había probado en los penosos principios de su carrera. Y en ese estado de alma consideró como una fortuna los obstáculos que se opusieron a su admisión en la Escuela Central. Todo extranjero se tropezaba con esos obstáculos, y para vencerlos debía dirigirse al ministro de Instrucción Pública francés y reclamar la intercesión del representante diplomático de su país en Francia. Pero Soria, en vez de combatir las dificultades y vencerlas, más bien las exageró, asiéndose de ellas como de un áncora, valiéndose de ellas como de un pretexto, para no turbar su vida cómoda y feliz de curioso de arte.

Al cabo de un año, apenas había oído en la Sorbona las conferencias de un profesor de álgebra; y si estaba muy atento a las explicaciones del profesor, al dejar el anfiteatro las echaba en el olvido, para no recordar sino las obras recién admiradas en museos y talleres: cuadros hermosos y nobles esculturas.

Sin embargo, bajo su calma en apariencia dichosa, nacía de cuando en cuando un vago remordimiento: ya se representaba con tristeza lo inútil del esfuerzo continuo de sus largos años de estudios; ya pensaba en lo que su padre, confiado y bondadoso, estaba esperando tal vez del hijo ausente.

En la compañía de Iglesias y Calles, y por su género de existencia, hubo de reconocer a muchos artistas, entre ellos a uno que sobre él ejerció una influencia indiscutible. Se llamaba José Magriñat. Era uno de esos hombres de talento no muy grande, pero de voluntad prodigiosa, que van dejando por donde pasan una impresión de fuerza y de salud, con la cual dominan y subyugan. Pintor, joven como de unos treinta años, nacido en Cuba de padres españoles, estrecho de frente, cejijunto y bastante seco de carnes, desdeñaba muchas cosas: desdeñaba el oro, desdeñaba la mujer, desdeñaba las letras, desdeñaba la política. En él no cabían sino dos ideas, dos pasiones, dos fanatismos: la independencia de su país y la gloria de su arte. Su amistad fue para Soria como un baño de energía, y en Soria completó la obra de mucho antes iniciada por el medio. A poco de conocerse, ya eran verdaderos amigos. Y como José Magriñat se hallaba en vísperas de realizar uno de sus mejores sueños de artista, el viaje de Italia, cuando llegó el momento de partir, nada le fue tan fácil como llevarse de compañero a su nuevo amigo Alberto Soria.

Seis meses duró el viaje, la peregrinación artística de ciudad en ciudad, como de santuario en santuario; seis meses llenos de luz, vividos en la sa-

grada comunión de un mismo ideal de belleza. A la curiosidad noble de los dos romeros no se escondió un solo punto en donde hubiese florecido una escuela de arte, ni la menor aldea en donde un alma de artista hubiese dejado alguna de sus vibraciones más puras palpitando eternamente en el fresco o en la tela, en el bajorrelieve o en la estatua. Pero sobre todo, Florencia los turbó, los mareó con el océano de esplendores de sus infinitas obras maestras, con sus mármoles y bronces alzados entre caricias de sol bajo los pórticos, en las plazas públicas, en las *loggias* anchurosas y claras, con sus mayólicas suspendidas de los frontones de edificios vetustos, como sonrisas de ángeles extraviadas en un rostro severo, con sus palacios llenos de majestad, cuya gracia y armonía se funde en una atmósfera alegre y sutil, en un cielo azul, delicado y vibrante.

Florencia despertó las últimas rebeldías del alma de Soria y determinó el cambio de éste. El punto de partida de su transformación fue un pensamiento sacrilego acariciado algunas veces por él bajo la cúpula de la Sagrestía Nuova entre los ricos mausoleos de los Médicis, mientras admiraba como en éxtasis la célebre Noche de Miguel Angel. Ante aquellas figuras no acabadas, tales como un tesoro apenas presentido de formas bellas y líneas poderosas, dióse una vez a pensar si nadie podría desentrañar la idea y completar la obra inconclusa del maestro incomparable. Después de relampaguear en su alma, ese pensamiento no se extinguió de improviso como el relámpago. Lo asaltó varias veces, lo persiguió, lo dominó, lo poseyó, como una imagen de voluptuosidad a un débil cerebro de eremita.

Años más tarde, al recordar esas reflexiones que le sugerían las obras no acabadas del maestro, las consideraba, avergonzándose de ellas un poco, sacrilegio y locura. Sacrilegio y locura le parecía tocar, siquiera con la imaginación, aquellas formas. "Mejor están así, pensaba. Mejor están así, en su crepúsculo doloroso; quizás más bellas, seguramente más puras. Semejantes a flores entreabiertas, viviendo en parte la vida gloriosa de la obra acabada, en parte escondidas aún en el misterio impenetrable del trozo de mármol sin pulir, parece como si esas creaciones del mayor de los artistas hubiesen tenido, por un momento, conciencia de su perfección futura, y en el supremo orgullo de su belleza, se hubieran quedado en los umbrales de la vida, temerosas de ser profanadas, y desdeñosas de mezclarse con la fealdad inquieta y vana de los hombres."

A su vuelta a París, Alberto Soria tenía ya formado un propósito muy firme, para cuya realización contaba con Iglesias y un artista notable, maestro de Iglesias.

Y en cuanto pudo se dio al trabajo, velando su vida, ocultando sus proyectos a la curiosidad impertinente y maligna. Sólo Iglesias y Magriñat estaban en el secreto, y muy bien lo guardaban. Soria tenía un miedo, rayano en pavor, al ridículo, y si alguien llegaba a enterarse de sus planes, y éstos fracasaran por una razón cualquiera, la menor sonrisa irónica sor-

prendida en unos labios hubiera sido para él como un tósigo de muerte. Además, él hallaba un soberbio placer de orgulloso en rodear de misterio su vida. Su trabajo, oculto a los ojos de las gentes, le atraía con especial encanto. Y precisamente ese misterio de su vida no se lo perdonaban los otros. No halló clemencia ni perdón ante la melévolá curiosidad burlada de algunos de sus compatriotas desocupados, propaladores de malas noticias y amigos de chismes y calumnias. Comprendiendo cómo le era hostil esa curiosidad, Soria huía de ella. Pero cuando no la podía evitar, porque lo atacaba de frente, él respondía a sus ataques de modo seco y breve, o, si estaba de humor, con evasivas burlonas. Uno de esos importunos, deseoso de conocer lo más íntimo de la vida ajena, conversaba una tarde con Soria, y conducía la conversación lo más diestra y disimuladamente posible, a fin de sorprender las ocultas ocupaciones de su conterráneo. De repente, variando de táctica, decidió irse a fondo.

—¿Y cómo está esa Escuela Central?

—¿La Escuela Central? No sé. Supongo que estará bien... Como siempre.

—¡Ah! ¿Pero usted no sigue los cursos de la Escuela Central?

—No, señor.

—¿Asistirá a la Escuela de Puentes y Calzadas?

—Tampoco.

—¿Pero usted, si no me engaño, es ingeniero?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¿Estudiará alguna otra cosa?...

—Sí, estudio *humanidades*.

Y Soria, al hablar así, sonrió maliciosamente. El otro, interpretando a su modo la sonrisa de Soria, se permitió sonreír más maliciosamente aún y al mismo tiempo agregó:

—“Sobre todo la humanidad femenina.” Y mientras decía esto miraba de soslayo, con bastante socarronería, a la rubia Julieta sentada cerca de Soria, para alejarse después con expresión de triunfo, muy convencido y orgulloso de haber dado en el blanco. “¡Si él estaba seguro! Bien se lo había dicho poco antes a Emazábel, aquel estudiante de medicina serio y trabajador que tenía debilidad por Alberto Soria. Tan evidente era el caso que Emazábel se limitó a recurrir a bobas frases de escéptico, para excusar la conducta de su amigo.” Y una por una evocó las palabras de su conversación con Emazábel y el ademán de éste, unas veces vivo, otras lento y resignado, como ademán de trabajador sin esperanza ni fe. Bajo los árboles del boulevard, del lado afuera de un café, conversaban, en tanto que la luz de un día de primavera agonizaba en el cielo con lentitudes voluptuosas. Y cerca de ellos, bajo los árboles del boulevard y por las calles vecinas, empezaban a correr los perfumes, el rumor y los innumerables apetitos desbocados de las claras noches de París en fiesta. Hablaban de sí mismos, de sus propios trabajos y proyectos, y de los trabajos y proyectos de los

otros, amigos o camaradas, nacidos en el mismo pedazo de tierra humilde y oscuro de más allá del océano, casi todos llegados a París con el ansia candorosa de recoger, cual más, cual menos, ideas, luz y energías, que más tarde irían a sembrar como simiente de bendición en el suelo de la patria.

—Cuanto a ese pobre muchacho de Soria, me parece perdido, perdido sin remedio...

—¿Por qué

—¿Me preguntas por qué? Soria tiene más de dos años aquí, sin ocuparse en nada. En nada, en nada se ocupa. Es decir, no se ocupa sino en venir al café, en vagar sin objeto, en visitar museos, en hacerse de relaciones vagas en el fondo de todos los cuchitriles de clientela dudosa de Montparnasse y Montmartre. Y todo eso en la compañía de Julieta, de esa rubia para quien debe ser como grano de anís una escasa pensión de estudiante. Nunca le he visto sin ella. ¿No crees perdido al que cae en las garras del monstruo? El monstruo es la mujer. Ella es la perdición de muchos de los nuestros, y va a ser la de Soria. ¡Cuántos pobres tontos de por allá, recién llegados aquí, no sucumben al eterno hechizo amoroso y van a la mujer como iban los jóvenes de Atenas a la boca de Minotauro! Soria me parece uno de esos. Sin temor de errar, podría yo decir que esa mujer le ha arruinado ya, física, intelectual y moralmente. Muchas deudas le habrá hecho contraer a estas horas. Julieta, sin duda ninguna, es el tipo acabado de la parisiense de hoy, producto de una gran civilización enferma y podrida. Fina, delgada, nerviosa, parece que un sorbo de rocío y un rayo de sol pudieran satisfacerla, y sin embargo, nada le satisface. Es fácil adivinar, con ver su boca, una infinita curiosidad perversa. Perfidia están diciendo sus ojos claros, azules, punteados de oro, que deben de brillar en la sombra como ojos de felino. Y tiene el cuello redondo y firme de la dominadora y la insaciable.

—Creo que exageras. Soria no me parece perdido, como dices, perdido sin remedio. Me hace la impresión de un hombre algo tímido, vacilante, no muy seguro de sus fuerzas, que no ha encontrado aún su verdadera vía, pero que al fin la encontrará, guiado hacia ella por su inteligencia muy clara.

—Puede ser... pero entre tanto malgasta su juventud, y con su juventud el ahorro, la sangre y el sudor de quién sabe cuántas generaciones. Además... que Soria esté buscando aún su verdadera vía, no deja de ser una simple hipótesis piadosa. Para mí, es una nueva víctima agregada a las innumerables víctimas de París y de la imprevisión paterna. Lo he dicho muchas veces: yo, padre de familia, necesitaría confiar mucho, mucho, en la lucidez de criterio y en la bondad y firmeza de índole de un hijo mío para dejarle venir a llevar la vida libre y halagadora de este París, que es lo infinito de la seducción, sobre lo infinito del desastre. ¡Cuántos padres, creyendo hacer un bien, no hacen a cada paso un mal enorme!

—El mal es el mismo para todos —replicó Emazábel—. Para todos, téngase buena o mala índole, intención firme o flaca, juicio claro o turbio. El mal es el mismo para quien se entrega a la vida ociosa, plenamente en cuerpo y alma, como para quien trabaja y lucha y vive de lucha y de trabajo. ¡Y cuidado si para este último es mayor ese mal!

—No comprendo lo que quieres decir, pero entre el que lucha y trabaja, como tú, cumpliendo como bueno consigo mismo y con los otros, y el que sólo se ocupa en divertirse y gozar, hay bastante diferencia.

—Hoy por hoy, sí: existe una diferencia. Mas para el mal a que yo me refiero, en el porvenir, esa diferencia no existe. De vuelta a la patria, unos y otros, así los que hoy viven en la ociosidad como los que vivimos en el trabajo, iremos a dar tal vez en una misma encrucijada oscura.

Y Emazábel, renunciando a más explicaciones, cortó el diálogo inútil con su ademán triste y solemne de trabajador sin entusiasmo ni fe, cansado de aquel largo día de junio que todavía agonizaba en el aire, sobre la claridad naciente de la luz eléctrica recién aparecida en lo alto de los farales públicos, intensa y blanca, muy blanca, en figura de albos copos de nieve esplendorosa.

Mientras provocaba las murmuraciones malévolas de los otros, exhibiéndose en todas partes como perfecto holgazán, y siempre en compañía de Julieta, Soria trabajaba con ahínco y ardor de fanático. Al principio bajo la vigilancia del maestro y amigo de Iglesias; más tarde, libremente, al aire los brazos y revestido de blusa en el taller de Iglesias, se adiestraba en imprimir las líneas y las formas del modelo desnudo en el barro a un tiempo esquivo y dócil.

Conocimientos, en su ocasión adquiridos, de anatomía plástica y dibujo, le facilitaron, reduciéndolas un poco, sus enojosas tareas de principiante. Y el exceso de trabajo no le daba, como en el curso de sus estudios de ingeniero, la sensación del vacío, la sensación del desierto desolado y monótono, que le ponía de humor áspero y triste. Al contrario, hallaba en la fatiga como un desmayo delicioso, y a veces verdadero júbilo. A este fin contribuía Julieta, sirviéndole de auxiliar inteligente aunque humilde: Desde los comienzos de sus amores, ella había sido para él toda abnegación y ternura. Los menores escrúpulos y caprichos del amante los respetaba ella, de modo que nadie hubiera podido, por causa de ella, conocer la vida ni adivinar los proyectos de Soria. Removiendo, ejercitando y afinando la sensibilidad más recóndita y oscura del amante, contribuía, sin ella saberlo, a despertar en el amante la fuerza creadora del artista.

Sintiéndose iniciado por el Amor en los misterios de la Belleza, en sus amores buscó y halló Alberto el germen de su primera obra de arte. La concepción original de su obra pasó a través de muchas metamorfosis amables antes de hacerse definitiva. Su primera idea fue la de representar, en una o más figuras bellas, el ideal confusamente delineado de un amor fu-

turo, libre y feliz, nacido lejos de toda sospecha, superior a toda liviandad y pequeñez, exento de mancha. De esa idea pasó a otra, que le pareció análoga, si no idéntica en el fondo: la de representar el amor antiguo, sano y alegre. Y así fue, imaginando y cavilando, hasta que del bosque informe de sus imaginaciones confusas brotó la riente figura del *Fauno robador de Ninfas*. Y el *Fauno robador de Ninfas*, admitido al ser presentado en el concurso anual de escultura, triunfó de sus concurrentes, de sus muchos rivales de mármol y bronce.

La noticia de haber obtenido Soria una medalla cayó como una bomba entre sus compatriotas estudiantes, causándoles indecible sorpresa.

—¡Soria escultor! ¡Y sobre escultor, premiado!

—¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Pero a qué horas trabajaba? ¡Si yo le creía la pereza en persona!

Tales y otras muchas exclamaciones de sorpresa fueron el bautismo de gloria del novel estatuario. Luego, notables críticos de arte exaltaron en la prensa de París, con el talento del nuevo artista, el mérito de su obra, milagro de juventud y fuerza. Entonces, muchas manos aplaudieron, y muchos labios murmuraron palabras de lisonja. La abigarrada multitud parisiense desfiló delante del *Fauno robador de Ninfas*. Cada uno, hombre o mujer, conocedor o ignorante, dejó con sus aplausos algo de su alma sobre las tersas carnes del mármol de aquellas dos figuras, predilectas de la gloria; el Fauno, en cuya actitud y expresión cantaba la vida de toda una selva llena de palpitaciones de savia y de renuevos robustos, y la Ninfa, por cuyas formas de rara candidez y belleza se veía pasar el temblor pudoroso de la castidad vencida. Más tarde, los periódicos del país de Alberto reproducían, exagerándolos un tanto, los elogios de sus colegas franceses, y con el homenaje de la prensa patria llegaron a las manos de Soria muchas felicitaciones, muchos aplausos de parientes y amigos olvidados, y aun de personas desconocidas.

Sin embargo, el aplauso mejor, el que debía coronar el triunfo del artista, ése no llegó al alma de Soria, sino destilando amargura. La carta que recibió entonces de su padre, esperada con ansiedad muy viva, rebosaba en cariñosas palabras y ternezas. Pero Alberto creyó leer entre líneas algo que era a la vez protesta y súplica, y vislumbró a través de la prosa amable el gesto de un reproche. Eso lo mantuvo desconsolado y melancólico por algunos días, hasta que el tumulto de la vida parisiense y la continua sugestión poderosa del ambiente artístico le devolvieron al trabajo y al arte.

En medio a grandiosos proyectos de nuevas esculturas lo sorprendió el aviso de la enfermedad súbita del padre, y ante el angustioso llamamiento de los hermanos apercibióse a la partida. Sin gran tristeza dejó tras de sí una obra no acabada, muchas esperanzas, muchos sueños de artista y el amor y los labios de Julieta. Le seducía la idea de volver a la patria. Y al pensar en la patria, no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella

se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermoscada y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia.

Al despertar, el día siguiente de su llegada, en la casa paterna, recordó de nuevo los últimos años de su vida como se recuerda un sueño largo. Su ilusión, en ese instante, fue completa. El sol, penetrando a través de las rendijas de puertas y ventanas, caía sobre los objetos familiares colocados en los mismos sitios y de igual modo que cinco años atrás. Ya vestido, Soria abrió la puerta que comunicaba su alcoba con la salita en donde antes él y Pedro recibían a sus compañeros de estudio. Una ola de frescura y fragancia fue su encuentro, como dándole los buenos días. En el centro de la sala, sobre una mesa redonda, había una cesta de cristal llena de rosas frescas. Y como el caminante que, abrumado de fatiga, calor y sed, sumerge los labios en un arroyo frío y transparente, así Alberto hundió su rostro en el manojo de rosas recién cogidas. Los pétalos de las rosas le hicieron cosquillas en la barba, la nariz y los labios; le mojaron la frente y las mejillas. Y Soria, en un grito de sorpresa infantil, exclamó casi ebrio:

—¡Cuántas rosas! ¡Cuántas rosas!

I I I

El resentimiento de Soria se deshizo ante aquellas claras muestras de ternura. Lo conmovió el hallar sus libros y muebles en el mismo orden en que cinco años atrás los dejó su capricho de estudiante. Previsión amorosa de la hermana era ese respeto a sus caprichos estudiantiles, e indudablemente obra de esa misma previsión era la bienvenida que la casa paterna parecía dar al recién llegado con el fragante y fresco lenguaje de sus flores.

Y las miradas de Alberto, al ver a la hermana, la abrazaron como caricias de reconciliación y gratitud. “¿Cómo pudo guardar ni sospechas de un rencor a la que había sido con él buena hermana, buena amiga y perenne mediadora feliz entre él y su padre?”

—Gracias por tus flores, Rosa Amelia, porque supongo las cortaste para mí.

—Por supuesto. Pero no me des las gracias, porque tengo muchas, muchas y muy bellas. En toda la ciudad no hay rosas tan lindas como mis rosas. Ya verás. Te preparo una sorpresa. Espérame aquí un segundo, y yo misma te mostraré mis rosales.

Y Rosa Amelia dejó con su paso leve y gracioso el saloncito; apareció después al otro lado del patio; entró en la alcoba de su marido; llevó una medicina a su padre, y no tardó en volver adonde estaba Alberto.

—¿Recuerdas cómo estaba el corral de casa cuando te fuiste? Pues ya verás cómo se encuentra ahora.

Juntos, los dos hermanos, atravesaron de prisa el comedor, el segundo patio de la casa y penetraron en el vasto corral, cercado de paredes. A pesar

del anuncio de Rosa, la sorpresa del recién llegado fue muy grande. El corral, de espacio mucho mayor que el ocupado por las habitaciones de la casa, se hallaba convertido en un solo jardín opulento. En algunas partes del jardín, árboles ya bastante fuertes y crecidos formaban deliciosos rincones de sombra. Los árboles más raquíuticos, los de follaje más pobre, lucían como oprimidos bajo el peso de numerosas parásitas, arrancadas a los más viejos árboles del bosque o las más húmedas rocas de la sierra. Y por todas partes, en casi todos los cuadros que dividían el jardín, se alzaban rosales en flor. Sobre rosales de todas las especies descollaban rosas de todos los matices. Pero las más abundantes eran las rosas blancas y las rosas rojas, las candidas como flores de nieve y las purpúreas como llamas. Rosales faltos de hojas, casi únicamente vestidos de su flor, semejaban arbustos de ensueño.

—Aquéllos son mis predilectos, porque son los más bonitos. ¿Los ves?... Aquellos de la pila—. Y Rosa Amelia señalaba tres rosales de flores carmesí y uno de rosas blancas, plantados alrededor de una fuente.

En el tazón de mármol de la fuente, lleno de agua, nadaban peces de púrpura, manchados los más pequeños de oro y plata; y en el centro de la fuente, sobre un pedestal diminuto, se alzaba un amorcillo tosco y gordínflón, también de mármol, inclinado a verse, muy risueño, en el espejo del agua, entre las imágenes trémulas de los rosales vecinos.

Sorprendido de aquella transformación, Alberto pensaba en una como vieja quinta ceñida de vergeles que la ciudad, al crecer, hubiese forzado a entrar en la monótona fila de sus casas vulgares y feas. Y de tiempo en tiempo lanzaba exclamaciones de sorpresa que regocijaban y enorgullecían a Rosa.

—Pues todo eso lo hice yo, yo misma. Naturalmente, los trabajos más duros son obra de un jardinero que por aquí viene de vez en cuando. Pero todo lo demás es obra mía... Todo. Hasta en construir ese kiosco puse mis manos. ¿No es verdad que es muy coquetón ese kiosco, así pequeñín como es y todo verde? Las enredaderas que lo cubren son de bellísima y flor de pascua. Ya verás en diciembre y enero cómo las campanillas azules lo hermocean que es una gloria. ¡Ah! Se me olvidaba. ¡Pero qué cabeza la mía! ¡Y lo tenía tan presente cuando entramos en el jardín! Se me olvidaba decirte que las camelias, aunque seguí muy fielmente las instrucciones que me dabas en tus cartas a papá, se malograron. Logré sólo una mata, y ésa ha dado una flor, tan feúca, y tan ruin, que me dan tentaciones de romperla. Ven y la verás. Por aquí... De este lado... ¿La ves? Es una limosna de planta con una lástima de flor. La flor no es sino la caricatura de como son en Europa, según dicen.

—Son flores muy bellas, grandes y vistosas.

—Pero sin fragancia.

—Sí. Son recreo de los ojos, y nada más, porque no tienen aroma, semejantes en eso a muchas mujeres bonitas.

—Pst. Se prohíbe decir mal de las mujeres en mi presencia.

—¡Si no digo mal de las mujeres! Ni siquiera he hablado de todas las mujeres. Digo que hay algunas como camelias: muy bellas y sin fragancia. Pero también las hay fragantes como rosas. Y tú eres Rosa entre las rosas.

—¡Tonto! ¿Vas a adularme para que te consiga algo de papá, como antes hacías? ¡Adulador!

—Sólo que al lado de la Rosa grande pensaba yo encontrar, si no una rosa chiquitina, por lo menos un capullo.

—¿Qué quieres decir?... No, no quiero que digas eso. No quiero.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero.

Y tan pálida se puso, y con tal firmeza habló Rosa, que Alberto enmudeció, todo perplejo, y se quedó mirando, lleno de curiosidad y extrañeza, a la hermana, en el rostro de la cual, pasada la gran palidez repentina, persistió una ligera expresión de enfado y susto. Alberto creyó estar viendo entonces por primera vez a la hermana. Su talle, sus líneas y contornos, los rasgos de su fisonomía, Rosa los conservaba, después de tres años de matrimonio, tales como en sus tiempos de muchacha soltera. Nada revelaba en las formas de su cuerpo, ni en las líneas del rostro, la obra casi maravillosa del amor, que arranca a las entrañas y trae afuera, esparciéndolas como luz, la gracia y la belleza ocultas en el seno de las vírgenes. Algo de infantil había aún en sus facciones, como si por ella hubiesen pasado inútilmente el amor y los años.

Rosa Amelia rompió al fin el silencio, que empezaba a hacerse penoso:

—María me ha ayudado mucho en mis labores de jardinera.

—¿María?

—¡Sí, hombre! María... María Almeida. Como ahora somos vecinas... Porque el señor Almeida está viviendo ahora muy cerca, a dos pasos de aquí. Es muy simpática María, y para mí ha sido una amiga excelente. Su amistad me ha servido a menudo de consuelo en mi vida un poco triste y solitaria.

—¿Y Pepito Vázquez?

—¡Ah! ¿Te acuerdas de eso todavía? Pues eso se acabó hace mucho tiempo. Antes de yo casarme, ya se había acabado.

—Es lástima.

—¿Lástima? ¿Por qué? Al contrario: mejor fue así. El no es nada bueno. María se engañó, como se engañan muchas, como tal vez la mayor parte se engañan. Pero tuvo la suerte de comprender su error y de corregirlo a tiempo.

—A tiempo, ¿después de algunos años de amores?

—Sí, muy a tiempo, si se piensa en lo que a tantas otras les pasa, que no caen en la cuenta de su error sino cuando ya no tienen más

remedio que arrastrarlo, llamándolo su deber, y como una cadena, a través de la vida, hasta el fin obscura y devastada.

Alberto hablaba indiferentemente de esos amores como de cualesquiera otros amores, olvidado en absoluto de su antigua admiración de niño por la belleza de María. Esta fue la primera belleza de mujer que Alberto admiró y adoró en el silencio de sus tímideces infantiles. Pero, ya hombre, se burlaba, como hacen casi todos los hombres, de ese culto ingenuo de la infancia. Sobre todo, después de viajar mucho y de ver los más excelsos tipos de belleza de todos los países y todas las razas, se consideraba alejado por más de un siglo de la dulce época inocente en que, para él, María Almeida poseía la belleza irreprochable de las Diosas. Débil ensueño de amor, no había hecho sino rozarle con su ala azul y huir muy lejos. Y ni un rastro de fragancia quedó en él de la frágil flor de idilio, muerta en botón en su alma adolescente.

—Es lástima— repitió Alberto como distraído.

Y en el mismo tono agregó Rosa:

—Vas a hallar muchos cambios, y muchas cosas nuevas. ¡Cómo no! ¡Después de tanto tiempo! Cinco años, ¿no es verdad? Cinco años... Y decir que en todo ese tiempo apenas me has escrito...

Alberto, algo turbado, sin dejar de caminar junto a Rosa Amelia, hacia el fondo del jardín, pasó el brazo derecho sobre los hombros de la hermana y murmuró a manera de excusa:

—Tampoco tú me escribías gran cosa.

—¡Qué diferencia! Tú no pasabas las angustias que yo pasaba, ni tenías iguales deberes. ¿Qué podía yo escribirte, sino tristezas y bobadas?

—Razón de más para escribirme, si vivías entre angustias y tristezas. Para deshacernos de ellas, ningún medio tan eficaz como el escribirlas. Es como si llorásemos.

—Sí, pero hay algunas que no deben escribirse, o cuesta mucho trabajo hacerlo.

—Esas, ¿cuáles pueden ser? ¿Cuáles pueden ser las tuyas? Comprendo que los cuidados de la casa y los achaques de papá...

—No, no es nada de eso. Es otra cosa, y muy triste. Ya verás... Ya verás...

Luego, deteniéndose, y con la expresión de susto de poco antes, clavó sus ojos en los ojos de Alberto, y agregó:

—Oye... ¿Papá no te ha dicho nada, absolutamente nada de Uribe?

—No. Es cierto que todavía no hemos hablado a solas ni un instante... Si apenas he llegado.

—Es cierto. Pero te diré muy pronto. Sí, te diré... Estoy segura... Pues bien, papá no puede ver a mi marido. No le quiere. Sí, no hagas así con la cabeza, como dudando. Esa es la verdad, la triste verdad. Ahora, figúrate mi vida, que no es tal vida, obligada a estar continuamente entre ellos dos, tratando de esconder al uno la inquina del otro, evitando

que a la visible aversión del uno, el otro responda con un gesto de vinagre, esforzándome por deshacer entre los dos una nube cada vez más densa, por allanar entre los dos un abismo cada vez más hondo. Esto no puede ser vida... no es vida... Y todo ¿por qué? Porque Uribe está siempre enfermo, porque su familia no es muy simpática ni muy correcta... ¡qué se yo!... Como si él tuviera la culpa de su enfermedad ni de los defectos de su familia. A veces creo que la enfermedad de papá es la culpable de todo, porque le ha agriado poco a poco el carácter, hasta convertirlo en otro hombre. El no era así al principio. Si acaso le tenía mala voluntad a Uribe, no lo manifestaba nunca. No sé... No comprendo... El tampoco se opuso a mi matrimonio. Es verdad que me hizo algunas objeciones, pero nada serias. Al menos, entonces, no me parecieron nada serias. Fue al regreso de Bolívar cuando empezó mi martirio. En Bolívar pasamos cuatro meses, como tú sabrás: el clima nos maltrató mucho, y Uribe estuvo a punto de morir de la fiebre, lo que nos obligó a volver. Desde entonces goza rara vez de salud y desde entonces también la antipatía que le inspira a papá es clara y violenta. Uribe advierte esa antipatía injusta y, como es natural, paga, si no en la misma moneda, en una moneda semejante. Imagínate, pues, cómo vivo, obligada a estar entre los dos. Los desagradados de ellos vienen a dar indefectiblemente en mí, a sumarse en mí, entristeciéndome y martirizándome hasta acabar con mis fuerzas. Porque ya me quedan muy pocas fuerzas, Alberto. Mi alegría y mi consuelo han sido este rincón de jardín y mis flores. Medio cultivando la tierra, haciéndola dar flores, cuidando de esas matas, he aprendido a ser paciente, a esperar... Pero ya hasta eso comenzaba a no servirme de mucho... No sabes cómo respiré y me alegré cuando estuve segura de tu vuelta. Ese día, a pesar de todo, fui dichosa, y la esperanza volvió a mí como una música olvidada.

—Desde hace quince días yo no pensaba en otra cosa... No pensaba

—¡Rosa! ¡Rosa Amelia! ¡Hermanita!

sino en tu vuelta. "Alberto va a venir", me decía. Y también me decía: "Alberto será conmigo como era antes, y yo seré con él como era antes". En esos pensamientos encontraba alivio. Y desde que estás aquí me siento llena de confianza, y creo que vendrán para mí días mejores.

—Sí, sí, Rosa. Sí, hermanita. Vendrán días mejores. Te lo aseguro. Te lo prometo.

Y Alberto no dijo ni una palabra más, conmovido y embargado de sorpresa ante aquel doloroso fragmento de confesión, ante el imprevisto estallar de aquella pena contenida, amarga y profunda. De nuevo pasó el brazo por sobre los hombros de la hermana, y al atraerla a sí, la sintió bajo su abrazo estremecerse.

La vio, y al verla, sin saber por qué, pensó en la madre muerta, y evocó la imagen de la madre, tal como la guardaba en sus borrosos recuerdos de niño. Eran las mismas facciones no muy bellas, pero agrada-

bles, finas, tal vez demasiado menudas. Los mismos ojos negros, la misma boca, y la misma expresión y casi igual frescura infantil por toda la cara. Pero el rostro de la madre no estaba como el de Rosa coronado de una cabellera oscura, sino de cabellos blancos, precozmente blancos, tanto, que sobre lo fresquísimos de las mejillas, lucían como nieve sobre flores.

I V

El médico de la familia, un doctor Fuentes, que a su redondez de figura y a su gravedad sentenciosa de voz debía cerca de las cuatro quintas partes de su reputación y clientela, había dicho con tono solemne y afectado:

—Me parece caso concluido... caso concluido. Solo un milagro puede hacer que ese corazón triunfe. Sus fibras débiles, degeneradas, no reaccionan ya sino muy difícilmente a los tónicos más poderosos. Caféina, esparteína, trinitrina y demás remedios análogos, administrados al enfermo, obran como si los tirásemos al aire. Para mí, el desenlace fatal es inminente.

Y como sucede, cuando todos yerran, los médicos estuvieron acordes. Emazábel mismo, aún con su prestigio de médico y recién llegado de París, halló justas las palabras de Fuentes, y agregó que, a lo sumo, podría establecerse un estado de asistolía crónica, de ningún modo perdurable.

Pero contra los pesimistas pronósticos de los médicos, la disnea angustiosa de don Pancho comenzó a desaparecer poco a poco, su pulso a readquirir su antigua regularidad y firmeza, y todo su cuerpo a deshincharse, con tanta rapidez, que en donde estaba distendida con exceso, como en las piernas lo estaba, la piel quedó formando arrugas enormes. De la posición molesta que en la cama tenía, la cabeza y el tronco sobre un alto rimeró de almohadas, pasó don Pancho a sentarse de tiempo en tiempo en una silla del dormitorio, y luego a pasear por éste, charlando a la vez con los que iban a visitarle y entreteniéndose al principio en animar su charla con desahogos de buen humor, el fácil buen humor de quien después de verse a dos dedos de la tumba, se ve con salud más o menos perfecta, y saborea la vida, golosamente, como un regalo.

Un tanto sorprendidos, los médicos no dejaron de sostener su pronóstico. Emazábel aconsejó a Alberto no fiarse mucho de aquella inesperada mejoría.

Nada tan común en los enfermos de corazón como los golpes traicioneros. Sobre todo en las enfermedades aórticas, aun entre las mejores apariencias, puede sobrevenir la muerte súbita, aventando con un soplo todas las esperanzas.

Pero Alberto, si bien oía con mucha atención y aparentaba acatar los prudentes avisos de Emazábel, en realidad no hacía de ellos caso ninguno. No quería indagar si era fundado o no el temor de los médicos: bastábale

ver la mejoría indiscutible de su padre. Y ésta, para él, era como un acto de clemencia para el alma de un condenado a la tortura. Lo libertaba de una preocupación fija y dolorosa. Varias veces en el curso de su viaje, al regreso de París, pensó con espanto si no hallaría al padre muerto o moribundo. Y al pensar de ese modo, se consideraba como reo de un crimen inútil, de un crimen sin remisión, el crimen de estar ausente, muy lejos, en la paz y la dicha, mientras el padre agonizaba. A la mano tenía mil excusas fáciles, atenuadoras de su crimen, pero a pesar de ellas le quedaba siempre en el alma algo así como la anticipada amargura de un remordimiento.

La mejoría del padre, además de adormecer y disipar sus escrúpulos, permitióle dejar el encierro, ya muy largo, y recorrer la ciudad, ansioso de ver los cambios efectuados en el aspecto de la población, en los rostros de conocidos y de amigos, y en la belleza de mujeres antiguamente admiradas. Quería también verificar las malas predicciones de algunos amigos. Estos, desde que él llegó, no cesaban de anunciarle decepciones, enojos, desagradados de toda especie. El mismo día de su llegada, en la estación del ferrocarril, dos o tres de los que fueron sus camaradas en Europa y habían regresado antes que él, dieron principio a sus malos anuncios, diciéndole cosas disparatadas, dejándole adivinar contrariedades y tristezas, alegrándose de su vuelta con palabras y frases ambiguas, entre serias y burlonas, que desconcertaron a Alberto por el tono zumbón y maleante.

Alberto se dio a saborear las dulzuras de la vuelta. Recordó entonces, comprendiendo por vez primera su hondo sentido, las palabras de un autor admirado: *Se parte únicamente para volver. Mucho del goce de un viaje está en el regreso.* Y se explicaba la inquietud de ciertas almas que, en un ir y venir alternado y continuo, se procuran a cada paso el dolor de la partida y el placer del retorno, hasta hacer de la propia existencia una sola voluptuosidad triste.

Su primera salida la hizo una mañana, pero no más caminó doscientos metros, cuando volvió atrás los pasos. Al verlo tan pronto de vuelta su hermana le preguntó si había olvidado alguna cosa.

—No, no he olvidado nada. Es que . . . Por la tarde saldré.

Pero no dijo la causa de su retroceso brusco. Sólo interiormente pensaba: "Parece una artimaña diabólica. Un pormenor tan baladí, ¿cómo ha podido causarme una impresión tan viva, un desagrado tan profundo? Si Emazábel llegara a saberlo, ya tendría para un buen rato de broma. Y no sólo Emazábel: cualquiera otro hallaría mi desagrado muy ridículo". Y pensando así, Alberto se representaba su breve paseo. A lo sumo unos doscientos pasos: la calle angosta, sucia, a un lado casi desierta y abrazada de sol; al otro lado, en sombra, algunos transeúntes; por la calzada, a trechos limpia, a trechos inmundada, un coche a todo correr y un carro lento, saltante y chillón. En el trayecto, el recién llegado se complace en darse cuenta de que está pisando la calle que, de lejos, con la imaginación,

había recorrido a menudo, y, aunque no desagradablemente, lo marea y lo turba cierto contraste repentino entre lo que ve y lo que él esperaba ver, porque la ausencia había en él poco a poco borrado la memoria de las proporciones: en su recuerdo no eran las calles tan estrechas, ni tan bajos los edificios. Por último, al término del corto paseo, otra calle, la calle del Carnaval, aún más desaseada: en las aceras, transeúntes más numerosos, y calle abajo, el flemático y torpe avanzar de dos jamelgos flaquísimos, un tranvía de ruedas grandes y caja diminuta, como caja de muñecos y de soldados de plomo. El tranvía, adelante, el cochero con un pie en el estribo, el otro pie en la plataforma, y las riendas, como al descuido, en las manos; dentro del carro, una mujer y tres hombres; en la plataforma trasera, el conductor, con la gorra tirada sobre la nuca, los labios dispuestos al silbido, estira el brazo derecho negligentemente por entre dos de los pasajeros a presentar a uno de éstos el billete del tranvía. Y sin cuidarse de si el pasajero ve o no el ademán y toma o no la boleta, como si para él nada de eso tuviera importancia ninguna, silba muy orondo y clava los ojos en el rítmico andar provocador de una chicuela que pasa.

Fuera de eso, nada recordaba de su corto paseo, nada por lo menos bastante a justificar su desagrado, su tristeza, aquel dolor abierto de súbito en su alma como la rosa de una herida.

Pero pronto olvidó su disgusto, ocupándose en abrir y vaciar dos cajas enormes de su equipaje, todavía cerradas, llenas la una de libros, la otra de objetos de arte, casi todos regalos de sus camaradas artistas. Pedro, le ayudaba, riendo y parloteando, muy contento con satisfacer al fin su curiosidad imperiosa. Con porfía pueril, su curiosidad no había hecho sino rondar alrededor de aquellas dos cajas, midiéndolas con los ojos, calculando su peso, contemplándolas, acariciándolas tenazmente como a dos mudas esfinges a las cuales pretendiese arrancar un secreto delicioso y extraño. Mientras desclavaban las maderas, rompían el zinc y echaban a un lado en desorden la paja y los papeles de rellenar, el buen humor y la charla de Pedro aumentaban, desbordándose en exclamaciones de asombro ingenuo y exagerado, como asombro de niño. De los libros, llamaron la atención de Pedro algunos ya célebres que él no conocía aún, y otros, conocidos o no de él, pero de edición atrayente, lujosa y rara.

—Mira esta preciosidad —exclamó una vez Alberto comprendiendo el gusto de su hermano por las ediciones peregrinas y tendiéndole un libro diminuto—. Es un librito deliciosamente ilustrado por un artista verdadero; un primor de libro, bueno para un presente de novia. Diminuto como un breviario, puede caber en el hueco de una mano chiquitina. Y con toda su belleza, en la belleza de la mano, sería como una gota de agua con todos los esplendores del azul posada sobre un pétalo.

—A ver... Exquisito, exquisito de veras. ¡Ah! ¡Pero son cuentos de Daudet!

—Sí, cuentos de Daudet; algunos algo bobos, muy delicados los más.

—¡Es lástima! No me sirve. Si fueran cuentos de Mendés, por ejemplo...

—Pero así lo querrías para dárselo a tu novia, supongo.

—No precisamente a una novia.

Y Pedro, evadiendo la mirada interrogadora del hermano, volvió los ojos a curiosear otros volúmenes. Luego siguió hablando como hasta ahí, dando su opinión sobre autores y libros, juzgando de talentos y de obras, con la voluble gracia de ese dilettantismo ligero que, por sólo conocer la fragancia y la flor, se aventura a decir cómo está hecha la medula del árbol.

Después de los libros fueron los demás objetos, los regalos que traía Alberto a los de su casa y los que le habían hecho a él sus amigos en Europa: el *bibelot* raro, las curiosidades de pueblos y países remotos, y cuanto exornaba su taller y su habitación parisienses. De cada una de esas cosas parecía fluir una ola de remembranzas. Alberto, ebrio de memorias, hablaba, hablaba, hablaba, y el rumor de su voz acrecía la dulce embriaguez de sus recuerdos. A cada paso decía un nombre, y al nombre seguía un retrato o una caricatura, y la historia alegre o triste de una noche, de una tarde o de una hora de su vida de estudiante y artista, de paseante vagabundo y trabajador, perseguido y torturado por la obsesión de la obra. Y el entusiasmo de Alberto se comunicaba fácilmente al hermano, porque se trataba de París, el fascinador señuelo de todas las almas jóvenes, y Pedro creía adivinar, alcanzar y poseer la luz, el amor y el perfume de París a través de los labios fraternos. Lo que Pedro no entendió muy bien fue la alegría y casi exaltación del hermano ante dos objetos, apreciados en mucho al parecer, según lo cuidadosamente enfar-delados que estaban; el uno era una cabeza de yeso, cabeza deliciosa de muchacha de veinte años, cabeza leonardina, la boca sensual y doliente, los ojos impregnados de ideal; el otro, una acuarela pequeñita, simple manojito de crisantemos áureos.

La cabeza era obra de Alberto, la acuarela obra de Calles, aquel pintor de la Argentina amigo suyo.

—Un tipo curioso Calles. Quería ser de todo y era cómico, y poeta, y pintor, y hasta elegante. Verdadero desbaratado, la fortuna, periódicamente, en forma de pensión, iba a él; pero él no la acompañaba nunca más de una semana. Antes de concluir ésta, se fundía a manera de nieve su fortuna, y jamás pudo él mismo averiguar cómo ni por qué. Debía a la patrona, debía al restaurante, debía al café, y, sin embargo, estaba siempre muy correcto y pulcro: las botas charoladas como un espejo; ni una tilde en su levita, negra y larga, y el sombrero perfecto de lustre, limpidez y forma. Aunque presumía de hacer muchas cosas distintas, únicamente en la pintura se revelaba la fuerza de su ingenio. Y con todo eso, un buen muchacho, caballero de raza y de estirpe. ¡Un tipo curioso, curioso en

verdad, ese Calles: refinado hasta la neuropatía, se mostraba en ocasiones como un salvaje perfecto! Una noche de invierno, entre los blancos torbellinos de nieve, lo encontré paseando con majestuosa lentitud por un bulevar, como en una tibia noche de mayo. Andaba, según él, en busca de un verso orgulloso que se le había ido volando, y dejarlo que se extrañara en medio de aquella noche era condenarlo a perecer, ¡el pobre verso!, como un gorrion entumecido. Al mismo tiempo, su querida —una muchacha que llamaban *Mamzelle Sourire* o *Souris*, sonrisa o ratón, no sé si por la semejanza de esas palabras en francés, o si porque en todo su cuerpo había de ambas cosas, del ratón y la sonrisa, por lo menuda, frágil, juguetona y risueña— su querida contaba que...

Alberto, creyendo oír pasos que se acercaban, siguió hablando en voz muy baja, casi en el oído de Pedro. Y Pedro, después de escuchar atentamente, se rio a carcajadas. Luego dijo:

—Como los gatos.

—Eso decían, entre otras cosas los vecinos. Y ellos para no seguir siendo la diversión de los vecinos, se vieron en el caso de entapizar con mucha abundancia la alcoba, sobre todo en los resquicios de ventanas y puertas. Pero la acuarela es deliciosa, ¿no es verdad?

Y Alberto se deshizo en alabanzas de la obra y del acuarelista, alabanzas cuyo hálito fervoroso no entusiasmó el alma del oyente. Pedro no miraba en la tela sino un manojo de flores, en tanto que en Alberto, a la sola vista del cuadro, despertaban, con la fina crítica del conocedor, alegre de entrar en ejercicio, los más amables recuerdos, claros y confusos, de su vida parisiense. La cabeza leonardina, su primera obra, y la acuarela de Calles, eran para Alberto dos ricos veneros de sensaciones, como si ambas obras guardasen, testigos fieles y mudos, todo lo que habían presenciado de la vida de Alberto, de su vida más íntima, hecha de amor y de arte. De ambos objetos, en más tenía al segundo, pues además de cofre de recuerdos, era como el símbolo de su vida amorosa. El crisantemo rubio le representaba la amante y le sugería la imagen de ésta o más bien la imagen de lo mejor y más bello de ésta, de su cabellera blonda —llamada de sol cuajada y partida en finísimas hebras áureas— trayendo a la vez a sus labios, como un beso, la palabra ingenua que embellecía y coronaba el dulce ardor de sus deliquios: “¡Mi crisantemo de oro!”.

Alberto, largo rato guardó silencio, mientras acariciaba sucesivamente la acuarela de Calles y la cabeza leonardina, la primera con los ojos, la última con los ojos y las manos. De pronto se volvió hacia Pedro, diciéndole:

—Estoy pensando que en estos días debo darme a buscar un rinconcito adecuado para taller, aunque sea provisorio. Dentro de un mes, a más tardar, quiero ocuparme en algo.

—Sí, aquí mismo, en casa...

—No, no. Ha de ser en otra parte; en donde pueda trabajar con toda independencia.

—En ese caso te ayudaré a buscar... No, está buscado. Por lo menos puedo mostrarte, cuando quieras, un sitio muy tranquilo y a propósito.

Cuando Alberto, hacia la tarde, salió de nuevo, nada persistía en su espíritu de su inexplicable disgusto de la mañana. Pisando la acera con más gozo y agilidad se puso a recorrer las calles con la impaciencia del extraño que desea verlo todo y aprisa. De vez en cuando reconocía, o bien se imaginaba reconocer el rostro de un transeúnte, y entonces vacilaba entre saludar o no, siguiendo después, cuando no lo hacía, perseguido por la duda de si la persona en cuestión sería un amigo de poco tiempo, ya olvidado. A veces parábase a observar un cambio entrevisto. Pero los cambios realizados durante su ausencia no eran muchos: ya una casa recién construida, ya un hotel o, sobre todo, un café nuevo con pretensiones de lujoso, en donde antes existió una covacha infecta o un figón miserable. En esa primera salida lo llenaban de regocijo pueril ciertos pormenores. Así, de un lado de la Plaza Bolívar, se detuvo ante un árbol en flor a contemplarlo, como si fuese un modelo soñado con todas las gracias y primores, o un bronce de Rodin, o un mármol perfecto.

En esta guisa, reconociendo rostros de viejos conocidos, deteniéndose a observar los cambios, experimentando vagos deleites a la vista de novedades fútiles, cuando más graciosas, Alberto recorrió muchas calles, atravesó algunas plazas y, por último, ya muy tarde, se dirigió a lo más alto de "El Calvario", deseoso de abrazar con la mirada, como en un solo abrazo de luz y de amor, a la ciudad entera. Dejó atrás la empinada y fatigosa gradería de cemento que lleva a lo alto de la colina, y tomó por la senda de suave pendiente por donde van los coches, para subir con más descanso y ver desarrollarse más lentamente el claro paisaje nativo. Ascendiendo la colina, antes estéril, hoy sembrada de flores y árboles, lo asaltaron, por analogía de impresiones, dos recuerdos: el de una tarde romana en el Pincio, y el de una luminosa tarde florentina en el Viale dei Colli, donde un veneciano, proscrito en Florencia, hablaba de sus verdes canales remotos, de sus verdes canales dormidos en un perpetuo sueño de belleza, con acento quejumbroso y nostálgico.

Llegado a la cumbre del paseo, buscó los mejores puntos de vista, y desde ahí se entretenía en descubrir con la mirada, nombrándolos a un mismo tiempo, los edificios más notables: el Teatro Municipal; cerca del teatro una iglesia a la manera de Bizancio, coronada de cúpulas; la Plaza de Toros, la Catedral, la iglesia de la Pastora y demás templos, casi todos de arquitectura mediocre. Y las torres de los templos, idealizadas por la distancia, proyectadas sobre el Avila unas, sobre el cielo las otras, adquirirían a los ojos de Alberto gracia y esbeltez indecibles. Hacia el Noroeste le pareció ver todo un barrio nuevo, como si la ciudad, en ese punto,

se hubiera ensanchado bruscamente: casas construidas y casas a medio construir sobre una tierra color de ocre, algunos dispersos manchones de arboleda y muchas calles, apenas en esbozo, rompidas en barrancos.

Cuando Alberto se dispuso a bajar del Calvario hacía tiempo que las rosas del largo crepúsculo de septiembre se deshojaban en el cielo occiduo. Mientras él bajaba, aproximándose a la ciudad, seguían deshojándose las rosas de luz, ya no solamente en el cielo occiduo, sino en todos los puntos del cielo. Y las rosas deshojadas caían sobre el Avila, sobre los techos de las casas, sobre las torres de los templos, en las calles de la ciudad, e inflamaban la atmósfera. Alberto veía asombrado el suave incendio fantasmagórico, preguntándose por qué, tiempo atrás, antes de su partida, no observó nunca esas rosas de los crepúsculos de setiembre. Y a esa pregunta, confusamente se respondía que tal vez sus ojos, deshabituados por la ausencia, hechos a contemplar y descubrir muchas bellezas exóticas, habían aprendido a ver mejor la belleza de las cosas familiares.

De vuelta al centro, a su llegada a la Plaza Bolívar, vio muchas mujeres que bajaban hacia la plaza por la calle Norte, y se fue por ésta, llevado por su curiosidad, calle arriba. Eran devotas que salían de la Santa Capilla, unas, de velo, otras, de pañolón, casi todas con libros de rezos en las manos. La Santa Capilla, antes ligera y diminuta como un joyel, unida tan sólo hacia atrás al caserón de la Academia de Bellas Artes, libre a los lados y al frente, en medio de una plaza en armonía con su magnitud, había sido, a expensas de la plaza, convertida en pesado laberinto, feo y lúgubre, merced a la imaginación churrigueresca de ciertos curas y beatas. Muchas devotas quedaban aún estacionadas y en grupos, conversando en las puertas de la capilla fronteras al Parque, vasto cuartel coronado de almenas. El frente del cuartel no está separado de la capilla de hoy sino por la sola anchura de la calle. Y tanto la capilla de un lado, como del lado opuesto el cuartel, situados como están en la intersección de dos calles, forman esquina. En la esquina misma del lado de la capilla, había un grupo de devotas; y otros grupos había en la plazuela del lado Norte, único fragmento respetado de la antigua plaza. Al pasar Alberto cerca del grupo estacionado en la esquina, una del grupo, vestida de negro, como de luto riguroso, y con un velo negro también y muy tupido, como el de cualquiera turca de Estambul, con un solo y vivo movimiento alzó y dejó caer el velo impenetrable. Y Alberto pudo ver, como en un relámpago, una cara desconocida y preciosa. Luego, a la vista de una mujer del grupo de la plazuela, le asaltó la duda que, a la vista de otras personas, le había asaltado más de una vez aquella tarde. Creyó reconocerla; y más le turbó la duda cuando notó que ella se fijaba en él con la misma tenacidad que él en ella. Después de seguir adelante por algún tiempo, ocupado en un soliloquio mudo: "debe de ser ella... no, si no puede ser...", volvió de improviso la cara. Y los ojos de la mujer habían seguido sus

pasos. Entonces, no sin antes disimular su intento, sacando el reloj a ver la hora, regresó por donde había ido.

A lo lejos, en Occidente, morían las últimas rosas diáfanas. Las devotas del grupo de la esquina no se habían dispersado aún, y la misma muchacha del grupo, con el mismo ademán rápido y gracioso, alzó y dejó caer el velo impenetrable.

—Coquetuela— se dijo para sí Alberto, y siguió entonces camino de su casa, agitado por las mil sensaciones confusas de aquel día. Pensaba en el barrio nuevo, desde la altura del Calvario entrevisto, construido sobre tierra árida color de ocre; pensaba en el desaseo de las calles; veía de nuevo, sobre el desaseo de las calles, deshojarse las infinitas rosas del crepúsculo. Y dentro de él relampagueó la visión de la ciudad nativa como una visión de ciudad oriental, inmunda y bella.

V

—¿No se conocen ustedes? ¡Qué raro! Será que no se recuerdan. Teresa Farías, la señora de Julio Esquivel... Mi hermano Alberto —dijo Rosa Amelia, presentándolos.

Y los dos presentados se saludaron con reserva fría y cortés, como si hasta aquel instante ninguno de ellos tuviese noticias de la existencia del otro, como si apenas dos días atrás no se hubiesen visto y escudriñado con mirada larga y profunda. “Lo que yo suponía”, dijo para sí Alberto, sentándose, después de saludar a todos, cerca de Emazábel. Junto a éste, en un extremo del sofá rojo oscuro, estaba Rosa Amelia; María Almeida ocupaba el otro extremo del sofá; y frente a Emazábel y Alberto, en sendas mecedoras, estaban Uribe y Teresa Farías. A la entrada de Alberto, la señora Farías de Esquivel hablaba del mayor de sus dos chicos, de Augusto, cuya bronquitis, acompañada de fiebre muy alta, la encerró por algún tiempo en el cuarto del hijo, impidiéndole poner los pies fuera de casa, ni aun para visitar a Rosa cuando estuvo don Pancho a la muerte.

—Después de mucho tiempo, sólo anteayer pude ir a mi hora a la Santa Capilla. ¡Figúrate!

Y Teresa, al dar fin de este modo a sus excusas, asumió una actitud de sincera aflicción, y tuvo un gesto desolado. En seguida vio de soslayo y con rapidez hacia donde estaban Alberto y Emazábel, bajó los ojos, y pasó y repasó la mano izquierda, una mano blanca, fina y sutil por las faldas, como si las limpiase de polvo o de pelusas. Vestía, como Alberto la vio dos días atrás en la plazuela de la Capilla, un traje serio y elegante a la vez, de un gris casi negro, discretamente salpicado de motas azules.

—¿Has paseado mucho?—preguntó Emazábel a su amigo.

—Algo.

—¿Y no empiezas todavía a fastidiarte?

—Todavía no.

—¡Pero qué empeño tiene usted en que Alberto se aburra! ¡Como si todos echaran tan de menos a París como usted!— intercedió Rosa.

—¿Como yo? Alberto lo echará de menos infinitamente más que yo— repuso Emazábel.

—¿Y por qué?

—Porque no es lo mismo ser un medicucho que un artista y... por tantas otras razones.

—Muy duro debe ser en verdad vivir aquí, después de largos años de vida europea, en particular si se dejó algo en Europa— insinuó Teresa Farías.

Alberto empezaba a protestar con un gesto, cuando Emazábel lo interrumpió, exclamando:

—Indudablemente es muy duro aun cuando no se deje nada en Europa, y aunque se preparen ustedes a decirme la palabra que hace tiempo les retoza en los labios.

—¿Qué palabra? “¿Inconforme?”.

Y las bocas de Teresa y de María desgranaron una risa alegre.

—Pero si esa palabra no va con usted... Usted no pertenece al círculo de “inconformes”.

—Bien sé que esa palabra no la emplean ahora aquí sino para designar a los que van a vivir durante algunos meses la vida de los bulevares y vuelven siguiendo escrupulosamente la moda, con la levita según el último patrón salido de Londres, con la corbata de David, el sombrero de Delion, el bastón cogido a la manera de los elegantes en la avenida del Bois de Boulogne o bajo las Acacias, algunas palabras francesas en los labios, y sobre todo, un continuo echar de menos la superficialidad rica, dorada y boba de la vida parisiense. Pero ustedes, generalizando, me aplican en mientes la palabreja, y la merezco tal vez como nadie, aunque en otro sentido más doloroso.

Uribe escuchaba a los otros, y sonreía como a la fuerza. Sus mejores amigos estaban entre esos “inconformes” de que hablaba con desdén Emazábel. Pero Rosa Amelia, a favor de un silencio con maestría y flexibilidad amable de mujer, hizo cambiar de rumbo a la conversación, preguntando al hermano si no se había encontrado con Oliveros, como simplemente llamaban ellos al marido de la tía Dolores.

—Pues estuvo aquí hace rato. Entraba el doctor Emazábel cuando él salía. Iba muy contento con una lechuza que acaban de regalarle.

—¡Jesús! ¡Una lechuza! Pero ¿la llevaba para su casa?—preguntó muy alarmada Teresa.

—¡Ya lo creo! Si su casa la tiene llena de toda especie de bichos, de pájaros, de jaulas... Esa es toda su pasión; coleccionar bichos.

—¿Y usted vio la lechuza?—preguntó María a Emazábel.

—Sí, señorita. Por cierto que es el vivo retrato de ese periodista llamado Amorós y amigo de Pedro.

—Amorós... Amorós... Me parece haber leído algo de él...

—Es probable. Es el biógrafo de Galindo, el general Galindo, el actual ministro de Fomento.

Y como Alberto se quedara con el aire confuso de quien no ha comprendido aún, Rosa, que oyó la respuesta de Emazábel, vino en auxilio del hermano:

—¡Sí, tú debes conocer a Galindo! ¿No recuerdas la temporada que pasaste en la hacienda de los Madriz? Pues Galindo era entonces el mayordomo de la hacienda.

—¿Ese hombre? Pero si era un pobre diablo de campesino sin des-
bastar, ignorante del todo.

—¿Era?—replicó Emazábel—; no, señor: es.

Alberto había oído ya varias veces hablar de Galindo el general, de Galindo el ministro, sin sospechar ni siquiera una vez que se tratase del mismo Galindo que él conoció de mayordomo burdo. Y mientras Alberto, que de lejos no siguió el modo peculiar de evolución de la democracia en su tierra, ni sabía por tanto de los nuevos hombres y personajes alzados por la onda turbia de las vicisitudes políticas, empezaba, al ser iniciado casi brutalmente en la verdad, a llenarse de asombro y tristeza, y haciendo viajes a propósito del calumniado bicho agorero, de la pobre lechuza.

—Por nada del mundo consentiría yo uno de esos animales en casa—
declaró Teresa con un gesto de repugnancia y grima.

—¡La cara que habrá puesto tía Dolores al ver la lechuza!

—Y con razón. ¡Figúrate! Yo de sólo ver un animal de éstos me impresionaría bastante; y si lo oyera cantar de noche y en mi casa, me moriría de miedo, de seguro.

Entretanto la sonrisa de Uribe había dejado de ser tenue y forzada como al hablarse de los "inconformes": algo irónica, espontánea y más intensa, reavivaba el casi muerto fulgor de sus ojos y ponía la ilusión de la frescura en sus labios marchitos. Uribe, dándose aires desdeñosos de *espíritu fuerte*, se permitió decir:

—Supersticiones, boberías de mujeres, que tienen miedo de las cucarachas...

—Sin embargo, suceden cosas tan raras que por lo menos excusan al que abriga tales supersticiones. Ustedes todos sabrán que el padre Flórez cayó hace días enfermo: sin habla y con todo un lado paralítico. Pues una semana antes de caer sin movimiento y sin voz había sido invitado a una comida que dio el señor Wilson, ese señor que hace muchas buenas obras, con el fin de festejar el aniversario de una sociedad benéfica. Los invitados eran catorce; pero a última hora uno de ellos, pretextando no se qué, se excusó de asistir a la comida. Y sucedió entonces que los invitados,

todos personas de edad, formales y muy serias, hasta hombres de ciencia algunos con el mismo doctor Fuentes, empezaron a mirarse de reojo, a vacilar, a esperar cada uno que el vecino se encargase de infundir ánimo a los otros, aventurándose a ser el primero en sentarse a la mesa...

—¡Qué imbéciles!— dijo por lo bajo Alberto en el oído de Emazábel.

—...Hasta que —prosiguió Teresa— el padre Flórez, en su grave carácter de sacerdote, se vio obligado a dar ejemplo, sentándose a la mesa, y a condenar el miedo al número trece como ridícula superstición y vana herejía. Ya saben ustedes lo que sucedió poco después al padre Flórez. Y estoy segura que ninguno de los invitados, todos hombres, teme a las cucarachas, como dice usted, Uribe. Además, las supersticiones han existido siempre y en todas las clases, ¿no es así, doctor?

—Sí, señora. Y aun en los no supersticiosos, o que no se creen tales hay a menudo algo equivalente a la superstición vulgar.

Y Emazábel, médico, y sabio en rarezas y extravagancias nerviosas, empezó a contar historias de manías y tics muy singulares, descubiertos por él en clientes, en amigos y camaradas de estudios. Después cada uno, imitando a Emazábel, contó alguna historia análoga. Uribe, silencioso, volvía a sonreír forzadamente. De vez en cuando, Rosa Amelia parecía turbarse, inquieta del giro que la conversación había tomado por su culpa. Alberto, mientras atendía a las palabras de los otros, y aun cuando él decía algo, se entregaba en lo posible a espiar los movimientos, las actitudes, la gracia y las formas de Teresa. Su práctica de los modelos le permitía adivinar, con cierta lucidez, a favor de las exterioridades visibles, la perfección y belleza de las formas ocultas. Mas no era su intención adivinar los velados primores del cuerpo. El recuerdo de las frases casualmente oídas en el tren el día de su llegada y el recuerdo de la sonrisa malévola de Pedro al oír esas frases, despertaron su curiosidad, fácil de entrar en vibración y de exaltarse hasta una manía dolorosa. Alberto hubiera deseado oír allí mismo las voces interiores de Teresa, leer sus preocupaciones e instintos detrás de la frente limpia y sobria, debajo del pelo abundante y castaño, de reflejos rubios, que ella se alisaba a cada minuto por detrás, con un movimiento continuo de la mano izquierda, sutil y blanca, o ver en el fondo de los ojos de tinte raro, medio verdes, medio azules, como violetas, toda el alma recogida en un punto; gota de rocío en la corola de un lirio azul, o chispa de barro bajo el cerúleo y terso cristal de la onda. E incapaz de satisfacer semejante deseo, Alberto desviaba su curiosidad a ver la caída sobre la nuca de Teresa de sedefios rizos locos y a ver su piel, sembrada de las mejillas, hacia atrás, de vello muy tenue, muy blanca en el cuello y las mejillas, con ese blancor cálido y mate de las carnaciones del Ticiano —Magdalena del Pitti o Venus de la Tribuna— que daba a los ojos la ilusión de suavidades de raso y de tibias blanduras de terciopelo.

—¿Te vas ya? —preguntó Rosa Amelia al ver a Teresa levantarse.

—¿Cómo ya? Si te he hecho una visita muy larga. Ya Julio debe de estar impaciente. Y cuidado si anda buscándome por ahí...

—¿Es muy celoso?

—No, niña. ¡Dios me libre! Pero es natural que se impaciente si al llegar a casa no me ve, ni sabe en dónde estoy.

Y volviéndose a Alberto:

—Julio y usted se conocen, ¿no es verdad? Son colegas.

—En efecto. Estaba recordándolo ahora. Cuando él terminaba sus estudios de ingeniero, empezaba yo los míos, y entonces nos tratamos algo.

—El es, además, un buen admirador de usted. El fue quien me mostró, en un periódico ilustrado, la fotografía de su escultura expuesta en París. Es deliciosa su Ninfa.

Alberto se inclinó. Y en ese mismo instante María Almeida exclamaba riéndose:

—Vamos a ver quiénes son aquí los supersticiosos. Y señaló con la vista una mariposa negra posada en el cielo del corredor, muy extendidas las grandes alas velludas.

—¡Jesús, niña! ¡Qué ocurrencia!

—¡Loca! Vámonos. Adiós, adiós...

Uribe, sin dejar de sonreír, estaba intensamente pálido. Y Alberto como absorto, saboreaba aún la inesperada lisonja de Teresa, la primera lisonja oída en los labios de una mujer de su país, lisonja de sabor picante y herético en aquellos labios devotos, hechos a deshojar letanías y plegarias.

SEGUNDA PARTE

I

Don Pancho se paseaba, trémulo de ira, por su alcoba. Alberto no sabía qué decir ante aquel mal humor inexplicable. La causa de la furia paterna era un pormenor tan baladí, que Alberto no se detuvo a considerarla como la causa real de aquella furia, sino como la gota imperceptible, pero suficiente a desbordar el agua del vaso henchido hasta los bordes. Rosa Amelia había llevado una medicina a don Pancho unos cuantos minutos después de la hora indicada por los médicos, y la breve tardanza de Rosa era el solo motivo aparente de la furia. Desconcertado, sin decir palabra, Alberto veía ya la cama anchísima, fuerte y severa, antiguo lecho nupcial, regazo de amores mullidos de esperanzas y sueños, entonces refugio de la viudez con la enfermedad y la tristeza por almohadas; ya sobre la cabecera de la cama la estampa de una Virgen pendiente de la pared; ya con progresiva inquietud el descompasado andar

del padre furioso. Este, de pronto, las manos en los bolsillos del pantalón, los ojos como llamas, los labios lívidos, paróse delante de Alberto.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —dijo apretando los dientes, como si quisiera vencer el nervioso y repentino temblor de labios y barba—. Eso es toda mi vida hace tiempo. Ya va para dos años que vivo en mi propia casa como un intruso, como un huésped incómodo.

—No digas así... No digas así. ¡No te exaltes, por Dios! Tú sabes que los médicos te recomiendan serenidad, reposo y nada de emociones.

Alberto se puso en pie, y con suavidad y mimos como a un chicuelo, suavemente, poco a poco, tan bien como pudo, tranquilizó al padre y lo llevó a ocupar un sillón frontero de la silla en que él estaba.

—Sí, nada de emociones. Eso lo dicen los médicos y es muy fácil decirlo. Como si las emociones pudieran impedirse conservando la memoria, teniendo corazón, sin arrancarse los nervios, todos los nervios. Y luego... Quién sabe... Quizás mi muerte sería un bien para todos. Sí, sí: sería un bien para todos. Anoche lo estaba pensando. Lo pensé toda la noche, sintiéndome solo, solo y como abandonado en una cárcel desierta. Los sirvientes no más me acompañaban, porque todos ustedes habían ido a esas bodas, a las bodas de ese amigo de Uribe. Y al sentirme solo, por la primera vez después de mi gravedad, pensé en la muerte, deseándola. Bien pude morirme anoche. Mi suerte habría sido justa coronación de la vida que llevo hace años, porque me habría muerto casi de mengua en mi propia casa.

Alberto, al oír estas palabras y comprender lo que escondían de reproche y verdad, tuvo la sensación vertiginosa de un gran peligro que acabase de rozarlo con su ala de tinieblas.

—No digas eso. No debes decir eso. Tú te empeñaste en que fuéramos a esas bodas. Rosa Amelia no quería ir, y fue por complacerte.

Así, en efecto, había sucedido. Pero a don Pancho le pareció haber obtenido muy pronto la obediencia de Rosa, y esta obediencia fácil lo entristeció mucho.

—Es verad. Es verdad. Ella fue por exigencias mías. Pero, ¿cómo no exigírselo, si de no hacerlo yo así, hubiera sido peor para ella? Hubiera sido peor. ¡Ah! Tú no sabes... Si no digo ni una palabra, o expreso el deseo, vivo, angustioso como era mi deseo, de guardarla anoche a mi lado, la habría puesto en un conflicto cruel e inútil. Su marido la habría obligado a ir con él. Bastaba que yo desease lo contrario. ¡Ah! Tú no sabes... La voluntad de ese hombre nunca es mi voluntad; su deseo es lo contrario del mío; entre los dos hay una lucha sorda, obstinada y perpetua. Así no pasaba antes... Antes, es decir, cuando yo no le conocía como ahora le conozco, cuando yo no estaba enfermo y nada temía y nadie me era necesario, porque mis brazos eran fuertes, mi cuerpo de bronce y un poco de juventud calentaba todavía mis venas. Entonces yo era el amo, el único amo, y él, Uribe, me adulaba hasta la baja, hasta darme náuseas. Pero

hoy las cosas han cambiado mucho, muchísimo. Hoy le conozco muy bien, y él lo sabe; hoy veo claro en el fondo de su alma con la misma aversión de quien inclina su rostro sobre un estercolero profundo, y él lo sabe. A pesar mío, él siente y ve mi desprecio. Y como él sabe, además, cuánto necesito hoy, enfermo, sin esperanzas, de la solicitud y el amor de mi hija, se venga. Se venga, descontando sus antiguas adulaciones con crueldades finas de mujer, y su venganza tiene blanco fácil y puntería justa. Desde que estoy enfermo no hago sino temblar, creyendo leer en sus ojos y en sus labios una amenaza horrible: la de quitarme a Rosa y llevársela muy lejos, no sé adónde, no importa adónde. El todo es hacerme el mayor daño, vengándose bien de mi desprecio. Y con esa amenaza oscura vivo entre las inquietudes y congojas de un avaro... ¿Y es esto justicia? ¿Es esto la recompensa de mi vida de esfuerzos, trabajo y honradez? ¡Buena recompensa! ¡Buena justicia!... Lucha, trabaja, no descanses. No disipes la herencia de un padre laborioso, antes bien acrécela y utilízala noblemente. Vas por un camino sin atajos, recto, siempre muy recto. Encuentras por un azar feliz a una mujer bella, fuerte y pura como un diamante raro, y la adoras. Creas un hogar, tienes hijos y los educas lo mejor que puedes. Llegas a estar satisfecho de ti, porque has realizado algo difícil, obra magna: hacer honradamente una fortuna y alzar honradamente una familia, lo que en nuestro país, donde todo es inestable, requiere más voluntad, amor y virtud que en ningún otro país de la tierra. Un día, en medio de la satisfacción de haber sido bueno, cuando saboreas una felicidad ganada a pulso, te visita un gran dolor: pierdes a la mujer que amas aún más que a ti mismo. Padeces, gimes, te desesperas. Y la muerte no sólo se lleva consigo un pedazo de tu alma; te deja, además, una nueva tortura, un nuevo dolor, un remordimiento: el remordimiento de no haber sido con ella bastante bueno y generoso, el remordimiento de lágrimas cuya fuente has podido sellar y no sellaste, de palabras injustas que han debido morir en tus labios y no murieron, de dolores que no evitaste, de caricias que no diste. A fin de hacerte digno del perdón de tu culpa, imaginaria o no, te entregas a tus hijos, a la educación, la felicidad y el porvenir de sus hijos, dando a ellos las caricias, todas las caricias que no diste a la madre. Sobre todo te entregas a tu hija, a tu única hija, cuando empieza a transformarse en mujer, porque en su belleza, en su dulzura, en su bondad, se reproduce cada vez mejor, viva y palpitante, el alma de la muerta. Y como esa hija única es a la vez tu primogénita, pronto llega a ser alma de tu casa, principio y fin de tu hogar, a un tiempo hija y hermana, madre y esposa. Todos los grandes afectos llegan a resumirse en ella como en una flor todas las fragancias. Pero apenas te das cuenta de esa maravilla de amor que está a dos pasos de ti, y te rodea y abraza como un cerco de luz, y te protege, y sigue como una bendición caída del cielo, apenas te das cuenta de ese tesoro de

prendas vivas que sin saberlo acumulaste, cuando llega uno, el primero que pasa, uno cualquiera, un Uribe, y te despoja... te despoja...

Alberto oía esos gritos de dolor del padre, ya atónito como ante algo inesperado, ya sin asombro ninguno como ante algo muy conocido, como si todos aquellos gritos los hubiera escuchado otra vez dentro de sí, en el fondo de su alma, inevitables ecos de un gran dolor esparcido en la quietud angustiada de la casa paterna. Los labios de su padre le decían al fin claramente el drama íntimo y oscuro, entrevisto primero en los labios de Rosa, casi adivinado más tarde al través de las palabras y gestos de Uribe y al través de las reticencias más o menos significativas del hermano.

Distraídamente, como si hablara consigo mismo, Alberto exclamó:

—¿Pero cómo pudo ser? ¿Cómo pudo ser?—. Y de este modo expresaba su vano esfuerzo por concebir algo inverosímil, como la unión de dos términos de todo punto contrarios: la unión de cuanto ya podía conocer de Uribe, por sus palabras y acciones, con lo que él siempre creyó de la hermana, representado en su espíritu por una figura ideal, fuerte y noble, extraña al fondo frágil e instintivo de la hembra.

—¿Que cómo pudo ser? ¡Qué se yo! Fue lo inevitable... Como todos esos males que se advierten cuando ya no tienen cura. Entonces, además, yo no tenía escrúpulos vagos, vagas presunciones de lo que podría suceder en un porvenir más o menos remoto. Pero nada considerable que objetar, nada que me permitiera asumir la actitud, muy expuesta a un ridículo inútil, de padre inflexible y tirano. Entonces él, Uribe, no era tal como se reveló después, como es ahora. Era, ni más ni menos, como tantos otros jóvenes de "buena familia", de esos que no faltan a los bailes ni demás fiestas rumbosas de la llamada "buena sociedad", que visten bien y bailan mejor, que pasean en coche por la tarde y van al club por la noche, que tienen, cuando no son ricos, un empleo en cualquiera casa mercantil y tal vez gastan algo o mucho más de lo que puede darles el empleo. Si de él podía decirse algo más, yo no lo supe, ni nadie fue para decirme. Breve tiempo duró el engaño, porque todo, ¿oyes?, todo llegó de improviso, como suele llegar la inundación, como suele venir la avalancha. El matrimonio fue como la piedra de toque de Uribe; a poco de casado, su miseria física y moral saltó afuera, salió a la luz, a propagarse, manchándolo y corrompiéndolo todo como una llaga progresiva. ¡Ah! Tú no sabes... tú no sabes...

Y don Pancho, con voz ya airada, ya lastimosa, empezó a decir la historia de aquel mal sin remedio, la historia de los abusos, incorrecciones y vicios de Uribe. Con los más negros colores pintó su rubor y tristeza de cuándo y cómo supo que el yerno era un tahúr desenfrenado. Una gran pérdida en el juego impulsó a Uribe a distraer, de la casa de comercio en donde estaba, cierta suma, atenido sólo a una vaga probabilidad de reponerla en breve plazo; pero como esa vaga probabilidad no llegó a certidumbre, muy pronto quedó Uribe al descubierto, y a duras penas la res-

petabilidad y la fortuna del viejo Soria extinguieron el escándalo en sus principios.

Entonces, como es de regla en casos tales, llovieron revelaciones, revelaciones tardías que inútilmente exasperaban a don Pancho. Y don Pancho, de una parte con el fin de hacer olvidar al público el suceso bochornoso y cruel, de otra parte con la esperanza de corregir los turbios hábitos de Uribe, consiguió para éste, por medio de sus relaciones personales y las de su amigo y compañero de negocios Almeida, un empleo en Bolívar, en donde el yerno, como en país extraño, lejos de sus amistades de club y otras influencias perniciosas cambiaría tal vez de conducta. Don Pancho sacrificó a su esperanza lo mejor de su alegría: la presencia de Rosa. Y el sacrificio fue vano. Muy pronto empezaron a llegarle, que demandaban dinero. Al primer telegrama, creyendo en reales apuros de Rosa, don Pancho expidió la suma requerida; pero a la segunda vez entró en sospecha, y puéstose a indigar, dio con el engaño. Convencido así de lo estéril de su gran sacrificio, llamó a su lado a los ausentes, y desde ese instante comenzó aquella vida de lucha más o menos encubierta, lucha de cada hora, encarnizada lucha de dos voluntades débiles, una de ellas toda desprecio templado alguna vez de generosidad, la otra toda odio templado siempre de cobardía. Y entre esas dos voluntades, el alma de Rosa en continua ansia de muerte.

En don Pancho, a medida que él penetraba la índole de Uribe, germinó y creció poco a poco un pensamiento que, de vez en cuando, se enseñoreaba de él y tenía la siniestra virtud de sumirlo en accesos de rabia. Era el pensamiento de haber sido víctima fácil de una comedia vulgar, el pensamiento de que Uribe, al casarse, no tuvo en cuenta las excelencias y gracias de su hija, sino la hucha bastante bien provista del padre, del señor Soria, del "bueno del señor Soria".

—¡Ah! ¡Cuando lo pienso!... Y ahora me parece muy natural haberlo pensado antes, al principio, con sólo saber quién era el padre de Uribe: uno de esos políticos, hábiles improvisadores de fortuna, incrustados en casi todos los gobiernos. Ese hombre, distintas veces improvisó fortunas, y la fortuna, así adquirida, se disipa alegremente en sedas, música y joyas... ¿Cuáles podían ser los hábitos e ideas de sus hijos, criados en ese medio? Así, cuando lo sorprendió la muerte, caído y arruinado, no pudo dejar sino *eso*: una familia de pobres, con hábitos y arrogancias de marqueses ricos. Pobres así, con hábitos de lujo, y hechos a la riqueza fácil, no pueden ser buenos. Y no lo son. Tú debes conocerlos ya. Es una familia de parásitos... Una familia de parásitos...

Y el viejo Soria, implacable, enumeró los defectos de la familia.

—Uribe no podía ser, no podía ser sino lo que es... Y para colmo de miseria, ha perdido hasta lo único bueno que poseía: cierto lustre superficial de la persona. No le queda ni la sombra de su antiguo exterior

de lindo petimetre. Lo habrás visto demasiado. No más le apunta la jaqueca, ya está pegándose hojas medicinales en las sienes, como una vieja campesina. No sé de enfermedad como la suya, tan rara y caprichosa. Tu amigo Emazábel ha dado en llamarla neurastenia, pero tengo para mí que su verdadero nombre es el de "sinvergüenzura".

Después de un minuto de silencio y de reposo, don Pancho exclamó de nuevo, como pensando en algo que dejara por decir:

—¡Ah! ¡Tú no sabes... tú no sabes...! La misma Rosa Amelia no sabe todo lo que es Uribe. Ella, sin embargo, es natural, sabe de muchas de las miserias de Uribe, y las esconde, pretende esconderlas a mis propios ojos, como se esconde una lepra. Es incapaz de confesarme la menor flaqueza de su marido.

—Eso, yo lo comprendo —observó Alberto—. Sí, ella es así con todos, lo compruebo y la aplaudo. Un orgullo natural nos impulsa a esconder la lepra que nos roe la vida, y ese orgullo, en ella, es quizá para el porvenir el mejor salvaguardia de su virtud y su honra. Sin ese orgullo, ¿qué sería de ella? ¿Hasta dónde iría ella cuando tú faltes?

—No entiendo lo que dices... ¿Que hasta dónde iría? Pues hasta donde exige el deber, hasta donde puede ir quien tiene de Soria en las venas.

Alberto ni replicó. Pensaba en lo infinito del desencanto de Rosa y en lo irremediable de su tristeza; y al pensar así recordó, comprendiéndola entonces, la expresión de susto que tuvieron los ojos de la hermana cuando él, recién llegado, en el jardín, le habló cándidamente, en broma, de su esperanza fallida de hallar junto a ella, como junto a la rosa el botón, un renuevo de su hermosura y de su alma.

A poco, don Pancho rompió en nuevas lamentaciones; pero ya no eran Rosa ni Uribe quienes las causaban, sino Pedro.

—Un mala cabeza... un mala cabeza —repetía el viejo a cada paso. Y ni su voz ni su furia tenían, al hablar de Pedro, la acerbidad y aspereza que tenían cuando hablaba de los otros—. Un mala cabeza. Está perdiendo su tiempo de un modo lamentable. A veces me figuro que los años bastarán a corregirlo, porque él es bueno y suave en el fondo. Otras veces me mortifican mucho sus cosas, y aun me desesperan.

Y las cosas de Pedro que más le disgustaban eran sus veleidades políticas y amorosas. Las primeras le disgustaban por los amigos de que empezaba a rodearse Pedro, so pretexto de política, hombres casi todos de mala reputación y costumbres.

—¡La política! ¡Para lo que ha llegado a ser la política! Una feria, una triste feria, la feria de las almas feas y monstruosas. ¡Si, al menos, Pedro pudiera ser como su tío Alberto! Pero ni él tiene su carácter, ni hoy pueden darse hombres como Alberto, como tu tío Alberto y otros más de su época y su partido, verdaderos liberales puros. Busca hoy uno que haya sido en política la tercera parte de lo que él fue y que sin ser vicioso, como

él, muera sin dejar un céntimo. No lo hallarás, como tampoco hallarás entre esos políticos de hoy dos manos limpias de enjuagues. No sé lo que ha pasado. No sé lo que ha pasado por el país. Parece como si hoy no se pudiera ser político sin suscribir antes a un pacto por el cual se enajena la honra. Ese es mi miedo.

Cuanto a las veleidades amorosas de Pedro, no le dolían sino por quien era entonces el objeto de esas veleidades.

—¡La hermana menor de Uribe, Matildita, nada menos! ¡Cuando yo no deseo sino alejar a esa gente de nosotros lo más posible! Pedro sabe muy bien que esa es mi voluntad, y sin embargo se divierte en atarnos a la familia de Uribe con nuevas ligaduras.

—Eso no puede ser nada serio...

—Serio es de todos modos, porque de todos modos es una mala acción. El debe tener en cuenta que esa muchacha, aunque la crea digna de burla, es la hermana de Uribe, la cuñada de Rosa. Y por lo que respecta a uno de mis temores, para mí es lo mismo en todo caso. Por poco serios que sean los amores de Pedro y Matildita, siempre serán un pretexto admirable para los embrollos de misia Matilde. No sabes cómo es la misia Matilde de entrometida y trapacera. Me gustaría que hablases a Pedro, a ver si logras disuadirlo de esos amores.

Después de tomar aliento en una pausa más larga que las anteriores, don Pancho prosiguió:

—Y decir, tal vez a dos pasos de la muerte, después de una vida llena de trabajo, consagrada al deber, que no he visto cuajar una sola esperanza, ni una sola. Eso es muy triste, muy triste. Tú mismo... No, no... Si no voy a reprocharte nada, porque tú no mereces reproche ninguno. Sé demasiado que siempre te condujiste bien: lo sé demasiado. Pero...

Alberto esperaba ansioso lo que el padre iba a decir.

—Pero has dejado de hacer algo que me hubiera complacido mucho: en tres meses que llevas aquí no has ni intentado ejercer tu profesión de ingeniero. Y como dice Almeida, esa profesión es un capital que tienes entre las manos, pero inactivo, estéril, como el capital guardado en el fondo de la hucha. Al hablarte así, no te dirijo ningún reproche: te expreso el deseo de que no abandones tu profesión, porque mañana, cuando yo muera, si acaso dejaré a ustedes lo suficiente para vivir, y eso no basta.

Mientras escuchaba con atención a su padre, Alberto sentía en sus adentros como un hervidero de tristezas, despecho y dolores, uno como hervidero de muchas cosas feas y muchas cosas malas que pretendieran salir en una sola vez, y de improviso. Alberto, sin embargo, se contuvo.

Lo contuvo el pensamiento de la vida precaria del padre, el pensamiento de la muerte inevitable y próxima, suspendida sobre la frente del padre como un gesto de amenaza invisible, y a ese pensamiento, la indulgencia y la piedad aplacaron su hervidero interior de muchas cosas feas y muchas cosas malas.

—Trataré de hacer como tú quieres.

Pero, apenas dijo así, cuando ya estaba arrepentido y se avergonzaba de haberlo dicho, como de una cobardía sin perdón. La promesa que envolvía sus palabras le recordó la que hizo, recién llegado, a Rosa. “Ahora, ¿cómo cumplir esta promesa, después de haber oído a su padre? ¿A él no le tocaba ser, entre el dolor del padre y el de la hermana, a cuál más profundo, entre esos dos egoísmos, a cuál más terco, tal como la doliente figura de Rosa entre su padre y Uribe?”.

“Con todo eso, ni una palabra buena o indiferente sobre su arte, sobre su gloria y su porvenir de artista”. Y este dolor del artista, mezclado a los demás mezquinos dolores palpitantes en el silencio de angustia de la casa, vino a los labios de Alberto, cuando Alberto se vio lejos de la presencia del padre y rompió a gritar en medio de un sollozo:

—¿Adónde he venido? ¿Para qué he venido?

I I

Viendo morir las últimas luces del día, desaparecer en el ocaso la última llamarada roja, despedazarse por las ásperas cuestas del cerro el último jirón violeta del crepúsculo, sentíase más y más estrechamente cercado por un círculo de sombra. A las primeras sombras nocturnas que invadían poco a poco el taller como una marea sin rumor, se agregaba la de los más oscuros pensamientos del artista cabizbajo. Este, de tiempo en tiempo, veía hacia el Sur, hacia la parte más baja de la ciudad, o bien se fijaba, enfrente de la casita del taller, en una casucha aislada, muy vieja, de apariencia miserable, contigua a un gran espacio de tierra cercado de medio derruidas paredes, por sobre las que agitaban al aire sus follajes llorones cuatro sauces gigantescos. Y muy a menudo, el solo aspecto de la casucha con el cercado contiguo lo volvía soñador, haciéndole pensar en una villa de Roma plantada de sauces en vez de cipreses y palmeras.

Después de considerar un tanto la casa vetusta, de aire un si es no es señorial, o el paisaje, a lo lejos velado ligeramente de azul, continuaba su paseo nervioso. En la obscuridad creciente, las figuras de tres bajorrelieves, copias de dos bajorrelieves del Donatello y de uno de Juan de Bolonia, fingían expresiones y actitudes fantásticas. A un lado, por el suelo, se extendía una gran mancha de yeso. Al otro lado, en un rincón, sobre una especie de tarima, alta, se alzaba misteriosa en medio de la penumbra del taller y bajo su envoltorio de lienzos húmedos, diariamente renovados, la obra interrumpida. Era la estatua de una chicuela criolla.

Alberto, después de conseguir un sitio a propósito para su taller, y deseoso de trabajar mientras llegaba la ocasión de poner sus manos en obra de más fuerza, quiso reproducir en barro de la tierra la belleza del

tipo de raza más común en el pueblo de su país, belleza original, mezcla de oro y canela, oscura y fragante. Con muchas dificultades halló al fin modelo y empezó con entusiasmo la obra; pero apenas la empezó, cuando se vio forzado a abandonarla. Después de las tristes y largas lamentaciones paternas, influencias extrañas y desconsoladoras lo distrajerón, hasta dejar de existir entre la actividad de su pensamiento y la de sus manos la necesaria armonía, el acuerdo necesario a la obra de arte. Desde entonces, es decir, durante más de una semana, no había hecho sino pasearse con andar meditativo, gacha la cabeza, las manos cruzadas por detrás en la cintura, o reconocer calle por calle el arrabal pintoresco y gracioso en donde estaba el taller, sin otra ocupación que la de, a ciertas horas, rociar con agua la obra y los lienzos que la cubrían, a fin de conservar indefinidamente la terneza del barro. El resto de su tiempo lo pasaba tendido a leer, y sobre todo a soñar, en una *chaise-longue* puesta en la habitación inmediata al taller propiamente dicho. En esa habitación estaban los broncees, mármoles y yesos diminutos: entre raras obras originales de artistas amigos, finas copias de la Venus de Milo, del Apolo del Belvedere y del Antonio. Grandes abanicos multicolores y esteras vaporosas de China exornaban las paredes. Entre un abanico del Japón y una esterilla lucía la acuarela de Calles, en tanto que la cabeza leonardina, primera obra y talismán de Alberto, montada sobre un pie de madera forrado de felpa roja, resaltaba dentro de un marco de tela también roja, artísticamente dispuesto en la pared, y en la cabeza leonardina, la expresión voluptuosa de los labios y de la parte inferior de la cara crecía, haciéndose más violenta y brutal gracias tal vez a los reflejos de sangre que el marco de púrpura vertía en los labios de yeso.

De cuando en cuando, en vez de esperar la noche en el taller, la esperaba en su casa, en el kiosko del jardín, cuando el jardín estaba solo. Evitaba las conversaciones con el padre, con Rosa Amelia, con Uribe. La sola presencia de éste le era tan insoportable como su jerigonza esmaltada de términos y refranes corrientes en la jerga de los jugadores, jerigonza no particular de Uribe, sino, como Alberto lo observó después, común a casi todos los más emperifollados lechuguinos, reyes y dioses de la crema. Con el mismo Pedro se reunía ya muy poco. En los primeros tiempos andaban siempre juntos los dos hermanos: juntos iban de visita, juntos al teatro, al club, a todas partes, y sólo a ratos, no a menudo, Pedro evitaba la compañía de Alberto. Como Pedro conocía a todos y de todos era conocido, Alberto, al andar con él, se hallaba naturalmente forzado a sufrir infinitas presentaciones de gentes de todas las clases: desde presentaciones de "notables" de la mayor influencia, hasta las de gomosos los más vacíos; presentaciones útiles varias de ellas, algunas mortificantes, enojosas las más; y tanto fastidiaban a Alberto cuanto complacían a Pedro, halagado en su orgullo por el prestigio de belleza y gloria que evocaba, al pronunciarse, el nombre del hermano, célebre en su país al menos. A Alberto

no sólo causaban hastío semejantes presentaciones: además despertaban en él un sentimiento indefinible de tristeza y disgusto, al ofrecerle ocasión de ver en Pedro una peligrosa flexibilidad inaudita de ánimo, según la cual se acomodaba a las ideas y opiniones de su interlocutor, aunque éstas fuesen perfectamente contrarias a las suyas. Y Pedro, sintiéndose observado, solía decir algunas veces:

—¡Qué quieres! Es necesario hacer de ese modo para subir y ser alguien en mi tierra.

Pero semejante excusa o explicación que Alberto no pedía, lograba hacerle aún más sospechosa la actitud falsa de Pedro. Esto de una parte, y de otra parte las primeras crueles punzadas de alfiler del medio, revelado de pronto como enemigo, le obligaron a recogerse, casi a aislarse, en un círculo estrecho de pocas personas, de muy pocas, las más conformes con su alma. La primera punzada de alfiler fue para su vanidad naciente de artista. Alberto se imaginaba al principio, cuando muchos ojos curiosos le seguían por la calle, o con igual curiosa insistencia lo asediaban en el teatro, que esos ojos decían con su mirar importuno: "Ese es Alberto Soria, el escultor, nuestro célebre escultor", o algo así admirante y lisonjero. De tal modo casi inconscientemente se preparaba un dolor, enardeciendo y cosquilleando su vanidad, esa vanidad a veces, desbordante de los artistas que hace aun a los más altos creadores de belleza comparables a fatuas mujerzuelas engréidas de la efímera gracia de sus formas. Muy pronto empezó a probar ese dolor, cuando supo de varias maneras y por los mismos labios de Pedro, que muchas de las miradas curiosas, idas tras él por la calle, no veían al artífice, al estatuario noble y creador, como saludando su nombre y aplaudiendo su triunfo, subyugadas y vencidas del divino sortilegio de la gloria, sino se fijaban en lo superficial del hombre, en lo exótico del traje y las maneras, en todo lo que en la persona de Alberto decía de proveniencia remota y desentonaba con el medio, quebrantando la tradición estulta del hábito, como una herejía. La curiosidad, no de admiración, estaba hecha de protesta, desdén y un poco de burla. El mayor número estaba acostumbrado al género de elegancia traído en el vestir y las maneras por mujeres y hombres, a los cuales pertenecían los en esa época llamados "inconformes"; pero ignoraba ciertos matices raros que en las grandes ciudades europeas, y a fin de distinguirse de la multitud, adoptan algunos artistas vanos u orgullosos, alejados, como en un refugio o cenáculo impenetrable en un rincón de taller o en los bajos de una taberna. Tal vez uno de esos matices, cuya disonancia con el medio no advertía el propio Alberto, dominaba en su vestir y le atraía la instintiva animadversión de las almas. Preocupaba a muchas cabezas pulcras de elegantes el que Alberto llevase a menudo con la levita larga y negra, en vez del alto sombrero de copa, en esos casos de ley, uno bajo, de tela muy fina, leve y blando, fácil de arrollarse como un ovillo entre los dedos. De los más preocupados con ese pormenor en el vestir de Alberto

era Antonio del Basto, joven elegante de profesión, pequeño de estatura, siempre muy pulido, en extremo cuidadoso del peinar, con el pelo partido en dos por una raya perfecta que acababa en la nuca, y cuya partícula de nobleza originaba, según rumores, de la humilde trastienda de un modesto negocio de mercería. Antoñito Del Basto pensaba y decía (en estilo editorialesco a lo Amorós) de la extraña combinación de Alberto, que era insólita, como una monstruosidad, en los anales de la elegancia caraqueña. Y tanto se preocupó Del Basto, que, en compañía de otros como él, fue a consultar con aire grave y solemne a Mario Burgos, *arbiter elegantiarum*, si no sería lo correcto y merecido negar los honores del saludo al extravagante de Soria. Mario Burgos halló muy naturales y dignos los escrúpulos de Del Basto; pero decidió que bien podía continuarse dispensándosele a Soria el honor del saludo, no por consideraciones a él, cuyo único mérito se reducía a "fabricar muñecos" más o menos curiosos, trabajados con más o menos arte, sino por consideraciones a algunos miembros de la familia Soria, a Pedro, y sobre todo a Uribe, miembro también del círculo de Del Basto, asiduo como pocos a la corte de Mario Burgos y admirador fidelísimo de éste.

Así, Alberto Soria, sin él saberlo, estuvo en un tris de perder la amistad y las atenciones de lo más bizarro de la juventud, a no ser el prudente dictamen de Mario Burgos, cuya voz era acogida de aquel círculo de gomosos como la voz del Papa lo es de los católicos buenos. Y quizá no sea muy justo el comparar a Mario Burgos entre los de su corte con el Papa entre los católicos buenos, porque Mario Burgos era entre los suyos casi un dios: tanto le adoraban y temían.

Entre las muchas razones del prestigio de Mario Burgos, hallábase en primer término su riqueza, una de las más redondas y brillantes de la ciudad, cuando los de su corte eran en su mayor parte de la especie de Uribe; simples parásitos; con eso, un fuerte barniz de ilustración, ni sospechado siquiera de sus admiradores, casi todos de cerebros lisos en los cuales nunca se extravió el grano de una idea, y en donde, a extraviarse, no hubiera prendido, falto de asidero; luego, cierta desfachatez y audacia en el hablar, en el rostro de rasgos viriles y en toda su bizarra persona corpulenta y robusta; y por fin, sus triunfos de amor, exagerados en importancia y número, llevados y traídos entre faldas de seda y negros smockings. De todo eso, y de su tono firme y dogmático al juzgar de toda suerte de asuntos, pues de todos era juez, emanaba la seducción dentro de cuyo halo diabólico gemían, como en blanda cárcel de flores, lechuguinos y mujeres. Los del círculo de Del Basto y demás admiradores de Mario Burgos imitaban sus gestos, repetían sus palabras, celebraban sus victorias de amor, copiaban sus vestidos e iban a él, en casos dudosos, a requerir su dictamen infalible en cosas de buen tono. A él se le consultaba, por ejemplo, sobre cómo había de ser, para no pecar de incorrecto, el traje del cazador, o sobre si la bota de caza había de llegar hasta la choquezuela y no detenerse a mitad

de la tibia, y sobre otras cuestiones, de igual manera trascendentales y peliagudas.

Entre las mujeres, la seducción de Mario Burgos tenía quizás más fuerza y ejercía mayor estrago. Deslumbraba a las unas con su oro, cautivaba a las otras con su fuerte belleza varonil: tanto éstas como aquéllas veían en su amistad una honra, en la mirada de sus ojos un presente, en el saludo de sus labios una consagración y, para todas, el abandonarse entre los brazos de él, en medio de la concertada y armoniosa baraúnda del baile, era como estar en la cima de la beatitud suprema. El poder hechizante de Mario se comunicaba a sus amigos como una gracia, y bastaba la ejecutoria de "amigo de Mario Burgos" para gozar, sobre todo entre las damas, de especiales favores. De este modo, fuera de algunos que materialmente vivían de él, sus amigos todos vivían del reflejo de su gloria galante. Con el reflejo de su gloria cada uno de ellos tejíase un manto de rey. Y todos, en su gratitud y admiración, cantaban su nombre a cada instante, como Alberto pudo observarlo en boca de Uribe. Lo cantaban delicadamente, religiosamente, con unción, de plegaria, como si entre sus labios el nombre fuese un pétalo que temieran ajar, algo muy rico y frágil que temieran romper, y cantado así, delicadamente, religiosamente, era como precioso talismán a cuya virtud cedían puertas y corazones.

A la vulgar inquina contra los modos de ser y de vestir de Alberto, diferentes de los estilados por la mayoría, se agregó muy pronto la inquina aún más profunda de envidiosos e incapaces contra lo que en él había de superioridad absoluta o de absoluta diferencia: el artista y su gloria. A sus oídos no tardaron en llegar palabras, dichos y fragmentos de conversación destinados a desconocer al artista y su gloria, o a representarle de un modo antipático, haciéndole aparecer como un hombre muy vanidoso, exageradamente engréido en relación con lo mezquino de su triunfo.

Mario Burgos, en un almuerzo al que asistían entre otros elegantes, Juan O'Connor y Antoñito del Basto, se permitió decir al hablar de Alberto Soria: "Apenas ha obtenido una medallita como escultor y ya se cree un genio, según parece por sus presuntuosos aires de hombre muy pagado a sí mismo". Y todos los invitados fueron del mismo parecer de Mario Burgos. Pero si esas palabras mortificaron a Alberto, menos le mortificaron que las malignas pullas de Diéguez Torres, un inteligente. Una noche, en un corrillo de la Plaza Bolívar, haciendo referencia a la llegada de Alberto, insinuaba Diéguez Torres: "¡El pobre Alberto Soria! Él se figuraba que iríamos a la estación a recibirle con músicas, flores y cohetes". Y en ese mismo corro, que aplaudió con sonrisas aduonas la malvada pulla de Diéguez Torres, y aquella noche misma se habló como de algo muy natural del suntuoso recibimiento hecho, días después de la llegada del escultor, a una tropa de malos cómicos de zarzuela por tandas.

En el primer instante, Alberto no creyó a Diéguez Torres capaz de aquella majadería. Le era duro creer que tan boba especie viniera del mismo

que deseó serle presentado, y al serle presentado le abrumó a protestas de admiración cariñosa. Por esas muestras de admiración y cariño, Alberto le guardaba gratitud, y sólo cuando hubo de convencerse de la doblez de Diéguez Torres, la gratitud se le convirtió en recelo amargo. La doblez era en aquél espontánea, como un gesto habitual de su espíritu. Según él, hijo y conocedor del medio, todos los intelectuales, hombres de arte o de ciencia, iban tarde o temprano a dar en la política, y como a favor de la política pensaba él subir a una posición excelsa en donde satisfacer sus deseos de fortuna y de mando, veía en todo intelectual de mérito un probable concurrente futuro. Y en Alberto, a la primera ojeada, vio, junto al artista, un verdadero intelectual peligroso. Con su talento claro y perspicaz reconocía y hasta loaba el mérito; mas, para los fines de su ambición, trataba de obscurecerlo y de ridiculizarlo, sin retroceder ante la misma calumnia. Engaño, dolo, perfidia, eran por él considerados, en su lucha por subir, vocablos hueros, o armas legales. Escritor, capaz de pulcras, nobles concepciones de arte, su pluma la tenía pronta al servicio de mezquindades y vilezas. De él podía decirse que mientras una de sus manos cultivaba y cogía flores de arte, la otra se empeñaba en remover y esparcir infectos lodos. Esta dualidad, no muy rara, existía en toda su persona, hasta el punto de hacer de Diéguez Torres uno como ser ambiguo en cuya formación hubiesen entrado por igual una paloma y un ave de presa.

Pero nada impresionó al artista como una invención calumniosa partida del círculo de hombres de importancia al que pertenecían el célebre crítico Ramos y el académico Rincones, círculo de hombres casi todos viejos, de sedicentes literatos, cuya influencia alcanzaba a muchas personas de lo más encopetado y rico de la ciudad avileña. Según esa invención, la obra de Alberto, premiada en París, elogiada de buenos críticos, no había en realidad salido de las manos de Alberto, poco hábiles. Estas, abandonadas a sí solas, habrían cuando más creado una escultura mediocre, si el oro de Alberto no hubiese tentado y seducido las manos maestras de un escultor notable, desdeñoso de la fama, complaciente y sin escrúpulos. La imbécil calumnia fue acogida con placer, y con igual placer divulgada por aquellos a quienes Alberto parecía presuntuoso, a quienes Alberto era antipático y por los que ya habituados a verle diariamente no sabían divisar, al través de su apariencia de hombre como cualquier hombre, el alma del artista.

La primera sensación de Alberto, al conocer la calumnia, fue de vértigo y estupor sin límites, como de quien es de improviso precipitado de una cima alta, luminosa y coronada de azul, a lo más hondo y negro de un barranco. En su tristeza profunda se sintió como abandonado de los hombres, como perdido sin esperanza en un desierto, y la queja hasta aquel día reprimida en su alma comenzó a desbordar de su boca. "Para eso había él trabajado bravamente, como un héroe; para eso había

él sufrido innúmeros dolores, vencido nostalgias, apurado amarguras, hasta conquistar, después de infinitos esfuerzos, una humilde migaja de gloria; para que, de regreso a la tierra, sus compatriotas, en vez de aumentarle en simpatía y amor esa humilde migaja de gloria penosamente adquirida, se la desconocieran y negaran, exhibiéndole como un farsante vulgar disfrazado de artista, orgulloso de trofeos que no eran suyos. Lo que no hizo el odio al extranjero, de artistas envidiosos menos afortunados, en una ciudad como París, en donde la lucha por la vida es cruel y sin piedad, en donde un triunfo de artista representa fortuna y bienestar venideros, pan y oro, lo hacían sus compatriotas en una ciudad pequeña, en donde el culto de la belleza y del arte es promesa de dolor, desamparo y olvido". Alberto, por la primera vez, enumeró sus decepciones sufridas desde el día de su llegada, y encontró su alma llena de muchas cosas muertas, como de innumerables pétalos marchitos, despojos de una antigua y blanca ilusión casi enteramente deshojada. Su imagen de la patria no era la misma que guardaba en el corazón cuando arribó a sus costas, cuando todavía en la cubierta del buque abrazó a Pedro, cuando a través de las ventanillas del tren vio surgir la belleza del paisaje nativo, original y soberbio, desconocido u olvidado, cuando en la estación del ferrocarril, a su llegada a Caracas, hallóse rodeado de amigos y parientes, y cuando bajo el techo de la casa paterna los labios de su padre y de su hermana cifieron a su frente una corona que él creyó más pura y envidiable que sus coronas de artista. Para él, entonces, la patria era como dos grandes brazos ávidos de estrecharle tiernos y amorosos y dos labios tendidos a besar su boca y su frente con amor inflamado de orgullo. Pero los brazos empezaban a ceñir su garganta como un dogal de hierro, y los labios a besarle humedecidos en un brebaje venenoso. "¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso no era él de los buenos, de los buenos hijos de su país?". A la queja sucedió el reproche, y al reproche sucedieron los gritos de orgullo. "Desharía fácilmente la calumnia, confundiría a los calumniadores, demostrándoles que sus manos eran manos de artista, manos de creador capaces de animar y embellecer el barro; los confundiría demostrándoles cómo fue bajo sus manos que florecieron las carnes deliciosas de su Ninfa, cómo fueron sus manos las que infundieron en las formas y en la expresión del Fauno bestial toda el alma de la selva".

Como nunca se dio entonces a trabajar con empeño en su tipo de belleza criolla. Sólo con su obra y para su obra vivió días llenos de ardor activo y fecundo, en los que su imaginación anduvo siempre de concierto con sus manos. Pedro sostuvo esa actividad con el glorioso espejismo de una esperanza que le hizo ver al escultor como realidad próxima y segura. Se trataba de una gran noticia recogida en los propios labios del poderoso ministro del Interior, don Julián Suárez: el gobierno proyectaba, para el año siguiente, la erección de una estatua a Sucre, el héroe de la leyenda trágica y el alma idílica.

Suárez tenía sus amabilidades y confianzas con Pedro y otros jóvenes de la misma edad y condición de Pedro. Ventruado, campechano, dado a los placeres de la mesa y del juego, vivía, no muy recatadamente la vida de los clubes y se hallaba así en contacto con lo más dorado y vacío de la juventud caraqueña. Según se murmuraba, y era la verdad, Suárez pasaba de claro en claro las noches junto a una mesa vestida de verde, en el más ruidoso de los clubes, pero en un salón en donde sólo penetraban los iniciados íntimos del ministro. Sin embargo de esos hábitos, don Julián Suárez no desatendía nunca el ministerio: todas las mañanas, al golpe de las ocho, entraba en su oficina a despachar asuntos pendientes y resolver problemas políticos, ni muy numerosos, ni, mucho menos, complicados.

Sin gran talento ni ilustración, su larga práctica de la cosa pública y de los llamados políticos en el país le había llevado a poseer una malicia inteligente y batalladora, que, sumada a cierta perspicacia natural, daba a él y a sus amigos la ilusión del talento y aun a veces del genio. Entre los jóvenes que frecuentaba por sus hábitos de club, distinguía a los simples lechuguinos de aquellos que sólo de lechuguino cargaban el disfraz y eran capaces de más altas empresas. De estos últimos, con razón, consideraba a Pedro, por el cual tenía preferencias no dudosas. Don Julián Suárez afirmó a Pedro que de un momento a otro el gobierno decretaría alzar una estatua a Sucre, y le dejó entrever por sus respuestas a las preguntas de Pedro, y al deseo claramente expresado en esas preguntas, que casi con seguridad a Alberto le encomendaría la obra. “Nadie —dijo Suárez—, nadie como un artista verdadero, que fuese a la vez compatriota de Sucre, mejor llamado a reproducir en bronce la figura, y con el bronce interpretar la vida de virtud, belleza y heroísmo del cumánés intachable”.

Pero, a pesar de esos estímulos, muy pronto la voluntad vacilante del artista, falta de estímulos nuevos, como resorte cansado, se aflojó. Trabajaba poco y sin bríos. Tristezas, temores, dudas, entraron en su alma y turbaron su atención, hasta reducirle casi a la impotencia. De repente le asaltaba el miedo de morir antes de ver acabada la obra, o el miedo aún más angustioso de una muerte parcial, la muerte de su espíritu creador de belleza, mientras continuaría viviendo la vida común a todos los seres, con la obra sin concluir presente a sus ojos como un reproche, presente a sus ojos y a los ojos de los demás como el irrecusable testimonio de estar en él exhausto el puro manantial de la inspiración artística y de ser su alma como un Sahara funesto en donde los gérmenes de arte mueren abrasados al caer, sin que uno solo arraigue y eche flores. A veces, movidas de ese mismo miedo, sus manos cobraban agilidad morbosa, presas de un verdadero frenesí de la acción, durante el cual atormentaban, martirizaban y deformaban inútilmente el barro. Pero al cabo de breves minutos, las manos, libres de su embriaguez loca y fugaz, volvían a la inercia; los brazos, como de súbita parálisis enfermos, volvían a colgar inmóviles;

y el artista, en su desolada actitud, ante la obra difícil, era en su taller, entre las diversas copias de esculturas célebres, una escultura más: la escultura de la suprema desesperanza. En la época de sus primeros trabajos artísticos, el alma de Alberto había atravesado por crisis análogas; pero ninguna alcanzó a tener la extraordinaria agudeza de la crisis de entonces. La más curiosa y tal vez la más irremediable manifestación de su estado de alma era el disgusto de conocer para entonces en la ciudad a muchas gentes y el ser de muchas gentes conocido. La vida casi en común de las ciudades pequeñas, con su inevitable y continuo saludar a cada paso, con su inevitable y continuo participar de conversaciones indiferentes u odiosas, y con sus otras muchas e iguales pequeñeces, le procuraban un martirio constante, como si cada una de esas pequeñeces le arrancase algo de lo mejor de su talento, de lo más bello de su alma y esencial a su vida. Le parecía como si todas esas pequeñeces anularan su personalidad, esparciendo su atención, fraccionando y dividiendo sus fuerzas, que necesitaban más bien condensarse y fundirse en ese hogar interno rodeado de silencio, rodeado de meditaciones, foco de luz y calor, de donde surge perfecta la obra de arte. En París, cuando un disgusto parecido empezaba a dominarle, tenía a la mano el remedio: bastábale irse lejos de su calle, lejos de su barrio, hacia un barrio distante y populoso, o mejor, hacia cualquier boulevard lleno de tumulto, en donde se complacía largas horas viendo pasar millares y millares de mujeres y hombres, verdadero raudal humano que arrastraba, como flores el torrente, expresiones y actitudes bellas y fugitivas. Y mientras tanto saboreaba la orgullosa alegría de no conocer a ninguno de aquellos seres que pasaban y de no ser conocido de ninguno, la voluptuosidad intensa y rara de sentirse solo, muy solo en medio de la multitud, alegría y voluptuosidad bajo las cuales llegaban a extinguirse las vibraciones y asperezas dolorosas de su alma, como bajo una lluvia de pétalos cargados de esencia adormecedora, o bajo la presión de dos manos queridas cargadas de amor, de caricias, de perfume y de sueño. Ya tranquilo, al pensar que ninguno de entre aquellos innumerables pasantes ni siquiera sospechaba que él escondía el germen de una gran belleza, una obra de arte aún en esbozo, le parecía como si en realidad su obra dejara de ser simple esbozo o germen, para convertirse en obra fuerte y grande, y la consideraba entonces, oculta en el misterio de su ser, como un tesoro oculto bajo el polvo, a la vera de un camino, por el cual discurriesen muchos viajeros indiferentes y apresurados. Pero esa alegría voluptuosa de sentirse solo en medio de la multitud, no estaba a su alcance en la ciudad natal, ciudad pequeña, en donde conocía a casi todos y era de todos conocido.

Aun en el más absoluto aislamiento, el medio le rodeaba por todas partes con su fealdad y tristeza. La política afeaba y entristecía el medio, como un veneno sutil que penetrase los hombres y las cosas. Nada lograba sostenerse desligado de la política; ella era la gran preocupación, la causa primera y profunda; estaba en todos los labios, en el fondo de todos los

sucesos; y a ella convergían y de ella emanaban todas las grandes manifestaciones de la vida, signo seguro del más hondo malestar, y presagio de muerte de los pueblos. Al principio, la política y sus hombres y sus maquinaciones turbias le causaron asombro; después, repugnancia. El ambiente, nada artístico, le obligó a retraerse. Apenas frecuentaba, al fin, la casa de las Almeida, y un grupo de amigos de él y de Emazábel que se reunían raras veces en su taller, más a menudo por la noche al pie de un árbol de la Plaza Bolívar, o alrededor de una misma mesa en un café vecino de la plaza. Entre esos amigos, Alberto empezó a desahogarse de cuanto pensaba y sentía de los hombres y cosas de la tierra, y de cómo los hallaba a su regreso. Formado por selección tal vez inconsciente, ese grupo de amigos representaba una parte, cuando menos, de esa minoría intelectual que en todas partes existe, superior al medio en que se mueve e incapaz de aceptar el medio, adaptándose a él; núcleo de almas selectas, nobles, de ordinario temerosas de la acción, que rechazadas de todas maneras acababan por separarse en actitud como de resignación altiva, a ver desfilar camino de la victoria la muchedumbre de los mediocres y el interminable ejército de los nulos.

Pero el medio, o lo que él más temía del medio, le persiguió hasta el seno de aquel grupo de amigos y del hogar de las Almeida. En realidad, ya se había insinuado en sus venas, contaminándolo, el veneno sutil esparcido en la atmósfera. Y la presencia del veneno en su propia sangre se le reveló en sus charlas con los amigos, y en las mismas conversaciones triviales con María Almeida. De improviso, al hablar, se encontraba tomando en serio la gran farsa, aquella gran farsa de la política, y entonces rompía en furiosos y protestas inútiles. Fue en uno de esos casos cuando sobrevino el incidente que, durante los últimos días, le alejó de las Almeida y le traía triste y caviloso.

Alberto hablaba de los hombres públicos del día. En el orden en que los había ido conociendo, los iba enumerando, con los achaques y vergüenzas de cada uno: hombres que, sin luces ni ley, ni honra, ejercían de legisladores; ministros enriquecidos a la manera de ladrones vulgares que, en vez de estar condenados, como Alberto se lo figuró una vez, a vivir en la gehena del desprecio y el odio de las gentes, vivían, si no gozando del mismo aprecio antiguo, protegidos cuando menos de una benevolencia general, muy parecida a una complicidad anticipada y previsoras; y en medio de esos hombres otros muchos, malos, ineptos, nulos, pálidos, incoloros, triunfales pavesas flotantes después de las tormentas revolucionarias, o criaturas del todopoderoso nepotismo. Y hablando, hablando, Alberto habló de su presentación al ministro de Fomento, el general Galindo. Todavía la vergüenza le llameaba en el rostro. Pedro se había empeñado en presentarle a Galindo en el mismo ministerio, así por creer que su presentación fuese útil a los planes artísticos del hermano, como por dar un rato de júbilo a su vanidad, haciendo ver al hermano sus relaciones

íntimas con el ministro más influyente después de Suárez. Tras de algunas frases mal zurcidas que revelaban toda su cultura de sargentón grosero y basto, Galindo, en el tono un sí es no es guasón de su voz avinada, se despidió de Alberto, diciéndole: "Siempre a sus órdenes en el Gran Partido Liberal".

—Al oír esta frase estúpida y al ver la expresión risueña y radiante con que los empleados presentes la acogían como a una rica flor de ingenio, sentí inflamárseme de vergüenza la cara. Aquel hombre hablaba de su partido político, del partido liberal, como si estuviera hablando de su casa, de su hacienda, de un hotel o de una hostería.

—Y tiene razón —interrumpió María Almeida—. Lo que llaman partido liberal es ni más ni menos como una posada de reputación dudosa, a la cual se acogen los pícaros de todas las clases, todos los pícaros.

—Tanto no... Tanto no... Usted exagera. El buen éxito y el triunfo han dado al partido liberal muchos de esos elementos perniciosos. Créalo: si en vez de ese partido, el contrario estuviese en el poder, en el contrario habría quizá igual número de pícaros. El partido liberal cuenta en sus filas muchos canallas; pero ha contado y no debe dejar de contar todavía muchos hombres de honor.

—No, no. Los liberales son todos ladrones y pícaros— prorrumpió María con la pasión contenida y profunda de su familia conservadora.

—No lo creo —replicó Alberto, y su seriedad y palidez aumentaron de modo visible—. Además —agregó sonriendo como a fin de ocultar la desastrosa impresión de las crueles palabras de María— me veo forzado a recoger para mí sus palabras y su ofensa, porque mi familia es toda de liberales.

Y María, al escuchar y comprender, se turbó tanto, que no acertó ni a balbucear una excusa.

Alberto no volvió a casa de las Almeida desde entonces. Y al principio hallaba justo y natural su retraimiento. Se creía con derecho a estar hondamente resentido con María, como si María lo hubiese maltratado a sabiendas, hiriéndole en uno de los más secretos amores de su alma, en el amor y culto a la memoria de aquel tío cuyo nombre llevaba, el único de su familia consagrado por completo y desde muy joven a las luchas de la política, a la defensa y lustre de las ideas liberales, a las que ofrendó saber, fortuna y juventud para legar a los suyos, después de servir a su país en los cargos más honrosos y eminentes, en vez de riquezas mal habidas como hacen otros, un renombre muy puro y una historia sin mancha.

Pero esa como sombra de rencor fue disipándose en Alberto poco a poco, hasta no quedar en él sino la pena del brusco interrumpirse de un hábito amable. Acostumbrado a ir diariamente a casa de las Almeida, romper con la costumbre le costaba un esfuerzo doloroso. Echaba de menos la serenidad y alegría de aquella atmósfera suave, en la cual sus nervios reposaban de la tensión adquirida en el taller, al pie del barro informe, y exagerada hasta el paroxismo en el sordo malestar de la casa paterna.

De modo insensible, echando de menos la atmósfera en que las Almeida respiraban, Alberto empezó a encontrar excusas a las airadas frases de María. “¿No era insensato exigir que ésta supiese lo que sus hermanos mismos ignoraban? ¿No supondría ella que a él, artista, y después de una ausencia muy larga, nada importaban la política, sus hombres y sus luchas? ¿No era natural suponerle indiferente a esas luchas y a esos hombres? Además, él mismo, con su crítica acerba de Galindo, de todos los Galindo, había de antes preparado la injuria. Y quizá ella, María, abundaba en razón. ¿Qué sabía él, ausente, muy lejos, olvidado en un éxtasis divino de belleza? ¿Qué sabía él si todo lo que él aprendió a respetar de niño y amar de joven había muerto? ¿Los partidos, como los hombres, como los árboles, no mueren? La rama seca, por entre cuyas fibras no suben los húmedos besos de la savia, no vuelve a dar hojas ni flores. Así de los partidos: cuando un partido, realizado lo que fue su ideal, en un momento de su historia no se forja un nuevo ideal, parece falto de savia, como la rama perece”. A medida que con esas y otras razones excusaba a María, Alberto consideraba más y más ridículo y bobo aquel su rencor que lo había atormentado inútilmente. Y al convencerse de lo injusto y vano de su rencor, una alegría impetuosa entró cantando en su alma, como fresco soplo de brisa en una corola moribunda. Pero Alberto no se abandonaba jamás a una alegría: antes de entregarse a ella en absoluto, pretendía saborearla mejor, exprimiéndola, desdoblándola, analizándola. “¿Las razones que a su juicio excusaban a María, valían en realidad, o porque él deseaba que valiesen? Si esto último, ¿por qué lo deseaba?”. Alberto, a esa pregunta, se turbó, como si de pronto lo acusaran de un crimen que él dudase haber cometido en sueños. “¿Cómo podía ser? ¿Por qué no lo sospechó antes?”. Y su alegría dejó de ser franca alegría, templada como fue por la duda y el recelo.

I I I

Llegas muy tarde.

—Como no pienso bailar, no me interesaba mucho llegar temprano.

—Pero no se trata de bailar, se trata de Suárez, que, como te dije, debía venir, y es probable que se vaya pronto.

—¿Suárez?

—¡Hombre! Sí, Suárez, el ministro. Como te repugna ir al Ministerio y hacer antesala... Y será difícil otra oportunidad como la de esta noche. Hace un instante le dejé en el salón conversando con Amorós, el periodista aquel de quien te he hablado. Vamos allá: quizá los encontremos en el salón todavía.

—Pero si no he saludado a los de la casa... No he visto a ninguno.

—¿Qué importa? Además, en el camino los veremos.

A ese baile dado por el más viejo ministro diplomático extranjero, en obsequio de lo más granado y culto de la ciudad, Alberto no fue movido del deseo de conocer a Suárez, el cuasi todopoderoso ministro de la República, sino del deseo mezclado de temor de encontrarse con María Almeida. Creía humillante el ir de propósito en busca de una reconciliación, como a caza de una limosna, y esperaba que la reconciliación se la deparase la casualidad sin menoscabo de su orgullo. A su llegada a la puerta de la casa del baile, moría, rugiendo y quejándose de pasión, la música llena de languideces de un vals criollo. Alberto deseaba no ser advertido al entrar, y se quedó afuera, confundido entre los grupos formados contra las dos más bajas de las grandes ventanas abiertas a la calle, a esperar que rompiese de nuevo la música y entrar entonces, cuando ninguno de los entregados a la inquieta alegría de la danza pusiera atención en el convidado tardío. Durante ese intervalo se complació en recordar sus primeras escapatorias juveniles, sus primeras y quizá únicas travesuras, cuando en compañía de otros como él formó parte de antiguas "barras", como suelen llamar en el país a los grupos de curiosos reunidos del lado afuera de la casa de un baile, ya indiferentes, ya bullangueros y hostiles, las más de las veces deslenguados y criticones. Esa noche, entre los grupos de la "barra", muy raros hombres del pueblo: casi todos de la misma condición social de los danzantes, cuando no del mismo círculo. La llegada al salón de las personas más conocidas la celebraban los de afuera, según los casos, con sonrisas, cuchicheos, sobrenombres ofensivos o de simple intención caricaturesca, o bien con alguna frase picante que, sin tener vislumbre de ingeniosa, bastaba a despertar en los oyentes el buen humor y las risas. Políticos, elegantes y los más encopetados personajes lugareños eran el blanco mejor de las burlas, más o menos ponzoñosas. Ni las mujeres escapaban a la crueldad burlona de ese buen humor pendenciero y crítico. Así, al entrar en el salón una señora desconocida de Alberto, ya madura, muy rica de formas, de rostro bastante bello y fatigado, alguien, estudiante en apariencia, dijo en alta voz, como hablando con todos en la "barra", un dístico delicioso de un viejo poeta latino. Con ese viejo dístico —explicaron cerca de Alberto— había saludado en memorable ocasión a esa dama ya madura y aún bella, cierto poeta a quien la dama consagraba, según decía, el crepúsculo postrero de su belleza, no menos tibio y radiante que el alba en las mujeres voluptuosas. Pero entonces, aun en el peor caso, la malignidad cambiaba de forma: no tenía sino flechas perfumadas: las perfumaba el deseo. Y cuando ya los labios hipócritas habían satisfecho el placer de murmurar, los curiosos empeñábanse en perseguir con los ojos los movimientos de la dama, como a fin de sorprender el ritmo de esos movimientos; empeñábanse en escudriñar el rostro de la dama, como a fin de sorprender en su rostro las huellas profundas de un incendio apenas extinto; y algunos —tanto se insinuaban por entre los barrotes de la ventana— más bien parecían atentos a percibir el rico olor de la carne muy blanca, del seno turgente, de los

brazos desnudos, dejando de ser simples espectadores curiosos, para ser los vencidos de esa fuerza de seducción terrible y oscura que tiene sobre muchos hombres la carne amasada con los besos de muchos labios. De ese modo, entre las pullas, los comentarios y las risas de la "barra", Alberto vio desfilar por la sala y el comedor un gran número de invitados, ya solos, ya en parejas. Empezaba a fatigarse de oír a los de afuera y ver desfilar a los de adentro, cuando acertó a pasar por la sala Teresa Farías, la mujer de Julio Esquivel, haciendo romper en la "barra", en ojos y labios de curiosos, un coro unánime de alabanzas y deseos, al cual siguió inmediatamente un largo silencio hondo, como el silencio del espasmo. De ese homenaje a Teresa, Alberto se enorgulleció, como si lo rindieran a él mismo, recordando la dulce alabanza que para él tuvieron los labios de aquella extraña devota. A poco de atravesar Teresa Farías la sala, pasaba por el corredor, al brazo de Antonio Del Basto, María Almeida. María escuchaba con atención profunda cuanto Del Basto decía con mal disimulada viveza, tendido el busto hacia adelante, bajos los ojos, en tal actitud como si dejase caer adrede sus palabras en el seno entreabierto de la joven. Tan trivial espectáculo que muchas otras parejas presentaban a su vista, sin causarle asombro, le produjo entonces extrañeza. Un dolor sordo, muy sordo, y una amargura indefinible llenaron su alma. El amable departir de una pareja que, entre un valse y otro, descansa paseando, le turbó grandemente, como si ese espectáculo, en sí muy trivial, celase un grave significado recóndito, o le sugiriese una visión parecida a las visiones locas de voluptuosidad y pecado que torturan el alma de un amante o de un esposo al germinar de la sospecha. Y como suele en casos tales, tras el vago dolor y la amargura indefinible, sintió removerse y gritar juntos en su alma el deseo y el odio. Deseo, ¿de qué? Odio, ¿a quién?...

Al encontrar a Pedro en lo interior de la casa, Alberto experimentó un gran disgusto, disgusto que había de aumentarse a la fuerza con la inevitable presentación al ministro. Quería ser libre, ser dueño de moverse y de curiosarlo todo, pensaba él; pero en realidad no quería sino entregarse al raro placer angustioso que empezaba a saborear siguiendo los pasos de María Almeida. Desde su entrada en la casa, buscó entre los danzantes la pareja de María y Del Basto. Y adonde iba la pareja iban sus ojos.

La casa, de por sí muy capaz, había sido últimamente desembarazada en lo posible, a fin de ofrecer a los numerosos concurrentes más espacio y holgura. Se bailaba en el salón; se bailaba en las habitaciones de la derecha, convertidas en larga prolongación de la sala; se bailaba en el corredor principal, nada angosto, entre los músicos en un extremo y un grupo de mamás, de "veteranos" canosos y de señoras maduras que, sin bailar, hastiados y rendidos, conversando entre sí, o sonriendo sin saber por qué, beatamente, llenaban, en el otro extremo, el espacio comprendido entre la puerta del salón y la puerta de la antesala; y si en el patio mismo, por

estar plantado de arbustos y flores, no podía bailarse, no dejaban algunos, huyendo tal vez de donde era más grande el tumulto y confusión de la fiesta, de ir a bailar en el exiguo corredor, frontero del principal, que daba acceso al buffet, bien y abundantemente provisto. Primero en el corredor principal, en seguida en la sala, y de nuevo en el corredor, Alberto siguió con los ojos la pareja de María y Del Basto. Por dos veces María y Del Basto dejaron de bailar, y por dos veces el ademán y la no interrumpida conversación de Del Basto llenaron a Alberto de zozobra, como el anuncio de un peligro. En la actitud natural del "inconforme" veía la imagen grosera del deseo. Le inquietaba aquella cabeza con el pelo partido en dos por una sola raya de la frente a la nuca; y en las palabras que de los labios del galán parecían caer en el seno de la joven, vislumbraba caricias diabólicas, o caricias de sátiro, ávidas de ajar la virgen flor entreabierta del seno. María escuchaba sonriendo las palabras de su compañero de baile. De pronto, a una vuelta, en medio al armonioso vaivén de la danza, quedó mirando a Alberto, reclinado en la puerta del salón, y al verle dejó de sonreír, como turbada. Alberto se sintió lleno de regocijo ante esa brusca turbación, y a la vez, gracias al breve desconcierto que sigue a las últimas notas de un valse, desconcierto formado por el desenlazarse de las parejas, el romperse de los abrazos permitidos, el abrirse de los abanicos rumorosos y el dispersarse en desorden de la turba danzante cansada de moverse en cadencia, perdió de vista a María y Del Basto. Fue entonces cuando, refugiado en las habitaciones de la derecha, a fin de evitar violencias y apreturas, se tropezó con Pedro.

Mientras hablaba, instantes después, con la señora de la casa, a quien halló departiendo amablemente con un secretario de legación y su mujer, y más tarde mientras escuchaba las finas frases de lisonja y saludo con que galantemente le acogió Suárez, el gesto de Del Basto le perseguía con la obsesión de una imagen voluptuosa. El ministro, con habilidad suma y suma complacencia, ensartaba frases y frases, algunas incoloras, algunas bellas, todas fáciles, casi todas vacías, hasta el punto de no poderse extraer de ellas ni un adarme de substancia. Esa táctica, elogiada sin reserva de sus amigos, de hablar mucho y no decir nada, la seguía con todos, desde el más encopetado hasta el postulante más tímido y sin hieles, y no la abandonaba sino en presencia de dos o tres políticos, entre ellos el presidente, con quienes el juego aquel de maquiavelismo barato era, sobre inútil, peligroso.

—¡Si es usted para mí como un viejo conocido! —aseguraba Suárez—. Muchas veces con su hermano Pedro he hablado largamente, largamente, a propósito de usted y a propósito de su talento y de su gloria. Su nombre, su solo nombre bastaría para que se le abriesen a usted las puertas y los brazos. Es un nombre ilustre, honra de la nación y orgullo y bandera de nuestro partido. Mejor, naturalmente, cuando a ese nombre se agregan, como en usted, méritos propios. Usted empieza a conocer las dul-

zuras del renombre y la gloria, y nosotros nos permitimos considerar su renombre y su gloria como cosa nuestra. Usted, como ninguno, está llamado a auxiliarnos en una obra que es nuestro ideal, el ideal más caro al gobierno en que sirvo: tomar punto de apoyo en la juventud inteligente, asimilándose —e ilustrándose con ellos— a los jóvenes de talento y de buena voluntad; porque la juventud...

Y el ministro se engolfó en el socorrido generalizar sobre la juventud, en el socorrido e indispensable discurso, millones de veces editado, sobre la juventud, repitiendo la vieja monserga, la vieja canción de la juventud-esperanza, de la juventud-porvenir, de la juventud ornato del presente y fiel garantía del mañana. Canción que, a pesar de su vejez, no pierde su virtud; pues con ella siguen explotando arriba los lobos viejos, explotados abajo una turba de cándidos e infinitos monigotes. Después de sobre ese tema esgrimir toda su elocuencia, pasó el ministro a disertar de cosas de arte con bastante ignorancia y descuido, hasta referirse al fin especialmente al arte de Soria.

—...el arte que... el arte cuya...

Y Suárez, después de balbucear algún tanto, mientras buscaba con esfuerzo visible una imagen de relumbrón y efecto, se decidió, con una frase dos veces lugar común, a rematar el período.

A ese punto, Amorós, diestramente, como a fin de esconder el balbuceo ministerial, intervino, proclamando que, “según su modo de ver, la escultura parecía condenada a morir, como estaba condenado el verso”.

—¡Imposible! ¡Imposible, señor! Ninguna forma de arte perece. Se suceden, cambian, se multiplican: no perecen las formas de arte. Sería necesario que la vida misma se extinguiese. Decir que un arte perece es como decir que la vida concluye. ¡La vida! Un infinito de alma en lo infinito del movimiento. Para ser interpretada la vida, ese vasto complejo ideal, necesita de todas las formas de arte. Porque la vida todos la vivimos, pero no todos la comprendemos ni menos la abarcamos. Los artistas, los grandes artistas mejor dicho, son los encargados de interpretarla, comentándola bellamente. Podemos vivir cien existencias sin entrever jamás lo que un solo verso o una estatua puede revelarnos, en un instante fugitivo, del alma de las cosas.

—Pero no puede negarse que la escultura viene casi estacionaria desde los días de Grecia.

—Ese es un error fácilmente propalado y por desventura fácilmente creído. ¡Cuánto progreso no hay entre los días de Grecia y nuestros días! ¡Cuán lejos no está la imperturbable ataraxia helénica de la escultura de hoy, de los mármoles y bronce rebosantes de expresión intensa, honda, casi enfermiza de Rodin! El error viene de apariencias engañosas. Hanse observado en la escultura, como en la poesía, como en todas las artes largos eclipses, o más bien silencios prolongados, y de ahí viene el error. Se ha creído el silencio prolongado síntoma seguro de ruina. Pero los si-

lencios en arte son como en la naturaleza: los llena el canto de los gérmenes. Durante el solemne silencio periódico del exilio invernal, no sabe la naturaleza de muerte ni de ocios: trabaja, trabaja, y de antes acendra, al través de la promesa de la hoja y la sonrisa de la flor, toda la miel de los frutos.

—Se conoce que usted es artista, y no sólo en escultura —dijo amablemente Suárez—. ¡Explica usted de un modo!

—Sin embargo, sigo creyendo —añadió Amorós— que el punto es bastante discutible. Por lo que a mí toca, me parece un hecho que la cultura no ha progresado un ápice de Grecia acá. ¿Qué hizo el Renacimiento? Lo que se ha hecho después: copiar a los antiguos. El prejuicio en cosas de arte, florece de modo maravilloso. Viene un crítico y dice de una estatua, o de un libro, o de un lienzo, que es una obra maestra, y eso basta: los demás lo repiten. Así el juicio ligero de uno se convierte en prejuicio de todos. Sobre esta verdad, como punto de apoyo, he venido reuniendo datos y coleccionando notas para un libro de crítica que tal vez muy pronto daré a la estampa. ¡Sobre Miguel Angel, por ejemplo! En mi opinión Miguel Angel no fue sino un gran mamarrachista.

—¿Miguel Angel? . . .

Alberto no dijo más, y abrió grandemente los ojos. Y como su boca, cerró su alma. Tuvo para sus adentros un arrebató loco y fugaz de indignación contra sí mismo. Se sintió humillado, triste, ridículo, por su candidez de haberse abierto el alma ante aquellos extraños, en particular ante aquel periodista amigo de Pedro, ante aquel buen señor de anteojos, redonde de vientre, redondo de cara, redondo de ideas y autor distinguido —como dicen los gacetilleros del país a todos los escritores buenos o malos— de “Rasgos biográficos del gran demócrata general Nicomedes Galindo”.

—No haga usted caso de Amorós —dijo sonriendo finamente Suárez—. El está en vena de discutir, y es un discutidor terrible; pero ni el momento ni el lugar se me antojan adecuados a discusiones de ningún género. Usted es joven, querrá bailar, y tal vez le esperen por ahí algunas damas bellas y algunas horas dulces. No se detenga por mí. Viejo como soy, nada de provecho hago en estos bailes, y dentro de poco me escabulliré de la fiesta. Así, pues, desde ahora le digo adiós y de nuevo le aseguro, como ya le aseguré, que estoy a sus órdenes y dispuesto a servirle en sus nobles empeños de arte. Déjese ver pronto: ya en mi casa, y en el ministerio, será usted siempre el bienvenido.

Alberto reanudó su paseo. Aquí saludaba a éste, más allá cruzaba algunas frases con aquél, sin detenerse gran cosa; yendo de grupo en grupo, de la sala al corredor, del corredor al buffet, del buffet a las habitaciones de la derecha, y de nuevo a la sala. En un grupo, Mario Burgos hablaba y reía,

y los del grupo —dos amigos de Burgos y dos muchachas que éstos llevaban del brazo— celebraban ruidosamente sus donaires y reían al compás de sus risas.

Cuando pasó Alberto, Mario Burgos decía hallarse “en la úbrica” y “en la guama”, expresiones cuyo significado no alcanzaba Alberto. Los amigos de Mario corrieron complacientes, como halagados, y con su actitud parecían decir: “¡Este Mario! ¡Este Mario!, ¡las cosas que tiene”!, mientras los ojos de sus compañeras gritaban al *arbiter elegantiarum*: “¡Tómanos! ¡Tómanos! ¡Haznos tuyas, oh, nuestro ideal hecho hombre!”. Pero el ideal hecho carne y huesos no hubiera podido recoger galantemente la súplica de aquellos ojos, tan apurado se veía ya con tener dos novias a la vista del mundo y dos o más a sus espaldas. En las habitaciones de la derecha, en discreto coloquio, sentados en un canapé de reps verde con discretos ramajes color de oro pálido, halló a Pedro y Matildita; él se explicaba con cierta viveza de gestos y de voz; ella oía sin hacer gran caso de las palabras de Pedro, impaciente, los labios recogidos en un mohín coquetón, avanzando y retrayendo sobre la alfombra, con movimiento nervioso y rítmico, sus pies calzados de raso blanco. Vestida de muselina de seda blanca, apenas le faltaban los azahares y un velo para semejar, en su pequeñez de estatura, una linda muñeca trajeada de novia en un juego de niños. Pero, siguiendo la orla del escote, en vez de azahares, corría una guirnalda de rosas menudas, y las rosas, abiertas a la riba del escote, eran como bocas en suplicio de Tántalo sobre el cristal fugitivo del torrente. “Un *bibelot* japonés”, pensó Alberto, fijándose entonces por la primera vez en los ojos de Matildita, de línea oblicua y graciosa. Al paso de Alberto, ella bajó la vista mientras Pedro guiñó los ojos al hermano, para seguir después el diálogo interrumpido, asumiendo sin igual compostura. En el corredor, de donde se pasaba al buffet, el paseante se detuvo a ver con mucha curiosidad una de las pocas parejas refugiadas ahí, como huyendo del tropel y confusión del baile en el resto de la casa: en el hombre, Alberto reconoció a O'Connor, uno de los más íntimos de Mario Burgos; a la mujer no la conocía.

Cuando la pareja dejó de bailar, Alberto se fijó en la mujer, admirándola. Grácil de formas, rubia de un rubio suave, raro, exquisito, difundido como luz áurea por cabellos y tez, lucía, surgiendo del traje, como surge del cáliz un lirio de oro y enfermo. Con esa como luz blonda parecía extenderse por todo su rostro una expresión de ingenuidad imponderable, como la expresión que tomaba de vez en cuando el rostro de Enriqueta, la mayor de las Uribe. Semejante expresión formaba con la belleza rubia, y con el traje mismo, tal conjunto armonioso, que hizo exclamar a Alberto, como si hablase con alguien: “¡Un Botticelli!”. Más tarde, Alberto oía a O'Connor contar, a dos de sus amigos congregados en un rincón del buffet, cómo eran los senos de Elicita Riguera: —Los tiene lindos y duros, “requeteduros”. —Pero, ¿cómo has podido averiguarlo?

—¡Hombre! Pues bailando es lo más fácil averiguar esas cosas. —Depende de con quién se baila. Por mi parte, yo sé de unas piernas divinas—. Esta conversación, proseguida en el mismo tono, produjo en Alberto igual inquietud que poco antes le causó Del Basto medio inclinado sobre el seno de María, como a decir un secreto precioso, y movido de esa inquietud se volvió a entregar a su persecución sin objeto. Cruzóse a los pocos pasos con María. Los ojos de él se encontraron con los de ella, y Alberto vio los ojos de ella, al fijarse en él, dilatados por una gran sorpresa triste. De lejos, él se inclinó, y cuando siguió su camino iba más desembarazado y ligero, como quien, después de caminar bajo la pesadumbre de un fardo, abandona fardo y pesadumbre. La expresión de tristeza de los ojos de María lo libertó de su propia inquietud y tristeza. Se sintió alegre, y quiso comunicar su contento a los otros. Su ráfaga de buen humor la deshizo en burlas. Para cada ridiculez halló una palabra de ironía, rara en sus labios. Su buen humor llegó a escandalizar a Teresa Farías, la mujer de Julio Esquivel.

—¡Y yo que lo creía tan serio! Personas bien informadas me habían dicho que era usted un monstruo de seriedad, algo así como la seriedad perfecta.

—Así se escribe la historia. Hay biógrafos muy malos. Ningún oficio como el de biógrafo para calumniar impunemente. Y a propósito de biógrafos: si usted hubiera oído lo que yo hace poco oí, no estuviera usted conversando como si tal cosa.

—¿Y qué oyó?

—Cantar un búho.

—¿Un búho?

—Sí, señor: Amorós hablaba de arte.

—¡Cuidado! ¡Cuidado si le escucha! Mírelo en donde está conversando con la señora Riguera.

—Seguirá hablando de arte.

—¿Y por qué? Bien puede hablar de otra cosa.

—Como la señora Riguera es tan aficionada a la poesía...

—¿También eso? Pero usted está inaguantable. ¿Y cómo sabe usted?...

—¿Qué?

—Eso.

—¡Ah! ¿Eso? Pues de un modo muy sencillo. Por un pájaro azul que me cuenta muchas cosas, infinitas cosas. Y ese pájaro azul viene todas las tardes a decirme cosas picarescas allá arriba, más allá de la Merced, algo más allá de La Pastora, casi al pie del Avila, en el patio de una casucha fea que yo llamo pomposamente "el taller" o "mi taller", algo más allá de La Pastora, en donde hay un barranco sembrado de tártagos y maíz, y sobre el barranco un puente a medio hacer, y más al Norte un caserón

viejo y en ruinas con apariencias de villa romana plantada de sauces en vez de cipreses. . .

Alberto no pudo concluir. En ese momento, adonde estaban él y Teresa, llegaron María Almeida y Uribe a informarse ambos de por qué Alberto no bailaba. Este comprendió: Uribe, su cuñado, sirviendo de galán a María, no era en suma sino un pretexto, un buen pretexto de ella; y al comprenderlo así, Alberto se llenó de orgullo, como si recibiera el homenaje que se rinde únicamente a los genios y a los dioses.

Después, eliminado Uribe, el pretexto, de la manera mejor, cuando Alberto y María empezaron a pasear juntos por la casa llena de luz, de música, de flores y bellezas, María se dio a sermonear graciosamente a su nuevo acompañante.

—No sabía yo que usted fuera tan rencoroso, y hasta el extremo de no quererme saludar. . . Sí, no me lo niegue: ha estado huyéndome toda la noche. ¿O cree que era bastante saludarme de lejos como si pasara en coche por la calle? No creí que mis palabras del otro día pudieran lastimarle mucho. Confieso que no pensé ni supe lo que me dije. Tampoco se me ocurrió que usted, con lo que dije, fuera a mortificarse tanto. Como yo creía, y creo habérselo oído decir a usted, que para usted no hay nada sobre el arte, sobre la pasión del arte y la belleza, estaba yo muy lejos de suponer que le ofendieran mis palabras, porque estaba lejos de suponer que usted no despreciase la política y los políticos.

Así en ese tono, ya serio, ya zumbón, siguió hablándole María: unas veces como si le diera excusas, otras como si le afeara el rencor y la suspicacia, clavándole entre sonrisa y sonrisa los más donosos alfilerazos de su ingenio. Pero cuando Alberto le respondió, diciéndole, con su voz más limpia y clara, sus angustias de aquellos días, diciéndole abiertamente, sinceramente, como si se confesase con una hermana, como se confesaba en otros tiempos con Rosa Amelia, todo cuanto había pasado por su alma en aquellos días hasta el momento en que empezaron juntos a pasearse y hablar, sin esconder siquiera sus incomprensibles impulsos de rabia y desdén al verla esa noche en el baile del brazo de un necio, María dejó de sonreír, y no sonrió más en toda la noche.

Más tarde, a la salida del baile, Alberto acompañaba a las Almeida. El iba adelante con María; detrás de ellos iban el señor Almeida y Carmen, la menor de las Almeida, simpatiquísima y burlona. Alberto y María, en todo el trayecto, ni una palabra cruzaron. Las palabras no sólo hubieran sido inútiles: brutales hubieran sido, como las guijas con que un chico vagabundo rompe el claro sueño de una fuente. Los dos lo comprendían y callaban. Sus almas, hasta esa noche oprimidas, necesitaban del silencio. En el silencio parecían dilatarse, como en la espesura de las frondas la garganta del ave antes de romper en trinos. Y así, dilatadas, aquellas dos almas llegaron a rozarse, besándose y acariciándose, al través de los brazos trému-

los, como deben de acariciarse dos rubíes, dos llamas, dos rosas, si de mal de amores padecen alguna vez las rosas, los rubíes y las llamas.

T E R C E R A P A R T E

I

Dos meses habían huido como un sueño delicioso; y Alberto los había disfrutado, como en un dulce cuento rancio un príncipe magnánimo disfruta del presente que, en homenaje a su virtud, le hizo un hada buena y viejecita. El creía estarse iniciando entonces en el amor, en el verdadero amor tranquilo y puro, y cada vez más impropio se le figuraba dar el mismo nombre de amor a los abrazos, los besos y las lágrimas de Julieta. Ese escrúpulo mezquino provenía de su estrecha concepción católica del amor de los sexos, tan diestramente inculcada en su espíritu de niño, que, sin él saberlo, continuaba como años atrás predominando en su alma, bajo todas sus rebeldías de intelectual y de artista orgulloso. De Julieta conservaba un recuerdo melancólico y vago. De tiempo en tiempo la veía con la memoria en el momento de los largos adioses, de la separación definitiva y eterna: el cuerpo sacudido de sollozos y, bajo el monte de oro del cabello, los ojos como dos fuentes desbordadas. En otra época, al través de ese recuerdo melancólico, Alberto habría entrevisto un alma que él abandonó después de ponerla en cruz y de abreviarla de amargura. Ahora, en la melancolía del recuerdo, no vislumbraba sino la tristeza del pecado. En su egoísmo inconsciente, consideraba ahora la intimidad y el cariño de Julieta como un brebaje impuro, calmante de sus tormentos de creador de obras bellas, o como un éter al que su nostalgia demandó la embriaguez y el olvido. Los crisantemos, en la acuarela de Calles, guardaban intacto el esplendor de su tinta rubia, pero las memorias que antes evocaban esas flores eran ya como flores muertas. "Su nuevo amor no era almohada de reposo, ni éter disipador de nostalgias". Era un mundo nuevo y desconocido, por donde él empezaba a caminar como por un vasto jardín después de una lluvia: de todas partes venían a él, acariciando sus manos, acariciando su frente, un vaho de frescura y una ola de fragancias.

El amor lo reconciliaba con los seres y las cosas. La belleza de la tierra, al través de su propia serenidad, encantaba sus ojos como la belleza de una estatua blanca y serena, de contornos limpios. De esta suerte se le aparecía la belleza de la tierra, sobre todo al ver los cerros que del lado Norte limitaban el valle natal, cerros altos, de líneas precisas, netas, como cinceladuras, bastantes a dar a veces, por los días claros, la divina ilusión de un claro paisaje helénico. Pero de todo el valle, de la ciudad con sus calles sucias, con sus jardines lujuriantes, con sus arrabales pobres, partidos de zanjas, no acabados de construir, y quizá por eso mismo pintorescos; de

los plantíos lejanos; de los verdes cafetales vecinos, ya salpicados de rojo gracias a la madurez de los frutos; de los montes; del cielo azul, pocas veces pálido; de todo el valle parecía fluir, buscando el alma de Alberto, una como agua muy pura. Al mismo tiempo, de modo insensible, el amor le ponía en paz con las almas: compadecía, con emoción llena de llanto, la vejez del padre, torturada y enferma; lamentaba la juventud marchita y estéril de Rosa, y, en su indulgencia más y más grande, no hallaba tan ridículo a Uribe. Le perdonaba sus terminachos grotescos, y apenas le oía cuando hablaba, delante de cualquiera, de las "cosas" de Mario, de las opiniones de Mario, del ingenio profundo y de los proyectos enormes de Mario, como si todos estuviesen obligados a saber de qué Mario se trataba. No sentía ya, como otras veces, tentaciones de preguntarle, afectando simpleza o distracción: "¿Qué Mario? ¿El de Roma?". Excusaba su ridiculez y sus defectos con la pésima educación de su madre, que, caída de la fortuna en la escasez, no aprendió a ser pobre ni lo enseñó a sus hijos. "Pero su madre misma no era responsable única. Ella y él eran productos de una larga serie de prejuicios y errores acumulados en el alma de los abuelos. Culpable era toda una familia encastillada, a través de las generaciones, en una tradición muerta y sin brillo, toda una familia hipnotizada, al través de los años y los reveses, por un pobre sueño de gloria y un mísero pingajo de nobleza rancia; empeñada en vivir del pasado, cuando a su alrededor se ensayaba el himno del porvenir; inmóvil, como fuera del tiempo y del espacio, en medio de un pueblo hecho a vibrar con todas las inquietudes nobles y malas de una democracia turbulenta".

Rosa fue la primera en advertir el cambio de Alberto y conocer la causa del cambio. Regocijada por el cambio mismo, su regocijo llegó a júbilo cuando penetró sus razones. Lo perdido lo recobraba con creces. Reconquistaba al hermano cuando éste era dueño del amor de María. La vida le presentaba con sencillez, como una cosa ordinaria, lo que su deseo no se hubiera atrevido a soñar nunca: la unión del hermano con la amiga predilecta. Mejor no podía él empezarle a cumplir las promesas que le hizo recién llegado de Europa. Cifra de sus deseos y esperanzas, esa unión le prometía conservarle en el porvenir, de otro modo inclemente, dos grandes amores. Rosa y María se profesaban un cariño profundo. Sus vidas parecían obedecer a un destino idéntico. Un lazo muy sutil y muy fuerte ligaba sus almas. Rosas gemelas, nacidas en el mismo gajo, abiertas al mismo soplo, casi a la vez un mismo insecto nauseabundo manchó de baba sus pétalos. Casi a la vez, Rosa y María conocieron el desencanto amoroso; pero si la última lo probó a tiempo, la otra lo probó demasiado tarde, cuando ya no podía sino llevarlo, cadena o cruz, a través de la vida, sin descansar un punto, siempre. En ese común desencanto, en ese dolor común, estaba, sin ellas comprenderlo muy bien toda la fuerza de su mutuo cariño. La alegría de Rosa, cuando Alberto le hizo la primera confidencia de su amor, fue grande. Feliz con la noticia y con la intimidad y confianza renaciente del

hermano, trataba de tiempo en tiempo de renovar su alegría, provocando las confidencias. Rosa las acogía como un regalo, cuando no las provocaba como un juego, pues le procuraban ratos de buen humor y hasta de risas, gracias a la vieja timidez de Alberto, exagerada por sus naturales timideces nuevas de novicio en amores. Las confidencias del hermano, en razón de su timidez, eran en realidad semiconfidencias. Las frases venían a sus labios lentas, rotas, cortadas de balbucesos, y Rosa Amelia se complacía en diestramente ayudarle, diciendo la palabra que él no osaba decir, dando con el término justo cuando él todavía lo buscaba, adivinando a veces, para asombro de él y por alguna de sus frases rotas o confusas, las circunstancias mismas, causa o fin de su confidencia. Al asombro de Alberto ella contestaba riéndose de muy buena gana, o bien decía:

—Nosotras las mujeres, tenemos don de adivinas, al menos en esas cosas.

Además de su alegría de las confidencias del hermano, Rosa conocía una alegría nueva: la de hacer con las más bellas flores de su jardín, los ramilletes con que el hermano regalaba a su novia. En esta dulce tarea, Rosa ponía tal complacencia y ternura que, en realidad, las flores llevaban en sus pétalos el homenaje y el perfume de dos almas. Los ramilletes dominicales, confundían a veces al enamorado como ramilletes de reproches: “¡Y yo que hallaba tan ridícula —solía pensar— la costumbre que los enamorados tienen de ofrecer flores a sus novias los domingos! Hasta me indignaba a veces al ver alguno de ellos atravesar las calles con su mazo de violetas o su manojó de claveles y rosas en las manos. Y heme aquí sacrificado a esa costumbre como cualquiera dependientillo bobo. Pero es lo peor del caso que en la tal ridiculez encuentro gusto”.

Alberto vivía entonces, algo tarde, un fragmento de su juventud, aún no vivido de él, y con ese fragmento de su juventud conservaba en su alma un rincón intacto, casi virgen. De ahí, propiamente, de ese rincón de su alma, que no del jardín, venían los manojos de jazmines y rosas, y con esos ramilletes, otros ramilletes mejores, más frescos, más puros, hechos con ternezas de amante y ensueños de artista.

A esas flores, así las cultivadas en el jardín de Rosa, como a las flores ideales nacidas en el alma de Alberto, María abrió su alma, y en su alma entró de improviso el amor, todo el amor, como entra de improviso una fiesta en un palacio lleno de cosas ricas y de cosas bellas, pero desde hace tiempo cerrado, silencioso y mustio. Desde su primero y único desencanto, María pareció empeñada en rehuir el amor de los hombres.

Su conocimiento de los hombres y de las mujeres que la rodeaban, la obligó a concebir una idea nada noble del amor masculino. Casi todos, así los más como los menos instruidos, así los más como los menos cultos, no se enderezaban al amor sino por los caminos de la sensualidad y la violencia. De ahí su repugnancia. Pero el raro amor de Alberto, a la vez tímido e impetuoso, burló su reserva y repugnancia. También había para ella en

ese amor algo nuevo e incógnito. Las frases de Alberto, ingenuas, tímidas, espontáneas, como su amor mismo, la enternecían, la arrullaban, y al fin la vencieron. Al través de esas frases, a menudo incoherentes y deliciosas, vislumbraba una misión cuasi divina. Y nunca la vislumbró tan bien como el día quizá el más feliz de sus amores, en que Alberto pareció venir de muy lejos, de muy alto, como de un ensueño remoto, diciéndole:

—Tu amor es azul, María.

Ella, al oírle, fijó en él sus ojos como preguntándole, “¿Divagas?”. Luego, tras de hacer con los labios una mueca burlesca, riendo de felicidad con los ojos negríssimos, repuso, acusando sorpresa:

—No sabía yo que el amor tuviese color ninguno.

Pero él, sin hacer caso de la burla ni de la sorpresa, continuó:

—Hay gentes que no ven el color sino en las cosas. No lo alcanzan a ver en las almas. También en las almas hay color, María. Y tu amor es azul. . . Hay mujeres cuyo amor descolora. El amor de éstas es como un ácido sutil, como un ácido perverso, enemigo de colores; no mata las almas, pero las anula y vulgariza, despojándolas del color: su originalidad y su belleza. Es un amor egoísta y malo. Hay otras mujeres cuyo amor es fuego púrpura: tiñe de rojo las almas. Las almas encendidas en ese amor ven el mundo como a través de un velo de sangre; adquieren por un momento sobrehumana espléndida, y pronto se consumen como aristas en la hoguera. Es pérfido ese amor: da a las almas una gran belleza efímera, y las destruye en cambio. Hay otras cuyo amor es azul, y ése no descolora ni destruye: antes pone el infinito en un alma. El azul ama lo infinito, y el infinito ama lo azul y se complace en tomar apariencias azules. El cielo es azul, María.

I I

Te haría mucho bien pasar dos meses en La Quinta. . . La Quinta era la única posesión agrícola que el viejo Soria conservaba. Desde muy joven, éste desconfió de la agricultura y su porvenir, y fue poco a poco deshaciéndose, no sin ganar mucho, de las fincas heredadas, hasta convertirse de un todo con vida y bienes al comercio. De la herencia de su padre no conservó sino La Quinta, por haber sido en ella donde empezó a crecer, bajo las recias manos del abuelo, la fortuna de los Soria. La guardaba sin utilidad, y por simple orgullo y satisfacción de casta, como prueba de su origen claro y fuerte, como un recuerdo de familia, de igual modo como otros guardan un mueble apolillado y sin color, o un libro muy viejo, o una joya sin brillo ni uso. El mueble y el libro y la joya no tienen para los demás hombres gran valor, mientras sus dueños les atribuyen un gran precio de significación oculta, un gran precio fantástico, y no menos real que el menosprecio de los otros. Eso, para don Pancho, era La Quinta,

compuesta de un pedazo de tierra de labrantío, dos cafetales de arbustos viejos, plagados de nudos, mezquinamente productivos, bastantes árboles de fruta y una casa de campo adonde la familia solía ir de temporada por los meses calurosos.

—Te haría mucho bien pasar dos meses en La Quinta. De ese modo te sería fácil romper sin escándalo ninguno ciertos lazos. A tu vuelta, si haces como debes, por interés todos fingirían no ver el cambio, y las cosas volverían a su rumbo natural, como si nada hubiera sucedido. Así, me complacerías, y sobre todo complacerías “al viejo”, a cuya vejez enferma y suspicaz debemos empeñarnos en mullir uno como lecho de algodones. Además, dos meses de campo y soledad te serían benéficos. Necesitas corregir tus hábitos y poner un poco de orden en tu vida. Te lo he dicho a menudo, y convienes en ello.

—Es verdad. Necesito poner un poco de orden en mi vida... Aunque no tanto como tú crees. Mis hábitos malos —y serán malos desde un punto de vista filosófico— no son del todo execrables desde el punto de vista práctico. No sé si me entiendes, Alberto... Quiero decir que esos hábitos yo no los tengo por instinto vicioso. No me complazco en ellos con deleite: los sufro porque me sirven. A favor de esos hábitos he conseguido amistades y relaciones considerables y me he hecho cierta aureola de la que puedo sacar, en un próximo porvenir, algo o mucho bueno. No puedo estar mano sobre mano sin hacer nada provechoso, mientras pasa la vida. Pienso en el porvenir; necesito desde ahora trabajar por hacerme de una posición como yo la pretendo, para no ser mañana un viejo cualquiera, un cretino cualquiera de cabellos blancos. Y para conseguir el triunfo es preciso valerse de las fuerzas que nos rodean, acomodarse al medio, como dice Diéguez Torres, empleando las armas que el medio suministra.

—No te comprendo, Pedro. Unas veces hablas de luchas y te dices luchador, y ahora hablas de acomodarse al medio. Son dos términos contrarios. Quien se acomoda al medio es un ser pasivo: no lucha. Acomodarse al medio es deponer las armas, o el arma por excelencia: el carácter. Y el carácter es todo el hombre. La lucha no es amoldarse al medio, sino combatirlo, modificándolo, haciéndolo a nuestras aspiraciones, a nuestras virtudes, a nuestro ideal.

Pedro, en vez de contestar directamente a las palabras del hermano, respondió explicando sus propias palabras:

—Cuando te digo “acomodarse al medio” quiero decir aprovechar su espíritu, sus tendencias, tomar de él cuanto me ofrece de más seguro para alcanzar mi objeto, para “subir” lo mejor y más pronto posible. Y para eso, lo más seguro aquí es la política, y no la de oposición, que a ninguna parte lleva. Comprendo que hubiera sido más digno y menos aventurado, como otras veces me has dicho, seguir las huellas del “viejo”, imponerme de sus negocios, sirviéndole de compañero y auxiliar, y por último sustituirle. Así sus negocios e intereses no hubieran caído en poder de un

extraño, en donde no pueden andar muy prósperos, por más que ese extraño sea un modelo de honestidad como es Almeida. Pero yo no tengo la más pequeña afición a las cosas mercantiles: nunca les tuve sino repugnancia y odio. Teneduría de libros, facturas, bajas, alzas, comisiones, cambios, todo, todo eso para mí es música wagneriana. Tampoco me atrae decididamente ninguna otra profesión ni oficio. Rompí los estudios universitarios, y no me arrepiento. Hubiera llegado con el tiempo a ser un pobre diablo de levita, y lo que es peor, a convencerme demasiado tarde de que el mejor camino por el cual puede irse lejos e irse bien es el que sigo ahora. No soy como tú, un artista. Comprendo la belleza y el arte, Sobre todo, respeto y admiro tu obra. Me enorgullece oír hablar de ti como de un famoso artista, como del primer escultor de por estas tierras. Así dicen Romero y Alfonso, y cuando les oigo hablar así me corre por detrás, por toda la médula, un frío delicioso de satisfacción y orgullo. Pero nuestros caminos son diferentes. Tú vives en pleno ideal, soñando con la gloria, mientras mi temperamento es más bien enemigo del sueño, y deseo vivir la vida, toda la vida, saboreando sus goces dulces y ásperos. Mientras tú sueñas con algo que está lejos y es como un espejismo, yo quiero poseer algo que está cerca y puede tocarse con las manos. Por todo eso mi elección la tengo hecha desde hace tiempo: la política. En nuestro país, tan sólo en política se puede ser alguien, hacer figura y allegar dinero.

—Si fuera posible honradamente... El ejemplo de tío Alberto lo está negando. Fundador del partido liberal, y muchas veces ministro, murió pobre.

—Otros tiempos, chico. A ti mismo te he oído decir muchas veces que en el origen de los partidos, como en la cuna de las religiones, hay mucho de idealismo, y ese idealismo se condensa en algunos hombres. Uno de esos hombres, en el partido liberal, fue tío Alberto: era un poeta de su causa. Pero cuando un partido triunfa e impone su triunfo, la política se reduce al medro. En rigor, aun honradamente puede hacerse mucho en política. Además, eso de la honradez es muy relativo, sobre todo en política y en nuestros tiempos. Conozco muchos con fama y nombre de honrados que, con bastante sigilo, repletaron la bolsa. Otros, menos astutos o más cínicos, dejan ver su juego, y a pesar de su cinismo no pierden nada. Si acaso desatan una tormenta de maldiciones e injurias, pasan la tormenta... pasando el mar, camino de Europa. Durante algún tiempo, ya en París, en otra ciudad, comen el pan del ostracismo, un pan, según dicen, muy sabroso y rociado de champagne; y cuando vuelven del "ostracismo", no sé si es la brisa del mar o París quien los lustra, pero ya nadie les ve las manos puercas. Cuando regresan, vuelven a su ser antiguo, y aun suben con dignidad y merecimientos, como si el pasado les hubiera servido de escalón, y no de lápida.

—Me da tristeza oírte hablar de ese modo.

—¿Por qué? Si estoy diciendo la verdad. Nuestra moral se ha simplificado tanto, que es apenas un gesto, una actitud, y eso no sólo en política. Entre los que gritan “al ladrón” cuando un político roba, hay muchos que en secreto desean estar en su lugar, y no faltan, entre los más gritones, mercachifles que hacen gala de ser la quintaesencia de la pulcritud y han quebrado fraudulentamente. Que lo diga el hermano del señor Almeida, el irreprochable don Marcos.

—¡Pedro!

—¡Si me consta! ¡Si es la verdad!... Eso, por otra parte, nada tiene que ver con los demás de su familia.

Y Pedro, diciendo así, se arrepentía ya de sus palabras, temeroso de haber lastimado con ellas a Alberto. Mientras duró el silencio, aumentaron su descontento de sí mismo y su angustia.

—¿Pero, en fin, sigues o no mi consejo? ¿Te vas o no a La Quinta?

—Oye, Alberto: cree que me gustaría con toda mi alma complacerte; pero no puedo. Al menos ahora, no puedo. Estoy esperando algo que me han ofrecido Suárez y Galindo —ya sabrás algún día lo que es—, algo para mí considerable, como si dijera mi entrada triunfal en política. De irme ahora, perdería el fruto de un trabajo largo y sordo, porque he venido trabajando sordamente, sin que nadie sospeche mi esfuerzo ni mis planes. Con excepción de muy pocos, para todos continúo siendo un despreocupado, un vividor, hasta un lechuguino como O'Connor o cualquiera otro de su laya. Sin embargo, mi proyecto puede fracasar todavía. Los buenos deseos de Suárez y Galindo no bastan. A pesar de ser ellos ministros y yo un muchacho sin ninguna significación, algo me deben. Los creo buenos amigos, capaces de hacer algo en mi favor, pero su buena voluntad no basta. Es necesario prever los caprichos de la Voluntad Suprema, conseguir la aquiescencia de quien está por encima de ellos, la aquiescencia del César todopoderoso, y es muy difícil entenderse con el César cuando éste es un estúpido. Además de los planes míos, pienso en tus proyectos de arte. Por ellos haría yo muy mal en irme. Tú solo, estoy seguro, no harías nada. ¿Crees muy sencillo realizar esos proyectos? Pues no lo es. Piénsase en glorificar a un héroe del país, erigiéndole una estatua; y como tú eres el solo buen escultor del país, te encomiendan la obra. Eso crees tú, y sería natural, pero la cosa no es como parece. ¿Que te dio seguridades el ministro? El las da a todos. Para alcanzar lo más mínimo de esos hombres es necesario estar encima de ellos, y tú no sirves para el caso. No sabes hacer antesala: no tienes paciencia y te ruborizas, como de un crimen, de hacer como los otros. Porque seas el solo escultor, no te creas libre de concurrentes. Si la creación de la estatua se resuelve los tendrás, y poderosos. Por eso es bueno desde ahora apercibirse. Mucho me temo en particular de cierto individuo de la familia del César, un tal Guanipe, negociante y contrabandista por más señas.

—Pero sí no es estatuario...

—¡Y eso que importa! Lo que importa es el negocio: lo que el gobierno pague. La estatua es un pretexto. Ni en ella ni en su erección habrá una sola sospecha de apoteosis del héroe. Será ni más ni menos un negocio, uno de tantos negocios con su lado ideal que deslumbré y distraiga a los pobres de espíritu. No te hagas ilusiones, Alberto. Has estado ausente muchos años y no tienes idea cabal de las cosas. Si te complazco yéndome a La Quinta, no podré hacer nada por mi bien ni por el tuyo. Ahora, si dentro de dos meses nada he conseguido, porque Galindo y Suárez no me cumplen sus promesas, o si por cualquiera otra causa desespero de salvar mis proyectos y los tuyos, entonces te doy mi palabra de irme a La Quinta y de quedarme cuantos meses quieras en el campo.

—Y mientras tanto seguirás tus amores con Matildita Uribe...

—¡Acabáramos! ¿Es eso lo que más te preocupa? Creo que no debieras preocuparte. Ya conoces bastante a esa gente. Mis amores no son ni pueden ser sino un juego, niñerías. ¿Que la pesada de misia Matilde anda diciendo por ahí que yo voy a llevarme en matrimonio a su joya "número dos", porque a Enriqueta su joya "número uno" la reserva para un marqués o un conde? ¿Qué importa, si no es verdad? ¿Que se lo vienen a contar "al viejo" y "el viejo" rabia y se mortifica? Bien puedes tú convencerle de lo contrario. La táctica de la buena señora es demasiado vieja y conocida: cogerá de sorpresa a los tontos. En cuanto a Matildita, la más interesada, ella, acá entre nos, no toma ni puede tomar las cosas en serio: ella se divierte, yo también, y santas pascuas.

—La cuestión, Pedro, no es que te diviertas o no, ni que te quiera o no pescar misia Matilde con su táctica. La cuestión es otra muy distinta. En esos amores hay algo a que debes respeto, un punto delicado y sensible que puede algún día doler y arrancar lágrimas a quien es inocente: las relaciones de Matilde con Rosa. Esa muchacha es hermana del marido de Rosa.

—Rosa no será por mis tales amores ni menos honrada ni menos feliz, si de ella puede decirse que es feliz. También yo, en ocasiones, he pensado en lo que tú dices y he tenido escrúpulos, que momentos después desechaba. Créeme: esa gente no merece tus escrúpulos, ni aun los míos. Con el tiempo que llevas frecuentándola debieras conocerla mejor, o tal vez tu seriedad se ha interpuesto a manera de pantalla entre esa familia y tus ojos. Es muy probable. ¿Sabes por qué? Porque sabiéndote serio, y sospechándote más serio, mucho más de lo que eres en verdad, revisten para ti el recato, los remilgos y reservas que con los otros no usan. Sin embargo, desconfiando un poco, observando con malicia hubieras podido ver algo e imaginarte el resto. Así no te preocuparías de Matildita, ni de las consecuencias que mis amores con ella puedan tener para nadie. Amores con Matildita no tienen consecuencias. Puedo traerte ya, si quieres la prueba de mis palabras, aunque la cosa no parezca ni sea de muy noble estilo.

Y Pedro, diciendo así, tomó hacia el interior de la casa.

Alberto, solo, se quedó pensando en cuál podía ser aquella prueba. A la vez, como distraídamente, recorría el jardín con los ojos. Primero, su atención fue atraída a lo lejos por un grupo de begonias en flor que detrás de unos rosales enclenques, faltos de hojas y flores, fingían en el suelo una charca purpúrea. Luego a poca distancia de donde él estaba, su atención vino a fijarse en el kiosko revestido de hojas, cuando sobre la verde vestidura del kiosko, un golpe de brisa balanceaba y movía las primeras campánulas abiertas. Los pronósticos de Rosa Amelia se empezaban a cumplir: sobre el espeso follaje del kiosko, las flores de pascua lucían como sonrisas de ángeles. De un azul muy suave, teñido de oro en lo hondo de la campana, esas flores antojábansele a Alberto flores de ensueño, por su belleza grande y efímera. Abiertas a la aurora, la noche las encontraba moribundas. “Debían de ser en su frágil belleza, dorada y azul como los deseos imposibles y los vanos sueños de la planta”.

Alberto, no sin pena, volvió de sus fantasías a la vida real; pensó en las palabras del hermano, y lo abrumó la tristeza. Al través de esas palabras, ya Pedro hablase de sus amores, ya de política, Alberto columbraba una verdad, y temía verla en plena luz. Inútil achacar a fanfarronadas todo el discurso de Pedro: detrás de las fanfarronadas aparentes había algo razonable y firme. En realidad, no le preocupaban mucho sus hábitos de político en ciernes. Más le preocupaban en Pedro sus hábitos de club, sus numerosos amigos pertenecientes a todos los bandos y colores —núcleo y origen de su popularidad, como él decía y primer escalón para elevarse— sus modos de ser pendenciero y manirroto, y por sobre todo sus amores, tal vez porque estos amores y el modo de ser de Pedro demasiado manirroto y liberal eran la continua lamentación y pesadumbre de don Pancho. Alberto, por aquellos días confiado, sereno y dichoso, quería ver las almas de la hermana y del padre, si no disfrutando de la dicha perfecta, al menos de un reflejo de dicha. De aquí su empeño en disuadir de sus amores al hermano, y en alejar a éste, cegando así un manantial de reproches y torturas. Pedro le contestaba con evasivas y reticencias, y esas reticencias le enojaban no por lo que ellas valían, sino como evocadoras de una sospecha que ya otra vez lo había rozado, aunque vaga y sin forma. “El no estimaba mucho a las Uribe, pero en su estimación no las ponía tan abajo como Pedro en sus frases y palabras ambiguas. Las juzgaba iguales a tantas otras de entendimiento limitado y huero. Vanas, frívolas, en sus cabezas de pájaros llenas de aire hacían veces de ideas unas cuantas preocupaciones. Mas debajo de las preocupaciones y de la superficialidad del carácter suelen esconderse, como joyas, excelencias y bondades del alma. No le constaba si esas bondades y excelencias existían en las Uribe: hubiérale sido necesario haber ido al fondo de sus conciencias, como en el

fondo de los mares va a las perlas el buzo. Y él jamás deseó entrar en sus conciencias como buzo de almas.

No sabía cómo ni cuándo empezó a ir a casa de ellas: empezó visitándolas rara vez de tiempo en tiempo, quizá por estar la casa de ellas en su camino al taller, y luego menudeó sus visitas. La verdad fue que las Uribe se valieron de todas las artimañas para atraerlo, y él se dejó atraer, convencido de ser tildado, si resistía, de arrogante y orgulloso. Sus visitas le daban ocasión de observar de muy cerca y bien los manejos del hermano. Pero muy pronto las Uribe se olvidaron de haber sido ellas quienes con hábil y disimulada maniobra le atraieron, y miraban en sus visitas inequívocas muestras de estimación, afectuosas y espontáneas. Misia Matilde no sólo miraba señales de amistad, sino claras promesas. Para ella, y lo pensaba y decía a propios y extraños, las visitas de Alberto y sus demás afectuosas demostraciones eran sin asomos de duda, paladino consentimiento de los amores de Pedro y Matildita. Y Alberto, en la circunstancia, interpretaba de seguro con su buena voluntad y buenos deseos la voluntad y los deseos de la familia Soria.

Las conjeturas y predicciones de la madre parecían como de perlas a Matildita. Las hallaba naturales, dignas de su confianza y crédito, si bien templaba esa confianza con su poquito de temor e incertidumbre. "De todos modos ¿por qué no habrían de realizarse esas predicciones?— pensaba Matildita—. Que Pedro fuese rico no era obstáculo ninguno. Y con otra razón no podía oponerse al matrimonio de Pedro su padre, avaro y esquivo. ¿Un hermano de ella no estaba casado con una hermana de Pedro? Además, éste podía ser muy rico, riquísimo, si se comparaba la fortuna de los Soria con la pobreza apenas bien vestida y casi vergonzante de los Uribe, pero no era mejor que ella, al contrario...". Enriqueta, aunque, de un modo muy débil, venía a ser en su casa como la cuerda de un globo cautivo, o el lastre de un globo lanzado a la merced y furia de los vientos. En tanto que en el meollo de sus hermanos, de su madre y Matildita no había sino preocupaciones y simplezas, en el de ella había siquiera una sombra de razón. Entre los demás representaba el papel de regulador y correctivo, atenuando en ciertos casos el desorden, corrigiendo algunas ligerezas y moderando los entusiasmos y locuras. Así, cuando su madre y Matildita empezaron a forjar sobre las visitas de Alberto multitud de ilusiones y a darlas a los otros como realidades, ella les observó que no era bueno hacer pronósticos intempestivos, y menos proclamarlos como seguros, agregando que en tales asuntos lo mejor es callar y seguir la marcha de las cosas con discreción y reserva. —Tú siempre desconfías y piensas lo peor— replicaron a dúo la hermana y la madre. —Pienso lo más natural. Para mí nada significan las visitas de Alberto: nos visita porque puede visitarnos, porque lleva gusto en ello, como nos visita cualquiera otro. Nunca hace franca alusión a los amores de Pedro, como rehuyendo echarse encima ajenas responsabilidades. Y si ustedes me apuran, les diré

que desde su primera venida aquí, sospecho y aún creo que él, en vez de apadrinar esos amores, con toda su fuerza los contraría. —¡Qué cosas las tuyas! ¿Y por qué lo crees? No será porque Pedro pueda hallar alguna mejor que Matildita. Podrá hallarlas iguales a ustedes, pero no mejores. —No sé decirles por qué lo creo: se me ocurrió una vez, no sé cómo, de repente, y lo creo desde ese día. —Si fuera verdad, y Pedro me dejara por los consejos de él, ya sabría yo cómo vengarme fácilmente— dijo a ese punto Matildita, poniendo en blanco los ojos. —No digas bobadas, Matildita. Aunque Alberto se oponga a tus amores, Pedro tampoco necesita de sus consejos para dejarte el día menos pensado. —¿Y por qué? —¿Por qué? Parece como si ustedes vivieran en otro mundo: todo les parece muy sencillo y muy llano. Aun lo más difícil quieren de un momento a otro verlo andar como sobre rieles. Pero una cosa es tener amores y otra es casarse, en particular si el sujeto es como Pedro, quien así como es de alegre y simpático, es de enamoradizo y resbaloso. Demasiado lo saben ustedes. Bien le conocen. Es un tipo muy difícil de retener, y si Matildita no lo consigue, no lo extraña, y también en gran parte culpa será de Matildita, porque no ha sido con él como debiera. —¿Y cómo es Matildita con Pedro?—preguntó misia Matilde un poco alarmada. —¿Que cómo es? Pues... pues... muy tonta. —Y misia Matilde se quedó muy oronda y tranquila, sin alcanzar la significación que esa palabra adquiría en los labios de Enriqueta. En cuanto a Matildita, ya porque se reconociera culpable, ya temerosa de oír algo más, no replicó sino acurrucándose cuanto pudo en el extremo del canapé en donde estaba.

Alberto presentía, si bien de manera confusa, algo de cómo las Uribe comentaban sus visitas. Lo presentía en vagas actitudes de las muchachas y en transparentes alusiones de la vieja. Estas alusiones, por lo mal traídas y claras, le parecían jocosas, pero alguna vez lo estrechaban, poniéndole en grave apuro, cuando no hallaba pronto una respuesta fácil, cortés y evasiva. En realidad, misia Matilde y las muchachas lo divertían: la primera con sus vanidades y preocupaciones, con sus monadas las últimas. Al través de todo eso, él adivinaba una sola ocupación y un solo empeño: la caza al marido. Y como en la tal caza no vio nunca a las Uribe emplear tratos ni artificios de mala ley, consideraba sus escaramuzas con mirada irónica y benévola. La tal caza jamás la vedaron legisladores ni pontífices, antes la favorecieron, y, al fin y al cabo, todas, así las más honestas como las menos puras así las más humildes como las más altas, podían entregarse a ella valiéndose de iguales armas, o de armas poco diferentes unas de otras. Lo que él observaba en ellas no era más de lo que en la mayor parte veía: exponer en la ventana sus palmitos a la hora del paseo; pensar en trajes y confeccionarlos bien propicios a poner de relieve sus gracias y perfecciones; ensayar sonrisas, miradas y lánguidas posturas, buenas para estrenarlas después en el teatro o la iglesia; ir a la misa de once porque a la puerta de la iglesia, al acabarse la misa de esa hora, asisten al

desfile de las damas todos los jóvenes de la ciudad, cursis o no; pasar en compañía de otras como ellas por frente al café adonde los más elegantes y repulidos de los jóvenes van, so pretexto de paladear un aperitivo, a repletarse el estómago de brandy; y, por último, siempre acompañadas de amigas pasear calle arriba y calle abajo, llenando, con sus gayas muselinas de color y las plumas y cintas de sus sombreros, y las risas y discreteos de sus labios, el desairado y feísimo cajón del tranvía que va por la calle más central y bulliciosa. A decir verdad, Alberto hallaba muy de superficie la coquetería de aquellas muchachas, demasiado ingenua y boba para servir de redes y armadijos, y suponiéndola así, no recelaba debajo de ella nada repugnante y turbio. Eso hubiera podido jurarlo refiriéndose por lo menos a Matildita, pues Enriqueta, con su reservada seriedad y sus melancólicas languideces despertaba en él recelos fugaces, como si la sospechara de esconder, bajo sus apariencias de seriedad y bajo sus lánguidas actitudes, cavilaciones de un cálculo sabihondo.

Misia Matilde le infundía aún menos temor y sospecha, porque los proceder con que tendía a corroborar la obra de las hijas eran ineficaces, cuando no contraproducentes, por lo burdos. La "psicología" de la buena señora alcanzaba a caber en una sola palabreja, cifra de sus deseos y prejuicios. Sus hijos eran los "mejores", sus hijas las "mejores", o cuando menos iguales a las mejores. La palabra "mejor" la tenía siempre en la punta de la lengua y a cada paso la sacaba a relucir viniera o no a cuento, pero sobre todo a propósito de bodas o de anuncios de bodas. "El era mejor que ella, o ella era mejor que él". Y al decir "mejor", nadie agregaba sílaba, como ante un dictamen sin réplica. La palabreja expresaba en los labios de misia Matilde sus preocupaciones de familia y de raza, única herencia que guardaba de sus abuelos todavía intacta y horra; y como era natural, disfrutaba a su gusto de la herencia. De tal modo, pronunciaba ella "mejor", y de tal respeto y prestigio rodeaba la palabra, que ésta era a la postre en sus labios como un talismán, cuya virtud quitaba o concedía, según el capricho de su dueño, nobleza, título y honores. Aparte esa pequeñez, no exclusiva de ella, a misia Matilde, según Alberto, sólo podía hacerse el reproche de tener en sus hijas exagerada confianza; y tal vez era un reproche sin fundamento, porque bien conocería ella en qué grado eran sus hijas recatadas y virtuosas. Sin embargo, a veces no podía menos de reprocharle esa confianza rayana en descuido, sobre todo cuando al entrar por la noche en casa de las Uribe, sorprendía a Pedro en amoroso "aparte" con Matildita en el corredor: ella en un extremo del canapé, él en una silla al lado del canapé, mientras la buena señora dormitaba o leía en un rincón de la sala, y Enriqueta sollozaba en el piano romanzas y quejumbres. Tal vez misia Matilde, ponía en Pedro, a título de cuasi pariente o allegado, igual confianza que en las hijas. Cuanto a los hombres de la casa, muy rara vez Alberto se encontró con alguno de ellos. Uno de los tres era empleado de un Banco; los otros campaban por sus respetos,

esperando que les cayeran del cielo prebendas ministeriales o muchachas ricas; y ninguno de ellos sabía de su propia casa, en la cual no se estaban nunca sino el tiempo necesario al dormir y al comer, empleando el resto del tiempo en el club, en el café, en el paseo en coche ganado al juego, y en ir con otros de visitas, o de bureo y parranda. Además de ese descuido en que los Uribe tenían su casa, y del descuido aparente o real en que la madre tenía a Matildita y Enriqueta, algo despertaba la más viva suspicacia de Alberto y era el modo de ser y hablar un tanto desenfadado y libre de los visitantes, hombres y mujeres, con Enriqueta y Matildita. Unas veces eran palabras y frases obscuras, olvidadas o nunca oídas de él, probablemente palabras y frases de sentido pasajero y arbitrario, de esas que la moda lleva y trae, como suele hacer con refranes y canciones. Pero otras veces eran palabras y frases de sentido libérrimo, si no libertino y muy claro.

Muy mal efecto le había hecho la conversación oída en casa de las Uribe el último domingo en la tarde, aunque no estaba muy seguro de si el mal efecto provenía de las palabras libérrimas que entonces escuchó, o de una palabra trivial, quién sabe si inocente y sin malicia enderezada a él en persona. La palabra, como saeta que al dar en el blanco desliza, le rasguñó, y tal vez el resquemar de la herida hacía que el eco de aquella conversación le resonara aún en la cabeza, fastidiándole como trompetear de zancudos cuando Pedro le hablaba, y después, mientras duró la ausencia de Pedro. Aquel domingo en la tarde, Alberto halló en la salita de las Uribe a la señora Solórzano, tía de las Uribe, y a Elisa Riguera, el Botticelli admirado por él en el baile del ministro diplomático. A su entrada en la salita, aun antes de que Alberto abriera la boca, ya estaba misía Matilde abrumándole a felicitaciones y plácemes: —No sabía yo que usted fuese tan reservado hasta con nosotras. Pero todo al fin llega a saberse, y ya sabemos todo lo de usted. Le felicito, sí, señor, con mucho gusto, por su elección muy atinada. Es una muchacha muy buena por todos respectos. —Y muy simpática y bonita—agregaron las hijas a dúo. —¡Hombre! Bonita... —empezó a decir Alberto. —Sí es bonita —interrumpió Elisa Riguera—. Es verdad que ha desmejorado un poco... Es bonita, pero no lo está ahora como cuando tenía amores con Vázquez. —¡Niña!—dijo Matildita lanzando una mirada reprobadora y haciendo visajes de disgusto a Elisa. —¡Si no he dicho nada de particular! —dijo ésta asumiendo los aires más ingenuos del mundo—. ¿No es verdad, señor Soria? —Nada de particular—asintió Soria; agregando para sus adentros: envidiosilla. Luego Elisa continuó como si tal cosa, haciendo comentarios del último recibo de la señora Urrutía, íntima de la madre de Elisa, comentarios interrumpidos a lo mejor con la llegada de Alberto. Cuando los picantes comentarios del recibo de la Urrutía concluyeron, se pasó a hablar de si el primero del año habría baile como de costumbre, o no habría baile en la Casa Amarilla. Según Elisa, habría baile, porque así lo aseguraban Mario Burgos, Del

Basto y O'Connor. —Pues con mi gusto mis hijas no irán a ese baile dijo misia Matilde. Y encarándose con su hermana la señora de Solórzano: —No puedo acostumbrarme, niña, a la idea de ir a un baile dado por un generalote liberal y hasta grosero, aunque sea presidente de la República. —Pues nosotras caso de haber baile, tal vez iremos: tanto es lo que nos están entusiasmando con ese baile Mario Burgos y O'Connor. Hace mucha falta un baile de tiempo en tiempo. No es lo mismo dar vueltas con música de piano solo, como en los recibos de Mercedes Urrutia, que un baile en forma.

Alberto, sentado junto a la mesa del centro de la sala, después de dar su opinión, porque se la pidieron, sobre el delicadísimo asunto del baile oficial de Año Nuevo, se puso a hojear como distraído, leyendo aquí y allá, un libro que halló sobre la mesa. Era un libro de versos de un poeta mejicano, todo miel de amores. Las mujeres, viéndole ocupado en leer parecieron olvidarse al fin de su presencia, y continuaron entre sí, como si estuvieran solas, hablando cada vez con más libertad y bríos. —¡Tanto que me gusta bailar!—manifestaba Matildita—. Apenas oigo música de baile, ya me están temblando con temblor sabrosísimo las piernas. —¿Y a quién no le gusta el baile?—replicaba la señora de Solórzano—. No concibo un joven ni una joven a quien no le guste el baile. Cuando oigo decir a alguno que no le gusta bailar, le juzgo pazguato o presuntuoso. —Eso no, Tití —protestaba Enriqueta—, a mí me gusta bailar, es cierto; pero lo que me gusta más en los bailes es oír la música y ver los trajes y las joyas. —¡Como tú eres tan rara!—explicó misia Matilde. —Pues a mí—saltó la Riguera— lo que me divierte y gusta más de los bailes es la facilidad para el *flirt*, y nunca bailo sino con quien *flirtee* conmigo. —¡Jesús, niña! ¡Qué cosa tienes!—clamaron las demás en coro, como si hicieran entonces reparo en Alberto y lo significasen a la aturdida.

Alberto, como si no hubiera escuchado una palabra, siguió pasando las páginas del libro; pero un instante después, cuando las mujeres, como deseosas de sofocar bajo un farrago de palabras las de Elisa, reanudaron la conversación con más ímpetus y abundancia, alzó disimuladamente los ojos a la cara del Botticelli, cuya expresión parecía de ordinario exhalar de sí una quintaesencia de ingenuidad y candidez, y las mejillas del Botticelli, en ese instante, eran como dos pensiles de rosas.

Cuando Pedro volvió, traía en las manos un libro. Llegado cerca de Alberto, alargó a éste el libro sin decir palabra. Alberto leyó el título: *Demi-Vierges*; y, como si no quisiese entender, viendo al hermano en los ojos, preguntó:

—¿Qué significa?

—Recordarás que a tu llegada busqué entre tus libros uno que prestar a una muchacha, a Matildita. En vez de un libro, cogí varios, y ése es uno de ellos.

—¿Y cómo te atreviste a dar a una muchacha ese libro, que, sobre no valer grandemente como obra de arte, es con exceso escabroso?

—La *experiencia* me autorizaba; de otro modo, nunca se me hubiera ocurrido. De los libros que presté a Matildita, ninguno mereció tantos honores como éste: fue el más leído, el más gustado, y recibió en su lomo, en su cubierta amarilla y en sus páginas blancas los apretones, halagos y caricias de muchas, pero de muchas manos bellas. De manos de las Uribe pasó a manos de las Riguera, de las Solórzano, y luego a manos de la señora de Urrutia, de Teresa Farías... ¡qué se yo!... y así anduvo por entre las manos de mucha señorita y de muchas damas jóvenes. Matildita me contó la historia de esa peregrinación envidiable. Entre paréntesis, Matildita encuentra muy feo el asunto del libro y al autor inmoral, reservándose, cuando se le antoja, hacer como la perversa de Maud. Así ese libro, que cuando lo tomé de entre los demás libros valdría a lo sumo tres pesetas, hoy es inestimable. Como documento vale un tesoro. El texto, como lo puedes ver, se ha enriquecido y aumentado con notas llenas de fineza y donaire, escritas al margen de las páginas y de puño y letra de Elisa Riguera y Enriqueta Uribe. Las de Elisa Riguera son las escritas en inglés y francés: ella no pierde ocasión de mostrar que estropea esas lenguas, hablándolas y escribiéndolas, porque vivió en Nueva York y en París; las de Enriqueta Uribe están en claro español pedestre, por lo cual no dejan de ser graciosísimas y agudas. Cuando quieras pasar un momento divertido, lee esas notas. Por causa de ellas estuve en un tris de perder el volumen. Hubiera sido una pérdida irreparable. Matildita no quería devolvérmelo, y sólo después de yo exigírselo mucho me lo dio, bajo la condición expresa de no mostrárselo a nadie, y a ti mucho menos. No creas que el libro ha empozoñado el alma de ninguna de sus lectoras. Estas, en la historia impresa a lo largo de las páginas del libro, han visto una glosa pálida, inexacta, más o menos imperfecta, de la historia de su propia juventud, de la historia de su propia virginidad, que, como diría tu amigo Romero con su lenguaje primoroso, voló bajo muchas bocas y de entre muchas manos como un gran deshojamiento de lirios. Por supuesto, no hablo de las lectoras casadas: de éstas no conozco la historia de su juventud, ni la historia de sus doncelleces.

—¿Tú dices que ese libro estuvo en las manos de Teresa Farías?

—Sí.

—Las Uribe, ¿no llevan relaciones de amistad con las Almeida?

—¿Y con quién no llevan relaciones de amistad las Uribe? Cuñadas de Rosa, ¡con quién no llevan relaciones! Sí creo que las Almeida y las Uribe no se tratan ahora como antes. ¿Temes algo... de las Uribe? Pues sí por ellas te pones a temer, te la pasarás temiendo. Cuando no son las Uribe, son las Solórzano, o las Riguera, o tantas otras que no conoces, ni tengo para qué nombrártelas. Son muchos los vergeles en donde se están continuamente deshojando los lirios. Si de alguna debes temer es de Te-

resa, aunque no como tú puedes imaginarte: no la creo capaz de dar a sus primas lo que es pasto de sus nervios. No lo ha hecho con el libro de Prevost. Si lo hubiese hecho, yo lo sabría: Matildita me habría nombrado a las Almeida primero que a las otras, de seguro. Debes temerla de otro modo. Te lo digo por algo que supe, y no sé de dónde proviene, si de las Uribe, de las Riguera o de Teresa misma. Lo más difícil te lo he dicho, o más bien se ha encargado de decírtelo por mí el libro de Prevost. Nada me estorba, pues, para decirte el resto de la verdad, sin reticencias. En casa de las Uribe, como en casa de las Riguera, no hacen únicamente lo que ya sabes: también urden y preparan intrigas. Las Uribe dicen que las Riguera; éstas como es probable, dirán que las Uribe; pero es lo cierto que dicen que tú no tienes amores con María sino para acercarte más y enamorar mejor a Teresa.

—¡Eso es una calumnia! ¡Calumnia monstruosa!

—Así dije, porque así lo creía, aun antes de afirmármelo tú. Pero lo peor del caso es que la calumnia tiene visos de verdad. Adonde tú vas con mayor frecuencia, la mujer de Esquivel va con frecuencia no menos grande; y además, ella, en donde te nombran, siempre tiene pronto en los labios un canto lisonjero para tu gloria de artista.

—¿Y por qué sospechas de la misma Teresa?

—He sospechado de la Farías, como he sospechado de tantas cosas, sin estar cierto de ninguna. En nada me baso. Cumplo mi deber diciéndote de esos rumores y de lo que me figuro de ellos, para que estés prevenido. Después de todo esto —agregó Pedro al cabo de una pausa— comprenderás cuánta razón tiene el buen señor Almeida, al decir con el tono firme y seguro de un oráculo, achacando la culpa a la política: “Todo, todo se ha corrompido; sólo, afortunadamente, en medio a la corrupción general, nuestra mujer se ha salvado”. Y eso lo dice a veces en presencia de la Farías.

Como Alberto no respondiese nada, Pedro continuó:

—En tanto que yo haré por escaparme, del modo más discreto, de manos de Matildita, no dejes, cuando vuelvas a casa de las Uribe, de observar el canapé del corredor y el biombo de la sala. Son dos muebles cómodos y muy interesantes que podrían servir de maestros a más de uno de esos escritores de hoy llamados feministas.

Pedro no se dio cuenta del mal que hizo al hermano con sus discursos irónicos. Al quedarse de nuevo solo, Alberto se sintió aún más abrumado de perplejidad y tristeza. Y en la tristeza halló uno como sabor nostálgico probado otras veces, hacía tiempo, lejos, primero en su cuartucho de estudiante del Barrio Latino, luego en su taller de escultor, en las alturas de Montparnasse. Llevado de la similitud de sensaciones, viose atrás, en el pasado, en su cuartucho de estudiante y en su taller de artista. Y no sabía decir si entonces, en aquella época lejana, fue ridículo o más bien candoroso. Entonces no tenía sino evocar cierta imagen de la Patria, y esa evocación

era esperanza, y consuelo, y alegría. A veces, evocando esa imagen se vengaba de todo el mal que le hacían en aquella ciudad extraña, amiga y pérfida; se vengaba de la ojeriza que le mostraban a cada paso, como extranjero, en sus luchas por el arte, y la gloria. Para eso le bastaba oponer a esa imagen de la patria la que él se formaba de París, la gran ciudad llena de bellezas y de horrores, capital de los vicios. En ésta el adulterio, la prostituta y la *demi-vierge* eran la moneda admitida de salones y calles, el argumento único de dramas y comedias, el asunto indispensable de cuentos y de libros, como si la infamia sexual fuese la sola expresión y el solo fin del hombre. Al contrario, la imagen que él evocaba de la patria fingía la de un rincón primitivo y sano, en cuyo suelo abrían las virtudes espontáneamente como flores, y en donde las vírgenes eran almas cándidas, como brillar de linos, en cuerpos impolutos de ninfas montañesas.

I I I

Cuando Alberto vio acabada la obra, no fue extrema su alegría. La obra no realizaba a sus ojos la plenitud absoluta y feliz de la idea que fue en su espíritu germen y atmósfera de la estatua. No la realizaba a sus ojos, porque ya en su mente esa plenitud no existía. Sin él advertirlo, mientras daba a la obra la última mano, comenzaba sin causa aparente el divorcio de sus ensueños de arte y de amor, hasta ese punto unidos en un solo ensueño confuso y vago. De aquí su júbilo incompleto. La obra, y eso era todo, por el esfuerzo de arte cumplido, halagaba su orgullo. El artista se hallaba satisfecho del esfuerzo, y satisfecho ante sí mismo, sin que esta satisfacción le menguase la duda de cómo los demás hombres juzgarían de su esfuerzo y de su obra. El futuro juicio de los hombres le dejaba casi indiferente. El juicio futuro de los hombres, cualquiera que él fuese, no podía privar al artista de sentirse, ante la obra acabada, capaz de muchos otros nobles esfuerzos, análogos a aquel de que la estatua era símbolo, privándole a un tiempo de la fe en su virtud creadora, fe necesaria a los artistas, gracias a la cual éstos oyen, aun en los días áridos, brotar cantando en su alma la belleza como un manantial de aguas vivas. Pero no por tener contento su orgullo se desdeñaba, en lo íntimo de su espíritu, de exigir más tarde para la vanidad, siempre descontentadiza y medio loca, la fiesta, y el grato rumor de los aplausos. Antes bien, necesitaba de ese rumor y de esa fiesta, a fin de amordazar la calumnia. Esta huiría como el mastín gruñón a que se impone silencio, o bajo un disfraz cualquiera vendría a los pies de su antigua víctima a deshacerse en hipócritas himnos de admiración y alabanza. Morderlo otra vez no podría la calumnia: muy lejos estaban de aquella ciudad los generosos maestros cuyas manos hubieran podido guiar sus manos tímidas de escultor novel en su empeño de imprimir al barro dócil formas y líneas de belleza perdurable.

A su taller, uno tras otro, vinieron a admirar la obra sus amigos del "círculo de intelectuales inconformes", como decía Emazábel, o del "ghetto de intelectuales", como decía con mayor propiedad Romero. Alfonso, Emazábel, Sandoval, Romero y los otros hallaron perfecta la estatua, y no escatimaron plácemes ni lisonjas al artista. Al verla, Romero exclamó: —¡Admirable!—agregando poco después: —Y no podrán decirte exótico y destacado como tantas veces me han dicho a mí, porque escribo de literaturas extranjeras, y en mi prosa llana aseguro no entender lo que quieren significar hasta hoy en literatura con criollismo, americanismo y otros ismos semejantes. No podrán decírtelo, porque has magnificado con barro de la tierra la belleza criolla.

En efecto, el escultor había buscado de propósito un tipo criollo de gran belleza, y tuvo la suerte de conseguirlo sin tardanza, aunque no sin vencer no pocas dificultades y resistencias, en una muchacha del Tuy, venida a la capital hacía tres años. La estatua la representaba desnuda, en ademán de pudoroso encogimiento, y con tan hábil artificio, que sin ver la sensualidad en sus labios pudiese percibirse el alma sensual de sus formas. El barro, entre los dedos de Soria, se impregnó de la suave languidez y gracia de las formas vivas, como el barro de un ánfora se impregna de perfume, y con su tinta natural contribuyó al mejor éxito de la estatua, reproduciendo hasta donde era posible, con su áureo y mate color de canela, el color de la piel de aquella mulática nacida a la sombra de los cafetales del Tuy, bajo los apamates vestidos de rosadas campánulas vaporosas.

Luego de alabarla en todos los tonos, Sandoval dijo melancólicamente: —Así me gustaría trabajar. Te envidio. Sí, no digas que no. Te envidio. Me consolaré pensando que no tengo la culpa de no trabajar como yo quisiera, así como trabajas tú, con toda libertad y reposo. A la fuerza he de hacer como quieren y me imponen los filisteos, no como exige mi gusto.

Sandoval había estudiado pintura en París; había hecho un viaje de estudio en Italia, y no era un vulgar pintamonas. Un día, la benevolencia oficial se extravió cosa rara y feliz, sobre un muchacho de talento con alma de artista y sin protectores ni pacientes de fuste. Y Sandoval marchó a Europa a estudiar pintura, pensionado del gobierno. Sin pérdida de tiempo, a su llegada a París dióse en cuerpo y alma al trabajo en un taller famoso, donde ensayó sus vuelos y tuvo principio la gloria de algunos de los más notables pintores contemporáneos. Con tales bríos, con tamaña furia se aplicó al trabajo, que, a fines del primer semestre, comenzó a padecer de vahídos, de vértigos y de algo así como bruscas fatigas abrumadoras. Afortunadamente, la enfermedad no le molestó largo tiempo: triunfó de la enfermedad, y se repuso. Oyó entonces, alertado ya por la propia experiencia, los consejos de quienes le hacían ver los peligros del mucho atarearse en una gran ciudad como París y en un clima diferente del suave clima de su patria, y volvió al estudio, si no con igual ahínco rabioso, apli-

cadísimo siempre. Empeñado en aquilatar, a fin de hacerlo valer un día, el oro de su ingenio, no hacía como otros que se pasaban las horas muertas entretenidos con el vano tumulto caleidoscópico de los bulevares, o corriendo detrás de perendengues y talles femeniles. Aunque su magra pensión le hubiese permitido malgastar los días en holgorios no los habría malgastado: tan irresistible e impetuoso era su deseo de poseer, como de un vuelo, como en un beso, todo su arte. Con pena y valor de héroe se impuso economizar cada mes algo de su pensión, y con estas economías llegó a ofrecerse con el tiempo el dulce regalo de una gira artística por la Italia del Norte y del Centro. Así, estudiando en el taller, estudiando en los museos, trabajando mucho, le llegó el momento de emprender una obra personal, seria y difícil y de presentarse a concurso con esperanzas de victoria. Pero, entonces, un golpe rudo e imprevisto, una puñalada traicionera, mató en flor sus esperanzas. El gobierno de su país, sin dar aviso ninguno y sin paliar de ningún modo tan extrema y cruel determinación, acababa de suspender el pago de las escasas pensiones concedidas, la de Sandoval entre ellas. El gobierno se veía obligado a enfrentársele a una revolución poderosa; y su más ilustre hacendista, entre muchas otras medidas, a cual mejor, de sufragar para los gastos de la guerra, halló el de suprimir sueldos de insignificantes y oscuros empleados y pensiones de artistas. En realidad, así aquellos sueldos como estas pensiones eran migajas minúsculas ante el enorme gasto de una guerra; pero así, migajas y ridículas, no las perdonaban, pues en algo contribuían a realizar el ideal de todo buen ministro de Hacienda en casos parecidos: satisfacer las necesidades del ejército, defensor de las instituciones, guardián de la Ley y otras zarandajas de igual fondo y magnitud, sin causar por eso al diario reparto y festín del César y sus ministros el más leve menoscabo. Además, ni para el César de entonces, ni para ninguno de sus ministros, podía tener importancia el quitar el pan de la boca a un pobre diablo de pintor, abandonándole a su destino, a la miseria, tal vez al hambre, a miles de leguas de su país, del otro lado del océano. "Y luego... luego... la política tiene sus exigencias"; como habría dicho, repitiendo el imbécil refrán, cualquier director de ministerio, o cualquiera de los ministros. Entretanto, Sandoval no sabía de exigencias de la política, pero sí de exigencias del estómago. Y tuvo hambre. Vio de cerca en toda su desnudez, en toda su crueldad implacable y doliente, la miseria de las grandes ciudades populosas. Por lo menos al principio, no se quejó de quienes le abandonaron sin escrúpulos. No se quejó, o por nobleza de alma, o por falta de ocasión: tan ocupado estuvo desde muy pronto en conseguir el pedazo de pan de todos los días, y en mantener contenta y esperanzada a la patrona. Sucedieron los días, a los días, los meses a los meses; el gobierno, según dijo el telégrafo, "triunfó de la revuelta, pudo a tiempo ahogar este crimen de lesa patria"; pero ni el ministro de Relaciones Exteriores, ni mucho menos el de Hacienda, volvieron a pensar en el artista. Sobre él cayó el olvido, un olvido absoluto lleno de silencio y aban-

dono; como cae sobre los muertos. Pero en su olvido no había paz, como hay paz en el sereno olvido de las tumbas: estaba lleno de silencio y abandono, pero también de inquietudes y tristezas, de dolor y hambre. Sus parientes más cercanos eran paupérrimos: no podían socorrerle. Cuanto a sus parientes ricos, jamás le recordaban mucho, y entonces menos. Tampoco le estimaban gran cosa: eran “hombres de su trabajo”, como ellos decían, incapaces de entender cómo puede nadie vivir sin otro oficio ni beneficio que el de embadurnar telas y combinar colores. Este como negro paréntesis de su vida sirvió de algo a Sandoval: le enseñó a ver claro en muchas almas de compatriotas: en unas, muy cerca de él, en París mismo; en otras, al través de cartas y a través de los mares. En casi todas no halló sino ruindades, frío y pequeñeces. Conoció, en cambio, dos almas buenas: un rico estudiante de su país y un artista español, camarada suyo, que rivalizaban, para él, en bondad y largueza; el primero no sin la oculta pena de ver a un extraño haciendo de un modo encantador y sencillo lo que de ningún modo hacían sus compatriotas. Más tarde, cuando Sandoval pudo, gracias a unas manos piadosas, volver del olvido, como quien vuelve de entre los muertos, para de nuevo entrar en su país, no hablaba de aquellos dos amigos, el estudiante y el artista, sin estremecerse de ternura la voz y llenársele a veces los ojos de verdaderas lágrimas. En cuanto a las aventuras dolorosas de ese negro paréntesis de su vida, hablaba de ellas con la sonrisa en los labios, o riendo como si recordara un sainete, no su propio vía crucis. De vuelta a la patria, para él no volvió a soplar ni la más leve ráfaga de fortuna. En balde se empeñó en hacer que el gobierno continuara la obra emprendida, cuando le envió pensionado a Europa. Creía natural, muy fácil, conseguir que el gobierno, después de pensionarle para estudiar pintura, tratara de aprovecharse de sus conocimientos artísticos adquiridos en talleres y museos, para su bien y para bien de todos. Utilísimo podía ser en la llamada Escuela de Bellas Artes, en donde un grupo de jóvenes, todos de buena voluntad, con talento algunos, pretendían hacerse pintores trabajando al azar, apenas con vagos rudimentos de dibujo, sin más lección ni vigilancia que la de un pintamonas cualquiera. Acostumbrado a la estrechez, le bastaba el sueldo mezquino del empleo, y en cambio de esa mezquindad, él ofrecía el casi intacto caudal de su experiencia, de sus luces, de sus ideas estéticas, ajenas y personales, originalísimas todas. Pero a los empleos, aun a los menos políticos, así como los atribuidos a la enseñanza de ciencias y de artes no se iba por las propias aptitudes, sino por la amistad y el favor del César. Desde el primero de los ministros hasta el último comisario, ningún empleado de la República podía vanagloriarse de merecer por sus facultades y aptitudes el puesto que ocupaba ni la dignidad con que el puesto lo revestía. Entonces acabó de comprender Sandoval cuánto le faltaba por comprender después de sus siniestras malandanzas en París. Cayó de su más alto sueño, de su aspiración más alta; pero cayó como artista, esforzándose por conservar en su caída un poco de arte y belleza. Para ganarse

el pan, y vivir, siguió pintando. Sacrificó sus proyectos de gloriosas obras de arte, y se volvió retratista.

Así lo halló Alberto a su llegada de Europa, ejerciendo de retratista unas veces, otras ilustrando abigarrados anuncios de carreras y corridas. "Vivía de retratar —acostumbraba decir a sus íntimos— beocios y filisteos. Y aun ilustrando anuncios de corridas y carreras, retrataba a sus compatriotas". Hablando de ese modo entre sus amigos, vengaba sus pobres sueños de arte idos para siempre, sus fallidas esperanzas de gloria, su vida entera de artista frustrado. En su oficio de retratar beocios y filisteos había descubierto y desarrollado en él, según él decía, un talento raro de pintor psicólogo. En sus retratos ponía el alma de las personas retratadas, valiéndose de un hábil toque de pincel que descubría con discreción el más recóndito pliegue del carácter, sin turbar la semejanza absoluta de hocicos y pelambreras. Como prueba de esa rara habilidad citaba ejemplos y nombres muy conocidos: ya era el retrato de un viejo avaro a quien puso en labios y ojos toda la negra sordidez de su alma; ya era uno de esos retoños del eterno Tartufo, una de esas "universales reputaciones" de honradez perfecta y rectitud inatacable, un hombre que hacía gala de religiosidad escrupulosa y rígida, a quien el artista había puesto en las cejas y en las comisuras de la boca el principio de una mueca de sátiro; ya, por último, era otra "universal reputación", pero no de austeridad y virtud, sino de sabio hondo y literato ilustre, a quien Sandoval con un toque en las alas de la nariz y otro en la frente sacó a la luz todo lo que por dentro del personaje había, vanidad e ignorancia.

Sin embargo, merced a la munificencia de un cliente caprichoso el pintor, siquiera por algún tiempo, descansó de retratos y de anuncios. El cliente, poco ducho en cosas de arte, si no sabía estimar al pintor, como artista, habíale cobrado inclinación y afecto como hombre. Le encargó una Madona, ofreciéndole, si la Madona resultaba de su agrado, una larga recompensa. Y aunque la obra fuese de encargo y el asunto de la obra no fuese de toda su predilección y gusto, Sandoval se dio a ella hasta acabarla, con entusiasmo tan brioso, como si en su espíritu, ya desencantado y mustio, reflorecieron todos los sueños y las esperanzas locas del pintor adolescente. En un paisaje desolado, estéril, de rocas y arenas grises, la Madona, sentada sobre una roca, tenía entre los risueños y glotonos labios del Niño el pezón de uno de sus pechos rebosantes. La originalidad sutilísima de la obra estaba en el contraste, querido y marcado sin violencias por el pincel, entre el paisaje y las figuras del Niño y la Madona. De ese contraste provenía, envolviendo como en una atmósfera de gracia la obra entera, un simbolismo encantador, a la vez claro y profundo.

El cuadro había de exponerse al público en el mismo lugar y en la misma ocasión que la estatua de Alberto. Así lo tenían concertado los dos artistas mientras cada uno de ellos trabajaba en su obra. Llegado el instante de exponer las obras, Alberto opuso resistencia y algunas objeciones

a la idea de exponer, como quería Sandoval, en un café de los mejor concurridos, cuyo dueño cedía graciosamente un rincón a propósito para el caso. Temía tal vez el escultor que las obras, en semejante sitio expuestas, vieran menguada su dignidad y prestigio de obras de arte. Pero Sandoval desechó sus escrúpulos y le persuadió de que era más ventajoso para ellos y para sus obras el exponerlas donde y como él decía:

—Al feo caserón de la Escuela de Bellas Artes, si ahí, como tú pretendes, nos dieran espacio y refugio para nuestras obras, nadie iría a verlas, en tanto que, expuestas en el café, a la fuerza las ven todos. *Aquí* nadie se mueve por ver una estatua ni un lienzo. No basta exponer el lienzo y la estatua: es necesario imponerlos. Es necesario obligar a los ojos a posarse en la escultura y el cuadro; es necesario obligar, siquiera un día, a los dignos habitantes de nuestra muy culta ciudad, a ennoblecerse los ojos, antes de cerrarlos para el sueño, con la visión de una obra de arte. Por tanto, el sitio más a propósito es el café. Ahí van todos: los hombres a beber la indispensable copa de brandy, y el brebaje más embrutecedor y venenoso y uno de los principales factores de nuestra “grandeza” material y política; y las mujeres, por la noche, después de escuchar música en la plaza, o después de salir del teatro, si no a beber malos menjurjes, al igual de los hombres, suele verse en los discretos rincones de algún *buffet* de baile, sí a refrescarse y a continuar muy a menudo el *flirt* emprendido esa misma noche en la plaza o en el teatro.

Esas y otras muchas razones alegó Sandoval hasta convencer a Alberto. La Madona y la estatua aparecieron una mañana expuestas en el café, así como Sandoval quería. Desde entonces, Alberto, ya por desocupado, ya atraído por el sitio, ya por juntarse con Romero o por el secreto deseo de saber cuanto pudiera decirse de su obra, o por todo eso a la vez, iba todas las tardes a la plaza. Allí, al pie del monumento erigido al Libertador en el centro de la plaza, encontraba siempre a Romero y los dos amigos empezaban, uno al lado del otro, a caminar arriba y abajo por el ancho camino de baldosas que, dividiendo en dos la plaza y pasando al pie de la estatua de Bolívar, corre de la calle en donde están, al Sur, los edificios del Palacio Arzobispal, de la Gobernación y los Tribunales, hasta el principio de la gradería de cemento que sube a la calle del Norte, levantada sobre el nivel de la plaza. El remate de esa gradería de cemento lo forma el espacio de donde la Banda Marcial, jueves y domingos por la noche, acompaña el paseo y la conversación de los concurrentes a la plaza, con fragmentos de óperas, alternados con valsos y trozos de música charanguera. En esas noches la concurrencia es numerosa y mezclada y no tiene el sello característico, peculiar de la concurrencia más reducida de todas las tardes. Pero así en la tarde como en la noche la plaza ofrece un aspecto de salón difícil de hallarse en otra plaza pública. Las apariencias de salón, en parte provienen de su pavimento de mosaico; y tanto del pavimento como de los aires señoriles

que él da a toda la plaza andan ufanos y orgullosos muchos hijos de la ciudad, como si poseyeran algo único en el mundo. El embaldosado de color cubre el espacio que rodea la estatua, reviste las ocho vías cortas y anchas que de ese espacio libre se desprenden: cuatro de ellas a desembocar en las esquinas, las otras a partir en dos partes iguales cada lado del trivial y armonioso cuadrilátero de la plaza; y por último, orillando ésta, el embaldosado forma entre el barandaje que separa la calle de la plaza y los espacios cubiertos de árboles de sombra una franja capaz, por donde se puede pasar tan holgadamente como por el centro y por las vías cortas que del centro parten hacia lados y esquinas. Entre cada dos caminos de baldosas hay un pedazo de tierra vestido de césped y plantado de grandes árboles. El césped en algunas partes no existe: apenas quedan rastros de haber existido en el borde de anchas peladuras que son como una calvicie de la tierra. En otras partes, la calvicie comienza y no se la estorba, o por incuria del Municipio, o por la escasez de sus rentas, a lo sumo bastantes para cubrir las necesidades y exigencias del gobernador, el cual debe de tenerlas considerables y cuantiosas a juzgar por lo enorme de su vientre y el número de sus queridas, elevado al decir de la fama. Tal vez por iguales motivos, algunos árboles, y de los más hermosos, languidecen y mueren: implacablemente abandonados a luchar solos con una multitud de parásitos de la peor especie, estos parásitos los han vencido, invadiendo sus troncos y ramas, abrazándose de su corteza, robándoles la savia, hasta impedirles dar nuevas hojas y flores. Por fortuna, la fea y cruel invasión no se ha extendido a todas las plantas: aún hay algunas ilesas. En cierto lugar predominan los jabillos; en otro las marías; cerca de éstas, enfrente del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Casa Presidencial, abundan las acacias. Según Romero, todo ese lado Oeste de la plaza es por abril un espectáculo digno de admiración cuando las acacias florecen y las flores en apretados racimos fingen sobre las copas de los árboles mantos de púrpura o coronas de fuego. Otras plantas existen sólo en ejemplares únicos. Así, al borde del caminito de baldosas que va de la estatua hacia el mamarracho arquitectónico llamado pomposamente La Catedral —edificio imposible de distinguir de un caserón cualquiera, a no ser sus grandes puertas venerables y su torre pesada y ridícula, que sería la más odiosa de las torres si a dos pasos de ella no se alzara la torre funambulesca de la Santa Capilla— hay un apamate sin hojas, de brazos raquíticos, enfermo de murrias. No lejos del apamate, un lechoso endeble, abrumado por la exuberancia de dos árboles vecinos, fijaba a menudo la atención de Romero. Este creía adivinar una armonía profunda entre la salud y suerte de su patria y la salud y suerte de aquella planta enfermiza, delicada, como una hebra, de altura inferior a la de sus iguales del bosque, de hojas raras, amarillas, y de frutos escasos, pequeñitos, que caían muy antes de llegar a la madurez perfecta. Y cada vez el lechoso enclenque despertaba en Romero innumerables reflexiones, a cual más irónicas y pesimistas.

El pesimismo de Romero tenía raíces hondas y reales, era la expresión de una vida llena de labor, llena de esfuerzos, algunos dignos de gloria, pero condenada, a pesar de esa labor y de esos esfuerzos, a ser vana y estéril como una tierra maldita donde los gérmenes enferman y se pudren. Perteneciente a una familia para la cual hacía veces de segunda religión el culto rendido a Bolívar, él halló en ese culto el más alto ideal de su existencia. Consideró como el fin más noble y justo que pudiera dar a su vida el ser útil con toda su fuerza y entusiasmo a la patria, convirtiéndose para ésta en humilde arcaduz de bienestar y fortuna, y de ese modo contribuir a la grandeza y gloria de la herencia moral que aquel hombre, objeto de adoración en el seno de su familia y en el seno de su alma, y a cuyo lado veía a los demás héroes como pigmeos oscuros. Y su ideal, como una estrella, le siguió al través de su juventud laboriosa, durante la cual su espíritu inquieto e insaciable no se contentó con beber en un solo vaso ni de un solo vino. Conoció de varios vinos y de sus distintas embriagueces, pero no fue de un vaso a otro, ligero y aturdido como un diletante, sino con sabia deliberación y método. Mientras, estudiaba Derecho, ya su inclinación natural le llevaba a ciertos estudios puramente literarios, y sobre todo al estudio de ciertas cuestiones sociales, en cuya solución próxima creía reconocer un progreso, una grande utilidad inmediata y positiva para su país y sus compatriotas. Fue a Europa al terminar su carrera de abogado, y entonces pudo consagrarse a los estudios que habían sido siempre de su devoción y preferencia. Ahondó más de una literatura europea y reveló, además de su talento claro, un agudo y original modo de ver literaturas y arte en trabajos de crítica, aceptados y aplaudidos con júbilo en toda la América española. Entre las cuestiones sociales más de su agrado estaban los problemas de la educación en general, y especialmente de educación de las masas. A ellos dedicó Romero la mejor parte de sus vigiliyas y trabajos. De muy cerca observó cómo estaban organizados y servidos los diversos ramos de la educación en las tres o cuatro más prósperas y avanzadas naciones de Europa. Y tanto los conocimientos adquiridos así, como los adquiridos en las páginas de muchos tratados especiales, Romero los fue aplicando de una manera ideal y teórica a las costumbres y a la organización casi embrionaria de su país incipiente. En ese trabajo concibió grandes proyectos y reformas realizables en su país, y con la exposición de esos proyectos y reformas y de sus ideas personales escribió un libro fuerte y bello. Su libro decía cómo era casi primitiva la educación en su patria. Según él, de educación moral y física no existía ni un esbozo, y en cuanto a la educación intelectual existente, como era entendida y practicada, tenía tantos vicios y defectos que al lado de un poco de bien, causaba males innúmeros. Uno de estos males era la creación de toda una clase de hombres inútiles, *declassés*, parias y parásitos que, después de seguir la carrera del médico, del abogado o del ingeniero, no por secreta vocación ni aptitud, sino por la facilidad pasmosa y lamentable con que se ganan los títulos, remate y fin de las carreras, llegan a

cruzarse de brazos ante una concurrencia enorme y en un teatro de por sí muy exiguo. Con cifras y documentos irrefutables, reveló, además, cómo la instrucción obligatoria y gratuita era simplemente una farsa y a la vez proponía los medios de convertir la entonces risible farsa en realidad seria y fecunda.

A la aparición del libro, un cronista grave y sesudo escribió en su periódico, entre un suelto consagrado a la última corrida y otro suelto consagrado a decir las glorias de una tiple de zarzuela, que el libro representaba un esfuerzo loable y sano. Los demás cronistas, incapaces de examen ni juicio, reprodujeron las mismas palabras de su colega, muy orondos. Y eso fue todo el éxito del libro. Ni el libro de por sí ni la humilde alabanza del periódico hallaron eco en las esferas oficiales; y si acaso lo hallaron sólo fue de protesta y censura. "¿Cómo se podía dudar de la eficacia de una ley como la de instrucción gratuita y obligatoria sin ir contra el bando político dominante, para el cual esa ley significaba honor, triunfo y bandera?". Es lo cierto que, cuando el escritor, publicada su obra, deseó abrirse paso hasta donde más directa y provechosamente pudiera trabajar por sus ideas y sus proyectos de reformas, tropezó con infinitos obstáculos, y al fin y al cabo fue a dar en el desaliento, cuna de su pesimismo. En el respetabilísimo y colosal engranaje de la Administración Pública no podía haber un hombre con ideas, aún menos en el ministerio encargado de impartir al pueblo doctrina y luces. El ministro de la Instrucción Pública se hallaba muy bien con sus dos o tres directores y sus demás empleados subalternos, prácticos oficinistas y aptos a negociar, como sus jefes, no sin buen olfato y buenos instintos mercantiles, con las piltrafas de sueldos de pobres diablos de preceptores venidos en demanda de un mendrugo desde las más apartadas y recónditas aldeas. "Nada tan natural y típico, según Emazábel, como el caso de Romero. Este representaba al hombre de méritos, inaccesibles al vulgo de los más, vencido a fuerza de oprobio y de vejámenes en una democracia organizada para los peores. ¡Ay, de aquel que revelase de algún modo poseer una facultad sobresaliente!: la democracia lo excluía, sometiéndole a cuarentena como a un apestado, o aislándolo para siempre como a un leproso". Expresar ideas propias, tener un ideal de justicia, aptitudes, orgullo del propio valer, sobrepujar siquiera en unas pocas líneas el nivel de los otros, eso bastaba a ser inmediatamente sospechado por lo menos de oligarca. Había llegado a entenderse por verdadero demócrata un hombre desnudo de méritos, desprovisto de luces, un semibárbaro atado a groseros vínculos zoológicos, falto de pulimento, recién venido de la hez para honra y glorificación de la canalla. Así Romero, más bien socialista, sobre todo al ventilar problemas de educación, no podía ser un buen demócrata, en tanto que Amorós, en sus famosos "Rasgos biográficos", proclamaba al general Nicomedes Galindo gran demócrata unas veces, y otras veces demócrata ilustre.

Romero obligado a ser humilde corrector de pruebas en una incolora revista oficial, a escribir, en cambio de una mezquina recompensa, en dos periódicos pusilánimes, escribiendo a veces, por su placer, de arte y literatura, sin fe en su estrella, sin ninguna esperanza, descaecida la voluntad, no consideraba, sin embargo, con iguales negros colores la vida de los otros, cuando en los otros abundaba precisamente lo que en él fue causa de ruina. Le parecía evidente el buen éxito absoluto de la estatua expuesta de Soria, y con igual confianza, desconocida de él cuando se trataba de sus propios asuntos, esperaba que el gobierno encomendase al artista, al único estatuario de su país, la estatua de Sucre, como lo esperaban y se complacían en decirlo muy quedo algunos otros más, amigos de Soria. Sin embargo, a los pocos días de pasearse con Alberto en la plaza, Romero no disimuló su extrañeza ante la mudez impenetrable de diarios, cronistas y público sobre un espectáculo tan raro y exótico en la ciudad, como lo era el de una exposición de obras de arte, si reducidísima en número hasta donde era posible, grande en valor y excelencia.

Por fin, después de pasar algún tiempo comenzaron a llegar hasta los dos paseantes, en la plaza misma, el rumor de los juicios que las dos obras merecían al criterio del público.

Más que de su mosaico, la plaza tomaba aspecto de salón, de la manera como en ella se reunían a departir y charlar hacia la tarde, sentados en sillas de alquiler y esparcidos en diferentes grupos, hombres de los más notables y algunos que, si no eran notables todavía, estaban en camino de serlo pronto. Cada grupo, formado, excepto en extraordinarias ocasiones, de los mismos individuos, tenía en la plaza un lugar de reunión, si no fijo, preferente; siendo por lo común lugar preferido de los diversos grupos el pie de algunos fanales de gas, o el pie de ciertos árboles. Y como en un salón que fuese el primero y el más importante de la capital, hasta la plaza llegaban y de ella partían, propagándose a todos los vientos las crónicas de la vida ciudadana: crónicas negras, crónicas de amor, y sobre todo crónicas políticas, del mismo color de las negras, o cuando menos muy turbias. Las crónicas políticas predominaban siempre; y entonces prevalecían como nunca, porque el ambiente político, a inferir de más de un síntoma, comenzaba a estar bastante embrollado y borrascoso. Dos graves rumores, en esa época, apasionaban y conmovían, sirviéndoles de solaz y esparcimiento, a los distintos grupos de la plaza. Uno de esos rumores era el de un salto sobre la Constitución que el entonces presidente de la República, a fin de perpetuarse en las dulzuras del poder, había meditado y resuelto por sí y ante sí, y no esperaba sino la ocasión oportuna para darlo con voltereta y gracia, y en buena compañía. La ocasión oportuna era a fines de Febrero o a comienzos de Marzo, al reunirse las Cámaras y la buena compañía de casi todos los diputados y senadores, en su mayor parte ágiles y consumados volatineros. Los unos, amigos y empleados del gobierno acogían el anuncio de la voltereta presidencial, justificando y celebrando los planes

de su jefe; y a quienes objetaban temores de una guerra probable sabían responder en medio de una sonrisa, entre maliciosa y plácida: "Gobierno es gobierno... y las revoluciones triunfan, cuando el gobierno las hace, como ahora". Los otros, es decir, los adversarios declarados o no del gobierno y muchos indiferentes, nada optimistas, veían ya romper y enseñorearse de llanuras y montes, empobreciendo y sangrando al país, una nueva revolución, tan fecunda en bondades y gloria como las precedentes. Y como razón de estos pronósticos hablaban de los tejemanejes de cierto general, senador de la República, asilado en una de las Antillas próximas, apercibido a caer bien provisto de municiones de guerra en un punto de la costa, cuando algunos de sus más valientes amigos le diesen la señal gritando muy alto y en son de protesta en las Cámaras. Con ese grito y su nombre de militar y enarbolando como bandera la dignidad de la ley y la inviolabilidad y respeto de la Constitución, bien podía el jefe revolucionario exponerse a la azarosa aventura y alcanzar el triunfo a la postre, prometiéndose en este último caso, ya asegurada la victoria, llevar a buen fin el proyecto causa de la guerra, el malvado proyecto de los vencidos, tal vez para no quebrantar de ningún modo las buenas tradiciones militares. El segundo rumor alarmante era el de una operación bancaria audaz y felicísima concebida por el ministro de Hacienda contra el creciente malestar económico del país, ya muy cerca de su período álgido. Se trataba de un empréstito colosal hecho en un rico país extraño y en tales condiciones que permitiría al malestar económico seguir, al presidente redondear su fortuna, al ministro y a sus dos o tres compañeros en los trabajos de la felicísima operación guarnecer con lustre sus cajas y, además de esos resultados comunes a otros empréstitos memorandos, traería, como adehala y consecuencia inminente, comprometido el territorio de la República y la misma nacionalidad en bancarrota.

La operación bancaria concebida del ministro y la evolución política del presidente, como se expresaban los áulicos, fueron por esos días el tema obligado de las conversaciones en los corros de la plaza y en la ciudad entera. En los corros de la plaza, aparte uno que otro ímpetu insospechable, cada cual discutía y comentaba la presunta maniobra del ministro y la evolución del presidente, según se hallase lejos o no del único resultado positivo del empréstito, o según compartiese o no la omnímoda gracia del César mastodonte.

Algunos abogados, jueces y otros colegas del Foro venían, al salir de los tribunales, a descansar del monótono hastío del indispensable procedimiento, sentados en círculo al pie de una maría escuálida y larguirucha; y disertando sobre el nuevo cariz de los sucesos públicos, no cesaban de hacerse la melancólica ilusión de constituir un poder en el Estado, cuando en realidad, no eran sino un estado del Poder. Más lejos, a la sombra de unos árboles y al pie de un fanal de gas, reuníanse unos cuantos miembros de la Academia de la Lengua —inusitado lujo de una democracia andrajosa— y otros

hombres no académicos, si bien academizables, literatos a medias y a medias políticos. Enfrente del grupo académico, el de personajes exclusivamente consagrados a la política: ahí se congregaban éstos, trayendo cada quien el reflejo y el perfume de su particular adoración, pues los unos vivían de hacerle corte al ministro Suárez, otros a Galindo, otros al ministro de la Guerra, casi tan prestigioso y culto como Galindo, vanagloriándose todos de ser los cortesanos más o menos favorecidos del César. En su mayor parte pertenecían a la clase denunciada, en el libro de Romero sobre la educación, como una clase peligrosa de parásitos y de parías, doctores que, después de esperar inútilmente una clientela, se resignan a deponer sus títulos y su honra ante el último general triunfador y semibárbaro, desecho y fruto de las guerras civiles. Desviados de su profesión, vienen a dar, como en un refugio, en la política; y en la política suben y medran, si se acogen a tiempo al resplandor de una espada. Detrás de los vivos laureles de un guerrillero afortunado, van ellos arrastrando sus pálidos laureles de doctores nulos o indignos; y sucede a veces que los doctores, con su lastre pesado o ligero de cultura, vencen en apetito feroz —tal vez por deseo de vengar su vida estéril— al desalmado jayán de que hicieron su ídolo. Sobresalían entre los personajes políticos, realizando los tipos extremos de su clase, dos hombres: uno que en sus mocedades fue médico, de majestuosa figura, de afectos nobles, pero mal servidos y traicionados por una indolencia infinita, y de talento claro y grande, pero vano y ocioso, como tierra propicia a las mieses, pero abandonada a sí misma, bajo la lluvia y el sol, yerma y desnuda, mientras le roe las entrañas un gran sueño de espigas, de racimos y flores; y otro, un tal Perdomo, entonces diputado por el Zulia, que en su perfil durísimo, en su mandíbula saliente, en sus labios gruesos y procaces, en todos sus movimientos y en toda su persona revelaba los instintos de una alimaña carnícora.

La primera expresión del juicio público sobre las dos obras de arte expuestas, les vino a Soria y Romero del diputado Perdomo. Delante de Perdomo, alguien habló de la Madona y la estatua, y el diputado por el Zulia, con el aplauso de su auditorio y con aires de suficiencia y lástima, dijo no concebir cómo, en el momento en que se discutían los más trascendentales problemas, hubiese quienes malgastaran el tiempo haciendo mujercitas de barro y pintando Vírgenes.

Fuera de los mencionados grupos, esmaltaban la plaza otros de formación caprichosa.

De entre los académicos, de un modo invariable todas las tardes a la misma hora partía a juntarse con el señor Fabricio Ramos, al pie de un jabillo enfermo, el académico don Miguel Rincones. Aislados, en aislamiento olímpico, del resto de los mortales, el espaldar de la silla de uno de ellos contra el exangüe tronco del jabillo, reanudaban ahí su perpetuo diálogo, interrumpido sólo durante las horas de trabajo y de sueño.

Don Miguel Rincones, el académico, andaba como a saltitos, la cabeza inclinada sobre un hombro, los ojos al suelo, y en su rostro y ademanes la repugnante expresión de las modestias fingidas. Bajo sus apariencias apacibles, calmosas, ocultaba las torturas de una ambición y una vanidad no satisfechas. Desde los treinta años, y ya frisaba con los cincuenta y seis, perseguía como ideal una cartera de ministro, y en dos efímeras ocasiones tuvo el ideal en sus manos, para después vivir echándolo menos, y acumulando envidia, bilis y amarguras que él desahogaba sobre cualquier pergeñador de versos o de prosa.

Fabrizio Ramos era tenido en la ciudad por crítico eminente. En su juventud recorrió, en viaje de placer los principales museos españoles, franceses e italianos, y de entonces databa su autoridad y competencia de crítico. Así juzgaba de esculturas y cuadros como de música, y no se desdénaba a veces de bajar de su Olimpo a discutir los méritos del último comiquillo de la legua o del más humilde comprimario de ópera. Muy raras cosas escapaban a su crítica universal de zahorí infalible. Ramos y Rincones venían desde su juventud unidos estrechamente, si no por igual ambición, por la misma vanidad literaria, igual envidia e igual modo cobarde y anónimo de ejercerla. Toda novedad literaria y artística les causaba insomnias, y cada nueva reputación en arte y literatura, nacional o extranjera, les ponía fuera de sí, como un robo hecho a su propia reputación y fama. Entre los dos, maridando sus luces e ingenios, perpetraban prosas desabridas e hirientes, y las firmaban después con iniciales que no eran las de sus nombres. Ambos, además, diciéndose liberales en política, pertenecían al "Centro Católico" y profesaban públicamente la ortodoxia más dura, estrecha y áspera, merced a la cual gozaban de la estima y los honores de beatas y clérigos. Ni una vez, en todos los años que tenían viniendo a la plaza a sentarse juntos al pie del mismo árbol y a la misma hora, olvidaron, al resonar en la más próxima iglesia la primera campanada del *Angelus*, descubrirse, luciendo el crítico una tersa calva cuasi luminosa, y el académico una gran frente fugitiva.

Alberto conocía a Fabrizio Ramos por haberle visto y encontrado muchas veces en compañía de Julio Esquivel; a don Manuel Rincones le conoció al empezar sus paseos en la plaza. En cambio, Romero conocía mucho a los dos y era de los dos muy conocido. El académico y el crítico le miraban con ojeriza implacable, no del todo injusta. No le perdonaban un epigrama fino y delicioso en que Romero aludía a ellos dos y cruelmente. Con el título *Muerte de la Hamadriada*, el epigrama contaba, en su breve forma perfecta, las tristezas, la enfermedad y la agonía de una encina transplantada de sus bosques, a una plaza pública. Ahí, a la sombra de la encina, acostumbraron acogerse a dialogar dos académicos, y bajo la canción de las hojas, todos los días, esparcieron el vano rumor de sus palabras. La encina desde entonces comenzó a desmejorar, languidecer y morir poco a poco, no porque una turba de parásitos dañinos, como el jabillo tiñoso

predilecto de Rincones y Ramos, la invadiera, sino porque la hamadríada, la semidiosa oculta en la cárcel de su corteza, enfermaba y moría. Moría de oír los discretos diálogos académicos. El hastío, un hastío insondable y mortal llegó a la semidiosa, al través de la corteza de la encina, llevado en esos diálogos. Estos, pálidos, muy sosos, muy tristes, no encerraban la menor belleza, ni fragancia, ni música. Aquellos hombres habían, si acaso, visto alguna vez del dios Pan la cabeza bicorne y las pezuñas caprípedes, pero jamás oído el son melodioso de su flauta. Prisionera del árbol, no pudo la semidiosa arrojar lejos de sí a sus vecinos incómodos, y la desesperación y la rabia acabaron la obra del hastío. Poco a poco la hamadríada vio ajarse la húmeda y verde flor de su belleza, y a no habérsele apagado a tiempo las esmeraldas de sus ojos, habría visto colgar sus pechos inútiles, como exprimidos frutos glaucos. Muerta la hamadríada, murió el árbol, y de la encina quedó la forma seca, el ruín esqueleto cuyos brazos extendidos y oscuros parecían, en su desnudez lamentable, clamar inútilmente por su antiguo verdor y la antigua canción de sus hojas al cielo azul e impasible.

Como lazo de unión entre los grupos de la plaza, andaban de uno a otro, sin respetar a veces los íntimos coloquios de Rincones y Ramos, e interrumpiendo otras veces el ir y venir de los paseantes, Perdomo el diputado, y Diéguez Torres. Perdomo practicaba así la que él tenía por una de las más indispensables condiciones del político perfecto: la de hablar con el mayor número de gentes, en el espacio de tiempo más corto, sobre asuntos de la más diversa índole. Hablar mucho significaba para él pensar abundantemente. A su juicio, taciturno e imbécil representaban una misma cosa. Y como siempre tenía en los labios un riquísimo sartal de frases, vivía feliz, figurándose poseer bajo el cráneo vastas minas de ideas. Diéguez Torres, más inteligente, y por tanto menos charlatán, iba de grupo en grupo recogiendo especies y palabras útiles a sus fines, adulando a unos, bromeando con otros, esparciendo cizañas, armando enredos, buscándose auxiliares y amigos, esgrimiendo, en fin, en defensa de su obra de luchador, como decía él, sus mejores armas, entre ellas la calumnia. Su habilidad indiscutible consistía en recoger las alabanzas hechas a terceros y llevarlas, convertidas en ofensas o en algo peor, a oídos de los interesados. A pesar de eso, o más bien a causa de eso, le acataban mucho. Al acercarse a él, se le tendían las manos, y palabras y frases cariñosas volaban a su encuentro. Entre los más apresurados en acatarle había algunos públicamente escarnecidos por él en artículos de periódico. Le temían, y como ésta fue la ambición de sus comienzos, él saboreaba la gloria de saberse temido. Los políticos, aun los más viejos, no dejaban de respetar al político principiante: demasiado conocían su falta de escrúpulos. Diéguez Torres, a quien ayer le dio limosna, le dispensó aplausos o le probó cariño hoy, si convenía a su interés, lo vapuleaba sin piedad en su burda prosa canallesca. La noticia de los planes del presidente cayó como inesperada bendición del cielo sobre Diéguez Torres. Este llevó su actividad a la plenitud, y conoció la

intensa y áspera alegría de quienes luchan con fe ciega en la victoria. Su trajinar en la plaza de corro en corro aumentó, y aumentaron sus cuchicheos y signos misteriosos con sus amigos y admiradores; pues Diéguez tenía admiradores, y bien podía oponer a la de cualquiera general-ministro su tropa de cortesanos. En los planes del Presidente, a fin de perpetuarse en el poder, entraba el dividir la República, volviendo a una división antigua, en Estados más numerosos. Los nuevos Estados exigirían diputados y senadores y Diéguez Torres contaba con ser uno de los nuevos diputados. Alguien lo esperanzó desde un principio, prometiéndole ayudarle en realizar sus propósitos, y esa era la secreta causa de su mayor actividad y alegría. Para hacer más rápida y fácil su obra, o más bien la coronación de su obra, ocurriósele a Diéguez Torres una idea brillante: dentro de poco se cumpliría el aniversario de la elección del Presidente, y ningún pretexto mejor para halagar al César manteniéndole propicio. Bastaba enderezarle, con motivo del aniversario de su elección y de modo público, en hoja impresa, felicitaciones y plácemes calurosos, firmados por cuantos distinguidos liberales jóvenes quisieran, figurando él, Diéguez Torres, como el primero de los firmantes. Ya sabría él, más tarde, monopolizar los méritos de aquellas felicitaciones públicas. Por de pronto buscaba sus víctimas. Una tarde se cruzó con Soria y Romero en la plaza, y acercóse a ellos, saludándoles con afectada amabilidad zalamera. Mientras les daba la mano se dirigió a Soria, diciéndole: "Mis felicitaciones. . . Muy bonita su estatuica". Luego, sin otra palabra, se alejó Diéguez Torres, y los dos paseantes prosiguieron su interrumpido paseo. Al marcharse el políticastro, Romero vio con ojos tristes a su amigo: —No te extrañe, ni te importe eso de la estatuica. La envidia es así. Así es Diéguez Torres. Me parece estarle oyendo, cuando publiqué mi libro y cometí la bobada de enviarle un ejemplar, decirme con tono y aires protectores: "Muy bueno tu folletico". Y el folletico tiene trescientas páginas escritas en no muy mala prosa. La envidia es así: en un matiz de expresión, en una palabra, en una sombra halla asidero.

Dos días después, Diéguez Torres volvió a saludarles, y entonces les invitó a firmar la hoja de felicitaciones dirigidas al Presidente. Romero negó su firma, sin ambages. Alberto se limitó a decir a manera de excusa: —No soy político, señor Diéguez. Soy un simple escultor. Usted lo sabe. No soy político. —¿Eso qué importa? Usted sabe que *aquí* todo tiene que hacer con la política. Imagínese usted que mañana el gobierno decida erigir, a no importa quién, una estatua. A usted le gustaría sin duda le encargasen de la obra, ¿no es verdad? Pues el gobierno, en vez de encomendársela a usted, se la encomendaría a un extranjero, si no lo cree a usted su amigo. —El no firmar esa hoja no creo que equivalga a ser enemigo de nadie. —Sin duda. Yo tampoco lo creo; pero no todos piensan como usted y yo. En fin, usted verá. . . Si se resuelve a dar su valiosa firma, puede hacerlo hasta pasado mañana. Aquí mismo, en la plaza, mañana y pasado mañana podemos vernos. —Es inútil, Diéguez Torres. —Será como usted quiera.

Partido el politicastro, Romero empezó a dolerse, a lamentarse, a contagiarse de su pesimismo a Alberto Soria. Después de haber negado su firma con irrecusable firmeza pensaba en voz alta hablando con Soria, en las consecuencias posibles de su negativa rotunda. —Ese hombre es un miserable. Todo puede temerse de él. Y por los dos le temo. Lo peor es que vivimos entre innumerables Diéguez Torres. Son legión, y de ellos es la tierra. ¡La patria! Eso no existe para nosotros”.

Y Romero continuó hablando de cómo nadie parecía haberse fijado en la Madona y la estatua, expuestas hacía tiempo. Apenas un periódico, reputado el más serio, acababa de publicar sobre las dos obras de arte un mezuino suelto de crónica, zurcido con tan maquiavélica destreza, que según la disposición de ánimo del lector, éste podía leer en el suelto elogios o censuras. —“Perdomo estubo muy cerca de la verdad al decir cómo es malgastar el tiempo emplearlo pintando vírgenes y esculpiendo Venus criollas. Tiene razón. En una atmósfera llena de miseria y fealdad política no cabe una chispa de arte, ni un fulgor de belleza”.

Y hablando, hablando, con igual amargura desesperada, Romero terminó por desear que el Bolívar del monumento de la plaza y su caballo de bronce desaparecieran de improviso, una tarde, entre la lluvia de rosas del crepúsculo, en un relámpago, para que no honrasen más con su gloriosa pesadumbre aquel pedazo de tierra maldito, como un pudridero de conciencias.

Al fin, las crónicas políticas empezaron a discutirse menos. Una tarde, fueron completamente olvidadas. En cambio no se habló esa tarde sino de un suceso muy reciente que no dejaba de tener sus puntos de semejanza con las crónicas políticas. Tratábase de un robo hecho a la caja de una grande empresa mercantil por dos jóvenes, miembros de dos familias de las más notables. De corro en corro, con el polvo y las hojas caídas, rodaron sobre el mosaico de la plaza los nombres de esos jóvenes. Y los mismos que días antes hablaban del proyectado empréstito, o mejor, del proyectado robo de varios millones, como de algo muy justo, se mostraban escandalizados ante la ratería de los *dandys*, como ante un crimen descomunal y monstruoso que desquiciara el universo.

Precisamente en la noche de ese día, Sandoval llegó al “ghetto”, al círculo de intelectuales reunido un rato, como de costumbre, por la noche, alrededor de una mesa de un café vecino de la plaza, agitando en los aires, con la mano derecha, un periódico. Este era el único periódico religioso de la ciudad, y en él había un artículo lleno de alusiones insultantes para Sandoval y Soria. El artículo no mencionaba a ninguno de los dos artistas e iba firmado por una equis. Mas lo insulso de su prosa y la cobardía del ataque denunciaban claramente el alma y la pluma de Fabricio Ramos y don Miguel Rincones. El artículo hablaba de ciertos jóvenes que por haber pasado los mares y haber vivido en París creíanse autorizados a pintar

y esculpir indecencias; maldecía del arte con que esos jóvenes medio locos pretendían corromper una sociedad culta muy honrada y católica, arte sensual, voluptuoso, pagano, todo impudicia y desnudeces; y el anónimo, dejando brotar la mala fe entre vaciedad y vaciedad como un negro chorro de fango, terminaba por aconsejar a los padres y madres de familia, buenos católicos, evitasen a la inocente mirada de sus renuevos el espectáculo de obras que no eran sino frutos de aquel arte podrido.

Cuando uno de ellos acabó de leer en voz alta el artículo anónimo, Emazábel dijo:

—El presidente y los ministros proyectan y consumarán un robo en grande; dos de nuestros *dandys* consuman un robo en pequeño; y ustedes pagan. Si nosotros dejamos hacer, nunca reinará aquí otra justicia: justos por pecadores; justicia de sacristía que no se atreve con los bandidos del Poder, ni con los rateros de salón, y cierra con el arte y el artista, indefensos por nobles.

—Todo eso dan ganas de llorar —exclamó Romero.

—¿Y por qué no de reír? —gritó Alfonso.

Soria no dijo ni una palabra; pero en sus ojos había toda la tristeza del mundo. Y cuando muy tarde, esa noche, volvía a su casa, hallóse viendo y considerando, si no con verdadero odio, con algo muy parecido al odio verdadero, los hombres, las cosas, todo lo de aquella ciudad estrecha y mezquina, de conciencia, como sus calles, angosta y sucia.

I V

Los últimos rumores políticos y el estado de alma de sus camaradas de "ghetto" en aquellos días acabaron por decidir a Emazábel a tratar de poner en práctica los planes que él, de muy atrás venía ampliando y hermo-seando en su mente. El estado de alma de sus camaradas era, según él, fácil de convertirse en estímulo provechoso, en áspero deseo de combate, derivado luego en acciones fecundas. El despecho y la ira de Soria y sus amigos, ante el esfuerzo de arte burlado, podía cambiarse en energía salvadora y durable, capaz de sustituir en el escultor y en los otros una voluntad que no tenían, o la tenían descalabrada y enferma. Así, el primero a quien manifestó sus planes ganándolo a ellos, fue Soria. Como había previsto, en él no halló resistencia ninguna.

Soria acogió las ideas y los proyectos de Emazábel como necesidad imprescindible, y sin la más mínima sorpresa, como algo que él esperase, hasta parecerle, mientras el amigo exponía sus pensamientos, estar escuchando en otros labios algo que él había concebido, como si las palabras de Emazábel no hicieran sino desvanecer las brumas de un rincón de su alma, o evocar en su alma las figuras dudosas y los contornos indecisos, vagos, confusos, de un antiguo sueño. El, como la mayor parte de sus

camaradas, había entrevisto aquella obra, pero la había entrevisto muy lejos, en un época distante, en un siglo futuro, trabajada de otras manos, cuando de las suyas no quedaría polvo ni recuerdo. Ahora, al través de los labios de su amigo, la veía claramente, libre de nieblas y vaguedades, como un bloque de mármol traído a sus pies y en cuyo centro duro sus ojos de escultor adivinaban, prisionera del mármol, una estatua prodigiosa. Con humildad reconoció no haber soñado la obra tan grande ni tan bella como surgía de las palabras y del alma de Emazábel, médico, no artista. En efecto, en el alma de éste y en las palabras con que él decía la magnitud o delineaba los grandes lineamientos de la obra, la obra aparecía derramando, como perfume de vida, como hálitos de selvas primaverales, tesoros de una belleza nueva, belleza militante, belleza heroica: la belleza de la acción, quizá más grande y seductora que la belleza de las obras de arte y la belleza de los sueños hondos e impasibles como lagos profundos en cuyo cristal inmóvil beben los árboles frescura y silencio.

Cuando Emazábel creyó haber comunicado a Soria el ardor y el entusiasmo de su causa, deseó dar parte de sus proyectos a los demás amigos, cuya disposición de ánimo debía de ser, si no idéntica, parecida a la de Soria. Este se brindó a convocarlos a todos en su taller, y en su taller los congregó cierta noche de enero, alrededor de una lámpara, de luz pobre y mustia. Sentado junto a esa lámpara puesta sobre un velador, Emazábel discurría. Los demás escuchaban, sentados los unos en la *chaise-longue*, otros en sillas de paja, otros en fragmentos de mármol a medio pulir y en escaños de madera. Fuera del reducido círculo de luz, en la penumbra de las paredes, dos bajorrelieves celebraban gigantescas batallas mitológicas, y sonreía el Fauno violador de ninfas en su copia de yeso. De vez en cuando, maquinalmente, Emazábel movía la lámpara, y entonces, en una pared, la silueta del Fauno disminuía o se agrandaba, disminuyendo o exagerándose a la vez la sonrisa de sus labios irónicos.

De todos los del "ghetto", Emazábel era quizá el único de voluntad sana. Se lamentaba como los otros, pero sin perder nunca los bríos. Todo mal daba a su espíritu ocasión de trabajo, de análisis y de irse en busca de remedios. Las circunstancias más difíciles no le turbaban y salía de ellas airoso. Los obstáculos más bien servían de gimnástica a su ingenio: tales y tantos recursos creaba él para sobrepujarlos. Pero además de esos recursos nacidos bajo el imperioso aguijón de la necesidad, andaba él siempre con uno o varios proyectos, condenados casi todos a no pasar nunca de proyectos. "Caja de sorpresas" le llamaban con cierta zumba amable sus amigos, así por su manía de forjar vanos proyectos como por su abundancia de recursos en los momentos difíciles. Su padre, hombre práctico y sereno como pocos, había hecho de él, por una educación liberal sin hipocresías, un alma libre y fuerte. Le enseñó a conservar en todo la calma reflexiva del sabio, a sufrir decepciones, y a no dejarse entristecer más de lo justo por contratiempos y reveses. Con pocos bienes de fortuna, legó a su hijo al morir

una gran riqueza de palabras y consejos útiles guardados después en la memoria filial como precioso amuleto en un relicario inviolable. Así, el fácil triunfo de los mediocres favorecidos ni quebrantaba su confianza en su propio valer, ni le ocasionaba pesadumbres. A cada golpe de la injusticia, ya estaba la voz paterna cantándole en la memoria como en los días de su juventud: "Sé honrado. Y cuenta contigo mismo, que tú no eres hijo de prócer". Su padre conoció una generación de hijos de próceres: la de los hijos de próceres liberales. El favor había pasado de unas frentes a otras frentes, de una generación a otra, pero continuaba siendo favor, y por tanto injusticia. Ciertos nombres eran rodeados de aureola, y quienes los llevaban obtenían mereciéndolo o no, acceso a las más envidiables alturas y derecho a una buena porción de prebendas y regalo. La palabra del padre, aplicada a otros nombres y a otra época seguía siendo oportuna, pues tampoco entre los próceres federales contaba Emazábel con abuelos. Con esos dichos felices y de otros varios modos, la educación paterna había dado temple a su carácter y fortalecido su piel para toda suerte de luchas. El único error de su padre consistía, al decir de Emazábel, en haberle enviado a rematar sus estudios médicos a Europa. Sin embargo, ese error lo acentuaron mil consejos rebosantes de cordura, al través de los cuales aquel hombre de instrucción escasa, no hecho a finezas y disquisiciones de psicólogo, parecía adivinar con lucidez incomparable todos los males, tristezas y desdichas a que está expuesto quien de su tierra natal, asiento de una vaga sombra y remedo de civilización, pasa a vivir en una ciudad lejana, trono de la civilización más floreciente, los mejores años juveniles.

Esos males, y otros de igual proveniencia, frutos del contacto de almas nacidas en pueblos jóvenes, casi rudimentarios, con la civilización de pueblos modernos y prósperos, los estudió Emazábel en sus conterráneos mismos, y bajo sus múltiples formas, desde las inofensivas por superficiales hasta las más graves y crueles. "Con los daños cada vez mayores del cosmopolitismo en su país, y quizá en todos los pueblos de la tierra latinoamericana, era posible hacer un gran volumen, al cual se diese por solo título *París*, porque si otra ciudad europea y alguna de la América sajona ejercen, al igual de París, grande influencia nociva en el desarrollo y costumbres de aquellos pueblos, París, que en el mal, en los vicios y en la seducción compendia a todas las ciudades, había de compendiarlas, así como en la culpa, en el reproche. Broza desdeñable era la que París derramaba de vez en cuando en forma de lechuguinos y damiselas "inconformes", en los cuales el amor a la ciudad extraña y el desamor a la propia reconocían entre otras causas de igual fuste, ya el perpetuo bochorno de los mediodías en la ciudad patria, ya el polvo de sus calles olvidadas de una municipalidad empobrecida, polvo tenaz, abundante y perverso que, a la hora de los paseos en coche hacia la tarde, mientras el cielo vuelca sobre la ciudad indiferente sus púrpuras y sus rosas, se alza bajo las ruedas de los coches, y al pisar de los caballos, flota en los aires como nube, cuegla como un velo diáfano

de los techos, refleja, suspendiendo así la gloria purpúrea del crepúsculo muriente, cae y se pega de las paredes, afeándolas, penetra en los salones y deslustra los muebles primorosos, no respeta joyas ni trajes e impide lucir, a quienes pueden lucirlos, joyas inmaculadas y trajes frescos. Pero entre esos como títeres de una feria elegante, y con sus vanidades e insulseces, deslizábanse los adulterios medio ocultos, como en la hojarasca las víboras. El punto de partida de muchos adulterios en el seno de Cosmópolis estaba según Emazábel, en un error muy análogo al error de todo estudiante de América recién llegado a París, cuando se cree en la presencia de una gran dama al divisar la primera pindonga vestida de gemas, encajes y tules. A la observación errónea, o más bien a la ninguna observación, correspondía un concepto falso del alma parisiense y un nuevo modo personal de ver los hombres y las cosas. A esto se agregaba el roce con aventureras de todos linajes y países, la sugestión grosera del bulevar, el café y los teatros, y la sugestión más fina de novelas y cuentos, velada con los primores y donaires del estilo, como ponzoña bajo mieles.

Almas de simples, casi bastas e inocentes, París las devolvía monstruosas, como si la gran ciudad, merced a un maleficio, despertase bajo la corteza del hombre medio civilizado al hombre-bestia de las cavernas palustres. Hombres públicos honestos, libres de mácula hasta el instante de embriagarse con la espléndida visión de París, regresaban con ásperos apetitos de lobos. En vez de traer a la patria las mejoras en sus viajes entrevistas, procuraban a su vuelta engrandecer y perpetuar el crimen de una administración que de muy atrás venía siendo el abuso y el robo organizados; y en sus aventuras y manejos torpes no tenían otro sueño ni otro fin que el de volver más tarde, con más descanso y más dinero, a saborear con sibarítica beatitud el espectáculo esplendoroso de París en fiesta, derramando, las noches claras, alegrías, perfumes y deseos locos a las orillas de su río, sobre los arcos de sus puentes, por el cauce rumoroso de sus bulevares amplios, entre cuyas ringlas de fanales inmóviles rebulle como hervidero de policromos gusanos de luz la inquieta muchedumbre de fanales de color de las carrozas en marcha.

Pero tal vez el mayor de los daños de Cosmópolis, o de París, como Emazábel decía, era el daño hecho a los intelectuales, hombres de ciencia y artistas. En ellos, casi fatalmente, con el nivel intelectual crecía el desapego al terruño. Hijos, en su mayor parte, de europeos transplantados a América en los días de la colonia, o en los albores de la República, predispuestos, además, por la educación y los libros, hallaban en Europa un ambiente no extraño del todo, en el cual vivían hombres de su misma raza, cuyos abuelos habían sido hermanos de sus abuelos, como hijos de remotos antepasados comunes. El medio, con facilidad, poco a poco, o rápidamente, los poseía. Se les insinuaba con sus bellezas, con sus virtudes y sus vicios; les daba sus ideas, gustos de ideales; hacía al cabo desaparecer de sus nervios, a modo de rastro fugaz, la memoria de las últimas generaciones que les ha-

bían precedido, hasta dejarles como si en realidad continuaran a sus distantes abuelos en Europa, sin venir al través de varias generaciones de colonos, libertadores y republicanos de América. El conflicto moral de ese estado de alma proveniente se revelaba a muchos de ellos a poco de volver a su país, en la ausencia absoluta de armonía entre el nuevo medio y sus almas. El nuevo ambiente era hostil a sus ideas, gustos e ideales. Y por toda su vida interior venían a ser al fin, en medio de sus compatriotas, como extranjeros que hablasen una lengua incomprensible. Perplejos, desalentados ante la empresa formidable de luchar con el medio, corrigiéndolo, depurándolo, haciéndolo a sus almas, cambiándolo de adversario en amigo, caían en la más cobarde inacción, enfermaban en su país de la triste y acerba nostalgia de otros países, mientras pasaba melancólica y estéril su juventud, y sentían agonizar, consumida de atrofia incurable, su voluntad sin empleo. Tal era, con algunas diferencias de matices, la historia de casi todos aquellos jóvenes, artistas y hombres de ciencia, amigos de Emazábel. Rechazados por el medio hostil, se retraían a su propia timidez, y quedaban reclusos, aislados como en un "ghetto", o como en un hospital de leprosos.

"A veces nuestro orgullo, decía Emazábel, nos aconseja ver en esa reclusión de apestandos una honra, y en nuestro "ghetto" un Olimpo. Mas de cualquier modo que designmos el rincón en donde míseramente vegetamos, "ghetto" u Olimpo, ahí nos vencen y nos burlan. Quejándonos por lo bajo, en realidad asistimos como espectadores indiferentes al triunfo de los mediocres y los perversos, al triunfo de los Diéguez Torres y los Galindo, a la dignificación de los crímenes, a la apoteosis del robo, al desmoronamiento de la patria. Somos, en nuestra democracia, un agregado inerte, perjudicial como inútil, cuando en nosotros podía tener principios dichosos la regeneración del país, la patria nueva. La obra de los libertadores, incompleta por fuerza de las cosas, apenas habrá sido aumentada en un ápice. Ellos nos legaron cuanto podían legarnos: un territorio libre, habitado de hombres también libres. Pero hombres libres en territorio libre, por sí solos no forman pueblo o nación, en el sentido filosófico de estas palabras. Es preciso que entre esos hombres, con tradiciones comunes, aparezcan, se desarrollen y entrelacen, a manera de red sutilísima, instintos, odios, amores y tendencias comunes, cuyo conjunto viene a constituir el alma de un pueblo. Por la creación de esa alma nacional, poco o nada se ha hecho de efectivo entre nosotros. Los partidos políticos, en su lucha por la dominación y el poder, han olvidado completar la obra de nuestros padres. Tal vez uno de ellos puede reivindicar en su favor una efímera adolescencia de principios e ideales nobles, abierta en la conciencia del pueblo como un alba gloriosa y fugitiva. Pero ese partido, llegado al poder, se corrompió en el estancamiento y el reposo: después de realizar a medias algunos de sus más nobles ideales, no se tomó el trabajo de crear ideales nuevos; se olvidó de sus

ideas y doctrinas; como antes el partido contrario, cayó de hinojos ante un hombre transformado en fetiche; y hoy, todavía en el poder, se está muriendo. Lo que de él queda sano, podría salvarse con el rápido injerto de una rama vigorosa. ¿Por qué no habríamos nosotros de ser esa rama? No hablo de llegar a la política por las tortuosas veredas por donde van los Diéguez Torres, ni por las de sangre y lágrimas por donde llegan los Galindo. Nosotros iríamos a la política, procurando precisamente por la creación de aquella alma, de aquella conciencia nacional en el duro bronce de las masas. ¿Por qué no hemos de ser, nosotros los intelectuales, capaces y dignos de tan alta empresa? De realizarla, haríamos el bien de la patria y nuestro bien; saldríamos del "ghetto" en donde ahora nos recluyen, y periodistas venales y generalotes ministros dejarían de humillarnos con la insolencia de sus fáciles victorias. Esa obra, toda está por hacer, y por lo mismo es fácil a cada uno emplear en ella con fruto de sus habilidades y fuerzas. ¿Carecemos de voluntad? Bien lo sé, pero la voluntad puede crearse. En vez de ir esparciendo lamentaciones, recojámoslas en un grito; hagamos de nuestras iras un esfuerzo, y empecemos la lucha. Eso basta: las exigencias de la lucha crean y fortifican la voluntad, como el constante ejercicio de la función crea y fortifica el órgano. Tenemos de frente, es verdad, un poderoso ejército de adversarios: cada mosaico de la plaza, cada piedra de nuestras calles de la capital y de otros pueblos cría un Diéguez Torres; y en cada terrón de nuestros campos duerme un Galindo. Pero, de nuestra parte, no somos tan pocos cual creemos en nuestro orgullo. Buscando bien, hallaríamos numerosos compañeros: cerca y lejos de nosotros, en las aldeas más remotas y escondidas, viven hombres en cuyas almas arde la misma aspiración y el mismo ideal de las nuestras, como un perfume o incienso inútil. porque los dioses a quienes va consagrado no tienen templos todavía. Además, nosotros conocemos las armas de los adversarios y sabemos prever sus golpes, porque no es difícil preverlos, en tanto que es de toda imposibilidad prever los alcances de nuestros medios de lucha. Una palabra bella y luminosa de ciencia o arte, pronunciada en ocasión propicia, tiene un alcance incalculable aun para quien la pronuncia y la siembra como simiente de oro. El arte y la ciencia, en nuestros pueblos jóvenes, en nuestras democracias recién nacidas, no pueden ser sino lujo superfluo o armas útiles. Guardemos el lujo como ornato personal, como gala y sonrisa de nuestra vida interior; pero esgrimamos las armas para el bien del país, y en nuestra propia defensa. De ningún modo sigamos como hasta ahora: el escritor escribiendo su libro, el escultor esculpiendo su estatua, el estudioso hundido en sus meditaciones, y problemas, encerrados todos en un individualismo salvaje, cada cual sobre su propio surco, sin importársele nada del vecino. Sin duda la obra realizada así vale más que todas las políticas de los Suárez, como dice Romero, pero su acción es tardía: no se manifiesta sino muy lejos, en el porvenir, en las generaciones futuras, y además de tardía es problemática. Es necesario que la acción de nuestra obra se revele pronto,

y podamos encauzarla, sacando beneficios de ella. Para eso debemos realizarla, no como hasta hoy en las vagas regiones de la quimera, sino valiéndonos de las cosas, vida y costumbres de nuestro país, procurando por la creación de un alma nacional y marchando, en esa tarea de próceres, de concierto unidos. Entonces, en vez de raros gestos inacordados y monótonos de sembradores desconocidos entre sí, bajo el sol rutilante, sobre la tierra partida en surcos, podrá desarrollarse una vasta y simbólica armonía de gestos de virtud milagrosa, como en las hieráticas figuras de un ex voto consagrado a la gloria de Ceres. *Algo hay de podrido en el reino de Dinamarca.* Pero la podredumbre que hoy infesta la atmósfera y nos la hace irrespirable, puede a nuestra semilla servir de estiércol, y quizá veamos algún día, al través de la podredumbre, levantarse la patria nueva como una floresta virgen, de troncos robustos, de ramas eminentes, llena de cantos, vestida de follajes, coronada de flores”.

Emazábel, después de exponer con más o menos vaguedad los motivos de sus planes, dióse a explicar con precisión y abundancia de pormenores la manera de realizarlos. El había previsto algunas objeciones, y a medida se las fueron presentando, las fue rebatiendo. Al menos en sus principios, la obra sería de pura propaganda. Esta podría hacerse por medio del periódico, de folletos y de conferencias públicas. El primer núcleo de “obremos” lo formarían los congregados en el taller de Soria y algunos más, y todos debían ser capaces de escribir en los diarios, o de preparar conferencias públicas, o de ambas cosas. Aparte las conferencias y publicaciones hechas en un orden establecido de acuerdo con el vasto plan de la obra, apenas esbozada, los demás escritos y conferencias versarían, según lo requiriese el día y la hora, sobre este o aquel asunto. De la más perfecta libertad de acción gozarían los miembros de aquella especie de liga, sin las trabas engorrosas de los estatutos y reglamentos inútiles de otras ligas vulgares. Dos o tres obligaciones morales podían bastar muy bien como lazo de unión y disciplina. Cada uno sería libre de escoger el campo de estudio de sus preferencias, obedeciendo a sus propias inclinaciones y aptitudes, con tal no perdiese nunca de vista la obra común y el fin de esa obra. Así, mientras los unos lucharán por la próxima resurrección de la justicia y el derecho, trabajarán otros por el próximo advenimiento de la belleza y el arte. Creado el primer centro, foco de energía u oasis moral, se crearían en las demás ciudades del país nuevos focos u oasis, unidos al primero por corrientes invisibles de fuerza o frescura. “Con el tiempo, esforzándonos mucho, borramos —añadió Emazábel— hasta la memoria del desierto moral que es hoy nuestro país, y quedaríamos en poder de una vasta organización de propaganda, en apariencia platónica, fácil de convertir en la sólida organización de un partido político, el cual presentase a los de arriba obstáculo y barrera, y sirviese a los de abajo de salvaguardia y apoyo”.

Todos los reunidos en el taller aplaudieron la idea generosa de Emazábel, y muchos lo aclamaron con alegría. Romero, tan escéptico de suyo,

manifestó su aprobación, y se dijo dispuesto a empezar la tarea que le tocara en la obra. Según Romero, una de las condiciones para el éxito feliz era empezar pronto, abreviando las pláticas y disputas preliminares, ante las cuales muchas veces vio proyectos análogos al de su amigo desvanecerse como el humo. Alberto Soria prometía conferencias de arte. Alfonso fue el más reservado: después de protestar su adhesión a la idea y de prometer su concurso a la obra, declaró ver mucho de utopía en aquellos nobles proyectos. “Estos —aseguraba Alfonso— podrían realizarse hasta lograr, como Emazábel predecía, la organización de un verdadero partido político, apto a vencer a los otros partidos, pero no hasta conseguir la formación de un alma nacional en donde había tres razas o entidades étnicas diferentes y los varios productos de la caprichosa mezcla de esas razas. Para la creación de un alma nacional, tenía él por indispensable fundamento o raíz la existencia de una sola raza, o de un producto uniforme de la fusión perfecta de razas distintas”.

—Y en nuestro país —concluyó Alfonso— estamos aún bastante lejos de ese tipo uniforme.

Pero los demás protestaron. “Las diferencias étnicas desaparecen bajo tradiciones e intereses comunes”, dijeron. “Suponiendo justas las observaciones de Alfonso, se podría de todas maneras obtener un simulacro de nacionalidad, en el cual rompiese un día la nacionalidad futura, como en capullo renuente y sin aroma una flor de espléndidez y fragancia”.

—En último caso, ya sería muchísimo si realizáramos lo que Alfonso dice realizable.

—¡Y qué gloria la nuestra si llevamos a buen fin esa obra!

—En el porvenir seríamos lo que son para nosotros los próceres de la Independencia.

—O algo más...

A ese punto, Romero, que había estado siguiendo las idas y venidas de la silueta del Fauno en la pared, observó:

—El Fauno se ríe de nosotros.

Todos volvieron la vista, divertidos por la inesperada exclamación, a la sombra oscilante del Fauno. En la sombra de la pared como en la copia de yeso, el Fauno se reía, se reía, con su eterna risa burlona. Emazábel, entonces, propuso para el siguiente día otra reunión, en la cual se decidiese cuanto fuera preciso a los comienzos de la obra, y al ser aprobado por todos y cada uno mató la luz, a fin —explicó él— de que la risa del Fauno, irónica y maleante, nos los distrajese de los pensamientos nobles.

Al dejar el taller de Soria, siguieron un buen espacio conversando y unidos por la calle desierta.

—Somos doce —dijo uno—. Como los apóstoles. Buen presagio, si no hay Judas entre nosotros.

En la fresca noche de enero, bajo el cielo estrellado había sobre la ciudad, extendida en lo más hondo del valle, una gasa luminosa como hecha de luz eléctrica y de bruma.

—¿Y por qué no hemos de ser en verdad los apóstoles de la patria nueva, de la patria redimida, si hemos de ir sembrando la semilla de la redención entre las gentes?

Por todos, aun por aquellos que reían al oír esas palabras, como burlándose de sí mismos, corrió el escalofrío sagrado de los entusiasmos heroicos, y todos entrevieron, en el porvenir, la obra acabada: la patria nueva, la patria redimida, hermosa y feliz, digna de aquella sombra de nación que fue de triunfo en triunfo por la América, y digna del evocador de esa gran sombra, de aquel héroe que fue pasmo de las cumbres y maravilla de volcanes.

V

¿En qué piensas? —En nada. —¿Y por qué estás ahí? ¿Qué tienes?
—¿Qué tengo? Nada. No puede ser. Algo estás pensando. ¿Qué?
—Boberías que no valen la pena.

Este diálogo seco y breve, siempre el mismo, interrumpió, como otras veces en aquellos días, el silencio cada vez más frecuente, más largo, más lleno de cavilaciones y de angustias. Pero esta vez, María insistió:

—No importa. Si son bobadas, quiero saberlas: dímelas.

Ella deseaba saber la causa de aquella sombra caída en la riente mañana de su idilio, sombra surcada de sospechas y dudas, como de espectros la noche. Los dos habían penetrado, sin ella explicarse cómo, en un callejón interminable y oscuro, y sus almas, en ese callejón tenebroso, eran como dos aves inquietas, atolondradas por la obscuridad, que se rompían las alas en revoloteos inútiles y no hallaban salida.

El cambio de Alberto fue brusco. En todo él se revelaba, a los ojos de María, otro hombre. Sus palabras ya no eran la música del corazón venida a cantar en los labios, como un enjambre loco y armonioso de esperanzas y de sueños. Olvidados de esa música, sus labios parecían como fijos en un pliegue duro, y sus palabras, difíciles, casi violentas, resonaban de vez en cuando con son de reproche. “¿Por qué?”, se preguntaba María, y buscaba las razones del cambio de Alberto. “Bien podía éste andar preocupado con sus trabajos y sus cosas de arte... Pero también podía ser ella misma la culpa de todo”. “Si le habrán dicho algo malo de mí, se preguntaba una vez. Hay almas que se deleitan en decir mal de los otros. Pero si alguien ha ido a él con invenciones malas, debió decírmelas, no creerlas”. Y mientras iba de esta en aquella solución más o menos razonable del enigma, el malestar se ahondaba entre los dos, visiblemente. Hallándose todas las noches juntos, cada noche se sentían más lejos uno de otro, y su diario

coloquio de enamorados andaba convirtiéndose en perenne tortura. Mientras la señora de Almeida, arrellanada en su poltrona y rendida de sueño, cabeceaba; mientras pasaba Carmen delante de ellos, riendo y bromeando, por atribuir sus actitudes forzadas y encogidas y su larga mudez a pasajeras riñas de novios, ellos, en sus dos sillas inmediatas, padecían como en un potro de tormento. A veces el malestar cesaba sin motivo ninguno, pero noches después, también sin motivo ninguno en apariencia, reaparecía condensándose entre ellos dos como nube cargada de presagios tristes. María, desesperanzada de hallar por sí misma el origen de esa nube que amenazaba servir de mortaja a su amor, espía de continuo los más pálidos indicios que Soria le dejase entrever en sus gestos y palabras.

—No importa. Si son bobadas, quiero saberlas: dímelas —insistía ella esa noche—. ¿Qué piensas?

—Pienso que sería lo mejor no pensar, sobre todo no recordar. ¡Si al menos pudiesen borrarse los recuerdos, la memoria, el pasado, con un esfuerzo del querer, como el chiquillo de la escuela borra con la esponja las grotescas imágenes que trazó con tiza en la pizarra o en el muro! De ese modo tendríamos como en las manos la felicidad perfecta.

A esas palabras, María contestó murmurando “es cierto”, y no dijo más, como si esas palabras le bastasen para comprender las no dichas y temiese despertar con nuevas preguntas, en los labios queridos, las palabras más crueles y odiosas que para ella podían salir de esos labios. Ella esperó, sin embargo, que él continuara diciendo el porqué de su aversión a la memoria, y de frase en frase, poco a poco, se abriera el alma, dejando exhalar su pena oculta, como un sollozo largo tiempo reprimido. Ella entonces habría dejado caer las caricias de su voz, como un bálsamo, sobre ese mal secreto. Ella le habría dicho cómo su preocupación más dolorosa fue siempre que él no pensara nunca, nunca, lo que ya en él no era tímido y fugaz pensamiento malo, sino desesperante idea fija. Y al través de las caricias de la voz, él habría columbrado el alma de ella, diáfana y pura como la onda, y como la onda irreprochable. ¿Podía reprocharse a la onda el haber copiado en su cristal un vuelo de aves negras? Las aves pasan, y el más leve rastro no mancilla la pureza de la onda. El habría quedado entonces como libre de un incubo molesto, y habría tal vez considerado su inútil dolor como una falta, como una ofensa que clamaba reparación y castigo. La nube condensada entre él y María se habría disipado como se disipan las nubes: entre lágrimas, precursoras de sonrisas de sol en un cielo más claro.

Pero Alberto no habló. Quedóse pensando: “¿Me habrá comprendido? Y si ha comprendido, ¿por qué dijo simplemente “es cierto”, y no otra cosa?”.

Ninguno de ellos percibió la flagrante contradicción de sus almas con lo que algún tiempo atrás pensaban y sentían. En ese tiempo hubieran tenido por blasfemia y pecado maldecir de la memoria, porque en ella veían

una deidad benéfica, repartidora de gracias, inagotable de bondad, en cuyas arcas, abiertas a los codiciosos deseos, podían cargarse las manos de estu-
pendos tesoros invisibles. Recuerdos de sensaciones vividas, de horas apa-
gadas, de días y años idos para siempre; los recuerdos de toda una existencia
gloriosa o humilde, en la memoria duermen, prontos a despertar, dóciles al
verbo de la evocación, como duermen las vibraciones, con sueño ligerísimo
de pájaros, en el hueco de las campanas sonoras. Como el instrumento, al
ágil toque de la mano, reproduce la misma nota indefinidamente, así el
recuerdo reproduce la sensación pasada e indefinidamente la multiplica. Todo
hombre puede revivir su vida, una vez, muchas veces, infinitas veces, mul-
tiplicándola por medio de la virtud inestimable de la memoria. Y esa
virtud, Alberto y María, en sus diálogos de amor, la exprimieron hasta
saciarse. Los dos, por espontáneo impulso de sus almas, y como si obrasen
de concierto, se fueron, remontando el curso de las horas felices y curiosos
de llegar hasta la hora en que empezaron a quererse, como se remonta el
curso de un río hasta el paraje fresco en donde el río brota como discreto
manantial escaso, o en forma de raudales tumultuosos, ávidos de correr
cantando bajo el cielo, en plena luz, libre y muy lejos de la estrechez tene-
brosa de la tierra profunda. Uno tras otro, o los dos a un tiempo, contaban
y recontaban sus tristezas y angustias, sus esperanzas y alegrías, todo lo
que habían sufrido y lo que habían gozado. Cómo unas veces una palabra
sola abrió en sus pechos abismos de dolor, y otras veces, quizá la misma
palabra, recorrió a sus ojos horizontes ilimitados de ventura; y así, her-
mosamente, divinamente, de confianza en confianza, reconstruían la
vida, desde el instante en que el amor entró en ellos, y en sus corazones
floreció como un gran lirio de luz alba. Cogidos de la mano iban de re-
cuerdo en recuerdo, como dos amantes niños, de corazones puros, en sen-
dero bordado de margaritas, van de margarita en margarita, deshojando las
estrelladas flores cándidas, entre dulces balbuceos deliciosos. Pero una vez,
mientras deshojaban un recuerdo, de éste, como a improviso conjuro, surgió
una sombra. Y ni esa noche ni después, volvieron a deshojar, entre dulces
balbuceos, pálidas margaritas ideales.

Alberto hablaba de aquel baile donde se encontró con María, y de su
extraña reconciliación con ésta, después de su enojo aún más extraño; y
confesaba cómo lo asaltaron esa vez, y hubo de hacer esfuerzos colosales
para vencerlos, vehementísimos deseos de romper a Del Basto, pareja de
María, cualquier cosa: un brazo, la nariz, una oreja, o deslucirle cuando
menos la facha deslumbrante de Apolo cursi, ajándole y estrujándole sus
ropas, ofensa tal vez la mayor que podía hacerse a aquel bobo presumido.
Entretanto, María, le escuchaba sonriendo, con un haz de sonrisas en los ojos
y un ímpetu de risa en la boca fresca y grande, entreabierta sobre el albor
de los dientes, como la herida de una granada enferma que tuviese la piel
muy roja y exangües, blancos más bien, como de leche, los rubíes de la
pulpa.

— Del Basto parecía hablarte con tal animación y abundancia, como si empleara, haciéndolos valer, los milagros y hechizos de su elocuencia. ¿Qué te decía? —Necedades... Sus necedades de siempre. —Sin embargo, en la expresión de su rostro y en su ademán, ya vivo como si exigiera, ya desolado y humilde como una súplica, se adivinaba el empeño de persuadirte a no sé qué. —Es verdad. Se empeñó en que yo accediera a bailar con uno de sus amigos. Ese amigo suyo no se atrevía, con sobrada razón, a invitarme a bailar, y como, además, tampoco debía acercármeme sin mi previo consentimiento, me envió un emisario en Del Basto. —¿Y quién era éste? —Vásquez.

Al caer esta palabra, como a improviso conjuro surgió la sombra que desde esa noche les impidió seguir, entre balbucesos dulces, deshojando las ideales margaritas del recuerdo. Alberto recordó el nombre de Vázquez en aquella frase de Elisa Riguera, cuya malignidad la exageraron las Uribe fingiendo la discreción más escrupulosa con sus aires remilgados y contritos. Entonces, de entre los labios de Elisa, habituados a no arrojar de su vivo arco de púrpura sino la purpúrea saeta del beso, partió aquel nombre como un dardo portador de ponzoñas y muerte; pero ese dardo en el espíritu de Alberto ni hizo mella ninguna, resbalando sobre él, sin turbar la impetuosa armonía del fondo, como la hoja seca sobre el agua. Y pronunciado ahora sencillamente, ingenuamente, sin temblar de la voz, el mismo nombre en los labios de María, recobraba con más violencia mortífera el maleficio que antes le comunicaron los labios perversos de la virgen loca. Tuvo para Alberto una significación inesperada y terrible, y esta significación se la daba el instante ideal a que María lo asoció al pronunciarlo. En ese instante ideal que ellos consideraban como el principio de su vida amorosa, porque en él se encontraron y unieron dos almas, aquel nombre surgía como un límite o un obstáculo, oponiéndose a la unión absoluta, soñada de Alberto, con la que había de ser alma de su alma y vida de su vida. Por la primera vez, el amante reconocía que algo intangible escapaba a esa unión, haciéndola imperfecta e ilusoria, algo vasto y hondo, lleno de cosas muertas y de cosas moribundas por cuya agonía pasaban, como tentadores espejismos, deseos locos de revivir y perpetuarse. Ese algo vasto y hondo, extendido, como detrás de un límite, más allá del instante ideal de la primera conjunción de sus almas, era el pasado, a la vez lejano y próximo, irremisiblemente muerto y siempre vivo.

En cada uno de ellos el pasado era casi desconocido del otro; pero mientras ella no podía figurarse bajo ningún aspecto el pasado de él, él vio la representación más precisa y dolorosa del pasado de ella en la palabra que María pronunció inocentemente y en la sombra que evocó al sonar esa palabra. Como celoso guardián en el lindero invisible de un dominio sagrado, cerrando el paso a Alberto, surgió la sombra. Era una sombra muda y elocuente. Su elocuencia, poderosa y amarga, estaba hecha de ironía. Y la ironía de la sombra, como una voz, dijo al intruso: "No pases. Aquí em-

piezan mis dominios. Más allá de esta linde, nada hay tuyo. Más allá de esta linde no hay de ti ni de tu amor el más oscuro presentimiento. En mis dominios reino sola. Hasta aquí has podido venir deshojando margaritas, perfumándote los dedos y los labios con la tenue e imperceptible fragancia de sus pétalos menudos. De aquí en adelante no florecen para ti los recuerdos. Si a pesar de mi consejo amonestador no retrocedes y pasas, en vano buscarás, a la orilla de rutas y veredas, ideales margaritas: en un tiempo hubo muchas y las deshojaron manos que no eran tus manos. En vez de margaritas hallarás asfodelos, un gran campo de asfodelos, de cuyas flores irá a ti, como un perfume, a turbar tu razón, a empozoñar tu vida, a corroer tus entrañas, la más mortal de las tristezas. ¿La conoces? Es una tristeza abrumadora, porque su causa es invencible. Su causa es *vida vivida*, hecho que se cumplió fatalmente, algo que no puede quitarse de en medio con las manos, que toda la voluntad no puede suprimir, y es incorpóreo, fantástico, indeciso, como yo, como una sombra. Es una tristeza abrumadora, porque es o parece humillante: desencadena en el alma un tumulto, y sobre ese tumulto pone un sello en los labios, como haría una humillación indeleble. ¿Oyes? ¡Una humillación indeleble! Habías de venir: yo lo sabía, y te esperaba. Ahora, si puedes, vuelve atrás los pasos. ¿Te es imposible? ¿Verdad que te es imposible? Pues entonces, bien venido seas. Yo, señor de estos reinos, te doy la bienvenida, y he de acompañarte. No me rechaces, porque es inútil; he de acompañarte aunque no quieras. Me verás por todos los caminos, detrás de todas las rocas, al pie de todos los árboles; me escucharás en la música de las aguas y los vientos; me sentirás en la malsana esencia de las flores. Adonde vayas te seguiré: al mismo tiempo iré a tu lado, como tu propia sombra, y dentro de ti, como un incubo”.

Y la sombra, vestida de ironía, se movió como si se aprestara a seguirlo a todas partes. . . A veces parecía disiparse como un fleco de bruma; pero no tardaba en reaparecer con toda su ironía intacta, siempre igual y siempre diversa; ya insostenible como hecha de finos alfilerazos múltiples, ya penetrante como la hoja de una daga, ya brutal como el golpe de una maza de hierro. Fechas, nombres de lugares y personas, traídos por el azar de la conversación, evocaban la sombra, alzándola entre los dos amantes como un huésped mudo. Al empezar un gesto, o al decir la primera palabra de una frase venida como espontánea exhalación a sus labios, Alberto se arrepentía del gesto iniciado o de la frase no dicha, como si leyese, en la actitud irónica de la sombra, que el otro hizo el mismo gesto, o profirió la misma frase. Al mirarle o sonreírle María con la más cándida luz de los ojos, o el más amoroso mohín de los labios, por su imaginación, turbada como la de un febricitante, pasaba entre vivos relámpagos la pregunta siniestra: “¿Miraría así *al otro*? ¿Sonreiría así *al otro*?”. Y a la probable respuesta afirmativa seguía la representación lúcida de aquella mirada o sonrisa que no fue para él, y esa representación inmediata con su

lucidez maravillosa lo atormentaba, como si no fuera obra suya, sino realidad patente. Su espíritu se abandonaba después de una de esas representaciones, como después de un esfuerzo intelectual sostenido e inútil, a una gran laxitud melancólica, y buscaba en el silencio un refugio. A veces una ansiedad tremenda lo sobrecogía, oprimiéndole como entre un rígido cerco metálico: lo asaltaba el temor de que la sombra se hiciera visible a María, de que ésta viera en el amor de él una copia del amor pasado; de que María, al través de él, como a través de un cristal, estuviese contemplando la imagen del *otro*, y asaltado de esas imaginaciones locas, empeñábase en imprimir a su amor un sello originalísimo y raro, con el mismo empeño con que trataba de imprimir su personal estilo de escultor en la obra de arte. Llevado de ese empeño de distinguirse de los demás hombres, haciéndose único en su amor como en su arte, daba en extraños caprichos y futelezas que eran la inquietud o admiración de María.

—¿Tú te llamas María, propiamente María? —¡Hombre! ¡Está bueno! Me parece que sí. ¿Y cómo voy a llamarme?—replicó María, considerando a Alberto y su pregunta con sorpresa jovial, casi burlona. —Quiero decir si te llamas María solamente, María a secas... Como se acostumbra poner varios nombres en vez de uno... —Mí nombre, en realidad, es María Luisa; pero nadie me llama sino María. —¿Nadie? —Nadie. —¿Nunca te ha llamado nadie María Luisa? —Nunca. —Pues desde ahora seguirás llamándote para los otros María, y para mí, para mí solo, María Luisa. ¿Entiendes?... Es un capricho.

Y Alberto, pensando poder en lo adelante nombrarla como el *otro* nunca la nombró, sintióse lleno de alegría triunfal, como si sus manos de creador hubieron sorprendido y fijado, en el sereno ritmo de una estatua, una nueva imagen portentosa de la multiforme belleza.

Otras veces, al contrario, lo torturaba el deseo de hacer visible a María aquella sombra alzada entre los dos como un huésped mudo. Mil preguntas, a cual más cruel, se le atropellaban en los labios. Por medio de ellas quería aplacar el ansia vertiginosa de conocer, como en los cadáveres el disector, el más recóndito pliegue, el más íntimo secreto de lo que fue la vida de aquel pasado, muerto irrevocablemente, que ahora salía de la tumba a sentarse entre los dos como una sombra. Y las preguntas, así como llegaban atropellándose, atropellándose retrocedían de los labios, dejando en éstos un poco de su corrosiva acerbidad, como en las playas deja la onda algo de su amargura indestructible.

Combatido de este deseo y de aquel temor poco a poco, valiéndose de representaciones falsas, de indicios no evidentes, Alberto reconstruía la imagen del pasado, a imagen y semejanza de una gran Quimera inmóvil. Por fin, un día, la Quimera se animó, despertó, y de sus fauces ardorosas y profundas vomitó un río de llamas. Alberto sintió dentro de él encenderse y palpar sus ficciones con la vida terrible y soberana del incendio, inflamadas tal vez por un hábito de impureza, por un hábito voluptuoso, miste-

riosamente engendrado en el seno de su propia castidad, intacta cuando la obra lo absorbía.

Alberto vio las rosas, hasta entonces blancas de su idilio, comenzar a teñirse de púrpura.

Las más ideales representaciones de sonrisas y miradas rebosaban en voluptuosidad cruel e ignominiosa, como las representaciones que espontáneamente surgen de las almas de amantes y esposos burlados ante las pruebas de la traición irremisible. Su espíritu después de esas representaciones, no se abandonaba ya a una gran laxitud melancólica, sino se debatía y crispaba como la carne viva tocada del fuego. En vano buscaba en el silencio un refugio. Hasta allí lo perseguían, repitiéndose, como un estribillo satánico, las palabras de la sombra: "Es una tristeza humillante: desencadena en el alma un tumulto, y sobre ese tumulto pone un sello en los labios, como haría una humillación indeleble". Todas las infamias y vulgaridades del medio se le aparecían como penetradas de una luz reveladora y precisa, como hablándole con voz unánime y tremenda, aconsejándole, amenazándole, exasperando sus temores, multiplicando sus dudas, alimentando el incendio prendido en el vientre de la Quimera inmóvil en el centro de su alma. En todas veía comentarios, glosas de su amor y celos, con la irritante suspicacia del contrahecho, que en todas las miradas y sonrisas va de continuo vislumbrando una sarcástica alusión a su joroba. Las palabras de Elisa Riguera volvían frecuentemente a brillar dentro de él, más claras y más vivas. El tiempo, en vez de extinguirlas, parecía avivarlas. Y Alberto cada vez les hallaba una significación nueva, como quien examinando una gema entre los dedos descubre en la gema, a cada movimiento de la mano, una nueva faz luminosa. Gracias a un rápido proceso obscuro las palabras de Elisa Riguera llegaron a representársele unidas, por multitud de lazos invisibles y fuertes, a las palabras que él oyó el mismo día de su llegada al país, yendo hacia la capital, en boca de una errante cultivadora de lujurias. Jamás olvidó aquellas frases referentes a la Farías, la mujer de Esquivel, ni la impresión que le hicieron en los labios de una cortesana. Ahora, estas frases aparecían en su ánimo guardando con las palabras de Elisa una relación estrecha, semejante a la estrecha relación que guardan, al través de la sólida traba de las paredes, los fundamentos y el ápice de un mismo edificio. Entre las frases de la cultivadora de lujurias y las palabras de Elisa estaban las historias de vírgenes locas, narradas de Pedro, se alzaba la imagen de Teresa Farías con su ambigüedad turbadora, se hallaban las conversaciones de los Mario Burgos, O'Connor y Del Basto —cuando éstos no discutían el color de sus camisas o el *chic* de sus corbatas, sino discurrían sobre sus manejos libertinos, practicados en la penumbra de ciertas salas, detrás de cortinajes espesos, al amparo de celosías impenetrables y de prudentes biombos, vanagloriándose de abonar así el alma de la mujer como un campo donde sus manos recogerían en el porvenir flores de adulterio— y por último se ordenaban en batallón impuro todas

las perfidias y miserias de amor que, ante los ojos bien apercibidos, corrían por aquella ciudad contaminada. Con todo eso, los celos exarcebados de Alberto se forjaron su propia historia. La sola imagen de Teresa Farías bastaba a mantenerlos en vibración perpetua. La intimidad obligada, por el parentesco próximo, de Teresa con las Almeida le inspiraba desconfianza y disgusto. Y como Teresa frecuentaba constantemente a sus primas, el disgusto fue poco a poco transformándose en manía dolorosa. Al llegar Teresa, Alberto se preparaba, como un enfermo advertido de la crisis futura. Cuando Teresa daba la mano a María él sentía como si toda la sangre se le agolpase en el corazón y lo rompiese. “¿No llevaba aquella mujer en sus manos, en sus ropas, en toda ella, un contagio, el más terrible y odioso de los contagios?”. Así como Teresa era ambigua en su persona, por sus aires devotos y el prestigio fluente de las aventuras de amor que le atribuían, así era de ambigua la sensación que en Alberto despertaba. Parecía hecha de atracción y grima. Teresa le inspiraba la repugnancia que inspiran las culebras y al mismo tiempo le atraía, como el vaso colmo atrae al labio siti-bundo. “¿No le saludaba ella de una manera muy diferente de como saludaba a los otros? ¿No había en el saludo para él como un esbozo del gesto de quien brinda una copa rebosante?”. Pero cuando la mano de Teresa tocaba la mano de María, y en otros casos, la sensación de repugnancia triunfaba de la simpatía misteriosa; y entonces la imagen de la Farías era dentro de él como el anuncio de una traición inminente. A veces, al solo recuerdo de Teresa, mientras él deambulaba por las calles desiertas de la ciudad en el silencio de la noche, caía en una de sus locas crisis de celos; parecía verse ya delante de la traición consumada, bajo el golpe de un destino irrevocable y ciego, y todo, todo su orgullo, desde el simple y brutal orgullo del macho, hasta su más noble orgullo de artista, se rebelaba en él, tendiéndole como un arco, fijándole como en un espasmo, durante el cual sentía Alberto llenársele de obscuridad los ojos, escapársele la conciencia y detenersele el corazón, como en una pausa de la vida.

Después de alguna de esas crisis, como la voz de la paz infinita sobre el océano después de la borrasca, una buena voz interior se alzaba en Alberto. Y la voz decía: “Te asustas de tus propias ficciones. Las creas tú mismo, son obra tuya y puedes arrojarlas de ti cuando quieras. ¿Por qué no las arrojas de ti, si te dañan y atormentan, siendo tu obra? Porque son obra tuya. Vives en plena ficción: has hecho de apariencias realidades; de un grano de arena, montes; de un tallo de flor, florestas; de una sombra de mal, infiernos de ignominia. En la miseria de los otros has tallado el molde de tu propia miseria. Con las miserias e infamias de los demás, tus celos viven tejiendo y destejiendo sobre tu amor moribundo una tela emponzoñada. ¿Por qué en la miseria e infamia de los otros miras tu miseria y tu infamia futuras? La sola idea de estar celoso de un Vázquez te horro-riza. Tu orgullo de artista y de hombre se rebela. Pero no, me engaño: no es tu orgullo, sino tu vanidad quien se rebela. Vanidad son tus celos. Todos

los celos esconden un sentimiento de inferioridad incompatible con el orgullo. El orgullo, el verdadero orgullo del artista y del hombre ve desde muy alto, jamás desconfía, y jamás desespera. Sé orgulloso como debe serlo un artista, y los celos huirán como fantasmas. Por un exceso de orgullo puede llegarse adonde llegan por un exceso de humildad las almas simples: a coger el bien donde se encuentre, no para destruirlo, analizarlo, so pretexto de borrarle una mancha benéfica, sino para gozar de él y saborearlo sin el menor dejo de amargura. Con tu vanidad y tus ficciones te has encerrado en un presidio donde tu alma y tu amor se mueren. Abre esa prisión, y vuelve a ser libre. Castiga tu vanidad con un acto generoso, y de ese acto saldrá tu amor como revestido de nueva pureza y gritando tu júbilo. Abrasa tus labios con los carbones ardientes de la confesión: desnuda tu miseria ante quien debes, di tu dolor a quien debes decirlo: si lo haces, yo sé de una caricia que, sobre el tumulto de tu alma, caerá como el aceite cae en el tumulto de las ondas. Será una caricia de María, pura como de ella, porque ella es pura; en lo hondo de la cisterna, el espejo del agua reprodujo una vez una imagen de cuervo, pero la imagen del cuervo no manchó su cristal incorruptible”.

Sin embargo, Alberto apenas empezaba a decir la verdad a María, vagamente, cuando ya estaba retrocediendo, confundido y temeroso. Desconfiaba de la virtud purificadora de las confesiones, y su confesión le parecía el más vano sacrificio del orgullo. La creía inútil, incapaz de arrancarle del flanco la dentellada fija y dolorosa. “Después de la confesión —pensaba él— continuaría padeciendo como antes. ¿Su amor, al nacer, no estaba ya enfermo, como si trajese en las entrañas un germen impuro? ¿Su amor, no se le había revelado entre un ímpetu de celos? Estos ¿no serían en él necesarios a su manera de amar, esencia y carácter de su amor, algo así como hijos de una fatalidad orgánica?”. Y al interrogarse de este modo, por su memoria pasaba, entre vagos fragmentos de conversación con su tía Dolores, el recuerdo mejor de su infancia, la figura dulce, melancólica y triste de la madre muerta, con su rostro fresco y joven debajo del cabello blanquísimo, como un rosál que, todavía en flor, fue sorprendido de la nieve; por su memoria pasaba la silueta de la misma tía Dolores, inaccesible y hurafía, pendiente de un reloj, contando y recontando las horas y los minutos, dándose por engañada sin remedio a la más mínima tardanza, inquietándose, desesperándose a la menor sospecha como a la más horrible certidumbre, y en su desesperación convirtiéndose, contra su natural bondadoso, en espía, fantasma y verdugo del pobre diablo de su marido, del bueno de Oliveros, hombre apacible y de conciencia como un sol, sin otras pasiones ni otros esparcimientos, cuando no le abrumaba la tarea sobre la mesa de su escritorio, que el coleccionar pajarracos y leer sus dos o tres autores predilectos, por los días festivos, encaramado en una acacia del corral, sobre una especie de silla construida y acolchada por él hábilmente en la unión de dos ramas vigorosas, como un refugio en donde al menos

gozaba de la ilusión de sobreponerse a todas las tristezas y disputas conyugales; y detrás de la figura adorable y deliciosa de la muerta, detrás de la figura grotesca de la viva, pasaban, repitiéndose como un estribillo satánico, las palabras de la sombra: "Adonde vayas te seguiré: al mismo tiempo iré a tu lado, como tu propia sombra, y dentro de ti, como un íncubo".

Y Alberto se miraba en el porvenir arrastrando su cadena, perpetuamente esclavo de una sombra. Se miraba en el porvenir como llegando a una playa desierta y oscura, recogido y lanzado de roca en roca por el vaivén del océano, semejante a vil despojo de naufragio. "¿Qué sería, entonces, de su arte, de su nombre y de su gloria?". A esa pregunta, los celos de Alberto se armaban de las más poderosas armas que los celos pueden esgrimir en un artista: se armaban de todos los prejuicios, preocupaciones y calumnias que artistas e intelectuales han acumulado sobre la mujer indefensa. Los celos dejaban entonces el rosario de las torpezas del amor, y se ponían a desgranar otros rosarios. "¿Habrá alguna mujer capaz de la comprensión clara y absoluta de una vida y alma de artista? —comenzaba por preguntarse Alberto—. Y esa mujer, si existe, ¿vivirá en María?". Muchas veces había creído ver la luz de aquella comprensión clara y absoluta en los ojos de ella, cuando él, con irresistible entusiasmo, le hablaba de su obra, de sus ideales artísticos, de su única religión de belleza y de gloria, y en esos momentos, dentro de él, su alma jubilosa gritaba: ¡Salud, oh elegida! Creyéndola capaz de aquella comprensión clara y absoluta, fuente de la abnegación y la fidelidad supremas, indispensables en la compañera de un artista; él, entonces, la adoraba, no tan sólo como novia o amante, sino como una fuerza más, necesaria a la fuerza creadora de su genio, como una armonía más, necesaria a la perfecta armonía de su glorioso mundo de estatuas. Pero lo que duraba aquella luz fugaz en los ojos de María, duraba la divina ilusión en Alberto. Pronto, mil pequeñeces de la vida real venían como a decirle: te engañas. No de otra suerte le hablaba la actitud asumida por María, después de la exposición de su última obra. A Alberto le chocó su aparente indiferencia y despego. María afectaba ignorar la exposición de la obra, cuanto sobre esto se había hablado o escrito. Su actitud, a veces forzada, era, sin embargo, la misma de todos los de la familia Almeida, y de su propia hermana Rosa: todos, como obedeciendo a una consigna, visiblemente evitaban hablar de la estatua. Y Alberto llegó a imaginarse y luego a creer que la actitud esa de los Almeida provenía del anónimo de Rincones y Ramos publicado en el diario del cura Flórez. El anónimo, a pesar de su infamia y estupidez, merecía el respeto de las gentes, porque vestía sotana de cura. Ese hecho baladí le puso enfrente de un infinito presentido e ignorado de él, el infinito dolor y obscuridad impenetrable con que de una parte la herencia, la educación de otra parte, separaban su alma del alma de María; le puso enfrente del alto valladar, hecho de hipocresía y disimulo con que la educación católica, sobre todo en ciudades como aquélla, pequeña y de origen español, separa la mujer del hombre. "Mien-

tras para la mujer ese vallado constituye la más de las veces una fortaleza diabólica, para el hombre es una perpetua asechanza”, pensaba Alberto. Y pensaba también si de aquel infinito, de él presentido e ignorado, si de la valla hecha de hipocresía y disimulo no saldría para él, más tarde, la hembra instintiva, la eterna esclava y dominadora eterna. “¿No veía él por todas partes a la hembra instintiva? ¿No la veía a su lado, en su misma hermana? ¿Cómo, si no, explicar la unión de ésta con Uribe, hombre ignorante, depravado, inútil, casi idiota?”. Y de nuevo se miraba en el porvenir como llegando a una playa desierta, recogido y lanzado de roca en roca por la eterna furia del océano, semejante a un vil despojo de naufragio. “¿Qué sería de su arte, de su nombre y de su gloria, si él llegaba a caer en las traicioneras garras de la hembra instintiva?”. Un recuerdo, entonces, lo llenaba de espanto, fulgurando en su memoria como un ojo luminoso abierto de improviso en las tinieblas. Y no sabía decir cuándo, ni cómo, ni por qué se grabó tal recuerdo en su espíritu con la fijeza y la esplendidez de un diamante. Era un recuerdo de la vida fabulosa del Giorgione. La fábula representa al cuasi mítico pintor veneciano, después de la doble traición de la querida y el discípulo, muriéndose de amor y de celos. Ante el espectáculo de esa muerte, ante ese espectáculo del genio, el arte y la gloria vencidos, humillados por las artimañas de una hembra y la seducción vulgar de un barbilindo, Alberto sentía al mismo tiempo crecer su inmensa admiración piadosa por el gran artista burlado y exaltarse a lo indecible su propio orgullo. “¡Jamás, jamás caería él en los brazos de la Pérfida! ¡Jamás, jamás confiaría él su nombre a una mujer; su nombre, que él venía trabajando, con pertinacia y paciencia, como una medalla florentina; su nombre, que él venía y seguiría esculpiendo como una estatua en la memoria de las gentes! Siquiera en Giorgione, como en Beethoven, la querida, rasgando el corazón, dejaba el nombre ileso y puro. Pero no sucedería lo mismo cuando se tratase de la mujer, de la esposa. Y en ésta, como en la querida, bien podía estar en acecho la hembra, la eterna esclava. . . Jamás, jamás confiaría él su nombre a una mujer, porque el nombre es todo el artista: es el sello de su obra, la cifra de su gloria, de su dignidad y su orgullo; y ha de ir esplendiendo como una joya límpida, debe estar sin mancha como una hostia, ha de ser inviolable como un tabernáculo”.

Con esas luchas de treguas raras: lucha de su amor con su arte, lucha de su amor con los celos y de éstos con su orgullo, Alberto vivía en vacilaciones perennes. Incapaz de un esfuerzo de voluntad salvador, se fiaba del destino, y sorprendíase a veces esperando y creyendo en algo imprevisto como una catástrofe que vendría a deshacer de un golpe su angustia y sus cadenas. Entretanto, los celos continuaban, sobre su amor moribundo, tejiendo y destejiendo un tela empozoñada. Entretanto, las flores que Rosa Amelia cortaba todos los domingos para su hermana futura languidecían, como olvidadas e inútiles, en el cuarto de Alberto. Una vez Alberto pensó que el *otro* pudo haber llevado a María iguales flores. Desde entonces las

flores de todos los domingos empezaron todos los domingos a languidecer en un florero azul, y ahí, olvidadas e inútiles, a través de la semana languidecían, hasta que sus pétalos mustios, rotos de sequedad, volaban con el viento.

Y las rosas, antes blancas, del idilio, eran ya, más que purpúreas, casi negras, como rosas de Calvario.

V I

Un día, al amanecer, Alberto despertó a los golpes y voces que una sirvienta daba en la ventana de su cuarto:

—¡Niño Alberto! ¡Niño Alberto! Que se levante y venga ligero, le manda decir la niña Rosa.

Alberto saltó de la cama, y todavía a medio vestir echó a correr, entrando por el comedor, hacia la habitación paterna. “De seguro un nuevo acceso de angina precordial, como siempre sucede, sobresalta y llena de susto a Rosa. Y hacía más de un mes que el maldito acceso no crucificaba al pobre viejo. ¿No habrá manera, ninguna manera de prevenirlo y evitarlo?”.

Las dos alas de habitaciones de la casa, hacia adelante separadas por el patio principal, se unían hacia atrás en el comedor espacioso. Las habitaciones ocupadas por Alberto y Pedro, las cuales constituían el ala izquierda con relación a la entrada, terminaban adelante en una puerta frontera a la puerta de la calle, en tanto que las habitaciones del lado opuesto se continuaban con el salón, al través de la antesala, ordinario lugar de recibo. A la antesala seguía el aposento de don Pancho, y entre ese aposento y el comedor se hallaban las dos habitaciones de Uribe y Rosa. Por estas habitaciones llegó Alberto: en la primera vio a Uribe, apenas vestido como él, tendido boca abajo sobre una cama en desorden, hundiendo el rostro en el medio de una almohada, alzando los extremos de ésta con las manos y apretándolos contra sus oídos, convulsivamente, como deseoso de no ver ni escuchar lo que a su alrededor acontecía; en la segunda, vino a su encuentro la misma Rosa, con un grito que le llenó de espanto y lo inmovilizó de sorpresa. La desesperación hasta entonces refrenada y taciturna de Rosa parecía romper, exhalándose en un grito. Alberto se sintió a la vez rodeado por los brazos de la hermana; y los brazos endebles lo oprimían, lo magullaban, como si quisieran deshacerlo, impidiéndole casi respirar, sujetándole y sacudiéndole con una fuerza que Alberto nunca habría sospechado en ellos, escondida bajo apariencias de fragilidad primorosa.

—¡Rosa! ¡Rosa!

Pero Alberto no oía ni su propia voz: el grito de la hermana le llenaba los oídos, rompiéndolos, dilacerándolos. Al fin los brazos que, como tena-

zas crueles, lo oprimían, cedieron, y el mismo grito vaciló, se quebró, deshaciéndose en sollozos y lágrimas:

—¡Muerto! Muerto, sin que ninguno de nosotros estuviera al lado de él.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Pero no era un acceso? ¿No será un síncope, Rosa?

Y Alberto corrió a la cama donde su padre yacía, el rostro a la pared, ojos y labios entreabiertos, uno de los brazos fuera de la cama péndulo y rígido, y en el extremo del brazo la mano durísima y cerrada, como si la hubiera sorprendido la rigidez en un supremo esfuerzo de lucha. En los labios, en los ojos, en todas las facciones quedaba la expresión de la angustia asfíxica, evidente precursora del trance final, pero ya muy atenuada, muy débil, hasta poderse confundir con la expresión de una melancolía dulce. La muerte había templado la violencia y dulcificado la amargura con la suavidad irresistible de sus manos piadosas. Pero si en el rostro se adivinaban apenas, la acerbidad y la aspereza del último combate persistían en el extremo del brazo péndulo y en aquella mano dura, cerrada, tendida fuera del lecho, en el aire, como desafiando con su actitud amenazadora a un enemigo invisible. Alberto cogió esa mano, fría como hielo, entre las suyas: trató de abrirla, venciendo la flexión de los dedos, y después de varias tentativas inútiles, decidió ocultarla entre las ropas del lecho, forcejeando sin brusquedad por extender el brazo rígido a lo largo del cuerpo exánime. Luego, enderezó la cabeza del cadáver, vuelta hacia el muro. Enderezada ya, la besó en la frente y se aprestó a cerrarle ojos y labios. La mandíbula, reacia, resistió; y los labios quedaron entreabiertos. No pudo cerrar sino un ojo: los párpados del otro no podían ya obedecer al acto benigno de los dedos filiales. En los labios, y sobre todo en la fijeza de aquel ojo sin luz, Alberto leyó repentinamente un reproche. Acababa de recordar una de las frases crueles que su padre le había dicho tiempo atrás paseándose por aquella misma alcoba, airado y triste: “¿Sabes? Voy a morir de meningitis en mi propia casa”. Y estuvo a punto de romper en llanto sobre el padre muerto... Pero su emoción fue a la vez profunda y fugitiva.

Después de sobreponerse a la emoción, regresó al cuarto vecino, en donde Rosa, inconsolable, sollozaba. Esta contaba entre sollozos que mucho antes de amanecer creyó oír su nombre en sueños. Despertó en gran sobresalto, se incorporó en su cama y se mantuvo así largo tiempo, dispuesta a levantarse y correr si oía de nuevo su nombre o algún ruido alarmante; y como no oyera ningún ruido, se volvió a recostar, aunque sin poderse dormir, agitada de vagos celos, hasta que el alba entró riendo como todos los días por las junturas de puertas y ventanas. A la hora de costumbre se levantó a llevar a don Pancho, con un vaso de leche, la cucharada de una medicina ordenada del médico. Al abrir la puerta que comunicaba con la estancia del padre su propia estancia, llamó dos, tres veces el enfermo. No obteniendo respuesta ninguna, desembarazó con prontitud sus manos de

cuanto llevaban, abrió los postigos de una de las dos ventanas que al patio caían, y al reconocer en la cara del padre la impasible faz de la muerte, empezó a dar voces. Acusábase de no haber acudido a la voz que la llamó en sueños, como de un crimen imperdonable. Se desolaba pensando que de obedecer a la voz misteriosa habría impedido quizá que su padre muriese en el más cruel abandono, como un pordiosero vagabundo, sin hogar ni familia. Pero Alberto acalló esos escrúpulos de Rosa, y la consoló, diciéndole cómo la muerte de seguro había sido repentina, según las previsiones de Emazábel; cómo, en ese caso, hubiera sido inútil estar cerca del padre moribundo, y cómo el agonizante mismo, en ese caso, no podía sufrir, porque no se daba cuenta del tránsito supremo.

—¿No habría sufrido? ¿Crees tú que no ha sufrido? ¿Y aquella mano, Alberto, aquella mano?

—Alguna convulsión inconsciente, como en todos los moribundos.

Con esas y otras parecidas razones, a las cuales él mismo no daba mucho crédito, calmó un poco a la hermana. Luego fue a comunicar la muerte de don Pancho, sirviéndose del teléfono, a todas las personas de la familia, comenzando por la tía Dolores y Oliveros, y mandó llamar a Pedro a toda prisa. Hacía algo más de una semana, Pedro se había por fin marchado a La Quinta, renegando de sus amigos Galindo y Suárez, motejándoles, en toda ocasión de nulos y cretinos, incapaces de influir ni una migaja en el cucurbitáceo testuz del César criollo, y jurando, con aires de misterio, tomar pronta y segura venganza de los ministros y del César inepto y ávido, cuya política se reducía a repartir pensiones y todos los empleos públicos a las cucúrbitas de su numerosa parentela.

Después de la emoción profunda y fugitiva que lo removió junto al cadáver, en Alberto se hizo una lucidez maravillosa. Su espíritu se volvió más claro y más leve, como si a un tiempo hubiese ganado luz y perdido pesadumbre. De esta levedad y lucidez de espíritu nacía un deseo irrefrenable de acción y movimiento. Y Alberto obedecía al deseo irrefrenable de acción, sin darse cuenta de ello, en su papel de improvisado jefe de casa, mientras daba órdenes, disponiendo todo lo necesario a la inhumación y a las exequias, yendo y viniendo sin parar un segundo, solo, pues Uribe el único hombre que había en la casa además de él, con los nervios desordenados y locos, poseído aún del espanto de la muerte, se hallaba en la incapacidad más absoluta de asistirlo. Ni tampoco se le ocurría a Alberto reclamar la asistencia de nadie, porque se encontraba como nunca: agilísimo, holgado y sereno. Dentro de él, como fuera de él, en medio de la luz de aquella mañana espléndida, sobre los seres y las cosas, triunfaba la vida. Entre dos explosiones de sollozos de Rosa Amelia, la risa de un muchacho callejero desgranó en el zaguán mismo de la casa mortuoria sus cristalinas cuentas resonantes. Muchas flores abiertas en el jardín, con el alba, dejaban escapar de sus vegetales y tiernos turfbulos, invisibles nubes de su incienso precioso. Por toda la casa, venciendo los acres olores de medicinas ence-

rradas en algunas habitaciones, corría una ola de fragancias nuevas. El sol, ya muy alto, en un cielo primaveral, incendiaba con su fuego más rubio la atmósfera límpida. Hacia el Norte, en el aire muy claro, sobre el cielo muy azul, resaltaban los contornos del Avila con la precisión de sutiles contornos de viñetas. Y del cielo, del Avila, de todas las cosas, emanaba, desafiando a la muerte, una serenidad indestructible.

A mediodía llegó Pedro. Alberto lo esperaba en el corredor principal, y Pedro, al verle, fue a caer en sus brazos bañado en lágrimas. Los escrúpulos y el llanto de Rosa redoblaron con la llegada de Pedro. De los brazos de Alberto, Pedro pasó a los de Rosa, y este abrazo fue para toda la casa la señal de una explosión de gemidos. Sólo una vieja criada, inmóvil cerca de una de las puertas de la estancia mortuoria, lloraba en silencio, y sobre su piel color de bronce eran sus lágrimas como diamantes puros. Pedro y Rosa estuvieron llorando abrazados, hasta el anochecer, a la orilla del lecho en donde el padre estaba ya vestido de blanco para el viaje sin retorno.

Desde por la mañana comenzaron a llegar algunos de la familia: entre otros, Oliveros con su mujer, las Almeida y misia Matilde Uribe con sus dos pimpollos tentadores, emperifollados como siempre. En otras circunstancias hubieran movido a risa los hipócritas aires compungidos de misia Matilde, y los esfuerzos de Matildita por parecer muy circunspecta y grave. Con sus aspavientos de falso dolor, sin embargo, misia Matilde lograba tan sólo poner fuera de sí a la mujer de Oliveros. Y ésta no se recataba en perseguirla con sus miradas más enconosas, adivinando, bajo los hipócritas aires desolados, la alegría del triunfo. Misia Matilde misma olvidaba de vez en cuando su comedia: al través de su antifaz, hecho de inconsolable y descompuesto dolor, dejaba entrever el regocijo del fondo, y entonces, en especial cuando hablaba con sirvientes, asumía tan imperativas maneras y actitudes, como si fuese ya la única dueña de la casa. En la muerte de don Pancho, misia Matilde veía, si no su triunfo completo, el principio de su triunfo. Ningún obstáculo se opondría ya a que ella viviese con su hijo casado, pues el obstáculo de más fuerza terminaba con el viejo Soria. Y para sus adentros misia Matilde combinaba las frases y el gesto con que, en buena oportunidad, participaría su resolución de vivir en lo adelante con el hijo casado: "¡Qué hemos de hacer! Debemos acompañarles. Particularmente Rosa, la pobre, ¡se ha quedado tan solita!".

Quando cerró la noche, los empleados de la funeraria vinieron a soldar, sobre el cadáver transportado al ataúd en presencia de toda la familia, la caja interna de cinz y sobre ésta bajaron en seguida, fijándola en sus bordes, la tapa de la caja exterior de madera vestida de luto. Luego los mismos hombres trasladaron el ataúd a una especie de túmulo erigido en medio de la sala entre dos candelabros argénteos. A Rosa la llevaron entonces entre tía Dolores y María Almeida a la pieza más apartada contigua al comedor,

mientras Pedro se fue detrás del ataúd, y como antes a la orilla del lecho, se quedó llorando a un lado del ataúd, sin que nadie pudiera desprenderle de ahí en toda la noche.

Ya en la noche avanzada, cuando cesaron las idas y venidas de los visitantes con sus abrazos y saludos de pésame y en toda la casa no quedaron sino los pocos amigos dispuestos a acompañar a los Soria durante la fúnebre vela, cuando, en una palabra, Alberto no tenía en qué distraer su vivo deseo de acción y su inquietud, consideró de frente su propia serenidad imperturbable, y su serenidad le horrorizó. Todas las emociones, todas las tormentas que el dolor desencadenara de súbito en su casa, no habían dejado en él sino un rastro muy leve, una sensación de frío y destemplanza en piernas y muslos, idéntica a la sensación tantas veces experimentada por él cuando pasaba un examen en sus lejanos tiempos estudiantiles. "¿Por qué no lloraba él como Rosa? ¿Por qué no lloraba como Pedro?". Mientras él comenzaba a hacerse a sí mismo esas preguntas, Romero y Alfonso viéndole como resignado y tranquilo, le hablaban de Emazábel, enfermo desde el día siguiente al de la memorable reunión en el taller, y le hablaban de la obra que había de fecundar la juventud sin flor de todos ellos, glorificar sus nombres y redimir la patria. Alberto, después de oírles con mucha atención algún tiempo, se distrajo a considerar nuevamente su propia serenidad y, con el mismo horror de la primera vez, volvió a preguntarse por qué no lloraba él como Pedro, ni sollozaba como Rosa. Pedro, cerca del ataúd, se estremecía de cuando en cuando. Alberto le oía llorar sosegadamente, y se asombraba de ese llanto continuo y fácil como el correr de un arroyo. Nunca hubiera imaginado a Pedro, el que siempre reía, capaz de tantas lágrimas. Parecía como si todas las lágrimas que dejó de verter en la vida, entonces las vertiera. De tiempo en tiempo, en la alcoba más distante, del pecho mismo de Rosa Amelia surgía una como escala de sollozos: los primeros, altos como gritos; los últimos, casi imperceptibles como suspiros tenues. En la antesala y en el comedor, las conversaciones tenidas en voz baja hacíanse en voz aún más baja, o se interrumpían por completo. Y en el gran silencio, al través de las habitaciones, despertando en cada habitación un eco diferente, los sollozos venían a deshojarse y caer sobre el ataúd como flores impalpables. Mas, a los oídos de Alberto, los sollozos y los ecos por los sollozos despertados, empezaron a resonar como acusaciones tremendas. A veces, turbando el silencio profundo, sólo se oía en toda la casa el intermitente caer de las gotas de agua desde la piedra de filtrar del tinajero en la tinaja rebosante; y en el melancólico rumor de queja que las gotas de agua alzaban al caer, antojábasele a Alberto oír un reproche: "¿Por qué no lloraba él como Rosa? ¿Por qué no lloraba él como Pedro?". Y Alberto, sin darse cuenta quizá de lo que hacía, hizo esfuerzos por enterrecerse hasta las lágrimas. Recordó los episodios de su niñez y juventud, a los cuales iba más íntimamente enlazada la figura paterna; recordó palabras y consejos cariñosos de su padre, recordó ternísimos fragmentos de

cartas que su padre le había escrito a Europa; y los recuerdos de cartas, consejos y episodios que en otra ocasión le habrían arrancado lágrimas, entonces le dejaron impasible. En vano se representó al padre tal como era en los últimos días, exacerbado por la vejez y la enfermedad, impaciente y nervioso. En vano se lo representó quejándose, maldiciendo de la vida, que lo traicionó, porque después de prometerle mucho, no le cumplió ninguna de sus promesas. "Con nadie —pensaba Alberto— fue tan cruel e injusta la vida: trabajador, no obtuvo cuanto por su trabajo merecía; hombre, perdió muy pronto la mujer que adoraba y se vio él mismo adivinando de continuo a la muerte en acecho a dos pasos de él; padre, vio a los hijos lanzarse por los caminos que él menos esperaba, y a la hija casada con quien representaba a sus ojos precisamente lo contrario del hombre que soñó para su hija única. Hasta su último instante, la vida no cesó de perseguirle con dureza. Y aun después que le abandonó para siempre, ¿no continuaba la vida maltratándole, no seguía siendo cruel e injusta para con su memoria en las entrañas imperturbables del hijo que él llamó una vez el mejor de sus hijos?"

Y como no logró enternecerse con ninguna de estas reflexiones, Alberto se dispuso a no ver sino impureza o vanidad en el dolor de sus hermanos. Pensaba: "Quien tiene el llanto fácil tiene más fácil aún el olvido". O bien se preguntaba si bajo aquel dolor impetuoso no se esconderían grandes remordimientos. Pero luego se arrepentía, se avergonzaba de haberse puesto a buscar una causa pueril o un origen impuro al dolor de los otros, y terminaba por injuriarse, llamándose perverso y mal nacido. Y las injurias tampoco lo turbaron. Ninguna lágrima subió a humedecer sus párpados resecos. Su espíritu se conservó, como si fuera un pedazo de cristal de roca: sereno, lúcido y firme.

Replegado sobre sí mismo, Alberto consideró de nuevo con espanto la serenidad suya, hecha de un sentimiento de liberación casi alegre. Y entonces la verdad se le apareció en el fondo del alma. La muerte de su padre, inesperada y brusca, interrumpía bruscamente su lucha interior, desarmaba sus celos desbocados y locos y llenaba esa tregua de los celos con la obscura e infame esperanza de la victoria y la paz definitivas. De aquí su extraña serenidad, hecha de un sentimiento de liberación casi alegre. "La catástrofe presentada de él, esperada por él, como una libertadora que vendría a deshacer su angustia y sus cadenas, era la muerte de su padre". En vano se llamó criminal, infame, hijo desnaturalizado y perverso: su espíritu no dejaba de gritar con la jubilosa exultación del triunfo: "¡libre! ¡libre! ¡soy libre!". Alberto sentía en realidad como si no estuviera unido a nada ni nadie por ninguna especie de lazos, deberes u obligaciones. A una pregunta que le hizo Alfonso, se extrañó como si Alfonso le hubiera hablado en una lengua incomprensible.

Romero y Alfonso habían seguido conversando sobre Emazábel, su enfermedad y sus proyectos. Lamentaba Romero la enfermedad importuna de

Emazábel, porque sin éste no se atrevían a dar principio a la obra. Emazábel, con su fuerza de voluntad, unía, dándoles valor, las voluntades de los otros, de por sí pusilánimes e impotentes. "Sin embargo —opinaba Alfonso—, era tal vez mejor no haber comenzado la obra todavía, por las calumnias que sobre ella estaba haciendo propalar Diéguez Torres". Este, sabedor de la reunión tenida en el taller de Soria, despechado porque no le invitaron a la reunión, ni sobre el fin político de ella le fueron a consultar su parecer, publicó, olvidando firmarla, una hoja suelta en la cual denunciaba al gobierno y al país las turbias maquinaciones y los muy siniestros conciliábulos de un grupo de "godos". Entre alusiones más o menos claras, más o menos groseras, revelaba algo del plan de Emazábel, pero falseándolo, contrahaciéndolo a su guisa. "Unos cuantos jóvenes pertenecientes a familias conservadoras —afirmaba él— abrogándose el título de intelectuales, y con el pretexto de instruir a las masas, organizaban una vasta conspiración, cuyo verdadero propósito era deprimir a las gentes de color hasta la despreciable condición política y social que tuvieron durante la Colonia y aun en los comienzos de la República". "Y aunque la especie fuera demasiado burda para ser creída, tal vez habría hecho bastante daño —opinaba Alfonso— por ser infinita la muchedumbre de los ingenuos. Más bien podía verse una fortuna en el malestar de Emazábel, porque a causa de él no se empezó bajo malos auspicios la obra". Al opinar así fue cuando Alfonso dirigió a Alberto una pregunta. Y Alberto, perplejo, se quedó largo rato sin contestar, como si no comprendiera, como si no le interesase en absoluto lo que Alfonso y Romero discutían; como si le fueran extraños los proyectos de Emazábel, y él no los hubiera aplaudido y prohijado, considerándose cual propios; como si no fuera él mismo quien había hecho apuntes, recogido notas y bosquejado ya, para los fines de la obra, una larga serie de conferencias; como si no fuera él mismo quien acababa de enviar su "Venus criolla" y la copia del "Fauno" premiado en París a la Escuela de Bellas Artes, con la intención de consagrar en esa escuela, con permiso del director, su primera conferencia artística a los estudiantes de escultura.

Hacia el amanecer, Alberto observó cómo la sensación de frío y destemplanza que molestaba sus piernas la víspera se había ido propagando poco a poco por todo su cuerpo. Era, bajo la cabeza libre y despejada, como un amodorramiento general, surcado a veces de punzantes fríos enojosos. Y tan incómoda sensación fue agravándose a medida que avanzaba la mañana, primero con los últimos preparativos de los funerales, después, en la iglesia, con los infinitos apretones de manos de los invitados, indiferentes e hipócritas, y por fin con el viaje entre nubes de polvo y llamaradas de sol, camino del cementerio. De cuando en cuando, Alberto dejaba de sentir sus miembros, y era como un parálítico sobre cuyo cuerpo casi muerto, inmóvil, persistía la tortura de una inteligencia intacta.

Algunas aves, extraviadas en el cementerio, entre las copas de los cipreses y cujíes, cantaban sobre las tumbas. Las coronas de flores, traídas de la ciudad en el carro fúnebre, fueron depositadas cuidadosamente cerca de la fosa. Un sacerdote bendijo la sepultura, y sobre la urna descendida en la fosa cayeron las primeras paladas de tierra. Alberto oyó el sordo rumor alzado por las paladas de tierra, al caer sobre la urna, como si saliera de sí mismo, de su pecho, y al mismo tiempo su molesta sensación de modorra se desvaneció como un humo pesado a un fuerte soplo de brisa. La verdadera significación de aquella ceremonia fúnebre penetró en él con sacudida formidable. No era sólo su padre lo que iba a dejar ahí, bajo la tierra, y por siempre: con su padre se quedaban el hogar, la familia y todo un infinito de sueños, esperanzas y amores. Comprendió entonces cómo su padre aun enfermo, débil, moribundo, era una gran fuerza, porque realizaba la unión de corazones y vidas cuyos destinos e ideales no podían ser más diferentes. “¿Qué sería de ellos mañana? ¿Qué sería mañana de Pedro, de él y de Rosa? Ni él ni Pedro vivirían mucho tiempo con Rosa, a causa de Uribe. Pedro y él no vivirían mucho tiempo unidos, a causa de la radical diferencia de sus ideas y costumbres. Dentro de poco, mañana tal vez, cada uno tomaría por su lado. Serían como golondrinas que, después de vivir todo un verano juntas a la sombra de un mismo alero, se dispersan a las primeras ráfagas de otoño. . . ¿Con su padre, su hogar y su familia, no iba a dejar también su propia juventud y sus más puros sueños, esperanzas y amores, pudriéndose bajo aquel montón de tierra?”. A esas reflexiones, mientras las paladas de tierra seguían cayendo con sordo rumor, su serenidad imperturbable se deshizo como un cielo muy claro que se deshiciera en lluvia. En sus ojos aridísimos rompió la más limpia vena de llanto. Y Alberto, aquel día y toda la noche de aquel día, lloró, lloró mucho, dejando correr en el mismo cauce, ahondado por la vigilia, de sus mejillas, macilentas con las primeras lágrimas de su orfandad las últimas de sus amores.

CUARTA PARTE

I

Cantaban los cigarras. De cada árbol, de cada arbusto brotaba el monótono canto anunciador del estío. Cerca y lejos, cada mancha de verdura, cada rama, cada hoja, era un chirrido estridente, insostenible, como la nota más alta y gloriosa de una cuerda hecha de cristal que estuviese vibrando hasta romper de frenesí o de júbilo. De la escasa vegetación nacida a orillas de las quebradas y barrancos que, desprendiéndose del Avila, bajan a cortar y dividir caprichosamente la ciudad hacia el Norte, venían los cantos monótonos y agudos; venían del Oeste, de los raros follajes respetados aún por

la incuria administrativa sobre El Calvario, colina antes revestida de flores y de lozana arboleda; venían de los cafetales tendidos al Este y Sureste de la población; de todos los puntos del horizonte venían; y en la ciudad misma, de cada patio o corral lleno de árboles de sombra, de cada jardín, de cada plaza pública, surgía un coro idéntico, ensordecedor y penetrante. Y como en un grandísimo templo gótico van las columnas, los arcos y las demás partes del edificio enlazándose y fundiéndose de modo armónico a rematar en la suprema esbeltez de la aguja, así los cantos y los coros dispersos por toda la ciudad se enlazaban y fundían en la atmósfera inflamada, sobre la ciudad ebria de bullicio y de sol, primero en un vasto coro unánime, y, por fin, en un solo grito desesperado que volaba hasta el cielo como un dardo impetuoso.

Percibiendo todo eso, Alberto, inactivo y solo en su taller, se imaginaba oír en aquel grito, el grito de la tierra enferma de fiebre, torturada de sed, que clamaba a los cielos, implacablemente azules, por una gota de agua. La tierra tenía fiebre. El calor de la fiebre se alzaba por todas partes de la tierra sitibunda, y también por todas partes el rubor de la fiebre subía en llamaradas violentas a la cima de los bucares, a lo alto de las marías, a las copas de las acacias, que desgajaban de flores. No se veía sobre los árboles, en ninguna parte de la ciudad ni en sus contornos, sino florescencias purpúreas, reveladoras del incendio que abrasaba las entrañas de la tierra. Desde la ventana del taller se divisaba a lo lejos, por sobre las tapias de un corral, una maría empavesada de púrpura.

Alberto, algo intranquilo, se asomó a la ventana y recorrió con los ojos la calle desierta. Ningún ruido, a no ser el de los cantos de cigarras, turbaba el pesado letargo estival de la hora. Sobre la tierra, a trechos roja, a trechos gualda, de la calle no empedrada, reverberaba el sol como sobre una áurea lámina bruñida. "Nunca ha tardado tanto —se dijo Alberto, al retirarse de la ventana con los ojos encandilados por el sol—. De la iglesia al taller habrá un cuarto de hora, si acaso veinte minutos. A menos que un obstáculo repentino la haya obligado a no salir de su casa". Y Alberto sintió rebelarse todo su ser contra el probable obstáculo imprevisto. Todo él vibró y se tendió, resorte vivo, como si pretendiera volar al encuentro de la esperada; todo él deseó a la que había de venir, con igual impaciencia ardorosa con que la tierra hacía un mes estaba clamando por la lluvia. También él, como la tierra, tenía fiebre: la fiebre cantaba en sus venas, ardía en su corazón y comenzaba a llenar su espera de inquietud y sobresalto. La tierra, con su fiebre, con sus árboles atormentados de sed, con sus follajes ardidos, con sus florescencias rojas, con sus innúmeros cantos de cigarras, no era sino un solo clamor que exigía del cielo inclemente la gracia de la lluvia. Así en todo él, como en la tierra febricitante, no había sino un solo deseo, una sola ansiedad, un grito solo: Teresa. Porque Teresa le traía la frescura del agua en la misma boca en cuyos labios enfermó él de fiebre inextinguible.

Días después de enterrado su padre, Alberto se fue, diciendo que por una breve temporada y en busca de fuerzas, como a convalecer, a Macuto, el único pueblecito de baños de la costa. Necesitaba, más que de reposo y fuerzas, de recogimiento y soledad, a fin de ver claro dentro de sí, oír mejor las voces de su alma, y trazarse luego un plan de vida futura, ajustando a los más fieles juicios de su conciencia la conducta que seguiría en lo adelante con sus propios hermanos, con María Almeida, y con Emazábel y los demás amigos generosos, empeñados en el mismo proyecto colosal, muy noble, sin duda, pero tal vez delusorio, de redimir la patria, enferma y decadente de sus fealdades e ignominias.

A la llegada de Alberto había muchos bañistas en aquel pueblo de la costa, pero la mayor parte de ellos comenzaban a volverse uno a uno a la capital, porque la estación de los baños tocaba a su término. Los últimos, los más rezagados, los más renuentes a irse, partieron casi en tropel, cuando en la rústica y serena paz del pueblecito comenzaron a estallar, como bombas, después de las noticias de muy ásperos debates en el Congreso, las primeras e indudables noticias de una revolución capitaneada por el "íncito" general Rosado, aquel mismo general senador cuyos tejemanejes en una de las más próximas Antillas traían de tiempo atrás al gobierno desazonado y caviloso. La proclama de guerra que el general Rosado lanzó desde un hato de su propiedad a todas las comarcas y gentes de la república llegó al pueblo, traída no se sabía de dónde ni por quién, y en el pueblo pasó por todos los habitantes y bañistas de mano en mano, despertando en los unos curiosidad o alegría, sembrando en los otros alarmas y tristezas.

La lectura de la proclama belicosa de Rosado fue como la señal de partida de muchas familias que se marcharon sin dilación, y muy pronto, aunque en aquellos parajes de la costa no hubiese nada que temer, ni entonces ni más tarde, no quedaron en el pueblo sino tres o cuatro familias de la capital, entre ellas la familia Solórzano y Teresa Farías con sus dos hijos. Por el mayor de éstos, enfermizo y bastante desmirriado y paliducho, se vino Teresa a aquellas playas. La acompañó algún tiempo la hermana de su marido. Cuanto a Julio Esquivel, retenido por sus quehaceres en la capital, venía al pueblo una vez por semana: llegaba el sábado por la tarde, y en las primeras horas del siguiente lunes volvía a la capital, adonde lo llamaba su deber en la oficina de una gran Compañía de que era empleado como ingeniero jefe de la sección de dibujo.

En la soledad en que el pueblo se quedó, al ausentarse la muchedumbre de los bañistas, Alberto creyó ver una sólida garantía del retrainimiento necesario a lo que él llamaba su indispensable convalecencia. Para saborearlo mejor, puso método en su ocio, repartiendo las horas lo más gratamente posible. La mañana la invertía casi toda en darse un baño y en hacer, después del baño, una excursión por los contornos más agrestes. Ya se iba siguiendo la ondulante curva de la playa, entre uveros y rocas; ya remontaba el curso del riachuelo que, a un lado de la población, viene a rendir

a la mar el escaso tributo de sus aguas limpísimas. Caminando río arriba, por no muy trilladas veredas, llegaba a veces hasta alguna de las revueltas, ricas en sombra y frescor, de las que el río forma a poco de abandonar el cerro en cuyas alturas nace; y ahí, en esa revuelta, sobre un duro peñón suavizado y pulido por el beso incansable del agua, se embelesaba en ver y oír el correr murmurante del río entre peñascos y breñas, pero sin dejar de atender el otro raudal que por lo más hondo de su alma corría, arras-trando muchas cosas muertas, como a sus pies el río se deslizaba, arras-trando hojas caídas y ramas rotas.

Por la tarde, en las horas de más calor, buscaba un refugio en la um-bría del parque de arboleda muy espesa que se halla a la entrada del pue-blecito para quien viene de la capital; y a la sombra de caobas, higuerores y majaguas, a ratos leía, a ratos contemplaba a lo lejos, por entre los claros del follaje, el mar casi nunca apacible, de ordinario inquieto y rizado, llena la móvil superficie glauca de infinitos choques de olas, coronados de espu-ma, que fingían, en su efímero y blanco relampaguear, innumerables y es-parcidos copos de algodón de candidez reluciente. A esas mismas horas que-dábase raras veces en el alto comedor del Casino, viendo siempre hacia el mar, a través del pedazo de vega soleada que empieza a la derecha del Casino y acaba no lejos de ahí, en donde la tierra avanza en el mar una punta erizada de ásperas y eminentes rocas. En una u otra parte, leyendo, o con-templando el océano, Alberto esperaba, como se espera una fiesta, la hora en que muere el día y el sol cae en la mar, en medio de la gloria incompa-rible y fugitiva del crepúsculo.

Nada le era tan dulce como saborear aquella hora cual un festín de be-lleza. Cuando el sol empezaba a declinar, ya estaba él esperando en la playa, con la misma piadosa expectación con que el creyente espera el principio de una ceremonia de su culto, los primeros juegos y combinaciones de ma-tices que la última luz derrama sobre el mar, el cielo y el monte. Ese diario y siempre nuevo festín de belleza lo saboreaba desde el puentecito de madera que une el establecimiento de baños de mar a la tierra firme, o sentado al pie de uno de los raquíuticos olivos silvestres plantados en línea paralela a la primera fila de casas del pueblo, o paseándose arriba y abajo junto al murallón que protege la playa contra el asalto de la onda en los días de borrasca y en el subir de la marea. Las olas, cuando el mar está siquiera un poco agitado, se rompen contra el malecón, restallando como látigos o retumbando como truenos, y al romperse llenan los aires y van a barrer, por sobre el malecón, el paseo de la playa, con el furente hervor de espuma deshecha en polvo sutilísimo.

Tan escrupulosa y consagrada atención Alberto ponía en seguir los cambios de la luz y las diversas tintas de las aguas y del cielo, que algunos crepúsculos, con sus más imperceptibles pinceladas, quedábansele hasta mu-cho tiempo después resplandeciendo en la memoria. Ya era un ocaso en que un largo nubarrón plomizo, como densa faja de brumas, ocupaba el ho-

rizonte; por sobre la nube, un haz de tintas pálidas, que se desmayaban y morían como pétalos de flores enfermas; debajo, entre la nube y las aguas del mar, una tenue raya color de fuego, como hecha con un pincel fino y primoroso; y el vientre mismo de la nube horadado, en el sentido de su longitud, en tres puntos diferentes de los cuales, como de otros tantos respiraderos de una fragua, saltaban a la mar sendos fúlgidos chorros de topacios derretidos. Ya era otro crepúsculo admirado desde el puentecito del establecimiento de baños; detrás del pueblo, de la más alta cumbre del monte, se desprendía, subiendo en los aires y avanzando a la vez hacia el mar, un blanco jirón de niebla; a lo largo de la playa, las cimas de los cocos, movidas del terral simulaban destrenzadas cabelleras de indios; en el cielo de Occidente, dos lagos: uno de oro con bordes azules, el otro de fuego con orillas de ópalo; y entre esos dos lagos y el jirón de niebla que subía de la montaña, una gran zona celeste, clara y profunda, en cuyo fondo chispeaba el primer lucero de la noche como diamante solitario prendido en el velo azul de una virgen.

Pero muy pronto Alberto echó de ver que en lugar de serle más fácil resultábale más difícil retraerse, como quería, en aquel pueblo casi por completo abandonado. Siéndole conocidas las pocas personas que en el pueblo quedaban, y hallándolas a cada momento a su paso, forzoso le fue acercarse a ellas, intimar con ellas y participar en sus pláticas y reuniones al aire libre, en el parque, en la playa, y a la sombra de los matapalos e higueros que llenan con sus follajes sus barbas y hasta sus raíces, la segunda de las tres calles que cruzan el pueblecito de Este a Oeste. De tal modo llegó a verse en el caso de concurrir a cortas e improvisadas excursiones a las cercanías. Las excursiones las improvisaban Teresa y las Solórzano. Y como no se trataba ni de banquetes, ni de estrepitosas partidas de campo, ni de ninguna otra diversión por ese estilo, Alberto no se podía excusar con lo reciente de su luto. Sufriendo al principio de mala voluntad esas escapadas agrestes, les fue tomando ley poco a poco.

La presencia de Teresa le hacía pensar de cuando en cuando en sus peores noches de celos, aunque sin despertarle ya aquel sentimiento ambiguo de simpatía y aversión que Teresa entonces le inspiraba. Muerta la voraz Químera que estuvo enseñoreada de su espíritu, desvaneciendo los celos como odioso y ridículo espantajo, sepultado en lo más íntimo del alma su amor suspicaz e infeliz, aquella aversión, producto de naturales reflexiones egoístas, se disipó, dejando en libertad la simpatía confundida enantes con ella. Y la simpatía en libertad halló en el pueblecito desierto un cómplice habilidoso y amable. Halló, en la vida casi en común que llevaban los pocos habitantes del pueblo, ocasiones de crecer, hasta manifestarse irresistible. Poco a poco, Alberto se encontró llevado, y se dejó llevar de aquella fuerza oscura. Ni por un instante se le ocurrió luchar contra ella. "¿A qué oponerse al destino? ¿Mejor no era abandonarse a él como la hoja a los caprichos del aire? ¿No le presentaba el destino provi-

dente el medio más a propósito para acabar con las últimas vacilaciones de su alma, apresurando su convalecencia hasta conseguir de nuevo su entera salud interior de otros días?”. Al menos a la sola interesada, Alberto no disimuló sus vivas inclinaciones. Al contrario, más bien parecía tomar empeño en manifestárselas de modo patente, como si quisiera, obrando así, purgar y deshacer hasta en el recuerdo su antigua aversión injusta. En sus acciones y palabras las claras muestras de simpatía iban a su fin derechamente, o por los caminos más cortos. El menor de los dos chiquillos de Teresa fue muchas veces cándido intermediario de aquella simpatía cuyas alas empezaban a arder en un fuego nada puro. Vivaracho y travieso, tanto como era de tímido y melancólico su hermano, acostumbraba todos los días romper la lectura del escultor y turbar la pesada somnolencia del parque, a la hora de la siesta, con el bullicioso y alegre tumulto de sus risas, juegos y charlas.

El chiquillo, después de evitar muchas veces, al principio, el contacto de aquel señor que leía todas las tardes a la sombra, por parecerle muy grave y ceñudo, fue después con los días acercándosele, y a la postre le cobró confianza y apego. Alberto se veía forzado a interrumpir sus lecturas, a responder a la avalancha de preguntas que despeñaba sobre él su amigo liliputiense, a mostrar a éste una a una todas las páginas del libro que leía, hasta convencer al chiquillo, incrédulo y malicioso, de que el libro no tenía “santos”, y a veces a secundar en sus juegos, como cualquiera otro chiquillo, al de Teresa, riendo y correteando con él, por dentro y fuera del parque, bajo las majaguas y caobas. Al terminar los juegos, Alberto cogía entre sus manos al chiquillo —cuando éste, avisado ya, no tomaba sus precauciones, poniendo entre su amigote y él una distancia prudente— y le besaba y estrujaba, hasta sofocarle a caricias. El chiquillo, que empezaba por dejarse oprimir, acababa protestando. Alberto jamás lo dejaba antes de enfurecerlo siquiera un segundo, obligándole a debatirse, por el solo placer de mirar cómo sacudía la rebelde guedeja castaña y cómo, bajo el ceño fruncido, le chispeaban los ojos en furia, semejantes a dos esmeraldas ardientes. Eran, como los ojos de la madre, claros, no del todo verdes y azules, pero despiertos, muy despiertos, no amodorrados, como los ojos de la madre en una languidez continua. Cuando Teresa presenciaba aquellos retozos con aires de lucha, el chicuelo corría, al verse libre, a buscar en ella un refugio contra los desconsiderados apretones. Ella, sonriendo, besaba al hijo en la boca, en los ojos, en el cabello alborotado. Y Alberto, sin poderlo evitar, pensaba entonces que los labios de Teresa debían de imprimirse en el rastro aún fresco de los suyos. “¿No se encontrarían sus besos? ¿Cuando ella besaba al hijo, después de haberle besado él, besaba únicamente al hijo?”. A esa reflexión diabólica vacilaba confuso, medio extraviado los ojos, como quien se entretuvo paladeando un vino fuerte. Su extravío y aturdimiento eran a veces tales, como si por cada uno de los poros de su cuerpo entrase, quemándolo y mareándolo con sus llamas y canciones, una

voluptuosa embriaguez desconocida. De esa manera germinó el deseo que, de reflexión en reflexión, por el mismo acto provocado, fue irritándose y creciendo, como de estímulo en estímulo, hasta llenar la sangre de Alberto con su hálito ardoroso. Y como Teresa continuaba siendo la misma para él, de modo que él veía siempre en el saludo de Teresa un esbozo del gesto de quien brinda una copa rebosante, él, un día, se atrevió a poner sus labios en los bordes de la copa.

Fue en el curso de una de aquellas excursiones improvisadas por las Solórzano y por la misma Teresa. Caminaban río arriba, y habían llegado precisamente al paraje en donde concluye lo que puede llamarse camino, y de donde no es posible seguir sino atreviéndose con escarpados e inseguros vericuetos, o saltando por el cauce del río, de roca en roca. Adelante, acompañadas por dos amigos de lo más "granado y culto" de la capital iban las Solórzano. Parte de ese grupo delantero andaba todavía por una resbaladiza vereda, angosto y húmeda, formada con las raíces de tres jabillos muy frondosos, cuando los otros, pasada la vereda, empezaban ya a saltar de roca en roca sobre los pozos tersos, de cristales muy diáfanos y fondo hecho de arena, blonda y menuda, como polvo de oro cernido. Teresa y Alberto seguían detrás, los últimos de todos, conversando. Llegados al punto del cual no pasarían sino marchando uno en pos de otro por la misma vereda que los demás acababan de trasponer antes de pisar la vereda, sin que ninguno de los dos pudiera decir más tarde cómo ni por qué, se besaron largamente, escondidos bajo el sonrosado parasol de Teresa, abierto sobre ellos, entre el verdear de las hojas y a la vera del camino, como una monstruosa anémona salvaje.

Desde entonces, no hubieron menester de intermediario sus besos: como abejas incansables y libres entre la colmena y la flor, así volaron entre sus bocas. La libertad necesaria a su vuelo durante las breves excursiones improvisadas, como en la memorable excursión río arriba, la resguardaba el parasol de Teresa, convertido en alcahuete precioso, ligerísimo y sabio. Ya se abría como una flor sobre las cabezas de los amantes, apoyadas una en otra, ya se agitaba con el inquieto revolotear de una mariposa delante de los labios desfallecidos y como absortos en el espasmo del beso. Cuando el parasol no protegía sus besos, los protegía la sombra de la noche sin luna en la playa solitaria. Ahí, en los sitios más oscuros y discretos se encontraban sus bocas. A veces, en el malecón, viendo venir las olas a estrellarse contra la muralla a sus pies, esperaban que una ola más grande que las otras viniese refunfuñando fieros y amenazas, para entonces huir, no sin mezclar, durante el fingido azoramiento de la fuga, el temeroso rumor de sus labios, que se juntaban por un segundo, con el rumor de la onda que al pie de la muralla se rompía, restallando como un látigo o retumbando como un trueno. Otras veces aprovechaban las mejores coyunturas que se les ofrecían por la noche, en el puentecito que une el establecimiento de baños de mar a la tierra firme. Ahí se reunían las Solórzano,

sus dos amigos elegantes recién venidos de la capital, Teresa, Alberto y alguna otra persona. Cuando una de las muy alegres primas de Uribe no rasgueaba zurdamente una guitarra, en tanto que otra de ellas acometía alguna romántica y boba canción de amores, comentábanse las últimas noticias de la guerra llegadas de Caracas por el tren o el teléfono, y otras varias noticias, complaciéndose las damas en mover la lengua y los labios parleros si se trataba de noticias de noviazgos rotos, de noviazgos en agraz, de matrimonios fresquecitos, o de sucesos menos confesables aún, pero en los cuales el amor, caprichoso y tiránico, figuraba también, haciendo libremente de las suyas. Para dar las noticias de esta última clase no había, al decir de las Solórzano, como Pepito Rieja, uno de aquellos dos amigos elegantes recién venidos de la capital. Tenía tanta gracia y un lenguaje tan pintoresco para hablar de aquellas cosas, que las Solórzano le escuchaban rendidas de admiración y como en éxtasis, cuando no celebraban sus pullas con lisonjeras carcajadas. Así, Rieja, dando cuenta una noche, de lo que en la ciudad se murmuraba sobre el continuo visiteo de Mario Burgos a casa de las Ríguera; diciendo cómo algunos creían que Mario enamoraba tan sólo a una de las muchachas Ríguera con la intención de quien, para ir hasta el tronco de un árbol, empieza por guindarse de una rama; diciendo cómo otros creían que el intento de Mario era apachucar con rama y tronco a la vez, acabó por decir que, según su parecer, Mario estaba sin duda "tirando una parada de dos cabezas". Este dicho, y su correspondiente retintín malicioso, lo acogieron aquellas vírgenes románticas, aficionadas a cantar al triste son de la guitarra las más tristes cántigas de amor, entre un alto coro de risas, cuya espontaneidad trataron de cubrir después con un "¡las cosas de Rieja!" o un "¡las cosas de Pepito!", según eran más o menos amigas de aquel narrador de estilo incomparable. En tales o parecidas circunstancias, Teresa y Alberto hallaban siempre ocasión de cambiar, casi en las barbas de los demás, algún beso furtivo, siendo tanto mayor el deleite que saboreaban en el beso, cuantos mayores riesgos corrían de ser vistos de los otros. Sobre todo en Alberto, el deleite de los besos fugaces, como súbito roce de almas, era indecible. El calofrío del peligro le hacía más picante el sabor de los besos, ya de por sí muy deleitoso. A formar en él ese deleite contribuían: un poco de su vanidad, por la satisfacción de sentirse dueño de algo que le envidiarían muchos hombres, el sobresalto continuo del primer adulterio, el pensamiento de ser besado de una boca hecha a deshojar plegarias y letanías, y las mismas torceduras de conciencia con que el recuerdo de María Almeida venía a turbarlo a menudo en medio a los ardores impacientes de su idilio culpable.

Las impaciencias de su ardor crecían cada vez más, pero hallaban en Teresa una serenidad imprevista, no turbada, al parecer, ni de un amago de fiebre. Con semejante serenidad, ella contenía, moderaba y desconcertaba los ímpetus de él. Y él empezó a dudar de ella, a creerse víctima de una insondable coquetería diabólica, porque de otro modo no se conciliaban a

su juicio, en una misma mujer, aquella resistencia tranquila, contra la cual iba a estrellarse el aguijón de su deseo, y la tranquila audacia con que Teresa le ofrecía sus labios y la miel de los besos fugitivos en los paseos, en la sombra de la plaza y en el puentecito de los baños, casi en la presencia de los otros contertulios. Pero Teresa disipó las dudas y sospechas, y previno los reproches que de sospechas y dudas bien podían derivar, manifestándose atormentada por escrúpulos, en los cuales Alberto creyó, a pesar de lo extraños e incomprensibles que eran. Los escrúpulos de Teresa venían de recordar que en aquel pueblo ella había pasado los primeros días de su luna de miel, y de considerar como profanación o sacrilegio el caer en los brazos del amante en donde cayó por la primera vez en los brazos del esposo. “¡El pobre Julio! ¡Era tan bueno! . . . Después, cuando volvieran a la capital. . . En la capital sería cosa muy distinta”.

La razón de su resistencia no estaba en esos escrúpulos, que no eran sino vagos y mal traídos pretextos: estaba en algo más consistente, menos ideal que esos escrúpulos: en un simple cálculo egoísta. En las cosas de amor. Teresa conocía muy bien todo el precio de la espera. Sabía que el don, cuanto más esperado, más precioso y más dulce. Y deseaba que Alberto esperase, como ella de mucho tiempo atrás venía esperando. En efecto, lo que para él era delicioso e inesperado principio de una intriga de amor, para ella no era sino el fin heroicamente esperado de una larga y secreta obra, cumplida al través de meses, dificultades y estorbos. Y así se lo dio a entender ella misma, cuando le dijo cómo aquel amor suyo había empezado a germinar en su alma. “El germen de su amor —según ella decía— fue la corazonada que tuvo la primera vez que le vio, recién llegado de Europa, aquel día en que, estando ella en la plazuela de la Santa Capilla, acertó él a pasar por la calle. Sin ella saber cómo, al verle y adivinar quién era, se dijo para sus adentros: a ése yo lo querría. Y cuando él no sólo volvió a mirarla, sino desanduvo lo andado para de nuevo pasar delante de ella, en vez de repetir en sus adentros “a ése yo le querría”, se dijo sin la más leve incertidumbre: “ése me querrá”. “Y una voluntad de mujer —agregaba Teresa— es irresistible. Cuando se propone secar una fuente, o siquiera torcer el curso de sus linfas, y hasta el corazón de la montaña; y si la montaña resiste, cambiará de cimientos la monañita antes que ella de propósito”. Pero aun sin ese cálculo sugerido por la virtud milagrosa de la espera, ella no se hubiera entregado jamás al amor en la atmósfera de aquel pueblo. No era ese el ambiente exigido de sus nervios para las exaltaciones del amor y las dulzuras del pecado.

En ella parecían vivir, una al lado de otra, dos mujeres distintas. Y según cuál de las dos predominase, así cambiaba Teresa de vida y costumbres. De aquí las alternativas que por sí solas formaban su existencia: iba de excesos de vida piadosa a excesos de vida mundana. Ya consagraba todos los instantes a una infinidad de prácticas devotas; ya, sin abandonar de un todo sus devociones, concedía más espacio y atención a las cosas del

mundo. Cuando se hallaba en este último caso, en una faz de vida mundana, como sucedía en aquel pueblecito costeño, su modo de vivir se acordaba mejor y a la vez con las leyes naturales y con la ordinaria moral de los hombres. Como su vida, se depuraban sus nervios, despojándose de sensaciones inútiles o malsanas y excesivas. Los instintos nacidos y aguzados en su anterior vida artificial, se mellaban entonces; y bajo su piel blanca se dormían sus voluptuosidades, como un rebaño de corzas bajo la nieve. De su ser voluptuoso, apenas persistía el vivo gusto con que saboreaba las caricias de los vientos y del agua. Sus goces principales eran exponer su rostro a la violencia de las más fuertes brisas del mar, y sentir en todo su cuerpo los besos de la onda. Llegaba, la primera, todos los días, a la parte del establecimiento de los baños reservada a las mujeres. Y acostumbraba llegar la primera, no tanto porque su baño solía ser más largo que el de las otras, como porque no le gustaba sino bañarse únicamente vestida con los lirios de su blancura. En la blanca gloria de su desnudez perfecta, se ponía a recorrer con los ojos la glauca inmensidad marina, desde lo alto de la gradería de cemento que, por no muy suave inclinación, conduce hasta el baño propiamente dicho, espacio de mar circundado de gruesos palos unidos entre sí merced a planchas de hierro, y por entre los cuales, y aun a veces por encima de los cuales penetran las olas. En esa actitud contemplativa, llegaba a representarse a menudo el mar, cuyo inquieto lomo ondulante veía desvanecerse en el vago confín del horizonte, como un gigantesco monstruo lascivo apercebido a poseerla. Entonces, con un ligero calofrío por toda la piel y una sonrisa perversa en los labios, empezaba a descender de lo alto de la gradería de cemento, grada a grada. Bajaba con pasos cautelosos, apoyándose con una de sus manos en la cuerda que, pasando a través de varias estacas, divide en dos, de arriba abajo, la gradería de cemento de las últimas gradas, revestido de una traidora pátina de musgo. Al meterse en el baño comenzaba para ella su verdadera delicia. Sintiendo por todas partes los besos de la onda, se hacía la ilusión de hallarse en poder de un amante ardiente y habilísimo, a cuyos labios expertos e insaciables no se podía esquivar la más recóndita partícula de su cuerpo desnudo. Largo tiempo se recreaba en esa ilusión del amante que de pies a cabeza la envolvía de continuo en un solo beso, mientras ella no lograba retenerlo ni un segundo entre sus brazos. Luego, olvidando estas fantasías, se daba a jugar como una chicuela, golpeando el agua con sus manos, recogiendo la espuma de la mar en el hueco de sus dos manos juntas, como una sola blanca y rosada concha marina, o desprendiendo de los palos, y de las trabas de hierro que cercan el baño, panzudos caracoles. Grande era su alegría cuando le llevaban las ondas un alga por la cual tenía preferencias: un alga muy suave al tacto y a la vista, semejante a un delicado terciopelo verde, por la textura del cual pasaran muy desvaídos reflejos de oro. Con esa alga se construía diademas para la frente, brazaletes para los brazos, ajorcas para la garganta de sus pies,

y de ese modo ataviada continuaba sus juegos, continuaba dando golpes en el agua, recogiendo y lanzando a los aires copos de espuma, desnuda, alegre y feliz de retozar, como una libre nereida juguetona. De sus hábitos matinales, sacaba ella pretexto, una vez para burlarse con mucha sorna y finura de Alberto, mientras afeaba a éste su costumbre de permanecer en la cama hasta muy entrado el día y le reprochaba el guardar toda su admiración para los crepúsculos de la tarde, menospreciando las auroras. “Las auroras —decía Teresa— no son menos dignas de admiración que los crepúsculos vespertinos. Al contrario: al menos para un escultor debieran ser más dignas de admirarse las auroras. Es casi una vergüenza que en un pueblo como éste, un escultor no esté despierto y de pie muy antes del alba. Hacia el alba puede verse a Venus, todos los días, nacer de las espumas. De mí sé decir que he presenciado muchas veces, cada vez con mayor gozo, el nacimiento de Venus. ¡Cuál no sería el regocijo de un escultor que, pudiendo sorprender las formas de la diosa entre su aérea veste de espumas, fuese capaz de fijar esas formas en el mármol!”. Sin alcanzar entonces el verdadero sentido, oculto en esas palabras y en la sonrisa burlona con que Teresa las decía, Alberto acertó a responder: —Si Venus quiere, no es preciso que yo la vea surgir de entre la espuma de los mares. Puede aparecerse de un modo, si bien prosaico, mejor que otro ninguno para esculpir sus formas. Si Venus quiere, puede prosaicamente ir a mi taller, *cuando estemos de vuelta en la ciudad*. —Y Venus quiso.

Pero, antes, Venus cambió, el alma simple y riente de pagana que tenía entre las espumas, por un alma nueva y nada simple de católica. Teresa pareció cambiar, en efecto, a su vuelta a la capital, de trajes y de alma. A los primeros signos reveladores de ese cambio, Alberto se llenó de asombro. Comenzó por extrañar que Teresa, aun temerosa de ir a su taller, escogiese como lugar de cita los templos. El primer lugar en donde se vieron y hablaron a su regreso de la costa fue la Santa Capilla. Teresa escogió este lugar para su primera cita de amantes, porque, según ella, a las puertas de la Capilla se habían visto los dos por la primera vez, y porque ahí tuvo ella el presentimiento claro de sus amores. En esa capilla, adonde Teresa debía por lo menos ir una vez en la semana, a cierta hora, a llenar sus deberes de adscrita a la cofradía de la Adoración Perpetua, comenzó para los dos un impaciente y largo peregrinar de templo en templo, o de capilla en capilla, según adonde la devoción muy viva de Teresea corría desalada. Pocas damas contaba la ciudad tan piadosas como ella. La inquietud perenne de su piedad la citaba y ofrecía el padre Flórez como un ejemplo inimitable y cuasi único de ardor seráfico. Tal vez en gracia de ese alto concepto en que la tenía, el padre Flórez la encargaba, al presentarse la ocasión, de diversas obras benéficas, en especial de aquellas obras que, sin dejar de ser muy pías, redundaban en provecho más o menos palpable de su parroquia o de su diario. Y aunque el cura le hiciese a la vez varias encomiendas por el estilo, a cual más difícil, Teresa las cumplía sin

desatender ninguna de sus múltiples devociones. Además de las devociones comunes a los católicos fervientes, ejercía las de todos los miembros de la Adoración Perpetua y las aún más rigurosas y considerables de terciaria. Como terciaria, debía diariamente oír misa y leer el oficio, entre otras cosas. Pues con todo eso y con cuidar de su casa y de sus hijos, le sobraba tiempo y vagar bastante para hacer novenas y devociones menudas, que variaban las unas con el mes, las otras con el día. Así, Teresa no faltaba nunca en la iglesia de la Merced, por la tarde, a la celebración del domingo de Minerva. Y fue en la iglesia de la Merced, un domingo de Minerva por la tarde, en donde llegó a su fin aquella extraña romería, sensual y piadosa. Alberto comenzaba ya a sentir disgusto y repugnancia por el vano y continuo peregrinar de templo en templo. No comprendía el empeño de Teresa en conservar su amor en una atmósfera de incienso y de plegarias, a menos que su propósito no fuera sustraerlo a la curiosidad y a la murmuración maligna de los hombres. ¿Quién imaginaba a Teresa, piadosa y beata, capaz de hacer de los templos confidentes de amor y predilectos refugios de citas? Estas, además, no eran, para mayor disgusto de Alberto, sino sombras de citas; porque según los casos, debían hablarse muy poco, o apenas verse. Mas, aquel domingo de Minerva por la tarde, Teresa interrumpió la insípidez monótona e igual de sus pobres simulacros de citas. Alberto, apoyado contra una de las pilastras que separaban la nave lateral derecha de la nave mayor, examinaba la concurrencia, o seguía con ojos vagos, distraídos, las ceremonias litúrgicas, o espiaba con ansiedad —como si de lejos y por la sola fuerza de la sugestión pudiese leer y traducir la palabra del enigma— el enigma vivo de la tentadora beata arrodillada en la nave del centro. Rezado el rosario, terminado el sermón en que un padre capuchino, después de hablar de los sinnúmeros horrores infernales, concluía por exigir de los fieles una limosna para el nuevo enlosado de la iglesia, empezó a organizarse y luego a moverse la procesión del Santísimo. La procesión había de recorrer todo el ámbito del templo, bajando por la nave del lado izquierdo con relación a los fieles, para subir por la otra nave lateral, pasando bajo el coro. Un monago repartió cirios entre los hombres de buena voluntad. Estos, ordenados en dos filas, los cirios, ya prendidos, en las manos, precedían, formándole escolta, al Santísimo llevado bajo un palio, de cuyas varas argénteas iban asidos algunos notables de la parroquia. Entre las dos filas de hombres con cirios en las manos, marchaban dos monaguillos portadores de cruces. Delante del palio, unos cuantos barbones y cogotudos capuchinos cantaban, mientras a la vez uno de ellos mecía un incensario y los demás tomaban flores de cestas que en las manos tenían y regaban el suelo de flores, alfombrando así de pétalos y fragancias el camino del Rey de los Reyes. Al paso del Santísimo, se arrodillaban en la nave del centro las devotas, y en tanto que unas continuaban de rodillas después de pasar la procesión, otras, al pasar ésta, se alzaban para unirse a la muchadumbre de fieles que iban murmurando rezos detrás del palio.

De estas últimas fue Teresa. Alberto la vio cuando se alzaba y se unía a la multitud y esperó a verla poco después entre la turba, cuando la procesión pasara, como había de pasar, muy cerca de él. Pronto empezó a desfilar la procesión delante de Alberto, el cual, desprevenido, observaba, ya al capuchino que movía el incensario al compás de sus cantos, ya el gesto sobrio con que los otros capuchinos esparcían flores por el suelo, ya las insignias del sacerdote que llevaba el Santísimo con aire solemne, cuando sintió una de sus manos arrastrada y prisionera de otra mano imperiosa. Al volverse encontró los ojos de Teresa que le miraban centelleando con una luz que él no les conocía. Teresa lo invitaba a seguirla con la mirada de sus ojos y la presión de su mano. Esta no cesaba de oprimir la mano de Alberto, y Alberto se dejó llevar sin resistencia ninguna. Cogidos de la mano, como dos novios en una campiña desierta, siguieron con el gentío que iba detrás del palio murmurando oraciones: ella, con la beatitud suprema de quien saborea un placer sobrehumano, él, todo trémulo, confuso, turbadísimo. Su azoramiento, sin embargo, no fue tal, que se le escapase la significación del irresistible impulso de Teresa. Más que todo cuanto de ella sabía, aquel episodio mudo le enseñó a ver en el alma de la amante, a penetrar el misterio de sus largas romerías piadosas, a explicarse aquella extraña unión de la más viva sensualidad con un misticismo refinado y exigente.

Para su amor, Teresa necesitaba de una atmósfera mística. Sin esta atmósfera, su amor no era ni bastante sensual ni bastante profundo. Parecía alimentarse de rezos y devoción, como otros amores de mujer se alimentan con espectáculos impuros o terríficas visiones de sangre. En Teresa andaban siempre juntos la plegaria y el deseo. Nacían de su corazón como dos flores gemelas de una planta que diese a la vez flores blanquísimas y flores de púrpura. Cuanto más blancas y numerosas las plegarias, más numerosos y encendidos los deseos. Aunque parecieran nacer juntos como flores gemelas, los deseos venían más bien en pos de las plegarias. Teresa hallaba su más alto gozo en sentirse deslizar y caer en la culpa, después que la oración y las penitencias limpiaban su alma de inmundicias. Creyente, angustiosos conflictos morales y mil oscuros temores la sobrecogían cuando en medio de sus prácticas devotas la rozaba el pecado con sus alas de fuego; pero conflictos y temores, en realidad aumentaban su deleite enfermizo, haciéndola ver el pecado mayor y más dulce. La devoción, los múltiples ejercicios de piedad, el ir y venir de templo en templo, de capilla en capilla, la misma atmósfera de esos lugares en donde el ruido y la luz dormitan en perpetua penumbra, eran, así como los cuidados que prodigaba a su belleza, otros tantos medios de exaltar su poder voluptuoso. Habitados a la somnolencia de la luz y los colores en el claroscuro de las capillas, al tenue susurrar de las plegarias y al timbre apagado de las voces en las naves profundas de los templos, y además felices con ese hábito, sus nervios casi no respondían vibrando con júbilo sino a sensaciones vagas, indefinibles, crepusculares, como languideces entre sensuales y puras, entre voluptuosas y mis-

ticas. Tales sensaciones ambiguas, al condensarse y acumularse en los nervios, comunicaban a éstos una sorprendente virtud de fuerza oculta, capaz de romper al roce más débil, según los casos, en puros desmayos místicos o en voluptuosidades locas; Alberto asistió a un despertar de las voluptuosidades dormidas, bajo la blancura de Teresa, como un rebaño de corzas bajo la nieve. Dormidas durante su vida mundana, que en Teresa venía a ser la vida menos artificial, sus voluptuosidades un día, al roce más leve, al suave olor del incienso, despertaron de su blando sueño de corzas convertidas en tropel de leones ávidos. A la exaltación de sus voluptuosidades contribuían mucho algunas de sus amigas íntimas y la solicitud exquisita y extremosa de que rodeaba su belleza. Una de sus más vivas preocupaciones era prevenir el más imperceptible menoscabo a la suavidad sedosa de su piel y al raro tono, cálido y mate, de su blancura. En el pueblecito de la costa, medio olvidada de sus preocupaciones, gozaba más bien con exponerse a las ásperas caricias de los vientos y el agua del océano; pero de vuelta a la ciudad, a sus amigas, a su vida y hábitos piadosos, la dominaban otra vez aquellas preocupaciones, y al rudo baño de la onda en el aire libre de la playa sustituía, tomándolos con un método invariable, como si fuese una de sus prácticas devotas, copiosos y delicadísimos baños de perfumes y de leche. Esos baños, los de leche en especial, se los había recomendado, como el mejor medio de garantizar el precioso blanco mate de su piel, una de sus más íntimas amigas: la señora de Urrutia, íntima a su vez de la Riguera y la Vindas. La Urrutia era entusiasta por esos años, y los tomaba con frecuencia. La idea de tomarlos le vino de leer en cierta ocasión, estando en París, que Paulina Bonaparte no podía privarse de ellos, y con ellos la princesa logró mantener siempre lozana y provocativa su blanca y mate carnación de voluptuosa. Y Teresa acataba cuanto venía de labios de la Urrutia, como si cuanto la Urrutia dijera estuviere revestido de una autoridad irrefragable. El ascendiente que sobre Teresa ejercía la Urrutia no emanaba de la persona misma de ésta, sino de la seducción de algo que la rodeaba como una aureola. Si Teresa hubiera podido juzgar, con juicio libre de toda clase de nubes, a la amiga, la hubiera juzgado inferior a ella tal vez, por la inteligencia, que en la Urrutia no despuntaba de sutil; por los gustos, que no eran en la Urrutia ni artísticos, ni depurados, ni cuantiosos, y hasta por el modo de entender y practicar la devoción, que en la Urrutia apenas era objeto de veleidades fugitivas. Pero entre el juicio de Teresa y la persona de la amiga flotaba una densa nube de turbadores misterios. Su amiga había viajado mucho, conocido casi todas las grandes ciudades europeas, vivido largos años en París, y, sobre todo por esto, la veía Teresa, con los ojos de su imaginación, rodeada del misterio de innumerables cosas desconocidas y bellas, de infinitas cosas lejanas, fascinantes y dulces. Teresa, igual a tantos otros que no traspusieron jamás los límites de su patria, se representaba a París como el más acabado resumen de cuantas delicias y primores abarca

el Universo. De tal manera de representarse a París provenía el soberano prestigio que realzaba a sus ojos la persona trivial de la Urrutia. A través de la amiga, admiraba la gran ciudad hermosa. Y por el solo hecho de haber vivido largos años en esta ciudad, consideraba a la amiga como un ser privilegiado, cuando no iba hasta rendirla homenaje y culto como a un ser extraterreno, además de escucharla siempre, al ella disertar sobre cosas de elegancia y de amores, como a un oráculo infalible. En Teresa, las palabras de la Urrutia eran como semillas en un campo fértil: completaban la múltiple acción enervante del rigorismo devoto, de los tibios olores de incienso, de la semiobscuridad soñolienta de templos y capillas y de los muelles baños de leche y de perfumes. E indudablemente la inagotable seducción y hechizo de su París inimaginario, cuyo solo reflejo la mareaba y se le imponía en la persona de la Urrutia, fue una de las tantas fuerzas que la empujaron a los brazos de Alberto Soria.

Las citas en el taller continuaron, las un tanto escabrosas en los templos, desde el día siguiente al de aquella procesión en que Teresa y Alberto, pecando de sacrílegos, marcharon cogidos de las manos entre la multitud suplicante de los fieles. Teresa no iba jamás al taller sin antes cumplir, como de paso, con algunas de sus devociones ordinarias en la iglesia más próxima. Alberto la esperaba en el taller, vibrando con la doble impaciencia de amante ardoroso y artista concienzudo. Cada vez, él, debía glorificar el barro con las perfecciones de ella. Desde la primera cita, él recordó su propósito de esculpir las formas de Venus, cuando Venus le visitara en su taller, en vez de aparecérselo al surgir de la onda, entre un albo traje de espumas. Y ella se prestó a la satisfacción de ese propósito, más que movida de la vanidad femenina de ver copiada su belleza, curiosa de asitsir a los gestos, para ella oscuros como gestos de magia, con que las manos del escultor transmitirían al barro las redondeces de sus formas, y, sobre todo, la gracia de sus líneas, múltiple y cambiante como un ser de mil rostros en cada uno de los cuales resplandecieran un alma y una sonrisa diferentes. Pero aunque el artista pretendiese distribuir sus horas por igual entre la obra de amor y la obra de arte, la primera adelantaba cada vez con perjuicio de la última. Poco a poco el estatuario, seguro de tener de cómplice al modelo, fue haciendo menor el tiempo consagrado a la estatua, a fin de prolongar el consagrado a las caricias. Nunca Alberto se había sentido vencer del amor como entonces. Más bien casto, aquel amor ponía en su alma la sorpresa que debe de pasar por el alma de un paisaje de ordinario tranquilo, cuando lo invade la tormenta con el estrépito de su cólera. Le parecía no haber probado en su vida anterior sino embriagueces fugaces. Cuando a su memoria se asomaba la imagen de Julieta, la veía como el símbolo de una existencia casi pura. Jamás en los labios de la antigua amante probó la embriaguez que le daban los labios de la devota, como si de estos labios pasara derechamente a sus venas el más capitoso y turbador de los filtros. La fuerza diabólica del filtro provenía quizá de ser los labios disertos en la

plegaria y hábiles en el beso. Pero el encantamiento amoroso de Teresa no provenía sólo de su boca, ni fluía sólo como un filtro. Lo despedían sus ojos como una luz; sus manos lo esparcían como una esencia; provenía de todo su cuerpo, como si fuera un soplo que todos los poros de su piel espirasen. Y el soplo lentamente invadió el ámbito del taller y el alma de su dueño, imponiéndose en uno y otro como señor en sus dominios, arrojando de uno y otro los alientos que poco antes los llenaban: audaces alientos de artista y nobles alientos de patriota. A su ímpetu huían tímidos y desbandados los sueños: así los blandos sueños incubadores de bellezas como el gran sueño heroico de la redención patria. En el taller y en el artista no quedó sino el turbio y agitado sueño de la embriaguez voluptuosa.

Alberto, con la sensibilidad exaltada por la continua lucha de amor, exageraba, engrandecía, materializaba las sensaciones más ligeras, hasta el punto de ver y aun de palpar las redes peligrosas e inextricables del Hechizo. La sensación más vaga, de cualquiera otro no percibida, o percibida apenas como un roce, en él despertaba una imagen precisa, como la imagen de un acto material evidente. A estímulos débiles, respondían sus nervios como resonancia maravillosa. A veces un simple ademán de Teresa le procuraba el espasmo del placer más agudo. Un movimiento de las manos de Teresa, como aquel con que ella acostumbraba alisarse por detrás el tupido cabello castaño, paseando la palma de su mano con lentitudes de caricia desde el blanco esplendor de la nuca hasta la cima del pelo, o el movimiento rápido con que una de sus manos deshacía algún pliegue de su falda, o cualquiera otro movimiento insignificante de las manos de Teresa, le turbaba como brusco ademán que a su vista y a sus pies volcase un ánfora henchida de aromas. Las manos de la amante gozaban, a los ojos de Alberto, de una vida, como su belleza, extraordinaria. Teresa las cuidaba mucho. Eran muy blancas, muy suaves, como cándidos lirios de seda. Flores de carne, esparcían su voluptuosidad, que es el aroma de la carne. Pero vivían y se agitaban en el extremo de los brazos, como si no fueran partes en el acabado conjunto de un ser, sino seres distintos con vida propia. Por su movilidad e inquietud eran, en el extremo de los brazos, dos blancas mariposas prisioneras, dos blancas mariposas temerarias que se dejaron fascinar y vencer del hechizo incontrastable de Venus, como sus infinitas hermanas del aire se dejan cada noche fascinar y vencer del hechizo de la luz eléctrica en lo alto de los fanales públicos. Merced a su vida intensa, además de esparcir fragancia como flores, parecían ver y oír, y parecían hablar y conocer de un gran número de cosas ignoradas y exquisitas. De ellas no podía decirse que tocaban: acariciaban. En dondequiera posaran su inquietud, ya en los vestidos o en las formas de Teresa, ya en el libro de oraciones, o en otro objeto, ya en las manos o el cuello del amante, cada contacto suyo era una caricia. Y si un solo ademán de esas manos bastaba a sacudir a Alberto con el espasmo del placer más agudo, su contacto o caricia llegaba a veces, extremando la violencia de la sensación, a cambiar el espasmo de placer en espasmo dolo-

roso. Desconocidas, al principio, de Alberto, raras cuando empezaron semejantes sensaciones confusas, mezcla de placer y dolor, de que es tan rica la voluptuosidad, se hicieron a la postre casi diarias y cada vez más intensas. Los nervios, después de vibrar largo tiempo de solo placer, empezaban tal vez a cansarse y dolerse de la monotonía de aquella excitación, bajo la cual vibraban como castigados de continuo cada uno de ellos con un pétalo de rosa. Esas y otras muchas obscuras y contrarias sensaciones movieron a Alberto a pensar, no sin desvanecerse un tanto, que poseía en Teresa, en vez de una simple criatura voluptuosa, la Voluptuosidad misma, toda la voluptuosidad, con su placer y su dolor, con sus exaltaciones y tristezas, con sus ardores exaltados y sus fatigas hondas, con su escoria bastarda y su oro de buena ley, con su infamia rastrera y sus vuelos románticos rayanos del éxtasis místico.

Pero, después de pensar de esa manera, muchas veces la duda le amargaba su vanagloria. Así le sucedió aquella tarde en que Teresa tardaba en acudir a la cita como jamás había tardado. "¿Poseía él la voluptuosidad, o no era él más bien el poseído? ¿La tensión de cada una de sus fibras, el continuo vibrar de cada uno de sus nervios, el desusado latir de cada arteria suya, le ansiedad y el deseo de todo él tendido hacia Teresa como un arco, no era evidente señal de que él estaba poseído de la más insana fiebre voluptuosa? Quizá la fiebre de la tierra nada tenía que hacer con la propia fiebre, como se lo imaginó por un instante. La fiebre de la tierra pasaría pronto: a las primeras lluvias enmudecerían entre las hojas verdes las innumerables cuerdas de cristal de la gran lira del verano, y palidecerían hasta apagarse, en las copas de bucares y de acacias en flor, los vivos rubores de púrpura. Pero su fiebre, su gran fiebre de voluptuosidad, no se extinguiría bajo la lluvia de besos del amante; con más furia, al contrario, seguiría dominándole, poseyéndole, incendiándole; continuaría alimentándose de cuanto en él había de más noble y puro: razón de independencia de hombre, y entusiasmo y genio de artista, para no dejar al fin dentro de él sino lo que deja toda fiebre, lo que deja todo incendio: pavesas, ruinas, despojos". Y Alberto, habituado al análisis, empezó a analizarse, considerando cómo había cambiado con sólo un mes de fiebre. "Había cambiado de alma hasta no conservar ni un rastro siquiera de su alma antigua. ¿Lo que apenas dos meses antes, cuando era simple calumnia, le pareció imposible y monstruoso, no lo vio después como hacedero y lo aceptaba al fin como un hecho fatal y aun necesario? ¿El simulacro de sus amores con María, de qué estaba sirviendo sino de escudo a sus culpables amores con Teresa? El, antes irreductible cuando se trataba de la lealtad, vivía entonces del engaño. Continuamente engañaba a su hermana, a María, al viejo Almeida. Teresa, pérfida y voluptuosa, le daba con su voluptuosidad un poco de su perfidia. La hembra instintiva, la pérfida, la que pensó esquivar, lo tenía en sus garras, y lo hacía víctima de su perfidia, imponiéndosela. Por salvarse de un riesgo lejano y problemático, había

venido a caer en un peligro inmediato y seguro. ¿No pretendió, en efecto, huir de los males que vislumbraba en el amor de María, acabando de matar este amor con otro amor, olvidándose de María en los brazos de Teresa? Y ahora, de nuevo empezaba a temer por su vida, por sus proyectos, por su libertad, por su nombre y gloria de artista; y sus temores eran tan vivos, como durante sus noches de celos, en lo más negro de su angustia. ¿Pretendiendo conservarse íntegro, no corrió a dejarse mutilar entre unas garras de monstruo? Ya era un mutilado. Ya no podía envanecerse de su lealtad, como de un atributo superior, echando en cara a la hembra su perfidia. No podía ya, sin maldecirse, maldecir de la hembra. ¿Consumado el primer sacrificio, no vendrían de por sí los otros? Después de sacrificar lo mejor, su honradez, lo que se imaginaba él irreductible, ¿no lo sacrificaría todo a la Voluptuosidad, aquel monstruo de la enorme y dulce boca insaciable? Teresa le dominaba sin imposiciones ni exigencias, por su solo poder voluptuoso. Teresa, la piadosísima, engañaba a toda la ciudad, y él contribuía al engaño. El contribuía al engaño de aquel pobre diablo de marido, indefenso porque no era nada receloso. El no era amigo de Julio Esquivel, y no se creía en el deber de guardarle fidelidad como a un amigo, pero le conocía lo bastante para saber que era bueno y mirarle, a través de su ideal de justicia, como no merecedor de la más sangrienta injuria que puede hacerse a ningún hombre. Aquel pobre diablo de marido era un pobre diablo de ingeniero, incapaz de no cumplir con el último de los que él aceptaba como sus deberes de ingeniero y de marido. No pensaba sino en los hijos y en la esposa: trabajaba sólo para ellos. Cuando no estaba encorvado largas horas, diariamente, sobre su mesa de trabajo, sobre sus papeles de dibujo, estaba, si la Compañía necesitaba de él en el campo mismo, trabajando noche y día a la intemperie, bajo la lluvia o el sol, por montes, despeñaderos o quebradas. Y todo el fruto de su trabajo, cuanto podía ganar con el sudor de su frente, con los esfuerzos de su inteligencia y de sus manos, porque no se desdenaba a veces de hacer con sus dos manos la dura labor del jornalero más humilde, iba a Teresa, la cual muy presto lo convertía en trajes de tintas propias a realzar la blancura mate de su piel, y sobre todo en ricos baños de perfumes y de leche para lustrar sus formas y hacerlas más tersas, más dulces y apetecibles a los besos del amante. Y él, Alberto Soria, contribuía al engaño de aquel hombre, haciéndose reo de la más odiosa injusticia. Mujer, Teresa, nada o muy poco sabía de la justicia: apenas conocía de ésta el repugnante fantasma de la justicia religiosa, fácil de eludir con rezos y otras devociones más o menos oportunas". Y Alberto, reflexionando así, después de avergonzarse de su culpa, de sí mismo, de Teresa, tuvo un ímpetu de ira vengadora, como si él fuese, no el amante, sino el esposo burlado. Sintió que si Teresa hubiera estado junto a él, la habría ofendido de palabra o con los puños, villanamente...

Pero Teresa no llegaba.

Quando Alberto empezaba a desesperar de verla ese día, Teresa entró en el taller, los ojos y las mejillas en fuego, el pecho jadeante.

—¡Si supieras! ¡Me han seguido!—fueron sus primeras palabras, y a esas palabras, un tanto de curiosidad y otro tanto de celos, aplacaron en Alberto las voces de la honradez y los nobles ímpetus de ira.

—¿Quién?

—Si no te dijera quién, no lo adivinarías nunca: don Fabricio Rincones.

—¡Ah! ¿El honorable don Fabricio Rincones, el crítico de *La Cruz*, se permite seguir a las damas? ¿Y para qué puede seguirte ese viejo?

—¡Qué se yo! Es un viejo muy “pretencioso”. He oído decir muchas cosas de él... Desde el otro día sospechaba yo que Rincones estaba siguiéndome. No te dije nada porque creí que fuesen puras imaginaciones. Hoy no me queda la menor duda: él sabe que vengo casa de ti. Viniendo para acá, le he encontrado ya tres veces, con la de hoy. La primera vez me pareció que él no había reparado en mí; la segunda, me saludó de lejos, y aparentaba ir muy de prisa; pero hoy, no se contentó con saludarme de lejos. Acercóse a darme la mano, a preguntarme por mi marido, y a declararme su extrañeza de verme a estas horas y por estas alturas. Y aunque no me turbé y le respondí con mucho aplomo una sarta de mentiras, él no ha debido de creerme ni media palabra. Le dije que venía por aquí a tratar de ver a una sirvienta, de cuya dirección no estaba muy segura, y a ese propósito le hablé de las desazones que las sirvientas nos procuran a las dueñas de casa, de cómo el servicio anda cada vez peor en la ciudad, y de no sé cuántas bobadas por el estilo. Al despedirse, me deseó con mucho retintín que diera pronto con la casa de la sirvienta. Como si quisiera darme a entender que él sabe adónde vengo, se me parece cada vez más cerca de aquí, de modo que hoy le encontré ahí mismo, en la última esquina, cuando yo me disponía a cruzar la calle, viniéndome hacia acá. Por supuesto que cuando él se despidió en vez de dirigirme hacia acá, seguí en la dirección que traía; seguí derecho, derecho, sin atreverme durante largo tiempo a volver atrás los ojos, y así llegué hasta donde hay una quebrada muy profunda y toda llena de tártagos. Hacía muchos años, muchos años —desde que yo estaba chiquita— no veía tártagos. Luego crucé a la derecha, como si me encaminase hacia el Avila, siguiendo por la orilla de la quebrada al principio, y después por una callejuela partida de zanjas y hoyos. La callejuela me condujo a un caserón que tiene una alta verja de hierro, y por entre los barrotes de la verja creí ver flores, muchas flores, como si el caserón no fuera sino un gran jardín cercado. De ahí, temiendo regresar por donde había ido, doblé de nuevo a la derecha, tomé por otra calle partida también de zanjas y hoyos, y luego otra y otra calle semejante, por las cuales yo no había pasado jamás; me extravié; pretendí salir lo más pronto posible del apuro, y por eso empleé más tiempo del necesario, hasta que al fin, después de muchas vueltas y revueltas, las más de ellas inútiles, alcancé a divisar de lejos esta calle, y aquí me tienes. Todo por el viejo Rincones: ¡ah viejo malo! No creas que él vaya a decirle nada

a mi marido. No lo hará, y no porque él sea incapaz de hacerlo, sino porque antes intentará otra cosa. Y esa otra cosa es la que no quiero que él intente. ¡Es un bandido! Pretenderá hacer conmigo como hizo con la Urrutia, y eso hay que evitarlo de cualquier modo. El maldito viejo nos obligará a vernos en otra parte, o a otras horas y con menor frecuencia. Y a todas estas, ¿qué hora es? Debe de ser tardísimo.

Alberto vio el reloj, y, en efecto, era muy tarde. Y después de ver y decir cuán tarde era, echó una ojeada triste sobre la obra no concluida, arrinconada, como olvidada en un ángulo del taller, bajo su pardo capuchón de lienzos húmedos. La tristeza de sus ojos pareció decir a la estatua: “nunca te acabaré”. Y como Teresa comprendió lo que decían los ojos del artista, cogió a éste por las manos y le cubrió las manos de besos, mientras hablaba como si hablase con las manos: —“Es ya tardísimo. Hoy no se trabaja. Para estatuas hay tiempo de sobra. Para las caricias el tiempo es muy corto, o no hay tiempo. ¡Ah, si ustedes pudieran fijar en el barro, sobre la vaga reproducción de mis formas, las caricias que vierten sobre mi carne, sobre mis formas vivas! Pero las caricias no se pueden fijar en el barro... Ya ustedes han creado mucha belleza y recogido mucha gloria: es tiempo de que reposen en el amor, dando y recibiendo amor. Y para el amor todo el tiempo es breve... Para ustedes, la estatua es un juego de niños y debe serles indiferente acabarla hoy o mañana. Entretanto, mis formas prefieren ser acariciadas en sí mismas, no en su copia. Toda, toda mi carne les pide amor, les pide caricias. Y la caricia que deja de darse es un pecado. La caricia que deja de darse es un dolor para quien deja de darla y para quien deja de recibirla”. A las caricias que Teresa prodigaba a sus manos, Alberto exultó de orgullo. “¿Aquellos besos no eran el más alto homenaje que la voluptuosidad y la belleza podían rendir a su genio de artista, simbolizado en las manos creadoras?”. La exultación de su orgullo triunfó de sus nobles ímpetus de ira y de todas las voces de su alma, hasta no dejar dentro de él sino el grito de la fiebre. Luego, sin saber ninguno de ellos cuál de los dos conducía al otro, atravesaron la estancia en donde se alzaba sobre un pedestal rojo la cabeza leonardina y resaltaban en la pared los áureos crisantemos de la acuarela de Calles, para de esa estancia pasar, levantando un amplia y espesa cortina de damasco purpúreo que disimulaba una puerta, a la última alcoba, santuario de amores, tenido en la pulcritud y en el esplendor más propio de un santuario, exornada con obras de arte y con retratos de Teresa colgados de los muros, y embalsamada con perfumes —los perfumes de Teresa preferidos— y con la rica y natural fragancia de grandes manojos de rosas frescas. Y ahí se amaron, como siempre se amaban en aquellos días, loca y gloriosamente, confundiendo su propia fiebre con la fiebre en que bajo el espléndido sol de abril, ardían las cosas todas, confundiendo el grito de sus corazones insaciables y el impetuoso gritar de sus pulsos con el insostenible clamor con que la tierra, torturada de sed, clamaba a los cielos, implacablemente azules, por una gota de agua.

Aquella tarde, al despedirse de Teresa, Alberto bajó hasta la Plaza Bolívar como todas las tardes a la misma hora. La plaza había cambiado de aspecto: había crecido poco a poco y a la vez en belleza y en fealdad, sin que nadie atinara a decir si era mayor su fealdad o su belleza. Y su belleza era sobre su fealdad como un vestido opulento sobre una úlcera. La escualidez y el raquitismo de algunos de sus árboles tiñosos desaparecían bajo florescencias lujuriantes. Las marías, coronadas de púrpura, esmaltaban el suelo con sus flores. Las acacias, todas flores, eran como árboles de fuego. Arriba, en cada rama, en cada hoja, una cigarra. Y cada cigarra era un chirrido estridente, como la nota más alta de una cuerda hecha de cristal que estuviese vibrando hasta romper de frenesí o de júbilo. Abajo, manchando el mosaico de la plaza, una turba de politicastros, venidos como las cigarras de todos los puntos del horizonte, paseaban, bajo el rubor de los árboles, pálidas lepras que no sabían de rubor, y en medio al canto de la cigarra, ebria de luz, la mudez temerosa de las fieras en acecho o la garrulidad insulsa de los pericos montaraces.

En su mayor parte eran senadores y diputados venidos a la capital, como las cigarras, de todos los puntos del horizonte. Como al centro natural de sus conciencias, iba al pudridero de conciencias de aquella plaza pública. Ahí llegaban armados de pasiones pequeñas, de intereses pequeños, de enormes apetitos. Ahí se reunían después de representar su diario entremés en las Cámaras, a departir sobre la guerra, sobre los negocios del Estado, sobre los grandes problemas políticos, formando en toda la plaza muchos corros, a menudo pintorescos por las diferencias de color, de vestidos, actitudes y pelajes. Cada corro de politicastros poseía su político eminente, su prohombre, y a ése los demás le rodeaban y temían. Ya el prohombre se pavoneaba entre las miradas de envidia de sus colegas menos venturosos, revestido con algún reflejo de la gloria del César, o con algún retazo de la influencia de un ministro, o con el resplandor de sangre de un prestigio de generalote provincial, ya enarbolaba, como una enseña inaccesible al vulgo de los hombres, su propia influencia, su propio prestigio lugareño y su ridícula gloria de campanario. Era de oírle entonces, quienquiera que él fuese, hablar de sus luchas políticas personales, de las luchas de su partido, de su agrupación o de sus hombres, poniendo tal arrogancia en el gesto y en la voz, como si de sus hombres, de su agrupación y de sus luchas dependiese, por lo menos, el simple bienestar de su patria, si no el bienestar y equilibrio de todos los pueblos y naciones. El prohombre, mientras hablaba así, veía a los oyentes con miradas de superioridad y a la vez de lástima infinita, como si considerase la pequeñez de los otros y al mismo tiempo les compadeciera, porque no podían hablar como él de aquellas incommensurables honduras, por las cuales él andaba y se esparcía con igual llaneza que andaban y se esparcían los otros bajo los árboles de la plaza. Y los oyentes recogían como una limosna o se disputaban como un favor esas miradas, pagándolas en admiración y aplausos al prohombre.

Aquellos alrededor de los cuales no se formaba círculo de cortesanos lisonjeros, porque no eran prohombres y no podían hablar de su partido, de su agrupación ni de otras mil zarandajas de igual trascendencia, iban de corro en corro, oyendo, observando, allegando en su ir y venir cuanto les parecía útil a su aprendizaje y carrera de políticos, repitiendo en un corro como propia la palabra que en el corro anterior acababan de oír en boca más autorizada, o sembrando cizañas y tejiendo intrigas de grupo en grupo a la manera de Diéguez Torres, el político en agraz, quien por aquellos días andaba al parecer bastante alicaído y preocupado. Algunos, para darse importancia a los ojos de los profanos y a los de sus mismos colegas, hacían como el senador Luis Rengel —un general mofletudo y rechoncho, de amplio sombrero de jipijapa y de bigotes y perilla tremebundos— y el diputado Perdomo, su ilustre coterráneo, los cuales, de vez en cuando, se llamaban de corro a corro con signos de misterio, se alejaban de los demás, hablándose al oído y hacían muchos gestos y visajes, como si ellos fueran los únicos, entre aquella estólida muchedumbre de farsantes de carnaval, que alcanzarían a vez, con su perspicacia de zahoríes políticos, un golpe de Estado inminente. Y más de uno, aun de los más listos, al observar a distancia aquellos diálogos misteriosos, caía en el engaño y se llenaba de recelo, temiendo no se le adelantasen Perdomo y su amigo a ofrecer al presidente de la República alguna combinación feliz, capaz de salvar a éste y a su gobierno de las dificultades y los peligros de entonces, o a felicitarle por algún buen suceso, no publicado todavía, si bien sabido de Rengel y Perdomo, que las armas del gobierno acababan de obtener sobre las montoneras revolucionarias. A menos de pasar por enemigo del gobierno y de las instituciones, debía decirse entonces de las tropas revolucionarias que eran sólo montoneras; de su jefe, que era un vulgar cabecilla ambicioso, y de los que andaban con él, que eran pobres ilusos o criminales empedernidos; y todo eso, aunque dicho con ánimo de esconder la verdad, resultaba la verdad más estúpida. Prohombres y demás politicastos de menos cuantía esperaban con impaciencia la noticia de la más humilde victoria del gobierno, para desfilar todos, uno a uno, delante del César, abrumándole a felicitaciones, mientras maldecían de la revolución criminal y de su inepto y ambicioso cabecilla, sin que pasase por el magín, a ninguno de ellos, que sólo ellos y no otros eran los culpables de la revolución, por haber dado a su cabecilla inconsciente y sin escrúpulos, como todos los militarotes de su laya, el más valedero e ideal de los pretextos para desencadenar sobre montes y llanuras el torbellino de humo y sangre y deshonor de las guerras civiles. A ellos ¿qué les importaba la guerra? ¿Qué les importaba que la guerra segase en flor innúmeras vidas inútiles, devastase los campos, talase los bosques, destruyese el humilde conuco del montañés labrador y el hato del llanero, cuando las vidas de ellos estaban en salvo, cuando la hacienda de ellos estaba en seguro y su capital político, según decía muy satisfecho Perdomo, en vez de padecer y disminuir con la guerra, más bien se acrecentaba? En verdad, un capital y

un mercader había en cada uno de ellos. Llamábanse guardianes de la Constitución y acababan de violarla trabajando en pro de su capital de mercaderes. La fuerza y casi todo el valor de su capital político, verdadero amasijo de infamias, consistía, en último análisis, en la gracia del César; y éstos por obtener, aquéllos por conservar la gracia del César, no vacilaron en violar la Constitución, porque el César lo demandaba así para sus maquiavélicos planes futuros. Al cumplir los deseos del César, habían dado al mismo tiempo la señal que esperaba la guerra para encender el país con su fiebre de odio y sangre. Pero, eso, ¿qué les importaba? Ellos no temían a la guerra. No eran ellos quienes iban a las balas. A las balas no iban sino los del pueblo, "carne de cañón", los miserables, los de pies desnudos, los obreros, los campesinos, todos cuantos eran los ilotas de aquella nueva Esparta, en donde el robo tenía también, como en Esparta, honor y preeminencias. Ricas prendas de vestir, entre otras cosas, constituyen privilegio en aquella democracia. Los desvalidos, los del montón obscuro, los que jamás han sido ciudadanos porque jamás ejercieron ni saben ejercer los derechos que politiquillos de todos los países llaman con mucha pompa imprescriptibles derechos del ciudadano, éstos, los ilotas de aquella democracia, enferma desde su origen, eran los solos que de grado o por fuerza pagaban tributo de sangre a la República. Ellos eran quienes iban a guerrear, quienes iban a la matanza, llevados de la revolución o del gobierno como un rebaño de carneros dóciles, quienes poblaban con sus gemidos las noches siniestras de los campos de batalla, quienes teñían de sangre las rocas y las fuentes, quienes vestían con sus cuerpos mutilados y blanqueaban más tarde, con sus huesos desnudos, laderas y fondos de precipicios, para que la turba de los traficantes en el bazar de la política se repartiesen, quienquiera que triunfase, los trofeos y el botín de la victoria. Aun antes de la victoria, sin importárseles nada de cuantos por su culpa caían al golpe de las balas, los politicastro culpables de la guerra, muy lejos de las balas, en el refugio de la ciudad, trabajaban redondeando a cual mejor su capital político. Días de revolución, días turbios, eran el tiempo de la cosecha para aquellos sembradores de males. Su fidelidad al César adquiría entonces el precio más alto, y más caros vendían sus votos. "Para algo se habían embarcado, como decía Rengel, en la misma nave que el César". Luego, si la tempestad arreciaba, tiempo habría de abandonar la nave a las furias de la onda. Los politicastro débiles, bisonños, temerosos de comprometer para siempre su carrera de políticos, mientras daban pruebas de fidelidad al César, llevaban el alma vacilando, entre la fidelidad y la traición, como por sobre una cresta de monte que separase dos abismos. Y sus almas perplejas se inclinaban a uno u otro abismo, según oyesen el rumor de lamentaciones, de desastre o los gritos del triunfo. Los fuertes, los veteranos de la política no vacilaban, porque no temían a la guerra. Ellos estaban seguros de no perder, de cualquier modo como la guerra terminase. Acompañaban al gobierno, porque muy rara vez las revoluciones alcanzaban la victoria sobre los gobiernos constituidos. Y si por un

milagro de la suerte la revolución vencía, ¿para qué se inventaron los tratados y parlamentos de última hora, si no fue para sobre ellos pasar, como sobre puente de plata, de lo más negro del desastre a lo más glorioso del triunfo? Mientras llegaba esa última hora, explotaban su fidelidad tranquilamente y lo mejor posible. Bajo los árboles de la plaza, en la antesala del palacio presidencial, en la dulce quietud soñolienta de las Cámaras Legislativas, laboraban, sin perder nunca los bríos, por sus pasiones pequeñas, por sus intereses pequeños, por sus apetitos enormes. No todos tenían, sin embargo, enormes apetitos. Entre aquellos politicastros había quien se consideraba feliz, y se apercebía a sobrellevar cuantas responsabilidades le echaran en los hombros, con un vaso de aguardiente. Alguno cifraba su ambición en conseguir del gobierno que le enviase a descansar de las tareas parlamentarias, entre cada dos reuniones del Congreso, al mejor de los consulados de la República en Europa. Los más exigentes eran los prohombres, los representantes de los intereses de círculos, agrupaciones o partidos locales. ¡Ah, la política local! Esa política y sus luchas, de que tanto hablaban los prohombres, por lo común se reducían a sostener el valimiento, en el seno de un estado cualquiera, de uno o varios matones, desechos del patíbulo, y a conservar el monopolio de unos cuantos empleos, de los más propicios al lucro. Pero los prohombres hablaban de la política local, muy graves, muy solemnes. Hablaban de ella como de algo respetable y misterioso. En sus conversaciones y discursos la trataban con muchos miramientos y mimos como a una gran señora, aunque ya de muy lejos la tal señora oliese a barragana. ¡Ay de quien dijese que su olor no era olor de virtud! Nadie podía negar su virtud excelente y prodigiosa. De ella vivía todo un círculo, toda una agrupación, toda una oligarquía local patibularia. A ella debían los prohombres, senadores o diputados, cuanto eran. En realidad, senadores y diputados, el gobierno los tomaba en cuenta cuando representaban con sus propios intereses personales los intereses del cacique o de la banda, agrupación u oligarquía local triunfadora. Todo podían representarlo, menos los intereses del pueblo de que se llamaban representantes cuando se hallaban en vena de burla. A muchos de ellos el pueblo no los conocía; y alguno de ellos negaba, no sin vislumbre de verdad, que existiese ningún pueblo a muchísimas leguas a la redonda: de ser de otro modo, ¿por qué no se escuchaban jamás los rugidos de león, sino quejumbrosos balidos de carneros? Mientras el león no les amedrentase con sus rugidos, ni les destruyese o les aventase a los cuatro vientos el teatro de sus farsas con un golpe de sus garras justicieras, ellos, los politicastros, los histriones de la política, proseguirían en su perpetua farsa carnavalesca, seguirían representando, no los intereses de ningún pueblo, sino sus propios intereses, con los intereses de aquel o este círculo, de aquella o esta agrupación, de aquel o este cacique, de aquel o este cónclave de burdéganos. Sus labios, al decir intereses políticos, cándidamente significaban lucro, pues lucro y política en su jerigonza infame eran sinónimos. La razón y el fin

de su política se llamaban "lucro". Su ley se llamaba "lucro"". Doctores viles y generalotes ignaros tenían un ideal común, y el único emblema justo de su ideal era la imagen de un ave de rapiña.

Aquella tarde, como todos los días, Alberto halló en la plaza algunos de sus amigos, deslizándose tímidamente por entre los grupos de políticos, recatándose de los demás, como si ellos, los intelectuales, no los políticos, fuesen los leprosos. Las primeras noticias de la guerra llenaron sus almas de consternación y pesadumbre. La guerra vino a turbar, si no a destruir, sus proyectos, cambiando su alegría naciente de innovadores, prontos a la acción, en hondas tristezas de frustrados. De nuevo en sus labios florecieron, ponzoñosas y amargas, las quejas inútiles. Privados por la guerra del único medio de acción de que eran capaces, iban a la plaza a lamentarse y gemir entre sí, exacerbando su dolor con el roce de aquella carnavalesca turba de politicastros enfermos de codicia. El desaliento minó, desmoralizó sus voluntades, que ya no iban juntas como un haz de saetas disparadas en un solo vuelo armonioso a dar en el mismo blanco. Andaban desunidas y flojas. Tan sólo Emazábel mantenía su voluntad armada como siempre. Su aparente insignificancia de medicucho escondía un alma heroica. Para él no había motivos de lamentarse. "—Qué importa la revolución? —decía—. Todo consiste en esperar, y en saber esperar, no entristeciéndonos con la espera; porque sería lo mismo que si nos preparásemos con nuestras propias manos la derrota. La revolución ha de cesar alguna vez: no será eterna. Días o meses, ¿qué importa? Esperemos. La obra, nuestra obra, no se nos podrá escapar de entre las manos. Al alcance de nuestras manos hallaremos, intacto como hoy, todo lo que está por hacerse. La mina de oro no huye como un espejismo delante del minero: la rica pesadez de su vientre la obliga a estarse inmóvil en la tierra profunda y a esperar, como a un libertador, al minero que, aliviándola de un poco de su carga, le dé la suprema alegría de los partos luminosos. Y por nuestra parte, nosotros los mineros, conoceremos la alegría de la acción, que es la alegría de la salud cabal, porque resume todas las alegrías del vivir. Esperemos. Esperemos".

Romero declaró su desacuerdo sin rebozo:

—¿Esperar qué? ¿Esperar que termine esta revolución, para luego vivir esperando y temiendo que empiece la otra, la nueva revolución, la que seguramente ha de venir después, capitaneada por otro general cualquiera, de tantas campanillas y tan nobles prendas e intenciones como el general Rosado? Esta revolución es para nosotros como una advertencia oportuna. Viene a decirnos a tiempo cuánto hay de utópico en nuestros planes. Nuestra obra, tal como nosotros la concebimos, es por su naturaleza muy larga, muy difícil, sobre todo muy lenta. Y así como la concebimos, no la realizaremos jamás, porque al menos para la formación de su primer núcleo sólido necesitamos de un largo espacio de tiempo libre, y esto no lo conseguiremos nunca. Esperar unos días o unos meses, no importa. Pero a nuestra obra no bastan ni días ni meses. Si terminada la revolución, emprendemos la obra,

sucedará que después de haber hecho con gran entusiasmo y en gran armonía el ademán de los sembradores; después de haber fatigado nuestros brazos, esparciendo nuestras semillas por todos los surcos, apenas cuando el grano se hinche y empiece a romper en tallos y hojas, vendrá la otra revolución, la nueva revolución, la que siempre está por venir en estos países de la fiebre, y arrasará nuestra cosecha o nuestras esperanzas de cosecha, de igual modo como arrasará entonces y arrasa hoy el verdeante conuco del campesino. O modificamos nuestros proyectos a expensas de nuestro ideal, sacrificando una partecita de nuestro ideal, quizá la más pura, acercándonos, aunque nos repugne y humille, a los modos de acción de los politicastros más odiosos, o declaramos de una vez imposible nuestra obra y nos cruzamos de brazos. Otra cosa no podremos hacer mientras el ciudadano de estas repúblicas viva preguntándose todos los días, al despertar, lo que debía de preguntarse todos los días, al despertar, el ciudadano de Roma decadente: “¿A quién aclaman hoy emperador las legiones? ¿Quién es el favorito de los pretorianos? ¿Sobre qué espaldas de patán flamea hoy la púrpura?”.

Sandoval asintió a las palabras de Romero. Alfonso, por su cuenta, reunió su parecer y todas sus reflexiones en una sola palabra:

—¡A emigrar!

—¿Emigrar?

—Sí, emigrar. Si declaramos imposibles nuestros planes, no será para cruzarnos de brazos: nos faltará cumplir con un deber todavía: el de salvarnos, salvando nuestro ideal con nosotros. Nadie debe sacrificar su ideal. Nadie debe exponer su ideal a la vergüenza de los sacrificios inútiles. Y para salvarnos con nuestro ideal entero, libre de sombra y de manchas, habremos de irnos por el solo camino abierto a nuestros pasos, el doloroso camino de la emigración, a buscar bajo otros climas, en otras comarcas, entre otras gentes, la patria de nuestro espíritu.

Alberto, sin decir palabra, venía oyendo cuanto decían los demás, con indiferencia un si es no es melancólica; pero al oír a Alfonso, su alma, despierta de súbito, se inclinó hacia Alfonso y a las palabras de Alfonso, Emazábel protestó:

—Emigrar es cobardía. Si no es desertar, es por lo menos darse por derrotado mucho antes de combatir. Es abandonar lo que en las manos tenemos, por huir detrás de una sombra que tal vez no alcanzaremos nunca. Nunca dejaremos de ser extranjeros en dondequiera vivamos lejos de aquí. Emigrar es renunciar a un derecho, a un legado, a la porción de herencia, humilde o grande, que la patria nos debe a cada uno de nosotros. Es dejárselo todo, y sin lucha, a esa pandilla de miserables.

Y Emazábel, con un gesto y una mirada y un ademán de desprecio infinito, abarcó y mostró la turba de los politicastros dispersos bajo los árboles de la plaza. Como evocado por el gesto y la voz de Emazábel, se apareció entonces, dirigiéndose al grupo de intelectuales y artistas, el in-

signe diputado Perdomo. Llegado cerca del grupo saludó, y con la mano hizole signos a Alberto, como expresándole deseos de hablar a solas con él. Perdomo se había hecho presentar a Alberto desde cierto día que, en un momento lúcido, comprendió que no dejaba de ser útil de cuando en cuando, aun en medio de los más graves problemas políticos, el saber pintar madonas y esculpir mujerzuelas, como él desdeñosamente había dicho en otra ocasión, cuando entre las maneras de perder el tiempo, en la tierra, la de pintar y esculpir le parecía la más lastimosa. Después de hablar varias veces con Alberto, diciéndose admirador de él y de su arte, del cual no tenía idea ninguna, sin preámbulos Perdomo le preguntó una vez al artista si era verdad que él deseaba, como decían, que el gobierno le encomendase la estatua de Sucre. “Si es verdad —continuó Perdomo, sin detenerse a oír la respuesta afirmativa de Alberto— mi amigo el general Luis Rengel y yo nos comprometeríamos gustosos y con seguridades de buen éxito a interceder por usted con toda nuestra influencia cerca del presidente de la República”. Y Perdomo agregó que por la “arrimada de canoa” él y su amigo no exigían sino un par de mil pesos. Alberto, del mejor modo posible, a fin de no lastimar la delicadeza de los dos políticos notables, rechazó el mercado, advirtiendo a Perdomo que él no pensaba ganar ni un céntimo en la obra, si acaso le hacían el honor de encomendársela. “Apenas exigiré del gobierno lo materialmente necesario para la obra. Cuanto a lo demás daréme por muy contento con la honra y los aplausos”. Perdomo se le quedó viendo, al oírle, con aires de incredulidad; pero convencido al fin de que Alberto no le estaba diciendo ninguna mentira, le dijo: “Voy a darle un consejo, un consejo de amigo, porque me es usted simpático: no haga usted eso. Si lo hace, si usted piensa hacerlo de veras, esté desde ahora seguro de que no lo encargarán de la estatua. ¡Si el mismo presidente querrá sacar su tajadita de la estatua! Si usted no se dispone a pedir tres o cuatro veces más de lo necesario, la estatua se la encomendarán de seguro a cualquiera otro, menos a usted. Oiga mi consejo, y si lo sigue, ya sabe: estoy a sus órdenes. Pero si no lo sigue, usted verá...”.

Desde ese día, Alberto y Perdomo, apenas habían cruzado una que otra palabra, hasta aquella tarde en que Perdomo llegó a la plaza haciendo signos al escultor, como si deseara hablar a solas con él. Perdomo venía a demostrarle cuán puesto en razón había estado su consejo y todo cuanto él había dicho a propósito de la estatua. Según Perdomo, y era cierto, la Gaceta Oficial, esa noche, traía el decreto por el cual se ordenaba la creación de una estatua a Sucre y se encargaba de la obra a Guanipe. Alberto se mostró sorprendido únicamente de que el gobierno se ocupase en decretar la erección de ninguna estatua, cuando era de suponersele ocupadísimo en guiar y seguir las operaciones de la guerra. “En primer lugar —explicó Perdomo— el deber del gobierno es guardar las apariencias. Es decir: el gobierno debe, mientras combate la revolución, aparentar

que la revolución lo tiene sin cuidado ninguno. Debe tratarla como cantidad despreciable, aunque adquiriera proporciones terribles. Así, usted ve que el gobierno decreta, dispone, trabaja, como si la revolución no existiera. Esta es, por otra parte, la mejor época para negocios como el de Guanipe. Imagínese usted que la revolución triunfe: como el mármol para la estatua no habrá tenido tiempo de salir de la cantera, se quedará, tal vez, por siempre jamás en la cantera; pero, en cambio, el presupuesto de la estatua habrá ya pasado del Tesoro Nacional a las manos de Guanipe y compañía”.

Cuando Alberto volvió al grupo de sus amigos con la noticia de Perdomo, Alfonso, después de la sorpresa indignada y triste que todos manifestaron, se aprovechó de la noticia para decir de nuevo:

—Emigrar, ¿es o no el deber de quien lleva dentro de sí un ideal de belleza irrealizable en su patria? Aquí no florecen ideales artísticos, y cuando tímidamente, como avergonzándose de ello, logran dar flores, todo se conjura a impedir que sus flores cuajen en frutos de inmortalidad. Quien como Soria tiene un ideal artístico, debe salvarlo y salvarse, huyendo.

Nadie replicó. Emazábel mismo estaba a punto de convenir con Alfonso por lo menos en lo que al escultor se refería. A Romero le pareció que venían al caso recordar los turbios tejemanejes de Diéguez Torres, cómo Diéguez Torres los había invitado a él y a Soria y cómo ellos se negaron de modo terminante a poner sus firmas al pie de las felicitaciones que muchos jóvenes liberales de los más distinguidos dirigieron meses atrás al presidente de la República.

Menos triste y sorprendido quizá que sus propios camaradas, Alberto no pensó aquella tarde, ni después toda la noche, sino en cuál no sería el disgusto de Pedro al día siguiente, por la mañana, cuando le diera la noticia. Pedro había regresado a “La Quinta” después del entierro de su padre, y todos los días, en la mañana, hablaba por teléfono con Alberto, no desde “La Quinta” misma, donde no había teléfono, sino desde la hacienda de los Madriz, próxima a “La Quinta”. Cada vez Pedro se informaba de cuanto se decía en la ciudad sobre la revolución y del estado en que se hallaban los asuntos de Alberto. Los asuntos de Alberto, para él, se reducían a conseguir que el gobierno encargase al hermano de la estatua de Sucre. Para alcanzar este propósito, Pedro, desde el campo, aconsejaba al hermano cuanto debía hacer, no sin confiar en que sus amigos Galindo y Suárez, ya que no habían querido o podido ayudarle en sus personales empresas, trabajaran a favor de los planes artísticos de Alberto, muy justos y nobles. Alberto, por complacer a su hermano, siguió los consejos de éste, cuando no estaban en pugna con su carácter. Tres o cuatro veces visitó a Suárez por indicaciones y exigencias de Pedro. El ministro, muy afable con él, como siempre, se le ofreció un día, de la manera más graciosa, a presentarle al presidente de la República, el cual, según él decía, “deseaba mucho conocer al doctorcito liberal que hacía estatuas”. Y el

ministro, al citar la frase idiota del presidente, la ensalzaba como un milagro del ingenio inculto. Alberto, sin embargo, después de andar en idas y venidas, por consejos de Pedro, hasta cansarse, no obtuvo de su ir y venir sino esperanzas vagas primero, después evasivas que tenían de pretexto la guerra, y además la convicción, por otra parte fácil de adquirir, de que para el primer magistrado de la República significaban igual cosa picapedrero y escultor, alarife y arquitecto. Pedro no dejó por eso de insistir para que Alberto prosiguiera sin desalentarse en aquellas idas y venidas, y ni una mañana olvidó informarse con Alberto de cómo iba el asunto de la estatua. Y cada vez, al informarse, lo hacía con mayor ansiedad y exigiendo el mayor número de pormenores.

Cuando supo la noticia de Perdomo y conoció los términos del decreto publicado en la *Gaceta*, luego de lanzar dos grandes exclamaciones que, por lo fuertes, Alberto no las percibió sino en forma de un ronco rumor confuso, Pedro soltó por el teléfono una andanada de injurias, como si al otro extremo del hilo telefónico le oyese, en vez de su hermano, el propio César en medio a la viva aureola de sus envidiables ministros.

—¡Mejor! —decía Pedro entre cada dos injurias—, ¡Mejor! Algo así era lo que yo quería saber para estar seguro y sin remordimientos de conciencia. Haré que me las paguen todas juntas, los muy canallas. ¡Ya verán! ¡Ya verán! Dime si el bestia de Galindo ha salido a campaña, como decían, o si se queda en su hato del ministerio.

Y Alberto le contestaba, cuando Pedro mismo no se lo impedía, y cuando no se lo estorbaba la risa que le daban las expresiones pintorescas y graciosas con que la indignación exaltada de Pedro zahería e injuriaba a los ministros. Alberto se reía de las fanfarronas amenazas oscuras del hermano, sin llegar a comprenderlas.

Cuando las comprendió, era ya muy tarde. Las tales amenazas, y con ellas otras muchas cosas, como la serena e irreprochable conducta de Pedro en los últimos tiempos, no llegó a explicárselas muy bien Alberto sino dos días después de haber comunicado a Pedro el decreto de la estatua, cuando una mañana, al despertar, se halló con que desde el amanecer le estaba esperando el isleño mayordomo de "La Quinta" para decirle cómo se hallaba en grandísimo apuro: "No le quedaba ni un pión pa un rimedio. Toos los piones de "La Quinta" y muchos de las jasiendas de los rededores se habían dío la noche antes pal monte con don Pedrito, diciendo que pa la rivilución y echando vivas a la rivilución y al general Rosao. El no sabía cómo, pero lo cierto era que don Pedrito los había entusiasmao a toos, y a toos los armó con fusiles que tenía guardaos en alguna parte de los rededores. El no se había percatao de la cosa sino a las últimas, cuando ya no era tiempo. Denguno le jizo caso. Hasta el negrito Endalesio, tan trabajaor y tan formal, andaba de lo más embullaor, y cuando él fue a decirle que no se juera, se le encaró y le dijo que él ahí no era el amo, lo que era verdá, que no se entrometiera, porque él —Endalesio— y loj otros

estaban dispuestos a irse con el blanco, aunque el blanco los llevara hasta el fin del mundo. Don Pedrito lo oyó entuavía menos. Y por fin toos se jueron sin dejarle un pión pa una azada. Dispués, en la madrugada, supo que los muchachos se habían encontrao al salir con la patruya del pueblo, y como ellos eran más, habían hecho corré a la patruya. A sigún había oído él, don Pedrito y los muchachos iban como pacía el Tuy, por onde paecía que andaba guerriando un general amigo de don Pedrito". Alberto comprendió muy bien por qué Pedro se había quedado lejos de sus amigos, de sus hábitos, de sus placeres, muy largo tiempo y tranquilo, sin acusar impaciencias, ni decir de su vuelta a la ciudad la más mínima palabra. Ni más ni menos estaba preparando con sigilo y habilidad suma su propio alzamiento para el caso de que Suárez y Galindo, sus antiguos amigotes burláranse de él hasta no poder más, como él decía.

Perplejo y sin saber qué decidir estaba Alberto, después de escuchar al mayordomo, cuando se apareció buscándole Romero, Este, acezando, porque había venido a todo escape, le dijo que la policía tenía orden de hacerlo preso en dondequiera lo encontrase. Acababa de participárselo un pariente suyo, empleado de la Gobernación.

—¿Ponerme preso? ¿Y por qué?

—Sencillamente porque eres hermano de Pedro, y Pedro se alzó. Y si necesitas de una sorpresa más, te diré que entre los que se fueron anoche, según dicen, camino de la revolución, se halla Diéguez Torres, lo que explica el por qué andaba tan caviloso en estos días, y significa, dado el individuo, que la revolución debe de venir de triunfo en triunfo.

—¡Lo que me importa la revolución! Quiere decir que por las locuras de Pedro tendré que andar escondiéndome ahora...

—Y lo más pronto posible, si no quieres pasar una temporada de penitencias y ayunos en la cárcel. Quedarte aquí no puedes, porque la policía anda allanando sin el menor escrúpulo las casas que le parecen un tanto sospechosas.

Y los dos amigos discutieron sobre si convenía más a Alberto refugiarse en casa de un amigo en la misma ciudad, o esconderse en el campo en alguna de las haciendas más próximas a "La Quinta", en la de los Madriz, por ejemplo. Esto último les pareció lo más razonable, y Alberto lo creyó lo más conveniente, porque le permitiría además, de cuando en cuando, socorrer o acompañar al mayordomo en sus apuros. El mayordomo se fue, ya avisado y más tranquilo. Decidido a dejar la ciudad, Alberto lo anunció a Teresa tan discretamente como pudo. Por teléfono previno y avisó a los Madriz para que éstos dispusieran lo necesario. Por teléfono también se despidió de María.

Y esa misma tarde, Alberto, armado ya de un pasaporte que el pariente de Romero empleadillo de la Gobernación, había conseguido para él, escapó de la ciudad, entre las burladas vigilancias de la policía, cuando el crepúsculo se desmayaba por fin, desangrándose por sus enormes heridas

purpúreas, en los brazos de la noche. Durante un buen espacio, en la sombra naciente siguieron cantando las cigarras. De todos los puntos del horizonte venían los cantos monótonos y agudos. En la ciudad misma, de cada patio o corral lleno de árboles, de cada jardín y cada plaza pública surgía un coro idéntico. Y los cantos y coros, dispersos por toda la ciudad, se enlazaban y fundían en la atmósfera aún inflamada, sobre la ciudad ebria todavía de bullicio y de sol, primero en un vasto coro unánime, y luego en un solo grito desesperado que volaba hasta el cielo como un dardo impetuoso. "Es la fiebre de la tierra", pensó otra vez el artista.

En la sombra cesaron, por último, los cantos de cigarras. La noche borró, en lo alto de bucares y acacias el rubor de la fiebre. Pero la fiebre seguía. Su rubor, aún más violento que en la cima de los árboles, rompió de nuevo a relampaguear en la sombra nocturna, incendiando los aires, royendo los flancos del Avila, en las coronas de llamas de la roza. Las terribles coronas de fuego se dilataban, crecían cada vez más, avivadas por los vientos de la altura. Mientras Alberto admiraba el incendio de la roza, en su espíritu se abría la flor de un símbolo. Y en el símbolo creyó ver la explicación de la última época de su vida, creyó ver la explicación de la vida alborotada de las gentes de su país y creyó penetrar el secreto del alma de aquellas comarcas, triste, ardorosa y enferma. Las purpúreas coronas de llamas de la roza eran las únicas dignas del dios de aquellas comarcas, un dios indígena semibárbaro y guerrero, cruel y voluptuoso, un dios que fuera al mismo tiempo el dios de la Voluptuosidad, la Codicia y la Sangre.

II

El anónimo era una de las más constantes manifestaciones del alma de la ciudad. En todos los campos de la vida brotaba su flor tímida y ponzoñosa. La importancia de su papel social y sus diferentes formas habían sido objeto de observación y comentarios para algunos cronistas. Sobre su sola influencia en la política y los políticos, Diéguez Torres y Amorós hubieran podido escribir un tratado luminoso y profundo. Ambos eran expertos en manejar como arma política el anónimo. Ninguno de los dos lo consideraba sino como un arma, de empleo más o menos arriesgado, pero segura, eficaz, exquisita y reservada a muy pocos por su difícil manejo, para el cual se requería expresa vocación y sumo arte. Entre las múltiples formas del anónimo de uso más corriente, había una que los cronistas no mencionaban, tal vez porque siendo la más generalizada de todas, la daban por bastante conocida. Y sin embargo de ser la más general de las formas del anónimo, era la más discreta, porque no dejaba rastro. No dejaba en pos de sí ni fragmentos de papel, ni signos que pudieran convertirse en delatores. Por eso las mujeres la preferían. Era un simple rumor, un sonido, una palabra, una voz cobarde de eunuco, una voz contrahecha de máscara que, sin sa-

berse de dónde, venía, como traidora saeta invisible, a dar impune y derechamente en el blanco, a través de los hilos del teléfono. En la ciudad, muy pequeña, había muchos teléfonos, tantos como en una gran ciudad laboriosa. Y esos teléfonos, obreros útiles de las grandes ciudades, ahí, en la ciudad pequeña, se transformaban a menudo en sembradores de cizañas e ignominias. Cuando no hacían las veces de una Celestina incomparable, servían de arcaduces al anónimo. Este volaba así mejor y más presto, muy rara vez dejaba de caer en el blanco, y de antemano tenía la impunidad segura. Los telefonistas, de concierto con las costumbres de los más, habían hecho de ese anónimo algo inviolable, armándose de una especie de nuevo secreto profesional inmoralísimo. Fuera de algunos pocos privilegiados, como los ministros del César y otros personajes considerables para quienes no existía el nuevo secreto profesional, todos estaban expuestos a la salpicadura de infamia de ese anónimo. Un repiqueteo de timbre, una voz de mojiganga, y el anónimo golpeaba la víctima como una centella. Y la víctima se iba con su dolor clavado como un arpón en las entrañas, o bien, enfurecida por lo aleve del ataque, y no pudiendo tomar venganza del criminal y de sus encubridores no menos viles, tomábala con los puños rabiosos del aparato alcahuete.

Dos veces, contra la paz de María Almeida, voló por teléfono hasta María el anónimo. La primera vez María no comprendió: la voz de máscara, en su empeño de velarse demasiado, acabó por hacerse demasiado confusa. Pero la otra vez, la voz contrahecha "de una amiga que no deseaba sino el bien de María y su tranquilidad", fue muy explícita y clara: "Casi todas las tardes Teresa Farías, tu prima, va sola al taller de Alberto". Luego, la voz, como sobrecogida de piedad, explicaba con satánicas modulaciones piadosas: "Quizá Teresa no va al taller a nada malo. Alberto le estará haciendo un busto...". María, a esas palabras, no siguió escuchando. Se alejó del teléfono. "¡Malvadas! ¡Calumniadoras!", murmuró, mientras pensaba en las Uribe.

Las Uribe no se habían mostrado nunca muy amables con ella, tal vez por celos de su amistad íntima con Rosa. Pero desde que ella tenía amores con Alberto, y sobre todo desde que Pedro, sin decir ni siquiera una palabra para significar su propósito de no volver, se fue, dejando consternadas a misia Matilde y Matildita, las Uribe no sólo no se le mostraban nada amables, sino la perseguían manifiestamente con su ojeriza, como si ella, en último resultado, tuviese la culpa de la poco galante deserción amorosa de Pedro. Sin embargo, diciéndose repetidas veces que el anónimo venía de las Uribe y era una calumnia, en vez de tranquilizarse, María empezó a dudar de la calumnia. "A las Uribe les importaba sólo hacerle daño, y para ello así podían valerse de la verdad como de la mentira. Mejor si podían valerse de la verdad, porque el daño sería más hondo". "De una parte, el hecho de esperar, para decirle aquella infamia, el instante en que ellas, por ausencia de Alberto, no podían asegurarse bien de la verdad,

¿no estaba delatando a voces la mentira?”. Pero, de otra parte, María recordaba cómo se llenó de sorpresa al advertir en Alberto la brusca desaparición de los celos que tanto la habían torturado, y cómo atribuyó esa desaparición brusca de los celos al triunfo del amor sobre la vanidad, cuando tal vez la debió atribuir a la desaparición misma del amor, al triunfo alcanzado sobre el amor mismo por otro amor nuevo.

Durante largo tiempo María titubeó entre una y otra hipótesis, entre la verdad y la calumnia. Mientras tanto su memoria evocaba gestos, actitudes y palabras de Alberto y de Teresa, y muchos de esos gestos, actitudes y palabras, hasta ese día inexplicables para ella, explicábaselos entonces claramente, suponiendo verdad el denuncia de la voz contrahecha y anónima. Poco a poco, a las vacilaciones, a la duda, sucedió el deseo de saber la verdad, toda la verdad, aunque ésta le costase el precio de la dicha. “Todo menos la incertidumbre”. Una idea fija, una resolución incontrastable, apercibida a romper cuanto se le opusiera, embargó su alma. Y desde ese punto vivió en una agitación inconcebible, engañando su impaciencia con una actividad exasperada, sin objeto ni orden. Le pasaba como a todas las naturalezas graves, retraídas, en las cuales predomina la vida interior: fuentes selladas que, al hincharse de improviso, tratan de escapar de su encierro, desbordándose, atropellándose como ríos tumultuosos.

Su inquietud no la dejó sino el siguiente día, al hallarse en presencia de Rosa Amelia. Sus palabras y gestos no guardaron ni un rastro de su loca agitación de la víspera. Mas, en toda su persona, en el tono de su voz, en su mirar, en su actitud, se transparentaba la firmeza de su resolución incontrastable. Aunque Rosa no se hallara todavía repuesta de la ansiedad y el susto en que la sumió la inesperada noticia de la expedición revolucionaria de Pedro, no dejó de advertir con extrañeza el cambio de María, maravillándose aún más que del cambio, de las razones de él, cuando María se las declaró de modo breve y preciso.

—¡Mentira! ¡No pueden ser sino mentiras!—exclamaba Rosa, realmente desconcertada primero, y después en el colmo de la más espontánea y pura indignación—. ¡Mentira! Calumnia de envidiosas. ¿Consideras a Teresa y Alberto capaces de tamaño crimen? Porque sería un crimen, si eso fuera verdad. Que Alberto, queriéndote, sea capaz de unos amores semejantes, podría ser, puesto que al fin y al cabo los hombres no conciben el amor como nosotras; pero que tales amores los tenga con Teresa, con la que es en tu casa como tú misma, eso no puede ser sino calumnia. No hagas caso de ese anónimo.

—¿Te parece muy fácil no hacer caso? ¡Y aunque lo fuera! Quiero saber. Quiero estar segura de si es mentira cuanto dice el anónimo. Y si es verdad, quiero ver de frente la verdad, aunque me cueste mucho. Porque de ser verdad, Alberto no me quiere, no puede quererme. No debo, y siento que no lo podré tampoco, vivir un día más en esta incertidumbre en que estoy, gracias quién sabe a qué alma buena. Porque quiero saber,

vengo a ti. Por eso recurro a ti. Sólo tú puedes ayudarme a descubrir muy pronto, hoy mismo, si es mentira o verdad la infamia que me han dicho por teléfono.

—¿Cómo?

—Yendo conmigo al taller de Alberto. No hay medio mejor. Si lo que dice el anónimo es verdad, en el taller deben de existir claros indicios de la verdad. Si no, te prometo no hacer caso ninguno, y aun reírme de todos los anónimos que puedan seguir enviándome por teléfono, o de otra manera, las buenas almas tan solícitas de mi tranquilidad y mi bien.

—¿No es esa una locura, María?

—¿Por qué? Nada tiene de particular que tú vayas al taller de Alberto, y yo bien puedo acompañarte. Esa es la manera mejor de conocer la verdad, y ya te he dicho que estoy decidida a conocerla pronto, aunque me cueste mucho. Si no me complaces, me valdré de cualquiera otro medio, aunque me llamen loca o algo peor. ¡Compláceme! Te lo exijo en nombre de nuestra vieja amistad. Compláceme: te lo ruego, o no volverás a verme en tu vida.

El tono resuelto de María, al decir estas palabras, conturbó el alma de Rosa. A su deseo de justificar al hermano, a su firme confianza en que se trataba sólo de calumnias, añádase en Rosa, para, si no destruir, al menos quebrantar su resistencia, el miedo de perder el amor de María, quizá el único afecto seguro y fiel entre los afectos que la rodeaban. A las palabras de María, apenas opuso una tímida objeción débil:

—¡Pero si yo no tengo la llave del taller! Alberto se la dejó a Romero.

—Para pedírsela a Romero, hay pretextos de sobra. Puedes pedírsela diciéndole que necesitas enviar a Alberto, adonde está, libros, dibujos u otras cosas de las que Alberto guarda en su taller. El pretexto no importa. La cuestión es pedirle inmediatamente la llave, antes que él pueda comunicar con Alberto por teléfono o de otro modo. Y si, pidiéndosela tú, no te la envía, es porque el anónimo dice verdad. No me quedaría duda.

La resistencia de Rosa hubo de ceder a la obstinación implacable de la amiga. Rosa mandó pedir la llave a Romero, y éste se la envió, porque no habiéndole dado Alberto orden expresa de no entregar la llave a su hermana, él no podría excusar su negativa con excusas valederas. Antes de irse, Alberto, después de recomendarle mantener siempre húmedo el barro de la obra comenzada, mojando el capuchón de lienzos que lo cubría, le exigió, sin decirle por qué, muy convencido de que bastaba su exigencia para contar con la discreción más absoluta, no pasar nunca de la alcoba en donde se hallaba la acuarela de Calles a la última alcoba. Y aunque Romero sospechase la naturaleza del secreto escondido en esa alcoba, no tuvo tentaciones de violarlo. Para él no existía la alcoba ni el secreto, así fueran accesibles a su curiosidad, como si estuviesen protegidos contra ella por cerrojos innúmeros. Sabía que de la posesión de aquel secreto lo separaba apenas el espesor de una cortina. Pero el secreto no le atraía ni le

inquietaba. No se acordó de él sino a la demanda imprevista de Rosa. “¿No temía Alberto que un secreto que no era sólo de él se divulgase? ¿Por qué entonces, para hacer mandar dibujos y libros de los guardados en el taller se dirigía a Rosa?”. Al mismo tiempo, Romero, con mucha candidez, pensó que el secreto quizá no corría peligro, pues los libros y dibujos de Alberto se hallaban en la estancia de la acuarela de Calles; pensó que si Alberto encargaba a Rosa de tan peliaguda misión, sería por estar muy seguro de Rosa; y pensó, además, que siendo Rosa hermana de Alberto, no le traicionaría, no podría traicionarlo. Y pensando de tal modo, cándidamente, después de haber enviado a Rosa la llave, Romero trataba de excusarse a sí mismo.

Lo que primero detuvo la atención de las dos, a su llegada al taller, fue la estatua vestida de su capucha de lienzos recién mojados. En la superficie de aquella masa informe y oscura se veían las huellas de gotas que habían rodado al suelo, mientras algunas gotas rodaban todavía, lentamente, como lágrimas. María, al ver la estatua, se abalanzó sobre ella y la despojó de sus lienzos, ya separándolos, ya arrancándolos, hasta dejar todo el barro desnudo.

—¿No es Teresa? ¡Sí, es ella! ¡Es ella! No puede ser sino ella —gritó María, y a la vez tendió los puños crispados y vibrantes, como a derribar la estatua de su pedestal exiguo.

—¿Estás loca? ¿No ves que eso no se parece a nadie? Se parece a Teresa tanto como a ti, como a mí, como a cualquiera otra mujer. . . Puedes decir que es una mujer, y eso es todo.

Y Rosa al mismo tiempo que hablaba a María, le sujetaba las manos. Ninguna de las dos, en efecto, podía hallar en aquella masa informe la más vaga semejanza con la Farías. Aun en la obra acabada les hubiera sido muy difícil sorprender tal semejanza, porque el propósito del escultor no era copiar fielmente los rasgos de belleza de su amante, sino traducir en esos rasgos toda la Voluptuosidad misma, fatigada e incansable, rica en placideces y en dolor, acerba y dulce. Ante el ademán elocuente de María, Rosa tuvo miedo; se arrepintió de haber cedido, de haber ido al taller; por la primera vez presintió lo que iba a pasar de irrevocable, y comenzó a temblar, a temblar, y tanto la entorpecieron sus temblores, que, cuando María se le desprendió y se alejó de ella, no pudo seguirla. Inmóvil, y ahogándose de zozobra y de miedo, se quedó cerca del barro desnudo.

—¡María! ¡María! No hay nada. Vámonos. Hemos hecho una necedad en venir. Vámonos. ¿No ves que no hay nada? ¡María! ¡María!

Pero ésta no la escuchaba, ni podía escucharla: había atravesado, examinándola con rapidez, la estancia en donde se hallaban la cabeza leonardina y la acuarela de Calles; había traspuesto la espesa cortina de damasco

purpúreo, y ya percibía el perfume de voluptuosidad esparcido en el ambiente de la última alcoba.

—¡Era verdad! ¡Infames! ¡Infames!

Si en la estatua no adivinó el símbolo de la voluptuosidad, sí percibió su perfume en el ambiente de la alcoba. Es perfume que no engaña. No engaña ni a la prostituta, ni a la virgen, tal vez menos a la virgen que a la prostituta. Quien jamás lo conoció, lo *reconoce* al percibirlo. Ese perfume, olor de carne y esencia de besos y caricias, mezclado ahí a fragancia de flores y al perfume que María conoció por ser el perfume preferido de Teresa, llenaba la alcoba y parecía exhalarse del lecho y sus ropas y cortinajes, finísimos de las paredes, del tocador, y de todos los demás muebles de aquel rincón de taller convertido, por obra y gracia de la voluptuosidad, en *boudoir* elegante y deleitoso.

María no sólo reconoció en el aire el perfume preferido de Teresa: vio además los dos retratos de Teresa colgados de la pared, y la sobrecoigió uno como violento calofrío de grima y rabia. En vez de sentirse ahí como violadora de un secreto y de un domicilio ajeno, sentíase al contrario como violada por aquella atmósfera y su espíritu voluptuoso. De sus ojos, de sus manos, de toda ella partieron desatentadas las iras, como de la aljaba de Diana disparábanse las flechas a castigar al cazador insolente que, por entre el fresco laberinto del bosque, corría, inflamado en deseos impuros detrás de los cándidos pies esquivos de la diosa. María, casi loca, en un acceso de dolor y de rabia, deshizo el lecho, revolviendo sus ropas, y rasgó sus cortinas; descolgó de la pared los dos retratos de Teresa y los arrojó al suelo, para en seguida pisotearlos en una danza frenética de sus pies vengadores; derribó del tocador, en el desorden de sus movimientos, una redoma de perfume, y la redoma al caer se quebró, exhalando toda su alma fragante y ligera; registró casi todos los muebles y uno de éstos, especie de armario, lo encontró lleno de camisas de mujer, aéreas y vaporosas.

Eran camisas de seda y de blondas y encajes, rosadas, azules, malvas, lilas, de todos los colores. María las fue sacando una a una, y una por una las estrujó, las mordió, las desgarró en mil pedazos, hasta formar en el centro de la estancia, con fragmentos de camisas de mujer, un alto y polícromo rimero de jirones, de entre los cuales pareció ella por último surgir sin movimiento, silenciosa, los puños crispados, los ojos muy abiertos y fijos, como la imagen de la Desesperación o la estatua de una Furia.

—¡María! ¡María!

Cuando Rosa pudo al fin llegar a la última alcoba, después de alzar la pesada cortina de damasco, se dio cuenta, con sólo ver, de lo que estaba sucediendo. Se hallaba en presencia de lo que su miedo presintió: en presencia de lo irrevocable.

—¡María! ¡María! —gritó de nuevo Rosa.

Y entonces María se estremeció como si volviera en su acuerdo; comenzó a frotarse desesperadamente las manos, una contra otra, como empuñada en hacerles perder hasta la memoria de sus contactos impuros con las blondas, la seda y los encajes de aquellas camisas de mujer, cómplices de abrazos, besos y quién sabe cuántas caricias locas; y después de frotarse las manos largo tiempo, se precipitó en los brazos de la amiga confusa: en el seno de ésta ocultó su rostro, y de sus ojos corrieron dos ríos de lágrimas.

Por la ventana frontera a la puerta escondida bajo la cortina de damasco, entraba el sol alegremente, y con el sol entraban los cantos de cigarras venidos de los bosquecitos de tártagos de las quebradas próximas.

—¡Y todo esto por mi culpa! ¡Por mi culpa! —dijo Rosa desesperada a su vez.

—Por tu culpa, no. Tú no tienes culpa. Has hecho lo que debías. La culpa es toda de ellos, ¡los infames! ¡Infames!

Y el llanto de María redobló. Después, como si de su rabia y su dolor triunfasen la grima y el disgusto, exclamó desasiéndose de Rosa y buscando la salida:

—Vámonos. Vámonos, Rosa.

Pero ésta la contuvo.

—No, no saldremos hasta que no te calmes y dejes de llorar...

Y cuando por fin salieron y bajaron hacia el centro de la ciudad, sus almas, que parecían condenadas a separarse para siempre al más traidor de los golpes, sintiéronse más unidas que nunca. Ni por un instante pensó Rosa justificar a su hermano. María ni por un instante pensó vengar en Rosa el crimen de Alberto. Unidas por desengaños comunes, aquel desengaño, terrible y cruel para entrambas, uníalas aún con más fuerza y estrechez, elevándolas a la más alta y pura concepción de la amistad, inaccesible al vulgo de las almas femeninas. Víctima del amor, engañadas y burladas del amor, sus destinos eran gemelos. Juntas, en lo futuro, cultivarían, como en el pasado, su pedazo de jardín; juntas, como en el pasado, prodigarían las aguas vivas de su amor, desdeñadas de los hombres, a la tierra, que no paga con desdén; y ya que el corazón de los hombres no tenía rosas para ellas, ellas arrancarían rosas, muchas rosas, a la tierra, cultivándola.

I I I

Hacia una semana las tropas de la revolución habían peentrado en triunfo en la ciudad, cuando Alberto volvió de su escondite.

Algunos todavía no lograban darse cuenta de cómo Rosado alcanzó tan estupenda y rápida victoria. Parte porque el gobierno la mantuviese, por motivos fáciles de adivinar, en la mayor ignorancia de lo que estaba pa-

sando en el resto de la República, parte porque ella fuera de por sí indiferente y descuidada la capital, en efecto, no se vino a formar idea justa de la revolución y de su magnitud y su brío, sino cuando, ya victoriosa, la revolución tocaba a sus puertas.

Apenas tres o cuatro meses bastaron al antes obscuro cabecilla vulgar, transformado por la suerte de las armas en ilustre campeón intrépido y feliz, para estrechar y vencer al gobierno, vengando la ley atropellada por los mismos que debían servirle de severos guardianes escrupulosos. En toda la República el movimiento de la revolución fue irresistible y unánime. De todas partes respondió un eco al grito de guerra de Rosado y sus compinches. Muy al principio tan sólo hubo un momento de vacilación y desconfianza, provenientes quizá del turbio fondo de melancólico escepticismo acumulado en el alma del pueblo durante una larga y negra serie de revueltas inútiles. Pero el pueblo, siempre niño, se dejó, como otras veces, engañar y seducir de palabras hermosas. La facultad, en él inagotable, de forjarse ilusiones, triunfó de su vago escepticismo. En su corazón se puso a germinar, a sonreír y a florecer una loca esperanza. Y esa esperanza, propagándose como el más traidor de los contagios, no respetó ni a los más fuertes. Muy pronto la compartieron con la masa del pueblo incauto los que no hacían parte de la muchedumbre anónima, los que sobresalían del nivel común y aun algunos de los que, diciéndose intelectuales, proclamábanse adversarios de toda guerra y de su fatal séquito de generalotes advenedizos. Unos y otros eran insensiblemente llevados a poner su esperanza en la guerra, como si de la guerra hubiese de salir la salvación para todos. Los que se creían menos ilusos, aunque lo fuesen tanto como los demás, esperaban en un dictador magnánimo con perspicacia y luces de sociólogo, capaz de comprender y bien dirigir las fuerzas de aquella democracia corrompida y de echar por último las bases de una verdadera nación y de la república verdadera. Poseídos, a pesar de ellos, de la fiebre revolucionaria, olvidaban, en la locura de la fiebre, sus ideas y reflexiones de los tiempos de paz: olvidaban que la guerra no produce casi nunca sino guerras que casi ninguna revolución trae en su vientre sino lágrimas y ruinas, que la obra de un dictador es, como éste, efímera y deleznable; que el dictador con luces, magnánimo y perspicaz no surge sino rara vez de los conflictos rojos; que a cada guerra civil se agregan a los ya existentes nuevos probables dictadores bárbaros, porque detrás de cada general vencedor se arrastra la inevitable cohorte de nuevos coroneles y generalotes improvisados, ignaros y ambiciosos, en cada uno de los cuales anda escondido y prosperando el germen de un Imperator futuro. Olvidados de sí mismos y de sus propias ideas, con más facilidad se olvidaban de los otros. Ninguno recordaba ya lo que Rosado y los otros jefes e iniciadores de la revolución habían sido antes de lanzar su grito de guerra. Ninguno recordaba ya que todos ellos, antes de lanzar ese grito, eran tenidos por hombres malos. A Rosado, antiguo ministro, antiguo presidente,

se le consideraba como el más ruin de los malhechores. Hablábase de él como de un salteador vulgar sin asomos de escrúpulos. Y a sus amigos, a los que por él trabajaron en el Congreso, dando a la revolución una bandera prestigiosa, si no los consideraban tan malos como él, tampoco los consideraban menos viles. Los que en pleno Congreso llamaron al país a las armas eran tenidos por venales. Casi todos entre ellos los más escandalizados ante la inminente violación de la Ley, habían venido viviendo de los oros del César hasta la víspera del día en que invitaron al pueblo a ponerse de la parte de Bruto. Pero desde entonces, por el solo hecho de erigirse en adversarios del César y en defensores de la Ley, la opinión de las gentes volviéoles benigna y entusiasta. Rosado, con decir que venía a la defensa de la Constitución y la Ley, escandalosamente holladas, dejó de ser el más ruin de los malhechores. No le comparaban sino con los héroes más nobles de la antigüedad: le llamaban modelo de ciudadanos, el soldado por excelencia de la Ley, el varón íntegro. Y sus amigos aparecieron también a los ojos de la multitud con almas nuevas. El frecuente hablar de la Constitución y la Ley, proclamándose defensores de ellas, les prestó aureola y fama de hombres puros. Nunca se vio de modo tan patente como esa vez la virtud prodigiosa de las palabras. Para el sagaz general Rosado y sus amigos, el repetir a cada momento las palabras Constitución y Ley, fue como bañarse en las aguas lustrales de una piscina milagrosa, hasta quedar limpios de toda lepra.

Cuando en la capital se trasladieron de irrecusable modo los primeros grandes triunfos de la revolución, empezaron a desertar de las filas de fieles al gobierno muchos politicastos. El gobierno, en un instante de súbito pánico y turbación, olvidó su máscara de serenidad aparente y se dejó ver, tal como estaba, débil y temeroso. El efecto de semejante olvido fue aumentar las deserciones de los politicastos. Algunos, con igual cinismo con que antes hablaban de haberse embarcado con el César en una misma nave, entonces achacaban al César todas las culpas, y encontraban la revolución legal y justiciera. Otros, no satisfechos con desertar en espíritu, se iban, al principio ocultamente, luego sin molestarse en hacerlo de tapadillo, a engrosar las filas del ejército revolucionario. La debilidad creciente del gobierno y los progresos continuos de la revolución hicieron que muy pronto se formasen, a las puertas mismas de la capital, en los alrededores de ésta, casi en las barbas del César y sus ministros, grandes partidas de rebeldes como la capitaneada por Pedro Soria.

Después de contaminar a los politicastos, el soplo de traición comenzó a sacudir las almas de los militares fieles al gobierno. El César se vio poco a poco desamparado de sus generales más adictos. Uno solo se mostraba decidido a no abandonarle. Los demás le abandonaban diciéndose desalentados de la lucha, cada vez más recia y vana, pero en realidad, si no le dejaban por cobardía, le dejaban porque de tiempo atrás venían en tratos con la revolución y sus jefes. Los últimos no se cuidaron mucho de las

formas; no ocultaron sus perfidias bajo disfraces: le dijeron que estaba de más, y le aconsejaron la fuga. No se la aconsejaron: se la impusieron. Y el César obedeció, transformados en mansedumbres de oveja sus ásperos instintos de lobo. Fue de una infamia a otra infamia. De la infamia de su grosero y criminal cesarismo corrió a la infamia de la fuga, y a la infamia des destierro fácil, apacible y dorado, en una gran ciudad lejana y opulenta. No se detuvo a defender siquiera con un simulacro de resistencia heroica algo de su honor hecho trizas. Menos aún pensó en rescatar con un supremo acto noble, con un supremo acto de belleza, a semejanza de los Césares verdaderos, los de Roma y Bizancio, toda la infamia de su vida, traspasándose el corazón con sus propias manos ante la derrota inminente, o partiéndose las venas en el baño de púrpura, en el agua perfumada y tibia, bajo flotante y purpúrea mortaja de infinitos pétalos de rosa.

A su llegada a la capital, Rosado encontró dispuesto a rendírsele, tras de cortos y sencillos parlamentos, lo que del gobierno quedaba aún en pie. De esa ocasión aprovecharon los politicastro rezagados todavía, para mostrarse políticos hábiles, pasándose al enemigo por el cómodo puente de plata de los parlamentos. De los primeros entre los hábiles fue Perdomo. Según éste la suma de todas las responsabilidades y todas las traiciones estaba en el César fugitivo. Y no sólo se pasó con extraordinaria desfachatez al enemigo, sino además trató de escamotear a los triunfadores una buena parte de triunfos, por la manera como él había conducido y llevado a feliz conclusión los parlamentos.

Concluidos los parlamentos, Rosado entró en la ciudad en medio a un inmenso clamor de apoteosis. La ciudad toda aclamaba, desbordante de gratitud, al héroe que venía por los fueros de la Constitución y de la Ley, en mala hora pisoteada. Cada habitante de la ciudad se creía en el deber de festejar el triunfo de la revolución como su propio triunfo. Muchos, los ingenuos, veían en aquel triunfo el real advenimiento de la república, o por lo menos el principio de una era de paz y bienandanza. El haber combatido juntos en pro de una misma causa en las filas de la revolución hombres de los dos partidos contrarios, apareció a muchas almas de simples como presagio halagüeño, y saludaban esa unión como el término seguro de las guerras civiles. Pero los liberales consideraban el triunfo de la revolución como un triunfo liberal, porque el jefe de la Revolución, Rosado, se decía liberal, y por liberal todos le tenían. Por su parte, los conservadores, aunque en la plaza pública no lo dijese, miraban en el triunfo de la revolución un triunfo de su partido, porque si bien Rosado era liberal, sus tenientes no lo eran: pertenecían en su mayor parte a los conservadores. Y esos tenientes, además, contaban y traían en su haber mayor número de victorias que el jefe mismo. De esa manera, atribuyendo los unos, cada cual a su partido, el triunfo de la revolución, esperando los

otros que ese triunfo aumentase, no la gloria de su partido solamente, sino la dicha y bienestar de la patria, irían todos viviendo de esperanzas e ilusiones, hasta el día en que Rosado, extinguido el clamor de apoteosis y pasada la embriaguez de las fiestas, empuñase las riendas del gobierno y continuara la obra de ruina, descrédito y decadencia, tomándola en el mismísimo punto en que la dejó su predecesor, el César fugitivo. Entonces caerían las telarañas de los ojos, huiría de las almas la ilusión de las alas azules, y todos al fin comprenderían cómo el triunfo de la revolución no fue el triunfo de este o aquel partido, de esta o aquella idea, sino el triunfo de los mismos viejos abusos, el triunfo de los mismos viejos apetitos, con muy pocas diferencias de nombres y de caras.

Entretanto, el populacho y la soldadesca llenaban las calles de la ciudad con su regocijo bullicioso, dando vivas a la revolución y a su jefe. Grupos de soldados y de pueblo se paseaban por las calles, contentos con lanzar ternos o vivas y exclamaciones de júbilo. Pero manos tan hábiles como aviesas trabajaron por convertir el ardor de ese regocijo en furias vengadoras. La muchedumbre, de alma pasiva, se dejó llevar a los peores excesos por algunos de los que en tiempos de paz llamábanse partidarios de la justicia y del orden. Merced a esos justos, en la ciudad estallaron los motines y prendieron las represalias. Inocentes máquinas y otros útiles de una imprenta, en donde un gramófono servil imprimió sus lisonjas al gobierno derrocado, fueron arrasados y esparcidos en toda la ciudad por la mano de saqueadores ebrios, entre algazara de granujas. La venganza de los justos no podía caer sobre la persona del César, ni sobre las personas de sus ministros, como el César, puestos en salvo; pero cayó, seguida de la multitud, sobre sus casas indefensas. Nada respetó aquel torrente humano hinchado de odio, rencores y envidias. Las casas del César y sus ministros fueron saqueadas una por una. Los retratos, muebles y objetos de arte, no completamente destruidos a golpes de varas, de sables y de puños, los arrojaban maltrechos al arroyo. Objetos íntimos, destinados a no salir jamás de la discreta penumbra de la alcoba, salieron a la cruda luz de las calles. La multitud echó abajo una de las casas más trabajadas del saqueo, y se hablaba de no dejar piedra sobre piedra en las de algunos de los hombres más notables del gobierno caído. Arrastrados del vértigo, validos de la confusión, escudados por lo denso de la muchedumbre en desorden, ciertos corazones viles empezaron a cobrar, traicioneramente, personales venganzas. Y mucha sangre tal vez habría manchado las calles de la ciudad, a no ser una de esas intervenciones felices con que la naturaleza imperturbable parece revelarse con un alma consciente y bondadosa en medio de su fatalismo obscuro. El cielo, hasta ese entonces impassible y azul, conolido al fin del hondo clamor de angustia de la tierra, se deshizo en lágrimas. Al principio fueron grandes goterones lentos, al tocar en tierra sorbidos con desesperada avidez de la tierra ardorosa; luego fue la lluvia de los cielos blancos, una lluvia menuda, precipitada y continua, que llenó

y refrescó la atmósfera, empapó la tierra y la surcó de torrentes y ríos, arrastró inmundicias e impurezas; barrió de los flancos del cerro, convertidas en fango, las cenizas de la última roza; acalló el cántico estridente de las últimas cigarras; avivó, para mejor extinguirlo, en las copas de los árboles, el incendio de púrpura; y en las calles de la ciudad aplacó y desahizo el vano y miserable tumulto de los hombres.

Cuanto le dijo Romero sobre las escenas vergonzosas que habían afeado por aquellos días la ciudad, y sobre lo acaecido con la llave del taller, no impresionó tanto a Alberto como la simple noticia de haber sido, *de orden superior*, transformado en alojamiento de tropas el caserón de la Escuela de Bellas Artes. Rosado lo había dispuesto así porque todos los cuarteles de la ciudad no eran bastantes a contener su ejército victorioso. Semejante noticia fue para el escultor como inesperada catástrofe. Cuando tiempo atrás, con la intención de hacer, ajustándose a los proyectos ilusorios de Emazábel, una serie de conferencias, hizo llevar a la Escuela su última obra y las copias del Fauno y la Ninfa de su obra premiada en París; y cuando, obligado a dejar la ciudad y esconderse en el campo, quedaron sus estatuas en la Escuela, ni por un segundo se imaginó que ahí, en la Escuela, en el único rinconcito de su tierra consagrado al estudio del arte, pudieran correr sus obras ninguna clase de peligro. “¡Cómo imaginarse entonces que la Escuela de Bellas Artes la convertirían muy pronto en refugio de soldadesca!”.

—¿Y mi Venus criolla? ¿Y las copias del Fauno y la Ninfa?

Romero no sabía nada de eso: no había podido informarse de nada en aquellos días de tumulto. Era inútil, y además arriesgado, salir en aquellas días a la calle, recorrida por bandadas de saqueadores.

—Supongo —dijo Romero— que tus estatuas, con las copias de esculturas célebres que hay en la Escuela de Bellas Artes, las habrán resguardado de toda ofensa en algún lugar inaccesible a las gentes de tropa.

—¿Pero no estás seguro?

—No. ¿Cómo he de estarlo?

—Pero, en fin, el director de la Escuela debe saber en dónde y cómo se hallan las estatuas.

—La Escuela no tiene director: el que tenía cuando te marchaste para el campo renunció poco antes de entrar en la ciudad Rosado con sus tropas, y el gobierno, en esos días, no estaba para ocuparse en designar un nuevo director a la Escuela.

—¿Entonces qué hacer? Quiero saber ya, inmediatamente, en dónde y cómo se hallan las estatuas. El Fauno y la Ninfa no me importan mucho: al fin son copias. Pero mi última obra, ya eso es distinto.

Y el escultor habría deseado correr, volar, como el hombre a quien vienen a decir que su hijo está en peligro de muerte. Para él, artista, su

obra sin duda era más que un hijo. Un hijo no podía ser de él solo, en tanto que su obra era exclusivamente de él, sólo de él, símbolo perdurable de su orgullo, sangre de su genio, alma de su alma.

Sin pensar ninguno de los dos en lo que hacían, Alberto y Romero se llegaron a la puerta del cuartel, antes Escuela de Bellas Artes. El oficial de guardia condescendió a conversar con los dos amigos, y les advirtió que, para cumplir su deseo de entrar en el cuartel a ver las estatuas y llevarse una de ellas, debían proveerse de un permiso en toda forma del mismo general Rosado. Discurrían, poco después de hablar con el oficial de guardia, sobre la mejor manera de conseguir aquel permiso, cuando se les apareció como un salvador Pedro Soria, vestido aún con sus arreos de campaña: espada a la cintura, chaqueta bien ceñida al talle, pantalones listados de amarillo, y en la cabeza, rodeando el ancho sombrero de paja, una cinta de color gualdo vistoso. Y Pedro se ofreció a conseguirles en un periquete el permiso de Rosado.

Sin embargo, el permiso tardó en llegar a las manos de Alberto unos días, que para Alberto se deslizaron con lentitud angustiosa.

Cuando volvió por fin a la entrada del cuartel, volvió en compañía de Romero.

—¡Cabo Miyares! Acompañe a estos señores hasta allarriba, aonde están las jstatuas—dijo el oficial de guardia, después de leer el permiso y la firma de Rosado.

El oficial de guardia y el cabo Miyares cambiaron una sonrisa picaresca, no advertida de los otros. Y el cabo Miyares, zambo un si es no es patojo y muy cabezón, se dispuso a guiar a los dos amigos, adelantándose a ellos cosa de uno o dos pasos. No tenían sino atravesar el corredor principal del piso bajo, subir por una escalera a gradas gastadísimas del tanto subir y bajar de la gente, para llegar, en el piso alto de la casa, al salón consagrado, cuando la casa no era cuartel, sino escuela de arte, a los trabajos de escultura.

El salón de esculturas, muy vasto, daba a la calle, y encerraba muchas copias de estatuas célebres. Entre otras de menor importancia, estaban resaltando allí con el reflejo de belleza inmortal robado a sus modelos, hermanos del milagro, las copias de las Venus de Milo y del Capitolio, las del Gladiador moribundo, la del Torso de Hércules, la del Apolo del Belvedere, sereno y arrogante, y la del suave Antinoo, el de las tersas formas divinas. El salón se continuaba a la derecha con una estancia exigua, que daba como el salón a la calle y estaba, también como el salón, llena de estatuas. Las paredes las tenía tapizadas de academias y otra suerte de dibujos. Ahí, en esa estancia, fue donde quedaron, a la partida de Alberto, las copias aisladas del Fauno y la Ninfa en París y su Venus criolla.

Mientras atravesaban el corredor principal del piso bajo y subían la escalera, ansiosos de llegar adonde habían de estar aún las esculturas, los

dos amigos vieron apenas los soldados que, solos o en grupo, llenaban, en el piso inferior, los corredores y el patio.

Ya tendidos por sobre los duros suelos, o sobre mantas, azules de un lado y rojas del otro, dormían; ya extendidos sobre un costado, formando círculo con otros compañeros encima de la frazada bicolor, jugaban. Entre los soldados podían verse todos los tipos del pueblo: rostros blancos, cuya blancura servía de realce a la amarillez paludosa; negros casi puros de las poblaciones costaneras, con escleróticas muy blancas y almas fatalistas; gestos duros, batalladores e inteligentes de mulatos; y gestos apacibles de indios, de mirar melancólico y dulce.

En lo alto de la escalera, el cabo Miyares, rascándose la cabeza y encarándose con los dos amigos, se detuvo por un segundo, que fue para los tres de honda perplejidad y embarazo.

—La custi6n es que loj muchachoj han... desarreglao un poco esos muñecos. Como cuando uno viene de campaña no lo licencian a uno ái mismo...

Alberto y Romero, a su llegada al salón, empezaron a entender lo que significaban las reticencias de Miyares. El hijo de Latona, Apolo, descendido de su pedestal, rotos los brazos y un pie, no vencedor, andaba por los suelos boca abajo. En esa misma actitud ignominiosa muy cerca de Apolo, estaba Antinoo, el de las formas divinas. Y ambos, como suplicados a traición, lucían en la espalda, en lo más bajo del dorso, la boca de una herida profunda. Luego, ante el espectáculo de las Venus, decaídas como Apolo, se les acabó de revelar la última significación recóndita de las reticencias de Miyares. Las Venus, al revés del dios de la luz, miraban al techo del salón, no hacía la tierra. Los soldados, entre una frenética explosión de erotismo bestial, con las puntas de sus bayonetas habían simulado, en los blancos cuerpos de las estatuas, el sexo de las diosas. Y no pudiendo ya violar campesinas en los ranchos de la sabana y en los bohíos del monte, violaron, con sus caricias de brutos, las blancas diosas de yeso. En las divinas alburas de las Venus aparecían con toda claridad las huellas de los abrazos infames y el inmundo rastro de la más ruin semilla de hombre. Alberto, mudo, manifestaba su espanto, su indignación y su ira en una palidez intensa. Romero, por su parte, adivinando y respetando el dolor de su amigo, no podía menos de pensar en una como epopeya gigantesca y terrible, la epopeya de la Sangre y la Lujuria, desarrollada en la noche de las cavernas prehistóricas.

Con ímpetu de náufrago, Alberto se asió por un instante fugitivo de una esperanza falaz, al divisar a lo lejos, en el fondo de la estancia contigua al salón, en el mismo lugar y la misma actitud que él la dejó la última vez, la copia de su Fauno. La estatua del Fauno era, en efecto, la sola estatua respetada de la chusma. Con su alma de plebe, oscura y supersticiosa, la soldadesca vio, a través de la frente bicorne y de los labios irónicos del semidiós de los campos, un demonio truhán y vengativo.

Pero sobre la Ninfa y la Venus criolla parecía haberse encarnizado la furia de espasmos y caricias bestiales de los bárbaros en celo. Sobre todo, la Venus criolla era una sola ruina triste, en la cual muy difícilmente se alcanzaba a reconocer la antigua obra, la escultura destinada a perpetuar un peregrino fulgor de belleza, la estatua de la mulatica del Tuy fresca y primorosa, como hecha de barro blondo, fragancia de canela y zumo de flores de apamate.

Cuando Alberto abarcó, en toda su magnitud, la miseria de sus creaciones, después de considerarla en silencio, durante un largo espacio, de su garganta brotó, rompiéndose, destrozándose, algo que fue mitad sollozo, mitad rugido:

—¡Canallas! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Todos canallas!

Luego por un instante, se rio con risa de loco, mientras decía, señalando las estatuas y dirigiéndose a Romero:

—¡Y nosotros que teníamos la candidez de pensar en el arte como en un medio de regeneración política! ¡Blasfemos!... ¿Ves? ¿Ves? Por aquí pasó la Bestia, la gran Bestia impura. ¡Ah, la Democracia! ¡Nuestra Democracia! ¡Nuestra *santísima* Democracia!

—¿El blanquito como que se ha molestao? Yo le dije que loj muchacho... —empezó a decir un poco amostazado, el cabo Miyares, el zambo, un si es no es patojo y muy cabezón, al sentir, en las palabras y la risa irónica de Alberto, los latigazos del insulto.

—¡Sí me he molestado! ¡Sí me he molestado! —gritó el artista, en una súbita exaltación de rabia. Y su palidez, ya intensa, creció hasta convertirse en blancura, semejante a la blancura, en que resplandecían, antes de ser violadas, las frágiles diosas de yeso.

Prudentemente, el cabo Miyares retrocedió unos pasos: en la palidez espantosa del artista reconoció una palidez que no era la del miedo. Entretanto, Romero se acercaba a su amigo, le asía del brazo, y, atrayéndole a sí, le decía:

—¡Cálmate! Cálmate y vámonos. Vámonos. Aquí nada hacemos.

Alberto, dócil, se dejó llevar del amigo. A la salida del cuartel quiso hablar, y, cuando empezó a hablar, se le saltaron las lágrimas.

—Alfonzo tenía razón —prorrumpió—. Alfonso tenía razón cuando me dijo que me fuera. Yéndome entonces, cuando él me lo dijo, me hubiera llevado quizás algo intacto, me hubiera llevado quizás casi entero el buen humor de la tierra. Alfonso tenía razón: nadie tiene derecho a sacrificar su ideal. El supremo deber de un artista es poner en salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca realizaré mi ideal en mi país. Nunca, nunca podré vivir mi ideal en mi patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¿Acaso es ésta mi patria? ¿Acaso es éste mi país?

Y antes que en lengua bárbara la bota férrea de nuevos conquistadores, la de los bárbaros de hoy, venidos también del Norte, como los bárbaros de ayer, la escriba para la turba infame, ciega ante la verdad, sorda al

aviso, el artista calumniado, injuriado, humillado, escribió con la sangre de sus ideales heridos, dentro de su propio corazón, por sobre las ruinas de su hogar y sobre las tumbas de sus amores muertos, una palabra irrevocable y fatídica: FINIS PATRIAE.

SANGRE PATRICIA

FUE al zarpar el transatlántico de la última Antilla francesa, y rumbo a Francia, cuando los pasajeros admiraron, en su esplendor más viva, aquella presencia milagrosa. Tan milagrosa que, sobre todos los de a bordo, y en rápidos instantes, obró como un sortilegio.

Algún la había columbrado, al embarcarse ella en La Guaira, en el saloncito del vapor y entre un grupo de señoras y muchachas, a las que repartía abrazos, besos y adioses. Algún, en Fort-de-France, la habría visto bajo los árboles, en la misma ribera, tal una diosa del mar venida de las ondas, o como una visión de sediento en medio a la árida turba de aquellas cargadoras de carbón, de aquellas mujeres de la Martinica, de carnes flacas, y muy negras, y trajes rotos y muy sucios, las cuales, por su uniforme delgadez, por sus modos y su hablar, en vez de hembras humanas, parecen más bien seres ambiguos, o seres aún más extraños, desprovistos de sexo.

Pero los otros ni siquiera sospechaban su vecindad, y aun los mismos que antes la vieron, a cierta distancia o de paso, no se había formado una idea muy justa de su persona. Así fue que su aparición en la cubierta del buque, al zarpar de la última Antilla, cayó en todas las almas como un rayo de belleza. Jamás, ante una belleza de mujer, se puso de rodillas una admiración tan unánime. Y como fue de unánime, así fue en sus principios de espontánea y pura. No la había precedido el pálido espejismo de amor con que suelen muchos viajeros engañarse durante las travesías largas y enojosas.

Muchos hombres, en efecto, en el curso de esas largas travesías, ya por satisfacer un hábito galante inveterado, ya por el simple deseo de admirar —necesidad, más que deseo, de las almas bien nacidas— ya, y es lo más frecuente, por un deseo menos puro, especie de embozado grito de la sexualidad hipócrita, son llevados inconscientemente a elegir, entre las viajeras, una viajera digna de amor y palmas.

Así como la sociedad femenina de a bordo es por fuerza escasa, la escasez de términos de comparación, en complicidad con la poesía de las aguas y del cielo, hace que los hombres encuentren a una mujer, de belleza vulgar, digna de homenaje y de coronas. Así, cualquiera belleza mediocre es elevada al rango de cosa divina. ¡Y cuánta anémica flor de idilio no abre y sonríe, y da su fragancia y color sobre el agua azul, entre las jarcias, bajo las blancas velas, hasta ir a languidecer y marchitarse de súbito en el puerto más próximo!

Pero no se trataba entonces de espejismo, sino de realidad cuasi perfecta, y bien podían la admiración espontánea, la simpatía ingenua, y hasta los deseos, tributarle el homenaje más rendido, sin temor a sonrojos futuros.

Blanco de todas las miradas y tiros de la curiosidad se hizo aquel espacio de cubierta, adonde ella subió a sentarse por primera vez entre una señora vencida del mareo y un caballero joven, alto, moreno y pálido, a un paso del *fumoir* y más bien a estribor y hacia popa. Y la curiosidad quedó muy pronto satisfecha. Muy pronto supo, de la amable desconocida, nombre y circunstancias. Llamábase Belén Montenegro. Venía de Caracas, y un hermano casado, aquel joven alto, pálido y moreno, y la mujer de este hermano suyo, la acompañaban a Europa. En Saint-Nazaire, puerto de arribo del vapor correo, la esperaba Tulio Arcos, quien si a la verdad no podía llamarse aún su esposo, tampoco podía nombrarse ya su prometido. Tulio Arcos y Belén Montenegro, en efecto, se habían casado *por poder* algunos días antes.

Merced a esta circunstancia, la admiración por la belleza de Belén cambió de carácter en casi todos los viajeros. Tifñóse en unos de melancolía. En otros, una recóndita furia de celos la avivó con la vida vertiginosa de la llama. Los jóvenes, aquellos en quienes el deseo andaba ya transformando la candidez de la admiración en viva flor de púrpura, pensaban con envidia en Tulio Arcos, y no se lo podían imaginar sino feo, antipático o ridículo, en tanto que los más viejos pensaban en él con sabia ironía, o con el fácil desprendimiento con que un padre ve sobre la frente filial desgajándose a besos la gloria o la ventura.

Tan sólo dos viajeros, aunque de modos muy distintos, parecían escapar a la tiránica fascinación de la belleza. El uno, compatriota de Belén y de ella conocido viejo, era un hombre de cabellos grises, de estatura mediana, de elegante presencia a pesar de su estatura, delgado y muy fino en sus modales y persona. En sus gestos, en su hablar y en su vestir había una verdadera ciencia de la medida y del tacto. Pero todo él respiraba una frialdad irreductible. Cuando posaba la vista en una viajera, su frialdad iba hasta la injuria así mirase a Belén como a la más ruin criatura antillana, los mismos hielos veían por sus ojos. El otro, un colombiano de Bogotá, que se excedía en lo amable y lo cortés, desdeñaba de confundirse en un mismo sentimiento de admiración con sus compañeros de viaje. Decía no explicarse aquel entusiasmo sino por falta de otras mujeres bellas a bordo. Según aseguraba él, a estar ahí presentes unas pocas muchachas de las tres o cuatro docenas de muy *célebres* que él conocía en Bogotá, la ensalzada belleza de Belén se habría quedado tamañita y confusa, lo cual no le impedía seguir, cuando no lo observaban, los pasos y movimientos de Belén con ojos dormidos, tiernos y adulones, consumirse en heroicos esfuerzos por descarriar en un *flirt*, siquiera el más insulso, a la recien casada, y hasta abrigar en su interior, escondidos y profundos, muy serios conatos de cometer un gran pecado en verso.

En cambio, los más de los otros abiertamente adoraban. En su adoración, un mozo del Perú que iba a estudiar medicina y vivía maldiciendo de lo fastidioso y largo de su viaje, olvidaba maldecir, y más bien se lamentaba de no ser unas dos veces más largo el trayecto de las Antillas a Europa. En su adoración, un comerciante ecuatoriano, señor algo maduro y muy temeroso de la mar, hasta pasársela espiondo el mudable cariz del tiempo, descuidaba de consultar como antes, y para hastío de él y de los otros, el color de las nubes, lo denso de las nieblas y la fuerza de las brisas. Y así como éstos, otros muchos, tan suspensos y cautivos estaban de los encantos de Belén, que no hubieran comprendido a quien de pronto les dijese de posibles tormentas y naufragios, ya porque la fascinación de la hermosura bastara a distraerles el pensamiento de los peligros y asechanzas del océano, ya porque en la viajera adivinasen a una deidad marina, contra la cual no podían prevalecer ni tempestades ni ciclones. Ilusión, esta última, fácil de concebir ante aquella novia que mostraba en su belleza algo de color, un poco de la sal y mucho del misterio de los mares. Bien se podía ver en su abundante y ensortijada cabellera la obra de muchas nereidas artistas que, tejiendo y trenzando un alga, reluciente como la seda y negra como la endrina, encantaron el ocio de las bahías y las grutas; al milagro de su carne parecían haber asistido el alma de la espuma y el alma de la perla abrazadas hasta confundirse en la sangre de los más pálidos colores rosa; y sus ojos verdes eran como dos minúsculos remansos límpidísimos, cuajados de sueño, en una costa virgen toda llena de camelias blancas.

Cuantos en ella presumían la naturaleza de una deidad, estuvieron a punto de creer confirmada su presunción una mañana, la del cuarto día de viaje, en que Belén, contra su hábito de las mañanas anteriores, no subió a cubierta, y ni en esa mañana ni en el resto del día fue vista de nadie, cual si hubiese desaparecido como por primera vez apareció, de manera misteriosa y brusca.

Otros, más llanos, más prácticos, o de menos fuerza imaginativa, entre ellos algunas damas jóvenes, en vez de buscarle motivos hondos y arcanos, atribuyeron a la desaparición de Belén causas muy naturales, como la timidez y el recato propios de su original situación de casada y doncella, o causas más vulgares aún, como el retraimiento de la cuñada enferma, cuyo mareo llevaba trazas de no quitársele hasta Europa, tan duro y terco se mantenía.

Una viajera, la más jamona, y por eso mismo tal vez la menos benigna, achacó la ausencia de Belén a mañas y artificios de coqueta para encender el deseo de los hombres. Pero nadie acertó a dar con la causa de su alejamiento o desaparición, y si la conocieron al cabo, en la noche de ese día, fue porque el médico de a bordo se la dijo, con la reserva que a los de su profesión conviene, al capitán y al segundo piloto, y aquél se la comunicó, en el seno de la confianza, a un oficial francés de infantería de Marina, y éste a un amigo íntimo, también francés de nación, quien se la declaró con

gran sigilo al joven colombiano de Bogotá, el cual, siempre muy discretamente, se la participó a toda la colonia hispano-parlante del buque. De este modo llegó a saberse cómo Belén estaba en su camarote reclusa, y enferma de muchísimo cuidado. El médico, bretón joven, simpático y muy tímido, cuyos accesos de timidez podían estudiarse en las vicisitudes de un angustioso tic de los párpados y la frente, se mostró, al dar la noticia, y por lo extremo del caso, bastante apurado y confuso. Cuando estuvieron todos enterados del suceso, a nadie escondió sus temores. De una parte, su saber tan escaso como el de casi todos sus colegas los médicos marinos; de otra parte, el hecho de ser aquel su primer viaje entre Saint-Nazaire y Colón, pues nunca hasta esa vez había viajado sino en los vapores de la línea de El Havre a la República de Haití, y el tener la cabeza atiborrada de historias, a cual más espeluznante, sobre las fiebres de la costa septentrional de la América del Sur, como la fiebre amarilla y las más terribles formas de la fiebre palúdica, le pusieron a temer y a sospechar, en el caso de la recién casada, una de esas fiebres. De lo que sí estaba seguro el mediquillo era del pronóstico, muy malo, porque nada bueno podía anunciar la fiebre alta acompañada de grandísima disnea, de intenso rubor y de un suave e importuno delirio, interrumpido a ratos de un sueño pesado y hondo.

Las malas previsiones del médico se realizaron hasta donde era posible. De un modo casi repentino, dejando en las almas, como al aparecer de su belleza, la impresión de algo sobrenatural y misterioso, Belén murió en la mañana siguiente, algunas horas después de conocerse lo enferma que estaba. Pero ese algo misterioso produjo entonces una impresión de pena y espanto, si de igual poder, muy distinta de la primera impresión, que fue de pánico y deleite.

No pudiéndose ocultar —como suele hacerse con la muerte de marineros humildes y maquinistas oscuros, echados al agua después de media noche, para no alterar el reposo y la digestión de las personas de calidad que viajan en primera—, la noticia de la muerte de Belén llenó en un vuelo todo el buque. En todos, del capitán al último criado y del viajero de más distinción al último viajante de comercio, causó una sorpresa infinita. Confundidos, lanzaban exclamaciones, y no lograban explicarse la trágica violencia de la muerte:

—¡Si anteayer estaba sentada aquí a esta misma hora!

—¡Llena de salud!

Y como sucede en casos parecidos, alguien habló de envenenamiento, de medicinas trocadas, y por ese estilo se inventaron especies, a cual más fabulosa.

Pasada la sorpresa, desvanecido el recelo de un tremendo contagio, y con éste el miedo por la propia existencia en peligro, empezaron todos a lamentarse, a compadecerse de la belleza muerta en flor, del tesoro virgen

destinado al frío abrazo de las ondas, a compadecerse del hermano, cuya desesperación era muy viva, y hasta de la mujer del hermano, en la que un estupor doloroso había de un golpe dominado el mareo. Luego, la piedad se volvió hacia el que esperaba inútilmente, abiertos los brazos, en un lejano puerto francés, la belleza y el amor de la esposa. Y al pensar en su espera inútil, en sus brazos tendidos y abiertos para no estrechar sino un fantasma, cuantos le había envidiado sin conocerle, entonces le compadecieron, sin conocerle, como a un amigo. La misma jamona que culpó a Belén de coqueteos, arrepentida de los malos impulsos de su alma, empleó su tiempo y diligencia en fabricar, de papel y de trapos, muchos lirios, a fin de exornar con ellos la caja mortuoria.

A bordo había un ataúd: lo llevaba consigo, cuando iba el vapor hacia América, una familia colombiana, en previsión de la muerte en alta mar de uno de sus miembros, enfermo de tisis; pero como el enfermo llegó todavía muy entero a su país, la familia dejó a bordo la fúnebre caja. En ese ataúd encerrarían a Belén para sepultarla en el océano. La falta de los ingredientes requeridos para embalsamarla —además del dictamen del médico, no desembarazado de incertidumbre— se oponía a llevar el cadáver hasta Europa.

A la tarde siguiente, en el punto y hora señalados, aún en pleno día paró la máquina y el barco se detuvo. A poco trajeron a cubierta la urna, pobremente vestida, con flores de trajo y de papel entrelazadas con unas pocas flores naturales, casi marchitas, procedentes de Guadalupe, y con algunas ramas frescas.

Arriba, por encima del vapor y de su cordaje, el cálido azul intenso de los cielos del trópico. Abajo, la mar, impávida y de un azul turquí a los costados de la embarcación, tomaba en el horizonte la oscura tinta del acero. Y sobre la mar, cerca y lejos del vapor, muchas algas, de las llamadas *uvas del trópico*, dispuestas caprichosamente, ya en guirnaldas, ya en coronas, ya en deleznable islas.

Cuando apareció la urna saludaron marinos y viajeros. Todos los viajeros asistían vestidos, en general, con sus mejores ropas, y los rostros compuestos en una expresión melancólica y grave. Un sacerdote y misionero francés, de hirsuta barba y ojos risueños, dijo un responso. Ya por milagro, como pensaron unos, ya por la mala disposición del peso, como creyeron los más, la caja, descendida hasta el agua, quedó algún tiempo a flote; al fin, se inclinó de un lado, luego del otro y la mar cerró su boca insaciable y azul sobre aquel fruto de belleza.

Arriba, en el puente, rompió en gemidos el hermano, la mujer del hermano arrojó un grito y cayó en una crisis nerviosa y muchas damas llevaron a los ojos el pañuelo, mostrando en seguida los ojos hinchados y húmedos. Abajo, sobre la urna desaparecida, subió un blanco borbotón, bien pronto deshecho; muchas flores de papel y de trajo se enredaron en las algas, las cuales, al remolinar, fingieron un epitafio misterioso. Y después el vapor continuó su interrumpida marcha, en medio a la gloria del día, sobre la

sonrisa del agua azul, profunda y serena, tan serena que sólo a muy largos trechos gallardeaba en la cándida vanidad fugitiva de su espuma.

“Un Tulio Arcos no podía quedarse viendo correr la vida como se queda viendo pasar el agua del torrente un soñador o un idiota.”

Así gritaba dentro de él, llegado a los veinticinco años de su edad, toda una larga ascendencia de varones ilustres. Porque no en balde aquel segundón andaluz, tronco originario de la familia, venido a tierras de América, se puso a dar flores. Estas fueron, en el principio, de sólo púrpura: la sangre les daba color; el heroísmo, fragancia. El segundón andaluz fue guerrero, únicamente guerrero. Vivió de luchar con los hombres, con las bestias, con las montañas y los ríos.

La más natural de las acciones tomaba en él, de repente, un relieve heroico: se la había de considerar como una hazaña. A cada mandoble de su espada nacía una leyenda, y en la punta de sus armas, como en el centro de su genio, resplandecía la promesa de un Dorado enorme y prodigioso.

Luego, las flores dejaron de ser de solo púrpura. Un Arcos fundó ciudades y cristianizó indios. Llamósele, entre los Arcos, el gran Encomendero. Otros del mismo nombre, depuestas las armas de la Conquista, se consagraron a educar a las gentes, y en el alma nueva de la colonia pusieron la aspiración a la más excelsa cultura. Así, uno de ellos, al romper en toda América el grito de la guerra libertadora, esparcía en Venezuela, entre los jóvenes, el grano de luz de la enseñanza.

La guerra por la independencia marcó en la ya numerosa familia una división profunda; algunos, fieles a España, a España emigraron; los otros recogieron las armas de la Conquista y pelearon por la libertad, formando en la brava y corta falange de emancipadores de pueblos. Dos de los últimos dejaron bien puestos sus nombres entre los más altos de aquella generación incomparable. Por algo entró la fuerza de su estirpe en la bondad y madurez de ese fruto americano de la raza española.

Establecida la República, partida en tres la Gran Colombia, los que sobrevivieron a la lucha contra España se dedicaron a la política y las letras. Entonces fue cuando la familia de los Arcos despidió su mejor brillo en la persona de un orador y estadista famoso, cuyo nombre quedó simbolizando una época, ilustrando una política y dando perenne elogio y resonancia a dos Congresos de la República. Este y el conquistador estaban como en los dos polos de energía de la raza. Al estadista siguió un gran silencio. Su único hijo, el padre de Tulio, aunque acertó a llevar el peso de su nombre, sin obscurecer con ninguna mala acción lo claro de su estirpe, no sucedió en virtud y merecimientos al padre, ya por lo temprano de su muerte, ya porque hallase el campo, con la ruina de su partido, cerrado a sus aptitudes, ya porque la fuerza de la raza, en él, se eclipsó, pasando bajo una generación, desviándose de su cauce visible y natural hacia un cauce invisible y tenebro-

so, para más adelante reaparecer, como hacen algunos ríos, con mayor pujanza y estrépito.

La última hipótesis, la más verosímil, consolaba e impacientaba a la vez a Tulio Arcos. En verdad, su linaje no parecía acreedor a la misma suerte de aquellos linajes acabados en punta de que se habla en la historia de Alonso Quijano el Bueno. Su familia, por la línea paterna, era una de las raras familias de patricios, en el seno de las cuales, desde su origen más remoto, venían heredándose, con el nombre, el talento, la dignidad y la entereza de los repúblicos. En ella no había caído el germen de la más implacable disolución que cayó en la mayor parte de las otras, reduciéndolas, después de lenta y lastimosa agonía, a vil pretexto de escarnio. Una de éstas, y de las más esclarecidas, era ya para entonces mirada como infecto amasijo de rufianes, marisabidillas y tahúres. Otras, tal vez por inevitable degeneración, tal vez por falta de ejercicio de sus nobles aptitudes heredadas, habían llegado a una incapacidad oscura y completa, rayana del oprobio. Algunas arrastraban sus tradiciones a un tiempo en la obscuridad y en la ignominia.

Muchos de los hombres de esas familias, al principio de su naufragio político y social, buscaron un refugio, y como una derivación a sus aptitudes políticas ociosas, en el comercio. Sólo unos pocos, ejerciendo de mercaderes, conservaron, si no los talentos, por lo menos la pulcritud originaria del nombre. Y todavía entre esos pocos hubo más de uno en quien tan adentro se insinuó el instinto del mercader que, mientras alardeaba de hidalgo a las puertas de su casa de negocios, pactaba con los más viles y traficaba con su honor en la penumbra de la trastienda.

En el seno de su propia familia, Tulio se llegó a rozar con la vileza y el escándalo: a uno de sus más allegados entre los de su línea materna, también de origen patricio, le tenían por mediador complaciente en las galantes aventuras fáciles del déspota de entonces. Miserias por ese estilo tenía él ocasión de observar muy cerca de sí, pero ninguna de ellas obscurecía como una sombra ni desfiguraba como una lepra el nombre de los Arcos. Es cierto que el círculo de miseria y de ruina iba estrechándose cada vez más alrededor de los nombres aún puros, como el implacable círculo de una invasión de parásitos que amenazaran con ceñir con sus abrazos mortales a los pocos árboles todavía enteros de una selva antiguamente lozana y gloriosa. Es cierto que en esos mismos árboles había ramas colaterales marchitas, ramas completamente secas, o pobres de hojas, lánguidas, inútiles, porque hasta ellas no subía la fuerza del tronco, y si alguna vez florecieron, sus flores no cuajaron. Así, en el linaje de los Arcos había de esas ramas muertas o enfermizas. Pero la rama principal, aquella a donde la fuerza del raigamen ascendía como una ola, se presentaba siempre, a la cita de la cosecha, con su carga de talentos y virtudes. Y en Tulio, último brote de esa rama, la conciencia del valer de su stirpe despertó la conciencia de su res-

ponsabilidad abrumadora. De ahí la reflexión abierta en su espíritu como una flor de orgullo:

“Un Arcos no podía quedarse viendo pasar la vida como se queda un soñador o un idiota viendo pasar el agua del torrente.”

La hora de la cosecha estaba por llegar: para entonces, ¿daría frutos de gloria la última rama de aquel árbol glorioso?; o para entonces, ¿habrían ya volado en alas del viento las no cuajadas flores inútiles? De presentarse la rama llena de frutos a la cita de la cosecha, ¿tendrían esos frutos el alma acerba y roja de los primeros de la raza? ¿Serían como purpúreo racimo de acciones heroicas? ¿O bien, el heroísmo, en vez de palpar y moverse en la sangre de la acción, llegaría a fijarse en ese noble y tranquilo heroísmo de la palabra que hace una espada del verbo? En suma, ¿continuaría él, Tulio Arcos, la epopeya color de sangre de su abuelo de la Conquista y de sus demás abuelos libertadores, o bien recogería, prolongándola, enriqueciéndola, con su propia riqueza, la tradición de luz, de enseñanza y de bravura, personificada en el último de sus abuelos insignes? Tal vez las dos tradiciones llegarían en él a su fin más alto, confundidas en una sola unidad perfecta, como un perfecto fruto ambiguo que fuese a la vez rojo y blanco, acerbo y dulce. O tal vez, extinguida en una locura de actividad la fuerza de la raza, ésta no daría en él sino vanas flores. Bien podía ser, bien podía todo reducirse a una floración de sueños vanos. La historia de su familia, ¿no hacía muy probable esta hipótesis? Desde el origen, su familia había venido en hazañas múltiples despilfarrando su capacidad para la acción, y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual, y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño.

En verdad, su estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos. De todos los Arcos, numerosos como un ejército, apenas hubo dos que penetraron el secreto de la miel escondida en la copa insondable y azul del ensueño.

Uno de ellos fue el más joven de los emigrados a España. Nació a la belleza bajo el cielo granadino. El ambiente de armonía y luz de la Vega lo inició en el misterio doloroso de la Belleza y del Arte. Quiso, en cuadros imperecederos, poner el alma, el aroma y el color de la tierra andaluza. Nutrióse con la alegría transparente de la Vega, alegría un tanto melancólica, porque hay en su fondo un resabio de lágrimas; se bañó en la lluvia de azahares que de los naranjos ribereños del Guadalquivir baja como lluvia de fragante granizo a perfumar la tierra; vio florecer en los balcones sevillanos, al igual de geranios y claveles, auténticas vírgenes de Murillo; bebió, como ebrio sitibundo, la tristeza del paisaje cordobés, y enfermó de la tristeza y de su voluptuosidad, hasta morir en ese mismo paisaje, soñando sueños imposibles como los de un califa insano y voluptuoso.

En los días de la Colonia floreció una Arcos, que tuvo fama de santidad, y cuya vida fue también como un solo sueño. Joven, rica y bella, se hundió

en el recogido silencio del claustro. Pasó por entre las meditaciones del convento como una aparecida blanca y dulce. Nadie oyó el rumor de sus pasos ni vio la huella de sus pies en el polvo. Era un sueño que pasaba... Desde muy pronto la descarnó el ayuno, la maltrató el cilicio, y el fresco lirio de su belleza fue poco a poco enrojeciéndose, hasta ser una sangrienta rosa expiatoria. La sangre de su crucifixión estaba oculta bajo muy cándidas tocas monjiles. Pero sí sus tocas monjiles eran cándidas aún más cándidas eran las palomas que volaban dentro de su corazón, como en un cielo muy puro. Un sueño largo y un largo beso fue su vida, sueño y beso fijos, con fijeza heroica, hasta el último aliento, en los pies del Crucificado.

Ningún otro Arcos probó el suave martirio del sueño después de la santa y del artista. Y la capacidad para el sueño, sin empleo ninguno, había venido tal vez acumulándose, reservándose en el seno oscuro de la raza, hasta romper en él, Tulio, como una rica vena de agua impetuosa. Así, en vez del héroe, como lo quería y admiraba él, quizá le tocara realizar el tipo de héroe más humilde, quizá le tocara ser un miserable héroe del sueño. Pero nunca dentro de su corazón volaron las albas palomas místicas, y si a la verdad pensaba con deleite en cosas de arte, cuando la palabra "artista" se asomaba a su espíritu algo tímida y recelosa, la fulminaba con un rayo de soberbia y la ahuyentaba y perseguía con su desdén más profundo: "¡Eso jamás, jamás, jamás!"

Y como una flor de orgullo rompía de nuevo en su espíritu la misma reflexión:

"Un Arcos no podía quedarse viendo pasar la vida como se queda un soñador o un idiota viendo pasar el agua del torrente".

La idea fija le obscureció el carácter, volviéndose a la vez más irritable y quisquilloso. Por sus modos de ser, ya desde muy atrás algunos le consideraban como un "hombre original" o muy "extraño". Esos mismos no tardaron entonces en averiguarle un cierto extravío del cerebro. Su extrañeza consistía en no sentir y pensar como los otros. Y los otros no se lo perdonaron, como no le perdonaban sus actos de generosidad, porque veían en ellos una injuria.

Aún de muchacho, cuando en la calle se tropezaba con una riña, siempre se puso de la parte del débil. Hombre ya, no alcanzaba a divisar un ciego, balanceándose en el vaivén de la incertidumbre temerosa, que no acudiera pronto a sostenerle con el apoyo de su mano y de su vista. Una vez, en un barrio extremo de la ciudad, barrio de pobres, por donde él pasaba a menudo, cayó el techo de una casa. La habitaba una familia de obreros. En el primer instante, las mujeres y los niños de la casa corrieron, gesticulando y gritando su dolor; pero después, disipado el susto, regresaron a la casa en ruinas, y, llorando y gimiendo, se dieron a mudar las pavesas del menaje a la plaza pública más próxima. Y él, Tulio Arcos, no se desdénó de cargar

sobre su espalda los resentidos trastos de la pobre gente. La curiosidad malévola olfateó y comentó el caso, entre las risas de muchas boquitas rojas: "¡Era caso de chiste!" "¡Un Tulio Arcos, en pleno día, cargando viejos muebles y ropa sucia!" "¡Nada más original!" "¡Ya se ve, un hombre tan raro!". Todo porque no pensaba ni sentía como ellos. Tomaba muy en serio las cosas. Amaba de todo corazón, y de igual manera odiaba o despreciaba. Huía de la chacota, del dicho vulgar, del hombre vulgar, y quería ver en todas partes actitudes y almas bellas. Tenía el entusiasmo fácil, y la justicia pronta. Su juicio, ya sobre cosas, ya sobre personas, era, como un chorro de pasión, caliente y brusco. Ignoraba en sus juicios, como en lo demás, las encogidas atenuaciones y el cobarde término medio. Su alabanza era siempre llena y rotunda, como un aplauso estentóreo, y la censura partía de su boca silbando y rugiendo como un latigazo formidable.

Con su cambio de carácter, y exagerando ese cambio, coincidió un fenómeno peregrino. La casa en donde vivía se convirtió para él en una prolongación de su conciencia, ya como en una segunda conciencia muy vasta.

La casa era antigua y solariega: la misma de sus mayores. Fuera del conquistador y de alguno más, todos los Arcos habían nacido y muerto en ella. Por entre sus paredes había pasado, como un amplio raudal fecundo, una clara historia de la estirpe. De uno en otro, con el nombre, vino la herencia a Tulio Arcos, y éste la disfrutaba con una tía abuela, sobreviviente de la última generación, y una tía materna que, a la muerte del marido, se acogió al amparo de Tulio, pobre de hacienda y rica de prole. Y de uno en otro la casa había llegado a Tulio, conservándose así como floreció en el duro corazón de la Colonia: con su rigidez conventual y sus aires de patricia. Entre las de su especie era de las pocas aún enteras, porque las otras habían recibido ya en sus altas frentes de patricias el beso impuro de los bárbaros. Era grande y fuerte como las generaciones que nacieron y pasaron a la sombra de sus muros. Cada una de sus paredes era un espeso y eminente murallón que había mantenido intacto su orgullo señorial sobre la ira de los terremotos; un franco y severo soplo varonil llenaba sus habitaciones vastísimas; en sus corredores largos y asombrados, la más ardiente llama del estío se anegaba como en un pozo de frescura; un patio con un pulido estanque de piedra, en cuya concavidad sonora el agua del Catuche se la pasaba cantando el secreto del Avila en su lengua cristalina; otro patio, el principal, lleno de arbustos y flores, y en el medio, un ciprés, que tenía más de un siglo, señalando el cielo azul con su flecha de esmeralda; un salón de techo artesonado, como de alcázar o de iglesia, y en la fachada, rudas y anchas ventanas imponentes, como ojos llenos de majestad y de grandeza melancólica.

Tulio, como sus antepasados, la respetó, no haciéndole nunca sino las reparaciones más precisas. Ni una vez pensó en dejarse guiar de la moda, de voluble tiranía extranjera. Porque de una parte la moda y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformando los nobles caserones anti-

guos en viviendas comunes. Uno tras otro se desfiguraban, decayendo de su esplendor, perdiendo su belleza propia; aquella firme serenidad robusta que tenían del convento o del palacio. Muchos lucían ya en sus fachadas, en vez de las recias y angulosas ventanas de abolengo, ventanillas frágiles y balconcetes ridículos. Poco a poco, una sonrisa de afeminados disfrazaba, como una máscara impúdica, las augustas reliquias de la antigua fuerza.

Tal parecía a Tulio. Para él todo aquello significaba profanación y ultraje; para él aquellas ventanas y balcones de títeres, en la fachada severa de una casa de origen semejante al de la suya, eran como un afeitado grotesco, en las graves mejillas de una anciana heroica. Pecado artístico por pecado artístico, respetaba aquél gracias al cual llegaría, hasta los más lejanos pósteros, el alma de las generaciones, conservada como un perfume en el sutil encanto de las cosas viejas.

Por su propia casa, hasta de la brocha del enjalbegador temía, de suerte que las paredes mostraban desnudo el esqueleto sólido. La brocha, o el pincel, podía inconscientemente mutilar con un borrón quién sabe qué página de luz y de nobleza. Porque en las habitaciones, en las paredes, en los corredores oscuros, estaba escrita la historia de los Arcos. Tulio conocía el punto preciso en donde nació éste, en donde murió aquél, en donde se alzó como excelsa colina de amor el alto lecho nupcial del otro. Cada ángulo, cada muro, cada fresco pasadizo tenía viva sangre de historia, hechizo azul de fábula, o pálida fragancia de anécdota. La tía abuela, en cuentos de graciosa levedad, le había dicho toda el alma de la casa.

Y toda el alma de la casa empezó de súbito a vivir para él, con vida poderosa y múltiple. Cada ángulo, cada pilar, cada pasadizo tomó para él una figura, un semblante, una voz, y la voz innumerable decía de tradiciones olvidadas y de glorias muertas, a veces imperiosa, como voz de conjuro, otras áspera como de reproche, o humilde y queda como de plegaria. Día tras día, lentamente, se le insinuó a Tulio, turbó su alma y lo poseyó como un incubo. Desde entonces no sólo escuchaba la voz: veía, detrás de cada pilar, una sombra; en el claroscuro de cada rincón, un espectro y extendiéndose por toda la altura de cada pared, un fantasma. Eran sombras de héroes: las sombras de los Arcos muertos, que volvían de la tumba, trayendo cada cual, en el gesto y la actitud, la leyenda magna de su vida. Una sola armonía suntuosa enlazaba sombras y gestos, como si todos los héroes hubiesen comulgado en la sangre del mismo ideal, desde los conquistadores, vestidos de la coraza con que llegaron a tierras de América, hasta los más recientes e infortunados paladines de la república.

Tulio llegó a sentirse como solo entre una legión de fantasmas, o más bien como un fantasma entre una falange de vivos, pues *alguien*, en su interior, empezó a decirle cómo aquellos muertos vivían con más vida que él, porque estaban resplandecientes de gloria.

Se puso a dudar de sí mismo. Vivió largos días medroso, humillado y perplejo. En su perplejidad, acabó por no saber si la reflexión, abierta como

espontánea flor de orgullo en su espíritu, había nacido realmente en su espíritu, o si entró en él con el alma de la casa. Esta, al fin, lo atormentaba como una obsesión abrumadora. Sobre todo, en la noche, todas las noches, ponía en sus huesos el gélido vacío del espanto. La sombra y el silencio de la noche parecían multiplicar al infinito la vida fantástica de la piedra. Apenas llegaba él, teniendo todavía en los labios las últimas palabras de amor blandamente murmuradas a la novia, cuando una sorda irritación comenzaba a palpar y a correr en el suelo y en los muros. Era como si la casa estuviese apercebida a rechazar la invasión de un extraño. La sorda hostilidad se propagaba por las paredes, penetrando en las habitaciones, meciendo los pilares, invadiéndolo todo, hasta colmar la casa con un solo vórtice de ira. A cada paso, bajo sus pies, nacían miles de voces, no de reproche ni de ruego, sino de amenaza, que iban tras él, acompañándole, persiguiéndole, como un coro implacable de furias. A veces, ni bajo el dulce beso de la sábana lograba sofocar su espanto, porque el grito de la fuente lo seguía a lo largo de la noche. Las voces, después de ser innumerables y de formar coros distintos, acababan por fundirse en una sola voz: en la del chorro de agua del Catuche, que, en vez de cantar con lengua cristalina el secreto del Avila, entonces, como furiosa lengua infernal, llenaba de imprecaciones el silencio.

De un modo insensible Tulio dejó de regresar en la noche a la hora acostumbrada, y a fin de regresar más tarde cada vez, abandonó el hábito de volver de casa de la novia a su casa directamente, y se habituó a los largos rodeos, a caminar sin rumbo por la ciudad, pretextando a veces un coloquio imprescindible con un amigo noctámbulo, inventando, para engañarse a sí mismo, otras mil estratagemas fútiles, como si alejándola, o aplazándola, pudiese esquivar la tortura de aquel encantamiento diabólico. Y al cabo, las noches de insomnio, los días turbios, tristes, llenos con el recuerdo cruel de la noche pasada y con la cruel perspectiva de la noche futura, quebrantaron su frágil salud, después de hacer aún más pálido el moreno árabe de sus mejillas y de inflamar, en la desesperada sombra de sus ojos, las fogatas de la fiebre.

De tiempo en tiempo gozaba de paz en el amor de la novia. Pero su confianza no renacía, ni se disipaban su angustia y su terror, sino escuchando a la tía abuela. Porque la voz de la tía abuela encerraba para él una gran virtud secreta: lo refrescaba como un rocío, o como un bálsamo. En su voz, muy suave, eran suaves las cosas más duras. Tocadas de su íntima suavidad, como de un fino ácido celeste, se disolvían las asperezas de las cosas. Pero la suavidad no era un atributo de la voz: la voz la servía como al torrente el cauce. Venía de lo más hondo de la abuela, y de toda ella se exhalaba como un perfume. Tal vez era el alma fresca y fugaz de algunas fuentes invisibles. Porque dentro de la abuela había fuentes selladas, hermanas de las que corren, silenciosas y oscuras, por las entrañas de la tierra, soñando con beber un

poco de sol y copiar la gloria del azul a través de la verde sonrisa de un prado. ¿Fuentes de lágrimas o de miel? Nadie lo sabía. Nadie conocía tampoco la canción de las fuentes.

Como la abuela hablaba rara vez de sí misma, en su historia —pues ella también tenía su historia— había para los demás páginas y fragmentos muy oscuros. Tulio sabía leer tan sólo en algunas de esas páginas, y entre ellas en la de un amor que, en el abril de su belleza, la tía abuela inspiró a uno de sus primos. Ella no le amó, o más bien creyó no amarle. El no se manifestó vencido: insistió una, y otra, y otra vez, y cada vez tropezaba con un muro de firmeza, que tenía suavidades de rosa. Y no fue la firmeza misma, sino la dulzura de la firmeza, lo que en él mató la esperanza. Entonces buscó el olvido o la muerte en una existencia de aventuras. Fue soldado; estuvo siempre en lo más recio de la pelea, en donde caía la lluvia liberadora, y la muerte huyó de él en el campo de batalla. Sus compañeros de armas le seguían con orgullo, ponderaban sus proezas, cantaban su gloria: no adivinaron bajo su loco denuedo la desesperación del suicida. Luego arrastró por “los ilanos” una vida errabunda de bohemio criollo. Se bañó en los ríos caudalosos, donde hierven los caimanes. Probó toda la tristeza de la llanura, el desolado paisaje verde, y saboreó el deleite sano de reducir el potro cerrero y de tumbar toros bravíos. Llevó de rancho a rancho la locura del amor en su presencia, y la locura de su joropo en su guitarra. Fue bailador de fandango y guitarrista coplero. Por último, no hallando la muerte ni pudiendo, sobre todo olvidar aquella firmeza obstinada, suave y dulce como una muralla de flor, tronchó de un golpe su vida. Y contaban que al saber la tía abuela tan desastroso fin se agitaron un momento sus párpados como asustadizas mariposas, rodaron por sus mejillas inmóviles dos lágrimas y sus labios guardaron silencio.

Si algo pasó en su alma, nadie lo supo: quedó por siempre sellado. Después nunca aludió a esa historia.

Muy poco y rara vez hablaba de sí misma. De su propia vida oculta solamente se conocía la imponderable suavidad con que narraba la vida de los otros. De los otros hablaba mucho y siempre: del hermano, de los tíos de su padre y de los contemporáneos de su padre. De modo invariable, por sus reminiscencias, pasaban la silueta y el nombre de algún personaje ilustre. Y de modo invariable, sus narraciones las balbuceaba con un principio ingenuo:

—Tal día, a tal hora, estaba el Libertador...

O bien:

—Tal día, a tal hora, el Libertador me sentó sobre sus rodillas, y dijo:

Pero Tulio muy pocas veces hubiera podido recordar en dónde estaba *aquel* día el Libertador ni repetir las palabras que el Libertador dijo a la abuela. El no existía sino para la caricia de aquella voz que lo refrescaba como un bálsamo. Se entregaba a la caricia de la voz y a ver en los ojos y la cara de la abuela. Porque la abuela tenía los ojos maravillosamente francos y puros como los de un niño: la sombra de la vejez no había osado en ellos

marchitar el candor de la infancia. En sus mejillas despertaba el soplo de una muerta primavera, y con el soplo de la primavera, entre los pliegues de la piel apergaminada, pasaba cantando la sonrisa como un agua clara por el surco.

Entregado a la caricia de la voz y a contemplar la sonrisa infantil de la anciana, Tulio olvidaba la angustia y el pavor de sus noches. Entonces, por algún tiempo, en vez de rugir imprecaciones con la voz misteriosa de la casa, las mil sombras de los antepasados parecían tomar la voz y la figura de la abuela. Y en los ojos de la abuela fulguraba el sol de una promesa divina.

Entre la duda y la confianza, entre la amenaza y la promesa, creció y fue poco a poco robusteciéndose en Tulio una resolución inquebrantable. Cuando, al cabo de vacilar mucho, se decidió a comunicársela a Belén, su prometida, ésta se inclinó a dar crédito al rumor que, llegando hasta ella bajo la hipócrita forma del consejo, le representaba a Tulio como un original venático o medio loco.

Advertida por vagas preguntas y enigmáticas frases de Belén, su familia se propuso forzarla a destruir de una vez por todas, haciéndolo pedazos, el sereno cristal de su idilio. Pero Belén no se atrevió ni a la más tímida advertencia, porque en los ojos del amante vislumbró una fuerza desconocida, capaz de seguir imperturbable y cruel por sobre todas las rupturas. Antes bien, cedió a Tulio, comprendiéndolo, o aparentando comprenderle: paloma enamorada de un águila, fingió concebir las audacias del águila para salvar su tierno amor de paloma.

Difícilmente podía ella entender un lenguaje como el de Tulio, extraño a su medio y a sus preocupaciones de clase y familia. En ese lenguaje se exaltaba lo que ella, por su educación y el espíritu de su familia, tenía en menosprecio: la carrera de las armas. “¿Podía ella sospechar que en Tulio despertara nunca el deseo de seguir semejante carrera?” “Eso, ¿acaso podía llamarse carrera? Y de poderse llamar carrera, ¿cómo seguirla?”. Belén juzgaba con el prejuicio de los otros. La palabra soldado, para ella, apenas evocaba la figura del matón analfabeto y sanguinario. Sus iguales, todos los hombres de su clase, habían dejado caer la espada invencible de los abuelos en manos de la chusma. La habían dejado caer, o se la habían dejado arrebatar, y desde entonces, poco a poco, se acogieron al miserable recurso de menospreciar lo perdido. Menospreciando la pluma y la espada, terminaron por no saber manejar la espada ni la pluma.

Y Tulio pretendía nada menos que recoger las armas, lavarlas de su afrenta y renovar sus glorias. La pluma y la espada, o solamente la espada. Sin él advertirlo se había contagiado un tanto del menosprecio por la primera de esas armas gloriosas. Además, a la pluma lograban vencerla a cada momento con la mordaza, el calabozo o el exilio. Y el ideal en aquella época

obscura, tampoco florecía en cándidas imágenes de belleza, como un jazmín: daría flores como el rosal, en un incendio de púrpura. No rompería con timidez bajo la pluma, en cada palabra, como un azahar o una violeta: surgiría en el extremo de la espada con el triunfo de la rosa. La vara del ideal había de ser una limpia hoja de acero; su flor, una rosa de sangre. La cruz de las espadas era la cruz de la única redención reservada a su país, estaba en la guerra. Todos los sucesos, todas las cosas, lo decían muy claro. Y las almas empezaban a descifrar con sencillez aquella lengua de las cosas que antes imaginaban sabia y confusa como una lengua de sibilas.

Por todo el ámbito del país rondaba siempre la revolución, como hostigada fiera en la noche. De cuando en cuando aparecía y desaparecía, para más tarde aparecer y desaparecer de nuevo, semejante a la fiebre anunciadora del mal, clavado como una saeta en las vísceras profundas. Ella, por sí sola, no era el mal, sino un síntoma del mal. Y exagerando el síntoma, la fiebre que iba y venía por todo el país, de cuando en cuando sofocada, pero no extinguida nunca, se caminaba a la salud, aunque se creyese paradaja. Sólo por la guerra se crea y se redime. Y Tulio se indignaba entonces, pensando en aquel postulado de cobardes, por el cual se reconoce preferible a la mejor de las revoluciones el peor de los gobiernos. Invención del político ducho y del comerciante, su cómplice, para abastecer tranquilamente las arcas, tal postulado lo acogieron los pobres de espíritu, los vencidos bajo la férula de una moral de esclavos, y los próximos a delinquir; unos, porque hallaron en él un pretexto fácil a su inacción y vileza; otros, porque en él hallaron preparada, como por manos complacientes, la mejor de las excusas. ¡Los cobardes! Nada sin la guerra se crea. En la naturaleza, una guerra perpetua es la perpetua creadora. La guerra forma pueblos, constituye naciones, hace la unidad y grandeza de las razas. Da vida, pan, oro y belleza. Cuando parece destruir, construye; cuando parece empobrecer, acumula tesoros. Como hermanas gemelas, de su pródigo vientre nacen la gloria del capitán y la gloria del artista: el laurel tinto en sangre y la obra de arte vestida de candidez impoluta. Y así como nada se crea sin la guerra, porque sólo ella es creadora, sin la guerra nada se rescata, porque sólo ella sabe cancelar todas las injusticias. ¿Cómo sin ella redimir a los pueblos de sus miserias y dolores? ¿Cómo sin ella desbaratar la montaña de sombras que oprimía la frente de su patria?

Y Tulio consideraba, con una sola ojeada, la montaña de sombra y de tristeza. Arriba, muy arriba, el primero que por traición y de asalto llegó hasta ahí con sus instintos de lobo; a su alrededor, lo más impuro de todas las clases, desde el renegado hijo de próceres hasta la hez de la plebe; debajo, muchas almas pálidas, a cuyo honor pusieron sitio con el fuego y la sed; más abajo, un pueblo moribundo de tristeza y de hambre, y más abajo todavía, la simple honradez, la dignidad, la entereza, todas las virtudes heroicas, escondiéndose en la penumbra como tímidas pobres vergonzantes, o ahrojadas en el calabozo, o camino del destierro.

Sin ver hacia atrás, Tulio entró, y fue recibido con júbilo, en las filas de los eternos custodios de la esperanza, bajo aquel montón de tristezas e ignominia.

Ayudó con su fortuna; dió y comunicó su entusiasmo. Y mientras llegaba la ocasión de sacrificar hasta su vida, se empeñó en atraer a sus iguales a la causa redentora. Fue a ellos, y por entre ellos marchó como entre zarzas armadas de hostiles púas. No le comprendían. “¿Qué ha pasado? —le preguntaban—. ¡Si no hay nada que redimir! ¡Si no hay nada que cancelar! ¡Si todo está perfecto!”. No le comprendían porque no conservaban ni una centella del alma de sus abuelos libertadores. Vivían en su país como extranjeros. En ellos alentaba un alma nueva de hebreo cosmopolita. Para ellos no existía redención fuera del trabajo, y llamaban así al *trabajo* del judío: el interés a tanto por ciento, la usura... Soñó hallarse en Florencia, y despertó en Cartago. De la tienda florentina, del mercader florentino, salieron los *condottieri*, los capitanes, los príncipes, los grandes políticos, los grandes humanistas y, flor la más alta, el poeta. En su patria, la misma evolución, pero invertida. Así, del poeta, del humanista, del político, del capitán, salió una turba inacabable de mercaderes.

Ese torpe hallazgo no fue sino el principio de un largo aprendizaje doloroso. Conoció falsedades contra las cuales no había sino otra falsedad; conoció perfidias contra las cuales era necesaria otra perfidia. Pero él no supo valerse de las armas innobles.

De súbito, un día la traición desconcertó las filas de los nuevos cruzados. La red tendida en la sombra, enredó en sus mallas al de voluntad más fuerte. La mayor parte de los otros, desalentados, locos de temor, se desbandaron, buscando la salvación en la fuga.

Sólo unos pocos prefirieron, a la deshonra de la fuga, caer como paladines en el campo. Eran muy pocos, porque eran la falange del ideal... Y largo tiempo caminaron, de peñasco en peñasco, de sierra en sierra desgarrándose la ropa, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, los nuevos paladines. Confiaban en sus fuerzas y en el triunfo, porque eran la simple honradez, la dignidad, el amor patrio, la entereza, todas las virtudes heroicas. Pero el tiempo corría, corría y nadie les contestaba. Mientras ellos marchaban de risco en risco, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, la indiferencia de la ciudad iba a sentarse a la plaza pública, y en la plaza pública reía, disertando de cosas ligeras. Nadie les contestaba. No les respondían sino el eco de la montaña y la desolación de la llanura. Tal vez porque eran la corta falange del ideal...

Por fin se vieron acosados de muy cerca, y los envolvió en su círculo de salvaje clamor la rabia de la jauría. Tulio cayó prisionero: le cargaron los pies de grillos y las manos de esposas. No le faltaba ya sino la última gota de hiel: su libertad inmediata, recabada con el valimiento del hombre que él despreciaba más en toda su familia.

Se le ponía en libertad bajo fianza, con la expresa condición de abandonar el país por algún tiempo; era el destierro, un destierro benigno como para él, adversario de escasa monta.

Pasado su primer ímpetu de indignación y repulsa, reflexionó y aceptó, representándose la lejana playa extranjera como una buena invitación al trabajo, o como un lugar de reposo y olvido. Desde lejos, tal vez trabajaría mejor para su obra. Rico, aprovecharía su tiempo en viajar, en aprender cosas útiles, en reunir materiales para la obra futura de redención y vida. Se casaría para no estar muy solo. Y quién sabe si, casándose y quedándose a vivir por allá lejos, tal vez olvidaría. Quién sabe si, al correr del tiempo, acabaría en la jaula de una oficina de cónsul, como un buen cachorro de león domesticado. Quién sabe si, como otros, acabaría por olvidar el dolor de su patria, viviendo de ella y lejos de ella, en un dulce apartamento egoísta. Quién sabe si olvidaría el reclamo de la raza. Tal vez, con un poco de buena voluntad, se arrancaría a su propia estirpe, se arrancaría a su propia casta, para salir de ella transformado en un ser distinto y nuevo, como la mariposa de la oruga.

Los viajeros desembarcarían a pasar la noche en tierra. Por la tarda hora del arribo no se libertarían sino al amanecer del día siguiente de los lentos enojos de la aduana. Con excepción de algunos, resueltos a quedarse a bordo, la mayor parte se preparaban a ir a tierra en el vaporcito de la Compañía. Este avanzaba hacia el transatlántico inmóvil, cortando la onda como un ala de golondrina, y rasgando el aire con un silbido intermitente y agudo, cada vez más agudo, como una risa traviesa y despreocupada de chiquitín con la cual saludaba el vaporcito a su majestuoso hermano mayor, apenas recién llegado de la remota América.

Los pasajeros, prontos al desembarco, pensaban en la tierra con interna delicia: ya se veían paseando por las calles de la ciudad, sin el mareante balanceo de a bordo; ya se miraban comiendo, alrededor de una mesa de *restaurant*, una comida algo diferente, por lo menos, de la saboreada todos los días anteriores en medio a la promiscuidad no siempre grata de la mesa común; ya, sobre todo, se consideraban camino de un buen hotel, a dormir en una cama ancha, fresca y muelle, en donde los miembros pudieran extenderse y esperezarse con toda holgura, hasta olvidar el nido de impacencias, incomodidades y estrechez del camarote.

Algunos pensaban con melancolía en la dispersión inminente de las almas, unidas y casi hermanadas por la intimidad forzosa de la cárcel errabunda.

Pero sobre todos los pensamientos y deseos aparecía una curiosidad malsana, la misma curiosidad malsana, impura mezcla de placer y temor, que lleva a muchos hombres al paraje en donde se vertió la sangre de un crimen, y los inclina, con irresistible y morboso halago, a escudriñar el

rostro de los moribundos y los muertos. Casi todos los viajeros, mientras para el próximo desembarco adelantaban sus preparativos, prometían a esa curiosidad impura un espectáculo precioso, a fuerza de ser ingenuo y raro. Sin confesárselo a sí mismos, casi todos abrigaban la cruel esperanza de ver cómo saltaría, en los ojos y el alma de un hombre, un gran dolor improviso y desnudo, sin la sombra de un velo. La ocasión no permitiría las reticencias, el disfraz ni el disimulo. No verían rastro de alma, o verían un alma, toda convulsa y trémula, asomada a la puerta de unos ojos, como una tímida vieja mendicante. No veían rastro de dolor, o verían un gran dolor desbordarse y correr, saltando por entre ellos como un torrente libre. Verían el torrente anegar los ojos, ahondar las mejillas y devastar alma y cuerpo del que esperaba, del prometido que, ahí cerca, en balde esperaba a la prometida; del esposo que, ahí cerca, en balde esperaba a la esposa; en balde, porque ellos la habían dejado atrás, muy atrás y por siempre, sepultada bajo una lápida movediza y frágil, sin la tierna señal de una cruz, de un mármol o una piedra, en un lugar dudoso, en una indecisa ondulación del interminable camino azul, sobre cuyo tenue polvo de zafiros no se imprime la huella de los pasos.

Involuntariamente, con los ojos buscaron al que esperaba en balde ahí cerca. Lo buscaron en el muelle, muy largo, que penetra mar adentro, rompiendo las aguas como el gigantesco brazo de un cíclope. Sobre el muelle había grupos de curiosos, y ninguno de los curiosos agitaba las manos o el pañuelo en señal de bienvenida. Ahí no estaba Tulio. Luego lo supusieron esperando en el muelle de la Compañía, para inmediatamente desechar, apenas formulada, esa hipótesis. El debía saber, como todos, que el vapor no atracaría hasta doce horas después al muelle de la Transatlántica. Entonces pensaron si Tulio vendría en el vaporcito que se aproximaba ligero y retozón, desconcertando la tristeza crepuscular con su alta risa estridente. Pero el vaporcito llegó, se acostó al transatlántico, y entre sus pasajeros, ya escala arriba, nadie vio ni sospechó a Tulio.

Y los ánimos empezaban a impacientarse ante lo inútil de la espera, cuando sobrecogiéndolos, desgarrándolos, entró en ellos el sonoro y agudo estilete de un grito:

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

Era Tulio Arcos. ¿Cuándo y cómo llegó? ¿Quién le dio la noticia? Junto a él estaban su cuñado y la mujer de su cuñado, llorando silenciosas lágrimas dulces. El tiempo, consolador, había templado poco a poco sus lágrimas. Algunas mujeres lloraban, envidiando a la muerta, con una cierta envidia generosa. Algunos hombres, pálidos, conturbados, volvían los ojos a la tierra. El viajero de frialdad irreductible, que se había hecho una verdadera ciencia de tacto y de medida, saludó con insólita efusión a Tulio Arcos. A cubierta, con su colega de la sanidad, llegó el médico de a bordo; conmovido, se descubrió la cabeza y consideró un instante el duelo de aquel grupo. Creyóse obligado a ir hasta el grupo con un palabra de pésame,

como con una limosna; pero vaciló, reflexionó, ante el dolor del esposo recordó a la esposa muerta y sepultada en el indeciso y largo camino azul, pensó con ternura en la propia novia que lo aguardaba en Nantes, y entregado a esas vacilaciones y reflexiones, el doctorcito bretón, cada vez más confundido, no se resolvía a interrumpir la solemnidad augusta del duelo, mientras, aguijoneado por su misma timidez, el tic de sus párpados y frente se precipitaba, magullándole los ojos, en una danza vertiginosa y terrible.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

El grito, obstinado como una acusación tremenda, no cesaba de caer en las aguas: cabalgaba sobre la ola, cabalgaba hacia el horizonte, reclamándole al mar su conquista; y el mar, sobre la ola, balanceaba el grito, cual si fuese la más vana flor de la espuma. Viejo vencedor codicioso, el mar no oye reclamos, ni devuelve casi nunca a la playa su botín de belleza. Impávido, seguía batiendo los costados del vapor con sus olas breves, turbias y agitadas.

Las aguas del Loira, entrando en el mar con un rico tributo de limo, conmovían la ola: quebraban su cuerpo diáfano y empañaban su luminosa alma verde. Y la ola, quebrantada y turbia, iba y venía, llevando sobre su dorso trémulo el grito de la acusación implacable. Pero el mar no replicaba sino cantando su eterna antífona ronca, dilatando su eterna sonrisa indiferente bajo el cárdeno suplicio del crepúsculo.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

En el dolor de aquel grito había algo de inhumano, algo de extrahumano, que la mayor parte de los hombres no entendían y que, sin embargo, parecía hablar con una clara lengua perfecta al corazón mismo de las rocas. Tal vez lo entendía el misionero que bendijo la sepultura glauca, porque él sabía mucho y sonreía siempre. De seguro lo entendía el marinero que estaba tirando de una cuerda con sus manos callosas, y de tiempo en tiempo miraba hacia la escena triste con ojo esquivo, encapotado y húmedo. De seguro lo entendía el marinero de alma simple y de cuerpo, como el cuerpo de las piedras obtuso y basto. Si él no comprendía las palabras, porque no eran palabras de su idioma, conocía muy bien el dolor y la música del grito. Los había oído en playas distantes, junto a islas desiertas. Los había oído después del temporal que despedaza velas de buques y alas de gaviotas. Los había oído, navegando por los mares del trópico después de un temporal, en el grito de una gaviota abandonada. Sobre un peñasco abrupto, saliente y solo, como una angustia de naufrago en medio del océano, la gaviota blanca revoloteaba, clamando su viudez, con vano clamor desesperado, sobre el desierto azul e impasible.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

Y el grito cabalgaba, cabalgaba, sobre la ola turbia.

Tulio emprendió el regreso a París aquella misma noche. No quiso esperar a que los pasajeros del buque se viesen libres de los lentos enojos de la

aduana. Le repugnaba la perspectiva de viajar en un mismo tren hacia París con algunos de ellos. Esquivaba la presencia de su cuñado y de la mujer de su cuñado; más tarde, en París, ellos le buscarían a él, o él iría a ellos, y tiempo tendrían entonces de lamentarse y de llorar juntos.

Quería estar solo, con su dolor y con sus lágrimas. Le hacía daño ver la cara de los que asistieron a los funerales de la novia. Cada uno de ellos, espectadores indiferentes, le había robado algo irrecuperable y divino; algo como el destello de belleza que debió despedir, como el rastro de fragancia que debió dejar su blanca estrella de amor al caer y extinguirse en la noche azul del océano.

Recogido en un ángulo de un compartimiento del tren, lloró y sollozó mucho, escondiendo bajo el *plaid* su rostro anegado en lágrimas, tratando de ahogar con su pañuelo el sollozo precipitado y creciente, cuyo ritmo pareció poco a poco seguir el ritmo del hierro trepidante, de suerte que, a medida avanzaba el tren, la música del sollozo fue una misma con la música bárbara de la rueda torturada y arrastrada en una cárcel de metal inflexible. Pero su llanto se desahogó y fluyó con soltura, ni su continuo sollozo perdió la rigidez y el ritmo áspero del hierro, sino a la llegada a la estación de París, en el tierno abrazo de Ocampo, su amigo y compatriota.

Ocampo era médico y joven, tan joven como Tulio. Aunque unidos por un cierto lazo débil de parentesco, pues cosa de un siglo atrás emparentaron sus familias, hasta el momento de encontrarse en Europa se conocían apenas. Fue en París donde en realidad se conocieron, donde una seguida frecuentación, llevada con gusto recíproco, los convirtió en dos buenos amigos cordiales. Gran semejanza de origen, y pasiones e ideas comunes, trabaron con solidez el cimiento de su amistad, a pesar de alguna diferencia en el carácter, o a causa tal vez de esa misma diferencia. De grado en grado, Tulio permitió a su nuevo amigo entrar en el secreto de su vida, hasta dejarle ver en el alma sus proyectos de gloria. Cuando no se iba de viaje, habitaba con él, en serena intimidad, el mismo piso de una casa cuyas ventanas caían sobre el claro verde y luminoso del jardín del Luxemburgo.

Ocampo, avisado por telégrafo, esperaba en la estación el violento regreso de su amigo. Ya él sabía del triunfo siniestro de la onda. Al verse, los dos amigos, en el mismo andén se abrazaron, y abrazados estuvieron largo rato, llorando en silencio. Fueron hasta un coche sin cambiar palabra. Ocampo se apartó a decir una dirección al cochero. Luego, ya en el coche, cuando éste empezó a rodar, dijo:

—Iremos a casa, ¿no es verdad Tulio?

—No, no; vamos a la *Avenue Montaigne*.

—¿Para qué a la *Avenue Montaigne*? ¿No es un dolor inútil? ¿Por qué no a casa? Al fin has de volver. ¿Por qué no desde hoy? En casa puedo estar mucho más tiempo contigo. La *Avenue Montaigne* me queda para todo muy distante. Además, en casa todo está como a tu partida, todo te espera con un buen saludo afectuoso. Te espera tu mismo cuarto, aquel que da sobre

el jardín; te espera la misma vieja patrona; te esperan nuestros buenos hábitos antiguos: nuestras conversaciones de siempre y nuestros paseos del anochecer, bajo los árboles amigos del Luxemburgo, por entre las estatuas amigas de las reinas de Francia.

—No, no. Llévame a la *Avenue Montaigne*.

—¿Por qué no a casa? De ocurrírsete disponer algo en la *Avenue Montaigne*, puedo hacerlo yo mismo. Puedo ir más allá, en un momento libre, y disponerlo todo: despedir la sirvienta y recoger las llaves. Me parece lo mejor, Tulio.

Y Tulio volvió a negárselo. No quería escucharlo, de ningún modo. Quería ir con la sombra de la muerta a donde pensó llegar con el tesoro de gracias de la viva. El departamentito de la *Avenue Montaigne* se le aparecía como una estación forzosa en el viacrucis de su duelo. El principio de las exequias había de ser en donde mismo debió cantar el beso de las nupcias. Pues aquel departamento, al través de largos días embellecido y ordenado, se prometía resplandecer y exultar en la verdadera fiesta de las bodas.

Ahí comenzaría a borrarse la impresión de fórmula pálida y fría de un matrimonio celebrado a través del océano, con un simple poder, a la manera yanqui, tal un feo negocio triste.

Luego, la frialdad insulsa de la fórmula se desvanecía, sin dejar ni un rastro, con el viaje de novios emprendido hacia Italia, o hacia la Suiza, a hacia otro cualquier paisaje de belleza.

Sin embargo, a su llegada a la *Avenue Montaigne*, Tulio vaciló, tal vez arrepintiéndose de no haber seguido el consejo de Ocampo. De toda la casa, y de cuanto había en ella, algo voló a su encuentro con el vuelo convulsivo del sollozo. Acostumbrado a ver en las cosas la promesa de jubilantes parainfos, ahora las cosas lo acogían como insonsolables plañideras. Para él no había duda: los muebles, los espejos, los tapices, todas las cosas del departamento sollozaban. Las conocía muy bien: largo tiempo las había acariciado con las manos y los ojos. El mismo las fue a buscar al fondo de vastos almacenes, asfixiantes y oscuros. Y Tulio, recordándolo, se representó su larga y vana peregrinación a través de los bazares de París, de tienda en tienda.

Todo el tiempo de esa peregrinación, vivió como quien se estuviera iniciando en un misterio gozoso y divino. A veces lo acompañaba, y lo ayudaba con sus luces y experiencia, una anciana compatriota. Pero nunca anduvo solo: siempre iba en un perpetuo coloquio interior con la adorada. Evocaba el gesto, las palabras y las conversaciones de Belén, para descubrir sus preferencias y adivinar sus gustos. Evocaba todas las maravillas de su cuerpo y de su alma, para con ellas armonizar el estilo y color de los muebles, el encaje y sutileza de las cortinas y el matiz de las alfombras. Largo tiempo tanteaba las cosas con los ojos y las manos, combinando sus formas, grandezas, colores y matices. Los objetos, en su imaginación, llegaban a ser un conjunto armonioso y muy suave, sin sombra de brusquedad,

con las líneas, la voz y el alma de la ausente. Y los combinaba una y otra vez, en una incesante recomposición de escenas de íntima vida futura. Quería que los muebles tuviesen algo de soberbia real, como para una soberana, siendo a un tiempo blandos, muy blandos, para con su terneza proteger la endebles primorosa de un niño. Le preocupaba la forma de los espejos y el agua tersa de sus lunas. Los quería de forma arcaica, semejante a la de algunos raros tipos de la época de oro de Venecia, de cristales diáfanos, límpidos, como un agua pura, en cuyo éxtasis perenne pudiese entrar, sin temer de mancillas, la casta imagen de la novia. Lo preocupaba, sobre todo, la elección de alfombras y tapices. Con amorosa terquedad manifiesta les palpaba su dócil vellón: lo arrugaba y desarrugaba, lo enredaba y desenredaba como una cabellera, buscando la aspereza más oculta. Nunca le parecía bastante dulce y tierno el pelaje de la alfombra: lo quería de una dulzura y suavidad infinita, como si por la alfombra no fuesen a correr sino vivos lirios frágiles.

Antes, y aun después de elegir, prolongaba, retardaba sobre los objetos la caricia de las manos y los ojos. Como una flor, sobre las cosas deshojaba la caricia. Entretanto, su coloquio interior con la adorada proseguía resonando como un himno, como una plegaria o como un beso. Y tanto de su coloquio interior como de la caricia de sus manos, pasaba a las cosas algo de él, algo íntimo de él: una centella de su alma. En cada cosa —mueble, tapiz o espejo— quedaba un alma, hija de la suya. Con su vibración, cada alma comunicaba al cuerpo muerto de la cosa la inquietud viva de la espera. Así, espejos, muebles, tapices, todos los objetos de la casa eran como voces acordadas en el silencio y prevenidas a romper, a la aparición de la novia, en música de inmarcesible epitalamio.

Pero los objetos y las almas de los objetos, burlados en la espera, en vez de romper en un concierto epitalámico, prorrumpieron, desgarrada su armonía, en la música disonante del sollozo. Este fue el sollozo que voló con vuelo convulsivo al encuentro de Tulio.

Y Tulio contestó al sollozo con una explosión de llanto.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Yo lo sabía, Tulio. Vámonos a casa. Al fin has de volver... ¿Por qué no desde hoy? Aquí no puedes quedarte. Este departamento no evoca en ti sino tristezas. La calle es triste, el mismo barrio es triste. Vas a estar aquí como un desterrado que a nadie conoce. Allá, al contrario, todo es alegre, todo tiene un aire bondadoso de familia, y se vive como en una prolongación ideal de la patria. Allí, desde tu cuarto verás el jardín de Luxemburgo. Los árboles casi todos están vestidos de hojas nuevas.

Pero Tulio volvió a negarse. Ya estaba ahí; ahí se quedaría. Se quedaría una semana, muy poco, el tiempo de permitir a la curiosidad indiferente o piadosa de sus conterráneos desfilarse por delante de él, llevándole cada cual un poco de olvido o una palabra de consuelo. Además, debía también despedirse de aquellas cosas. No en balde en cada una dejó un

latido, una parcela de su alma. Debía deshacerse de ellas, abandonarlas muy pronto, dejándolas pasar, con algo de lo más puro de su ser, a las manos de algún revendedor insensible.

Ocampo no insistió de nuevo; antes bien, como el llanto de Tulio poco a poco degradase en una pausa larga y tranquila, decidió acudir a sus quehaceres más indispensables. Más tarde, tan luego como saliera del laboratorio adonde iba, regresaría a la *Avenue Montaigne*. Caso de adivinar lo que estaba por sobrevenir, nunca se habría marchado. Porque apenas él se alejó, por la misma puerta la vida entró hacia Tulio en una ironía monstruosa.

Cuando la sirvienta le anunció a dos hombres de casa de Labrouse, Tulio no percibió el sentido sino el rumor de las palabras. No comprendía las palabras de la sirvienta. No conservaba recuerdo ninguno de su encargo hecho a la casa florista. Según ese encargo, la tienda proveería a que el departamento de la *Avenue Montaigne* estuviese en la precisa ocasión dispuesto a recibir el cortejo de las nupcias como un estrecho vergel rebosante. Con inconscientes ojos vagos, Tulio vio entrar a los dos hombres. Entraron y salieron varias veces; y al entrar, siempre iban cargados con ramilletes de flores, con cestillos de flores, con manojos de flores, todas bellas; orquídeas raras, violetas de Parma, rosas de Niza: flores de invernadero, hijas de la más extremada solicitud, e ingenuas flores frescas, hijas del sol, recién abiertas al primer soplo tibio en los jardines mediterráneos. Unas y otras abundaban en fragancia, triunfal aspiración del zumo de la tierra; y unas y otras abundaban en música, en la rica música de las rimas que abril acababa de componer en sus corolas. Y todas llegaban, prevenidas también a deshacerse, a los pies de la novia, en epitalamios de perfume.

Al aparecérselo a Tulio, como en un relámpago de conciencia, toda la verdad, se arrebató de ira. Entró en la salita, abrió una de las ventanas, y empezó a echar afuera manojos de flores. Estas, durante largo tiempo cayeron sobre la calzada, sobre la acera y los árboles de la avenida. Arrojadadas cada vez con más prisa, caían con la precipitación creciente de una lluvia.

—¡Señor, no haga usted eso! ¡no haga usted eso! —gritó azorada la sirvienta, mientras corría a cerrar la ventana.

Tulio, sin decir palabra, extenuado del esfuerzo, palidísimo, se retiró de la ventana a desmadejarse en una poltrona.

Entretanto caían las últimas flores, y una rosa y una orquídea se enredaban, al caer, en el sombrero de una bella transeúnte. Al ver las flores, la dama sonrió, la cara al cielo, a la fragante lluvia imprevista. Como era el mes de abril, y todo, arriba, era azul, quizás pensó en un vuelo de la primavera, en el vuelo de una primavera que, al volar, esparciese rosas, como en la sencilla pintura de Sandro.

Tulio lloraba y sollozaba en la poltrona. Su arrebató pueril se resolvía en lágrimas y quejas. Mucho daño le habían hecho aquellas flores. En su color y en su fragancia le trajeron la más cruel de las injurias. Le insultaron con sus pétalos, porque sus pétalos llevaban para él una tremenda ironía, como debe ser la ironía de un dios, muda y perfumada.

¿A qué venir aquellas flores, cuando ya no le era dado consagrarlas ni a la viva, ni a la muerta? No podía con ellas envolver el cadáver de la novia como en una mortaja de perfumes; no las podía tender sobre su ataúd como un paramento de seda florecida, ni siquiera se las podía ofrendar a sus reliquias, en un rincón de cementerio, hacinándolas como un túmulo, o desparramándolas como una losa. Ningún cementerio guardaba las reliquias de Belén, o las guardaba el cementerio más vasto y menos compasivo: aquel que sobre sus muertos no permite ni la ruín señal de un número.

Y Tulio, de pensar en las flores, fue poco a poco llevado a pensar en la muerte. Jamás la consideró, con los ojos nublados de miedo, a través de las angustias del cristiano. En cosas de religión había compartido con la tía abuela una cierta indiferencia dulce. En la biblioteca de la tía abuela eran muy escasos los libros devotos, mientras que los heterodoxos de españoles y franceses resultaban, en comparación, casi infinitos. Algunos de los últimos estaban ahí desde fines del siglo XVIII o desde los principios del XIX, de tal suerte que Tulio, delante de ellos, asaltado varias veces de la duda, no sabiendo si atribuir a tolerancia o a descuido de los gobernantes hispanos de entonces la introducción de unos libros en cuyas prosas, entre hojarasca de sensiblerías, iban gérmenes de incendios y gritos de tempestades.

Como al pensar en cosas de religión, si alguna vez pensó en la muerte, fue con la misma indiferencia dulce. De su estirpe batalladora conservaba quizá el desapego a la vida, o bien la muerte no lo había cercado nunca en el horror de sus tinieblas. Era él muy niño cuando perdió padre y madre. La muerte no había hecho sino rozarlo, al pasar, como una viajera silenciosa. Ahora, al contrario, acababa de herirlo en medio del corazón, desconcertándolo como una noche que plantara de súbito su tienda de sombras en el centro del día.

Tulio se encontró de improviso en una obscuridad preñada de misterio. El misterio lo aumentaba la circunstancia de aquella muerte en plena juventud y en plena mar, como el extinguirse de una viva exhalación al besó de la onda. Aquella muerte, ¿no revelaba armonía profunda? Belén tenía los ojos como glaucos remansos limpiísimos cuajados de sueño, y el cabello, como un alga rizada y oscura que trenzaron las ondinas con sus diáfanos dedos luminosos. En el fondo del océano, según el creer de los pueblos, hay pérfidas deidades y monstruos malignos. Tal vez con aquella muerte la mar y sus dioses vengaban antiguas pero inolvidables injurias. Los antepasados de Belén no sólo arrebataron a la mar islas y continentes:

uno de ellos penetró hasta sus arcas de zafiro y sacó a la luz de las playas incalculables tesoros. La mar, perla tras perla, vio caer la mancilla de la profanación en sus joyas más puras, y mucho tiempo en vano se lamentó entre las rocas de Cubagua y sobre las playas de Margarita. Claras primicias de un mundo, su robador las llevó como presente magnífico a los pies de una reina. Y ahora la mar se vengaba cobrando en una virgen, descendiente la más pura de aquel terrible pirata, la virginidad entera de sus joyas.

Pero quizá no había semejante venganza de la mar: ésta, quizá, no tenía en la muerte de Belén la menor culpa. Aquella muerte bien podía ser la venganza que tomaban de él —Tulio— sus propios antepasados. ¿No merecía el odio y venganza de los abuelos? Había burlado por igual sus amenazas aterradoras y sus promesas divinas. Con el tiempo había llegado a recordar la cólera augusta que encendía el alma de la casa paterna como se recuerda una pesadilla remota. Y en la promesa divina que de cuando en cuando lo exaltaba se acostumbró a no ver sino pobres engañosas del deseo. ¿Qué habría hecho en el destierro sino viajar y adornarse el espíritu como una mujer sus carnes? ¿Qué había hecho sino entregarse en alma y cuerpo a una estéril cultura del yo, afeminada y egoísta? Apenas trabajó al principio en sus proyectos de gloria. Después pensó en ellos y habló de ellos con tibieza. Por último, pudiendo volver a su país, prefirió quedarse lejos de él, acogiéndose cobardemente al reposo del olvido, cuando a lo lejos, llamándole, se oía la algazara de la lucha. ¿No había él puesto cada vez más bajo su ideal, hasta hacerlo accesible a toda alma plebeya? Calor de familia, y un seno amoroso, y una blanda quietud interminable, o de funcionario poltrón para cuando el Estado lo jubile. ¿Qué había hecho él sino reducir su alto ideal orgulloso a ese ideal de plebeyo?

Y los héroes muertos, vestidos de ira, previnieron la afrenta probable. Se vengaron, quebrando el objeto de amor, el obscuro ideal del último vástago de ellos, débil y enfermizo. Ellos, los rudos, los fuertes, los brutales, pero también los gloriosos, no buscaron jamás en el amor sino el descanso breve de una jornada rica de triunfos.

Así, Tulio, fantaseando y fantaseando, empezó a divagar como un loco. Siempre más numerosas y más rápidas, las divagaciones empezaron a correr a través de su espíritu como una desbocada fuga de cuadrigas violentas. Para contenerlas fue preciso que el dolor despuntara en la frente de Tulio. Clavósele en una de las sienes una como punta de dolor; bajo la piel de una de sus mejillas comenzaron luego a deslizarse, hiriéndolo, como infinitas láminas de acero diminutas, y del fondo de uno de sus ojos partieron las primeras moscas de luz de la neuralgia.

Ocampo, al volver, lo halló en el auge de su mal, encorvado de actitud, comprimiéndose con ambas manos el dolor y refrenando su gemido a duras penas. Bajo la piel de su cara se veía pasar el temblor angustioso de los músculos tal como raudas y cortas ondulaciones provocadas por el violento y sucesivo caer de innúmeros guijarros en un agua dormida.

—¿Lo ves, lo ves, Tulio? Por no oír mi consejo.

Ocampo no agregó otra cosa: inmediatamente se puso a discurrir un plan de terapéutica formidable: “Morfina y éter: desvanecer el dolor y alcanzar que el enfermo pase toda la noche durmiendo como un niño. Sobre el ala vaporosa y ágil del éter se van los duelos más graves, los recuerdos más graves, todas las pesadumbres. Desde el siguiente día, proponerse arrancar a Tulio de aquel departamento de la *Avenue Montaigne*. Y más tarde, cuando estuviese ya instalado en su casa frontera al Luxemburgo, vendrían los paseos por los alrededores de París, a las orillas del Sena, bajo las frondas de Meudon; vendrían los baños de campo, de sol, de cielo azul, y, al fin y al cabo, justa corona de una terapéutica sentimental, vendrían también los besos de un amor cualquiera: el amor de cualquiera Manon, Julieta, Blanca o Fifina...

Y Tulio, en efecto, durmió como un niño aquella noche.

Al abrirle a Ocampo la sirvienta, con aire de misterio, le dijo:

—Le estaba esperando con impaciencia: varias veces he bajado hasta el portal, y ya comenzaba yo a creer que usted no vendría, porque hoy se ha retardado usted como nunca.

—¿Pues qué pasa?

—No, no se asuste usted... No es nada de particular... Pero he tenido mucho miedo. El señor de Arcos, todo el día, se lo ha pasado hablando a solas. En distintas ocasiones ha entrado en su cuarto, y en mi presencia continuaba hablando y sonriéndose, como si hablara y se sonriera con una persona invisible. Era como si delirase... Y de pensar esto recibí un gran susto.

—¿Pero qué decía?

—No lo sé: musitaba o hablaba en alta voz, pero en su lengua. Venciendo mi susto, le hablé, y él contestó de un modo preciso a mis demandas. ¿Tendrá él, como otros, la costumbre de hablar en alta voz consigo mismo? De todos modos, yo estaba esperándole a usted bastante inquieta. Pase y véalo: quizá duerme, porque hace rato que no le oigo.

Ocampo entró en la sala, y pasó a la alcoba de Tulio. En la puerta misma de la alcoba le salió al paso un olor conocido. Pero él no se fijó sino en la actitud tranquilizadora del enfermo. La sirvienta, ¿no habría soñado? Tulio no dormía: descansaba, revelando en su perezosa postura la suave fatiga de la convalecencia, más grata que el mismo bienestar; su mirada resplandecía fresca y serena, y todo su rostro se bañaba en esa gran placidez en que germina y despunta la sonrisa, como en el silencio de la tierra germinan y abren las flores. Muy naturalmente respondió al saludo afectuoso del recién llegado:

—Mucho mejor. Creo que no se renovarán las torturas de estos días. Por fin, la neuralgia me deja. Hoy apenas tuve un ligero amago, y se desvaneció pronto.

La neuralgia, en efecto, no había dejado de asaltarlo un solo día, despedazándole cada vez la frente con sus garras de dolor, hincándole cada vez en una mejilla sus infinitas hojas de acero diminutas.

Las prescripciones de Ocampo suavizaron y espaciaron los accesos. Durante el acceso mismo, el dolor, poco a poco, se deshacía en la fiebre de una embriaguez ligera, como la embriaguez del champán; tras de la fiebre efímera, disipada, al llegar a su apogeo, en la gloria de luz de un fuego de magia, quedaba envolviendo a Tulio por todas partes un cosquilleo delicioso, como la múltiple caricia de un agua efervescente; después el cosquilleo cesaba o se prolongaba en una somnolencia apacible, merced a la cual todos los recuerdos y tristezas de Tulio se escapaban de él, para presentársele fuera y lejos de él como un extraño paisaje cuyas líneas fueran confundándose y borrándose hasta desaparecer en la lejanía entre las nieblas de un vago horizonte; por último, desvaneciendo el paisaje, borrada, como se borra un espejismo, aquella proyección fantasmagórica del yo, la somnolencia terminaba por convertirse en un largo sueño dulce.

Del sueño volvía Tulio como de un baño que hubiese refrescado su espíritu y restaurado sus fuerzas. Pero nunca, excepto quizá la primera vez, pasaba sin transición del sueño a la vigilia. Antes de recobrar su plenitud absoluta, la conciencia fluctuaba en un duermevela siempre más largo. Simulando el vaivén de la marea, en ese intervalo se sucedían en el espíritu de Tulio momentos de somnolencia y momentos de lucidez maravillosa. Ya veía los objetos con una visión clara, y pensaba con lógica precisa; ya su visión se oscurecía, y su pensamiento se enredaba en una madeja inextricable de sueños. Con la somnolencia le volvía el cosquilleo delicioso, la caricia múltiple como el beso del agua. Era a veces una rápida y fugaz inmersión en la onda; otras, como el sumergirse rápido o lento en un agua profunda: y entonces tornaba a la conciencia con el ímpetu del nadador que se entretuvo largo tiempo bajo el agua y surge medio asfixiado a la superficie, o se quedaba a una gran profundidad, sin tornar a la conciencia sino muy de tarde en tarde, con la extraordinaria sensación de saber el agua más pesada cuanto más profunda y de sentirla, sin embargo, arrojando su cuerpo con una vestidura tenue y vaporosa.

Así, en esas alternativas de somnolencia y de lucidez, pasó todo el día de aquel último acceso, cuyo dolor fue tan sólo como un amago indeciso. Poco a poco las divagaciones de la somnolencia y los pensamientos de la vigilia habían llegado a mezclarse. Los recuerdos que se escapaban de Tulio, para presentársele fuera y lejos de él en un paisaje borroso, aquel día llegaron a confundirse con la rara sensación del baño en un agua profunda, tramando así la fina labor fantástica de un sueño. Tulio soñó descender suavemente a una profundidad que le pareció infinita. Cubierto de agua,

rodeado de agua, lo sostenía en su progresivo descender una lámina de agua siempre más densa, encima de la cual bajaba como balanceándose en una muelle hamaca transparente y viva, sin tocar jamás el fondo. Circundado de tinieblas en su descenso, empezó a iluminársele de improviso la temerosa hondura oceánica. Veía, gracias a una luz que no era la natural tamizada al través de un espeso monte líquido, sino una como luz interior del océano, la cual, difundida en el agua, se mezclaba con ella, hasta ser las dos juntas una misma sustancia luminosa. Veía el agua y las cosas que flotaban en ella. Su vista llegó a recorrer inconmensurables distancias, percibiéndolo todo con una claridad inconcebible.

Abajo, en lo más hondo, se le apareció la tierra, con sus valles, colinas y montañas. Muy cerca de él pasaron, deslumbrándolo, millares de peces diminutos, de ojos resplandecientes como gemas, y de cuerpos en apariencia labrados y pulidos como joyas.

En este mismo instante se interrumpió el sueño.

Tulio examinó una tras otra las cosas de su cuarto, siguió el solícito ir y venir de la sirvienta, contempló un cierto tiempo la ventana por donde entraba en la alcoba la risa del sol y se preguntó si los peces fulgurantes que acababa de ver no serían en realidad los vívidos chispazos de la neuralgia, empeñada todavía en describir en el fondo de los ojos el círculo de fuego de su ronda importuna.

Pero apenas formuló esa duda, cuando se halló otra vez en medio a la transparencia del agua, cogido en las redes misteriosas del sueño. Cerca de él, volvieron a pasar los peces, refulgentes y exiguos, como joyas que nada- sen. Volvió a ver la tierra del fondo, con sus valles, montañas y colinas. La densa lámina de agua, como una hamaca transparente, lo balanceaba en el abismo, transportándolo de una parte a otra. De esta suerte llegó a donde se alzaba de la tierra, penetrando con impetuosidad en las aguas, como un deseo irresistible, una montaña purpúrea. Tal vez una montaña de coral; tal vez alguna inmensa columna de lava salida de las entrañas de la tierra, para cuajarse, en la gloria de su color, al húmedo beso de las linfas. En su mayor altura esplendía algo muy blanco, de extrema candidez, como un gran lirio abierto sobre una montaña de rosas. A muy corta distancia de donde blanqueaba esa cándida flor gigantesca se dilataron, con el asombro del prodigio, los ojos de Tulio. En el seno de la blancura chispearon como vivas turquesas dos ojos glaucos: los glaucos ojos de Belén; se agitaron, como pétalos, dos labios, por cuya curva de flor se deslizó el alba de una sonrisa: la sonrisa de Belén; y, en el gran lirio abierto sobre una montaña de rosas, Tulio reconoció a Belén, que lo esperaba, le hablaba, le sonreía. Después de creerla desaparecida por siempre, encontraba a la novia. Y como si de propia voluntad se orientase, dejando de balancearse al capricho del columpio cristalino, en un impulso de amor fue hacia la novia, a echarle los brazos al cuello. Pero en seguida hubo de retroceder con un gesto de

angustia, pues, en vez de ceñir el cuerpo de la novia, se encontró ciñendo el de una laberíntica madrépora blanca.

Todavía con la amargura del desengaño volvió del sueño.

Y el sueño se renovó muchas veces con la visión de la montaña de púrpura, en lo más alto de la cual se levantaba la imagen de Belén como un lirio. Tulio no osaba acercarse, temeroso de ver a la novia convertirse en madrepora. Desde lejos hablaba y sonreía a Belén, y ella le sonreía y hablaba. Reanudaban su diálogo de amor interrumpido, como si no los tuviera separados la muerte, sino una fútil reyerta de novios. Hablaban y sonreían. Tulio empezó a vaciar su corazón de cuantas cosas dulces había atesorado en él para la esposa. Y le explicaba a Belén el porqué ya esas cosas no eran muchas: la mayor parte, como nunca llegó la esposa, habían comenzado a morir dentro de él, cuando no siguieron una por una el camino de sus ojos, deshechos en lágrimas.

Cuando, por último, el sueño se desvaneció, para no renovarse más en todo el día, le pareció a Tulio venir de muy lejos, trayendo en los labios la salsedumbre de la ola. Su cuerpo manifestaba el cansancio de todos los mares, como si todos los hubiese recorrido. Y no vino del sueño como las otras veces: al principio viajó, como antes, cubierto de agua, rodeado de agua, sostenido por una lámina de agua más firme; en seguida erró mucho tiempo sobre la superficie del mar, entre una llamarada de sol, en el fondo negro de un esquife con apariencias de urna, para salir del sueño como si entrase en el silencio de un puerto invadido, a causa de su abandono, de infinitas algas, que cedían al paso del esquife, desparramándose a uno y otro lado con suaves ondulaciones de cabelleras. Y Tulio, sobre el encanto de aquel rumoroso desparramarse de cabelleras, despertó, volviendo a ver los objetos de su alcoba, el solícito ir y venir de la sirvienta y las risas de sol en la ventana. Luego, todo su cansancio desapareció, mudado en una dulce modorra de sus miembros y en aquella gran placidez que bañaba su rostro, próxima a despuntar en la sonrisa.

Ocampo, sorprendido, lo observaba y examinaba, haciéndose vagas preguntas. Parecíale Tulio como un hombre que estuviese por dar buenas noticias, y, sin embargo, las callase: "¿No habría soñado la sirvienta?", pensó. Y en alta voz:

—¿Por qué no has abierto la ventana? Ya en la atmósfera no queda ni una chispa de frío. Verás.

Al abrir la ventana, Ocampo sintió, si bien mucho más desvanecido el mismo dolor que le salió al paso cuando él entraba en la alcoba. "¡Ah!", dijo, volviéndose a Tulio. Pero sin expresar lo que en ese instante le atravesó la mente, prosiguió:

—Deliciosa está la temperatura, y el día, espléndido. El cielo está azul, muy azul, y el aire, tibio. Acuérdate: *fin de abril, rosas de mayo*: son los días mejores. Y ninguno como el de hoy para que salgas... Nada, hoy te llevo conmigo quieras o no quieras.

—Cuando gustes.

—Pues ahora mismo, ahora mismo. Salgamos antes de que el sol se ponga. No tienes que llevar nada, o bien lo que desees te lo lleva en un coche la sirvienta: en casa todo está listo, esperándote. Nos iremos caminando poco a poco por la orilla del Sena. Caminando charlaremos, y tú harás ejercicio. Te lo agradecerán mucho las piernas, que las debes de tener como garrotes. En un salto nos llegaremos a la plaza del Chatelet, para donde tengo una cita. Con Borja, ¿sabes?... Don Miguel Borja. Conmigo es muy bueno: en cuanto llega a París ya está invitándome a esto y a lo otro, y yo, excusa y más excusa. Pero hoy no cambio por nada la alegría que me das con tu vuelta. Con Borja hablaremos un rato, bebiendo algún aperitivo. Después, tras la indispensable invitación, la indispensable excusa, y a casa. A casa, a festejar la vuelta del hijo pródigo. En marcha, en marcha, Tulio. Y salieron.

—Borja es un magnífico sujeto. Llegó en el mismo vapor que tu... familia.

—Es verdad. En Saint-Nazaire me saludó.

—¡Ah!, ¿lo conoces?

—Mucho, pero como a tantos otros, muy superficialmente, porque apenas lo he tratado.

—¡Es lástima! Aunque no me extraña, pues él está siempre yendo y viniendo. Tampoco tú has parado mucho en París, y no es de extrañar que no se hayan tropezado ustedes cuando él ha venido, estando tú en Europa. De otro modo, yo los hubiera...

—Aquí nos encontramos tan sólo una vez, muy de paso.

—Nunca se le puede ver sino de paso. Y no aquí únicamente: en dondequiera es lo mismo. Es como alguien que huye... Además, no es nada fácil, ni aun encontrándole muchas veces, poderse decir amigo de Borja. Es de aquella especie de hombres que se aprenden a querer, como se aprende a saborear ciertos manjares de sabor disimulado y ambiguo. Se requiere maña y tiempo. Su exterior frío no está hecho para atraer, antes repugna. Adivínase una esquizofrenia hostil bajo su urbanidad obsequiosa de viejo cortesano. Detrás de sus modos corteses, la mayor parte de los hombres da contra una muralla imprevista. Algunos guardan de su primer contacto con él una indeleble impresión de disgusto. Y me explico ese disgusto por cuanto yo mismo lo sentía en nuestro primer coloquio. Fue la misma sensación, dulce al principio, enojosa después, de quien bruscamente pasa de la luz y tibieza del día a la húmeda noche de un panteón subterráneo. De su voz, de todo él, se exhala una frialdad irreductible, como la de un muerto, y semejante frialdad la he observado después de muchas veces en casi todos los que han sufrido mucho. Es como una máscara del dolor... Borja es casado. ¿No lo sabías? Nada tiene de singular: sé de algunos que con él han viajado y vivido, y,

como tú, lo ignoran. Se trata de una historia de hará un cuarto de siglo, más o menos. El frisa hoy con los cuarenta y nueve o cincuenta años, de suerte que para aquel tiempo estaba en la flor de la vida. Joven, rico y soltero, fue de la sociedad caraqueña de entonces prez y orgullo. No se concebía sarao, baile ni otra fiesta ninguna de la buena sociedad sin Miguel Borja. El era como el centro necesario a donde todos convergían, o como el sol, a cuya liberalidad reclamaban la gracia de la luz toda una rendida corte de planetas. El rancio fondo caballeresco de la raza brotada de él en renuevos de verdor exquisito. Aficionado a la música, el primero en el baile y el primero en lo cortés, ejemplo de discreción y muy disertó en el decir, tras él iban los petimetres en agraz, remedando sus maneras, mirándose y estudiándose en él como en el dechado y espejo del buen tono y acatándolo y sometiéndose a él como a un indiscutible maestro de elegancia. Y como su elegancia, ducha en su propia sencillez, la realizaban muy buenas prendas personales y la enjuyaba la riqueza, mariposeaban a su alrededor, ganosas de arder en la lumbre de sus ojos, las más tiernas almas femeninas. Ninguno como él para guiar la más complicada contradanza, ni para conducir con bridas de oro la conversación y el galanteo, ni para ejercer de *chevalier servant*, a juicio de las damas, ya éstas fuesen jóvenes, viejas o maduras. Las más rígidas matronas lo dejaban para sus hijas casaderas. Con todo eso, nada frívolo: cuidaba de su haber cuantioso, consagraba largo espacio a su lectura y profesaba, cosa la más extraña en su medio, una desmedida afición a las ciencias naturales. Y así, para sus obligaciones de elegante como para sus demás gustos y obligaciones, no le faltaba nunca el necesario vagar, merced a esa virtud poderosa del método, con la cual prospera y se enriquece una vida, hasta parecer no una vida sola, sino el compendio de muchas. Herborizaba y coleccionaba al mismo tiempo cuanto animalejo se cría en la luz de nuestro verde valle deleitoso. Uno por uno visitó los barrancos del Avila. Y paralelamente a sus colecciones de botanista y entomólogo ordenaba una serie de notas de sabor literario y científico, pergeñadas, al decir de algunos, en un estilo tan sin tilde y claro como el de su elegancia pulcra y neta. Era, pues, un hombre casi perfecto y dichoso hasta donde es posible. Pero un día prefirió, a ser amado de todas, el serlo de una. Se enamoró, se casó y fue infeliz a la vuelta de tres años. Del blando sueño de su felicidad lo despertaron su mujer y un amigo. Fue el adulterio vulgar con sus vulgares *marionetas*: el amigo sin escrúpulos y la mujer de cabeza de pájaro y deseos de leona. En Borja, la vulgaridad no hizo mella. Ni siquiera el dolor quebrantó en un punto el estilo de su dandysmo impecable. Puso al dolor un disfraz de sonrisa, y esperó hasta dar en la certidumbre. Entonces tomó a la mujer de la mano y la devolvió a su familia. Al padre de ella le dijo poco más o menos de este modo: "Ella creyó quererme, y se engañó; yo la guardé, y honradamente la quise mientras duró su engaño; hoy la devuelvo a usted, porque ya, de hoy en adelante, no la podré amar honradamente." Lo demás lo declaró la misma confusión de la

culpable. Las bocas malévolas no se abrevaron en la miel del escándalo, porque verdadero escándalo no hubo: nadie se enteró, sino al cabo de mucho tiempo, de aquel desenlace imprevisto. Cuanto al amigo infidente, con gran sigilo y prontitud se puso en salvo. Y Borja, dos veces burlado, se encerró largos días entre las cuatro paredes de su alcoba. Cuando salió de ahí no había cambiado sino en esa frialdad que deja en quien se le acerca una indeleble impresión de disgusto. Es como una máscara del dolor, si rito es el dolor mismo, que después de pasar al través de las más infernales torturas cuajó en un bloque de hielo. Desde ese momento olvidó muchos de sus muelles hábitos de sociedad y sus notas y excursiones de entomólogo y botanista, no conservando de toda su vida pasada sino el amor de la lectura, el cuidado de su hacienda y la elegancia de su persona. Desde ese momento va y viene como el judío de la fábula. Es como alguien que huye... Apenas ha llegado, cuando ya está de partida. Una vez, por lo menos, viene a Europa todos los años, pasa unos días en París, viaja dos o tres meses por alguna comarca adonde lo lleva la curiosidad y el estudio y luego, otra vez a la mar, con el propósito de hacer lo mismo el año venidero o en ese mismo año, como sucede en ocasiones. Cuenta ya un número enorme de travesías. Ya lo conocen todos los empleados de los vapores transatlánticos... y hasta las gaviotas del océano.

Por dos veces, mientras narraba de esta manera la historia de Borja, Ocampo creyó distinguir una expresión muy singular en el rostro de Tulio. Este caminaba en silencio junto a él, considerando el verde claro de las hojas en las copas de los árboles o el verde turbio del agua en la cuenca del río.

Y como Tulio no rompiera el silencio. Ocampo siguió:

—Cuántas veces pienso en la historia de Borja, más me afirmo en mi vieja intención de no casarme. Para mí ese adulterio fue siempre motivo de perplejidad y asombro. ¿Cómo se puede estar libre de engaño cuando no lo pudo quien, además de tener un corazón bueno y leal, abundaba en el talento que sobre todo los otros loan y ensalzan las mujeres, de la más perfecta a la más frívola? Y luego, luego..., el matrimonio se inventó para las gentes pequeñas, muy mediocres o muy nulas. No es para quienes buscan la sabiduría; aún menos para quienes llevan algo por dentro, siquiera sea el más humilde germen de una obra. Para éstos la influencia de la mujer es detestable, si no es una influencia remota como la de una estrella; lo ha dicho el filósofo, y tanto la razón como la experiencia avaloran su dicho. Su influencia no es benigna sino cuando es como una influencia de astro. Por eso quienes persiguen la perfección, o van tras la sabiduría, o llevan dentro de sí el germen de una obra, han de amar a la mujer como si adorasen al sol, que de muy cerca abrasa y de lejos fecunda. Han de amarla y tenerla presente, pero siempre inaccesible, como la famosa Laura del Petrarca. Imagínate al poeta arrastrando por el mundo, en vez de ese tipo ideal de mujer, a la mujer misma, y en la cráter impoluta de sus cantos

beberíamos aguachirle o vino débil, no exquisita miel de amores. Y si esto acontece con el poeta, ¿cómo no acontecerá con el hombre de lucha? Suponte a Bolívar con hijos y mujer, no viudo a las veinte años, y con sólo formular esta hipótesis convendrás en que muy otro habría sido el destino de algunos pueblos de América. Aun así, viudo y libre a los veinte años de su edad, gran riesgo corrió de ni siquiera presentar la grandeza de su obra. Víctima del amor y de su estéril tristeza mortal, estuvo a punto de sucumbir a la tristeza. Con su genio, la independendencia de su país habría naufragado quizá en una lágrima, si cuando él lloraba su viudez inconsolable en esta misma Europa, no hubiese tenido junto a él a su maestro, aquel Simón Rodríguez, no comprendido de sus contemporáneos —porque se adelantó en la América de su tiempo al europeo socialista de hoy—, el cual supo serenar el espíritu del futuro grande hombre, limpiándolo de la duda y la tristeza, hasta enderezarlo poco a poco a los intentos más altos y viriles. Fue Simón Rodríguez quien lo salvó del desencanto prematuro, de la inútil desesperanza, haciéndole ver, más allá del melancólico paisaje de su amor, otros paisajes más dignos de una vida de hombre, en la política, en el arte y en la ciencia. Pero aunque el buen maestro quiso atraerlo con su fortuna a las conquistas e investigaciones de la ciencia, el discípulo se dio a buscar por sí mismo, su propia vía, hasta entrar en la vía más de acuerdo con aquel momento de la Historia: con el mal de su país y con la índole de su raza.

De nuevo distrajo a Ocampo la singular expresión de los ojos de Tulio, fijos en el agua del Sena.

—¿Qué tanto ves en el río?

—Nada —respondió Tulio, pálido y algo trémulo—, nada: veo cómo el agua corre.

—Pues debes de tener visión muy perspicaz, porque, a pesar de los diques, para mí es como si no corriera nunca. Apenas me he enterado alguna vez de si el agua del Sena corre o no corre, ahí donde el río y el canal se mezclan, después de ceñir el cuerpo de la *cit*é con su terco abrazo de siglos. Y si bien no he viajado por ninguna parte de Europa, me imagino que lo mismo ha de parecerme el agua en todos los demás ríos del continente. Quizás yo no la sepa ver sino corriendo entre los diques de nuestros montes o a través del escenario de nuestras llanuras.

A ese punto, cortando el agua del río y alegrando los ojos, pasó un vaporcito como una visión de fiesta. Lleno de pasajeros de proa a popa, como un gran racimo humano, relampagueó un segundo, evocando tal vez en el seno del agua muerta una pobre ilusión de vida. Sobre el abigarrado tropel de los paseantes la tibieza primaveral se denunciaba en sombreros de paja numerosos. Luego el vaporcito y su carga humana se insinuaron bajo una ceja del puente más próximo, desapareciendo en el ojo del puente como en un ojo de gigante la visión de un polícromo insecto minúsculo. De su paso, en la órbita de piedra quedó alargándose, encogiéndose, formando círculos,

representando sobre las paredes de la bóveda, entre pálidos reflejos glaucos, heroicas batallas de espectos, la múltiple sombra de los tumbos del agua, reciamente conmovida.

—Mañana, si hace buen tiempo, nos iremos también nosotros a pasar todo un día fuera de París, a Meudon, a Saint-Cloud, no importa a dónde, ¿sabes?

Con Borja, en la plaza del Chatelet, estaba Alejandro Martí, el músico. De algún tiempo atrás no lo veían Tulio ni Ocampo. A Tulio le había escrito, excusándose de ir hasta la *Avenue Montaigne*, una carta de pésame noblemente comprensiva y cariñosa. Lo absorbía y desbordaba el trabajo, en su empeño de llevar a pronta y feliz coronación la más alta obra de su vida; también lo retenía su diaria y áspera faena por la conquista del pan, y sobre todo, el cuidado inquieto y nimio de su casa, con la preocupación constante de no introducir ni la sombra de un recelo en aquella atmósfera de amor, con la preocupación continua de poner siquiera una semblanza de bienestar en el aire de aquel apartamento pobre y angosto, suspendido en los altos de un hotel de Montrouge, donde su mujer y sus tres hijas, ante el porvenir, lleno de incertidumbres y amenazas, para darse confianza y brío, se acurrucaban una contra otra, como pobres golondrinas amedrentadas del invierno.

Apenas concurría ya, en la orilla clásica del Sena, a los lugares más frecuentados por sus compatriotas jóvenes. Limitábase a raras aspiraciones fugitivas. Llegaba y se marchaba de improviso, dejando en los labios de los otros, al marcharse, el signo de la admiración o el pliegue de la incredulidad, si no de la ironía o de la burla. Más bien algo obeso, de rostro apacible y siempre de levita y vestido de negro de la cabeza a los pies, tenía todas las apariencias de un buen pastor protestante. Sus manos parecían de continuo ocupadas en alguna ceremonia ritual, grave y solemne. Cuando, separadas de su cuerpo, se movían, arrollando y desarrollando algo entre los dedos, con el movimiento de hacer un cigarrillo —movimiento ordinario en ellas, porque él fumaba mucho—, nadie las hubiera creído entregadas a una fría ocupación vulgar, sino atentas, con fineza exquisita, a proteger la albura frágil de una hostia. Sus palabras, a compás del ritmo de sus manos, difundían el perfume y el calor de un cristianismo ingenuo. Sin sombras de impureza, el cristianismo suyo estaba hecho de médula blanca de Evangelio amasada con sangre de su corazón y con apotegmas de claros doctores místicos. Lo embalsamaba además, como aroma de floresta virgen, el misterio fragante de una vaga secta oscura.

Sus compatriotas no lo entendían, y aún al principio se imaginaron que él se burlaba de ellos. ¿Cómo explicar a sus años, y en su cultura grande y fuerte, aquella fe tan candorosa? Poco a poco, sin embargo, reconocieron su error, aunque así más bien se les aumentase el desconcierto, aprendiendo a ver en Martí, bajo el agua tersa de una inmutable serenidad, el oro del espíritu. Al través de sus palabras y acciones aprendieron a ver como al

través de cristales muy puros. La sinceridad lo envolvía como un arroyo diáfano. Corría de sus labios, de sus ojos, de todo él, en particular de aquella su actitud acostumbrada en la discusión, cuando, tendiendo el cuerpo hacia adelante, se apoyaba con las manos en las rodillas. Y a veces, una de las manos iba y venía, empeñada en reducir un racio mechón de pelo oscuro a la blanda curva de la melena que desde la frente, muy alta, desparramaba su escaso y liso raudal sobre el cuello, muy corto. En esa actitud se defendía con ardor, y al mismo tiempo con cierta reserva y timidez, como excusándose. A nadie trataba de imponer sus ideas. No buscaba partidarios, ni los tuvo, a no serlo Pablo Grúas, el pintor, llamado "el satánico" por su rara aptitud para desentrañar de la cosa o el ser más apacible, como oculto germen diabólico, una línea o rasgo capaz de adquirir, bajo la punta de su lápiz, las proporciones del más alto horror dantesco.

Sólo Ocampo no perdía ocasión de impugnar sus ideas filosóficas, pero al mismo tiempo le cobraba, por su bondad y excelencia, un cariño profundo. Los demás replicaban afectando aires de burla, incredulidad o ironía. Y esos mismos aires fueron volviéndose algo muy superficial, hasta convertirse en mera fórmula. Aunque en su mayor parte frívolos, aquellos jóvenes, médicos o estudiantes de medicina algunos, perfectos vividores los más y unos pocos artistas, ocultaban debajo de sus aires de incredulidad o ironía —especie de cobarde atenuación— el homenaje de un gran respeto. Respetaban en Martí al artista y al hombre, a un creador de belleza y a un maestro de la voluntad, proclamándole y reconociéndole interiormente superior a todos ellos por haberse levantado y sostenido a esfuerzos propios y por sostenerse aún de igual manera en aquella gran ciudad extraña no como ellos, con el esfuerzo único de recoger la prebenda generosamente servida del ministro o del padre. Sobre todo lo respetaron cuando conocieron bien su historia, la más pura odisea de artista.

Había nacido para el vuelo y el canto, como un pájaro del bosque, a la linde de una mata llanera. En íntima comunión con la naturaleza bravía del paisaje natal se deslizó su infancia monótona y dulce. Precozmente, en la misma ternura de su niñez, empezó a estremecerse un germen vago, una vaga aspiración, tal como en el fondo de una campánula silvestre un débil e inesperado repicar de notas cristalinas. Desde entonces compartió su tiempo en aprender a sacar sonos de un violín resquebrajado y vetusto y recoger tumbado boca arriba durante el grave letargo estival, toda la música dispersa en el silencio de las cosas, cuando no se empeñaba en seguir por el camino azul del cielo, con ojos de envidia o amor, el viaje de las garzas.

Menos tranquila, su juventud se agitó en el ambiente enfermizo de la capital, desfalleciendo de cansancio y marchitez como una planta exótica. Buen hijo de la provincia, Martí, en la capital, conoció la nostalgia del terruño. Y triunfó de la nostalgia, sin dejarse llevar, como la mayor parte de los otros, débiles hijos de la provincia, a un desarraigo funesto. Más bien depuró, conservándolo como un avaro, el buen perfume de tierra condensado

en sus nervios de campesino por una larga ascendencia de labradores. En ese perfume estaba todo el secreto de la voluntad que, sin desmayos ni flaquezas, por entre los comienzos más duros, lo llevó hasta la única cima adonde se podía ascender en su país: por el camino de su arte. En él, para entonces, ya se había realizado la más completa unión del arte con la vida. El hombre de voluntad y el creador de belleza iban en él como dos gemelos de igual perfección y distinta hermosura, siempre de acuerdo el uno con el otro. Mientras ganaba el pan de su cuerpo con lecciones de piano a señoritas obtusas, proveía el sustento de su espíritu en el hogar de su vida interior, cultivando y embelleciendo esta vida como un jardín cerrado. Con la savia de su juventud creaba flores, y con éstas, de tiempo en tiempo, celebraba en todo el ámbito de su jardín la primavera de la música. Eran flores frágiles, trabajadas con la substancia inmaterial del sonido, vaga y efímera si el arte no la transforma en substancia dura y eterna. Algunas alcanzaban, perdurando, la más gloriosa fijeza artística. Y la mayor parte, sobre todo cuando el jardín, muy pequeño, no bastaba a su carga de flor, se desbordaban de él, en sonora lluvia de pétalos impalpables, a colmar la honda melancolía del violoncelo, a mitigar la perenne tortura del violín o a cruzar por sobre las blancas teclas del piano entre dulces discreteos amorosos.

Así, creando, trabajando, tropezó una vez con su ágil azadón de jardinero en un hallazgo divino. Y el júbilo del más feliz buscador de tesoros apenas fue comparable a su júbilo. Como reinas muertas, en áureos lechos bordados de pedrerías, entrevió algunas leyes de la música, desconocidas u olvidadas. En vano cerca de ellas habían pasado innumerables generaciones de artistas. Ninguno las reconoció, o más bien ellas no se dejaron conocer de ninguno. A nadie, antes de Martí, revelaron su augusto secreto; para nadie, antes de él, bajo sus rojas mortajas cuajadas de gemas, palpitaron sus cuerpos vivos y armoniosos. Esperaban al artista limpio de corazón y de ojos castos, digno de poseerlas... Y a los ojos puros de Martí no se esquivó ni un punto de sus cuerpos, ligeros como llamas.

Pero si se dejaron poseer del artista limpio de corazón, ellas, a su vez, poseyeron al artista, presentándole como gaje de gratitud, en sus frentes de reinas restauradas, la cifra de su destino y de su gloria. El encontraba en ellas a un tiempo la razón y la obra de su vida. Su obra consistiría en estudiar esas leyes, en comprobarlas y divulgarlas por el mundo. Las verificaría en las obras de los maestros, en la música del pueblo, anónima y sencilla, y en su propia obra de creador, entretejida como un comentario ingenuo al pie de su obra de teorizante. Luego, cumplido este primer trabajo de examen largo y difícil, con un libro que fuese granero de testimonios, las promulgaría desde uno de aquellos focos de arte esparcidos por el mundo, en medio de la fealdad, como solitarias cumbres blancas de belleza. Así bajarían más pronto al alma de las multitudes, ahuyentando de la faz del arte nuevo, con su mera enunciación, más de una sombra pesimista. Inútil, de otra parte, publicar, en su lengua y en su país, trabajos de aquel género: seguirían sien-

do inéditos mucho tiempo después de publicados. Y, al igual de casi todos los artistas modernos, al escoger entre las grandes capitales del arte, volvió los ojos a París, como a la única digna de conceder, con sus manos cargadas de trofeos, el bautismo de la gloria. Víctima de la misma sugestión de tantos otros artistas modernos, pensaba que fuera de París no había para ninguna gloria consagración posible. Si París no le otorga derecho de ciudad, el mayor de los genios puede pasar desconocido, así venga al mundo en cualquiera nación populosa como en el fondo de las pampas. Al contrario, a cada instante se ve cómo, apadrinadas de París, la medianía y la misma nulidad ponen bajo su yugo al universo. Apenas balbucea París el nombre de un artista o de su obra, cuando ya ese nombre discurrió en un vuelo por todas las latitudes, como si la fama, después de hablar en griego, y en seguida en latín, y por último en el español de los Felipes y los Carlos, no hablara ya sino en francés a todos los puntos del horizonte. Apenas los lineamientos de la obra se dibujaron dentro de él, Martí no concibió sino a la orilla del Sena, en el centro de París, las palmas y el clamoreo del triunfo; del mismo modo que no los habría concebido sino bajo el azul de la Ciudad Eterna, a la sombra de los laureles ribereños del Tíber, ningún general de Roma vencedor de pueblos apartados.

Llena con el doble designio de acercarse a París y de terminar la obra, su vida fue desde entonces como una preparación larga y paciente. Redobló su eficacia en la lucha por conseguir el pan de su cuerpo y el sustento de su espíritu. Bajo su esfuerzo redoblado fue desarrollando su vida, armoniosamente, como una flor blanca y sonora. La armaba de fe, la vestía de bondad y la colmaba de música. La trabajaba, sin él advertirlo, como la más pura de sus flores de arte. La trabajaba como una azucena, con la seda cándida y firme de su virtud; a la imagen y semejanza de una azucena en cuyo fondo se hubiese alojado, a fabricar panales de miel sabrosa, un enjambre de melodías.

Casado desde muy joven, su mujer, consciente compañera de artista, protegió su vivo empeño de arte, rodeándolo con una muralla de silencio. Alma abnegada y fuerte de varona, puesta de rodillas en el silencio, adoraba. Si él dejaba el sueño por la acción, cuando volvía de ésta chorreando sangre, ella vaciaba sobre él sus palabras como ánforas llenas de óleo. Sus palabras eran ánforas llenas de óleo y urnas de silencio, porque al ella hablar, el silencio crecía alrededor de él, hasta defenderlo como un baluarte. Pero ella no sólo adoraba y protegía al artista con muro de silencio. Mientras él creaba melodiosas flores frágiles en el jardín cerrado de su vida interior, ella cultivaba otras flores —las hijas— como lirios de pureza en otro jardín, cerrado a los vientos del mundo. Cuando llegó la hora de la prueba, no la encontró desprevenida. Pensaba muy bien que nada podría deshacer su reino, su jardín, su hogar; que éste la seguiría adonde ella guiara los pies, porque ella lo llevaba en los pliegues de su manto y en sus virtudes de

matrona. Y sin vacilar ni un punto acompañó en sus peregrinajes al artista aventurero.

Este, al ausentarse de su país, vagó largos meses, casi un año, por las Antillas españolas. Fue de isla en isla, recogiendo las voces de la mar murmurante; sorprendió el alma de la danza criolla, alma de fuego, voluptuosa y esquiva; bebió sorbo a sorbo, como un vino, el desesperado lamentarse de los tiples, enfermos de amor, en las claras noches isleñas; y así fue depositando en su corazón un florilegio de romanzas y rapsodias, compuestas con todos los aromas que las islas, vergeles de la mar, ofrecen en holocausto al cielo desde sus nítidas vallas de espuma.

De las Antillas pasó a la América del Norte, en donde su alma se sintió desfallecer bajo la pesadumbre de una atmósfera impregnada de mercantilismo. Sus tímidos principios en Nueva York no le anunciaron nada de halagüeño. Muy pronto salió a su encuentro la miseria, amenazándolo con destruir la paz de su familia y sus proyectos de arte. Aunque su crisis fue relativamente corta, duró lo bastante para que él adivinase en el horizonte de su espíritu, rondando por las tinieblas, los trágicos fantasmas del suicidio y la locura. Por vez primera, el desaliento, como uno de esos negros pulgones robadores de miel, entró en la cándida colmena de su vida; y por donde entró el desaliento, pasaron las tristezas, las dudas y los impulsos malos. Pero entonces fue cuando en Martí injertó aquel fragante misterio florestal de una vaga secta religiosa. A poco de su iniciación en dicha secta, aprendió a ver muchas otras más, un sinnúmero de sectas más, corriendo y cantando como fuentes claras bajo la atmósfera turbia de mercantilismo. Eran como impetuosos renuevos de ideal, empeñados en romper la burda corteza de un pueblo de mercaderes. Uno de estos renuevos acababa de injertarse en Martí, y del injerto inesperado cobró su fe más brillo, su arte más delicadeza. Blanda luz mística bañó su fe y su arte, y la unión del arte con la fe completó la unión, ya realizada en él, del arte con la vida. Por fin triunfó del desaliento; y los ultrajes que el desaliento le hizo los reparó, trabajando la flor de su vida con una seda más pura. De nuevo se abrazó a la confianza, y la fortuna volvió a sonreírle, porque repartiendo lecciones entre los hispanoamericanos y entre la misma gente yanqui a mucha señoritinga libre y pizpireta, en poco tiempo logró allegar cien veces más dinero del que habría podido allegar nunca en su país ni en las Antillas españolas.

Algunos años después llegó a París con la obra casi terminada. Prometiase, mientras llevaba sagazmente la obra a segura y cabal coronación, encontrar un editor para su música y otro para sus trabajos de crítica. Estos, en forma de libro, debían, según sus planes, publicarse con simultaneidad en las lenguas francesa y española. Así, las leyes de la música descubiertas por él no tardarían en bajar, como la buena nueva del arte, al corazón de las multitudes. Poco antes de publicar el libro, deseaba exponer sus fundamentos y alcances en una clara conferencia pública, a la cual seguiría, corroborando sus discursos teóricos, una ejecución de varios trozos de música

elegidos entre los de su propio acervo. Y aun antes de la conferencia y del concierto, y como en un previo ensayo y gusto de ambas cosas, proyectaba consagrar, casa de él en Montrouge, las primicias de su trabajo a la no completa media docena de sus más allegados e íntimos. Desde luego se contaban, entre esos pocos favorecidos, Grúas, Borja y Ocampo. Este, por su mucho frecuentar la colonia de la orilla clásica del Sena, muy bien podía encargarse de atraer a otros dos cotetrráneos, además de Tulio. De aquí la cita que Borja, en inteligencia con Martí, dio a Ocampo y reunió aquella tarde a los cuatro compatriotas en la plaza del Chatelet.

Ocampo, enterado del porqué de la cita, aceptó, además del encargo, la invitación, tanto en su propio nombre como en el nombre de Tulio, impidiendo a éste cualquiera negativa probabale y pensando en sus adentros que, si las conferencias de arte y la música sería no eran muy a propósito para distraer la tristeza del amigo, no dejaba de haber tiempo sobrado, antes y después de la reunión en casa del músico, para diversiones de otro género.

Sentados del lado afuera del café Dreher, teniendo Ocampo y Martí por delante sendos vasos de cerveza, mientras bebían en copas llenas de ajeno Tulio y Borja, ya de acuerdo los cuatro con respecto al día y la hora de su reunión futura, se dieron a conversar por el más amistoso estilo, discutiendo acerca de las últimas noticias de su país propaladas por los viajeros, o comunicadas por el cable, para luego seguir disertando sobre los más notables acaecimientos del mundo, llevados y traídos por la prensa de entonces.

Charlando y charlando, a un sesgo de la conversación, Ocampo y Martí se engolfaron como siempre en la disputa. Empezaban a impacientarse los dos adversarios, acusando Martí su impaciencia en el modo como echaba hacia atrás los mechones de pelo errabundo, y Ocampo en un cierto aspecto de su nariz que, de suyo muy grande, parecía en la disputa engrandecerse, como si en ella se condensara toda vida y expresión, hasta semejar un ser independiente y hurraño, puesto en medio de la cara, entre los ojos, en actitud soberbia y agresiva. Borja, entonces, torció el rumbo de la conversación y lo llevó por otros derroteros. Dijo de un proyecto de excursión por Suecia y Noruega, de otro proyecto de excursión por la Bretaña y la Normandía, y a partir de ese punto poco a poco se enfrascó en el tema de los viajes. Y como sobre ese tema no podían meter baza Martí ni mucho menos Ocampo, éstos optaron por callarse y oír, mientras Borja y Tulio departieron de sus viajes por muy largo tiempo, casi como si estuvieran solos. Mutuamente se recordaban paisajes, regiones, tipos y costumbres. A la postre, Martí se aventuró a observar:

—Parece increíble; ustedes han visitado y curioseado, si no todos, casi todos los países europeos, menos España. Igual omisión he podido notar en muchísimos viajeros de la América española, pero en ninguno me ha extrañado como en ustedes. Comprendo esa omisión en el viajante de comercio, o en quien viene, forzado de su arte, como yo, a fijarse en esta u otra

ciudad; pero en quienes viajan por viajar, como ustedes, no me lo explico. Lo más natural sería que los hispanoamericanos comenzásemos por España a conocer a Europa.

—Es verdad —asintió Ocampo.

Borja se creyó obligado a justificar su conducta. En su caso no se trataba de esquivar ni desamor hacia España, como en otros. Al contrario, se trataba, no de falta de amor, sino de exceso... Cuando él empezó a viajar, por unas tres veces intentó ir, y cada vez, a última hora, se le presentó un obstáculo. Más tarde, cuando no existía obstáculo ninguno, ya él no quiso. En su valija de viajero llevaba muchas decepciones. Ciudades que soñó alegres, le parecieron tristes; ciudades que en su imaginación vestía con todas las galas de la juventud, se le presentaron con caras melancólicas de ancianas decrépitas. Previó nuevos desengaños, y se abstuvo. Como todo hombre en la vida, así el viajero en sus viajes debe tener siempre una reserva de ilusión, siquiera sea una sola ilusión intacta. Debe abstenerse de conocer algo de lo que se figure más hermoso.

—Y España —siguió diciendo Borja—, para mí, que no tengo sino mezquinas ilusiones de viajero, es mi única reserva de ilusión: no quiero tocarla. No sé si me hago comprender de ustedes. España es para mí como una reserva de ilusión...: lo que es para todos los navegantes una isla; lo que son las Azores para los viajeros venezolanos, cuando en los transatlánticos franceses vienen de América o regresan de Europa; lo que son todas las islas junto a las cuales pasamos y en donde no desembarcaremos nunca. Una mañana, después de varios días de cielo y mar, surgen del agua como oasis verdes. Primero divisamos la verdura de los montes; luego, poco a poco, alcanzamos a ver los caseríos blancos de la playa. Nuestra facultad incomparable de crear ilusiones entra en ejercicio. Imaginamos en los blancura de los caseríos una humanidad muy distinta de la que mancha los continentes: no concebimos en el seno de aquella blancura sino hombres no contaminados del mal de los otros hombres. Como viven rodeados del océano, los creemos puros. Lo mismo nos pasa con el verdor de los montes y los prados. Fingimos, entre la verdura, innumerables deleites: la sana alegría de vivir, en medio de la canción fresca de las aguas, y un amor tranquilo y sano, suspendido sobre el sueño azul de los pozos. Todo, porque pasamos de largo. Pues si el buque enderezara la proa hacia las islas y bajáramos vendría a deshojar en nuestras manos la ilusión, la frágil flor divina. Y yo no quiero dilapidar mi reserva de ilusión... Prefiero seguir admirando a España de lejos, con sus grandezas y maravillas reales, casi veladas por las otras grandezas y maravillas con que mi amor la sueña y la vislumbra.

Tulio confesó no menos finas razones. A él no lo había retenido el vano temor de una desilusión, sino un temor más grave. Temía que la realidad y el sueño se aviniesen para sojuzgarlo con una servidumbre irredimible.

—Nuestras almas —dijo— tienen raíces traicioneras. Cuando menos lo sospechamos, una de ellas puede clavarse en el suelo, como en su propio

medio natural, de un modo definitivo, y obligarnos a permanecer por siempre delante de un mismo paisaje, vario o monótono, si no la rompemos en un esfuerzo desesperado, para entonces llevar al través de la vida el dolor de la ruptura. Mi patriotismo, suspicaz, teme, tratándose de España, y sobre todo Andalucía. Ningún poema en el mundo evoca en mi espíritu cuantas bellezas me sugiere el solo nombre de Córdoba, o de Sevilla o Granada. Y como ya una vez en mi familia existió alguien que se dejó hechizar de la tierra andaluza, el peligro no me pareció nada quimérico. Por esto renuncié al hondo y verde paisaje de la Vega, dominada por la Alhambra y el Generalife; a la atmósfera de Sevilla, cargada de olor de fábula y de azahar, y a ver la selva de columnas de la mezquita cordobesa y su Puerta de los Naranjos, en donde surtidores parlanchines, murmuran y su Puerta del Perdón, en cuyo arco se utiliza el arabesco hasta alcanzar la delgadez de un encaje imponderable, y, detrás de la mezquita, el puente de piedra, desde el cual se divisa el Guadalquivir, esperezándose y retorciéndose, más allá de los Molinos, bajo el cielo diáfano, como un sueño de amor voluptuoso.

—Respeto —comenzó Ocampo después de un silencio—, respeto las razones de ustedes, muy delicadas y exquisitas. Las respeto, aunque no las acato. Nuestra reserva de ilusión la llevamos dentro de nosotros en realidad, y sólo a nosotros incumbe guardarla y enriquecerla. Cuanto a nuestro patriotismo, ganaría más bien poniéndose en contacto con la tierra española. Tal vez lograríamos de ese modo vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas. Y quizás no esté lejos el día en que consideremos como nuestro deber más perentorio el ir en peregrinación, uno por uno, siquiera con el pensamiento, a robustecernos en las mismas fuentes de la raza. Llevados de la reflexión o sacudidos de los reveses, poco a poco despertamos a la conciencia de la raza los españoles de América y de Europa. En este sentido, la guerra hispano-yanqui fue para nosotros la más oportuna y saludable advertencia. Esa guerra de conquista nos manifestó muy clara la hipócrita actitud asumida, ya desde antes de la guerra, por el Imperio del Dólar frente a nuestras pobres y desmembradas repúblicas. Nos forzó a ver la cara temerosa del peligro. Y no conjuraremos el peligro sino volviendo a las corrientes de la raza. Ya no tienen razón de ser antiguas desavenencias y odios. Tampoco tienen razón de ser las vestiduras que, a título de préstamos, hubimos de otras naciones, para ocultar nuestros vagos tanteos primerizos. Me refiero a ciertas influencias de pueblos extraños que, si un día pudieron servirnos de aguijón, apenas pueden servirnos ya sino de rémora. Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particular de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmente se olvida, cómo en la independencia las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores trasplantaron a nuestra política, pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, o más bien el espíritu

revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más o menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, a costa de nuestra vida original, es decir, a costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado a todas partes por la Revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen a la medida. Y entretanto apresurémonos a henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española. A pesar de las desigualdades y divergencias de la superficie, nuestra raza, como los grandes ríos, conserva su unidad impetuosa en el cauce profundo. Volvamos a la corriente de la raza o resignémonos a perecer en la degeneración y la ignominia. Manejara yo una pluma, siquiera como la de uno de esos periodistillas indecorosos que viven a expensas de mi país, y no me cansaría de llamar a la conciencia de la raza a todos los españoles de éste y del otro lado del océano. Ni hacen otra cosa los grandes acontecimientos desarrollados por la sobrehaz del mundo sino advertirnos, con su clarísima significación, cómo a las guerras de pueblo a pueblo han venido poco a poco substituyéndose las guerras de raza a raza. Desde la guerra hispano-yanqui todos los acontecimientos nos advierten lo mismo y en el mismo idioma. ¿Acaso no está haciéndonos igual advertencia la guerra de hoy, esa infame y grotesca guerra de casi toda la Europa blanca, ligada contra el Asia amarilla?

—En verdad —insinuó Martí, empeñándose en una digresión de acuerdo con sus gustos—, en verdad, el espectáculo que el mundo nos ofrece en este malhadado fin de siglo no puede ser más pavoroso. Después de la guerra hispano-yanqui, la guerra del Africa del Sur y la guerra de China, sin contar nuestras perpetuas luchas ignotas de más allá del Atlántico, ni las continuas marejadas del socialismo en casi todas las grandes naciones europeas. Mas tengo para mí que, si alguno de esos acontecimientos aislados pueden interpretarse como Ocampo nos dice, considerándolos todos reunidos en un solo manojo, nos reservan otra significación clara y profunda. Por lo menos, cuando yo así los considero, se me aparecen como síntomas precursores de una tremenda catástrofe. No sé si ésta sobrevendrá en los comienzos o a mediados de la próxima centuria, pero seguramente caerá sobre nosotros como un castigo. Nos hallamos, como edificios desplomados, en vísperas de un derrumbamiento espantoso. Porque, así como del centro de gravedad los muros, los hombres venimos alejándonos del Evangelio. Todas las guerras y convulsiones vienen de ahí: de ahí proviene todo el mal...

—¿De habernos alejado del Evangelio? El mal, ¿no vendrá más bien del Evangelio y del catolicismo? —preguntó Ocampo.

—No, no. Entendámonos: yo no hablo del catolicismo: éste fue el primer paso que dio la humanidad fuera del Evangelio. Y de entonces acá,

entre la humanidad y el Evangelio, ha venido acentuándose, hasta ser casi completo e irremediable, el divorcio.

—Pues el divorcio, amigo Martí, seguirá acentuándose hasta ser absoluto. ¿Por qué? Porque ese divorcio no depende de una causa arbitraria y exterior, sino íntima y permanente: del antagonismo irreductible entre la moral teórica y la moral practicada. Esta última es la expresión más o menos practicada. Esta última es la expresión más o menos encubierta de nuestros instintos. Muy encubierta cuando se trata de hombres aislados, lo está menos cuando se trata de grupos de hombres, y de ahí la aparente contradicción entre la moral de los individuos y la moral de los pueblos. Y así sucederá mientras no nos arranquemos los instintos, lo cual no podremos conseguirlo de ninguna manera; aún menos con leer un código de moral teórica. De conseguirlo, ya por ello sólo dejaríamos de ser hombres, para convertirnos en una rara especie de brutos. Mientras tanto, el Evangelio seguirá condenando a la guerra, y el hombre seguirá haciendo la guerra, y esto es lo que con más elocuencia nos dicen las luchas actuales. La guerra cambiará, se modificará, pero no desaparecerá nunca, sencillamente porque es el instrumento más fiel, rápido y seguro que para crear y avanzar tienen a la mano los hombres.

—Sin duda, sin duda —interrumpió Tulio, bebiendo en seguida a grandes sorbos de su copa de ajenjo.

—Y cuando por fin los hombres —prosiguió Ocampo— lleguen a darse cuenta de ese divorcio absoluto, de ese antagonismo entre su moral practicada y su moral teórica, entre sus instintos y el Evangelio, entonces, como cosa anticuada y sin valor, abandonarán el Evangelio, la moral de los esclavos.

—¡¡La moral de los esclavos!! He ahí otro síntoma precursor de la catástrofe inminente. ¡Ah! ¡Nietzsche, Nietzsche, siempre Nietzsche! Nietzsche es el Anticristo.

A esta salida, Borja terció, riéndose, y ya se disponía a terciar con la palabra cuando el mismo Ocampo se adelantó a su propósito. Acababa de ver en los ojos de Tulio clavados en el fondo de su copa de ajenjo, la misma singular expresión de cuando poco antes miraba correr el agua verde oscura del río.

—No bebas más ajenjo, Tulio. Y vámonos, porque ya es muy tarde.

Como estamos en los días largos de la primavera, en los días de largos crepúsculos, no advertimos el vuelo de la hora.

Los cuatro amigos, después de recordarse el día de su próxima reunión en casa del músico, se despidieron.

Ocampo y Tulio se alejaron por el *Boulevard du Palais*. Ya en el puente *Saint-Michel*, Ocampo repitió:

—Es tardísimo. Apretemos el paso, porque hoy, sábado, Marta me espera en el Vachette. Por haberla hecho esperar, es muy capaz de sacarme los ojos. Afortunadamente vas conmigo, y me servirás de excusa.

Tulio habría podido entonces preguntarle si la influencia de Marta, por no estar dentro del matrimonio, era lejana y benigna como la de una estrella. Pero ni él puso atención ni hubiera sido capaz en el aquel momento de una frase irónica: marchaba distraído, viendo por delante de sí los ojos vagos.

Cuando Ocampo y Tulio llegaron, Borja y Martí conversaban sobre un caso de telepatía muy reciente y curioso. Al informar del tema de la conversación a sus nuevos huéspedes, Martí no se pudo contener, y provocó las iras batalladoras de Ocampo:

—Usted nos dirá, por supuesto: “fenómenos, fenómenos, puros fenómenos naturales del orden psicofísico”.

—¿Por qué no? Simples fenómenos, bastante numerosos tal vez para llamar la atención, pero no bastante numerosos todavía para concluir de ellos absolutamente nada. Cuando tengamos un número mayor de casos parecidos, y uno por uno podamos estudiarlos con severa pulcritud en buenos laboratorios de psicología experimental, encontraremos la explicación más o menos precisa de esos fenómenos. Entretanto, cualquiera interpretación es prematura. Lo más prudente es considerarlos como del orden psicofísico. A nadie se le ocurre hoy atribuir nada de extraordinario y divino a los fenómenos eléctricos, y, sin embargo, si un hombre de otras épocas hubiese podido ver en un instante las maravillas de la electricidad, hoy realizadas al mandato de nuestro capricho en todas las partes del mundo, las habría adorado como apariciones milagrosas. ¿Quién habla como de un milagro del telégrafo sin hilos? ¿Y quién duda que sin la intervención de un milagro no lo habría concebido el hombre de otras épocas? Hemos descubierto y manejamos la fuerza de la sugestión como una simple fuerza ordinaria. Pero si alguien, en plena Edad Media, la hubiera descubierto y dirigido al igual que nosotros, ¿no lo habrían echado a las llamas como nigromante o brujo? Con los fenómenos telepáticos puede sucedernos la misma cosa; tal vez no sean, por ejemplo, sino una simple sugestión a la distancia, atributo de ciertas naturalezas, privilegiadas o enfermizas.

En la sala se hallaban, además de Borja y Martí, la mujer y las hijas de éste, Grúas y un joven compatriota muy amigo del pintor, aficionado a las letras y a la música, de fuerte rostro balzaciano y de ojos muy abiertos, como azorados y henchidos de asombro.

—¡Pues muy bien aprovecharemos el tiempo si esperamos el dictamen de los laboratorios de psicología! Hasta hoy semejantes laboratorios no han servido sino para fabricar las ineptias de todos tamaños que Alcan, el editor, propala en forma de volúmenes. En definitiva, esperando, lograremos

leer algunos libros más, pero ineptos como los otros. Porque de todos esos libros, escritos por hombres que juran y perjuran, invocando la experiencia y la ciencia, y parecen condenados a ver una sola faz de las cosas, apenas obtendríamos, exprimiéndolos, una chispa de sustancia. Y ni la ciencia verdadera ni la humanidad perderían mucho, en mi opinión, si a todos los volúmenes de casa del Alcan, hacinados en pirámide, les pusiéramos fuego.

—Esa es también mi opinión —dijo el último invitado, que acababa de entrar—. Y yo asistiría al estupendo auto de fe, ensayando, alrededor de la hoguera expiatoria, pintorescos bailes antiguos.

Quien se expresaba de este modo era un sujeto alto y cenecio, de movimientos algo zurdos, que parecía estar sonriendo siempre con un lado de la cara. Los puños de la camisa, excesivos, le ocultaban las manos casi hasta la punta de los dedos. Llamábase Máximo Vives, y escribía para algunos diarios y revistas de Hispanoamérica sutiles críticas de arte y versos deliciosos.

—Me gustaría saber —continuó Martí— de qué modo se las compondrán para someter a la experimentación, aun suponiéndolos accesibles a ésta, fenómenos como los telepáticos, tan vagos, aéreos y nebulosos de suyo. Y digo “suponiéndolos accesibles” porque los creo de todo punto inaccesibles. Jamás llegaremos por vía de experimentación hasta su íntima naturaleza. A lo sumo se llegará a clasificar y ordenar los casos más auténticos después de haberlos dividido muy escrupulosamente de los falsos. A esto se reducirá el trabajo de los laboratorios. Y entretanto, por lo que a mí toca, siempre veré, en los casos de telepatía, fenómenos de un orden elevado y sobrenatural, ateniéndome a la perspicacia de los pueblos, a una de las creencias más universales y antiguas, porque los fenómenos telepáticos, aunque parezcan nuevos por el nombre, son tan viejos como el mundo.

—El *consensus omnium*, además de ser indigno de usted, amigo Martí, porque está al alcance de todos y todos recurren a él, es un argumento muy traidor: sirve a las tesis más contrarias. De atenderse a él, sería preciso acatar el error geométrico y otros muchos errores, considerados como la verdad entre los pueblos antiguos. También debiéramos creer en cuantas divinidades puso la imaginación de la gente primitiva en el aire, las aguas y los bosques. Y, sin embargo, nadie se atreve hoy a discutir que nuestro mundo esté en el centro del universo, ni nadie cree tampoco en las ninfas y los faunos.

—¿Que nadie cree en los faunos y las ninfas? Pero tampoco nadie puede negar su existencia. Cuando más, podríamos decir que no los hemos visto nunca. Tal vez existen, y no los vemos porque son impuros nuestros ojos, o porque ellos habitan los más recónditos parajes. O tal vez ya no existen, porque han desaparecido con el andar del tiempo, como esas especies animales cuya existencia nos demuestran a cada paso los naturalistas robando a las entrañas de la tierra algunos perfectos ejemplares fósiles. Además, muy graves historiadores refieren cómo en cierta ocasión llevaron a

Roma un sátiro vivo. Y, según puede comprobarse en muy fieles narraciones, hace poco más de un siglo, en una playa de la costa americana, encalló una sirena moribunda.

Tulio, asombrado, preguntó:

—¿Una sirena?

—Una sirena. Muchos pescadores la vieron morir, y desde entonces algunos de ellos bordaron de fantásticas leyendas la blanca cenefa de la mar, y empezaron a comprender cuanto dice, lamentándose entre las dunas, el grito de la ola. ¿De qué nos maravillamos? ¿Después de haberse negado en todos los tonos la existencia de la serpiente de mar, un sabio y navegante, no acaba de afirmarla de una vez por siempre con su testimonio indiscutible? Su trabajo, si mal no recuerdo, se publicó en la *Revue des Revues* no hace mucho. Así como la serpiente, quién sabe cuántas raras formas de la vida se agitan, ignoradas de nosotros, en las profundidades oscuras del océano. Cada verdad nueva, cada nueva conquista del saber —telégrafo sin hilos o rayos Röntgen—, descubre a nuestros ojos un horizonte de ignorancia. Por cada conocimiento adquirido hay mil que esperan en sus criptas de sombra. Todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden caer bajo el examen de nuestros sentidos, y el caso de la serpiente de mar nos lo prueba; todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden ser descubiertas por nuestros medios de observación actuales, y siempre nos quedará por conocer un infinito de cosas, inaccesibles a todos nuestros medios de observación actuales y futuros. Este infinito es el infinito de lo sobrenatural, que colma nuestra vida y por todas partes nos rodea, porque está dentro y fuera de nosotros. En la menor palabra, en el menor acto de la vida común, hay un infinito de sobrenatural y de misterio. Si no, ¿cómo explicar las mudanzas bruscas, e injustificables en apariencia, de nuestro destino? ¿Por qué el menor suceso, como un paso dado en cierta dirección más bien que en otra, produce una catástrofe? ¿No aparecemos, a cada momento, como juguetes miserables de un prodigioso taumaturgo? Parece como si un taumaturgo se la pasara, a nuestra espalda y en la oscuridad, trazando signos de mágico poder con sus dedos invisibles, y, según la virtud puesta en cada trazo, ya el signo encierra nuestra vida, ya nuestra muerte o nuestra gloria. ¿Qué son la fortuna, el destino y el hado sino otros tantos nombres de lo sobrenatural y del misterio? Sin embargo, siendo lo sobrenatural, en cierto modo, lo más natural que existe, algunos hombres lo niegan porque no lo ven, y no lo ven porque de tanto leer la pseudociencia contenida en los libros de casa de Alcan y de Reinwald tienen los ojos turbios. Lo sobrenatural se nos manifiesta en los fenómenos telepáticos y en otros fenómenos, que son como súbitos desgarramientos del velo de Isis. En estos casos lo presentimos o adivinamos, y la verdad, adivinada o presentida, no es menos verdad que cuando la confirman los hechos. Pero lo sobrenatural también se manifiesta de modo paladino a ciertos hombres dignos de la gracia, privilegiados por su fe o su virtud, en figura de ángeles y genios maléficos y de

ángeles y genios protectores. Yo sé de hombres que los han visto con sus ojos mortales...

Y Martí, esquivándose, valiéndose de muy vagas alusiones, y como si se tratara de algo extraño a él, se puso a hablar de cuando en Nueva York el desaliento lo dominó, hasta hacerle pensar en el suicidio.

Apenas la idea del suicidio nació dentro de él, quiso realizarla, y en ese mismo instante se le apareció, convidándole a cumplir su siniestro propósito, una especie de "hombre", de sonrisa amable y vestido de negro; pero casi al mismo tiempo, del otro lado de él, surgió otra aparición, vestida de ropas cándidas, a cuya vista la primera, indudablemente un genio malo, retrocedió y se fue desvaneciendo poco a poco, hasta disiparse en absoluto.

—Y no podía tratarse de simples alucinaciones, como pudiera argüirse, porque el sujeto no presentaba rastros de neuropatía hereditaria, ni vestigios de abuso de alcohol, de tabaco o de otros venenos.

Pero en vano Martí se adelantaba de este modo a una objeción probable: Ocampo no pensaba ya en rebatirlo, al fin desarmado como otras veces ante aquella credulidad tan candorosa. Como los demás, oía con recogida atención la palabra suave y ardiente del músico. Una sorda ansiedad, una rara inquietud, llena de recelos, reinaba en la salita. En los rostros de Tulio, Borja y Vives había como una sorpresa interrogante. Ocampo, de minuto en minuto, miraba a todas partes con aire distraído, para fingir indiferencia. El aficionado a la música y a las letras miraba también a todas partes, con ojos más que nunca henchidos de asombro, como si se preguntara si aquella defensa de lo sobrenatural podía servir de prólogo a la exposición de ningún trabajo artístico. Grúas examinaba a los otros al soslayo, tratando de fijar en la mente sus diversas expresiones y actitudes. Hortensia, la mujer de Martí, iba y venía entre la alcoba y la sala. De todas las personas reunidas en ésta, las hijas de Martí eran las únicas que no expresaban inquietud ni asombro. Sabían a dónde se enderezaba el discurso paterno; hubieran podido completar muchas frases del discurso apenas comenzadas; adivinaban las palabras que lo salpicarían con más frecuencia, como salpican el bosque las flores, tan íntima y armoniosamente vivían ellas en el padre y el padre en ellas. De las tres, la mayor tan sólo —Piedad— parecía distraerse de tiempo en tiempo, viendo por el balcón, hacia la calle, con mirada soñadora y pensativa, como con fugaces veleidades de una rosa que, en el recogimiento de su jardín cercado, soñara con la libertad y el sol de la pradera, extendida más allá de los muros. Pero sus veleidades pasaban pronto, y su pensamiento volvía, con el de sus hermanas, a traer en ofrenda, a los pies del padre, su adoración leal y sin límites. Con las flores del jardín cerrado de su mujer y las de su propio jardín oculto, Martí había ido componiendo un solo ramillete de músicas y aromas. En el alma de las hijas había transfundido poco a poco las riquezas de su alma: su arte, su bondad, su virtud y aquel su misticismo encantador, empapado en la frescura de los lirios evangélicos. El gesto, la

actitud y las palabras de ellas revelaban el alma de él, tan perfecta era la comunión espiritual de padre e hijas. Aun suponiéndolas privadas de movimiento y de voz, puestas a la entrada del hogar a manera de momias guardianas de actitud inexpresiva, pero con sus nombres inscritos en sus frentes a guisa de diademas, los nombres de ellas —Piedad, Sofía, Anunciación— habrían bastado por sí solos a pregonar, como heraldos vestidos de armiño, el alma de belleza del padre.

—¿Y si de la vida pasamos al arte, podrá negarse en éste la existencia y el predominio de lo sobrenatural? —preguntaba Martí, prosiguiendo su discurso—. ¿Acaso no es lo sobrenatural eso que los filósofos y críticos de hoy han dado en llamar lo Inconsciente? Algo sobrenatural preside a todo feliz alumbramiento artístico. ¿Por qué en lo más vano y ligero, como el sonido o la palabra, el artista halla de súbito insondables minas de oro? ¿Por qué la obra suele surgir de una vez, acabada y perfecta, como una planta que no se detuvo en su estado de germen, sino fue derechamente a la flor, volando en la saeta del tallo?

Y de pregunta en pregunta, como por una suave gradación, Martí llegó a dar en los motivos de su proyectada conferencia. Tan fácil e insensible fue el paso de un tema a otro, que nadie advirtió el cambio de tema, como si en realidad se hubiese llegado a la segunda parte de un mismo discurso, y no a otro discurso distinto. La disertación acerca de lo sobrenatural resultaba, con respecto al explicativo delineamiento de la conferencia futura, el más adecuado de los prólogos. En efecto, algo de sobrenatural había en el origen de la conferencia, porque nada era más prodigioso que el modo como halló Martí las nuevas leyes musicales.

Fue durante una lectura del Evangelio. Leyendo y releiendo el Evangelio, éste lo deslumbró una vez presentándole como en un relámpago, bajo su vieja significación moral, una significación nueva y no menos divina. La eterna palabra del Amor se convirtió para el artista en la eterna pauta de la música. Todos los misterios del ritmo se le revelaron de pronto en la palabra de Jesús, entre coronas de virtudes angélicas y de lirios del valle. El alma de la música vibraba a través del Evangelio, acompañando las ingenuas prosas de los lirios. Cada parábola era una melodía inacabable; realzada por sobrias armonías discretas; cada pasaje, cada ejemplo era un torrente armonioso; y en cada máxima o sentencia moral, iban resonando, como en esferas cristalinas, las eternas leyes de la música.

Según Martí, la existencia de las leyes descubiertas por él se confirmaba en el estudio y examen de los maestros, porque sólo por haber seguido, aunque inconscientemente esas leyes, los maestros nos dejaron obras de música inmarcesible. Pero como los hombres habían venido alejándose del Evangelio, poco a poco los artistas descuidaron o abandonaron, también inconscientemente, aquellas leyes, y de ahí la actual decadencia del arte. Los artistas, como aseguraba Martí, se alejaron de las grandes leyes de la música encerradas en el Evangelio, en parte de un modo pasivo, siguiendo el mo-

vimiento general de los hombres, en parte de un modo activo, impulsados de una fuerza diabólica patente. Sin duda, con el Anticristo máximo de la filosofía, a todas las partes vinieron Anticristos menores. Y si Nietzsche era, en justicia, el Anticristo supremo, Wagner se presentaba como el "Anticristo menor" de la música. Las artes, como a su alrededor los hombres, tienen también sus ángeles buenos y sus ángeles malos...

En ese tono, usando con verdadera obsesión, a cada minuto, de las expresiones de "diablo", de "artimañas diabólicas", y de otras expresiones por el estilo, habló Martí muy largo tiempo. Comenzaba por citar el versículo de donde partió a descubrir una de las nuevas leyes musicales, y luego se extraviaba en un dédalo de raciocinios, a cual más enrevesado y confuso, para acabar exponiendo las pruebas y los comentarios técnicos de cuanto decía, con gran abundancia de pormenores.

El aficionado a las letras y a la música iba de sorpresa en sorpresa, no sabiendo si admirar más el oscuro misticismo con que Martí ponía en su auditorio la inquietud y el calofrío del misterio, o la nitidez y precisión incomparable con que atacaba los puntos necesarios de la técnica artística. El discurso de Martí se le antojaba una como serie de alternadas fajas de luz y de sombra: ya reconocía la justeza de apreciaciones del músico, ya se preguntaba, con seriedad y con un poco de escozor, si el músico no se estaría solazando a costa de sus oyentes. Pero este su recelo muy pronto se le desvaneció, para entonces antojársele el discurso, por su candorosa mescolanza de especies candorosas, algo así como un capítulo inédito del *Símbolo de la fe*, del buen Fray Luis de Granada. La impresión de Borja era muy semejante a esa del aficionado a las letras y a la música. Ocampo escuchaba con alternativas de plácida indiferencia y de furia silenciosa. Tulio, para sus adentros formulaba sus diversas y encontradas impresiones con un "¿para qué vine?". Grúas lo hallaba todo muy original; y Vives no rompía de cuando en cuando el silencio con un entusiasta "¡admirable!, ¡admirable!", sino para hundirse de nuevo en una infinita admiración taciturna.

Todavía estaban sus oyentes combatidos por tantas diferencias de impresiones, cuando Martí cesó de hablar y fue a sentarse al piano. Y el piano, viejo y alquilón, bajo los dedos del músico empezó a balbucear, en su numerosa lengua marfileña, una historia peregrina:

Primero fue arriba, en el teclado, una nota muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro; tras de ella vino otra, y otra, y otra nota semejante, que llegaron, multiplicándose y cada vez menos tenues, a fingir el caer precipitado de una lluvia muy fina; al repiqueteo de la lluvia muy fina siguió el deslizarse tembloroso de un hilo de agua entre las altas hierbas, luego se oyeron las quejumbres, las canciones y las risas de la acequia rebosante; en seguida resonó el tumultuario estrépito del torrente, y este mismo estrépito, serenándose poco a poco, se cambió en el rumor sereno y apacible del río, rumor que, a medida se hinchaba el río, fue haciéndose más grave y reposado, hasta desaparecer

más lejos, en donde los grandes ríos, entre sus márgenes remotas, corren y se extienden con majestad oceánica, en medio al silencio más augusto. Sobre el silencio de las aguas del río una canción pasó entonces, deshojándose, como la flor misma del silencio: se alzaba tal vez de lo más profundo del cauce, o bajaba tal vez de las ribereñas y más próximas alturas, de los labios de alguna Loreley invisible que, al son de sus cantares, peinase con áureo peine sus cabellos de oro. Por un momento reinaron en la música la perfidia de la corriente silenciosa y la perfidia más dulce del canto. Después, como si un barquero en su barca se hubiese aventurado entre esas dos perfidias, la música remedó el encrespase de la onda y el remolino y la soberbia de las aguas, pasados los cuales el silencio anterior cayó sobre el río como una lápida sobre una tumba. Por fin, tras una corta pausa, la música remontó, evocando el tumulto del torrente, los murmurios de la acequia rebosante, el trémulo susurro de un hilo de agua entre las hierbas y el repiqueteo de la lluvia, hasta la nota primitiva, aislada y muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro.

Y Martí, después de significar, con un movimiento de cabeza, que había concluido, se quedó al piano, arrancando a éste las primeras frases de la *Traumerei* de Schumann.

—¡Admirable, admirable! —exclamaron todos, encontrándose de acuerdo por la primera vez en la impresión y en la palabra de Vives. Todos, menos Tulio, que estaba pálido y sin habla, como un muerto.

Cuando habló, fue para decir a Ocampo, al emprender juntos la vuelta:

—¡A qué vendríamos!

—De veras —aprobó Ocampo, sin comprender— ¿para qué vendríamos? Alejandro Martí es medio loco. Sin duda, en su inteligencia hay más de un claro. No se explica de otro modo que diga tantos disparates y al mismo tiempo escriba una música tan bella. Toda su música es bellísima... Y cuantos despropósitos dice, los cree de muy buena fe, porque no es un charlatán cualquiera: es un degenerado... Un degenerado muy simpático y noble, de cuya vida se podría sacar la más curiosa de las novelas. Es un tipo de novela. Su buena fe no deja la menor duda. Basta escucharlo, para sentir cómo de muy buena fe se imagina de levita, obeso y bonachón, según el tipo clásico de un buen cura protestante, hallarse ya explicando las “Delicias del amor conyugal” a las parejas de esposos y a los grupos de mancebos y doncellas que discurren por entre bosques de rosales y de olivos en el cielo de Swedenborg.

Como absorbido por una idea fija, Tulio exclamó de nuevo:

—¡A qué vendríamos! No he debido venir...

Y en seguida añadió:

—Todo eso es muy raro.

—Es verdad. Todo eso es muy raro —afirmó Ocampo, creyendo que su amigo aludía a las cosas del músico.

—Más raro tal vez de lo que te imaginas...

Diciendo así, Tulio oprimió de tal modo con su mano derecha el brazo izquierdo de Ocampo, que éste, sorprendido, se volvió a verlo, y sólo entonces observó la agitación y la palidez mortal de Tulio.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás como nervioso? Verdad que Martí perturba a cualquiera.

—No es eso, no.

—Entonces ¿qué te pasa?

—Nada, ¡qué se yo! Nada... Te diré otro día.

—¿Por qué no ahora?

Y Ocampo, viendo que no podía obtener de Tulio sino palabras incoherentes, acabó por insinuarle:

—Necesitas de reposo y de sueño, Tulio.

Pero Tulio esa noche se recogió muy tarde, y todo el resto de la noche lo pasó en vela, con su lámpara encendida. No durmió, desvelado con el miedo de que su lámpara se apagase, como si, muerta la luz, la alcoba se le fuera a poblar de trasgos, fantasmas y espectros. Un terror sin límites lo mantenía en la cama, con el cuerpo sin movimiento, alerta el oído y muy dilatados los ojos. Todo porque un trozo de música le acababa de provocar el mismo sueño, la misma alucinación en que se recobraba y deleitaba poco antes como en un baño tibio.

Desde aquel en que por primera vez lo visitó, ni un solo día el sueño dejó de envolverlo como una caricia terca, generosa y dulce. Era siempre la misma rara sensación del baño, el mismo suave descender, balanceándose en una hamaca transparente y viva, y el mismo fantástico viajar por entre valles y colinas, en lo más profundo del océano, hasta la montaña de púrpura sobre cuya cima se alzaba la belleza de Belén, como un lirio abierto sobre una montaña de rosas. Y siempre Tulio hablaba, o se imaginaba estar hablando con la novia, mientras el sueño no se desvanecía o la novia no se cambiaba en una rígida madrepora.

El sueño lo asaltaba en la calle, en el café, en todas partes, como un encantamiento súbito. En apariencia espontáneo, se lo sugerían en realidad muchas cosas, como ciertas esmeraldas entrevistas en el escaparate del joyero, el follaje nuevo de los árboles, la turbia linfa del ajeno y de otros licores, la onda glauca del río y cuantas cosas le recordaban, por su color, las aguas del océano y los ojos de la amada. La fuerza de sugestión residía en los matices claros del verde. Cuando lo observó Tulio, ya esos matices, con tanta facilidad como el hipnotizador a ciertos histéricos, lo subyugaban con su virtud hipnótica. Y aparte esa virtud, aun cuando no lo llevasen hasta el sueño, los tonos glaucos lo mareaban con cierta misteriosa atracción indefinible. Era como si el mismo océano remoto lo atrajera, valiéndose de los más dulces y desvaídos colores glaucos. Así, en días atrás, navegando sobre el Sena, más de una vez lo sorprendieron tentaciones de arrojarse al agua del río y abandonarse a la corriente del agua, como si el ímpetu de la

corriente y su propio deseo formaran un solo y ciego amor, anheloso por dilatarse y desaparecer en el corazón del océano, amargo y profundo.

Entre esa atracción y el insistente encanto del sueño, la existencia de Tulio fue como un duermevela continuo. Del estado de vigilia pasaba con prontitud maravillosa al estado de sueño, y de éste cobraba Tulio, al principio, fuerza y placidez como de un baño. Sentíase, después del sueño, rebotando en una serenidad casi divina, como si la sangre hubiese ido por todo él repartiendo ánimo y júbilo. Tenía por justa, aunque escasa compensación de su pérdida, aquel a modo de encantamiento por el cual, a través de los verdes más pálidos, columbraba la imagen de la novia y hasta, según se prolongase el encantamiento, hablaba con la novia como si estuviera viva.

Pero un día, en medio de su placidez, lo inquietó la duda: se preguntó si era cosa natural aquel fenómeno peregrino de la atracción y encantamiento de los matices glaucos o si más bien no sería el principio de la traidora demencia. Desde entonces lo martirizó la duda, y el duermevela continuo, de grato como era, se le volvió enojoso; desde entonces, en vez de provocar el sueño, complaciéndose en él como antes, lo evitó, huyendo en lo posible de cuantas cosas le recordaban, por el color, las aguas del océano y los ojos de la amada.

Sin embargo, no por eso dejó el sueño de perseguirlo, causándole enfado y molestia, y la molestia se convirtió en verdadero pavor cuando Martí, al cabo de su larga defensa de lo sobrenatural, contó, sentado al piano, casi toda la vida del agua corriente, en la lengua de la música. Tal vez por el discurso de Martí surgió el pavor en ésta y no en otra circunstancia. Lo cierto es que Tulio, después de recogerse muy tarde esa noche, todo el resto de la noche lo pasó con su lámpara encendida y al día siguiente continuó evitando la sombra y la soledad, como si éstas fueran de pronto a poblarse de espectros. Era el mismo terror de cuando se representaba la casa paterna, en la oscuridad y el silencio nocturnos, llena con las mil sombras, vestidas de ira, de sus antepasados heroicos. Y como en ese tiempo, el terror le indujo a recogerse cada noche más tarde, a volver a casa después de infinitos rodeos inútiles, para los cuales inventaba, tratando de engañarse a sí propio, toda clase de ardides.

Por el día, entre la mala noche pasada y la mala noche venidera, empezó a beber mucho, y tanto del mucho beber como del poco dormir se enfermó, renaciendo en el fondo de sus ojos, como de su ceniza el fénix, la neuralgia.

Como antes, la neuralgia cedió al éter y a la morfina, y Tulio volvió a probar, en la turbia somnolencia de los narcóticos, la placidez primitiva del sueño. De nuevo se entregó a la rara sensación del baño en un agua profunda, al suave descender balanceándose en una hamaca transparente y viva y al fantasmagórico peregrinar por la más honda sima del océano, en medio a la transparencia del agua, y de tiempo en tiempo entre bandadas de peces, fulgurantes y exiguos como joyas.

Pasada la neuralgia, y tras de ella la dulce embriaguez de los narcóticos, reapareció el miedo irresistible. Pero Ocampo, ya de una parte advertido por la misma neuralgia y alertado por la patrona, de otra parte, sobre el nuevo hábito de su amigo de guardar luz toda la noche, se dio a estrechar con sus demandas a Tulio, hasta arrancarle a jirones el secreto.

Muy doloroso fue para Ocampo el descubrimiento de la verdad, así porque le pesó no haber antes conocido la causa de las rarezas de Tulio como porque vio sus bien combinados planes de terapéutica desbaratársele de golpe. Eso cuando juzgaba llegado el momento de acudir a la coronación de su terapéutica sentimental, recomendándole a Tulio el último remedio, bajo la forma de una amiga de Tulio y hermana de Marta, de nombre Fifina. Aunque el miedo a la soledad y el demasiado beber de Tulio favoreciesen la aplicación de ese remedio, Ocampo entonces lo repugnó, pareciéndole muy poco legítimo y de éxito problemático. Ni ya era Fifina la más a propósito para desvanecer los males de Tulio. Se requería, dado lo agudo y complejo del mal, de cierta perspicacia y fineza de espíritu, y el espíritu de Fifina era como sus manos, que, por lo ásperas y burdas, no armonizaban con las demás partes de su cuerpo, río de perfecciones.

Ocampo resolvió alejar a Tulio de París, de la ciudad malsana henchida de locos degenerados de todos los pueblos, como su compatriota el músico. Reservándose aconsejarle después el regreso a América, si era preciso, le aconsejó un viaje largo por la misma Europa. Le dijo cómo un viaje en plena primavera debía de ser una delicia, y le prometió acompañarle durante algunos días por lo menos. Lo exhortó a no probar ninguna suerte de venenos alcohólicos, y a no usar, por ningún caso, de éter ni morfina.

Y Tulio, creyendo seguir los consejos del amigo, obedeciendo quizá a la atracción de los más desvaídos colores verdes, partió hacia las grandes rutas que guarnece la onda con el sefuelo de su eterna sonrisa glauca.

Entre las costas del océano y las del Mediterráneo, se decidió por las últimas, aunque recelándose de seguir en parte el camino que proyectó para su frustrado viaje de bodas.

En los principios del viaje lo molestó el recelo; pero, contra todos los celos y previsiones, la copa azul del Mediterráneo pareció verter en el alma de Tulio una paz infinita. En el mismo tren, más allá de Marsella, la primera desembarazada perspectiva de agua azul fue para los fantasmas de su terror como una ráfaga. Los fantasmas partieron a morir en la transparencia del aire muy puro. Y Tulio, con maravillas de convaleciente, empezó a ver las bellezas del paisaje y a observar cómo el paisaje mismo variaba, obedeciendo a la marcha del tren, al trazo de la vía y a los caprichos de la costa.

Ya el mar se presentaba en una anchurosa perspectiva, ya en una serie de franjas fugaces, viniendo a cada paso a formar, entrando en la tierra hasta

muy cerca de la vía y redondeándose como un seno de mujer, una ensenada minúscula. En ésta, el zafiro del mar agonizaba dándole vida al glauco más terso y glorioso. Entre ensenada y ensenada, la mancha casi negra de un bosque de pinos. En algunas partes, en lugar de pinos, olivos raros y enclenques. Por toda la campiña, a lo largo de la costa, los durazneros en flor se inclinaban coquetonamente a ver, en el hondo espejo de zafiro, sus trajes de seda rósea y blanca. Cerca de los poblados y al través de éstos, con las villas, empezaron a desfilar mimosas, muchas mimosas, todas con penachos de oro, llenas de racimos de oro, semejando servir como de soberbia avanzada al más arrogante de los triunfos. Por algunos instantes, en una villa, ciertos árboles de hojas bermejas ensangrentaron el dorado fausto de las mimosas. Con duraznos y mimosas alternaron en seguida naranjas, limoneros y palmas.

Y tan absorto iba Tulio en admirar la belleza del paisaje, que ya Ocampo ni pensaba distraerlo. Más bien Tulio señalaba de cuando en cuando a su amigo algunos pintorescos pormenores. Así, muy cerca de Cannes, con inesperada sorpresa y alegría, llamó la atención de Ocampo hacia un torrente que se precipitaba en el mar saltando, gritando, deshaciéndose en espuma.

En igual disposición de ánimo perseveraba Tulio llegado a Niza, de suerte que Ocampo, días después, ya cumplida su palabra, y creyendo a Tulio, si no bueno, en camino de reconquistar muy pronto la salud, tomó la vuelta de París, a donde le llamaban sus inaplazables quehaceres.

Después de concertarse con Tulio para la oportunidad y manera de escribirse, Ocampo se fue, sin abrigar con respecto a su amigo ninguna clase de temores, por entender que, en éste, la juventud, con el grande auxilio de la primavera, no tardaría en reducir a su primitivo punto y vigor el sistema nervioso un sí es no es desquiciado. Y en su pensamiento no se trataba de toda la primavera, sino de la primavera de Niza y de aquella parte de la costa mediterránea, inicial estación del viaje de Tulio, porque ahí toma la primavera un sello propio, así de la íntima belleza de los lugares como ser éstos de los muy pocos donde, en nuestra edad prosaica, las aventuras florecen todavía. De ordinario florecen bajo la forma de la princesa de amor, eterna y fadada quimera de la juventud, ya en los vergeles y las calles de Niza, ya bajo los naranjos y las palmas de los otros pueblos costaneros, tal vez junto a las verdes mesas del Casino de Montecarlo, tal vez entre los banales floridos que Montecarlo suspende, como un pensil de magia, sobre el sueño de la onda. Y la princesa de amor trae nieve del norte en las mejillas, cuando no viene del sur, en donde el sol de Italia o España doró sus carnes con el oro mate de las mieles, después de sazonarla toda como un fruto.

Pero Tulio, una tarde, entre los banales floridos, en vez de la aventura de amor, halló el desasosiego más extrañero. Le pareció como si un reproche volara hacia él de todas las flores abiertas. En particular, los pensa-

mientos, medio ocultos en el césped, parecían perseguirlo como si fuesen ojos humanos cargados de reproche. Y como él creyó comprender este reproche, y lo encontró justo, se propuso apartarlo de sí, rescatando la falta que le imputaban las flores, cometida por él y a expensas de otras flores de las primeras del año.

Con sólo formular este propósito, su desasosiego anterior se trocó en una inmensa y desconocida ternura. Fue como si de pronto se colmase de suavidad y tibieza, como si dentro de él, perfumándolo, se fundiesen, al calor de la sangre, muchas lágrimas de mirra. Luego, en la misma terraza de Montecarlo, hecho el propósito, lo sobrecogió la impaciencia de cumplirlo, impaciencia parecida a la de una primera cita de amor, que lo siguió hasta Niza aquella tarde, lo acompañó a la mesa en el *restaurant* del hotel, y no lo dejó en toda la noche. Pues, aunque durmió, la impaciencia lo persiguió durante el sueño, y varias veces despertó con sobresalto. Cada vez, al despertar, *veía*, posada a los pies de la cama, una forma de mujer, de lineamientos vagos e indecisos, cual capricho de la niebla o fugitiva apariencia fantástica de un claro de luna. Al hacer luz, el fantasma se desvanecía. Asomábase, luego, al balcón, a ver si ya en Oriente se abrían también los los áureos balcones del alba. Pero, cada vez, por el balcón entraba en una ráfaga de música y olores, la noche de primavera.

Cuando por fin despuntó el alba, se vistió aprisa, bajó a la calle y estuvo errando por ella todo el tiempo que tardaron en abrirse las tiendas de flores. Después de comprar muchas flores de las mismas diversas clases de aquellas que él, una vez, en un loco arrebató de furia, condenó a ser holladas por las ruedas de los coches y el pie de los pasantes, alquiló una barca y la llenó de flores; y la barca rebosó, hasta semejar, con su carga de fragancia y de pétalos, un gran cesto florido.

Los dos remeros, dueños del bote, luego de preguntar “¿a dónde vamos?”, como si no le hubiesen escuchado bien, se hicieron repetir la respuesta de Tulio:

—Mar adentro.

Y la barca, mar adentro, viajó largo rato sobre la sonrisa azul del agua inmóvil.

Quitando los ojos de la tierra y poniéndolos muy largamente en el agua, Tulio llegó a sentirse por dentro diáfano y profundo, como si la transparencia del agua se le comunicara a su espíritu. Se preparaba, con esa diafanidad interior, para el acto inminente, que había de ser utilísimo y puro.

Al empezar los contornos de la costa y las casas blancas de Niza a confundirse y desvanecerse en lo lejos, paró a los remeros con un signo, y comenzó con gesto solemne, tras una breve y honda meditación, a celebrar la fiesta del desagravio. Atónitos, los barqueros miraban, como locura o excentricidad costosa de inglés rico, aquella peregrina fiesta del desagravio de las flores. Tulio pretendía, con efecto, en flores de la misma especie, desagruar a las que una vez fueron sus víctimas. Le bastaba, para eso, dar a

las primeras el piadoso y noble destino que debió dar a las últimas. A manos llenas, principió a rayar, con fragantes manojos de flores, el terso y fino raso del agua. A poco, las rosas fingieron, oscilando entre los líquidos cristales, blancas y rosáceas vislumbres de carnaciones de ninfas, mientras las violetas punteaban el azul como ojos glaucos de sirenas.

A Tulio no le ocurrieron, ni antes ni después de su acto de piedad, las más naturales objeciones. Al contrario, se representó como un absurdo el haber pensado, en su ya remoto acceso de ira, que no podía, sobre la tumba de Belén, hacinar flores a manera de túmulo, ni extenderlas a guisa de lápida. "¿Por qué no? De todos modos, bien podía extenderlas a manera de lápida, si por la inconstancia de la onda no las podía hacinar como en un túmulo. Ni tampoco era preciso extenderlas, como pensó, en un punto fijo de la mar, sino en uno cualquiera, porque la mar, la tumba de Belén, aunque de nombre múltiple, es una misma: formidable y risueña, pérfida y amorosa. La mar es una misma. . . La misma ola va de país en país, de costa en costa, curioseando el secreto de todas las playas. La misma ola ríe en los escollos, canta en los arrecifes, teje, alrededor de las islas, cándidos arabescos, besa la frente de las rocas y el pie de los acantilados, y, con un suspiro muy leve, se desmaya sobre las dunas. La misma ola encierra en unas partes el alma del zafiro, y en otras resplandece con la verde llama interna de la esmeralda, cuando no es roja porque la tiñen de carmín las purpúreas eritreas. Como la ola, viaja la corriente, y cuantas pavesas hallan al paso la corriente y la ola. Así, las flores, arrojadas en cualquier punto de la mar, pueden ir hasta el paraje en donde Belén reposa, en lo más hondo del océano, muerta o dormida. ¿Acaso las algas tropicales no sirven de guirnaldas a las rubias ondinas del norte en los *fiords* de la Noruega? ¿Las *uvas del trópico* no van a coronar, como a dioses groseramente esculpidos en piedra, las rocas de Islandia? ¿Las maderas fragantes del Asia no van, con el alma de sus resinas, viajando al través del océano, a perfumar los arrecifes del trópico?"

Y Tulio seguía rayando con manojos de flores el fino raso del agua; y en tanto que las rosas fingían, en la pureza de la onda, róseas y blancas vislumbres de ninfas, las violetas punteaban el azul del cielo con ojos glaucos de sirenas.

Desde ese día, de vuelta de la mar, lo dominó otra vez el sueño, apenas modificado por algunos caracteres distintos. La novia ya no se cambiaba en laberíntica madrépora. Casi no hablaba, y cuando hablaba sonreía con gestos pudorosos. Por la sonrisa y por los gestos era la misma timidez muy dulce de los idilios castos. En efecto, gracias a los caracteres distintos y a la repetición del sueño, la fiesta del desagravio de las flores vino a ser el germen y principio de un idilio, desarrollado luego por la línea verde y azul de la costa, como una doble armonía de música y fragancia, desde los bosques de naranjos y limoneros de Niza y de Menton hasta los bosquecillos de camelias en las villas de Liguria.

El viaje de Tulio se volvió un continuo duermevela deleitoso. De tal modo iban en él mezclados la vida y el sueño, que difícilmente se hubiera señalado el punto en donde acababa el sueño y comenzaba la vida. Su estado de vigilia más completo lo cruzaban y frecuentaban fenómenos de interpretación difícil, fugaces y oscuros. A veces, ya de día, ya por la noche, estando en casa o en la calle, *notaba* junto a él, junto a su presencia real, otra no menos real aunque invisible presencia. A menudo se volvía con la sensación precisa y neta de hallar alguien a su espalda; y aun al volverse contestaba, como si alguien lo estuviera llamando por su nombre.

Con semejantes fenómenos y los caracteres novísimos del sueño, fue dentro de él formándose, primero algo dudosa, luego más y más clara, hasta enseñorearse de su espíritu, la convicción de que Belén, caso de no vivir como antes vivía, al menos de cierto modo y en alguna parte vivía de seguro. El terror, sin embargo, no vino entonces a crispar sus nervios, y a obscurecer su alma. Juntos más bien, el paisaje real y el ideal paisaje del sueño derramaban en su corazón un torrente de frescura idílica. Tan sólo en Génova, después de una visita al camposanto, lo aturdieron ciertas inquietudes, para huir de las cuales resolvió, abandonando la costa, encaminarse tierra adentro. Pero en Milán, a donde lo llevó el propósito de quedarse luengos días, no tardaron los más desvaídos colores verdes en perseguirlo como antes con su extraño poder diabólico. Y no se libertó de la obsesión, ni recobró su placidez primitiva, sino cuando partió, siguiendo nueva ruta, hacia las orillas del Adriático.

Sin darse cuenta de ello, Tulio se deleitaba en leer cuantas publicaciones llegaban a sus manos acerca de la mar y sus enigmas. Esta su lectura y las diferentes bellezas de paisajes sobre las cuales iba él posando y reposando los ojos, enriquecían y exaltaban, variándolo el infinito, el teatro fantasmagórico del sueño. Cada paisaje real suscitaba en el sueño un nuevo e ideal paisaje submarino. Mientras Tulio erraba sobre los canales de Venecia, meciéndose en la góndola, penetraba al mismo tiempo en el agua, merced al sueño, debajo de la góndola, muy más abajo de las escaleras de mármol corroídas del tenaz beso del musgo, a discurrir con su idilio, hecho de sonrisa y de silencio, por el misterio de los canales. Y al pasar los dos amantes por el estrecho paisaje verde, viejos vidrios de Murano florecían, dando polícromas y espléndidas flores de luz, entre otras mil reliquias enterradas con el secreto de su belleza en el negro limo del fondo. Otras veces, en el sueño, discurría por jardines partidos de sendas rosadas, cuyas flores candidas, de vago reflejo azul, se enhilaban figurando sartas de perlas, o se apiñaban en colgantes racimos de ópalos, mientras él miraba desde la terraza del café, en el balneario del Lido, correr, sobre la glauca superficie casi inmóvil del Adriático, las velas de púrpura, tales, como inquietas llamas de amor a través de una vida muy quieta.

Durante sus paseos al Lido y sus paseos en góndola por los canales venecianos, la atracción de la mar lo acabó de vencer, sugiriéndole el proyecto

de una travesía. Y para, apenas forjado, cumplir su proyecto, muy en breve se le ofreció la oportunidad bajo forma de un buque de vapor dirigido a Grecia y al Archipiélago, pero no sin detenerse por el camino en algunos puertos de la costa dalmática. En el agua azul de esa costa se engendraron los más ricos paisajes del sueño. Bajo el agua de transparencia infinita, el idilio se entretuvo tejiendo y destejiendo guirnaldas en vergeles maravillosos. Aunque en realidad, en vez de muchos vergeles, por toda la extensión de la costa era como un solo vergel bajo el agua. Había flores cándidas rojas, azules, de cuantas diferencias hay en colores y matices. Las había como anémonas, como lirios, como rosas, como begonias gigantes. Las había en forma de copa, semejantes a magnolias de púrpuras, que se descogían y encogían con movimiento voraz de bocas ávidas. Pigmeos matorrales caprichosamente esparcidos, llenos de puntos luminosos y de vario color como gemas, desmayaban al peso de su rara florescencia de joyas. Y por entre flores y boscajes, los dos amantes, uno junto a otro, caminaban deshojando una flor en figura de estrella, como una margarita, o dándose besos tímidos en la sombra discreta, según reinase el día o la noche, porque en el ideal paisaje del sueño, como en el paisaje real, ya reinaba la noche, ya el día, y la noche era estrellada, merced a millones de errantes noctíluos y medusas.

El beso, flor de idilio, abrió por la primera vez en los jardines de la costa, y no cesó de abrir en todo el Archipiélago, alrededor de las islas, perfectos joyeles prendidos al manto azul del Mediterráneo. Al despertar, los labios de Tulio guardaban, con el sabor del beso, la salsedumbre de la ola. Desde entonces, el recuerdo del sueño, primero indistinto y nebuloso, fue haciéndose más vivo. Tulio recordaba las cosas del sueño con la misma viveza y precisión de cosas reales. El sueño y la vida habían llegado en él a condensarse en un fuerte y armonioso conjunto. Ya no se turbaba como antes, llenándose de miedo, al recuerdo de ciertas frases de Alejandro Martí, su compatriota, como aquella de "lo sobrenatural es lo más natural que existe", o bien: "hace poco más de un siglo, en una playa de la costa americana encalló una sirena moribunda", o bien cualquiera otra frase de Martí, saturada de maravilla y de milagro. Más bien se representaba esas frases, aun las más llenas de misterio, como frases triviales de puro conocidas, o como rastreros modos más o menos justos, más o menos claros, de expresar el alma de las cosas.

Tan perfecta unión de la vida y el sueño perduró hasta el regreso a Italia, a donde Tulio fue por los mares de Sicilia. Desde la costa siciliana hasta Sorrento, en el sueño, peregrinaron los dos novios bajo la transparencia del agua supremamente azul, por en medio de vergeles y campiñas color de sangre. En efecto, de sangre de coral estaban hechas las flores, las montañas, las colinas, las grutas, las praderas. Y ya cerca de Sorrento, una noche, en el paisaje color de sangre del sueño, empezaron a ver al claro de una luna submarina, las fantásticas arquitecturas de conchas y madréporas que habita la sirena del Golfo.

Tulio arribó a Sorrento después de errar de costa en costa, de isla en isla, como una gaviota viuda, o como Glauco, el pescador mítico, en pos de la amada hecha monstruo; y en Sorrento, su idilio volvió a ser tímido y casto, olvidándose del beso, cual si de un todo se hubiera quemado, en el viaje, el grano de voluptuosidad extraterrestre de donde la flor del beso había surgido. Y como antes por el misterio de los canales venecianos, Tulio entonces discurrió con su idilio, amasado de sonrisa y de silencio, por las entrañas profundas y azules del Golfo.

Sólo un fuerte soplo encerrado en una carta de Ocampo lo distrajo del sueño, deshaciendo la unión del sueño con la vida, y obligando a la vida a triunfar del sueño, siquiera un segundo. Ocampo le enviaba algunas cartas de América; y en su propia carta, luego de darle el pésame por la muerte de la tía abuela, recién acaecida, lo llamaba a París con gran premura, a recibir un mensaje que sus amigos y compañeros de armas de la pasada revolución, ya bien apercebidos a la revuelta próxima, le enviaban, llamándole con instancia irresistible a sus filas, en donde como a uno de los mejores, como a un caudillo quizás, lo echaban menos.

Y sobre el diáfano azul del sueño, abrió como un alba sobre el mar, una rosa de sangre.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con un continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Una bandada de gaviotas, de cuando en cuando, rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Y como el vuelo de los pájaros y el cabrilleo de las ondas, también ciertas algas anunciaban los primeros oasis de aquel desierto de la mar, las primeras islas, cándidas y verdes.

Poco después del alba, a la mañana siguiente, el transatlántico pasaría junto a las Azores. Casi todos los viajeros estaban preparándose a reanimar, con una centella de júbilo y una rauda visión de belleza, la existencia de a bordo, monótona y trabajada del fastidio. Muchos de los mareados, al solo anuncio de estar la tierra muy próxima, comenzaban a poderse mantener en pie y a ir y venir por el intrincado laberinto, para ellos no nada cómodo ni bien oliente, de su prisión flotante. Entre los más mareados, la señora del comerciante caraqueño Perales, en la mañana de aquel día, se aventuró por primera vez a ir sobre cubierta, en donde, acompañada de su marido, largo tiempo se entretuvo conversando con Tulio Arcos y don Miguel Borja.

Para entonces, los no mareados, en el sobrado espacio del día largo de a bordo, tenían repartidos holgadamente sus quehaceres y hábitos, grandes y menudos. Algunos madrugaban, o por huir de la estrechez del camarote, o en fuerza de la costumbre, o con objeto de recobrar la costumbre en París olvidada, para, de vuelta a su tierra, atender como antes a las exigen-

cias de su oficio. Otros, ya durmiendo, ya paladeando un aperitivo, o leyendo y fumando, esperaban el segundo campanillazo del almuerzo, tendidos boca arriba en el exiguo lecho del camarote. Luego, venía y pasaba el almuerzo entre el estrépito jubilante de la vajilla y el burbujear estrepitoso de mil conversaciones ligeras, muy ligeras, apenas encendidas con una chispa de vino, rojo o blanco. Después de almorzar, quienes no dormían la siesta iban al puente y se arrellanaban en sillas de extensión, en donde mataban el tiempo amodorrándose a ratos, a ratos recurriendo a la lectura, y soñando, en los más de los ratos, con los ojos muy abiertos y vencidos del glauco señuelo de la onda. Algunos, los de alma poética, soñando y soñando, yendo y viniendo por obra y gracia de la fantasía, con el arte y la presteza de una leve araña hábil, entre el vapor y el horizonte lejano, labraban sobre las olas todas una complicada urdimbre de sueños vagos y azules.

Unos cuantos, cambiando el sueño en amor, *flirteaban*. Un mozo alemán se embebecía en la desacostumbrada visión de una mulática de Guayana cuyas mejillas, bajo la piel de oro, se abrasaban en la fogosa púrpura de las cayenas. Un médico joven de Caracas trataba de atraer a un sabroso juego de ojeadas ocultas a la señora de un oficial dirigido a una guarnición remota, en tanto que otro joven, amigo y colega colombiano, se acercaba más cada día, como la mariposa a la llama, haciendo círculos concéntricos, a la menor de tres muchachas del Perú, de solas dieciséis primaveras, de sandunga maliciosa y picante, de ojos casi oblicuos, al estilo de Japón, y de labios que, de verse, mareaban, comunicando una súbita embriaguez, cual si contuvieran y espontáneamente exhalasen el alma capitosa del vino.

Otros, en su mayor parte maduros, proyectaban y empezaban a organizar en el fumadero partidas de bacará, buenas para interrumpir la molesta monotonía del ocio. Contábanse, entre los principales de ellos, un solterón de cuarenta años, muy alto, corpulento, de ojos azules, maneras corteses, fastuoso y liberal como un príncipe; un diplomático de Italia enviado por su país con el carácter de ministro residente cerca del Gobierno venezolano y apercibido, aun antes de su embarco en Europa, a no hallar (según se expresaba él con sus más íntimos paniaguados) en la obscura y dudosa república a donde iba, sino indios por cristianizar y negros todavía cimarrones, con un poco de lamentable y desmedrada semilla de raza europea; un cierto Rosenthal, judío tudesco, domiciliado y con casa de comercio en Caracas, para desgracia y ruina de agricultores, quien a la vuelta de un poco hablarle, trabó relaciones muy seguidas con el modorro y patanesco diplomático *signore cavaliere* Panciutto; y en fin el mismo Perales, el comerciante caraqueño que, aunque honorabilísimo católico, era tan judío como el tudesco, y en su judaísmo tan eficaz como el hebreo, por pertenecer al corto número de los *progresistas* reyes criollos de la retroventa y del agio.

Previendo las partidas de bacará, Perales muy desde el principio buscaba la compañía y conversación de Borja y Tulío, y se insinuaba con la familia peruana, para más tarde tener sobre el puente a quién dejar enco-

mendada la señora, cuando en el fumadero se inflamase el ardor de las partidas. Borja y Tulio, sin comprender la estratagema, lo evitaban por tedioso.

Desde el primer día de navegación, y de la mañana a la tarde, no se alejaban uno de otro Borja y Tulio; o más bien don Miguel Borja no se alejaba de Tulio, así por la grande afición que ya le tenía, como por cumplir de esa manera con las premiosas recomendaciones de Ocampo.

Al regreso de Tulio a París, Ocampo se alarmó de su aspecto. El viaje por las rientes riberas e islas del Mediterráneo se lo devolvía cambiado en otro hombre, no lleno de serenidad y robustez como él confiadamente esperaba, sino enflaquecido, pálido y mustio. En su flaqueza, Tulio parecía contener, como en un estuche muy sutil, un solo y tenue hilo de alma. Todo el ser se le había condensado en la fuerza de la voz y en la luz de los ojos, cambiante, inquieta y viva. Sus ojos ardían a veces como si en una de sus llamaradas quisieran consumirlo todo; y tanta desproporción guardaba su endebles con la fuerza de su voz, que ésta, de sólo resonar, amenazaba quebrarlo en pedazos menudos, a semejanza de un cristal quebradizo, de donde su vida volaría a disiparse en la atmósfera como una gota de esencia.

Ocampo no vaciló en valerse del mensaje llegado a París de los compañeros de armas de Tulio, ni se desdeñó en exagerar su importancia, considerando el regreso de Tulio a Venezuela como su única salvación posible. Ya en su país, el aire saturado de gérmenes y fermentos de lucha, renovando y exaltando su antiguo sueño heroico, tal vez lo movería a la acción y al combate.

Y Ocampo no descansó hasta no ver hechos todos los preparativos del regreso de Tulio, o más bien hasta no despedirse de éste después de encomendarlo al cuidado inteligente y solícito de Borja. Con su habitual discreción y bien aleccionado de Ocampo, Borja no le habló a Tulio sino de la patria y de los males y remedios de ésta. Así Borja y Ocampo se proponían evocar y sostener en Tulio una alta aspiración y un gesto heroico sobre los desfallecimientos del espíritu.

A crear ese estado de ánimo en Tulio contribuía también un cierto párrafo enigmático escrito en la última correspondencia del administrador de sus casas. Inmediatamente después de hablarle sobre la muerte súbita de la tía abuela y de cómo a raíz de su muerte la tía materna de Tulio, cargada de hijos, había abandonado la casa patrimonial por otra menos espaciosa, el administrador, si bien no las expresaba, se refería a ciertas mejoras fáciles de introducir en el estado y manejo de las fincas, tales que con ellas, dentro de poco, se acrecentaría la renta, subiendo y prosperando como dorada espuma. A la lectura de ese párrafo, y más tarde al recuerdo de él, Tulio ya se imaginaba la noble casa de de sus mayores transformada en asiento de un negocio mercantil, sustituidas las grandes ventanas angulosas por sendas puertas, destinadas a cubrirse con sórdida mugre de mercaderes

o convertida en palacete vulgar, con los viejos ventanales reemplazados por balcones ridículos, prostituida al comercio o a la moda, representándose a la vez el alma heroica de la casa, ante la bárbara intrusión, toda corrida y dispersa, cuando no enterrada para siempre en la casa misma como en una tumba, a la que no faltaría ni el ciprés apuntando al cielo indiferente y azul con su flecha de esmeralda. Y apagada la promesa de gloria con los dulces ojos de la abuela, deshecha el alma de la casa bajo las violencias del intruso, Tulio se preguntaba lo que sería entonces de él y del fin heroico de su vida. Pensando de esta manera, y para acudir con el reparo, mientras el mal no fuese irreparable, a estar en su poder habría hecho de la cansada y larga travesía un breve soplo.

El mismo deseo lo inquietaba a menudo al disertar con Borja acerca de los males de la patria. A veces, a propósito de ese tema, se disputaba todo el día, pues desde el primero de la navegación casi no se alejaban uno de otro Borja y Tulio. Gracias a la relativa escasez de viajantes y a una buena propina, disponían de dos camarotes fronteros, uno para cada uno, hacia la proa. Frente por frente a los de ellos, donde empezaban los camarotes de la otra fila, estaba el del matrimonio Perales. Generalmente, Borja madrugaba, y después de andar un buen rato recorriendo el vapor descendía de nuevo a su camarote, y de paso llamaba a Tulio, para luego subir juntos a cubierta.

Cada uno de ellos hallaba complacencia en la compañía del otro. En Borja, la frialdad irreductible se había vuelto calor afectuoso para Tulio. El alma de cada uno, desde el primer coloquio íntimo, adivinó en el otro una hermana gemela. Un mismo dolor, igual, aunque de origen distinto, había puesto minas de oro en sus almas. Mientras el uno huía la imagen de una viva que para él estaba muerta, el otro peregrinaba tras de la sombra de una muerta que para él vivía. Sin saber cómo, se reconocieron y, desde luego, se amaron. A los comienzos, de esa amistad y frecuentación pareció cobrar nuevos bríos el alma de Tulio. Pero también, desde el principio, la mar vino contra Borja y por su imperio. Así, al separarse como era necesario algunas veces, quedando Tulio por instantes íngrimo y solo, y durante los silencios forzosos de su diálogo, mientras por los ojos de Tulio se entraba libre y señera la fascinación de la mar, Tulio dejaba el sueño épico para acogerse al blando sueño idílico. Y se abrazaba entonces no con el deseo de llegar pronto a su país, pasando como en un vuelo sobre los mares, haciendo de la muy larga travesía un breve soplo, sino con el deseo de no arribar nunca, prolongando indefinidamente la travesía, cual suelen pretender todos aquellos cuyo idilio floreció como una rosa de aire azul entre las jarcias.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con un continuo cabrilleo. De cuando en cuando una gaviota rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Tulio y Borja se hallaban sobre cubierta, sentados en sillas de extensión, uno cerca de otro. Callaban. Borja tenía cerrados los ojos, como si durmiese, mientras Tulio miraba el múltiple vaivén de las aguas, reflejando todo el cabrilleo de la mar en la luz de sus ojos, cambiante, in-

quieta y viva. De pronto subieron del salón a caer en la cubierta, como resonantes pétalos cristalinos, las primeras notas de la *Traumerei*, de Schumann. Borja abrió los ojos, y Tulio volvió en sí con un vago calofrío en todo el cuerpo. Cuando cesó la *Traumerei*, tras un corto silencio, las “pequeñas romanzas” de Schumann volaron desmayadamente del piano, como de un blanco alero musical temerosas golondrinas.

—¿Quién puede a bordo tocar tan bien a Schumann?

—La señora de Perales —contestó Borja.

Para estar seguro Borja se asomó por la escotilla a ver hacia abajo, en el salón y luego volvió a sentarse, diciendo:

—Ella es.

Detrás de las “pequeñas romanzas”, la *Traumerei* apareció de nuevo como una insistente caricia dulce.

Después, una gran pausa.

—Borja, ¿no recuerda usted a Martí?

—¡Cómo no!

—¿Recuerda lo que era *aquel* día, bajo sus manos, la *Traumerei*, de Schumann?: disimulaba un gran silencio del agua después del naufragio, el más vertiginoso y terrible silencio.

—¡Cómo no! ¡Cómo no recordarlo! —repitió Borja.

Y luego prosiguió:

—He ahí un ejemplo de heroísmo. He ahí un héroe. Alejandro Martí, con su obesidad y mansedumbre, es, ni más ni menos, un héroe. Porque es la fe inquebrantable hecha persona. Lo que fue para nosotros un fracaso de su conferencia y de su libro, para él es tan sólo un más o menos largo aplazamiento del triunfo. Cree en el triunfo y sigue siendo el mismo trabajador, después como antes del fracaso, cuando a la rudeza del golpe cualquiera otro había caído, triste y desmazelado, como un pobre y manso buey en el matadero.

—Es verdad.

—Y esa fe se comunica a cuanto la rodea, ennobleciéndolo todo. Porque si hay algo tan admirable como la fe de Martí es la fe de su mujer y de sus hijas, de Hortensia y de Piedad, Sofía y Anunciación, la fe de aquellas mujeres, que lo siguen como la sombra fiel de su alma, como silenciosas proyecciones divinas de su alma de músico.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

El piano, en tanto, había vuelto a sus melancólicos discreteos de romanzas. Y cuando acabó de repetir sus discreteos comenzó muy blandamente a suspirar la *Schlummerlied*.

Tulio observó:

—Siempre Schumann. Jamás habría yo creído que tanto y tan bien conociera a Schumann la señora de Perales. Aún me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque... ¡la mujer de Perales! ¡La mujer de ese hombre, un usurero, que parece además toda la idiotez e ignorancia del mundo!

—En efecto, él es toda la idiotez e ignorancia del mundo, y ella, toda la poesía.

—Entonces, debe de ser una infeliz; debe de estarse consumiendo de cansancio y de sed si para allegar su ración de agua y de ventura no ha cavado en alguna parte un aljibe secreto.

—No, no; debe de ser una infeliz: lo dicen la mueca amarga de su boca y la dejadez muy dulce y triste de sus manos.

Y aquella tarde, Tulio, como si las quisiera sorprender, no dejó de la vista la boca y las manos de Elena Perales, mientras ella, su marido, y algunos más, observaban los movimientos de un gran número de infantes de Marina que se disponían a cantar en los entrepuentes ya uno por uno, ya en coro.

Cantaron, y desde entonces cantaron todos los días al desfallecer el crepúsculo. Cada tarde era un nuevo racimo de canciones de Francia, que en el desierto infinito, sobre la indiferencia del agua azul, caían como abejas muertas de sed, cada una con el perfume de la colmena en donde nació, acre y malsano si fue en la colmena de la gran capital, sabroso e ingenuo si fue en la de algún rincón de provincia.

A la mañana siguiente costeaban una de las Azores. El señor y la señora Perales, Borja, Tulio y el joven médico del *flirt* con la mujer del oficial, formando a cubierta y a estribor un solo grupo, escudriñaban la isla. El señor Perales manejaba un catalejo. A la derecha, su mujer, sentada en su larga silla de navegar, piernas y pies envueltos y acolchados en una manta de color de matices murientes, observaba la isla, ya sin el auxilio de anteojos, ya valiéndose de unos de teatro. Cuando ella veía lo indicaba a los demás, y cada nuevo hallazgo pintoresco despertaba en casi todos un interior movimiento de júbilo. Una vez fue una blanca aldehuela, que por la pendiente de un collado se resbalaba hasta el mar, como a lavarse los pies en la marina; en seguida fue la masa borrosa de un vapor, anclado en una exigua ensenada verde; luego fue otra aldehuela, encaramada como una fortaleza en una altura, y algo más allá, muchos y dispersos pedazos, ya verdeantes, de tierra en cultivo y de tan regulares proporción y trazo como si fuesen cuadrados paños verdes cuidadosamente extendidos a secar sobre el declive de las lomas.

La señora de Perales, en un cierto momento, ofreció a don Miguel Borja sus anteojos de teatro.

—¡Oh!, gracias, gracias. Prefiero la simple vista, porque así todo lo veo indistinto y confuso.

—De ese modo no se menoscaba ni en un ápice la reserva de ilusión —declaró Tulio, mirando a Borja y sonriendo finamente.

—La reserva de ilusión, ¿qué significa?

Satisfecha, después de explicárselo Borja, la señora Perales afirmó:

—En efecto, una isla es una reserva de ilusión: yo lo sentía; yo sentía eso mismo; pero sin usted quizá nunca hubiera yo sabido expresarlo.

En seguida la señora Perales depositó en su falda los antejos, y comenzó a ver delante de sí, como extraviada en un ensueño. Y Tulio, tras una pausa, también como en sueños, dijo:

—Mas a qué respetar la reserva de ilusión de una isla cuando a nuestro alcance tenemos una reserva de ilusión varias veces más grande que todas las islas y continentes juntos. Fuera de la que pudiéramos crear dentro de nosotros mismos, ninguna reserva de ilusión es tan grande como la del océano. En éste, nuestros conocimientos, a una corta profundidad se detienen turbados, y no siguen. Del mar sabemos un poco, suponemos otro poco y lo demás lo ignoramos. No es preciso ir a poner en un planeta lejano el reino de lo maravilloso. Lo tenemos bajo nuestros pies: en el mar, en cada ola, llena de seres impalpables, diáfanos e invisibles. ¡El mar! ¡Cuántos tesoros no oculta! Además de los tesoros de perlas y corales que le son propios, cuántos tesoros los naufragios no le han vertido, que él recibe indiferentemente, como recibe tesoros de afecto el corazón de un ingrato. Los naufragios le han vertido el oro ya trabajado en joyeles, o todavía puro, casi virgen, recién sacado de la mina, de las hondas entrañas de la tierra, en donde estaba como un misterio de luz en el centro de la noche. También le han vertido, con los oros, diamantes claros, esmeraldas puras, todas las gemas. Incalculable es el número de tesoros que guarda en las quiebras de sus montes, en sus precipicios, en sus grutas, y hasta en ciudades. Porque en el fondo del mar, tal vez, hay ciudades... ¿Qué fue de las levantadas en la antigua costa de Zelandia y de Frisia? El mar las deseó, y las poseyó con su abrazo irresistible y transparente. Quizá todavía del fondo del mar suban, rompiendo la glauca transparencia, las agujas de los campanarios, y quizá todavía, desde lo alto de los campanarios, cuando el mar se agita hacia la tarde o a la aurora, toquen a vísperas o a maitines las campanas en el agua profunda... ¿Quién acudirá en el fondo de los mares al son grave o ligero del bronce? ¿No habrá allá abajo, bien abajo, en todo el fondo de los mares, una especie de otra vida? El mar, tálamo azul de los peces, ¿por qué para los cuerpos muertos de los hombres no ha de ser sino ponderosa mortaja? Los naufragos, ¿no renacerán a otra vida en el fondo del océano? Que reine en el fondo de los mares una vida muy diversa de nuestra vida al aire y al sol no hay duda. Para creerlo bastan las raras formas de esa vida, que de cuando en cuando surgen a la vista de los hombres. Pasan, llenando con fantasmas de gracia o de fealdad la imaginación de las gentes. Porque son seres, ya monstruosos, ya de belleza y de gracia: verdaderos endriagos, como la serpiente de mar, que pocos la han visto, o entes casi divinos, como nereidas y tritones. ¿Por qué no creer en la existencia real de nereidas y tritones?

—¿Y las sirenas? —le preguntó Borja, interrumpiéndole el discurso—
¿No cree usted en las sirenas?

—¿Por qué me lo pregunta? —replicó Tulio, denunciando en la cara y en todo él una turbación indecible.

—Como se habla de nereidas y tritones, bien puede hablarse de sirenas. Me estaba acordando además de una leyenda que me contaron los pescadores de Bretaña. Según los pescadores creen y dicen, los naturales de cierto pueblecito armoricano provienen de una sirena que, antiguamente, enamorada de un pescador, se aventuró a seguirlo a la playa, y, concibiendo de él, se aclimató en la tierra, hasta deshabituarse de la onda.

—¿Será posible? ¿Le será posible a una sirena olvidarse de la mar? De todos modos, ¿por qué no creer en las sirenas? Confieso creer en ellas, y estoy seguro de que también cree en ellas la señora de Perales.

—¿Yo? —interrogó la señora, con gestos de asustadiza.

—Sí, usted. Y no sólo cree usted en las sirenas: dentro de usted misma hay una que de tiempo en tiempo canta.

Al oír esto, Perales, que no había hecho sino, repetidas veces, bostezar, mientras hablaban los otros, empezó a reír, a reír a carcajadas, a reír sin poderse contener, como en el acceso de un verdadero mal de risa. Le hacían mucha gracia aquellas “cosas de poetas”, como él dijo después y lo acostumbra a decir en parecidas ocasiones, emitiendo la palabra “poetas” con un retintín humillante. Su mujer trató de reír, y en vez de reír se ruborizó, empurpurándose toda. No se hallaba exenta de culpa... Con efecto, de los mares de su alma una sirena subía de tiempo en tiempo a cantar en un paraje misterioso a la margen de una isla, y su marido jamás había escuchado, ni escucharía tal vez nunca, la voz de la sirena.

—¡Mi mujer, con una sirena por dentro!— dijo el señor Perales cuando se le agotó la risa—. Hija mía, eso es grave, muy grave. Afortunadamente, aquí tienes a un médico de la Facultad de París, el cual, si quieres, podrá examinarte en junta con el médico de a bordo.

—No soy pescador de sirenas; y en punto a sirenas, tampoco he visto sino las tres que ha esculpido Rodin en la cresta de una ola —manifestó el joven médico del *flirt*, respondiéndole a Perales.

—¿De dónde ha sacado usted que yo creo en sirenas? —protestaba la señora, impaciente con la burda chanza del marido.

—¿De dónde? De sus manos: me lo han dicho sus manos. Para mí, los que saben tocar tan bien como usted romanzas de Schumann, son como los que dicen bien versos de Heine: yo sé de qué mal están enfermos. Y no es un mal que entiendan ni curen, como el señor Perales cree, los doctores en medicina.

Perales, al ser aludido, se enserió, y, apoyando la frente en su mano derecha, permaneció cosa de un segundo en esta guisa, como si pensara. Quizá, de toda su existencia, aquélla fue la sola actitud que un su futuro historiador hubiera podido expresar diciendo: Se quedó pensativo. Pero muy pronto el primer campanillazo del almuerzo lo arrancó a su nueva e ignorada tortura, como si hubiera hallado entonces la explicación de un enigma, o como

si de súbito hubiera dado en el hito de cualquiera otro gran dificultad, salió, con cara de pascua, diciendo:

—Señores, un cóctel! No me desairen el cóctel, señores.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con su continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Pero aunque infinitos, a medida que el vapor se alejaba, eran los choques menos bruscos, duraban menos, y el rebaño no triscaba tanto, como si al paso de los días resultara compuesto de ovejas más dóciles.

En todo el vapor, y en particular sobre cubierta, la vida continuaba su monótono curso. Los unos *flirteaban*; se daban otros a la lectura; se estaban atentos los más prosaicos a la campanada anunciadora del almuerzo o la comida, mientras las manos de bacará se eternizaban en el fumadero. Pronto el señor Perales vino a convertirse en el blanco de las burlas, al observar sus camaradas de juego cómo, en cuanto perdía, ya estaba levantándose y excusándose con el mareo de su mujer, no siendo ningún misterio para nadie que el tal mareo se había quedado por detrás de las Azores. Entretanto, su mujer, inocente de sus trazas, formaba, por fuera y detrás del fumadero, el centro de la tertulia, en compañía de las tres muchachas limeñas y de los dos médicos jóvenes, recién graduados y enamoradizos. Tulio y Borja se contaban a veces en el número de los tertulianos, aunque por lo general preferían abstenerse, desviándose de los otros.

Al pasar de las Azores, y así como el vapor se alongaba de éstas, Borja no tardó en advertir en Tulio una progresiva agitación extraordinaria. Ya lo adivinaba templando bajo la ropa, como presa de un violento calofrío; ya le veía los ojos encendersele y llamear, como si fuesen verdaderos e inextinguibles manantiales de fiebre. También advirtió un cambio imprevisto en el carácter de Tulio. Este, en su cambio de carácter, fue hasta rehuir la presencia de Borja. Y Borja, al advertirlo, con su tacto de siempre, lo dejaba solo de cuando en cuando, para luego irlo a buscar, haciéndose el enconradizo de él, por los rincones más discretos de proa o popa, en donde lo hallaba sobre algún rimerero de cuerdas u otro asiento de esa laya, en apariencia embelesado en ver las olas deshacerse en espuma, y a la espuma transfigurarse en una gloria de iris.

Desde allí, muy hábilmente, lo llevaba, como a una distracción, a oír las charlas del fumadero. Cuando cesaban las partidas de bacará se hablaba de política. La conversación la guiaban a ese terreno Perales y el judío tudesco, preocupados de hallar, a su desembarco en Venezuela, "paralizados los negocios", por haberse ya para entonces prendido la guerra en los dos extremos de la república. La revolución, decían, no era sino ruina y descrédito. Y por dos veces Tulio tomó parte en esas charlas, dejando a Perales y al judío tudesco alarmados y atónitos. La primera vez Perales no

encontraba suficiente ninguna expresión para manifestarse conolido de ver a un joven de los suyos, como decía él, y dueño de muchas y considerables fincas, dándose por acérrimo partidario de la guerra, de la guerra continua, de la guerra a todo trance.

Tulio no miraba en la revolución una causa forzosa de ruina y de muerte. Al contrario, la guerra le decía cómo su pueblo no estaba muerto del todo. La revolución era el único medio que el pueblo hallaba a las manos para sostener su derecho a la vida. "La revuelta, la revolución, la guerra eran santas". Lo eran, aunque vertiesen mucha sangre, porque eran las grandes creadoras. Nada se había creado sin la guerra. La guerra había creado la unidad y la gloria del Imperio, había sido la gloria de España, había hecho la unidad y grandeza de Italia, de Alemania y de Francia, la unidad y grandeza de todos los grandes países. La guerra no provenía de la depravación de costumbres: iba con ella, como si fuese con un colaborador irremplazable. Porque la depravación de costumbres antojábasele una garantía de que la guerra llevaba en sí muchos gérmenes de grandeza y de gloria. Según el filósofo, *los tiempos de corrupción son los tiempos de otoño de los pueblos*, y, al decir de Tulio, bien podía suceder que entonces, para su pueblo, estuviesen cuajando otras "uvas del trópico", distintas de las que llaman así los navegantes, en áureos racimos, de donde tarde o temprano correrían, sin duda, como un raudal, toda clase de generosos vinos donceles. ¿No había entre su país y la Italia del *Quattrocento* y del siglo XVI una gran semejanza?:

—Nuestras continuas guerras y nuestra corrupción de costumbres, ¿no son —preguntaba Tulio—, guardando la natural diferencia de proporciones, las mismas continuas guerras y costumbres depravadas de la Italia de aquellos tiempos, en sus múltiples republiquetas y principaditos? Como entre nuestros capitanes groseros y generalotes brutales, había en la Italia de entonces *condottieri* brutales y capitanes groseros, de un día para otro exaltados, como los primeros Sforza, del terrón a la púrpura. Entre nosotros, a la sombra de mercaderes y generales, como entonces a la sombra de mercaderes y *condottieri* nada puntuosos, vegetan soberbios artífices. Bastaría, para entre nosotros, decir los nombres de algunos generales, y en seguida citar nombres como los de Martí, Grúas, Vives y los de otros músicos, pintores y poetas. Entre nosotros, como en la Italia de entonces, pasiones primitivas junto a exquisitos refinamientos rebuscados; entre nosotros, como entonces, Benvenuto, con las mismas manos que vierten sangre, construye tenuos alcázares de marfiles y crea, labra y pule joyas. Encima del mismo odio partidario de gibelinos y de güelfos, por sobre la misma tosquedad, violencia y relajación de costumbres, rompen unas mismas flores de arte. Junto al Sforza, o más bien sobre el Sforza, el Jesús del Vinci. Como entre nosotros con la sangre india y africana, entonces la sangre de los patricios luchaba todavía, tendiendo a asimilársela, con la sangre bárbara de la Galia y del Danubio. ¿Por qué, resultante de esa íntima lucha

y de aquella general corrupción, no ha de haber entre nosotros, como hubo entonces, un Renacimiento? De nuestros mercaderes pueden salir de nuevo, como del mercader florentino, los capitanes, los *condottieri*, los grandes políticos, y aun el artista y el poeta, la flor más alta. Como de la podredumbre italiana, bien puede salir de nuestra podredumbre todo un bosque de verdura y flor perennes. Pueblo en disolución, dicen algunos: ¿por qué no pueblo en su otoño? Sin nosotros advertirlo, ya se hincharon tal vez las uvas; ya los racimos, tal vez, rieron, entre las hojas de la vid, con risas áureas. ¿Por qué no? Nuestro pueblo, en vez de pueblo en disolución, es más bien, con la guerra como inevitable burbujear, un mosto que fermenta. Y del mosto sale el vino.

En los discursos de Tulio alternaban desmayos repentinos con repentinos chorros de elocuencia y de ardor, semejantes a las convulsiones y se alzaba como definitivo triunfador sobre el épico.

chispazos de una luz próxima a extinguirse. Sin duda, ya el sueño idílico

El judío tudesco y Perales no le entendían, y aun entendiéndole no habrían cejado. Según ellos, con la guerra no se podía trabajar, y sin trabajo nada bueno era posible. A eso les replicaba Tulio, indignándolos, que el verdadero trabajador y el más perseguido no se quejaba; que el verdadero trabajador no era el comerciante, sino el simple industrial o el campesino, el labriego, que pena y sangra sobre los reacios terrones, y cuando logra sacar de los terrones un grano de oro puro, ya ese grano se lo embolsó el comerciante frescamente. Partiendo de ahí, les anunció el cercano advenimiento de un socialismo y un anarquismo criollos, después de haberles dicho y probado que ni los males políticos ni algunos otros, entre los males de su pueblo, afectaban tanta gravedad como el mal de la tristeza del hambre y el de las hondas llagas de la usura.

Y desde entonces el judío tudesco y Perales, teniéndose por señalados con las palabras de Tulio como con el dedo, juraron y tuvieron a Tulio una grande ojeriza, bien disimulada del honorable agiotista señor Perales bajo una capa de lástima hipócrita:

—Es un loco; no le haga usted caso. Fíjese en cómo ve y en cómo habla: es un loco. ¡Pobrecito! ¡Imagínese que cree en sirenas, y hasta en brujas!

El mar, hasta perderse de vista, sin cabrilleos de olas, cantaba y reía plácidamente.

Borja, después de haberlo buscado por todas partes, acababa de percibir a Tulio viendo en el agua del mar, como al través de un ojo oblicuo, por un escobén de proa.

—La espero.

—¿A quién?

—¡Ah! Es verdad. Todavía usted no lo sabe. Entonces, ¿por qué el otro día me preguntó usted si creo en sirenas?

—Me parece haberle dicho por qué, Tulio.

—¿Y no había otra razón, aparte las dichas?

—No.

—Pues bien: espero a una sirena. Hay una sirena que me sigue. La conocí en el Mediterráneo. Entonces, quizá para seducirme, tomaba el semblante de Belén, ¿sabe?: el semblante de mi novia. Pero es una sirena, sin duda. En este viaje, sobre todo más acá de las Azores, ya no me sigue: me persigue.

—¡Una sirena! —repetía, algo turbado, Miguel Borja.

—Sí, una sirena. Todas las noches, en cuanto me rinde el sueño, ella viene a despertarme a besos y abrazos. Como viene del fondo del océano, la siento (pechos, cara y brazos) toda húmeda. Y, sin embargo de hallarla húmeda, arde y me abraza en una voluptuosidad incontenible. Sus labios dejan en los míos la amargura del océano; sus ojos brillan como dos fosforescentes remansos: la noche de su cabellera de algas es la noche de una selva rica en penetrantes perfumes, y después de enloquecerme con sus húmedos besos y caricias, antes del amanecer, desaparece, huye de entre mis brazos rápida y fugitiva como una ola. . . Y luego, hasta la noche siguiente, porque en el día apenas logro entreverla, o más bien adivinarla, cuando pasa vestida de algas y espuma.

—¡Una sirena! —volvió a decir Borja, y entonces una sospecha cruzó por su espíritu—. A bordo no faltan.

—No, no; es una sirena auténtica la mía.

—No le hace: acuérdesse de la leyenda de Bretaña, en que una sirena auténtica pudo llegar a desacostumbrarse de la onda.

—No, no: la mía no es de ésas.

Borja ni por un instante pensó en un desvarío intelectual de Tulio; aun menos después que éste siguió hablando con él de otras cosas en el tono razonable de todos los días.

Al pasar junto al palo mayor, Tulio se paró a ver, con bullente regocijo infantil, a un marinero balanceándose en la cofa.

—¡Ay de él si lo apuntan los ojos de la sirena desde el fondo del agua!

Entretanto, en el alma de Borja, la sospecha, alimentada de múltiples indicios, caminaba a convertírsele en certidumbre. Los indicios eran: el haber observado por dos veces, dos noches distintas en que se recogió muy tarde, una forma de mujer deslizándose como un espectro de donde se hallaban su camarote y el de Tulio hacia donde empezaban los camarotes de la otra fila; aquellas palabras de Tulio dirigidas a la Perales cuando hablaban de sirenas frente a las Azores; unos pocos, pero no menos positivos, apartes misteriosos de Tulio y la Perales; un cierto vago parecido entre ésta y Belén la novia de Tulio, y, por último, el hábito de quedarse a dormir el señor Perales casi todas las noches en cubierta.

Con semejantes indicios la sospecha tomó el nombre y la figura de Elena Perales. Y al día siguiente Borja se confirmó en la sospecha cuando Tulio, con aires de misterio, le dijo:

—A bordo no me quedan sino dos noches de amor: la sirena, pasado mañana, va a despedirse de mí para siempre, a menos que yo no la siga a ella en el océano profundo.

—¿Y por qué la sirena no ha de seguirlo más bien a usted hasta la playa y, aclimatándose por usted en la tierra, olvidarse de la onda?

Mientras hablaba así, Borja pensaba realmente: “Sin duda, la señora Perales no quiere llevar a su país, en donde es conocidísima y respetada, un secreto peligroso. Podrían averiguárselo. Prefiere que su idilio se deshaga sobre el mar, en donde mismo nació, como una flor de la espuma.”

Y Borja, creyendo así manejarse con prudencia, y suponiendo a Tulio en buenas manos, lo dejó más y más libre.

A las diez de la noche. Desde la mañana, a los lados del vapor, las *uvas del trópico* venían fingiendo islas, guirnaldas, coronas, misteriosos epitafios e indescifrables jeroglíficos. El mar, en la sombra de una noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de oro de una sutil falce de luna, cantaba y reía plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco rumoroso de la risa y del canto.

Algunos pasajeros habían bajado a dormir en sus camarotes, mientras otros dormitaban y, a causa del calor se disponían a dormir sobre cubierta, ya tendidos en sillas de navegar, ya tendidos en los bancos, apoyados contra la obra muerta del buque. Unos cuantos, los mismos retardados de todas las noches, conversaban aún en el fumadero. El tudesco decía, dirigiéndose a Perales, porque él nunca hablaba sino dirigiéndose a Perales:

—No podemos quejarnos: hemos tenido un viaje feliz, como pocos.

Pero en realidad, mientras hablaba del tiempo, estaba pensando en cómo constituiría en Europa un buen sindicato de banqueros para una vasta explotación agrícola.

—Aún no debemos cantar victoria, porque nos faltan tres días para Guadalupe —dijo Perales.

Y en realidad Perales estaba pensando en cómo hacer con las haciendas que aquel año le habían quedado de prestar dinero, a un interés crecido, a mansos agricultores.

Tulio y Borja, presentes, oían a los otros y callaban. En un rincón el diplomático italiano descabezaba sueños, uno tras otro, soñando tal vez cómo con su presencia y garbo, y a pesar de su ignorancia y de sus pies juanetudos, iba a humillar al presidente y a los ministros de la ya próxima *republichetta*.

De súbito, una frase, la frase de una canción, ahuyentando las conversaciones triviales, cayó en el fumadero como una centella de armonía.

—¿Quién canta?

—¡Como no sea alguna sirena! —respondió Perales, viendo socarronamente hacia Tulio.

—Quizá —dijo Tulio, y se puso en pie y salió como en un solo impulso de ira.

No se oían en parte alguna del vapor ni cantos ni músicas. Los soldados, que cantaban todas las tardes al caer el crepúsculo, dormían en las entrecubiertas. Por todas partes, el silencio y el reposo. Tan sólo el mar, en la sombra de la noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de oro de una sutil falce de luna, reía y cantaba plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco rumoroso del canto y de la risa.

Tulio se acercó a la obra muerta del buque a ver fijamente en las ondas. Un instante después, encaramándose en la obra muerta, se lanzó al aire.

—¡Un hombre al mar! —grita despavorido, y alzándose de una silla de extensión, un bulto negro.

Casi inmediatamente un camarero pasa gritando:

—¡Una desgracia! ¡Una desgracia!

A los gritos acuden los del *fumoir*, suben otros a cubierta y, como todos al mismo tiempo corren y hablan, se arma un tumulto.

Sólo el mar canta y ríe pausadamente. El agua, henchida de fosforescencias, refulge como un ascua. Las ondas, al romperse, ya no se desgajan en flejos de espuma, sino en áureos ramilletes de chispas. Detrás de la popa se extiende como un río, y a los costados del vapor se dilata como un lago de oro diáfano y rubio, Parece como si todo el oro de una estrella se estuviera disolviendo en el glauco y azul del mar de los trópicos.

Caracas, febrero-julio 1902.

PEREGRINA

I

SOBRE el barbecho se abre aún la rosa de la tarde cuando ya cierra la noche en el cafetal y son los callejones como ríos de sombra y silencio.

En lo claro del patio, sentados encima de rocas a medio surgir de la tierra, frente al sardinel exterior de la puerta del antiguo repartimiento de esclavos, hoy habitación de varias familias de peones, conversan los primeros en llegar esa noche a la tertulia. Son Juan Francisco el Brujo, Amaro y Feliciano. Juan Francisco es un viejo gañán, a quien los mozos de la comarca, en dos leguas a la redonda, respetan, porque, además del arte mágico, en que lo creen tan versado que llegan a sospecharle de brujo, posee a la perfección el arte noble de amansar, hasta hacer dóciles como

una seda con alma, a los más recios y voluntariosos novillos. Aunque los amos todavía le consultan, acaban de ponerle fuera de servicio, entre otras razones, por lo viejo. Cenceño, de ojos vivos y nariz episcopal, tiene siempre en la comisura izquierda de los labios un rictus irónico. Amaro, el único joven de los tres, también gañán, está recién llagado de la guerra. Olvida a menudo que la guerra terminó, y anda cauteloso por los caminos, avizorando las comisiones de la recluta. Feliciano, aventajado, si no viejo, se halla sobre los otros en jerarquía. Medianero, no trabaja casi nunca a jornal, y da en tributo a los amos el tercio de lo recogido en las hectáreas que siembra.

Hablan de la pasada revolución, del tiempo difícil, de los trabajos duros, de las cosechas malas. Enfrente de ellos, en las ramas de un enano bucare gallinero, se recogen, con su desapacible cacareo y su vuelo torpe, unas gallinas. Detrás del bucare, en un jardincito cuidado por las muchachas del repartimiento, se desgajan de flor cuatro rosales. Gladiolas, dispersas entre los rosales, erigen sus vástagos floridos como lanzas enhiestas bajo el crepúsculo. En las puntas de algunas de esas lanzas brilla el oro, y en las puntas de otras, la sangre, como si fuese al golpe de ellas que el crepúsculo dorado y sangriento entró en agonía.

—¿Se acuerda, Feliciano? Por aquí mismito pasé entre la truya de los vagabundos del pueblo.

—Ya lo creo que me acuerdo. Y me acuerdo que detrás de ustedes pasó después, tumbando el cafetal con sus gritos, que rompían el alma, tu vieja, la pobre Ursula, a quien Dios tenga en gloria.

—¡Hasta eso, caray! ¡Y mire que yo estaba resuelto a huir! Cuando me cogieron lo pensé: en cuantico no más despabilen, me les voy. Pero una cosa piensa uno y otra es... Dos o tres veces, al principio, creí llegada la ocasión de desertá, y siempre se me presentó algún inconveniente. Vine a lograrlo ya, como quien dice, a las últimas. Pa nada; pa hallar que ya no tenía casa, porque la vieja estaba muerta y Bruno andaba desgarrado po allá arriba.

—Ese sí que se les fue. No le pudieron echá mano. Cuando la comisión asomaba en el camino real o por las callejones, ya él estaba encaramado sobre el cerro.

—Por algo lo llaman Venao.

Lo que es Bruno queda de esta hecha bien aprendió; se sabe too el Avila de memoria.

—¿No creen ustedes que yo corro todavía riesgo? —inquirió tímidamente Amaro—. ¡Como dicen que la guerra no ha terminao y como el jefe civil del pueblo es tan maluco!

—¡Qué va! ¡Ya la guerra se acabó! ¡Lo que les importa a ellos que tú ni mil como tú hayan desertao! Ahora están muy tranquilos y en cosecha. Tanta guerra, pa náa: ¡pa que ellos recojan su cosecha muy tranquilos! ¡Cosecha más buena y fácil!

—De verdad que ésta es una colmena muy dulce. . . , y nosotros, erre que erre, trabaja que trabaja, pa los zánganos.

Del callejón que a la derecha, partiendo del cafetal, conduce a la quebrada, viene un ruido de carreras y voces. Son las muchachas que a última hora han ido a la quebrada o al sequión en busca de un poco de agua o por la ropa, tendida a secar sobre mogotes y piedras.

—¡Ay, Dios mío! Espéranos. Espéranos, Candelaria. ¡Jesús contigo, chica! Espéranos —ruega una voz, temblando de angustia.

Y continuando y cubriendo la voz, una risa fresca y sonora desgrana en la sombra del cafetal su cantarín chorro de perlas. Adelante contestan con un correr aún más precipitado, en tanto que atrás responden a la voz y a la risa, como un eco, otra voz y otra risa. Risas y voces resuenan como de quienes hablan y ríen alto para ahuyentar el miedo. Quien primero aparece en lo claro del patio, donde todavía se prolonga el desmayo mortal del crepúsculo, es Candelaria.

—¡Ay, qué susto! ¡Qué susto! ¡Pedrito! ¡Pedrito!

—¡Me parece que no ha llegado!

—¡Caramba con el hombre! Cuando venga de la pulpería se le habrá enfriado la cena. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué susto! ¡Qué susto!

—Pero ¿qué le pasa, Candelaria?

—¡No me diga, señor Feliciano! ¡No me diga! Espérese un momento, que no puedo con el susto.

Jadeante, puesta la mano izquierda sobre el corazón, mientras con la otra sujeta un flaco atadizo de ropa, Candelaria se apoya al muro del repartimiento, cerca de la entrada. Aunque zamba, tiene el pelo abundoso y liso, y como se le aflojara en la precipitación de la carrera, al ella reclinarsse contra el muro, acaba de escurrírsele el pañuelo que le sirve de cofia para desprendérsele de los hombros en un río de azabache. Al mismo tiempo, la risa que antes resonó en el cafetal desgrana de nuevo en el patio el collar de sus perlas cantarinas. La risa es de Rosa, quien venía en la carrera detrás de Candelaria. Y Rosa es la hija de la señora Leonor, como la llaman en el repartimiento, o de la Viuda, como con más frecuencia le dicen, por serlo de un antiguo peón de la hacienda. A la muerte del peón, madre e hija quedaron en la hacienda, y ambas luchan desde entonces a cada cosecha de café por ganarse en la cogida el pan de todo el año. Rosa, además, porque tiene el pecho y los brazos y piernas firmes como de hombre, se echa a la espalda grandes brazadas de leña, baja gordas vigas del cerro con los mozos baquíanos del Avila y, de buena gana y con rostro risueño, se enfrenta a los más fatigantes menesteres hombrunos. Es rubia, con fina pátina de oro, que soles demasiado vivos le han puesto. Su pelo bermejo, cuando se destrenza, flamea como un penacho de sol; tiene cejas muy aproximadas y espesas, y su boca, aunque muda, va diciendo su nombre, porque es rosa en cuyo centro, si ríe, relumbran los dientes, muy blancos. Riéndose aún, se dirige a Candelaria en son de reproche:

—¡Jesús contigo, chica! ¿Por qué no me esperaste? ¡Buena compañera!

No se le ocurrió considerar que ella tampoco había esperado a Peregrina, la hija mayor de Feliciano, la que, no pudiendo correr como las otras, quedó a la zaga, y llegó la última.

—¿Todavía no le han contado lo que nos pasó? ¿Con que todavía no se te ha pasado el susto, chica?

Casi inmediatamente detrás de Rosa, la hija mayor de Feliciano, surge con la tinaja de agua en la cabeza. Mientras en el brazo izquierdo, airoosamente arqueado, mantiene su carga puesta sobre un rodete oscuro, se recoge el delantal con la mano derecha para enjugarse la frente y las mejillas, mojadas al primer sobresalto por el agua caída de la tinaja colmada. Sus dieciocho años llevan como una flor la grosera vasija de barro. Sonríe con plácida sonrisa, disimulando su miedo, y balancea al andar sus caderas con garbo y líneas de múcura.

Candelaria y Rosa empiezan simultáneamente a contar la razón de su miedo.

—Recogía yo la ropa y estaba ésta ayudando a Peregrina a subirse la tinaja...

—Estaba yo ayudando a Peregrina a alzarse la tinaja, cuando sonó un suspiro, o algo así como un suspiro, y todas nos vimos las caras a ver cuál de nosotros era. Y no era ninguna. Así mismo rompió a sonar una música, ¡pero qué música! Lo mismo que si fueran muchas arpas y violines que estuvieran sonando dentro del pozo.

—Eso es: lo mismo que si dentro del pozo hubiera una música de arpas y violines.

—¡Jum!—hace Feliciano, sintiendo que un escrúpulo malicioso lo escarba por dentro.

—Ese es el encanto —sentencia doctoralmente Juan Francisco.

—¿El encanto? —preguntó Feliciano, a quien ante la afirmación categórica de Juan Francisco empieza a desvanecerse poco a poco el escrúpulo.

Peregrina, después de entrar la tinaja, vuelve a sentarse en el sardinel de la puerta. Su regreso coincide con la insinuación de la luna detrás de un pico del Avila, que se inflama de oro. Y por un momento, en aquella transfiguración dorada del pico, los velos de oro y sangre del crepúsculo se entrelazan y mezclan con los velos de plata de la noche lunar. En el corralón que hace de establo, separado por toda la anchura de la oficina del café, muge una vaca, y un agrio, vacilante y plañidero berrido de recental responde. Del fondo del valle viene cantando un sople fresco. Sobre el techo de cinc del establo mueven los bucares, con suavísimo rumor, sus follajes blancos de luna. Delante del corralón un chaguaramo, sobre su armonioso fuste de columna coríntica, despliega sonoramente su abanico de palmas.

—Sí; ese es el encanto —sentencia otra vez Juan Francisco—. ¿Y ustedes no vieron cómo el agua dejaba de correr, quedándose la quebrada seca, seca hacia abajo?

—¡Qué íbamos a ver! Oír música y echar a escape, fue todo uno. ¡Ah, carrera que pegamos! Al menos Candelaria y yo, porque ésta no sabía qué hacerse con la tinaja encima. ¡Jesús, María y José! Si yo sé que es un encanto, me caigo privá del miedo.

—Pues no puede ser sino el encanto —vuelve a decir Juan Francisco—. Yo lo he gozado tres veces en la acequia de allá arriba, por debajo del tanque. La acequia se queda sequita, sequita en un punto: el agua sigue corriendo pa bajo, pero del lao arriba se amontona, y ahí comienza a sonar esa música de arpa y violines que oyeron ustedes.

—¡Uy, qué miedo! ¿Y a usted nunca le ha dao miedo, Juan Francisco?

—¿A mí? No.

—¡Qué miedo le va a dar, si él tiene pa tó eso la contra! —observa Amaro.

—¿Hasta pa las brujas?

—¡Ya lo creo!, hasta pa las brujas. ¡Hombre!, con casualidad hoy es martes, y todos los martes en la noche dicen que viene aquí una bruja. Sale del cafetal y se posa en el tejado del repartimiento. ¿Qué vendrá a hacer? ¡Si habrá venío ya esta noche! Aunque bien puede ser que no salga en las noches de luna como ésta, en que todo está lo mismito que si fuera de día.

—Bueno, ¿y qué debe uno hacer por si acaso ve uno venir a la bruja? —insiste Feliciano.

—Pues te le pones delante con los brazos en cruz, que así, en cuanto la bruja te vea, se cae al suelo de redondo. La cosa es que debes hacer la señal de la cruz muy ligero, antes que la bruja se encarama en el tejao, porque si no te andas ligero no hay contra que valga. Ahora, si le enseñas a tiempo la señal de la cruz y la bruja viene al suelo, ya entonces puedes hacer de ella lo que te dé la gana; con sólo querer tú, puedes convertirla en un animal cualquiera.

—¡Hombre!, no está malo saberlo. Déjala venir, que si me topo con ella, la convierto en burra. Aunque fuera pa llevá las arvejas al mercado, me serviría.

Mientras los hombres platican de brujas, las muchachas disimulan su desazón lanzando risitas ahogadas, pellizcándose entre sí y apretándose unas con otras en el sardinel de la puerta. Contra Peregrina, agazapada en un extremo, se acurrucan las demás: Rosa, la hija de la señora Leonor, y Dolores y Carmen, hijas de Feliciano, que siguen en edad, aunque bastante de lejos, a Peregrina. Detrás, en el suelo sentada, María, una de las hermanas de Pedrito, forma parte del grupo. De tiempo en tiempo Candelaria se asoma a ver si Pedrito ha llegado. Pero Pedrito no acaba nunca de llegar, como si estuviese dispuesto a no volver de la pulpería esa

noche. Fuera de las horas del trabajo, cuando no va para la pulpería, es porque viene de ella. "No tiene otro defecto", explica filosóficamente Candelaria. Y aquello parece en él como simple defecto, sin duda, cuando a él se le compara con los demás de su familia, que, aunque viven en el mismo repartimiento, se hallan por finas artes de Candelaria mantenidos a buena distancia del matrimonio. Oscuros de piel y origen, llevan apellido Blanco, Pedrito es al menos trabajador, y, si bebe, tiene la borrachera silenciosa y dulce. Los demás, trabajan apenas para el trago, y su bebida es locuaz y pendenciera. Cuando consiguen el modo, se regalan con largas libaciones de champurrío, grosera mezcolanza de aguardiente y de un infecto brebaje a que ellos dan el nombre de vino. Todos beben, inclusive la madre, la vieja Paula, y con la sola excepción del último de ellos, Felipe, o sea Chiva o Chivera, arrapiezo de unos doce años, vestido casi siempre de un saco tan largo que le abanica los pies cuando camina, y siempre armado de un machete que, puesto en el suelo de punta, le llega a los hombros. Todos hablan entre dientes, y aun cuando alguno de ellos hable con un extrañío, parece estar hablando consigo mismo. Piensan hablando, y su ordinaria manera de hablar es el monólogo. No es raro que tres o cuatro de ellos a un tiempo se entreguen cada uno a su particular soliloquio, de suerte que si un desconocido llegase entonces al patio del repartimiento, se imaginaría estar en una casa de orates. Pero sucede, sobre todo cuando se entregan a libaciones profusas, que uno de ellos rompe el monólogo del de más allá y, empezando por disputarse éstos, acaban, ya encendida la gresca, por disputarse todos. Y al otro día, ninguno de los que rabiosamente disputaron, acierta a decir cuál fue el principio ni la razón de la disputa.

María, la hermana de Pedrito, sentada en el suelo, señala de repente hacia el callejón:

—¡Ayayai! ¡Qué es aquello! ¡Aquello, aquello, chica!

Ya van todas a levantarse, cuando Feliciano las contiene:

—¡Qué mujeres tan miedosas! ¿No están viendo que es una mata de cambur?

A la vera del cafetal, cerca de la misma boca del callejón, las hojas de un banano, mecidas por las brisas y todas blancas de luna, fingen los desmesurados brazos de un fantasma que llamase con signos de misterio.

—¡Dígame si hubiera sido el becerro que dicen que sale detrás del corralón!

—¿Es un becerro o un caballo blanco?

—Es un becerro —asegura Juan Francisco.

—¡Jesús con ustedes! ¿Hasta cuándo van a estar hablando de esas cosas. Y yo con tanto sueño... Pero, ahora, ni que me maten voy sola p'allá dentro.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo —explica sencillamente Rosa, la que ayuda a bajar pesadas viguetas a los mozos baquianos del Avila.

En el mismo instante los perros aúllan.

—¡Ayayai! ¿Qué es aquello... , aquello tan blanco? —prorrumpe de nuevo María, señalando el callejón.

—¿Aquello? Aquello es un hombre —dice Feliciano, cuando ya todos creen asistir a la aparición del fantástico becerro—. Son hasta dos hombres. Es Pedrito, que viene con uno vestido de blanco.

Pedrito llega y, sin decir palabra, entra en el repartimiento. El hombre vestido de blanco se detiene y saluda.

—¡Gua! ¡Si es el compadre José Jesús! —y Juan Francisco avanza al encuentro del compadre.

—¿Se le presentó algún trabajito por aquí José Jesús?

—A eso vengo, Feliciano.

El albañil José Jesús Villagrama, el Tralunao, viene de la ciudad, adonde va a trabajar a las casas del amo cuando no tiene qué hacer en la hacienda. Es negro y viste de blanco. Encogido de hombros, va zangoloteando los brazos al andar, como si tuviera demasiado flojas las coyunturas. Juan Francisco y José Jesús, apartados un buen espacio de los otros, conversan en voz baja. Feliciano los observa y dice:

—Ya están haciendo su patuco.

—¿Tan ligero? Entonces, ¿José Jesús no ha perdido la maña?

—Maña vieja no se pierde.

Y Feliciano agrega en seguida:

—¡Qué raro! Tampoco esta noche ha venido Bruno.

—Cuando llegué, yo esperaba encontrarlo.

Hay un silencio. Vagos cuchicheos corren por el sardinel; se advierten en la sobria ondulación que mueve las cabezas de las muchachas. Peregrina se acurruca todavía más sobre el marco de la puerta, y rompe luego a hablar de modo precipitado y voluble. Entre otras cosas, recuerda al padre que hay maíz por desgranar. Pero Feliciano contesta:

—Se desgranará otra noche.

Cae de nuevo el silencio, y entonces nadie se atreve a interrumpirlo. El mágico filtro sedante del claro de luna ha rebotado los corazones, y desborda como un óleo en el silencio de los labios. Apenas el brujo y su compadre continúan el diálogo en voz queda. Los demás van sucesivamente retirándose, hasta que se deshace la tertulia. El último es Feliciano. Desea las buenas noches a los dos compadres, aún en conferencia, y añade, con un resabio de malicia:

—Oye, Juan Francisco, si acaso viene la bruja, que ya me parece que no vendrá, porque es muy tarde, aprovéchala... , a menos que no tengas pensada cosa mejor...

Los dos compadres, después de esperar un minuto, se dirigen a lo largo de las paredes del repartimiento. Otro hombre sale entonces del

cafetal, se detiene a la orilla de éste, y cuando ve a José Jesús y a Juan Francisco, se interna de nuevo a recatarse de ellos detrás de un tronco. De entre el follaje de los árboles que asombran el establo de las vacas, ahí cerca, surge el canto de la pavita. Los dos compadres, que van ya rasando las paredes del repartimiento, vacilan y se paran algo turbados y confusos. Miran a todos lados. Uno de ellos cree haber sentido crujir las hojas secas, y sondea el cafetal con los ojos. Luego, tras de aquella momentánea vacilación, prosiguen su marcha en silencio.

Se oye a los perros ladrar en la lejanía. Ladran a la luna o a los visajes de las cosas vestidas de luna. El más imperceptible movimiento, el más leve murmullo de la dulce noche lívida, alza un eco desmedido y temeroso en la imaginación de los perros guardianes. Y los múltiples aullidos exasperados, dispersos en ranchos, cortijadas y caseríos, detonan sobre la unánime serenata de infinitos y oscuros músicos agrestes. Dentro y fuera del repartimiento, bajo la arboleda del cafetal, resuena y se prolonga la orquesta de los grillos. En ella el oído avezado reconoce muchas variedades de estilos e instrumentos. Hay maestros menudos que sacan una fina nota de vidrio de su violincito estridente; otros hay que tienen una nota aflautada y sedeña de viola, y otros grandes, como grandes tazas grises, cuyas notas parecen notas de violoncelo, profundas. Toda la vida del campo acaba por condensarse, poco a poco, en la música del grillo, en la exaltada fantasía de los canes, y en el Avila, que luce más enhiesto en la noche. Bañado de luna, sin la menor pincelada de nieblas, el Avila atalaya el paisaje. Al mismo tiempo que parece velar sobre el valle dormido y sobre el sueño intranquilo del hombre, alza la cresta más nítida como una invitación a las estrellas del cielo. Con sus yermas cuevas divididas por gargantas recónditas de bosque, muestra a la suave luz de la luna los mismos claros y oquedades que a la violenta luz del mediodía. Sólo a trechos, la cima surge diferente, muy blanca; rotos cantos de granito resplandecen como de plata bruñida bajo la plata lunar, y en la cima abrupta y pelada se posa la ilusión de la nieve.

I I

Al día siguiente, Amaro, se reencarga de su yunta. Engañado por las últimas livideces del claro de luna, era de noche todavía, mucho antes del amanecer mucho antes de estallar y difundirse por el bosque el trémulo bóbiseo matinal de los pájaros, cuando Amaro se encaminó hacia la parte del barbecho donde, la tarde anterior, quedaron sus bueyes. Al acercarse no divisó, resaltando sobre el floramirilleal, sino un solo bulto. En éste reconoció a *Romero*, el buey sardo. En vano recorrió y escudriñó luego el barbecho en todas direcciones; el otro buey, *Galán*, el buey lebruno, había desaparecido. Como infinitas veces, después de su vuelta de la guerra, Amaro, malcontento y desalentado, murmuró:

—¡Qué van a saber de bueyes los amos!

De este modo su experiencia de gañán, acrisolada en una larga frecuentación con toda pinta de bueyes, condenaba la medida que durante la ausencia de él tomaron los amos respecto de su yunta. Sus dos antiguos bueyes fueron separados, a fin de crear otra yunta, imponiendo a cada uno de ellos un compañero bisoño. Y los dos bueyes de la yunta primitiva no se resignaban a estar muy lejos uno de otro, ni tampoco se avenían con sus nuevos compañeros de coyunda. En cuanto cobraban libertad, como sucedía a veces por la tarde, a la hora de quitárseles el yugo, la emprendían a coces y cornadas con los nuevos. Al encontrarse, arrastrando pesados carros desbordantes de frutos por los callejones de la hacienda, o al reconocerse de lejos labrando la tierra en diferentes besanas, los dos viejos camaradas nunca dejaban de saludarse con un largo y hondo lamento. Si, estacados en los barbechos, uno de ellos mugía, el otro, aunque se hallase en un barbecho distante, contestaba incontinenti al mugido familiar, y así, contestándose mugido a mugido, por un buen espacio de tiempo llenaban todo el valle con su clamorosa quejumbre. Era un espectáculo casi humano de gracia y de dolor, que al mismo tiempo regocijaba y conmovía a los trabajadores de la hacienda. Mas no siempre las cosas quedaban así, pues pasaban a veces a poner en grave apuro a los gañanes. Tal sucedía si, estacados en el barbecho, uno de los bueyes, no contento con sólo mugir, lograba romper la soga o arrancar la estaca, y, suelto ya, se lanzaba a campo traviesa a juntarse con el amigo, en medio de impetuosas y fieras demostraciones de júbilo. Ya el buey suelto, o los dos bueyes a la vez, el suelto y el prisionero, se daban a escarbar la tierra con las pezuñas delanteras, envolviéndose, cuando reinaba la sequía, en áureas nubes de polvo. Ya se entregaban a brincos inverosímiles, tras de los cuales hincaban las astas en el suelo, para en seguida enderezarlas proyectando con furia gozosa en los aires puñados de polvo y de hierba; a veces una flor amarilla entera volaba, dorando fugazmente el espacio con su constelación de margaritas. Ya, por último, los dos bueyes mutuamente se lamían con sus lenguas rudas y cordiales o mutuamente se rascaban, corneándose, parcos y cariñosos. Después de errar toda la madrugada en busca del buey, Amaro no lo encontró sino ya amaneciendo, a pocos pasos de su primer compañero de servidumbre. En el hueco de una rota palizada de cordoncillo, el buey color de llamas erguía el testuz coronado de frescos gajos verdes. Una de sus puntas llevaba colgando hasta el suelo un festón de bejuco florido. Primero el buey clavó en el gañán sus ojos entre azorados y audaces, para luego apaciblemente convertirlos al espectáculo del sol que en el mismo instante surgía, cubriendo la tierra con su cálida caricia de oro. Y el sol naciente, el mozo de hercúleas formas y el buey enguirnaldado de hierba fragante, evocaron de súbito el dios, el sacerdote y la víctima de un antiguo sacrificio ingenuo.

Pero, pasado ese momento fugaz, apenas Amaro intentó acercársele al buey, cuando éste de un salto se puso fuera de su perseguidor, corriendo a través de varios pequeños bancales de nardos.

—¡Ah, buey sinvergüenza! ¡Miren dónde ahora se mete! ¡Sal de ahí! Muy bueno me va a poner el ama cuando sepa que tú le has pisao y estropeao sus flores.

El ama destinaba las varas en flor de los nardos a la capilla del Santísimo Sacramento. El capellán se encargaba de mantener vivos en el ama el amor de las flores y la afición a la apicultura. Además de bancales de nardos cultivados en el campo, había un jardincito de rosas blancas y de azucenas, y junto al jardín un colmenar. Así, nunca faltaban flores albas en los floreros de la capilla y siempre había cera cándida bastante para los blandones litúrgicos. *Galán*, como respondiendo a las palabras y al pensamiento de Amaro, con ironía diabólica, se detuvo en el centro mismo de uno de los bancales, hundió las astas en el suelo, y una tras otra lanzó al aire tres o cuatro cepas en flor, para acabar mordisqueando a diestro y siniestro, irrespetuosamente, las altas varas eucarísticas. De un lado las cogía y quebraba con un golpe de lengua, para echarlas al suelo con desprecio del otro lado. Y las varas de nardo pisoteadas y mordidas llenaron el aire un momento del mismo aroma tenaz, grave y dulzón que esparcen en el ambiente nocturno. A la carrera y a los gritos de angustia del hombre, el buey partió corriendo hasta pararse a la orilla misma del sembrado. Ahí pudo el gañán atrapar el pedazo de sogá que el buey arrastraba, y éste se dejó entonces llevar de la sogá mansamente.

Amaro, antes de uncir sus bueyes para emprender el trabajo del día, volvió por su desayuno a la casa. Ya la inicial agitación de los quehaceres diurnos llenaba la casa de los amos y el repartimiento de los peones. Madrugadores cucaracheros volaban cantando entre el tejado de la casa grande y los naranjos vecinos. En el verde oscuro follaje del naranjal revoloteaban trinando, chillando por la fruta o el amor, muchos casares de azulejos. El ronco orfeón de las abejas coronaba la cima, toda blanca de flor, de un guamo, a la entrada de uno de los callejones que del patio de la casa partían. Al zumbar de las abejas, Amaro alzó muy admirado los ojos:

¡Qué raro! ¡Un guamo floreado en este tiempo! En la misma copa del guamo, sobre la música de las abejas, preludiaron un dúo de amor las melodiosas flautas de una pareja de gonzalitos. Y el corazón de Amaro se puso también a cantar, como otro pájaro madrugador, con toda la alegría del amanecer. Fuera un himno fresco y rústico espontánea acción de gracia a la vida por aquel amanecer, que era como su propia resurrección en el mismo paisaje. Cantaba loores a la vida que lo había devuelto a su valle y al espectáculo del cerro que ahora aparecía como sobre vida errabunda y azarosa de la guerra, en vez de hacer de él un desarraigado como hace en tantos, afirmó y aseguró más bien su raigambre espiritual en el terruño nativo. Era, por

la fijeza de sus raíces como por la tosquedad berroqueña de sus formas, un hermano del Avila. Sus vicisitudes recientes, de soldado y desertor, se le antojaron como cosa de pesadilla. Parecióle imposible que él se hubiera hallado nunca ausente del paisaje patrio por sentirse parte necesaria de ese paisaje como cualquier mancha del cafetal, como la escolta de cañaverales del río, como la más alta roca del cerro. Y su corazón, feliz de sentirse uno mismo con el paisaje, cantó las alegrías del amanecer con el mismo ingenuo cantar de los pájaros madrugadores. Una sombra no más enturbiaba el azul de su alegría: el recuerdo de la madre muerta y del rancho abandonado. Su hermano debió ceder el rancho a otras gentes, cuando la muerte de Ursula. Sin duda la muerte no volvería... Pero el rancho, su rancho, se alzaría de nuevo, muy pronto, al pie del cerro, en el punto mejor de la sabana. Iría a vivir en él con Bruno, tal vez con alguien más... Y con el pensamiento miraba ya el rancho descollar en medio a un cambural bien tenido, entre dispersos naranjos verdinegros, nevados de azahar, cuando no agobiados bajo la carga de oro de sus frutos. Miraba ya el rancho con su corredor bien oreado por la brisa, donde en trípode rústica, sobre la indispensable hoja de plátano, reposaba el bernalgal reluciente. Miraba sobre la cocina del rancho, pulidísima y fresca, y siempre llena de buen olor, un penacho de humo. Y dentro del rancho, donde Ursula tenía una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes o de Nuestra Señora del Rosario, porque él ya no se acordaba muy bien de la imagen, miraba otra imagen de la Virgen. Gracias a la imprecisión del recuerdo, su pensamiento substituyó la antigua imagen con otra nueva. Sus rasgos puros y juveniles aparecen compuestos en la actitud graciosa de una sencilla cargadora de agua. Y Nuestra Señora, en el pensamiento de Amaro, se sonrió bajo el agua derramada de la tinaja llena, con los labios, con los ojos, con toda la cara de Peregrina.

I I I

Ya algo entrado el día, hacia arriba y no lejos del pozo del encanto, en los barbechos ribereños, Amaro y Pedrito iban y venían por la misma besana con sus yuntas. Como a la venida marchaba adelante, Amaro a la vuelta quedaba atrás, y entonces, a hurto del compañero, no dejaba de ver hacia aquella parte del cequión en donde se hallaba lavando Peregrina.

Antes del amanecer, ella había preparado y servido el desayuno a Feliciano, quien por esos días y a tal hora se iba a repasar caraotas o arvejas, o a remover y escarbar los montones de los ñames en tres o cuatro pegujales minúsculos que, al pie del cerro y a fuerza de paciencia y amor, labraba entre paredones de piedra allegadiza y enormes cantos rodados de la cumbre.

Después de irse Feliciano, Peregrina se ocupaba en levantar y atender a su tropa menuda. Apenas Carmen y Dolores la ayudaban en la limpieza del ajuar y en los demás quehaceres matinales de la casa y la cocina. Temprano prevenía el almuerzo, de modo que, al volver el padre poco antes de las doce, no se tardaba mucho. Y desde entonces empezaba su ir y venir entre la casa y el cequión, escoltada en sus primeras idas y venidas, quisiéralo o no, por toda la parvada fraterna. Aparte el único varón, Felipe, nacido entre Dolores y Teresa, la parvada estaba compuesta de Carmen, Dolores y Teresa, Angela y Margarita. Y como se llevasen de una a otra, cosa de dos o tres años, con la consiguiente diferencia proporcional en lo espigado de los cuerpos, y a la vez acostumbrasen ir todas en fila detrás de la hermana mayor, fingían así detrás de ella una escala de gracia que llegara subiendo y perfeccionándose, hasta ella, a culminar en la flor de su juventud. Teresa y Angela tenían los ojos rasgados, grandes y negros, de Peregrina, que fueron los de la madre. Pero en tanto que en las hermanas el negro vivo de los ojos armonizaba y se atenuaba en lo moreno de las mejillas, en Peregrina más bien resaltaba por contraste con el blanco suavemente áureo de la tez, bajo el denso casco del pelo castaño claro, casi rubio. A veces Peregrina lavaba en medio a toda su inquieta y juguetona chiquillería, pero otras, como esa mañana, encomendaba a las dos hermanas más grandes el cuidado de la casa y la vigilancia de los menores, quienes, conforme a su orden, habían de esperarla sin alejarse mucho de los naranjos, el jardincito y el bucare gallinero del patio, cuando no formalmente sentadas en el viejo sardinel de ladrillos del portón, quietecitas y juntas a manera de golondrinas posadas en los alambres del telégrafo.

Inclinada sobre el agua, como si estuviera sólo atenta a su labor, se hallaba esa mañana abstraída en una preocupación profunda. De tiempo en tiempo sentía caer sobre ella la mirada cariñosa de Amaro, y entonces el pensamiento, la espera y el temor de esa mirada, que de tiempo en tiempo descansaba sobre ella, aumentaba y prolongaba la zozobra de su espíritu. Y como si así pudiera librarse de una u otra causa de zozobra, a cada intermitente desaparición de Amaro y de las yuntas en lo alto del barbecho, escrutaba con los ojos toda la hoya abierta de la quebrada, que, después de limitarse ahí cerca entre vagas playas de arena y herbazales frondosos, iba siempre subiendo y ampliándose hasta el cerro, a dilatarse en una vasta y honda perspectiva.

En primer término aparecen dispersas y diminutas manchas de cafetal, miserables restos de cafetales antiguos que la gente del campo llama despectivamente *monos*, dos largas hileras de mangos, famosos por la bondad exquisita del fruto; alternando con los *monos* y por debajo de los mangos, lucen claros de barbecho y verdes pañoletas de hortaliza; en segundo término, hay dos o tres ranchos y los muros agrietados y ruinosos de un trapiche colonial, donde empieza un ancho espacio atravesado de

paredones, repartido en parcelas de sembradura, salpicado y erizado de grandes rocas graníticas; más allá, sin rocas ni pedruscos, una abierta llanada de paja bravía sube ondulando suavemente a confundirse con las primeras estribaciones del Avila; y, por último, se alza el Avila mismo en el fondo, hacia la parte en donde, merced a la lejanía, más negras y azules parecen ahondarse las montañas del Pajarito y del Sebucán, separadas por el pajonal de la sabana pardoamarillenta.

El desasosiego de Peregrina se disipó cuando alcanzó a ver un hombre que a lo lejos venía con andar apresurado y menudo y un haz de gajos verdes a la espalda. Pocos minutos más, y Bruno ya estaba acercándosele poco a poco, a fin de que ella no lo sintiera llegar, hasta posarle sobre los blondos rizos de la nuca un gran racimo de cigarrones, que del árbol mismo de donde fueron arrancados traían ya el cobrizo desmayado y muerto de la madurez.

—¡Caramba, que me has asustado, Bruno!

—¿Y en qué estabas pensando, pues?

—Y aunque ella no había hecho sino pensar en él toda la mañana, respondió:

—En nada... Pero estaba esperándote, Bruno.

—Pues aquí me tienes.

Y diciéndo así, y disponiéndose a conversar con Peregrina, Bruno depositó, con estudiada lentitud, en el suelo su preciosa carga de parásitas.

Por ese tiempo era él un infatigable cazador de orquídeas. Fuera de ciertos rasgos comunes, todo era desemejanza entre aquellos dos hermanos, que en ese momento podían verse a breve distancia uno de otro. Mientras Amaro, grande, toско fuerte y serio, evocaba la imagen de un bloque de piedra, sin desbatar, desgajado de la cumbre, Bruno, ágil, pequeño, inquieto y nervioso, era la movilidad perenne del agua o de la ardilla. Hijos de Ursula, habían tenido padres diferentes. El de Amaro fue Zoilo, un peón grave y taciturno, a quien se encomendaban ciertas faenas arriesgadas y penosas, como libertar del funesto y asfixiante abrazo de matapalos e higueros a los árboles que dan sombra al café o desramar los bucares más altos, o encaramarse por el fruto en sazón a los más viejos aguacates de la hacienda, elevados y fragilísimos. Y así fue como un mediodía, junto a la carretera, de la copa de un aguacate se precipitó a la sepultura.

El que había de ser padre de Bruno se apareció por la comarca a los dos o tres años de la muerte de Zoilo. Cabo López lo llamaban, y tenía los ojos verdeoscuros. Nadie acertó a saber jamás de su patria y origen, si bien por algunas conversaciones lo imaginaban todos originario de una población costanera. Después de haber pasado a través de los más diversos oficios, fue últimamente patrón de una goleta de cabotaje. Tierno y bondadoso con Ursula, un día desapareció como vino, misteriosamente, sin que Ursula ni nadie supieran si se había marchado tierra adentro, o de vuelta a su problemática playa nativa. Y de él salió Bruno, arisco y valentón como

novillo nuevo, según el decir de Amaro. Indócil, con mal disimulado disgusto se acomodaba a la disciplina de la hacienda. Como acostumbraban otros, aunque no por imitarles, ni por motivos idénticos, trabajaba tres o cuatro días, para después holgar el resto de la semana, y reaparecer el próximo lunes. Un espíritu de curiosidad irresistible, ansioso de novedades, lo movía hacia la carretera, hacia los corrillos y ventas del pueblo vecino, o más lejos aún, hacia las calles, que para él siempre estaban como en fiesta, de la capital tentadora.

El brutal reclutamiento de ese año, practicado con toda suerte de violencias y ardidadas canallas por el feroz negro Juan de la Cruz, quien en verdad fue por algunos meses la cruz y el azote y la corona de espinas de los labradores comarcanos, convino a su índole de vida, porque, además de servirle de excusa y pretexto a sus frecuentes correrías y escapadas para con los amos y el mayordomo, fue nuevo estímulo a su curiosidad, encaminada por otros rumbos y a otro objeto.

A fin de hurtarse a la sorpresa de las patrullas que solían cercar los ranchos muy antes del amanecer, y seguro de que ellas no pasaban del último rancho de la sabana, empezó por guarecerse a dormir en el cerro todas las noches. Ya de día, no bajaba a su tarea, sino después de cerciorarse, por toda casta de indicios, de que el valle estaba libre de comisiones y patrullas. En el caso contrario, no se alejaba de su escondrijo, acondicionado en tal sitio y de tal modo, que, por lo mismo de ser visible de todas partes, no despertara sospechas. Era en lo más árido del cerro, cuesta arriba, donde una roca saliente rompía la monótona amarillez del pajonal con su intensa blancura. Simulaba de lejos una piedra sola, de ordinaria magnitud, medio enterrada en la greda rojiza de las cuestras. Pero en realidad, en vez de una piedra sola, habían unas cuantas piedras, del tal arte dispuestas y calzadas, que, por debajo y detrás de ellas, deparaban al fugitivo un ancho y cómodo refugio. Ahí Bruno buscó amparo y protección muchas veces contra los calores de la siesta, y más veces aún, a pesar de su cobija bicolor, tiritó con el frío de la medianoche estrellada. Y desde ahí en lo más recio del peligro, ya más descansadamente después, hendiendo a uno y otro lado de su espelunca la paja brava del cerro, se dio a internarse con más deleite en los bosques.

La vida azarosa y libérrima a un tiempo, el buen éxito de sus tretas para despistar a las comisiones y el mismo considerar desde lo alto, al igual de las cosas, todas las contrariedades, vicisitudes y penas, acabaron por suscitar en él una conciencia nueva o hasta ese momento subterránea de su personalidad, por lo que una mañana despertó satisfecho, contento, lleno de la confianza más petulante, en sí propio, como si todo su ser hubiese de repente llegado a la plenitud en un solo ímpetu juvenil. Parecía como si el horizonte de su espíritu se iluminara y creciera, conforme, por la altura, se desplegaba más preciso y completo a sus ojos el espectáculo del valle. De una sola ojeada abarcaba ahora campos, aldeas y caseríos. Abajo y en

su mayor parte apiñándose contra el cerro, a cuyos pies humillan la alta cima resonante de sus bucares, los densos macizos umbrosos de la hacienda de café; a la sombra, o cerca de ellas, pueblos y caseríos; la línea de la carretera de donde de cuando en cuando sube el sordo rumor chirriante de un convoy de carretas o la quejumbre antipática de una bocina de automóvil; más lejos, entre la misma carretera y las colinas que en la parte del sur limitan el valle y encauzan el río con la sonrisa de su esmeralda casi perenne, los plantíos de caña dulce a imagen y semejanza de otro río verde y ondulante que, al occidente, cerca de la ciudad, se dilata por Valle Abajo en un manso y pequeño mar interior; y disperso, en fin, entre los plantíos de caña, ya de humo y ceniza empenachados, ya apuntando inactivos al cielo, pesados torreones de sendos trapiches vetustos.

Algunos rincones del paisaje, sin que él se explicara por qué, atraían más poderosamente su atención, concluyendo por hipnotizarlos: su rancho, o el que fue su rancho; el repartimiento de la hacienda, el pueblo con su iglesia enorme que viene a los feligreses tan holgada; el bambú de la sabana, a la sombra de cuyo follaje plañidero yacen varias generaciones de campesinos; el torreón del trapiche y la casa del amo; el paraje donde hacía poco se encontrara el cadáver de una chiquilla de doce años apenas, con los crueles y repugnantes rastros de la violación; al oeste, un espacio clarísimo donde la ciudad se insinúa, dejándose adivinar, que no ver; y al este, a la diestra del tajo luminoso por donde el valle se continúa con la Quebrada de Guarenas, la torre de la iglesia de Petare, el pueblito infeliz, por cuyas humildes calles, piafa, despótica y se desboca a brida suelta la bravata cimarrona del negro Juan de la Cruz.

A su vez, la fiera efigie de Juan de la Cruz evocaba con toda intensidad el cuadro y el momento en que estuvo a riesgo de caer en manos de los reclutadores. "Fue el sinvergüenza de Braulio, aquel negrito patojo y zagaletón de Chacao, quien tuvo la culpa. Uno de ellos, un igual, un peón. ¡Quién había de decirlo! ¡Algún día la pagará, el muy sinvergüenza!". Por el solo hecho de hacer parte de la patrulla y de portar un máuser desde la víspera, Braulio, convertido en el más diligente perseguidor de los suyos, de sus iguales, de sus hermanos en la escardilla y la pena, fue quien sabedor de cuanto se hacía en los contornos, guió a la patrulla hasta aquel corte de caña. Y como el cañal no se hallaba en campo abierto sino ceñido al cafetal, pudieron los de la patrulla a favor de la arboleda, sigilosamente, acercarse al corte y rodearlo, para caer de súbito y a mansalva sobre los peones desprevenidos. Entonces fue el tumulto de un sálvese quien pueda general, tiraban unos al cogollo, dejaban caer otros las brazadas de caña, soltaban los de más allá el machete y los mismos gañanes abandonaban sus yuntas para desbandarse todos corriendo hacia los cafetales vecinos y así caer fácilmente algunos en la emboscada puesta por los reclutadores, mientras los más felices hallaban su salvación en la carrera, o atinaban con un refugio imprevisto en el hueco de un tronco, o alcan-

zaban a ir más lejos a esconderse en los mogotes de la quebrada. Bruno, fue de los felices. Por cierto que, al desembocar a todo correr en uno de los callejones, poco le faltó para derribar a dos mujeres que se dirigían al corte de caña. Luego empezaron las ideas y venidas de Ursula entre su rancho y Petare, llevada de su loca esperanza de restacar a Amaro a fuerza de lágrimas y lamentos. "Y todo eso por aquel canallita y adulante de Braulío. ¡Algún día la pagaré el muy sinvergüenza!". Pero simultáneamente, con su ímpetu de indignación contra Braulío, experimentaba un sentimiento de virilidad orgullosa. Creía haber escapado, no como otros a favor de un azar, sino merced a su propia destreza; y apenas retenido por cierto respeto preñado de lástima hacia el hermano mayor, consideraba serviles o bobos a cuantos cayeron, según él, como guabinas en la nasa de la recluta.

En este oscuro brote de masculinidad, se revelaba y afirmaba, en medio del sano relampagueo de alardes y arreistros viriles, un indómito y hurafío espíritu de independencia que después de la muerte de Ursula adquirió su temple máximo. El germen de ese espíritu latía en lo más hondo de él, pero ahí se habría quedado, inerte e infecundo, a no ser su contacto y convivencia con la montaña, desconocida de él hasta ese entonces. De la curiosidad inicial, pura y sencilla, pasó a un continuo sentimiento de sorpresa. Resultábale inconcebible que, habiendo él nacido y vivido al pie del cerro, nada supiese de la montaña. Primero se dejó ir, por la más leve ondulación del entrellano de la cuesta, hacia el verdor y la frescura del Sebuacán, para caer después en la montañuela minúscula, recatada y ríspida de Pajarito, y luego, en la más abierta y anchurosa de Quebradaseca, hasta en poco tiempo llegar a conocer el Avila como ninguno, de las alturas del Galipán a las vertientes del Tócome.

Conocía, como una araña a su red, el dédalo de veredas, caminitos, picos y grietas que, partiendo en todas direcciones la cuesta pajiza, desde lejos reluce, por su fondo de greda roja, como sangrientas desgarraduras del Avila. Cerrados los ojos, podía ir sin extraviarse a las pendientes que en primavera se visten de lirios, o, donde, a flor de tierra, sonríen las anémonas por octubre; a las faldas ricas de pasto excelente o erizadas de bajas y espinosas moreras cargadas de fruto sabrosísimo y áspero, y así fue de una falda en otra, de una en otra hondonada, y de lo más bajo en el valle hasta la región de los inciensos, la pasgua y otras plantas de aroma, donde empieza la calvez de la cima.

De igual modo estaba iniciado en los misterios del bosque, hasta nada ignorar de las costumbres de sus diversas familias y tribus de animales. Conocía el paraje que los pichones pueblan con su honda y monótona quejumbre; la maraña a cuya sombra seestean las ponchas, codiciadas por su carne blanca y suavísima; el fresco lugar en que, al modo de las gallinas domésticas, toman su baño de tierra las camatas y la ceja de monte, en fin, adonde, a la primera luz de amanecer, bajan las guachara-

cas a desayunarse con frutilla de higuierón, convocadas y dirigidas por el ronco *guacharaca* de una guacharaca macho que, por lo profundo de la voz parece el jefe de la tribu y debe de tener, según los campesinos de la comarca, un siglo de edad por lo menos.

Ya entraba en el bosque por ciertos puntos de la sabana hacia donde era aquél más accesible, ya remontando el cauce mismo de quebradas o riachuelos. En este último caso, trepaba monte arriba, apoyándose con los dedos de los pies en las quiebras y junturas de las rocas, o izándose por las raíces de algunos árboles, bermejas o rubias, que, después de llegar al centro de la corriente, con el agua monte abajo caían, largas y copiosas, como las barbas de un dios fluvial. Y así daban unas veces con bañeras pulcras y enormes que el perpetuo caer del agua labró en el granito, o con la roca grande como un caserón que, en tiempos remotos, rodó de la cumbre a medio rodar y en plena selva, se clavó en un flanco del cerro, de tal modo que a un ejército mismo podría brindar suficiente refugio, donde hoy toma su baño de tierra un bando de camatas. Otras veces iba hasta el nacimiento de una palmera que, por la extrema longitud y el color de su tallo, en el mismo cauce de un riachuelo, parece de lejos una cascada larga y sutilísima. Ya ladeaba y sudaba por entre largos e inextricables enredos de carricillo, a través de los cuales tan sólo podía abrirse paso a punta de machete; ya se reparaba a la sombra de un guamal salvaje, reliquia de un antiguo y malaventurado ensayo de fundación agrícola, o iba a refrescarse más lejos con las brisas del Palmar, o Cerro de las Palmas, adonde, en vísperas de Semana Santa, los mozos de Chacao, van, con jubilosa algarabía, a coger las palmas que el Domingo de Ramos próximo, convertirían la nave mayor de la iglesia del pueblo en otro palpitante y gozoso palmar litúrgico.

A medida que aumentaba su intimidad con ella, la montaña tomaba a sus ojos la apariencia de un ser vivo. Se la representaba a veces con la vida formidable de un monstruo, por los cruentos desgarrones de su piel, que son las grietas y caminitos rojos de la sabana; por su dura y enorme osamenta berroqueña, lo áspero de sus riscos y lo abrupto de sus farallones; por el traicionero y súbito despeñarse, como el violento fruncir de un ceño irritado y colosal, de uno de sus peñascos de la cumbre, que muy de tiempo en tiempo se precipitan con estrépito al valle, descuajando la selva; y por la imagen evocada a la visión de algunos de sus contrafuertes, partidos y arqueados en forma y figura de garras que hacia el corazón del valle se tendieran con ansia asesina, sobre todo cuando el forastero capimelao, menudito y rojo, nuncio de la estación fría y seca, brota y se extiende en ellos como una mancha de sangre. Representábasela otras veces con la vida noble de un ente magnánimo, protector y divino, que por sus oquedades, frescas y profundas echase a discurrir perennemente el alma diáfana del agua, y, con el agua, diese el pan y el contento, la hacienda y la vida a muchas familias de labradores. Otras veces, en fin, se

le antojaba con la vida tierna y frágil de quien se recobra apenas de una grave enfermedad, o con la vida suave y graciosa de la doncella o del niño, por sus dulces entrellanos o mesetas leves en declive y holgura; por sus repechos cuajados de lirios o anémonas; por los vagos tonos efímeros que el agua y la luz del cielo, según la hora y la estación, le dan, de claras amatistas o esmeraldas, de violetas o lilas, así se abrigue bajo el denso y cálido ropón de sus nieblas, o se eche por sobre senos y hombros el airoso velo de sus neblinas, o se recoja como tiritando detrás de la gasa impalpable de sus garúas.

Pero de cualquier modo como se la representase, ya fuese como un monstruo, ya como un dios o como un ser delicado y tierno, la montaña, con su inmutabilidad austera de roca, bajo sus diversos modos y vicisitudes, le daba una constante lección de silencio, de fuerza, de vida independiente y libre. Llegó hasta desentenderse de un todo de las disciplinas de la hacienda, a las que no se acomodara nunca, dándose un oficio que le sugirieron sus mismas correrías por el bosque, más de acuerdo con su movilidad e inquietud, como lo era el comercio, entonces no muy extendido, de helechos y parásitas. Recogíalos en el cerro y los iba a vender a la ciudad, en donde llegó a procurarse una buena clientela de compradores. Medía la importancia de su nueva profesión por la anécdota que se deleitaba en referir a menudo, de un ejemplar de flor de mayo vendido a un musiú en la ya considerable suma de ochenta pesos. Al principio, cuando narraba un caso para él tan memorable, enunciaba la cifra como si fuera un conjuro. La repetía uno, dos, muchas veces, como si la quisiera hacer esplender a modo de talismán delante de sus oyentes, por lo general campesinos o aldeanos, mudos de asombro. Más tarde, sin embargo, aunque siempre siguió de tarde en tarde contando la maravilla del suceso, ya enunciaba la cifra con menos entusiasmo y ardor, desde que un malicioso de la ciudad le advirtiera que el musiú, probablemente un inglés, revendió la flor de mayo en Londres por mayor número de libras que pesos le costara.

No había árbol que no escalase, ni precipicio, piedra o farallón con los que no se atreviese, en su perpetua caza de helechos y orquídeas. Los helechos debían ser enanos, porque así los prefería la clientela, ya de un verde intenso, ya de un suave glauco de agua, ya de color de ciertas algas marinas, un rosa tierno y traslúcido. Las orquídeas eran de todas las especies, con sus flores de gracia ambigua, por sus típicas formas animales. Las más en número copiaban infinitas variedades de avispas y abejorros; otras tenían figura de cerbatanas, otras apariencia de crócalos; otras eran trasunto de cigarrones cobrizos; pero las más queridas y buscadas, aún más que las mariposas negras o blancas de olor de jazmín, aún más que los pelícanos, cuya fragancia grávida, penetrante y dulzona como la de los nardos, es también como la de los nardos más intensa en la noche, eran, sobre todas, las flores de mayo, de un morado suave, ligeramente malva,

las unas, de un morado oscuro las otras, y candidísimas las más preciadas, con sólo una tenue mancha de oro en la base de los pétalos.

Bruno, después de contestar a Peregrina "aquí me tienes" y de sentarse junto a su carga de parásitas, no las tenía todas consigo. Una vaga desazón empezó a escarabajearlo por dentro. Sin embargo, para salir del apuro, abreviando el silencio de Peregrina, insistió con desenfado:

—Bueno... , aquí me tienes. ¿Qué quieres? ¿En qué pensabas?

—Pensaba que estas cosas no pueden seguir así, Bruno. Ya ves lo que pasó anoche.

—¿Pues qué pasó?

—¡Y lo preguntas! Pasó que no me fue posible ir adonde tú sabes. Y de ahora en adelante eso pasará muchas veces. Ya está aquí también José Jesús, contra el que no valen espantos ni calaveras. Al contrario... Tú lo conoces. Desde que llegó se la pasa en conversaciones y cuchicheos con Juan Francisco y Saturno, y hasta con musíú Pedro, el italiano de allá arriba. De seguro que algo están tramando, y todo será a costa nuestra.

—Lo que es por éstos, no te preocupes. Yo los arreglaré fácilmente... No tengas cuidado.

—Mira que no es tan fácil estando de por medio José Jesús. ¿Y Amaro? Piensa en Amaro, Desde que él llegó han debido cambiar todas las cosas. Y tú bien lo comprendes. Hoy, desde ahí en donde está arando, no me ha quitado los ojos de encima. Al fin y al cabo, todo lo sabrá. ¿Crees tú posible que él siga sin ver nada, sin maliciar siquiera?

—Ya ves: ahora sí has dado en el clavo: eso sí es lo maluco, y te confieso que es lo que hace días me trae más caviloso.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Con que eso es lo único que te preocupa, verdad? Ya debía yo sospecharlo, cuando ni siquiera me has cumplido todavía lo que me ofreciste: de dejarte de idas y venidas y quedarte en la hacienda. ¡Conque eso es lo único que te preocupa! Lo demás, mis angustias, mis mortificaciones, yo misma, eso, ¿qué importa? ¡Bien se ve lo que me quieres! Nunca me has querido.

—¿Quién ha dicho eso?

—Nadie lo ha dicho, pero se te conoce.

—¿En qué se me conoce? ¿Qué tiene eso que hacer con que Amaro me preocupe o no me preocupe? Bien sabes tú por qué me preocupa. Además, todo se arreglará. Para todo habrá remedio. Déjame pensarlo de aquí a la noche... Pero esta noche no dejes de venir.

—¿Para qué?

—No digas bobadas, Peregrina. ¡Si como yo te quiero a ti no he querido nada ni a nadie en el mundo!

Y como sobre el agua corriente Peregrina se inclinara, al parecer, decidida a seguir tan sólo atenta a su labor, él, pasándole sobre el pecho esa vez la sarta de orquídeas a manera de collar, y sujetándola de los

brazos a un tiempo, ávida y furiosamente la besó por debajo de los blondos rizos de la nuca.

Peregrina se debatió un momento, suplicante:

—¡Déjame! ¡Déjame, por Dios!

Pero él conocía la virtud maravillosa de aquel beso, y, por tanto, lo prolongó hasta consumir el maleficio. Al igual de la primera vez que él a traición le estampara ese beso en la nuca. Peregrina desfalleció y cayó entre los brazos de él, pálida, toda trémula, en un solo espasmo y delirio, entregada como una bestezuela voluptuosa. Apenas alcanzó a gemir:

—¡Déjame! ¡Déjame, por Dios! Mira que pueden vernos, Bruno!

Bruno la dejó entonces, y casi en el mismo instante apareció en el alto del barbecho, saludándolos con su franca sonrisa bonachona, la cara fuerte y plácida de Amaro.

I V

De niños, entre tanto no era él bastante hombre para el manejo de la escardilla, ni ella, por muerte de la madre, se encontraba aún improvisada en vigilante y laboriosa Blancaflor al frente del inútil, inquieto y largo rosario de sus hermanitas, Bruno y Peregrina iban juntos a la escuela del pueblo, en compañía de otros chiquillos como ellos y de más o menos igual condición, por ser, como ellos, hijos de labradores de la misma finca o de las fincas aledañas.

A fin de ahorrar camino o de esquivar el polvo del camino real, atravesaban las tierras de labor de los fundos que los separaban del pueblo. Recorrían parte de un callejón plantado en sus orillas de viejos mangos umbrosos y un pedazo de tierra labrantía siempre inculto; en seguida pasaban al cauce de un riachuelo que era un solo mullido y áureo colchón de arenas en verano y se llenaba en la época de las lluvias de pozos claros y del cristalino caudal del agua corriente; y por último, al otro lado del riachuelo, cruzaban nuevas tierras de labor, y al extremo de éstas, un cafetal, de donde salían a lo poblado, rasando las propias tapias del rústico cementerio del pueblecito. De ahí, a no muy larga distancia, y frontera a la fechada principal de la iglesia, se extendía una plazuela desnuda, en una de cuyas esquinas, dentro de un decrepito caserón, como ilusión juvenil en un alma de viejo, se hospedaba el sordo y monótono rumor del colmenar de la escuela única del poblado.

Ya marchaban urgidos por la llovizna o la niebla en la frescura del amanecer, cuando el Ávila arrastraba espeso manto de brumas y los mangos del interminable callejón de la hacienda, esfumados en la neblina, eran como un ejército de fantasmas; ya se distraían y tardaban rebuscando al pie de los árboles y por la orilla del barbecho la fruta madura, que se desprendía al solo peso del rocío o al soplar del viento de la noche. En

el último caso, el cuaderno de los palotes, el catón y el libro primario se hallaban condenados a representar el papel de doctos compañeros de mangos color de rosa, o de púrpura, o de oro en fusión, cuando no de color de verde claro, salpicado de aquellos puntos negros que son promesas de miel copiosa y rica. Mientras recogían los mangos entre la hierba húmeda, se mojaban las ropas, y entonces aguardaban la salida del sol para secarse; pero a veces, el sol, nublado, no se dignaba salir, y no les quedaba ya más remedio que llegar tiritando y chorreando agua a la escuela.

Sin embargo, según la experiencia de Ursula, empleaban menos tiempo a la ida que al retorno. En la viveza y movilidad continua de Bruno se adivinaba ya el futuro Venado juguetero y alborotapueblos. Dentro de la misma escuela armaba con muchachos y muchachas, indistintamente, juegos o camorras, en particular con Peregrina. Cuando empezaban las moscas a volar con vuelo torpe, arrastrando inverosímiles colas de papel sobre las mal reprimidas risas de los rapaces, ya se sabía que la cosa era de Bruno. Y a tanto llegó su reputación de malo y travieso que a él, indefectiblemente, se atribuían todas las maldades y travesuras de autor ignorado. Nadie dejaba de sospechar de él, si bien, a veces, con perfecta injusticia, cuando de la higuera y el granado que señoreaban el corral desaparecían higos y granadas, que la vieja maestra cuidaba como a la niña de sus ojos. Apenas crujía un banco, o volaba por los aires un libro, o se percibía siquiera un brusco desentono en el uniforme runrún del colmenar de la escuela, ya estaba la maestra diciendo, aun sin volver la cara, ni siquiera alzar los ojos de su labor, como cierta de quién era el motivo de la novedad, y a fin de prevenir mayores males: "¡Te estoy viendo, Bruno! ¡Bruno, que te estoy viendo!" O bien: "Si sigues con tus maldades, te dejo, y se lo mando a decir a la señora Ursula." Tal tratamiento de "señora Ursula" tranquilizaba a Bruno instantáneamente, colmándolo a un tiempo de gratitud, satisfacción y maravilla.

Era Escolástica, la maestra, una viejecita blanca y cenecia, entre los cincuenta y sesenta de su edad, alta y cana, de ojos grises y dulces, los dientes inferiores algo en saledizo y muy pulida en su persona, así como en sus palabras y maneras. Ya porque su espíritu claro y lógico hubiese espontáneamente dado con la fórmula más precisa de otras lenguas, ya por su candorosa limitación, enseñaba a sus alumnos a decir "buen día", y no "buenos días", a fin de sólo comprender el día presente en la salutación cotidiana, a lo que Bruno osó objetar una vez que entonces debía decirse también "buena noche", en lugar de "buenas noches", y con tan sencilla objeción el muchacho conturbó a la maestra, sumergiéndola en un mar de cavilaciones y dudas.

La tardanza al regreso de la escuela, siempre muy grande, lo era sobre todo cuando la madurez empezaba a pintar los mangos del camino o cuando un par de moreras, crecidas en pleno cafetal, negreaban de fruto en sazón,

áspero y ácido, aunque no tan áspero y ácido como el que se cría en los zarzales del cerro. En cuanto negreaban las moreras, todas las mañanas dejaban prevenida en el cafetal una totuma, que a la vuelta llenaban de moras. Y acostumbraban repartirse y comerse las moras, no sin mancharse por desavenencias en la partija, a la sombra de los mangos del callejón, en donde por debajo de un puente rústico discurre, cantando hacia las sementeras, el agua cristalina del Avila.

A veces Bruno dejaba adelantarse a los otros, para él irse en busca de guayabas de compacta carne rosa, por entre los mogotes de la quebrada, cuando no se dedicaba a cazar, con auxilio de pegas o de golpes, en los floramarillales de la orilla, chirulíes y capanegras. Y con demasiada frecuencia había de ir a buscarlo Ursula al puente de las moras o a los barbechos de la quebrada, para moverlo a desempeñar el solo y fácil trabajo impuesto a sus débiles fuerzas: el mandado a la pulpería.

Pero, apenas fue capaz de ayudar a Amaro en el cuidado y aparejo de la yunta y de sacar siquiera cerca de media tarea de escardilla por sí solo, Bruno dejó de acompañar a la escuela a Peregrina, y no la volvió a ver sino de lejos y de tarde en tarde, ni volvió a estar con ella largo tiempo y en juguetona complicidad sino en las noches de Semana Santa, a la vuelta de las procesiones, o en los dulces y tibios anocheceres de mayo, al regreso de las "flores de María", cuando el cura alcanzaba a organizar estas cándidas fiestas eglógicas en cooperación con señoritas de Caracas, por entonces de temporada en la hacienda.

Las luciérnagas, parpadeantes como estrellas, constelaban los malojales florecidos y los plantíos nuevos de caña dulce, en tanto que, más raros y de luz quieta y fija, los cocuyos pasaban de tiempo en tiempo, horadando la oscuridad con su par de lámparas de oro, minúsculas y gemelas, para desaparecer en seguida en el misterio de las frondas o ir a tropezar, enredarse y caer en medio a la áspera y erizada barrera de urape y ñaragato de los vallados.

Bruno se entretenía en tales casos en perseguir y cazar luciérnagas y cocuyos, para sujetarlos con la cinta del sombrero, y así improvisarse un principesco cintillo de diamantes y topacios luminosos. Después de satisfecha su personal presunción, obligaba a Peregrina a prenderse al corpiño o al pecho luciérnagas y cocuyos, a ceñírselos a guisa de collar, o a llevarlos, como diadema fulgidísima sobre la frente curva y armoniosa, clavados en la maraña del pelo.

Nerviosa, ya de grima al contacto de las luciérnagas, ya de miedo al sonoro y brusco golpetear de los cocuyos, impacientes por zafarse de la prisión, Peregrina, a la vez, chillaba y reía. Y como ella no se prestase al juego con docilidad, siempre estaban los dos corriendo y en lucha. Impacientaban y aun llegaban a escandalizar a la gente grande con sus risas y chillidos. Pero el candor de sus juegos iluminaba la noche clara de la carretera y la más densa y oscura de los callejones.

La familiaridad se reanudó y estrechó en la época reciente en que él se la pasara de barranco en barranco, huyendo de las patrullas. Muy de cuando en cuando, al principio, bajaba del cerro por las noches al rancho de la madre. Luego, a medida que el peligro y el miedo se fueron disipando, una vez que otra se aventuró hasta asistir a las fugaces veladas del repartimiento. Más tarde, ya muerta la madre, y pasado todo el peligro, concurría casi diariamente a las últimas.

Ahí, delante de los otros tertulianos y de las mujeres del repartimiento, o a solas con ella en el cequi6n, adonde ella iba a menudo, la batea colma en la cabeza, a lavar la ropa de su fraterna parvada. Peregrina y Bruno se encontraban a cada paso desgranando el cándido rosario de sus recuerdos infantiles.

—¿Te acuerdas, ¡requetemalo que eras!, de cuando le escondiste el bulto a Geroma?

—¿Geroma? ¿Geroma?, ¡ah sí!... ¿Aquella que tenía la pelambre de chicharrones como un avispero? Por cierto que se formó un rebullicio, una guirizapa, y la maestra me dejó hasta las seis de la tarde toda una semana seguida. Pero nada como aquella mañana, ¿te acuerdas?, cuando quemé un buscapié debajo de los bancos de la escuela y todos los muchachos empezaron a brincar y a remolinear como una mancha de saltonas. ¡Caray! Esa sí que me iba costando cara. Y buenos correazos me gané, porque Escolástica le fue con el cuento a Ursula.

A veces, viéndola ir o venir, hacendosa, al frente de su escalonado ejército liliputiense y fraternal, Bruno le decía, tocado de ingenua admiración:

—¡Caramba que tú trabajas, Peregrina! Mira que se necesita ser guapa de verdá, para cuidar de la casa, de Feliciano, y hacerle además la comida y lavarle la ropa y hasta vestir a todo ese chipichipero.

Ella se limitaba a sonreír o contestaba diciendo:

—Quien te oyera diría que tú eres bien flojo.

Pero una vez él añadió con espontánea y fresca naturalidad:

—Cualquiera te querría por mujer, no más que por lo que trabajas... Continás que eres bonita.

Y esa vez, ella, no contestó, ni sonrió siquiera; haciendo el ademán de recoger la pieza de ropa que tenía entre las manos, inclinó sobre el agua sus mejillas, para que él no las viese empurpuradas de rubor, como ya para entonces lo estaban los flancos del cerro bajo el espigado manto rojo del forastero capimmelao, precursor de las purpúreas floraciones de llama del estío.

Inadvertido pasó a los ojos de Bruno el rubor de la muchacha, como también inadvertido había pasado a sus ojos que la belleza de ésta, a semejanza y con urgencia de flor, se estaba saliendo a toda prisa de la

estrechez del capullo. Su misma familiaridad con ella le impedía observar cómo el desabrimiento de líneas de la virgen y la asexualidad de sus formas imprecisas y gráciles comenzaban en ella a desvanecerse, transfiguradas en la plástica maravilla de redondeces y curvas de la mujer en sazón. Un extraño, otro cualquiera, como sucede en casos parecidos, le quitaría a Bruno las telarañas de los ojos, y ése, en el caso de Bruno, fue musió Pedro, el italiano.

Cuando llegó a la hacienda, el italiano, de oficio picapedrero, se vio acogido como una Providencia que bajara a desembarazar de piedras la campiña. Don Vicente, el amo, lo instaló con sus útiles debajo de un flamante cobertizo de cinc, al arrimo oriental de la Oficina Vieja. Llamen así a unas cuantas paredes ruinosas, levantadas casi al pie del Avila, a larga distancia de la actual oficina, en medio de un vasto paisaje roquero, a la vez pintoresco y adusto. Prétales buena sombra hacia atrás un enorme laurel matapalo, nacido en el mismo punto en que mueren los restos de una sólida y alta cañería, por donde antiguamente viniera cautiva y siempre cantora el agua del cerro. La cañería acaba entre dos paredes lo bastante aproximadas y altas para formar un foso, en donde hace más de un siglo, y a fuerza de agua, giraba una rueda, que a su vez movía algún rudimentario trapiche de caña, o más bien una tahona de yuca. Adelante, cuatro paredes limitaban un vasto cuadrilátero, dos de cuyos ángulos, merced a techos primitivos, aparecen habilitados para viviendas de peones. Por fuera, y al abrigo de la pared oriental, se halla el cobertizo del picapedrero. Sembrados por los pájaros o la brisa, en la pared que va al Sur vegetan dos o tres matapalos, que arriba dan al viento un follaje desmirriado y pobre, mientras abajo prosperan en fuertes e innúmeros manojos de raíces, ya tendidas y entrelazadas en la superficie a modo de mallas de una antigua armadura de guerra, ya insinuadas entre piedra y piedra, entre ladrillo y ladrillo, por todo el espesor de la pared, hasta sustituirse en ésta a la argamasa.

Hacia los cuatro puntos cardinales, fuera del espacio circunscrito por las paredes ruinosas, el pedrisco, suelto y menudo, se encuentra allegado en paredones, que más o menos irregularmente alinderan unos cuantos *covados* o pegujales, minúsculos como pañuelos. Y dentro y fuera de los *covados*, ya asomándose un poco a flor de tierra, ya descubiertos en toda su alteza y magnitud, surgen, como en un campamento de gigantes agazapados o enhiestos de granito, viejos cantos rodados del Avila, más numerosos y eminentes a medida que hacia el ocaso va el terreno, en declive, degradando, hasta la hondura de la quebrada próxima.

A golpe de martillo y cincel, que alzaban lascas de la piedra, examinaba el italiano la diversa contextura de los bloques graníticos. Desechaba los casi blancos, de primera formación, por muy débiles, como los de color azul negro, por muy duros, para sólo atenerse a los medianos, jamás trabajaba sino los de pinta y corte nítidos, no los veteados de herrumbre. Ya

hecha su elección, procedía, con la ayuda de un su aprendiz y de un gato de madera, a levantar, si lo juzgaba necesario, el peñasco elegido, para así labrarlo y pulirlo mejor, hasta obtener, con la forma cilíndrica apropiada, una buena piedra de moler maíz, café u otros granos, por la que lograba en la ciudad un magnífico precio.

Al darse cuenta de lo pingüe del negocio, el viejo dueño del fundo ya no se contentó con que el italiano le limpiara las tierras del pedrisco, y aspiró a una equitativa participación en la ganancia. Y, contra lo que él esperaba, el italiano acogió pronto cortésmente sus razones, como era de justicia.

—Ta bien... Sicuro... Anzi per me e mucho gusto... Ta bien... Sicuro... Yo trabaco la pierda, e tu mi darai suplementi pa cinceles y chopini. Anzi per me e mucho gusto... Ma... E poi... Neste mestier el guadagno e poco. ¿Sa? Sí guasta, guasta mucho ferro...

Sentado, con el pelo-de-guama entre las piernas, mientras hablaba o escuchaba, dándole vueltas al sombrero, musió Pedro sonreía, sonreía siempre, con pícarosca sonrisa, que parecía brotarle de las comisuras de los ojos, color de guarapo; de los espesos y caídos mostachos, casi blondos, amarilleados además por el humo del cigarrillo.

Pero después de una hora de conversación, renovada con iguales términos y éxito, al cabo de unos días don Vicente desesperó de establecer con justeza la manera y el cuánto de la participación de cada uno en el negocio. Mareado por la perenne evasiva, que, sin tener semblanza de tal, no cesaba, sin embargo, de ir y venir entre un “si guasta mucho ferro” y un “anzi per me e mucho gusto”, molestado por la sonrisa imperturbable y socarrona, y derrotado, sobre todo, por un guirigay, que hubiese dejado adrede de ser italiano, para no allanarse nunca a ser español inteligible, don Vicente se resignó a la postre a dejar al italiano en libertad de hacer como quisiera. Y desde entonces, al cobijo precario de los ruinosos muros de la Oficina Vieja, musió Pedro fue como absoluto señor feudal en su castillo.

—¡Eh, Venao! Vieni qua. ¡Aspetta un poco, hombre! Ma ¿dove vai cosi ligero? ¿Hai visto? Adess, adess quiasi morde una serpe al sior Gabriele mentre calaba escardilla in aquel covado. Yo lo vido. Pareva, al correr sobre la tierra limpia, un filo d'acqua.

—Yo no he visto nada, musió.

Y como Bruno se moviera a seguir su camino, el italiano insistió:

—¡Caramba, Venao! ¡Un momento, hombre! Lasciami veder le tue parásitas. ¡Ajá! Bonitas davvero. Quelle li te le pagaranno benníssimo, sicuro.

—Qué va a saber de parásitas, musió Pedro —dijo Bruno, y echó de nuevo camino adelante.

Pero musió Pedro, picado, lo detuvo, advirtiéndole con sorna:

—Si conoce que la parásita más bela, la que tí piace dí piú, no la llevas contico, ma que t'aspetta allá abaco... , nel cequione... , sicuro.

—¡Oiga, musiu! no comprendo lo que usted quiere decir. ¿Qué parásita es esa?

—¡Caramba! No hay por qué disgustarti... Ma la parásita in questione, tutti lo sanno, e la Peregrina. Tutti li andano d'intorno. Pare que tutti estén riscaldati con lei e mismamente siano i camí que vienen da tutte le parti hasta aquí e saltano de los mogoti verso la sera cuando "Fama", la perra del señor Gabriele, está, como dicono, maluca.

—¿De verdad? ¿Y quiénes son esos... , esos que andan como tú dices?

—Ma, ma tutti... C'e Garzon, aquel muchacho lungo, lungo, que muove la testa al andar como badaco de campana.

—¡Ajá! ¡Ya sé! ¿Aquel jipato que parece enfermo de quilostomos?

—Ecco. C'e il dottorcito Vicente, il figlio del amo.

—¿También?

—También. E c'e Amaro, chi antes d'andarsene a la guerra, la guardaba sempre, sempre, con sus ojos bovinos.

—¿Anjá?

—Ma tutti, tutti. E cosí. Domandáselo al Bruco. Anche tu: non lo niegui. ¿Perché lo niegui? Anche a me mi piace, perché e linda come una Madona.

—Oiga, musiu: Zamuro no come alpiste ni se ha hecho la miel pa la boca del asno.

Y entonces Bruno siguió, sin detenerse ya a escuchar lo que musiu Pedro, entre apesarado y sorprendido, le decía:

—¡Eh, Venao! ¿Por qué ti pones bravo? ¡Caramba! Non hai ragione. Aspettami nella pulperia. ¿Sai? Nos beberemos cuntos una bottiglia di cerveza.

Al llegar esa tarde al cequión, en vez de saludar a Peregrina como era su costumbre, arrojándole flores, que, de no acertar a prenderse en el traje o el pelo de la muchacha, en el agua caían, y por un instante bogaban graciosamente, merced a su forma, antes de transponer acequia abajo, Bruno gruñó, más bien que murmuró, las "buenas tardes", y como a dos pasos frontero a Peregrina, del otro lado del cequión, se acostó boca arriba sobre la hierba.

Tras una larga pausa de silencio, Peregrina, chocada del aire sombrío de Bruno, exclamó:

—¡Guá! ¿Qué bicho te ha picado hoy, Bruno?

—¿A mí? A mí no me ha picado ningún bicho. ¿Por qué?

—¡Hombre!, porque has venido muy raro. Y como te la pasas en el cerro y cuentan que hay tanto animal, tanta culebra, por allí arriba...

—Por vida tuya, hazme el favor de no mentarme ese animal, que ya hoy me lo mentaron, y eso me ha traído mala suerte.

—¿Y tú crees en esas cosas?

—Yo no creo ni nunca he creído. Pero como eso, de verdad, me ha traído hoy mala suerte, ya estoy teniendo miedo a creer en esas cosas como cualquier patiquín de Caracas.

Nueva pausa de silencio, que interrumpió el mismo Bruno:

—Ahora, al pasar por la puerta del repartimiento, alcancé a ver a María, la hermana de los Blanco. ¡Qué mujer tan sinvergüenza! Con dos muchachos, ya está a punto de tener otro... Y todos, de padres distintos. ¡Ni una perra, caray! Y es lo peor que, cuando se pone delante, yo me pregunto si no serán así todas las mujeres.

—¡Qué barbaridad! No digas eso, Bruno. De todo hay entre las mujeres, como entre los hombres. Yo, antes de ser como ésa, mil veces me mataría.

El cálido tono de sinceridad con que Peregrina pronunció las últimas palabras hizo que se incorporase Bruno, quien después de ver a la muchacha largamente en los ojos volvió a tumbarse boca arriba sobre la hierba. Y ante el espontáneo movimiento con que él se incorporó y la vio, Peregrina adivinó lo que pasaba, y entonces las palabras de él, que viniendo de otros labios la ofendieran, le sonaron a gloria: su corazón empezó a brincarle de alegría, y todo su pecho fue como un canto de aeluya.

Inclinada sobre el agua, dirigiendo de cuando en cuando a Bruno preguntas indiferentes, iniciando y abandonando muy luego diversos y mínimos temas de conversación, ella, con esa disimulada habilidad que es propia de la mujer, fue poco a poco y a todo su talante confesando a Bruno, hasta hacer desfilar entre los dos, mientras Bruno, inconsciente del juego, las evocaba con el nombre, la figura de Garzón, el muchacho larguirucho, enfermo de anquilostomos; la del doctorcito Vicente, el hijo del amo; la del picapedrero socarrón y las de todos cuantos el italiano dijera que andaban como canes en celo rondando a Peregrina. El único nombre que esa vez no asomó a los labios de Bruno fue el de su hermano.

Cerciorada ya de ser verdad lo que sólo fue primero sospecha o conjetura en su espíritu, Peregrina se refugió toda la tarde en un silencio orgulloso. Aun comprendiendo que una palabra de ella habría bastado a deshacer los recelos mortales de Bruno, ella no dijo esa palabra, y él, por último, se marchó rumbo a la ciudad con el mismo aire con que esta tarde llegó, si no más desolado y tétrico, bajo su carga de orquídeas. El capimelaio en flor que ensangrentaba las garras leoninas del Avila comenzaba a palidecer cuando ya, demasiado tempraneros para la estación, florecían los bucares. El agua de la acequia pasaba, arrastrando en filas o en grupos los gatillos rojos. Algunos bucares, a la linde del cafetal o del barbecho, era un solo y vasto encendimiento de púrpura. Y debajo de ellos pasó Bruno con otro incendio en el alma: un loco incendio de amor, de vanidad atormentada y herida, de inexplicable tortura de celos.

A la vuelta de vender en la ciudad sus plantas, no apareció por el repartimiento ni a orillas del cequíon, y muy pronto empezaron a llegar malos rumores del ausente a oídos de Peregrina. Ya fue la reyerta en que se enredó una tarde con un hermano de Garzón en el juego de bolos de la pulpería que da al camino real, junto al mismo callejón de la hacienda. Ya fue una serie de pendencias con que alarmó al vecindario del pueblo toda la noche, y por las que el jefe civil dispuso arrestarlo. Ya libre se fue en excursión a la montaña, y por mucho tiempo se le perdió de vista, como si en realidad se lo hubiese tragado el cerro. En razón de su larga ausencia y de su apodo, tanto en la hacienda como en el pueblo, dieron en decir que debía de habérselo comido el león, ese nuestro indígena leoncillo u onza que baja a menudo a merodear por los cañadotes avileños y es goloso de carne de venado.

A Peregrina, cuando lo vio de nuevo, se le oprimió el corazón de pena y piedad, tan descompuesto y pálido estaba con sus ojos de fiebre, llamantes y profundos. Había pensado abrumarlo a reproches y acertó apenas a decirle:

—¡Vaya, que al fin se te ve, hombre! ¿Estabas enfermo?

—¡Ya lo creo! Estaba y estoy enfermo, muy enfermo.

—¿Enfermo de qué?

—Enfermo de ti Peregrina.

—¿Estás loco?

—También, enfermo y loco. Eso mismo me he dicho muchas veces, que estoy loco, y loco de ti, Peregrina. Loco de ti me la he pasado estos días de cañada en cañada, de sabana en sabana, de cerro en cerro. He pasado sin dormir muchas noches, deseando que un palo de la montaña me cayera encima y ahí mismo me dejara, para que los zamuros me comieran y los aguaceros me pelaran y me lavaran los huesos, hasta dejarlos blanquitos, blanquitos, allá arriba, en la cumbre.

—¡Pero qué de barbaridades estás diciendo! ¡Por Dios!

—Bueno, serán barbaridades, pero las he pensado y las pienso por ti. Es como si me hubieras hecho mal de ojo, como un maleficio que me hubieras echado. ¿No has visto aquellos matapalos que están en una pared de la Oficina Vieja? Sus raíces van pared abajo, metiéndose entre piedra y piedra, entre ladrillo y ladrillo, hasta no haber sino raíces, en vez de mezcote. Si se pudiesen arrancar las raíces, toda la pared se vendría abajo. Pues así como esas raíces en la pared, tú estás en cada gota de mi sangre, en cada pedacito de mis entrañas, de modo que ya soy todo tú.

Peregrina, turbada, conmovida, se inclinaba cada vez más al cauce de la acequia.

—Bueno —siguió el—, por eso he venido a hacerte estas dos preguntas.

—Pregunta lo que quieras, con tal de que no sigas ensartando herejías.

—Tú, ¿no quieres a nadie?

- ¡Qué preguntas! A nadie.
- ¿De verdá, de verdá, a nadie?
- De verdá, de verdá, a nadie.
- Bueno... , pues ahí va la otra. ¿Y a mí? ¿No me quieres a mí?
- ¡Sí, yo siempre te he querido!...
- No. Yo no te hablo de ese modo de querer. Yo eso lo sabía. Yo te pregunto si me quieres como yo te quiero, como deben querer las mujeres a los hombres y los hombres a las mujeres.
- Yo... Yo... ¿Qué te puedo decir? ¿Qué puedo contestarte? ¡Si tú dejaras de ser como eres, Bruno! ¡Si supieras cuántas cosas han venido a contarme de ti estos días!... Y luego... , luego... , tú no acabas de formalizarte, y te las pasas de ceca en meca.
- Pues sí es por eso, te prometo que me formalizaré, y hasta, si quieres, hablaré con el amo y le diré que me haga caporal de la cogida o de los peones. ¿Te gusta? Bueno, pues ahora contéstame.
- Déjame pensarlo, Bruno. ¿Por qué no esperas a que llegue Amaro, para que tú hables con él, y entonces hable con el viejo?
- Y en esto, ¿qué tiene que hacer Amaro? ¿Porque es mi hermano mayor? O será que tú lo quieres...
- ¡No! ¡Eso, no! ¡Nunca!
- Pues entonces no es preciso esperar a que él venga para que tú me contestes. Por vidita tuya, contéstame, y si es que no me quieres yo te prometo que no volverás a verme en tu vida.
- Ella no contestó sino inclinándose aún más, acurrucándose, como si pretendiera meterse en el cauce de la acequia, para que el agua se la llevara. El pensaba entre tanto en las palabras del picapedrero, que representaba a Amaro antes de marcharse a la guerra, siguiendo y persiguiendo a la muchacha con sus mansos ojos bovinos. Y en un loco ímpetu de celos y rabia se abalanzó sobre Peregrina, y sujetándola de los brazos por detrás la besó y mordió en la nuca, debajo de los rizos volanderos, mientras ella, después de un momento de debatirse, desfalleció y cayó entre los brazos de él, pálida, trémula, entregada, como humilde bestezuela voluptuosa.
- Pues, bueno, sí; te quiero más que a mi vida, con toda el alma, Bruno.

V I

Desde entonces las noches del campo comenzaron a poblarse de visiones, encantamientos, fantasmas y aparecidos. Al caer de la tarde, un calofrío sobrenatural circulaba con la sombra nocturna por los callejones de la hacienda. El pozo de la quebrada y el cafetal que se extiende por detrás del repartimiento fueron los parajes de elección de brujas y duendes o de almas en pena, portadoras de mensajes de la otra vida. Las apariciones menudearon,

sobre todo hacia aquel punto del cafetal donde, irguiéndose por sobre guamos, bucares y otros árboles comunes, un gigantesco y prócer matapalo corona con su estupenda urdimbre de hojas y ramas, complicada y aérea como la área y complicada fábrica de un alcázar morisco, la oscura y densa masa del tablón del café.

Ya fue Garzón, quien cierta noche llegó en desatentada carrera a desplomarse, perdido el conocimiento, frente a la casa de los amos, porque, según se explicaba a poco vuelto en sí, al pasar por el callejón, vio del tronco mismo del matapalo alzarse la imagen de la Muerte, y a ésta, hacerle visajes y otras señas, como llamándole, mientras lo miraba y seguía con sus huecos ojos de calavera, encendidos en llamaradas de azufre. Ya fue el mayor de los Blanco, Ramón, o sea el llamado Tanto-vales-cuanto-tenes, por el estribillo, que constituía su monólogo de borracho, cuando en la tarde se pasaba del número reglamentario de copas, o con toda su familia se entregaba los días de fiesta a las delicias del *champurrio*, y a quien una noche, cerca del matapalo, se apareciera, apoyado contra el tronco de un guamo, a la orilla misma del callejón, una especie de gigante negro que fumaba en pipa. Mientras Ramón, aterrado, lo miraba, el negro se agigantaba cada vez más, hasta ponerse como de sombrero la copa del árbol, y al mismo tiempo que se agigantaba, de modo alternativo fumaba y sonreía, cortando en este último caso la noche con el deslumbrante y nítido fulgor de sus dientes.

Cuando no eran fantasmas, o aparatos, como los llamaba Saturno, un gañán alto y fuerte, encorvado de espaldas, cariancho y un tanto bizco, era, al caer de la tarde, hacia el fin del crepúsculo, el encanto del pozo. Como si de repente el agua cesara de correr, el cauce de la quebrada quedaba seco más abajo del pozo, en tanto que de la parte de arriba el agua seguía fluyendo, y el pozo empezaba a crecer, a colmarse, pero sin llegar a desbordarse nunca, mientras, para sorpresa y espanto de tardías lavanderas y aguadoras, en lo más hondo del pozo, misteriosamente rompía a sonar una suave y dulce música de arpas y violines.

En la casa de los amos, en el repartimiento, en los ranchos, en los corros formados por el peonaje a las puertas de la pulpería o dentro de la misma hacienda, no se hablaba de otra cosa. Como un contagio sutil, de unos a otros iba transmitiéndose el pánico. Ya los más valientes, cuando no echaban a correr, se detenían turbados, presos por un instante de la congoja del miedo, si un brusco soplo de viento pasaba murmurando entre las hojas, o al repentino balancearse, movida por la brisa, de una hoja de plátano bañada de luna.

El viejo gañán marrullero, Juan Francisco, el Brujo, ladeando un tanto la cabeza, la cara hacia arriba, en alto el episcopal pimiento de su nariz de bebedor, explicaba cómo él conocía los términos del conjuro eficaz contra el encanto del pozo. Doctor de esta ciencia, conocía toda suerte de conjuros y cábalas, ya contra duendes y brujas, ya para evitar o sanar

la mordedura de culebra, ya, por último, para en gentes y animales contrastar el mal-de-ojo y sus maleficios. Cuanto a los espantos y visiones del otro mundo, "él tenía su idea".

—Yo que Garzón, por ejemplo, haciendo la señal de la cruz por dos o tres veces, me hubiera acercado al espanto a ver qué necesitaba o quería de mí. Porque ¿y si es algún entierro que está destinado pa él, sólo pa él? Lo que tiene es que Garzón es muy miedoso.

Y Garzón, molesto, replicaba:

—Pues ojalá te saliera a ti, ya que, además de brujo, eres tan guapo. Y lo que es por mí, puedes quedarte con todo el entierro, aunque me esté destinado; ¿sabes, Brujo?

—Pues yo—terciaba Amaro con acento aún más irritado y hostil que el de Garzón—, aunque no soy sino un arreabueyes, como algunos dicen, ni tampoco soy brujo, también tengo mi idea.

La mal disimulada inquina de Amaro provenía, sobre todo, de que una vez, en ausencia suya, el viejo gañán Juan Francisco le había malacostumbrado los bueyes. Cuantas veces pasaba entonces la carretera para ir al trabajo, el Brujo entraba a tomar la mañana en un ventorrillo del camino. Y un día, no contento con él sólo tomarla, decidió que también la tomara su yunta. Desde esa vez, apenas apuraba su trago, sacaba del ventorrillo un trago doble que repartía con toda equidad a sus bueyes. En el hueco de su mano derecha daba a beber a cada uno, y luego con la misma mano, a cada uno restregaba largamente el hocico. Los bueyes, indiferentes al principio, no hacían sino limpiarse con sus grandes lenguas ásperas la nariz y los bellos húmedos; pero, al fin, acabaron por cobrar extrema complacencia en lamerse y relamerse, paladeando el aguardiente de caña con la gravedad reflexiva de concienzudos catadores. Habituáronse de modo que, aún después de quitárselos definitivamente al Brujo y de ponerlos al cuidado de otro gañán, en cuanto llegaban al ventorro del camino, se plantaban y ya nadie los movía, ni a gritos, ni a palos, ni a punta de garrocha, si antes no los regalaban con la acostumbrada ración de aguardiente. Y como Amaro se viera obligado también a darles a beber caña a fin de reducirlos a caminar dócilmente, como en los buenos tiempos de la yunta, detrás de su garrocha, no perdonaba a Juan Francisco el haber comunicado tan feo vicio a los bueyes, y de ahí su perenne y sorda enemiga contra Juan Francisco, a quien, para sus adentros, no se cansaba de tratar de "so borracho", de "viejo sinvergüenza" o de "piazó e brujo".

—Pa mí que los tales aparatos no pueden ser sino una de dos: o... —empezó a decir Feliciano, para callar en seguida, como si se arrepintiera de revelar lo que pensaba o como si al enunciar el primer término de su hipótesis lo asaltara y escarabajeara una duda.

Abajo, sentadas en el sardinel, Candelaria y Peregrina atienden, sin hablar, a la conversación y los comentarios de los hombres. La última

cuando el padre se preparó a dar su opinión, se acurrucó toda ella, apretujándose contra Candelaria, cual si quisiera incrustarse y desaparecer en el flanco de la amiga.

“Eso, lo primero —pensaba, entretanto, Feliciano—, es imposible. ¿Quién podría ser ella? Las únicas eran Candelaria y la mujer de Pedrito, y Rosa, la hija de la señora Leonor, y de la honradez de ésa, él estaba seguro. Cuanto a las otras, las Blanco, tampoco había por qué sospechar de ellas, por lo mismo que esas no necesitaban tantas historias para enfermarse y curarse de la barriga a los nueve meses justos de haberse enfermado.

Al fin, después de quedar un buen rato meditando, Feliciano hizo como un esfuerzo para concluir, expresando solamente, y eso a medias, el segundo término de su hipótesis.

—Bueno... Ya ustedes verán... Ya ustedes verán cómo el rabipelao va a empezar a llevarse las gallinas.

Días después, con grande asombro de los que estaban en el secreto, algunos sucesos parecieron venir a confirmar la segunda sospecha de Feliciano. Cierta mañana, a pocos pasos de la casa principal de la hacienda, amanecieron deshechos numerosos montones de ñames: ausentes las grandes y gordas raíces de su cónico regazo de tierra, apenas quedaba, enredado al parral todavía enhiesto sobre cada montón, el huérfano bejuco. Otra vez fue un campo de papas, de varios de cuyos camellones desaparecieron los tubérculos. Luego, como si los culpables cobrasen, de su misma impunidad, audacia y bríos, otra mañana faltaron del propio gallinero de la casa grande unas gallinas de que el amo andaba orgulloso.

A fin de alcanzar lo que desde el primer instante se propuso don Vicente, aunque hirviendo en furor, lo disimuló de suerte que no se trasluciera, empezando por atribuir con toda sencillez el robo de sus gallinas a la natural codicia y destreza de los rabipelaos.

Fuerte, de regular estatura y de vejez lozana y florida, el amo había de mozo cultivado sus letras. A poco de graduarse de doctor en Derecho, se casó a tuertas, a juzgar por lo efímero y trunco de su matrimonio. Recién casado, un día abandonó, sin causa aparente, ciudad, familia y mujer, y, acogido a la hacienda heredada de sus mayores, ahí, como en una Tebaida, se aisló para siempre de la bambolla y el fausto del mundo. Su aislamiento y el medio rústico, en perpetua complicidad con su vigor, le indujeron a formar, a espaldas de la ley, otra familia, de donde salió el doctorcito Vicente, único de sus vástagos que él confesara. Y como semejante familia no cercenaba su libertad, su temperamento ni su acción, gozaba de sus cabales fueros y preeminencias de señor feudal, inclusive de aquel derecho por huir de cuyo alcance pasaron a través de lamentables e infinitas aventuras los Novios del Manzoni. Espiritual y materialmente, su

vida, a la luz contemporánea, resaltaba como el calco de una vida pretérita. Conservaba y cultivaba el hábito de la lectura, pero, con magistral desdén por todo lo moderno, jamás leía sino autores y libros clásicos. . . Entre sus libros predilectos, los que más a menudo llevaba y traía bajo el brazo, eran cierta edición comentada del Quijote, y aquel de Fray Antonio de Guevara intitulado *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Acostumbraba sentarse a leer sobre una alta piedra del paredón que servía de linde a su heredad, o bajo los árboles de un altozano fresco y sombrío, de donde, por los claros del paisaje, por entre los mangos y bucares dispersos, divisaba el Avila en el fondo. Reposaba de los libros contemplando el paisaje, siguiendo los innumerables juegos de la luz en la divina y ruda faz protiforme del Avila paterno, cuando de ellos no pasaba sin transición a domar un potro, amansar novillos o violentar muchachas. La suspicacia campesina, aunque sin prueba alguna, lo asociaba al nombre de aquella mulatica apenas en pubertad que se encontrara hacía poco muerta y violada al pie del Avila, en lo hondo de un barranco florecido de anémonas. Inspiraba a sus colonos el respeto o miedo, no cariño, y nadie se permitía dentro de sus tierras a poner en duda sus fueros de señor ni sus derechos de propietario.

En guardia, al empezar los robos en la hacienda, fuera de sí, al ver como cargaban con las mismas presas de su corral, puso en sorprender al autor o a los autores de tamañas fechorías la tenacidad y constancia que hubiese puesto en una empresa heroica. Hizo del día noche y de la noche día; armó toda especie de celadas, trampas y redes; pero aunque los robos menudearan, nunca se opusieron como esta vez tantos obstáculos y demoras al cumplimiento de un propósito suyo. Y desesperaba ya de poner sus manos en el ratero, cuando éste, inconscientemente, una noche vino, como por sus pasos contados y en la obscuridad, a metérsele entre los brazos, bajo las formas desnudas y opulentas de la negra Higinia.

Era Higinia una negra cincuentona del pueblo más próximo, el núcleo original de cuya población se constituyera con el rezago de las esclavitudes que, durante la colonia, poblaban haciendas y estancias vecinas pertenecientes a las viejas familias patricias de Caracas. Los hombres, después que la revolución insinuó en ellos una trunca y simplista si no inversa noción de la democracia, aspiraron a copiar, aunque sólo alcanzaron a parodiar grotescamente, la vida de sus antiguos señores. Casi todos empezaron por menospreciar, abandonándolas al extranjero inmigrante, las faenas de la agricultura. Muchos optaron por oficios como los de albañil o carpintero, que además de jornales crecidos les procuraban, por ser escasas las fábricas, largos paréntesis de ocio. Entre fábrica y fábrica se agregaban a los corros apostados en cierta esquina del pueblo, en los corredores de las pulperías o junto a las mesas de monte y dado, sin avergonzarse de holgar a expensas del trabajo de las mujeres. Porque entretanto se daban ellos a holgar como señores, trabajaban ellas de la madrugada a la tarde,

metidas a placentas, yendo todos los días a vender al mercado de la ciudad, en donde ocupaban puesto fijo, toda clase de aves de corral, de hierbajos, frutas y legumbres. Proveíanse por los medios legítimos, pero si éstos faltaban, se proveían de todos modos, merced a un bien estudiado y meditado aunque azaroso merodeo. Ese era el caso de Higinia. Favorecida, sin ella saberlo, por las historias de encantamiento y fantasmas que obligaban a recogerse temprano a los habitantes de la hacienda, su captura, de no haber sido obra de la casualidad, habría tardado mucho por lo difícil, gracias a una estratagema de su invención: si bien por caminos diversos, iba siempre derechamente a un conato de cueva o socavón de la quebrada; ahí se despojaba de todo traje, y sólo entonces, completamente desnuda, marchaba a sus raterías, desafiando a la misma agudeza de visión de las lechuzas, porque su tosca y viva escultura de ébano era en la oscuridad como una noche dentro de la noche.

Sorprendida y puesta a buen recaudo la placera, no cesaron, antes parecieron multiplicarse y extremarse las apariciones, con grande aparato de ruidos, mortajas y luces; por lo que se vio que espantos y fantasmas entraban sólo a modo de coincidencia en los planes y tretas de Higinia.

—Vamos a ver qué van a decir ahora Feliciano y Amaro—triunfaba Juan Francisco—. Vamos a ver si son ellos los que tienen la razón o si la tiene el Brujo.

Fue por ese mismo tiempo cuando, alarmada, Peregrina observaba a toda hora, mañana y tarde, las conversaciones íntimas y los cuchicheos y apartes misteriosos del Brujo con José de Jesús, el albañil de la hacienda. Dedicaba en la hacienda José de Jesús una parte del año a remozar o construir viviendas de peones y, sobre todo, a revisar y mantener en buen estado los patios, corredores, techos y almacenes de las oficinas de café, en tanto que el resto del año lo pasaba en la ciudad, ocupado en la reparación o mejora de las casas que en ella don Vicente poseía. De aspecto simiesco, visto por detrás y al andar, a causa de la desmesurada longura de sus brazos y del consiguiente zangoloteo de los mismos, era, como lo pregonaban sus rasgos, de natural apacible, dulce y bondadoso. Inmóvil o en marcha, así en el trabajo como fuera del trabajo, guardaba la actitud ensimismada del hombre abstraído en un solo pensamiento. Cuando lo saludaban al pasar, alzaba los ojos del suelo y, como si viniera de otro mundo, miraba primero con asombro, antes de responder, desplegando en cordial abanico su blanca sonrisa innumerable. Negro de raza pura, no tenía de blanco sino el traje y los dientes. Vestido siempre de blanco, era en su traje y su persona cuidadosamente pulcro. Serio y trabajador, se daba todo a su trabajo, en tanto que una particularidad en el terreno o en la arquitectura del edificio no lo ponía sobre la pista de un tesoro. Su fantasía se desbocaba entonces como impetuoso caballo sin bridas ni freno. Igno-

rante, de imaginación fresca y virgen, pero falto de la indispensable disciplina para hacer de su oficio, con semejante imaginación, cosa noble y excelente, vivía, dentro de su vida humilde y mediocre, otra vida fantástica. A pesar de ser pobre y de parecer contento con su pobreza, porque de ella no se lamentaba nunca, su perenne ensueño era como el desenfrenado desfile de riquezas quiméricas de un cuento de las *Mil noches y una noche*.

El viejo maestro de quien fue aprendiz cuando muchacho, sembró el germen de tan extraordinaria ilusión en su alma adolescente con mil historias de hallazgos maravillosos de tesoros ocultos. Ya se tropezaba alguien con una losa, debajo de la cual se abría una especie de caverna de Alí Babá atestada de cajas llenas de monedas de oro. Ya era una puerta que al cerrarse con ímpetu, o un clavo que al ser hundido a fuerza de martillo en la pared, echaban al suelo un fragmento de encalado, y ponían al descubierto un hueco u hornacina, donde en vez de santo o madona aparecía Nuestra Señora de la Fortuna en forma de botijuela.

Alrededor de las casas vetustas de la ciudad o alrededor de antiguos establecimientos agrícolas, florecientes en la Colonia, rondaba de cuando en cuando la leyenda del tesoro escondido. Y la leyenda prendía y se arraigaba en las almas, perturbando a los débiles y enfermizos, precisamente por salir y alimentarse de la misma realidad histórica. Durante la guerra de Independencia, implacable, cruelesísima y larga, los que huían, según las alternativas de la lucha, realistas o patriotas, antes de marcharse y en la esperanza de la vuelta, guardaban en el espesor de una pared, al pie de un árbol o en un punto cualquiera marcado con señales precisas, una parte si no el total de su peculio. Naturalmente, algunos, al vez muchos no volvían, y como se llevasen a la tumba el secreto de su tesoro, de ahí después las repetidas historias de estupendos hallazgos ocurridos en ciudades y aldeas, lo mismo que en despoblado.

José de Jesús conocía las casas de la ciudad en donde hubo "y se sacó entierro", aquéllas donde era probable que lo hubiese y aun aquéllas donde era seguro que lo había. Nativo del campo y tan conocedor de éste como de la ciudad, se hallaba enterado también de cuantas leyendas e historias análogas corrían de boca en boca entre los rústicos. Sabía del gañán que arando en un barbecho vio con sorpresa cómo después de tropezar la reja de su arado, alzó de pronto en el aire un viejo cacharro oscuro preñado de oro y de destino. Y asimismo sabía del peón que una tarde, matando con agua bachacos, al brusco derrumbarse de un bachaquero, alcanzó a ver en lo hondo una tinaja panzuda, y dentro de la tinaja halló después, debajo de una calavera, un montón de aquellos tejos de oro, hoy desaparecidos, como no se encuentren a título de rareza extraordinaria en colecciones y museos.

Unas cuantas piedras dispuestas con simetría en paraje donde ellas no abundan, o un árbol singular de su especie nacido en cualquier parte del campo, José de Jesús los reputaba como señales reveladoras. Y si a eso

se agregaba que alguien hubiese visto cerca de la piedra o del árbol fantasmas o luces, ya estaba él emprendiendo exploraciones y pesquisas. Cuando un totumo solitario, en sitio donde al parecer había existido un modesto rancho de labradores, amaneció tendido con su carga de hojas y frutos dentro de una vasta fosa abierta a sus pies, todos en la hacienda atribuyeron el hecho al Tralunao.

Así, al llegarle, transmitidos por su compadre el Brujo, los rumores de los nuevos fantasmas, con la noticia fiel de dónde, cómo y cuándo más frecuentemente aparecían, en su espíritu surgió con rasgos de viva y poderosa realidad una antigua leyenda. Era la misma que, como la áurea flor de los araguaneyes por primavera, periódicamente surge y florece, a modo de primavera de ilusión para las almas abatidas por la tristeza y la penuria, en caseríos y pueblos, junto a los muros y ruinas de antiguas casas de labor, por descampados y haciendas, entre Caracas y Maturín, a lo largo del trayecto seguido por los patriotas emigrantes de Caracas el año 14 del pasado siglo XIX, cuando la capital se encontró bajo la inminencia de ser entrada a saco por Boves, al frente de las hordas realistas del Llano. Según la tradición, a cuantos les fue posible llevarse del tesoro de las iglesias, los emigrados conducidos por José Félix Ribas y el Libertador, añadieron, a fin de hacerse más livianos para la fuga y salvar lo más valioso de su haber, sus mejores prendas y riquezas personales, para hacer con todas esas riquezas y joyas, sagradas y profanas, puestas en acervo común entre las manos de Ribas, un solo caudaloso y magnífico entierro. Pero si la tradición era unánimemente acatada en cuanto al hecho del tesoro, ya no lo era en cuanto al sitio, pues mientras algunos opinaban que el tesoro yacía en plena tierra de Oriente, hacia el fin de tan largo y lamentable via-crucis, otros, apoyados en buenas razones, lo imaginaban escondido más bien en los comienzos de aquel pavoroso itinerario.

—Para mí no hay duda. Para mí, ese entierro es aquel que está aquí, aquí mismito, en la hacienda, porque aquí al salir de Caracas, pasó el general Ribas toda la noche.

Al hablar así con el Brujo, Saturno, el gañán bizco, y musió Pedro, el italiano, el Tralunao se dirigía más especialmente a musió Pedro, a quien tanto él como Juan Francisco y Saturno deseaban asociar a sus planes en razón de ser musió Pedro quien poseía en la hacienda las herramientas mejores.

—Mire, musió Pedro agregaba José de Jesús—. ¿Usté ve todas esas tierras más acá de la carretera? ¿Y todas esas que están más allá? Pues todas esas eran del general Ribas. Y también eran de él esas donde usted trabaja. Pues, por eso mismo, se pasó él aquí toda la noche.

—Pué ser; ma non lo credo. ¿Come, se li spagnuoli stavano, cosí vicini a Caracas iba él a fermasi aquí tutta la noche tranquillo?

—¡Guá, musíú! replicaba Juan Francisco—; ¿tú no ves que él se quedó aquí a esperar a que pasaran todos, porque él, como general, tenía que ir cubriendo la retaguardia?

—Forse que sí, ma... ma non lo credo. ¿E como un signor generale con tantas tierras andaba metido en rivoluzioni?

—¡Ah, musíú bruto! —contestaba Juan Francisco—. ¡Si esa no era ninguna revolución! Esa era la guerra de independencia, ¿comprendes, musíú? El peleaba por la libertad, ¿comprendes?, para que no fuéramos esclavos de los españoles.

—Puee essere, ma non lo credo. Forse anche peleaba per avere ancora más tierras.

En tanto que Juan Francisco se disputaba con el italiano recalcitrante, sonreía José de Jesús con su cara abierta y bonachona y Saturno miraba obstinadamente al suelo, como si estuviera anticipando a sus ojos, con la imaginación, la fúlgida llamarada del tesoro escondido.

—Bueno, musíú —dijo el Brujo, cortando las observaciones maliciosas de musíú Pedro—. Pa que se convenza escuche a mi compadre, que él ha estudiado la cosa hasta con aguja de mareá.

—P'a mí no hay duda —intervino entonces José de Jesús— de que ese entierro está al pie del matapalo. Fíjense en que el matapalo está, como yendo p'al cerro, en la misma línea que la puerta vieja del camino real que ustedes conocen, y acuérdense además de aquellas tres grandes piedras que rodan al matapalo en forma de triángulo con la punta pal camino.

—¡Hombre, es verdad!... ¡Es verdad!...

—Suponiamo que sí... ma ¿dove? ¿Si va a tumbar il matapalo? E se no ¿come si sa de qué parte está l'entierro fra tante radici?

—¡Hombre, musíú, no juegue! Eso es muy fácil: se sabe por el punto en donde aparecen los aparatos y las luces, Como a mí me han salío muchas veces, yo podría ir hasta ese punto con los ojos cerraos.

Tal dijo Saturno, volviendo por primera vez de su abstracción, para inmediatamente proseguir como si recayera en el ensueño.

—Dicen que es un arca grande, muy grande, toda llena de custodias, copones y otras cosas de iglesia, por encima, ¡óigalo bien, musíú!, por encima de quinientos mil pesos en onzas de oro.

Ante la evocación material del tesoro, el estrabismo de Saturno fulguró, exagerado, en un incendio de codicia. El mismo musíú Pedro, aunque murmurando otro "puee ser, ma non lo credo", pero más tenue y apagado que los anteriores, pareció dejarse persuadir, pensando tal vez que de tantas peluconas podrían tocarle muchas, y en ese caso le sería fácil enviar unas cuantas de ellas a Italia, a su familia, para que ésta se comprase, como era su ideal, una hostería, con bodega, huerta, "stallazo e tutto quanto", y unos pocos, y hasta, ¿por qué no?, unos muchos viñedos de buen vino.

—Si... , sicuro... Ma ¿si lo sa don Vicente?

—¡Qué va, musió! ¿Por qué va a saberlo? Bueno... , y que lo sepa; si lo sabe después, ¿qué importa?

—¿E si por caso no encontramos niente e la cosa se sa e si burlan de noi altri?

—¿Quién va a burlarse de uno? Bueno... , y pon que no encontremos nada: siempre habremos pasado una noche distinta. En cambio; si encontramos, ¡figúrate, musió! ¡Nada! Déjate de bobadas y prepara lo jierro pa esta misma noche. Mira —agregó el Brujo, con el tono de quien estaba por soltar el argumento máximo y decisivo—, a la tardecita, vete a la pulpería, y ahí lo dispondremos y combinaremos to pa esta noche, bebiéndonos unas cuantas botellas de cerveza negra.

—Bene, bene; andró nella pulpería.

Iban ya a dispersarse los del grupo en distintas direcciones, después de vencidos en reunirse de nuevo algunas horas más tarde, cuando a pocos pasos de ellos, al pie de un mango y a la orilla de la tierra labrantía, vieron removerse y alzarse un bulto en que no habían reparado hasta entonces, y en el que no tardaron en reconocer la majestad auténtica, aunque minúscula, de Felipe Chiva o Chivera. El sobrenombre, o más bien su par de sobrenombres, le venía a Felipe, el menor de los Blanco y el sólo de su familia que no mojaba su boca con aguardiente ni champurrio, de hallarse forzado a utilizar como traje los desechos de sus hermanos mayores. Debajo del viejo sombrero de palma agujereado, a través de cuyos pintorescos postigos y claraboyas pugnaba por echarse afuera el pelo hirsuto, mostraba un rostro de facciones demasiado enérgicas para su edad, prematuramente viriles. El saco, por detrás, le llegaba a los pies, envolviéndolo todo como una hopalanda. Y de sucesivas transacciones con tamaña vestimenta, cuyos pliegues y anchura apenas le consentían al principio moverse y caminar, se derivó, sin duda alguna, como avenimiento necesario, aquel su andar pausado y majestuoso. Acompañado casi siempre de su perro "Carablanca", portaba siempre un machete cola-de-gallo, tan largo como él, ya sujeto con el brazo izquierdo en el hueco de la axila, cuando metía las manos en las hondas faltriqueras de la hopalanda, ya cogido del mango con entrambas manos cruzadas atrás, mientras la punta corva del machete arrastraba por el suelo. Su principal oficio en la hacienda era ayudar al corte de hierba y de cogollo para las vacas del establo y de malojo para las bestias de tiro.

Fuera de su ocupación invertía todo el tiempo en la caza. Los domingos, cuando su familia se dedicaba a las delicias del champurrio, él se escabullía a cazar conejos por entre los cañaverales de la hacienda. Pero sus excursiones de caza predilectas eran las nocturnas. A veces tenía por objeto la caza al zorro en los cañales vecinos. Entonces, él y algunos de sus amigos del pueblo, con su propio perro "Carablanca" y los perros de sus amigos, empezaban por toda la hacienda, de cañaverál en cañaverál, y a través de la noche, la encarnizada persecución en que él y sus amigos

guiaban y azuzaban a los perros con el intermitente, prolongado y monótono grito de “¡Cójjanlo! ¡Cójjanlo!”, quejumbroso y molesto ulular que tenía la virtud infalible de encalabrinar y poner de punta los nervios de don Vicente, hasta hacerle a menudo salir de su casa a una hora avanzada y como un loco, dispuesto a disparar su carabina, cargada de guáimaras, no sobre el zorro acosado y fugitivo sino sobre los propios cazadores maleantes que le espantaran el sueño.

Más frecuentemente y con más gusto, Felipe, solo con su perro, se iba a la caza del rabipelado al cerrar la noche. Ordinario de casta, insignificante de aspecto, desmirriado y feúcho, “Carablanca”, su perro, era en aquellos contornos el más hábil cazador de rabipelados. Acostumbraba Felipe mandarlo adelante, y jamás pasaba un cuarto de hora sin anunciarle con un claro y jocundo ladrido que ya tenía parada la presa. La retenía, dando vueltas y ladrando alrededor de un árbol, mientras el amo llegaba, solemnísimo y campanudo. A veces el rabipelado saltaba o se pasaba de un árbol a otro, pero no alcanzaba nunca a despistar al perro, que seguía acosándolo y acorralándolo desde abajo con igual táctica de vueltas y ladridos. Alguna vez, al pasar de un árbol a otro, el rabipelado, para su desgracia, caía, y entonces el can lo acosaba o acorralaba en el suelo, agregando en tal caso a sus ladridos, cuando la presa intentaba escapársele, oportunas dentelladas feroces. Las más de las veces, el rabipelado, como en espera de que pasara el peligro, se mantenía quieto, inmóvil, agazapado en el árbol, hasta que Felipe, al llegar, sacaba y encendía una vela de que iba para estos casos prevenido, y con la vela encendida encontraba y encandilaba al animal, cuyos ojos, a la luz, rebrillan y fosforecen como los ojos de los gatos en la noche. Si era necesario, como sucedía cuando un hueco del árbol deparaba a la presa un refugio, Felipe, armado de su machete, se encaramaba en el árbol a sacar la presa de su precario escondite. Pero si el rabipelado se ponía al alcance de su cola-e-gallo, lo bajaba de un solo golpe certero, y, en tierra ya, se apresuraba a rematarlo, no fuese que el marsupial —de aspecto chocante, si bien de aristocráticos gustos, por su irresistible tendencia a alimentarse de naranjas y de sabrosa carne de gallina— se fingiera el muerto, como suele, para, al menor descuido de cazadores y canes, desaparecer en un relámpago, trepando árbol arriba o corriendo al ras del suelo en fuga vertiginosa.

Cuando se dieron cuenta los del grupo de la presencia de Felipe y éste pasaba ya cerca de ellos con su andar acompasado y majestuoso, Juan Francisco, después de murmurar bastante quedo “¡Caray! ¡Si nos habrá oído ese monifato!”, lo interpeló de súbito, diciéndole:

—¡Guá, Chivera! ¿De dónde sales, hombre?

—De ahí mismo. Onde me quedé dormido. Porque anoche me trasnoché toa la noche cazando rabipelaos.

—Ajá. ¿Y cuántos cazaste?

—No más que tres.

—Bueno. Pues que duermas mucho.

Felipe siguió su camino con el pausado andar de costumbre, en tanto que Juan Francisco, receloso, volvía a decir:

—¡Si nos habrá oído el monifato ése!

Pero los demás le aseguraron que no era posible, porque todo lo habían conversado en voz baja, y el Brujo se tranquilizó. En realidad, Chivera no había perdido una sílaba de cuanto los buscadores de entierro tramaron, y por sus pasos contados fue a denunciarlo a Bruno. El era el único en la hacienda que merced a sus andanzas nocturnas tras de rabi-pelados y de zorros había penetrado el secreto de fantasmas y aparecidos. Y fuese ya por temor, ya por discreción, a su edad inconcebible, ya más bien por ingenua simpatía a los interesados a nadie reveló el terrible y envidiable secreto. Bruno, al aviso tan amistoso y a tiempo de Chivera, contestó:

—Gracias, valecito. No se lo digas a ninguno, y tú verás cómo nos vamos a divertir esta noche.

Luego salió a escape.

Entretanto, los compadres buscadores de tesoros, Juan Francisco, Saturno y musió Pedro, se congregaban de nuevo a conversar y a beber en un rincón de la pulpería. Mientras José de Jesús optaba por el aguardiente de caña, coloreado en verde zumo de la corteza de sidra, y Saturno se dedicaba al aguardiente sin color, Juan Francisco y el italiano bebían cerveza amarga y negra.

A la segunda botella musió Pedro veía ya materialmente con sus ojos el arca repleta de Saturno. Y en su imaginación la codiciada hostería empezó a tomar monumentales proporciones de hotel asentado en las riberas de Chiaia, Castellamare o Sorrento y comenzaron los viñedos a dar vino como para emborrachar a toda Europa.

Definitivamente conquistado el italiano, después de acordarse respecto a la clase y número de herramientas, partieron ebrios de alcohol y de ilusión, por diferentes rumbos, a fin de juntarse de nuevo, hacia las once de la noche, al pie del matapalo.

A la hora y en el punto de cita convenidos, no sin esquivarse por entre los árboles, aparecieron puntuales y cautelosos. Prudentes, principiaron por trabajar a oscuras, partiendo la tierra con un pico. A la media hora hicieron luz, pero no sin destacarse uno de ellos como de guardia para ir y venir por el callejón, a fin de evitar una sorpresa. Rota la tierra a pico, otro de ellos, prosiguió abriéndola a barra, hasta hacer una cavidad casi tan honda como una sepultura. De cuando en cuando se remudaban, y el que hacía de centinela no dejaba también de entrar de cuando en cuando en el cafetal a cerciorarse de los progresos de la obra.

La noche, si en el cafetal oscurísima, era en lo abierto muy clara, como noche de verano, y sobre el valle tranquilo y el Avila sin nubes,

de un nítido casi luminoso, volcaba su cofre de luceros. Después de Saturno, el de más fuerza, tocó a musíú Pedro la barra. De tiempo en tiempo dejaba la barra a un lado, para con una pala aventar la tierra suelta en la orilla, de donde con una azada y gradualmente la retiraba José de Jesús, en previsión de que recayera en la zanja y sirviera así de retraso y estorbo.

La tierra, a cierta profundidad, cedió más fácilmente a la barra, tanto que ésta, abandonada a su propia pesantez, en la tierra, ya más blanda y fofa, por sí sola se hundía.

—¡Buena señal! —observó el Brujo—. Buena señal, porque quiere decir que eso es un relleno, y un relleno viejo, por lo hondo.

Al mismo tiempo el italiano exclamaba:

—¿Cos'è questo?

La barra acababa de tropezar con un cuerpo redondo, pequeño y duro, que el italiano recogió a sus pies, para alzarlo y mostrarlo triunfante a los otros.

—Pare una moneda.

Era, en efecto, una moneda roñosa, tomada, en parte, de orín, en su mayor parte negruzca. Y todos prestaron más atención a los progresos de la barra. En donde saltó la moneda aparecieron después fragmentos de ladrillos, restos compactos de argamasa o mezclote y, por último, según la alegre exclamación del italiano:

—¡Una boticuela!

—¡Qué va, musíú! Eso no es más que un piazo e botijuela.

Pero detrás del primero surgió otro y otro, hasta quedar puestos en fila una media docena de pedazos.

—Bene, bene, benissimo. Se non c'e la boticuela, c'e l'annunzio.

—Bueno, musíú. Deje la conversación y siga.

En esto, pasada ya la medianoche, cerca más bien de la una, sobre la cabeza inflamada de codicia de los buscadores de tesoros, pasó, viniendo, al parecer, del matapalo mismo, un leve y dulce rumor, un largo, prolongado y suavísimo lamento, como si, templo o alcázar, con toda su vasta y gigantesca arquitectura complicada y aérea, hecha de ramas y hojas, el árbol entero suspirase.

—¿Cos'è? —preguntó musíú Pedro.

—¿Qué va ser, musíú? —contestó Saturno—. Es el viento. ¿No oye que es el viento? No sea miedoso.

La barra en el aire, abierta la boca para decir a Saturno como él no conocía el miedo, y vuelto los ojos al matapalo en fuerza de su actitud, musíú Pedro vio, de la primera horqueta del árbol, surgir y elevarse, coronada de una especie de calavera, y agitando algo así como brazos larguísimos, una blanca figura fantasmal. Quiso hablar, y, como en las pesadillas, cuando se forcejea por gritar en demanda de socorro y no se puede, musíú Pedro no pudo. En vez de articular palabra, exhaló un tremendo

alarido. Luego, desembriagado de súbito, soltó la barra y brincó afuera, en donde alcanzó a gritar por fin:

—¡Dio! ¡Dio! ¡Ah, morto grande!

Y echó a correr como un loco.

A pesar de que, fuera de musiú Pedro, sólo Saturno vio el fantasma, se comunicó a todos el terror, y todos, detrás del italiano, se precipitaron despavoridos. Aquí una barra, allá un pico, más allá la azada, iban dejando atrás las herramientas. Fue una carrera desenfrenada y en silencio, primero entre los cafetales, por el cauce de tinieblas de los callejones; luego, a través de la sabana clara y limpia. Tropezaban, caían, se alzaban a correr de nuevo con más furia, y no pararon hasta llegar al propio cobertizo del italiano, construido al arrimo de la Oficina Vieja. En los ranchos, los perros guardianes, despiertos al rumor de la carrera, desafortunadamente ladraron y aullaron toda la noche. Algunos campesinos despertaron y se acurrucaron más bien en sus catres, al recuerdo de las recientes historias de espantos y aparecidos. Otros, menos cobardes, intentaron, saliendo a la puerta de sus ranchos, informarse del por qué latían los perros.

A la desusada batahola de la carrera y al temeroso aullar de los perros guardianes de la noche sucedió al día siguiente, bajo los cafetales, por los callejones, a la orilla de los sembrados, en dondequiera se juntaban dos labriegos, un perenne y desenfrenado rumor estrepitoso de risas. Sin que nadie pudiera decir cómo se supo, de boca en boca pasaba el grito fatídico de musiú Pedro:

“¡Dio! ¡Dio! ¡Ah, morto grande!”

Un muchacho maleante, de oficio recogedor de frutas, José María el Pelón, se atrevió a gritarlo en las propias barbas de musiú Pedro, y musiú Pedro, con su deseo de romperle cualquier cosa al desvergonzado, estuvo a punto de matar a su aprendiz, con el gato de alzar piedras. Luego sentado sobre un canto de granito de su taller abierto, crispando los puños, gesticulando y vociferando, se puso a desgranar una soberbia letanía de maldiciones:

—¡Maledetto Bruco! ¡Maledetto Saturno! ¡Maledetti tutti lo dicevo! Io lo sapevo. ¡Dio! ¡Dio! ¡Dio cane!

V I I

Centenario y paternal, debajo de su vasta fábrica de hojas, el matapalo cobijaba casi media hectárea de café. De mañanita, sobre todo cuando entre las hojas menudas cuajaba el fruto muy más menudo todavía, era asilo, comedero y alcoba nupcial de todos los pájaros del bosque. Apenas el cucarachero, gris como el ruiseñor y matinal como la alondra, indomesticable por bravío, aunque de hábitos domésticos, porque suele acogerse

a las viviendas humanas, cantaba sobre los muros de la huerta, en el tejado del repartimiento y en los alrededores de la casa grande, ya estaba el matapalo vibrando todo de cantos, aleteos y trinos como una poblada y gigantesca pajarera. De los primeros en aparecer, y siempre por casares, en número de tres o cuatro, y de un vivo anaranjado, rasgaban como relámpagos el verde claro de las hojas. Y como dóciles a un rito, al nacer el sol, rompían todos juntos en concertada y melodiosa orquesta de flautas. Al mismo tiempo, en vuelo desairado, torpe y brincón, pasaba de rama en rama la paraulata ajicera, de larga vesta parda y grandes ojos amarillos. A manera de gavilán, el cristofué se posaba en la propia cima del árbol; a dar desde ahí, de cuando en cuando, el grito monótono y único de donde el nombre le viene. Algunos tordos pasaban en medio de una turba de arroceros, pájaros incontables y pequeñitos, que son como la escuela primaria de la gente alada y cantora. Y entre los más numerosos, aunque no de los más pequeños, los azulejos, trajeados de azul, se ganaban, por su algarabía, las palmas del escándalo. Pendencieros, en continuo debate por la comida y el amor, escandalizaban con sus revuelos y chillidos. En el mismo ardor de su codicia desperdiciaban la fruta del árbol —especie de higo pequeñín, capaz apenas de encerrar una sola gota de miel— porque, en su altercado perenne, la precipitaban al suelo en tanta copia, que alzaba, al caer sobre la hojarasca vieja del cafetal, un fino y fresco rumor de lluvia.

Mientras arriba, en la penumbra de su follaje, servía de alcoba nupcial a todos los pájaros del bosque, abajo, el matapalo, entre sus raíces próceres y eminentes, amparaba el secreto de amor de los novios campesinos. Una especie de celestinismo desinteresado de vieja solterona parecía fatalmente adscrito, como un atributo, a su arquitectura venerable. A más de una pareja enamorada, en sucesivas y distintas generaciones de rústicos, brindó refugio entre sus raíces, durante el bochorno de la siesta o en el misterio de la noche. Y mientras las más de esas parejas emprendieron desde ahí el camino trivial seguido ya por sus mayores, otros más libres y audaces partieron de ahí a ensayar nuevas rutas de vida aventurera. Fresco se hallaba aún en la memoria de todos el recuerdo de una bella muchacha campesina que hacía cosa de dos lustros fue joya del repartimiento y prez de la comarca. Una noche, dormida la madre, salió hasta el pie del matapalo y no volvió; sólo muy de mañana, al día siguiente, los gritos de la madre desesperada anunciaron su fuga. Escapóse con un mozo presumido y locuaz, dueño y conductor de carretas, faramullero tenorio de los Altos de Mariche. Y pronto abandonada, la rosa de su juventud se trocó, por la infamia del abandono, en las adelfas y violetas de la tisis, precursoras de la muerte.

A veces, a la hora de la siesta, huyendo del pozo de la quebrada, por estarse aquí muy a la vista de todos; con más frecuencia por la noche, cuando en el repartimiento cesaba la tertulia y se entregaban todos al

sueño, Peregrina y Bruno se acogieron también con la fiebre de su idilio al pie del matapalo. Ahí, a los antiguos collares ingenuos de luciérnagas y cocuyos, hechos en el tiempo de la niñez, de vuelta de las procesiones, a los collares de rojas peonías, más tarde acopiadas en primavera por Bruno, y a los inocentes collares compuestos de orquídeas arrancadas a las rocas y a los árboles añosos del Avila, sucedieron los innúmeros collares de la voluptuosidad forjados caricia a caricia y beso a beso.

En la embriaguez de sus primeros días de amor, el universo entero asumió para ellos la figura de un árbol frondosísimo; la vida y la figura de aquel árbol maravilloso a cuya sombra se amaban. Era como si el árbol no tuviese vida aparte, sino que hubiese nacido realmente de la propia abundancia ideal de sus corazones, o como si, por arte de magia, hubiese entrado hasta lo hondo de sus corazones el árbol mismo, todo el árbol, con su poesía, con su perfume, con los formidables tentáculos de su raigambre que se abrían, sin embargo, a dulce tálamo de amor, con su matutina orquesta populosa de pájaros y su nocturna corona de estrellas.

V I I I

De acuerdo con su promesa, Bruno había logrado quedarse como caporal de la cogida. Muy de mañana llegaba al corte de café y se la pasaba todo el día alertando, avivando, acosando y aun ayudando a las cogedoras. Ya amonestaba con un “¡Eh, señora Paula o señora Jacinta, o señora Leonor!” —cuando se trataba de una vieja—. “Va a tener que comprarse unos anteojos: mire que me va dejando todo el café maduro en el suelo y en la mata. Ande a recogerlo y ojo e grillo!”. Ya exclamaba en son de protesta: “¡Este sí que es un reguero de palmas quebradas y de café! ¡María Purfísima! Apuesto que el desorden es de Rosa la reilona, si no de las guacharacas. Rosa a-a-a... Rosa a-a-a... ¡Guá! Pues como que no es Rosa. ¡Eh! ¡Guacharacas! ¡Guacharacas!”. Las aludidas contestaban excusándose unas con otras o recibiendo al caporal con deshecha lluvia de motes, bromas e improperios. Y Bruno les replicaba a todas con tal arte y maña, que todas de buena voluntad o a regañadientes desandaban lo andado a recoger el fruto caído.

Eran las llamadas por Bruno “guacharacas” muchachas del pueblo próximo que, al internarse en el cafetal, se sustituían, con el insistente rumor de sus chácharas y risas, a los pájaros de la arboleda. A la llegada de ellas parecía como si huyeran o se escondieran los pájaros. De la mañana a la tarde, mientras que con sus manos libres, exprimían, dentro del canasto sujeto a la cintura por medio de un cordel anudado a la espalda, las breves cerezas de color púrpura, se contaban en alta voz todas las crónicas inocentes y picantes del pueblo. Y todas las muchachas juntas, o la mayor parte de ellas a la vez, narraban o comentaban con el escándalo vocinglero

de una bandada de guacharacas o pericos. Por entonces en la lengua de las "guacharacas" hervía, bullendo y zumbando, un enjambre de crónicas referentes a las melandanzas de un viejo y rico labrador que, prendado con ardor senil de una muchacha del pueblo, decidió, como lo mejor y más sencillo para legarle su fortuna, casarse con la muchacha.

—¡El pobre don Pancho!— decía con acento de infinita piedad una de las murmuradoras.

—¡Pobre señor! Ya no se puede con su cabeza.

—¡Qué va a poder, si ya la tiene que ni cabeza de venao!... Eso de venao no lo decimos por ti, Bruno.

—¡Hombre! Ya lo creo. ¡Dios me salve el lugar! Lo que es a mí, aunque venao, no me salen cachos. ¡Te lo juro! ¡Ni que me casara contigo!

—¡Gua! No seas tan mal hablado y regresero...

Y Venao, después de soltar otra pulla a la impertinente, corría hacia otro grupo de cogedoras, de donde una de éstas a grandes gritos lo llamaba para que la ayudara a bajar un vástago cuajado de fruto de lo alto de una vieja mata de café, leñosa y rígida.

En esas y otras cosas análogas Bruno pasaba todo el día, hasta la hora de medir el café en la oficina de la hacienda. Mientras el mayordomo o el mismo don Vicente, el amo, se encargaba de llevar el apunte y un peón volcaba la medida, ya colma, en la creciente pila de cerezas de café, rojeantes como granates y rubíes, él, en ejercicio de sus fueros de caporal, vaciaba en el almud, hasta rebosarlo bien, los canastos y mochilas llenos o a medio llenar de las cogedoras. Y como en el movimiento de henchir el almud se desparramaban siempre algunos granos que, aun sin ser muchos, caían levantando un claro y múltiple estruendo en el entarimado de la tolva, ya estaba la cafetera en turno de medida protestando contra la supuesta mala intención que así le cercenaba el producto de su trabajo.

—¡Gua, Bruno! ¡Eso no! ¡Condenao! No me bote mi café. ¡Como si a una no le costara trabajo! ¡Después de estar una too el día yendo y viniendo por esos peladeros, con el pescuezo y los brazos comidos de chivacoa y las piernas destrozás por la picapica, venirle a botar a una su trabajo! ¡Carrizo! Eso no es conciencia.

Y mientras una le decía "condenao", otra le llamaba "maluco" y la de más allá lo apellidaba "ladrón", él, cuanto mayor y más grave la ofensa, tanto más graciosa y oportunamente la volvía, de suerte que todas las cogedoras terminaban por desenojarse y reír de las cuchufletas de Bruno.

En ese momento del día, su travesura y buen humor aumentaba hasta desbordar en su indulgencia. Pensaba en alguna nueva estantigua de su invención para auyentar a los pusilánimes. Pensaba, sobre todo, en la hora ya próxima de hallar al pie del matapalo —rojos como el *capimmelao* sabanero, como la flor del bucare, como cereza de café madura, como la

azucena que abre a la sombra de los cafetales ribereños del Sebucán— los frescos y dulces labios de Peregrina.

I X

En tanto que por el amor satisfecho la rabia celosa de Bruno se trocaba en franca alegría y serenidad, la inquietud y el miedo germinaron y progresaron, pasada la primera embriaguez, en el ánimo de Peregrina hasta convertirse en perenne zozobra. A veces al pasar el umbral de la puerta para acudir a la cita de Bruno, se quedaba como paralizada de miedo o toda temblorosa de sólo imaginar lo que sucedería si un momento después Feliciano o una de las hermanitas o Félix, el único hermano varón, siempre enfermo, despertase y la llamara, y a sus voces, despiertos los otros, no hallándola en su cuarto, se levantasen todos a llamarla y a buscarla afuera. Otras veces era el terror de tropezarse con alguno de los que rondaban por la noche el repartimiento, sobre todo con Amaro.

Bruno, a quien ella comunicaba sus temores, lograba en un principio disipárselos a fuerza de zalamerías y besos. Al fin, para tranquilizarla en absoluto, ideó, a costa de los timoratos de la hacienda, la comedia de los aparecidos. Encubridora amable y jovial, a sus comienzos la comedia volvió la confianza a Peregrina y amparó el idilio, que así vivió largos días de impunidad perfecta y sabrosa.

Abstraídos en el goce de su amor y contentos de su triunfo, ninguno de ellos previó todas las consecuencias de una farsa que, merced a incidentes y personajes imprevistos aunque lógicos, estuvo a pique de asumir en más de una oportunidad alturas de tragedia. Luego de proteger como en remanso de paz a Peregrina, se convirtió para ella en fuente de sobresaltos y almacén de sustos. Ya fue la terrible suspicacia del amor, alerta al comenzar los descarados robos de la negra; ya fueron los celos y cavilaciones de Feliciano y Amaro, que ella sentía desarrollarse y estrecharse a su alrededor a manera de círculos; ya fueron, por fin, los cuchicheos y conciliábulos de Juan Francisco y José de Jesús, unidos en la esperanza de ponerse, merced a endriagos y fantasmas, en la pista de un tesoro.

—¡Mira tú si son brutos— decía Bruno a Peregrina, tratando, lisonjero, de disimular su propio temor y desvanecer al mismo tiempo la angustia de la amante. Creen que el tesoro está al pie del matapalo, debajo de la tierra, cuando no está sino arriba, por encima de la tierra, y cuantas veces yo quiero, entre mis brazos, porque es mío solito.

Pero ya no era fácil rehacer ni sostener la confianza de Peregrina con sólo palabras dulces. Quebrantada, socavada, su confianza vino a tierra bajo el golpe teatral de Bruno para hacer huir presas de pánico a los buscadores de tesoros. El efecto, por grande, resultó contraproducente. No se ajustó a la medida y sobrevino el escándalo. El “¡ah! ¡morto grande!”

del italiano viajó de boca en boca entre innumerables dicharachos y risas. Rieron los peones, rieron las cogedoras de café, y la misma naturaleza, en aquel instante, pareció tomar parte en la risa, multiplicando al infinito la burla. Seres y cosas de lo hondo del valle surgían como desternillándose de risa en el ambiente diáfano y risueño. Ya la risa volaba al cielo en el clamor de púrpura del bucare y en la clarinada de oro del araguaney, ya bajaba en cascadas a la tierra por la amplia copa candente de los mangos, deshechos en flor bajo la cálida urgencia del estío. Y mientras musitó Pedro, maliciando desde un principio la burla, se mesaba los cabellos y bramaba letanías de maldiciones debajo de su cobertizo de cinc, junto a los muros de la Oficina Vieja, Peregrina miraba ya correr, descubierto y divulgado, por veredas y caminos, con el secreto de los fantasmas, el secreto de su vergüenza y de su amor, ya que, sabida o aun sospechada apenas la verdad, una burla tan escandalosa había de atraerles a ella y al amante la venganza de los burlados y especialmente la para ella más temibe del italiano y del Brujo.

—Esto no puede seguir así... No puede seguir así, Bruno— protestaba Peregrina, desolada, resumiendo sus deseos y temores en una frase muchas veces repetida desde aquella tarde en que, a orillas del pozo de la quebrada, salió con un ímpetu de su corazón, en medio al fosco relampaguear del presentimiento.

Pero Bruno contestaba siempre con evasivas. No había allegado aún lo suficiente para la boda.

—¡Como si necesitáramos mucho! Tenemos lo preciso. Y aunque no lo tuviéramos... Ahí está don Vicente para ayudarnos. Cuanto al padre Serafín, yo sé que nada nos llevaría —contestaba Peregrina, ufana del cariño o segura del espíritu cristiano del cura del pueblo.

—¿Y Amaro! ¿Cómo hacer con Amaro? Ahora, sobre todo... A veces encuentro que me mira y yo me hago el que no lo veo, y él me sigue mirando, mirando, como si con su mirada me dijera: lo que es a mí no me engañas tú, porque, lo que es para mí, tú estás en el secreto de esas historias de luces, calaveras y espantos.

—Hoy o mañana, tarde o temprano, tendrás que hablar con él y confesárselo todo.

—Tienes razón. Pero yo prefiero esperar a lo más tarde posible. Me erizo todo, todo, de pensar en lo bravo que se va a poner. Y tú no sabes lo que es braveza de un hombre como él, callado, manso, tranquilote. Figúrate la braveza de un buey cuando se pone bravo de verdá.

Y el coloquio, de tiempo en tiempo renovado, terminaba, dejando sólo a Peregrina la deleznable y fugitiva ilusión de una vaga promesa.

En realidad, sus miedos y espantos eran la expresión incompleta y superficial de una idea fija, de una intensa llama moral, recóndita y única. Apenas era como el inquieto follaje visible de un árbol del cerro que tuviese las raíces y el tallo ocultos en la hondura del cañadote. De igual

modo que ella usaba zapatos y medias cuando la mayor parte de las campesinas calzaban alpargatas o andaban con el pie desnudo, las mujeres de su linaje iban al amor a través del matrimonio y de la iglesia, en tanto que la mayor parte de las otras, como las Blanco, sus vecinas del repartimiento, vivían en plena promiscuidad paradisíaca. El secreto roedor de su felicidad, la verdadera fuente de su terror estaban en la conciencia más o menos oscura de haber transgredido esa ley moral de sus abuelos. Incapaz de los plazos, dilaciones y subterfugios de la calculadora, la coqueta o la ingenua falsa, veteranas de esas lides, ella se había entregado desde el primer momento, y se había entregado toda, con aquel santo impudor de la enamorada verdadera, que sólo un espíritu inexperto o vulgar puede confundir con el bajo impudor de la prostituta. A través de su cuerpo de ámbar, en que despertaba la voluptuosidad como un perfume, su alma radió con fulgor divino. Pero, al reflexionar en la más natural consecuencia probable de su amor, y decirse, loca de pánico: "¡Si eso sucediera, qué vergüenza, Dios mío!", la encendida luminaria de su alma comenzó a declinar, a menguar, a bajar con bajada vertiginosa en una larga noche de pesadilla y de terror, tal como una luz que después de ser en lo alto fanal radiosísimo, y tomando proporciones cada vez más pequeñas, de lámpara, de candil, de chispa microscópica, bajara, hasta apagarse, por un aljibe profundo en donde se hubiese refugiado toda la sombra del Universo.

Y mientras la atravesaba un largo calofrío, aquel pensamiento que ella osaba apenas formular con el "¡si eso sucediera, qué vergüenza!", la asaltó una y otra vez ya delante de la gente y en el bullicio, en medio a su humilde trajinar de ama de casa, ya, sobre todo, en medio al silencio y a la soledad, a orillas de la quebrada, junto al pozo. Pensaba en la cólera del padre, justa y abrumadora; pensaba en la madre muerta, y en la desesperada expresión de dolor con que la estaría viendo desde las playas de la otra vida, con ojos puros de toda cosa mortal; recordaba aquellas lindas y devotas muchachas de la ciudad que ella acompañaba en su niñez a la iglesia del pueblo, oía de nuevo en su memoria los dulces e ingenuos cantos que del coro de la iglesia volaban en loor de la Virgen; y se veía, por último, regresando del pueblo en la noche de mayo tibia y perfumada, mientras el travieso compañero de su niñez la perseguía y enjoyaba con los vivos topacios y diamantes de luciérnagas y cocuyos. Entonces, inclinada sobre el pozo, lloraba silenciosamente, mezclando el llanto de su remordimiento y su dolor con el llanto puro y cristalino del Avila.

Tal pensamiento llegó, asaltándola cada vez con más frecuencia, a no dejarle punto de reposo. Por la noche lo hallaba tendido en su almohada como un zarzal ardiente; se le insinuaba en el sueño para despertarla anegada de pavora y sudor; lo encontraba al despertar, en el fondo de sus ojos, que ella sentía arder como un par de úlceras; grillete o sombra, la

acompañaba, al fin, a todas partes, y en todas partes la dominaba y atormentaba, poseyéndola como un íncubo.

A veces, en el exceso mismo del dolor, y como para libertarse de él, sentía el deseo desesperado, loco, de gritarlo; de comunicar a alguien, a cualquiera, su pena y angustia; de confesarse, arrojando lejos de sí en un grito aquella historia de su amor, que era también la historia de su falta. Pero, ¿a quién confesarse que le respondiera con simpatía? ¿A quién sino a las cosas familiares y mudas? ¿A quién sino a los árboles del bosque, a las guijas de la acequia, a las peñas de la quebrada? Pensaba en el padre Serafín, pero como se piensa en un recurso heroico. Más a menudo pensaba en la mujer de Pedrito el gañán, en Candelaria, su amiga única, o más bien, la única de sus vecinas que ella pudiera llamar su amiga, para en seguida echarse atrás con un “¡no, no, nunca! ¡qué vergüenza!”

Finalmente, la idea fija, el poco dormir y el mucho trabajar conmovieron su salud; ajaron, como ávidos pegones ocultos en el corazón de la rosa, la flor de su belleza; dieron trágica expresión a sus ojos, agrandados en medio a ojeras profundas, y tornaron lívido, casi traslúcido, el ámbar de su carne. Su palidez, en aumento sensible, hacía pensar ya en la de su hermano Félix, aquel muchacho enfermizo, carcomido de parásitos, con el vientre enorme, desproporcionado a su cuerpo y a su edad, sobre unas piernas tan gráciles, que por milagro lo rigieran, y unos ojos abotagados como dos breves y gemelas bolsas de agua sucia encima de una cara palidísima. De cuando en cuando, en medio a bruscas palpitaciones, la sobrecogía un principio de vértigo. Un atardecer, a la vuelta del pozo en compañía de Candelaria, Peregrina acababa apenas de alzarse la tinaja del agua hasta el hombro, cuando, no sin mojarse de la cabeza a los pies, posó de nuevo en el suelo su carga, mientras que, para no caer, primero se apoyó con la mano y luego se dejó deslizar toda ella contra el tronco de un mango, a la vera del callejón, puestos en blanco los ojos y toda trémula, exangüe y descolorida.

—¡Peregrina! ¡Jesús, chica!; ¿qué tienes?—gritó Candelaria, corriendo hacia la amiga en su ayuda.

—No es nada —alcanzó a decir Peregrina, recobrándose al cabo de un minuto—. No es nada. Que se me fue la cabeza. Fue como un desvanecimiento, como un vahído.

—¿Ya lo ves?; ¿ya lo ves? ¡Te lo he dicho tantas veces! Trabajas mucho demasiado. Es un trabajo que no es para tí sola, m'jita. Feliciano, de no casarse, ha debido poner contigo a una persona que te ayudara. . . , que por lo menos te ayudara a sobrellevar tu gusanera.

Así, breve y gráficamente, designada ella la numerosa e inútil parvada de los hermanos de Peregrina.

—¿Qué mujer iba a casarse con un hombre ya de edad, cargado de hijos pequeños? ¡Ni qué va a tener tampoco, el pobre, como para pagar una mujer que me ayude! Esto me pasará. Te digo que no es nada.

—¿Nada, y de poco tiempo acá te has puesto pálida, pálida y flaquísima, como si salieras de una fiebre? Estás enferma, muy enferma, y se lo voy a decir a Feliciano.

—¡Candelaria, por Dios, por lo que tú más quieras!, no hagas eso... , no se lo digas.

Pero, pocos días después, el mismo accidente, especie de vértigo o síncope, se repitió en presencia de Candelaria, y entonces en la mujer de Pedrito penetró fulminante, con ímpetu de revelación, una sospecha.

—¡Dios mío!, chica, ¿lo ves? Tú estás más enferma de lo que tú supones. Oye, una cosa, Peregrina. Dime: ¿estás...?, ¿cómo decirte? Bueno, ¿estás corriente? ¿Comprendes? ¿Comprendes lo que te pregunto?

—Sí.

—Bueno. Pues, ahora, contéstame: ¿estás corriente?

—No.

Y al responder así, encorvándose toda sobre sí misma y escondiendo entre las manos, primero y en un regazo, después, el rubor de su rostro, rompió a llorar, desesperada.

—¡Peregrina! ¡Peregrina! Háblame, dime toda la verdad, pero no llores así... No llores así, mi amor, mi vida, mi tesoro.

Candelaria, sin saber cómo ni por qué, prorrumpió en estas y otras expresiones de las que se dicen entre amantes, y en el improviso cauce de ternura abierto por ellas, Peregrina, turbada y conmovida, empezó a desahogar la abundancia de su corazón, a confesarse, a contar por accesos, entre explosiones de suspiros, la historia incancelable y secreta de su amor y tortura. Al principio la amiga escuchaba llena de sorpresa, interrumpiéndola sólo de cuando en cuando con el suave reproche de un “¡Dios mío, qué has hecho, muchacha!”, o de un “¡M’ijita, qué has hecho!”, para volverse, al fin, airada, con sus quejas y reproches, en un raptó de compañerismo, generosidad y fiereza contra Bruno, contra el amante, contra el hombre.

—¡Ah, canalla! ¡Canalla! ¡Si yo he debido sospecharlo! ¡Si ha debido decírmelo el corazón! ¡El muy bandolero! Ya sabrás lo que son los hombres. Así, como ése: o no sirven para nada o son unos bandidos. ¡Y ahora qué hacer! ¡Qué hacer! Si no fuera por ti, se lo diría hoy mismo a Feliciano.

—¡Qué locura! No, no, Candelaria. Antes me iría lejos, lejos, adonde nadie me viera.

—Si te he dicho que no se lo diré... Por ti, únicamente por ti. Pero lo que es a Bruno, déjalo a mi cargo. ¡El muy bandido!, que yo le ajustaré las cuentas.

Peregrina se abrazó aún más a Candelaria, como en un instintivo movimiento de buscar defensa, protección, apoyo. Acurrucóse toda contra Candelaria, tal como acostumbraba en la puerta del repartimiento, a la

hora de la tertulia, y ocultando en el seno de la amiga su cabeza, lloró, suspiró, sollozó como un niño largo rato.

Entretanto, indiferente a la dicha y a la miseria de los hombres, en una atmósfera quieta y clarísima como una gema diáfana, el Avila se erguía sereno y sin nube. Entretanto, sobre la burla y el dolor, la naturaleza, indiferente, reía. En la plena algidez veraniega, de Este a Oeste, de Norte a Sur, estallaba la risa de la naturaleza en la rojez clamorosa de los bucares. Llenaban de sangre y fuego el valle, desde las riberas del Chacaíto a las riberas del Tócome. Aislados en medio de los tierras labrantías, o agrupados en cafetal, se alzaban de todas partes como piras gigantescas. A lo largo de la carretera, hacia el Norte y al Sur, y de Este a Oeste, desde el Rosal y Blandín hasta las orillas del Pajarito y del Sebucán, ya desgarraban el verde de la arboleda como llamaradas bruscas, y se alineaban flamantes a la linde de los cafetales como una solemne procesión de antorchas. Ponían sobre las arboledas más lejanas y profundas, ribereñas del Guaire, una vasta mancha violeta; dispersos por los barbechos del Norte, al pie del Avila, proyectaban sus flores en el azul de la montaña o del cielo, rodeadas de un halo de amatista, y en los cafetales pequeñitos como parcelas, que ciñen el pueblo de Chacao, se apiñan en verdaderos islotes de púrpura.

Sólo en un rincón del valle, medio ocultos entre los cafetales de la Ciénaga, algunos araguaneyes, diademados de oro, anunciaban, en medio a la misma algidez de la risa, con la estación de las lluvias, la inminencia del llanto.

X

Al día siguiente Candelaria, aunque sin enterarlo de todo, aleccionó a Pedrito, quien, ya aleccionado y orgulloso de cuanto se esperaba de él, partió esa tarde con ínfulas de enérgico y ánimo de justiciero al encuentro de Bruno. Pero éste, suave y mañero, al barruntar de donde le venía el golpe y conocedor del gañán y de su flaco, lo desarmó, invitándole a la pulpería. Al tercer trago de aguardiente ya estaba Pedrito condoliéndose de Bruno, casi llorando sobre la suerte de Bruno, como si Bruno fuera la más cándida víctima de la miseria, el dolor y el desamparo.

De vuelta a casa, lamentándose todavía delante de su mujer, tartamudeó:

—¿Sabes? Bruno, ¡el pobre!, no puede... No puede... Me ha dicho...

—¿Conque te ha dicho? Bueno. Basta. Ya está. No quiero saber lo que te ha dicho. La estúpida yo soy que te mandé a hablar con él, pudiendo hacerlo yo misma. ¡Sinvergüenza! El muy pícaro te conquistó. Bien te conoce. Antes de que hablaras, lo sentí en ese tufo que traes como para tumbar un buey, so borracho. Y ahora a acostarte, y a acostarte sin cenar, porque, a fe de que me llamo Candelaria, pa tí no hay cena esta noche.

Y Pedrito, que no tenía el aguardiente pendenciero, sino más bien triste y llorón, y era casi tan temeroso de su mujer como del jefe civil, después de dar vueltas y rezongar un rato por pura fórmula, se acostó esa noche sin comer ni chistar, consolándose, mientras conciliaba el sueño, con el pensamiento de que hacia la madrugada su varona se ablandaría hasta servirle en el desayuno las caraoatas de la cena.

Candelaria, nerviosa, no se aquietó hasta avistarse a la tarde siguiente con Bruno, a la hora de la medida, cuando él ya bajaba descuidado y risueño de la tolva.

—Tengo que hablarte, Bruno.

—A su disposición, señora Candelaria.

Adivinarás de qué.

—Será de lo que Pedrito habló ayer conmigo. Ya usted sabrá entonces lo que yo le dije a él, señora Candelaria.

—¡Ah, sí! ¡Cómo no! Un saco de embustes. Pero yo no soy Pedrito.

—Le dije la pura verdad, señora Candelaria.

—Bueno, bueno; hazme el favor de poner a un lado tanto “señora Candelaria” y hablemos claro, Bruno. Tú sabes muy bien lo que por ti está pasando a esa pobre muchacha y cómo eso no tiene espera. Así, pues, contéstame: ¿Piensas casarte o no con Peregrina?

—¡Si yo no deseo otra cosa! Pero...

—No hay pero ninguno. Si es verdad que lo deseas, dame una seguridad, una fecha, una prenda cualquiera, para que yo pueda llevarle un consuelo, una esperanza, un rayito de alegría a esa pobre... De lo contrario, de aquí mismo voy a decírselo todo a Feliciano y a Amaro.

Luego, receloso de haber ido demasiado lejos, continuó:

—Pero no, no. Tú me darás una seguridad. ¿No es verdad, Bruno? Yo sé que tú eres bueno, y tú sabes cómo te quiere Peregrina. Bonita, honrada, trabajadora, como ella no hay ninguna. Ninguna. Y tú lo sabes tan bien como yo. ¡Por Dios, por tu vida, por tu madre muerta, no la desgracies! ¡Quién sabe lo que puede pasar si tú la dejas! Oye esto que te digo: soy mujer y en eso no me engaño: ella no es como las otras.

Conturbado por la amenaza o removido por la defensa cálida y generosa que la mujer del gañán hiciera de Peregrina, Bruno cedió, capituló y prometió, por último, disponerlo todo para casarse al fin de la cosecha.

Pero ya a punto de terminarse la cosecha y merced al jefe civil del pueblo, tomaron un sesgo inesperado las cosas.

Pretendía el jefe civil —como la mayor parte de sus colegas auténticos y legítimos descendientes del cacique indígena, del régulo africano o, a través del encomendero, del antiguo señor feudal— abrir un camino,

componer las calles desempedradas y sucias y restaurar el ruinoso campo-santo del pueblo a expensas del solo peonaje de los alrededores, esto es, a limpia *tarea de ordenanza*. Disfrazado o rebautizado, persiste así en los campos, tenaz rezago y supervivencia de otras épocas, el arcaico y bárbaro impuesto de la contribución personal, que una vez al año cada campesino, como antes el indio o el vasallo, paga con su trabajo de un día o su equivalente en dinero. Sin estar en la ley, este impuesto se cobra dondequiera como ley universal, desmintiendo y minando por su base la fábrica llamante de la República. Y allí, como en todas partes, a la injusta pretensión del jefe civil se sujetaron los peones, dóciles como carneros. Todos, menos Bruno. Porque si bien él tergiversaba los conceptos y los términos de derecho y deber como los demás campesinos, Bruno, aunque no supiera expresarlo, sentía con perfecta justeza que la tarea de ordenanza iba contra uno de los más rudimentarios derechos del hombre. Y cuanto más reacio él en avenirse a pagar la tarea, tanto más empeñado el jefe civil de someterlo a su yugo. Por donde, así como tiempo atrás anduvo a salto de mata, huyendo de la comisión reclutadora del negro Juan de la Cruz, ahora se dio a huir de los comisarios, naturales y nada gratos embajadores del jefe civil del pueblo. So pretexto de haber hallado trabajo hacia el este del valle, en paraje donde algunos ricos de la ciudad empezaban a levantar casas de verano entre parques y jardines, todas las mañanas partía muy de madrugada de la hacienda para no volver a ésta sino ya casi mediada la noche.

Durante la plenitud y alegría de su amor satisfecho, Bruno, como el ausente suele en las cosas familiares al retorno, hallaba íntimo gusto y placer en darse a todas aquellas faenas del campo que ya tuviera echadas en olvido. Pero, al pasar de ese estado de alegre plenitud a uno como de etérea serenidad y, sobre todo, al trocarse ésta en indiferencia más o menos plácida a la postre, comenzó por considerar, primero con desvío y después con repugnancia y disgusto, la vida inferior, en cierto modo sedentaria, monótona y sumisa del peón de hacienda. Malhallado con reglas y horas, con la necesaria subordinación a mayordomos y amos, poco a poco lo dominó y venció la nostalgia de la montaña y de la vida independiente, la nostalgia de su vieja existencia maravillosa, errabunda y libérrima de cazador de orquídeas. Alternadamente, su existencia discurría entonces en la montaña y la ciudad, y para ir y venir entre una y otra todos los caminos y veredas le eran buenos y todos eran suyos. La montaña era su individualidad entregada sin límites ni freno a sí propia, la plena independencia, la libertad sazónada con su punta de peligro en lo difícil de la ascensión, el aire sano de las cumbres, el baño en la surgente, el comer donde le llegaba la hora o lo asaltaba el apetito, y el dormir cuando le vencía la fatiga o el sueño, en el corazón de la espesura, al amparo de una ceja de roca, o entre los mismos bravos pajonales del cerro, muy cerca del centelleo de los astros.

Y, cuando bajaba de la montaña, encontraba al extremo de la carretera, ya dentro de la ciudad, la única escuela de su natural zahareño y bravío, su única educación, en el continuo rozarse con toda clase de gentes. Mientras él cuidaba su negocio, la ciudad proveía a su enseñanza con la espontánea y perenne lección de costumbres, personajes y tipos. Algunos avivaban simplemente su curiosidad; pero otros ponían un estímulo, generoso o malsano, en su imaginación de labriego: el rico extranjero que le hablaba de ciudades feéricas, populosas y lejanas, y a quien siempre reservaba, por pagárselos bien, sus ejemplares más preciosos; el ingenuo hombre de provincia, de paso en la ciudad, o el verdadero emigrado de la provincia; el raro y viejo prócer milagrosamente asentado todavía en su bienestar y su abolengo; el advenedizo que una marejada encumbró y otra marejada habrá de llevarse, y, por último, la legión proliferante e invasora de una heterogénea democracia abigarrada, incipiente y sin rumbo. Pero ante todos ellos, y por sobre todos, el nombre y la vida de los que, siendo improvisados, eran a la vez formidables improvisadores de fortunas, despertaban, como el tiro del cazador en las hondas quiebras del Avila, un eco dilatado y profundo en su alma aventurera.

El espectáculo de la montaña en algunos amaneceres, cuando el Avila parecía saludarlo y hacerle señas con sus neblinas, la vista de la carretera o el mismo son de la bocina de un automóvil que, obligándolo a pensar en la carretera, le recordaba su antiguo ir y venir entre la ciudad y la montaña, le procuraron al principio fugaces momentos de nostalgia melancólica. Al fin, insidiosamente, sordamente, la nostalgia llegó a enseñorearse de él, a poseerlo de tal modo, que la persecución del jefe civil no hizo más que trocarse de pesadumbre inerte en fuerza viva, en el deseo inaplazable de volver a su antigua existencia. “Eso sí, no lo haría de manera brusca, sino poco a poco, muy poco a poco, para no provocar sospechas, lágrimas y recriminaciones de parte de Peregrina”. Contento en su interior, protestaba contra el jefe civil ruidosamente:

—Ya no estamos en el tiempo de la esclavitud... ¡Ni que uno fuera esclavo!

Si al partir de madrugada o al regresar muy tarde prefería la carretera, en las demás circunstancias, ya estuviese avanzando la mañana o tardara en hacerse la noche oscura, ya regresase a almorzar por un capricho, optaba por irse, al norte de la carretera; a través de los plantíos y quebradas interpuestos entre la hacienda y el Tócome. La vereda atravesaba una de esas quebradas a corta distancia de un pozo, que tampoco muy alejado de la carretera, y a la sombra de un grupo de árboles, conservaba en lo más crudo del verano un caudal cristalino. Parecía como si el agua, trasminando de la cumbre, por debajo de la arena, tuviese a bien asomarse ahí a la superficie, obedeciendo a la evocación virgiliana de aquel grupo de árboles hermosos. Eran un bucare florecido, dos o tres mangos copudos y un

castaño siempre verde. Debajo de los árboles, el pozo, desde su órbita de peñascos y por entre los árboles, veía el cielo como el ojo de un efríta prisionero de cuento árabe.

Una mañana, mientras cruzaba la quebrada, Bruno, sorprendido, se detuvo, al oírse llamar por su nombre.

—¡Bruno! ¡Bruno! ¡Brunito!

Encima de uno de los peñascos ribereños del pozo, a medio desvertirse y a la vez entre sus ropas medio oculta, alcanzó a ver la figura de una mujer acucillada.

Tras un momento de perplejidad, prosiguió su camino, mientras, en disculpa de su propia irresolución, pensaba: “Debe ser alguna caminera. De seguro que es una caminera. ¿Pero de cuándo acá sabe mi nombre?”.

Llamaban camineras en la comarca a unas cuantas mujeres casi andrajosas, desechos de prostíbulo, espumajos de la ciudad enferma, de poco tiempo atrás instaladas en aquella parte de la carretera que va, por entre haciendas de café, del puente del Chacaíto al del Agua-de-maíz, y donde al ampero de cafetales y puentes, vivían de ofrecer el triste harapo de sus caricias y la miseria de su amor a carreteros y arrieros trashumantes. A su aparición, don Vicente había removido cielo y tierra, acudiendo a los comisarios, a los jefes civiles de los pueblos y aun a las autoridades de la ciudad, para que lo ayudaran a barrer de la carretera aquella ignominia y a salvar del contagio a sus peones. Pero al fin, sospechoso de que los jefes civiles, remisos en el asunto, husmearan sólo una nueva ocasión de patente, resolvió interrumpir su campaña. Y más tarde, cuando ya el contagio corría, como por la fístula el pus, a lo largo del camino real, y de ahí viajaba a los Altos, al valle de Guarenas y Guatire, a dondequiera, don Vicente, irónico, en sus ratos de trágico buen humor, pensaba apenas en sus forzosas vecinas para apellidarlas “alívio de caminantes”, con el clásico dejo y sabor de sus lecturas.

Convencido de que se trataba de una de esas forzadas del amor, al “¡Bruno! ¡Brunito!” del siguiente día, Bruno, aun sin volver los ojos, contestó con un más o menos cordial:

—Adio, caminera.

Una risa loca estalló entre las breñas, como un pájaro burlón que estallara de alegría, y cuando Bruno, curioso, volvió hacia aquella parte los ojos, una verdadera aparición lo dejó suspenso, inmóvil, clavado como una poste en la vereda, sin movimiento ni palabra. Sobre la misma peña en donde viera a la mujer en cucullas, debajo de la cabeza envuelta en un paño rojo, de modo que éste, cubriendo cara y cabellos, no estorbaba al mirar, surgía la estatua perfecta de una bella mujer totalmente desnuda.

Alelado, ante la visión de aquel cuerpo intacto y joven, se dijo: “no, imposible; no es una caminera”. Luego: “pero si es burla, es burla peligrosa”. Lo atraía aquella blancura, que le pareció; no de mármol, no de alabastro, no de azucena, sino blancura inmaterial, propia de una substancia

desconocida. Y saltando por entre las peñas de la quebrada, corrió hacia ella tendido, como labio sediento hacia el agua del pozo.

Pero ella, imperativa, con un gesto refrenó su entusiasmo:

—Así no, Bruno, Brunito. Antes de seguir es necesario que me prometas y jures dos cosas: una, que en ningún caso tratarás de verme a la cara por conocerme; y la otra, que, al yo decirte “vete”, seguirás tu camino ligero, muy ligero, sin pararte ni un momento a ver hacia atrás. ¿Lo prometes? ¿Lo juras?

Bruno prometió y juró cuanto ella quiso, y después cumplió lo que había prometido y jurado.

Cuando se vio de nuevo en la vereda, no se reconocía a sí mismo, como si en aquel instante acabara de convertirse en otro. Ya no era el mismo Bruno, el hijo de Ursula, sino otro Bruno que acababa de nacer en la quebrada, a la margen del pozo debajo del bucare florecido, de los dos o tres mangos copudos y del castaño siempre verde. Recapitulaba como en páginas de cegadora blancura, todas las perfecciones patentes y ocultas de la mujer que acababa de comunicarle otra vida. Y pensaba: “No es caminera. Aquella seda de los pechos, aquel raso de su vientre, aquel terciopelo de sus muslos, no son de una caminera. Aquellos pies sin sombra de aspereza y fealdad, no son de una caminera. Ni son de una caminera sus palabras, ni su modo de hablar y de mandar. . . Mujeres de todas clases vienen a ese pozo”. Y su imaginación voló, voló hasta posarse, atrevida, en la figura de una muchacha de cierta familia de la ciudad, entonces de veraneo por los alrededores, y cliente suya en sus buenos tiempos de vendedor de orquídeas. Pero casi en seguida se arrepintió de la osadía de su imaginación como de un desacato, acostumbrado como estaba a medir la respetabilidad y aristocracia de aquella familia por el número y grandor de las ventanas, que eran grandes y muchas, de la casa que ella habitaba en la ciudad. “De todos modos, no es una caminera”.

Mientras a la primitiva sospecha sucedían otras en el ánimo de Bruno y a su imaginación comenzaban a salirle alas de ímpetu aguilero, su pecho se iba llenando poco a poco de un aliento sobrehumano. Era en realidad que ya no era Bruno, sino otro. El misterio de aquella rara aventura de amor, hallada al pasar como un tesoro oculto en un campo, exaltando y multiplicando fuerzas recónditas del ser, lo acababa de desligar en absoluto y por siempre de la hacienda, de su valle, de su hermano, de cuanto le era hasta ese momento familiar, y hasta del amor de Peregrina.

X I

Tanto-vales-cuanto-tienes, Francisco, María, casi todos los Blanco, se hallaban a esa hora cada cual en su sitio, y cada cual en pleno monólogo,

saboreando las primeras dulzuras de su champurrío dominical, sin cambiar una sola palabra entre sí, ni enterarse tampoco de lo que pasaba a su alrededor, con la sola excepción de Paula, excepción debida, ya a la intervención de Chivera, ya a la dosis todavía bastante larga del champurrío.

Serviciales o curiosos, al rumor del suceso iban entrando al repartimiento algunos peones, vecinos y amigos. En el centro de un grupo, Chivera y el negrito recogedor de mangos y otras frutas de la hacienda, José María y el Pepón, llamado así por lo agresivo de pómulos y de senos frontales, explicaba a Feliciano lo acaecido a Félix, a quien ellos acababan de traer exámine, casi a hombros.

—Pues nosotros cogimos, y fuimos con los perros. Fama, Cosita, Corasmín y Carablanca, a ver si encontrábamos conejos allá arriba en donde quedó ayer el corte de caña. Bueno, al llegar cogimos y metimos los perros en el tablón de caña, y hacía rato que esperábamos cuando, en vez de un conejo, sale de la caña, corriendo, corriendo, una ardita.

—Un jurón —rectificó José María.

—Bueno. Lo que es a mí me pareció una ardita. Jurón o ardita, corriendo, corriendo, el bicho cogió y se encuevó en el paredón, pero ahí mismo salió y nosotros cogimos y nos le pegamos detrás con los perros, hasta que Carablanca agarró por el pescuezo a la ardita.

—Al jurón —volvió a rectificar José María con suma seriedad.

—Entonces —prosiguió Chivera, sin curarse de la exactitud exigente del camarada— fue cuando Félix pegó un leco, y al ver nosotros p'atrás, yo vide que él blanqueaba los ojos y se caíba, pa quedarse después un rato lo mismito que un muerto.

—Un soponcio, seguro, como a Francisco —intervino Paula—. ¡Gu! ¿Y usted no se acuerda, Feliciano? Como a Francisco después que vino de la guerra. ¿Cómo no se va acordar de cuando me cogieron a Francisco? Me lo cogieron y me lo tiraron por allá lejote, por un pueblo que llaman el Baúl! ¡Calcule usted como será ese pueblo, cuando lo llaman ansina! Y después por tó eso que llaman Guárico me lo tuvieron de ceca en meca. Pues cuando vino, era fiebre, y fiebre, y entre días ¡pan! un soponcio y yo remedio, y remedio, y ná. Porque le di ¡justé no se figura! hasta güeso de mapurite.

—Pero, señora Paula —interrumpió el Brujo—. ¡Si eso era la fiebre de los Llanos que no tiene nada que ver con lo de Félix!

Disponíase Paula a contestar, cuando la obligó a dirigirse precipitadamente al fogón la fulmínea fuga de un gato barcino, cuyos robos audaces mantenían consternados y en guardia a los del repartimiento.

—Pa mí —sentenció magistralmente el Brujo— lo que tiene ese niño es mal de ojo —y se ofreció para ensalmarlo. Y como Feliciano estaba resuelto a no acudir a médicos y a no darle a Félix remedios de botica, porque, según él, “ya Félix había tomado muchos y ninguno de ellos le había prestaó”, prevalecieron indiscutibles el dictamen y la tera-

péutica del Brujo. Este, convenido el ensalmo, instruyó a Peregrina sobre cómo había de prepararse al enfermo. Astuto y precavido, sospechando la verdadera naturaleza del mal, dio a beber a Félix, algunas horas antes de la operación cabalística, un verde menjurge que, si bien lucía con todas las apariencias de un vulgar cocimiento de pasote, él explicó haberlo compuesto con otras yerbas, cuya estupenda virtud consistía en favorecer la eficacia milagrosa del ensalmo.

Después del mediodía, a la hora en que estaba cierto del público, se presentó Juan Francisco, solemne y ceremonioso. Y empezó, ya puesto en cruz el muchacho sobre un catre abierto en el centro de la alcoba, por decir tres veces: “¡Jesús! ¡Yo te santiguo, niño!” mientras igual número de veces trazaba en el aire, sobre el enfermo, el santo signo de la cruz, con perfecta unción sacerdotal, para, inmediatamente, seguir diciendo las palabras de su oración, murmurando entre dientes la mayor parte, mascullándolas, a fin de sólo dejar percibir de los oídos profanos aquellas que según él entendía, estaban más llenas de enjundia y de misterio:

—...Que aire, malquebranto, mal de envidia de ojos rabiosos, los tire el Señor al fondo del mar... Ni a ti ni a mí hagan mal que Dios haya criado... Si *te lo hizo* en el vientre, te lo quite San Vicente; si *te lo hizo* en los muslos, te lo quite San Tribulo; si *te lo hizo* en la garganta, te lo quite la Encarnación, si *en las demás* coyunturas, te lo quite el Santísimo Sacramento.

Luego hizo tres veces como al principio la señal de la cruz, mientras invocaba también por tres veces a las “Tres Divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo”, para terminar con un Credo en voz casi imperceptible.

Félix, aterrado primero ante los preparativos del ensalmo, se distrajo después con el pintoresco ritual de palabras y ademanes, hasta acabar por ver al Brujo, desde el fondo de sus ojos abotagados, con una mirada socarrona. Dos o tres horas más tarde lo sobrecogió otro mortal desfallecimiento. Y como Feliciano hubiese menester de recursos para afrontar el desenlace peor, fue a la casa del amo a decirle, con aquella estoica sonrisa de muchos campesinos ante la muerte:

—Don Vicente, se me está muriendo el muchacho.

Sin embargo, entretanto el muchacho se había recobrado lo suficiente como para charlar y reír, simulando los gestos misteriosos del Brujo y dormirse luego con un sueño suave y profundo hacia el anochecer; lo que no mudó el propósito de peones, gañanes y otros vecinos de la hacienda, ya decididos a velar esa noche con Feliciano y su familia.

Aparte el crecido número de concurrentes, fue esa vez una como tertulia se prolongó de manera desusada, más allá de media noche.

Instalados los unos en el propio cuarto del chico, dispersos o en grupos los otros, por los corredores y el patio central del repartimiento, fueron casi todos poco a poco saliendo hacia la libertad y la frescura, hasta aco-

modarse al fin en el sardinel de la puerta, sobre las piedras caprichosas y esparcidas en el patio exterior, y al pie del bucare gallinero a cuya enteca ramazón acostumbraban acogerse las gallinas de la señora Paula.

Cerca y lejos, dentro y fuera del cafetal se exasperaba la orquesta de los grillos. Hacía algún tiempo que el múltiple monólogo de los Blanco se había ahogado, voz a voz, en el sueño letal del champurrio. Alguien, después de apuntar al cielo sin nubes de la noche serena dijo:

—El cielo está pelao, pelao —refiriéndose a la insistencia de la sequía. Y se habló de cómo ya estaba haciendo falta la lluvia, de las rosas tempraneras e innumerables; de los pico-de-frasco numerosos que bajaban al plano huyendo de la quema; de cómo con las bandadas de pericos, apareciera también ese año una nube de arrendajos, fugitivos de las montañas de Barlovento, a las que había logrado comunicarse el fuego de las rozas. Naturalmente, se habló de las autoridades ineptas o cómplices, a cuya presencia pasaba y cundía, tronando y resplandeciendo, impunemente, el estrago. Se hizo observar entonces la ausencia de Bruno, y la conversación recayó en las desmanes del jefe civil del pueblo.

—¡Si ya aquí no se può vivir! Esta tierra, con los jefes civiles, es como un rancho sin gente en medio a una conducta de bachacos royones. ¿Te acuerdas, Feliciano, lo que sucedió en el rancho de Nicomedes? Pues, una noche, Nicomedes, con toa la familia, se fue a no sé qué parranda. Dejaron el rancho solo, y cuando volvieron a la mañanita, no encontraron ni esto. Ni comía, ni ropa. Hasta unos pollos que habían quedado durmiendo, en el techo del rancho habían desapareció. Ná, pero ná. Y así mismito le va a pasar a nuestra tierra con los jefes civiles. Y nosotros, ¡qué vamos a hacer! Esperá que pase la conducta —sí pasa— como quien espera a la orilla del río a que baje la corriente!

—¡Caray, Brujo, que te has puesto bien godó, casi tan godó como don Vicente! —exclamó Pedrito—. Don Vicente, el año pasao, cuando el medidor, ¿se acuerda?, un domingo por la mañanita, allá por junio, se aprovechó de que estábamos unos cuantos reuníos en el Alto, pa decirnos una cosa parecía a esa que el Brujo ha dicho de los royones. Por el cielo, que estaba azul, azul, volaba un bando de mariposas, pero un bando regrande de mariposas amarillitas. Y don Vicente nos dijo: “¿No ven ustedes qué lindo es eso, muchachos, todas esas mariposas amarillas como flor de araguaney, amarillas como el oro? Son muchas, tal vez un millón; tantas, que llenan el cielo entre el Avila y el camino real. Ahora, más adelante, se pararán en una tabla de carautas. Ahí las mariposas pondrán sus huevos, o harán lo que sea, y de lo que ellas hagan saldrá el medidor ese gusanito que ya ustedes conocen, un gusanito que se estira y encoge y cuando dice a comer deja la tierra desnuda. Después de esos gusanos volverá a salir otra bandada de mariposas nuevas, de mariposas amarillitas como un oro. Pues eso, muchachos, es lo que llaman el partido liberal”. Así mismo dijo, y se fue riendo.

—¡Qué voy a ser godo, muchacho! Don Vicente es otra cosa. El, sí. Dicen que su taita allá en tiempos de los godos, era cortadorazo. Y como don Vicente sí es godo de verdá, lo que él dice, es pa echale la culpa a los liberales; pero toos son lo mismo.

—Y así es. ¡Cuando yo pienso en el entusiasmo con que yo pelié por el General!

—Guá! ¡Salú, mi jefe! —saltó bromeando y contrahaciendo la voz uno del patio.

—¡Hombre!, mi amigo, yo no seré jefe, pero me he quemao la cotonía. Lo que le aseguro es que no era ni soy ningún patiquín pa el plomo. . . Por eso mismo es que me arden las cosas que pasan. En cuantico que triunfamos —¡qué triunfo ni triunfo!— empezaron las cosas a echarse a perder: La gente, sin trabajo. Menos mal pa nosotros, los que arreamos bueyes. ¡Pero los peones! A lo sumo trabajan tres días a la semana, cuando no dos, o uno, o ninguno. Y después, los impuestos. Que si aguardiente, que si el tabaco: hoy, un impuesto; mañana otro; hoy, un cabito, mañana, otro cabito; y así, cabito a cabito, se están llevando la cera de esta colmena, que es la República.

—¡Esa es la fija! Lo mismo que digo yo: ¡qué godos ni qué liberales! Toíticos ladrones.

—Y así seguirán hasta que vengan los musíúes —comentó con siniestra acerbidad el Tralunao.

—Eso sí que no —protestó Saturno—. Eso sí que no, ¡caray! A los de aquí, por malucazos y ladrones que sean, podremos aguantarlos, pero a los musíúes, no, ¡caray!; eso sí que no. Que vengan se hallarán con que de cada uno de nosotros sale un Páez o un Bolívar.

—¿Qué Bolívar? —preguntó con sorna la misma voz, que ya se oyera salir contrahecha del patio—. ¿Qué Bolívar? ¿El marido de Soledá, la que vive al otro lado del río y es partera y ensalmadora?

Mientras el gañan bizco, Saturno, rezongaba y se retorció con furia en su puesto, como toro a quien acaban de hincar un rejón, los demás peones y camaradas reían. Bolívar se llamaba realmente un pobre peón inválido, a quien una enfermedad hiciera inútil para el manejo de la azada y otras labores. De modo efectivo no ayudaba a la mujer sino durante la cosecha de café; y en esa época, a la hora de la medida, por la tarde, cuando él llegaba a la tolva, nunca faltaba un chusco para anunciarlo diciendo: “¡Ahí viene el Libertador; ahí está Bolívar!”. Y siempre, a ese anuncio, todos rompían a silbar en coro el “¡Bravo pueblo!”.

—A propósito, Juan Francisco —volvió a decir la voz burlona—, a propósito de que la señora Soledá es ensalmadora, como tú, ¿qué San Tribulo es ese que yo nunca había oído mentá?

Iba el Brujo a responder algo atroz, pero alcanzó a refrenarse y dijo: —Oiga, niño: con esas cosas no se juega.

—Bueno —insistió la voz burlona—; y ¿qué hubo del entierro, Juan Francisco?

—¿El entierro? ¡Hombre! de que lo había, lo había: la prueba es que lo sacaron, y el que quiera saberlo, que se lo pregunte a Bruno.

Y como el secreto era ya un secreto a voces para todos los presentes, menos para Feliciano y Amaro, sobre los del grupo, cohibidos, cayó una lápida de silencio. Afortunadamente, a romper el silencio pesado amenazador, vino de la carretera, magnificándose en la calma nocturna, un imprevisto y espantable fracaso.

—¡Concho! Parece como que se ha reventado un automóvil.

Y todos, curiosos o apercebidos a prestar su ayuda, se precipitaron hacia el camino. Cerca de unos gigantescos mijaos, que aumentaban con su vasto follaje lo obscuro de la noche, sobre la cuneta sur de la carretera se les apareció un automóvil totalmente invertido, con las ruedas al aire. Y se apresuraron a libertar a los viajeros, a quienes imaginaban poco menos que vueltos papilla. De estos, el primero en salir de su pérfida cárcel improvisada, medio a rastras y poco a poco, fue el chauffeur, sin la más leve rozadura; luego, una viajera joven y gentil, apenas magullada; en seguida otra, de casi la misma edad, que se desmayó de veras dos veces, y mostraba un brazo péndulo, inerte, roto; y, por último, un señor entrado en años, que se dolía, no tanto de las propias fracturas y lujaciones, juzgadas más tarde a un exámen quirúrgico gravísimas, como de la forzosa publicidad flagrante del suceso.

Mientras unos peones atendían a los viajeros y a poner sobre sus ruedas el carro, otros, obedientes a las instrucciones del señor maduro, fueron a comunicarse con la ciudad por el teléfono más próximo. Lamentando lo ocurrido, lo comentaban sin embargo entre sí con dicharachos alegres:

—¡Carrizo!, ¿has visto qué cara de susto tiene ese buen señor?

—Ya lo creo. ¡Si es casado y con hijos, y va y le sucede este percance yendo con ésas! Figúrate si su vieja lo sabe.

—Y ustedes que decían que era un automóvil —rectificaba Juan Francisco—. ¡Qué va, automóvil!

—¿Y cómo se llama eso, pues?

—¿Pero no viste cómo en un momento lo volteamos? ¡Qué va, automóvil! Eso es una de esas latas grandes de kerosene que hacen mucho ruido y que los norteamericanos, con su manía de ponerles nombres raros a las cosas llaman Fords.

Y el Brujo que sabía leer, pronunció con énfasis todas las letras de la marca.

—Cosa más particular —agregaba el Brujo— ¿Por qué será que siempre que se voltea uno de esos corotos, hay siempre debajo muchachas bonitas? Eso yo lo he reparao ya tres veces. ¿Por qué será?

—Pregúntaselo al chófer.

Feliciano, después de cooperar eficazmente en los primeros auxilios, regresó, temeroso de lo que en su ausencia pudiera acontecer en el repartimiento solitario. Todo, a su vuelta, lo halló en quietud, en silencio y en sombras. El silencio, dentro y fuera, se agrandaba más bien en la orquesta de los grillos. Adentro, sólo interrumpía la obscuridad una pobre luz parpadeante en el cuarto del enfermo. Desde el umbral, Feliciano abarcó de una ojeada a Félix en reposo y a Peregrina junto a Félix, también rendida al sueño en postura nada cómoda sobre la orilla misma del catre. Mientras con un pie tocaba el suelo y coronaba la cabeza de Félix con un brazo, el sueño la sorprendió y fijó en forzada actitud supina.

Atónito, alorado, Feliciano veía a la durmiente sin comprender, hasta que la revelación entró en su alma con el mismo estrépito de catástrofe con que poco antes, en el silencio de la noche, retumbó el fracaso del automóvil invertido en la carretera. Debajo de las ropas de la muchacha y merced a su posición casual, se denunciaba el vientre de la mujer en su plenitud victoriosa de ánfora de la vida. Al primer estupor, siguió en Feliciano un movimiento incontenible de rabia. En un solo ímpetu, arrancó del catre a Peregrina y la arrodilló a sus pies, mientras con palabra igualmente brutal o más brutal todavía, le restallaba en la cara una injuria. Luego, sobre la muchacha de rodillas, apenas despierta, casi inconsciente aún, comenzó a gritar desesperado:

—¡Caminera! ¡Caminera! ¡Caminera!

X I I

Peregrina, confesó. La cólera de Feliciano fue como rancho de paja sorprendido por el fuego en pleno estío: una sola llamarada impetuosa que se alza magnífica a los cielos, y es, un momento después, pálida nébula de humo ondulante en medio a un loco revuelo de cenizas, tal como en levísima nébula de cenizas y humo que en el claro cielo estival, agravando la pesantez de hornalla de la calígine, denuncia el fuego de las rozas lejanas. A su primer ciego arrebató sucedió la tristeza, el apocamiento, la resignación, una malsana resignación compuesta de cansancio y escepticismo. Viejo, el cabello gris; encorvado bajo el peso de los años y por la perenne labor de la escardilla sobre la tierra dura; desencantado y asqueado del trabajar; muerta la compañera; el único hijo varón enfermizo e inútil, como fruto zocato sin esperanza de madurez; al sentirse ahora herido a traición en la hija que era la gloria y el orgullo de la casa, invocaba y deseaba la muerte, pensando en el destino incierto de las otras, todas de casta bella y buena, en cada una de las cuales resaltaba al menos un rasgo de la dulce belleza de oro, de ámbar y miel de Peregrina, y que él ya veía como tierno manojito de flores en botón condenadas al brutal ramoneo del asno, del buey o del cerdo, o como cándido y menudo rebaño de ovejas, a las

que él, su padre, viejo, solo, agotado, muy pronto inválido tal vez, no podría proteger contra asechanzas y perfidias de lobos.

Desconfiado, sin hacerse ilusiones de buen éxito, quiso desahogarse en Amaro antes de abordar a Bruno.

Amaro, ese día, araba en las tierras de labor más próximas a la casa grande. Al ver acercarse a Feliciano, le gritó.

—¡Eh, Feliciano! ¿Cómo ha amaneció Félix?

—Pues Félix amaneció despabilado. Como que se cura. Al menos, creo que de ésta ya no se muere. Ahora... la que está muy mal, pero muy mal, es Peregrina.

—¿Peregrina? ¿Y ella qué tiene?

—¿Que qué tiene? ¿Y tú no sabes lo que ha hecho Bruno? Pues tiene... que Bruno me la ha malograo.

—¡Cómo, viejo! ¿Qué dice?

—Digo que Bruno me ha desgraciado la muchacha. Pero con ella ha de casarse; es caso de conciencia. Si no, yo no respondo.

El gañán, después de parar sus bueyes con la voz de costumbre y de soltar la mancera de su arado, se encaminó hacia Feliciano, manteniendo en alto la garrocha cogida con la mano derecha.

Entretanto, el viejo continuaba acumulando cargo sobre cargo profiriendo queja sobre queja contra el seductor de la hija, hasta evocar el crimen del seductor en toda su protervía, y no ver otra falta en la hija que haber creído, por sobra de inexperiencia y amor, en las falaces promesas de Bruno. De pronto, Feliciano, suspenso, hubo de interrumpirse ante el espectáculo singular que hirió de modo inesperado sus ojos. Antes de llegar a donde él estaba, y como si sólo entonces alcanzara a comprender lo que él decía, Amaro, descompuesto, pálido, abriendo inmensamente los ojos y arrojando la garrocha muy lejos, hizo un alto, y, a semejanza del buey que se retira a revolcarse en la besana bajo un paroxístico desespero de cólico, se tumbó con toda su corpulencia de mal desbastada mole granítica, a retorcerse y a debatirse en epiléptico espasmo contra la misma tierra. Especie de granítico bloque humano, su tragedia interior se traducía como la tragedia del granito, en súbita erupción de lava o en convulsión de terremoto.

Ya taciturno de por sí, como buen hijo de Zoilo, aprendió, esquivo y huraño, a cultivar el silencio, mientras el cabo López ocupaba el puesto dejado por la muerte de Zoilo en el rancho de Ursula. A pesar de que el cabo López, mañero y buen vividor, lo asediara con demostraciones de afecto, él nunca desarmó su recelo ante el padrastro. Y cuando el padrastro desapareció por último, tan misteriosamente como vino, se alegró en el fondo de su corazón de hallar justificado su recelo.

En armonía con su natural taciturno se hallaba su inclinación a comulgar con el alma cándida y fugitiva de las bestias que el hombre asocia a su trabajo. Su primer compañero y amigo fue el asno rucio de la hacienda, y

su primera ocupación la de llevar, a lomos del rucio, ya granos, leche, legumbres y frutas de la hacienda a la casa del amo en la ciudad, ya el eucarístico mazo de nardos y la más blanca cera de las colmenas a la capilla de que era capellán el confesor de la señora. Pero su predilección acabó por fijarse definitivamente en los bueyes, cuando se reconoció con fuerza bastante para uncirlos. Al principio acompañaba o sustituía a uno de los gañanes en las dulzuras del pastoreo, durante el cual se ejercitaba con monosilábicas voces de mando, palmadas y caricias, en hacerse conocer y amar de los animales, hasta llegar a imponerles a voluntad el yugo y a emprender con ellos toda suerte de labores. Paciente y cachazudo, cuanto era de grande y basto, una clara correspondencia ideal se establecía entre su espíritu y el tardo y grave espíritu de sus bueyes. Cuando en manos de otro gañán un buey se tornaba áspero y mañoso o decaía y se desmedraba, enfermo de tristeza, bajo las manos de Amaro, y a pesar de ser el pasto y el trabajo los mismos, recobraba, con su antigua manse dumbre, la redondez juvenil de sus carnes.

—Tienes sangre pa güeyes —declaraba doctoralmente Juan Francisco.

Tímido y taciturno, era exclusivista en su afecto, hacia bueyes o personas. Así quiso, entre los bueyes, a “Clavelito” y “Galán”, y al ser éstos divorciados por el amo, ignorante, según él, de cosas de bueyes, así quiso también a “Galán” y “Romero”, cuando aprendió a estimar al fin las facultades y excelencias del último. Así quiso a la madre, así al hermano, así, en el más fragante y musical secreto de su corazón, amó sobre todo a “Peregrina”.

Si al principio se apartaba de Bruno con repugnancia, consecuencia natural de su prevención y recelo por el cabo López, cuando el hermano empezó a balbucear y andar, se le apegó y lo amó no obstante la diferencia de origen y en razón quizá de la misma semejanza de caracteres.

Puso deliberadamente su voluntad y su trabajo en mantener a Bruno en la escuela el tiempo más largo posible, cuando él, por la temprana muerte de su padre, no había sabido ni sospechado siquiera de la “instrucción popular gratuita y obligatoria”. Y, al Bruno dejar definitivamente de ir a la escuela, se dedicó a instruirlo a conciencia en todas las faenas del campo. Su orgullo era decir que lo había enseñado a trabajar, y su ideal más alto, reducirlo, dominar el carácter fraterno, arisco y volantón, como él decía, aplicando a Bruno los vocablos que él usaba para designar la movilidad saltante y nerviosa de los novillos nuevos. Pero el alma fraterna se le escapaba de las manos como una anguila, y, al fin y al cabo, desesperaba ya de someterlo cuando se fue de recluta.

A su vuelta juzgó inútil insistir, y resolvió consagrarse a cultivar el secreto de su corazón, un secreto que no osaba confesar ni a sí mismo, aunque era tan grande que amenazaba sofocarlo, ya resonando dentro de él a manera de una música, ya enflorándose y perfumando como un jardín en primavera. Siendo ella bonita, buena y hacendosa, y él fuerte, serio y

trabajador, sobre haber intimado tanto la familia de ella con Ursula, apenas tenía, a su juicio, que esperar la ocasión oportuna de manifestar su deseo para casarse con la hija de Feliciano. Contentábase con dirigir a ella y al padre alusiones ininteligibles o poco menos, que, aun en el caso de entenderse, a nadie obligaban, y, sobre todo, a posar en la muchacha miradas cariñosas y dulces, porque, además de su única belleza, su casi único modo de expresión estaba en el manso y profundo mirar de sus ojos bovinos. Tampoco a sacarlo de su mutismo llegó a su corazón el estímulo heroico de los celos. Por falta de malicia o sobra de candor, no se preocupó de los abejorros y pegones que rondaban la rosa en inminencia de rasgar el capullo. Tímido, silencioso, cuanto hubiera debido echar afuera por el difícil cauce de su palabra, recaía y se acumulaba en su interior, y así iba él como en el vacío labrando y magnificando la fantástica arquitectura del ensueño, hasta darle trazas y proporciones conformes con su ideal, no las de mágico palacio empedrado de pedrería como en un cuento árabe de *Las mil noches y una noche*, ni siquiera las de una casona burguesa y trivial, sino las modestas, aunque para él suntuosas, de un rancho semejante al viejo rancho de Ursula, con su corredor bien oreado por la brisa, donde, en trípode rústica, sobre la hoja de plátano reposa el bernegal reluciente; con su cocina pequeña, pero fresca, pulida y empenachada de humo; con la alcoba que hace de salón tapizada de grabados y cromos, aquella estampa de Nuestra Señora en la que, mejor que el pincel de un Correggio, la imaginación de Amaro viviera sustituyendo, a los ragos de la imagen sagrada, los ojos, la boca, la gracia y la belleza de Peregrina.

Y he aquí cómo al venir de pronto abajo el edificio del ensueño, minado, socavado a traición por quien, además de hermano suyo, era también espiritualmente en cierto modo su discípulo y su hijo, su única manera de traducir el brusco y formidable derrumbamiento de toda su vida interior, fuese aquel otro súbito y brutal derrumbamiento de su cuerpo, que dejó mudo, atónito y sobrecogido a Feliciano. Después de levantarse, Amaro empezó por sacudirse el polvo del vestido, luego empuñó la garrocha y, sin decir todavía una palabra, hundió y revolvió por un rato el rejo de la garrocha en la tierra, como si estuviera desgarrando y hurgando sin piedad el corazón de Bruno.

—Entonces, tú, ¿tampoco sabías nada?

—¡Qué iba a yo a saber! ¿Cómo quería usted que yo lo supiera?

—Entonces tú y yo éramos los únicos que no sabíamos nada, porque ahora resulta que todo el mundo lo sabía. Nosotros hemos sido los últimos. ¡Bonito papel!, el mismo de don Pancho, el viejo del pueblo: papel de cornudos.

—¡Bueno!, lo que pasó, pasó. Ahora, usted, ¿quiere que yo hable con Bruno pa convencerlo de que debe casarse con Peregrina, no es verdad? ¿Que sea yo el que hable con él, no es verdad?

—Así es. Lo malo es que a estas horas quién sabe por dónde él andará.

—Yo sí sé —dijo sencillamente Amaro, y luego prosiguió—: Lo veré, le hablaré y tendrá que casarse con Peregrina.

—Que así sea y que Dios te lo pague, muchacho.

Ahora la calma de Amaro le parecía al viejo más terrible que su ataque de furia epiléptica. Tal como si hubiese terminado su labor, Amaro soltó los bueyes, y después de darle de beber emprendió con pasos de autómatas el camino de la sabana. Aunque era bastante pasado el mediodía, grandes y densas nubes inmóviles en lo alto del cielo prolongaban y agrandaban el bochorno. Muchos bucares, despojados ya de su veste flamígera, surgían a modo de esqueletos, en tanto que otros, los menos, acababan entonces de florecer, sacando a la superficie el último fuego de su corazón en vivas oleadas de púrpura. Al salir de la zona de los cafetales, Amaro empezó a sentirse torturado por la sed. Era como si con garras furibundas un animal de presa le oprimiera el gástrico. Y antes de proseguir su camino se acercó en demanda de un vaso de agua al rancho más próximo. Desde ahí marchó a través del roquedal incendiado. Entre la paja de la sabana, en gran parte arrasada del fuego, en parte reseca y ardida del sol, se divisaban los grandes cantos rodados, los dispersos bloques de granito, a modo de un rebaño de dromedarios en siesta sobre la tierra desnuda.

Mientras iba, primero a la sombra de los cafetales, después por la sabana, Amaro, sin darse cuenta exacta de ello, se ocupaba en hacer una completa recapitulación de su vida. Recuerdos y rostros familiares pasaban y repasaban ante su espíritu como en una vertiginosa fuga de cinematógrafo. A veces unos recuerdos o rostros le sugerían alguna reflexión, y se detenía entonces en él por un instante para dejarse de nuevo llevar y arrastrar de aquel mismo temeroso vértigo de fuga. “¿Cómo ella pudo llegar hasta allá, hasta ser como una cualquiera?”, pensaba, en el momento en que musió Pedro empezó a gritarle desde su cobertizo:

—¡Eh! ¡Amaro! ¡Amaro! ¡Vieni qua-ma fermati un poco, hombre! ¿Non mi senti, caray? Va, va vía; vate al diávolo. Pare che estás loco, así como la canaglia del tuo hermano, que esta mañana pasó como te, presto, presto, iguale che um lampo. Ma ¿cosa vi succede?

Tan sólo al oír mentar a su hermano volvió Amaro la cabeza.

—¿Has visto a Bruno?

—Ma sí; stamattina lo vido. ¡Ma se tu non vuoi conversar ni sentir niente!

—¿Viste pa dónde cogió?

—Me pare che verso quella parte de la Tenería. ¿Hai visto quellu idiota she stamo montoneando fíame in questo tempo? ¡Eh! ¿Ma non senti? E pure se ne va. Bene, bene, va vía. Que il diávolo ti porti.

Sin hacer caso alguno del italiano, Amaro siguió sabana arriba, más allá del paisaje roquero. Al mismo tiempo que la sed volvía a molestarlo con áspera sensación de quemadura, sus recuerdos volvían a alzarse dentro

de él y a sucederse y agitarse en espirales raudas y violentas como un torbellino. Atormentado por la sed, se apresuró a ir al encuentro del agua. Ya no la encontraría sino casi al pie del cerro, donde, en medio a la retostada sabana que se extiende a una y otra margen del Sebucán, aparece a modo de oasis, y fomado principalmente por mangos de follaje fresquísimo, un amplio dosel de verdura. Debajo de los mangos bebió agua hasta la saciedad y reposó largo tiempo.

—¡Caramba! ¡Qué sed la que he tenido! —dijo después en voz alta, como para distraerse, como para apartar el pensamiento de su interna zozobra. Y en seguida reflexionó también en voz alta:

—Pero ¿por qué estaré pensando tanta pistola? ¡Como no sea que me voy a volvé loco!

Desde ahí siguió más despreocupado y sereno, para muy pronto, a los pocos minutos, hallarse en el principio de la vereda, estrecha y color de sangre, que, como verdugón en cuerpo de hombre, sube zigzagueando por un flanco del Avila hasta el pie de la montañita, en donde había de encontrarse con Bruno. Ahí el bosque, ralo y miserable, sobre todo en la estación seca, tiene la forma triangular de una lanza invertida. Y abajo, con su punta de lanza, rompe, hasta el plano del valle, en dos contrafuertes el cerro, para abrir al paso de su débil chorro de agua pura una quebrada muy honda. A la derecha, en la linde del bosque y rodeado de hortaliza y jardín, está un rancho, adonde conduce la vereda que Amaro sigue por el contrafuerte de la izquierda. Y del uno al otro contrafuerte la vereda pasa orillando una enorme bañera o taza de granito, labrada a perfección por la virtud lenta y divina del agua. El rancho lo habita Nieves, un hijo del Brujo, que sólo físicamente evoca al padre, y eso de un modo impreciso.

Aunque Bruno hubiese ido hasta ahí so pretexto de un trabajo, en realidad intentaba, enfermo de vanagloria, ponerse, con el auxilio de Nieves, en la pista de la mujer de su aventura. Cuando Amaro apareció abajo y frontero al rancho en la vereda, arriba, a la puerta del rancho, conversaban tranquilamente los dos hombres. Después de saludar de lejos, Amaro llamó a Bruno. Este, al reconocer al hermano, se inmutó, pero en cuanto hizo la mención de bajar, gritando al mismo tiempo "Allá voy", se sintió como más ligero, y aun alegre. Alegrábase porque después de haber temido muchas veces que su hermano supiera, ahora, cuando ya estaba cierto de que sabía, se encontró sin miedo alguno.

—Ya tú adivinarás por qué, yo que nunca he subió al cerro ni he soltao nunca mis bueyes a esta hora, he venío hasta aquí. Feliciano me ha dicho cuanto le sucede con... Peregrina, y yo le ofrecí hablarte de eso... Porque es preciso que te cases con ella, Bruno.

Confiado ante la calma impasible de Amaro, Bruno empezó como cediendo:

—Bueno... , más tarde, no digo que no... , porque lo que es ahora tú sabes que es imposible.

—¿Imposible por qué? ¿Porque no tienes lo necesario? Yo lo tengo. Algo tengo economizado, y... yo no haré nada con eso. No es muchote, pero es bastante para que te cases con esa muchacha... Es necesario que te cases con ella, Bruno.

—Pero ¿por qué ha de ser necesario? Vamos a ver. ¡Son tantas las que no se casan!

—Pero tú la desgraciaste, y se lo debes.

—¿Qué la desgracié? Al fin y al cabo, se resignará. Se conformará, y hará como las otras.

Y Bruno citó los nombres de varias muchachas campesinas.

—¿Y tú la comparas con ésas? Ella no es como ninguna de las que has nombrao. Tú lo sabes. Tu conciencia tiene que decírtelo, Bruno. ¡Acuérdate! Acuérdate de cómo ella y Feliciano y la mujer de Feliciano se portaron con la vieja: fueron para la vieja y pa toos nosotros como un pozo de cariño.

Bruno, vagamente conmovido ante aquella evocación, quedó un instante sin hablar, para salir luego diciendo:

—Pues lo que soy yo, no me caso, al menos por ahora.

—Es necesario, Bruno. Es necesario que yo le lleve a esa gente una palabra de consuelo. Por ella, por Feliciano, por ti, por mí mismo, es necesario que te cases, Bruno.

—¡Dale con que es necesario que me case! ¡Caramba qué empeño! ¡Pero hombre, ya que estás tan empeñado que se case Peregrina, cástate tú con ella!

La sangrienta ironía de las palabras de Bruno entró como puñal certero en el corazón de Amaro. Y Amaro, sin responder, maquinalmente, abrió y cerró sus férreos brazos de gañán alrededor del otro, de suerte que, sujetando al otro los brazos para no darle tiempo de apercibirse a la defensa, entre sus brazos, quedó sin movimiento y preso el cuerpo endeble y trémulo de Bruno.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Pero Amaro, extraviados los ojos, pálido y convulso, apretaba, apretaba siempre, sin darse cuenta de lo que hacía. Era como si intentase exprimir del cuerpo de su hermano lengua y corazón, alma y vida, en un solo chorro de impureza.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Con el miedo y la angustia de la asfixia inminente, el prisionero agitaba como un insensato la cabeza y los pies, mientras en la cara congestionada y purpúrea se le desorbitaban los ojos.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —alcanzó a gritar todavía, ya casi exánime.

A este punto apareció Nieves a la puerta del ranchito, y al ver y juzgar la recíproca situación de los dos hermanos bajó corriendo y gritando como un loco a interrumpir el abrazo implacable y siniestro.

—¡Amaro! ¡Amaro! ¿Qué haces? Vas a matar a tu hermano. Acuérdate de que es tu hermano.

Como si despertara a esas voces, Amaro, de un empujón, aventó lejos de sí el cuerpo del hermano, que fue a caer a dos metros de distancia, desmadejado y flácido, como una cosa miserable, inerte y blanda. Luego, sin hacer caso del caído ni del otro, se precipitó a calmar la sed que de nuevo lo abrasaba como una quemadura, tendiéndose a beber en el natural tazón de granito. Y al mirarse en el espejo del agua, se extrañó de reconocerse, como si hubiese esperado encontrar, en vez de su imagen, los rasgos de otro, de un anciano, de un muerto, de una larva. Ya estancada la sed, se incorporó y, como respondiendo entonces a Nieves, dijo:

—¿Hermano? ¡Qué va hermano! Ese no es mi hermano. Ese no es más que el hijo del cabo López... , el hijo del cabo López.

Así, por primera vez, del fondo de su corazón y bruscamente en ese grito, surgía el odio, como imprevisto alumbrar de lava por siglos de siglos reprimida y oculta en las entrañas de la tierra.

XIII

Un día, las arrumazones, en vez de cuajarse y tenerse inmóviles en el cenit, para hacer más grave el bochorno, se formaron hacia el Este, y de Este a Oeste, con sus torvas alas de cerro a cerro extendidas, vinieron cabalgando sobre el viento de Petare a deshacerse en lluvia. A la vez que en un instante valle y cielo se tornaban oscuros, un gran trueno, después de estallar en la cima, se prolongó y multiplicó, repercutiendo sorda y sucesivamente en los distintos arcabucos y vertientes del Avila. Antes y después del trueno se oía en la parte del Este el progresivo acercarse y bramar del viento furioso. Venía destrenzando y agitando los follajes, meciendo y remeciendo árboles y arbustos, abatiéndolos y doblegándolos unos contra otros, con tal ímpetu y fracaso como si arrancase de cuajo la arboleda y no se limitara en realidad al daño de algún frágil bucare que, en lo alto de su copa o en lo más débil de su cuerpo, con quejumbroso rumor, se desgajaba y crujía. Ya en lo descampado, como presa de la rabia del impotente, porque no pudo echar abajo todo el bosque, el viento pareció revolverse contra sí mismo, y se alzó, con briznas, polvo y hojas, en vertiginosas tolvaneras, que excedieron en altura a los árboles más altos. Tras de cada remolino, briznas y hojas quedaban revolando, oscilando, vagueando en el aire como las pavesas de un incendio. Al mismo tiempo, raros, grandes y violentos goterones trabajaban el polvo con rotunda impronta de monedas o en forma estelar de escupita-

jos, en tanto que de la tierra humedecida, y en medio a un vaho caliente, se exhalaba un acre perfume.

Al rugir del viento huracanado, al instantáneo girar y desbandarse del polvo y de las hojas en la rauda espiral de los remolinos, y sobre todo al caer de las primeras gotas de lluvia, las mujeres acudieron de todas partes a recoger la ropa tendida a secar a la orilla del cequíon, sobre las peñas de la quebrada, o en los alambres a tal fin dispuestos en cruz en el mismo patio interior del repartimiento. Entre las mujeres que se precipitaron hacia la quebrada iba Peregrina. Y el torpe correr de todas ellas, cohibido a la vez por las enaguas y la falta de costumbre, se atrajo inmediatamente una pedrea de motes y rechiflos de un grupo de muchachos que desde una orilla, y en aquel mismo instante, saludaba entre silbidos y gritos, con la escandalosa y eléctrica alegría de una bandada de loros, la aproximación del aguacero.

—¡Guá! —dijo uno de ellos, de modo que Peregrina lo oyese, y con ese instinto perverso, a veces tan cruel, de la infancia:

—Aguaiten a Peregrina cómo no puee corré nafta. ¿Qué tendrá esa? Como que está hinchaa. . .

—Eso es de comé mango —explicó también en voz alta y con mucha sorna el Pepón.

El comentario sublevó a Chivera:

—¡Hombre! Me parece que los mangos acaban de floreá y que no es tiempo de cosecha e mango.

—Bueno, pues *eso* será de la cosecha pasaa.

—Cosecha la que te voy a dar ahorita —concluyó Chivera, cada vez más indignado ante la insistencia del otro.

Idas las mujeres, y entre ellas Peregrina, cada una con su atado de ropa a medio secar, Chivera, sin despojarse del estorbo de su hopalanda, se volvió hacia el negrito, lo tendió de una zancadilla en el suelo y ahí lo zarandó, lo aturdió y entonteció a mojicones, y no lo dejó sino al comprender que, a las naturales protuberancias de donde sacaba su feo sobrenombre el muchacho, él acababa de añadir otras copiosas protuberancias nuevas a limpia fuerza de puños.

—Ahí tienes tu cosecha e mangos. Ahora recógela, ¡sinvergüenza! ¡Maluco!

Y dando la espalda al caído, y sin imitar a los otros, a quienes el pleito y el aguacero pusieron en fuga, Chivera, a pesar de la lluvia, entonces deshecha, se dirigió al repartimiento, paso entre paso, tranquilo, soberbio y triunfador, atento a saborear con todo reposo la conciencia de haber cumplido su deber o a no descomponer con un solo pliegue indiscreto la caída magistral de su hopalanda.

A los dispersos goterones ya habían sucedido gotas no menos grandes, pero más rápidas, más frecuentes y en mayor número, hasta enhebrarse y unirse en hilos verdaderos que, a la luz occidua, e inclinados de arriba

abajo y de Este a Oeste, cortaban el valle de Norte a Sur como un gigantesco varillaje de plata luminosa. Luego, caído el viento, ya porque de su propia virtud se agotara, ya porque se replegase y recogiese a los embates del viento de Catia su enemigo, el varillaje se confundió, se esfumó, desapareció, y por dos horas, hecho de innumerables y finas gotas, como atomizadas gotas de vapor o de polvo de agua, quedó imperando el aguacero, no de los que barren y arrastran con violencia cuanto hallan al paso y no aprovechan a planta ni a flor, sino de esos otros que empapan, traminan y penetran la tierra hasta no dejar un solo germen sin su parte de vida, alimento y frescura.

Entretanto, en un rincón de su alcoba, lloraba y sollozaba Peregrina. Al recordar con las mismas palabras la zafia y cruel burlería de las píluelos, pensaba: "¡Es lo último!", considerando que ya había de estar próximo el fin de su calvario, que ya era tiempo de renunciar a la esperanza misma, para irse lejos, muy lejos, a desaparecer, con su vergüenza, de la vista de todos.

Al principio, aunque él se alejase de ella sin una palabra de explicación, y tal vez porque ella se contentase con los pretextos que él diera a sus amigos, ella confiaba en la vuelta del amante sin un asomo de duda. Imposible que su ausencia equivaliera al abandono. Su voluntad no podía ser desamparada ante la inminencia del más tremendo conflicto. Ni ella podía desconfiar de quien le dijo palabras tan bellas como jamás había oído en otros labios; de quien, para expresarle su amor y convencerla de él, encontró aquella imagen sencilla, gráfica y profunda de las raíces del matapalo, que, insinuándose entre piedras y ladrillos, acabaron por sustituirse a la argamasa en los muros de la Oficina Vieja.

Cansada de la espera, la asaltó la duda, y su espíritu empezó a debilitarse desde entonces entre la fe y la esperanza. Movida por súbitas ráfagas de religiosidad, intentó hallar sostén para su fe, abogados defensores de su amor y su dicha, entre los santos del cielo. Rezó una, dos, tres novenas en unión de Candelaria, su confidente y amiga. Abrió la úlcera secreta de su alma, el secreto de su amor y su dolor al padre Serafín, quien, apiadado de tanta miseria, no vaciló en dirigirse por varios caminos a Bruno, con requerimientos cordiales o imperiosos, todos vanos. Influida por la dulce atmósfera franciscana en que vivía el sacerdote, se distrajo un tiempo de su pena y de su amor universal de las criaturas. Por último, hizo a la Virgen una promesa de las que aparejan humillación, y en la Semana Santa el pueblo entero acababa de verla seguir, de rodillas y en cruz, a lo largo de la nave mayor de la iglesia, al paso de la Dolorosa, la que, rubia y joven como ella, se balanceaba en lo alto de la peana tendida de luto, inclinando la rosa ya mustia de su rostro de virgen sobre la estrella asesina de los siete puñales.

Pero en cuanto un azar descubrió a Feliciano su culpa y las consecuencias de su culpa, sobre todo después de la injuria paterna y de la inútil tentativa de Amaro, empezó a desfallecer, hasta encontrarse aun sin el

asidero ideal de su loca esperanza en una intervención divina. Muchas veces, durante aquel dilatadísimo verano, en la época de las rozas, cuando el fuego serpeó, corrió y viajó desde los montes de Capaya hasta el Avila mismo, torturando y devastando toda la serranía costanera, ante el temeroso llamear y detonar de malezas y rastrojos, instantáneamente devorados por las trágicas fauces de púrpura, se sorprendió envidiando a unos cazadores desprevenidos que por esos días, en lo alto del cerro, quedaron presos entre un círculo de llamas, y cuyos cuerpos, con muchos de venados y de toda especie de salvajina, que tampoco lograron escapar del incendio, aparecieron después enteramente carbonizados e informes.

“Y ahora, esto, lo último”, pensaba, recordando las rechiflas de los muchachos de la hacienda. Eso era ya su falta sacada a la vergüenza, al oprobio, que va y viene por callejones o calles en la forma impune y picaresca de dicharachos de chicuelos deslenguados y malsines.

Un ruido prolongado y sordo, como un trueno continuo y lejano, llegaba al repartimiento, al mismo tiempo que Chivera, en el patio, anunciaba:

—Oigan a Pajarito cómo ronca.

Al cesar la violencia de la lluvia, Chivera había vuelto a salir, y volvía ya, jubiloso, con la noticia de la creciente.

—Viene requetecrecido, de orilla a orilla. Ha echao agua por bastante, como hace tiempo no echaba.

Al anuncio de la creciente, la serenidad pareció hacerse de pronto en el ánimo de Peregrina. Parecía como si la primavera le hubiese traído la paz, de igual modo que a la tierra y a las plantas acababa de traer vida y frescura.

Al llover, como al toque de la varita mágica de un taumaturgo, cambió de alma, aspecto y vida el paisaje. Luces violetas y lilas atenuaron la negra llama de las rozas; el bosque se libertó de su aire de maleza, la maleza de su apariencia de pajonal y aun la paja seca de la sabana se regocijó y animó, al ras de la tierra, con los ojos innumerables y menudos de la hierba recién nacida. A la flamante gradación de oro, ocre y rojos que desde la tierra cobriza de los últimos contrafuertes del cerro iba, pasando por todos los tonos, a vencer en la púrpura del bucare, casi de un modo súbito siguió la gama infinita del verde. El fuego, la sangre y la púrpura del verano quedaban apenas como un recuerdo glorioso en las copas de acacias y marías. En cosa de horas, privados de su flor, los bucares lucieron vestidos de hojas nuevas, y las que aquellos en cuya flor prevalece el amarillo sobre el rojo, vueltas de revés al rudo soplo de la brisa, despedían un vivo fulgor de plata.

Más alegres cantaban los pájaros al amanecer, y de la tierra fecundada surgió un ejército de nuevas existencias minúsculas, un tropel de seres alados o sin alas, musicales o desapacibles, oscuros o luminosos. Bullentes o inmóviles, ya se arrastrasen por la tierra o surcasen el aire, abarcaban todas las formas leves, desairadas o graciosas de la vida. Cefidos al tronco de guamos y bucares, mantos de vermes y crisálidas grotescos y blandujos contenían en promesa enjambres de mariposas. De noche, las luciérnagas constelaban

sementeras y ribazos con sus miríadas de estrellas fugitivas; flotaba en la sombra de los callejones una red invisible y sonora de zumbidos y aleteos; en vuelo sesgado o recto rompían las tinieblas del cafetal como luceros de oro los cocuyos, en tanto que por el día la cigarra, blonda hija de la tierra, empezó a rayar el diáfano y fúlgido bloque de cristal de los mediodías con el insistente y diamantino estridor de su canto.

La primavera se anunciaba copiosa. Con cierto recelo, después de alborozarse, los campesinos consideraban el tiempo, según su expresión, "metido en agua". La fuerza y la abundancia de la lluvia no les resultaron las naturales de un simple aguacero episódico de fines de marzo o comienzos de abril, sino indicio propio de una prematura iniciación del invierno. Turbas emigrantes de hormigas atravesaban por doquiera cafetales y callejones. Bochornoso, reinó de nuevo el calor en el corazón del estío.

Al fin, una tarde, las brumas quedaron suspensas e inmóviles a media falda del cerro, ajustándose al Avila a modo de blanco ceñidor, que, esfumado y confuso abajo, terminaba arriba en una línea precisa de horizontalidad perfecta. Al día siguiente llovió, y, como la primera vez, el aguacero vino también del Este, cabalgando sobre el viento de Petare. Con igual ímpetu y furia sacudió las arboledas, que se agitaron, destrenzándose al aire como cabelleras locas. Pero si fue una misma la furia, mayores fueron el estrépito y el daño. Al estallar y desprenderse de numerosos brazos de bucares desgajados encima del cafetal, se agregaba el estruendo mayor de árboles enteros y vencidos a causa de la tierra húmeda. Y como el viento soplase en la misma dirección que estaba alineada la arboleda, sucedió en el cafetal más próximo a la casa, que, derribado un árbol, éste derribó en su caída al siguiente, y este último a otros, hasta rendirse cuatro o más guamos en hilera, a semejanza de un ejército de naipes al soplo de un niño. También como las otras veces, antes de calmarse, el viento se entretuvo en promover y alzar fantásticos torbellinos de hojas.

Deshecha al principio a todo lo ancho del valle, la lluvia, con singular violencia, duró, y se descargó sobre el cerro. Pronto las veredas convertidas en arroyos, y las quebras y quebradas del Avila, a una larga distancia, blanqueaban, espumeaban y bullían. Oíase a lo lejos el agua de la lluvia saltar, precipitarse y caer dentro de los cauces, viejos de siglos, y en improvisados arroyos y torrenteras, con alto, claro y múltiple son de cascadas. Luego ese múltiple rumor se apagó o se cambió al pie del cerro, donde es mayor el encajonamiento de las quebradas, en un solo mugido profundo. Empezaba la creciente.

Sorprendidos por el aguacero mientras desuncían, Amaro y Pedrito se acogieron, después de soltar los bueyes, debajo de un tupido grupo de mangos. Al escampar, salieron de su abrigo hacia lo claro del barbecho. A un tiempo volvieron los ojos al Avila, y Pedrito observó:

—La creciente va a ser más grande que la del otro día.

El agua de la quebrada, aunque no muy caudalosa aún, empezaba a pasar teñida del amarillo y el ocre de las gredas del cerro.

—¿Quién será aquélla? —volvió a decir casi inmediatamente Pedrito, vuelto hacia una mujer que del otro lado de la quebrada, y rasando el cafetal, marchaba quebrada arriba—. Lo que es ésa, pa volvé a la casa, tendrá que bajá hasta la carretera, porque lo que es la creciente, ya, ya está aquí, y la va a dejá del otro lao.

Amaro, en la mujer, adivinó a Peregrina.

—Como que es Peregrina. ¿Adónde irá?

—Irá a ver la creciente. Aunque más le hubiera valío venir a verla deste lao.

Después de seguir la orilla de la arboleda hasta su extremo norte, Peregrina sesgó hacia la quebrada. Un sendero tortuoso la condujo por entre las hierbas a lo alto de una vieja muralla de mampostería, que, a manera de espolón, avanzaba hasta el centro mismo del cauce, y era el único vestigio de una presa destinada a retener y desviar el agua hacia tierras de labor, hoy, fuera de los inviernos copiosos, todo el año en barbecho, abandonadas e incultas. Llegada a lo alto del murallón, Peregrina hizo el gesto de inclinarse a ver la corriente.

—A mí se me puso —dijo Pedrito— que Peregrina iba a ir hasta el pozo de la Represa, a ver mejor la creciente de la quebrá.

—Pero verla desde ahí es peligroso. Aguaita cómo baja ya la creciente.

A cada nuevo raudal que de las estribaciones del cerro, de la sabana arriba o de las mismas tierras de labor se precipitaba a henchir la quebrada, el agua, colmando el cauce de ésta, con intermitente movimiento pulsátil, subía, tal como subiera con subintrante inspiración de angustia asfíxica, en ritmo acelerado y convulso, el pecho de un monstruo.

Alarmados, los gañanes empezaron a dar gritos de alerta a Peregrina:

—¡Peregrinaaa! Peregrinaaa! ¡Cuidadooo!

Y como Peregrina, distante y asordada por el trueno de la creciente, parecía no oír las voces de los gañanes, Amaro decidió avanzar hasta donde Peregrina la oyese.

El agua, después de ocupar todo el cauce, de llenar los remansos, de anegar ensenadas minúsculas, ambiciosamente bautizadas de vegas por los peones, amenazaba ya, carcomiendo y sobrepujando las paredes de su prisión, con zafarse de un todo los grillos y aperturas del barranco, para desbordarse y correr por las tierras altas en impetuosa avenida. Su onda rápida y turbia empujaba con violencia grandes motas de greda y paja, arrancadas a las cuestas del cerro; añosos troncos de árboles, desprendidos de los bosques del Avila; mogotes enteros de la orilla, socavados y arrollados en obra de segundos, y cantos de granito medianos y pequeños, que, al rodar por el fondo, unos contra otros percutían, produciendo el trepidante fragor de una marina pedregosa en momentos de resaca.

—¡Peregrinaaa! ¡Peregrinaaa!

A este grito, ya próximo, y oyéralo o no, Peregrina, con simultáneo impulso, como si el mismo grito la empujara, se dejó caer en la corriente. Cayó hacia la parte arriba de la presa, de tal modo que, al caer, la corriente empezó por batirla contra el espolón de la muralla, para en seguida arrojarla, como un dardo, muy lejos, manteniéndola a flote. Luego el cuerpo se hundió, resurgió, tropezó con un tronco y se desvió hacia la margen izquierda, en donde pareció quedar en seguro, fuera del ímpetu del agua, hasta que después de algunas fluctuaciones volvió a entrar en la corriente y desapareció quebrada abajo en el tumulto de la avenida.

El primer movimiento de los gañanes, aterrados, fue acudir a escape adonde Peregrina cayera; más, percatándose inmediatamente de lo inútil de su propósito, echaron a correr en sentido contrario, mientras Amaro decía a Pedrito:

—Vete volando, volando, a buscá el mecate y los bueyes; da gritos a ver si viene cualquiera a ayudarnos, y sin pararte, volando, te vienes con el mecate a encontrarme en el Paso de la Angostura.

El Paso de la Angostura, o la Angostura de los Guayabos, como lo llamaban otros, era el único punto en donde Amaro esperaba rescatar el cuerpo de Peregrina. Más abajo de donde lavan su ropa las mujeres, más abajo de donde el cequíon pasaba rasando la quebrada, ésta se angostaba, hasta insinuarse entre dos rocas y reducirse a uno como enorme tajo en la piedra. A la margen derecha crecía una colonia de guayabos, y entre ellos, varios muy viejos, de troncos lisos y robustos, parecían inclinados a beber en el centro del cauce. La quebrada, antes de llegar a ese paso, daba un largo rodeo, dilatándose en playas y curvas, lo que en Amaro infundía la esperanza de disponer del tiempo requerido para su plan descabellado y heroico.

Pedrito volvió con el mecate, pero solo, por no haber encontrado a nadie que los ayudara en su obra de salvamento. Aunque pidió socorro a gritos al pasar junto a la casa, nadie oyó sus gritos.

Después de izarse en un guayabo y de asirse a un gajo de éste con la mano izquierda, Amaro se descolgó en el aire y se mantuvo en equilibrio, apenas apoyado el pie derecho en una de las rocas. Desde ahí vigilaba la corriente y cuanto la corriente arrastraba, pronto, en caso necesario, a entrar en la corriente misma poco a poco y a pulso. Entre tanto, Pedrito amarró a un tronco de guayabo un extremo del mecate de los bueyes, y con el otro extremo se amarró a sí mismo por la cintura, dispuesto así a exponerse, cuando fuere preciso, al ímpetu ciego y arrollador de las aguas.

Después de anunciar muchas veces en vano, engañado por troncos flotantes, la llegada del cuerpo, Amaro afirmó por último.

—Ahora, sí. Ahora sí es ella. Ahí viene. Ahí está ya. Ahora, ¡cuidado y atención, Pedrito!

Troncos y malezas detenidos por las rocas de la angostura y la circunstancia de haber empezado la creciente a bajar de improviso con el mismo

violento ritmo de pulso con que subiera, simplificaron la difícil maniobra de los gañanes.

—¡Se ahogó! ¡Se ahogó! —decía Amaro entre sollozos, cuando ya por fin depositaron el cuerpo de la muchacha en la tierra firme del barbecho.

—¡Qué va! No está ahogá. Está viva —aseguró Pedrito palpándole el seno—. Lo que está, ¡la pobre!, ese toa magullá por los palos y piedras en que se venía tropezando desde allá arriba. Ahora, tú ayúdame a voltearla boca arriba y a sacudirla bien, a ver si bota el agua que síá tragao.

Al llegar los gañanes al repartimiento, cargando con la muchacha, exámine aún, Candelaria, Rosa y las hermanas de Peregrina los rodearon deshechas en lágrimas y gritos de dolor, como un coro de plañideras.

—¡Que no está muerta, caray! ¡Que no está muerta! Lo que hay que hacer es cuidarla y zarandearla un poco, a ver si vuelve ligero en sí, porque no está sino privá.

Largo tiempo tardó Peregrina en abrir los ojos, y más largo tiempo aún en recuperar el sentido. Vuelta en sí, ya en su alcoba, al recordar, avergonzada y confusa, lloró larga, suave, inconsolablemente.

Inquieta, Candelaria entraba y salía siempre con la palabra en la boca:

—Tenía que suceder! ¡Tenía que suceder! Bien se lo dije a aquel bandido que ella no es de las que se engañan y se dejan así como así... Ni tampoco de las que se insultan y maltratan.

La última alusión fue a clavarse como una saeta en el pecho de Feliciano, quien, mal repuesto del susto y apoyado contra un pilar del repartimiento, fumaba a largas chupadas nerviosas, mientras miraba, como indiferente al cielo encapotado y plomizo.

En una de las idas y venidas de Candelaria, Peregrina la llamó. Sentíase desvanecer y como si estuviera toda mojada.

—Imaginaciones tuyas. Yo te sequé muy bien todita, y yo misma te vestí y te puse en el catre ropa caliente.

Peregrina insistió. No eran imaginaciones. “De verdá, verdá”, sentíase mojada. Entonces Candelaria alzó la sábana, hurgó entre las ropas y, al ver y tocar la sangre que ya empapaba el catre y las ropas de la amiga, hizo un brusco movimiento de sorpresa. Al mismo tiempo, dilatados los ojos y en un grito, Peregrina se incorporó, agarrándose convulsamente con ambas manos a la orilla del catre.

—Me muero... Me muero... Ahora sí me muero.

—¡Qué te vas a morir! ¡Si no es nada! No te apures: yo sé ya lo que tienes, y así será mejor, mucho mejor.

Al grito de Peregrina quisieron entrar Feliciano y Amaro con los que se hallaban en el corredor del repartimiento, pero Candelaria los detuvo. Explicóles afuera lo que pasaba y cuanto había de hacerse. Era preciso traer de la casa del amo algunas cosas de urgencia y calentar agua en abundancia, mientras dos propios irían: uno, por el médico al pueblo, y otro, en busca también de Soledad, hasta el río. Todas las tardes pasaba a despachar consultas en la rebotica del pueblo un médico de Petare. Pero ese día no se

encontró al médico en el pueblo: temeroso de la invernada, omitió el viaje de costumbre. En cambio, se apresuró a venir Soledad, la mujer de Bolívar, partera y ensalmadora. En su opinión, aquello, por estar la cosa bastante avanzada, aunque no fuera de tiempo ni mucho menos, iba a ser largo y doloroso y como un alumbramiento difícil. Y, por lo tanto, instaba a que se llamara al médico de todos modos. Mas como en el primer momento no se le encontrase, y, como, de otra parte, más pronto de lo que Soledad previera, el proceso llegó por sus cabales a término feliz, ya nadie pensó en reclamar al doctor, entregados todos a una recóndita y verdadera sensación de reposo, alivio y frescura, como si todos hubiesen acabado de pasar igualmente por el trance de la maternidad o abortos ante el pensamiento egoísta de que en aquel suceso trágico, remate de una serie dolorosa, la suerte deparaba a todos y entre todos a Peregrina una solución envidiable, tan inesperada como buena.

Al día siguiente se hizo a Peregrina una gran lucidez, como si todo se le tornara transparente y nada se escondiera a los ojos de su alma. A ese estado sucedió una desazón profunda, y, por último, sacudiendo todo su cuerpo, la atravesó un largo escalofrío. Tiritó de fiebre.

—¿No será pasmo? —preguntaba Paula—. ¡Cómo ella quedó tanto tiempo en el agua crecía!

—¡Qué pasmo ni pasmo! —se limitaban a contestar algunos, en tanto que otros hablaban de agotamiento, de fatiga, de la natural y general resonancia de un trabajo penoso, de las no satisfechas e inútiles urgencias maternas y aun de los incalculables aporreos y contusiones recibidas en aquel trágico viaje hacia la muerte por entre la maraña traicionera y confusa de los infinitos despojos de la quebrada.

Cuando al fin llegó el médico, ya la fiebre subía y bajaba, saltando como un potro o como un saltimbanqui sorprendido en medio a sus volteretas por un acceso de locura. El médico se enteró de los antecedentes del caso, examinó a la enferma y acabó por enfurrñarse y guardar silencio agresivo. Después de una larga pausa, habló. Era la historia de siempre: le llamaban cuando ya no había nada que hacer ni que esperar, cuando ya todo estaba perdido. Tratábase de un caso desesperado, y antes de intentar lo que fuese le importaba esclarecer la responsabilidad, para imputarla a quien correspondía, a los que, en vez de buscarlo a él, se entregaron a una que apenas pasaba de comadre, sin llegar jamás a comadrona. Ensayaría, se esforzaría, y ¡quién sabe!

Pero lavados y pociones resultaban inútiles contra el inverosímil galopar de la fiebre. Ya ésta se alzaba, llameando y fulgurando, a encender en la mente de la enferma los fuegos fatuos del delirio, ya bajaba hasta apagarse en un torrente de sudor. Y mientras los demás iban y venían consternados bajo los fatales pronósticos del médico, la enferma, sobre todo cuando la fiebre declinaba, parecía por momentos disfrutar en medio a una soberbia lucidez, de cierto extraño gozo interior, traducido en la débil sonrisa de sus

labios, enigmática y dulce. En uno de esos momentos, volviéndose a Candelaria, dijo:

—Ahora sí vendrá. Me dice el corazón que no tardará en venir.

—¿Quién? ¿de quién hablas? —inquirió Candelaria, como si no entendiera.

—De Bruno.

—¿A qué piensas todavía en Bruno? Lo que soy yo, no quiero ni verlo. De toparme con él, creo que le sacaría los ojos. ¡Cuando no ha venido después de todo lo que ha pasado! ¿Por qué crees tú que ahora sí vendrá?

—Porque ya no hay peligro —y Peregrina subrayó su pensamiento con la enigmática sonrisa de sus labios.

Amigos y vecinos de la hacienda, amigos y vecinos de los campos y pueblos de los contornos, todos habían desfilado por el repartimiento, a la presencia de Feliciano, simplemente curiosos, o llenos de piedad ante la desgracia de Peregrina. Todos, menos Bruno.

Las primeras noticias lo sumieron en una especie de azoramiento vago, mezcla de miedo y estupor. Lamentóse de no haberse ido, como pensara, de modo que pudiera hallarse entonces lejos, muy lejos. Pero a poco germinó en él, y fue creciendo hasta reclamar satisfacción, el deseo de ver a toda costa a Peregrina. Su deseo estaba hecho en parte de vano arrepentimiento, en parte del malsano impulso que lleva a los malhechores al teatro de su crimen y en parte, y sobre todo tal vez, de donjuanesca vanidad, por sentirse como el centro, o como el verdadero protagonista y héroe de aquella tragedia de amor clara y fragante, aunque humildísima y rústica. Para la satisfacción de su deseo, Bruno ocurrió a Candelaria, y Candelaria empezó por negarse a creerlo y aun a oírlo.

—Ya me engañaste una vez; otra vez no me engañas.

Bruno protestó. No se trataba de engañar a nadie, sino de reparar en lo posible todo el daño que él había hecho. El iba resuelto a todo, aun a casarse.

—¡A buenas horas! Cuando Peregrina está moribunda. ¡Ah!, ya comprendo... ya comprendo... *Ahora no hay peligro.*

Bruno protestó de nuevo, sin entender la verdadera significación de las palabras de Candelaria, y finalmente Candelaria convino en llevar a Feliciano el mensaje de Bruno. En el primer momento, Feliciano saltó, descompuesto de ira:

—No puede ser. No puede ser. Ese no viene sino a gozarse en su obra.

Candelaria lo quietó, lo serenó, lo hizo reflexionar.

—¿Y si de verdad, verdad, se casara como él dice? El asegura que viene resuelto a casarse. Y si se casara, ¿eso no sería lo mejor para todos?

—Si tú lo crees así... Bueno... , sería menos mal, sin duda... Bueno, pues que venga.

La primera vez entró a verla en uno de esos momentos en que, antes de bajar la fiebre en caída brusca, la conturbaba y trémula inteligencia de la febricitante se extraviaba por los vericuetos de un largo y monótono subdelirio. Honda emoción removió las entrañas de Bruno ante aquella magreza que la misma sábana contribuía a poner de relieve en rígidos lineamientos y contornos. Dentro del marco de la cabellera, oprimida entre la cabeza y la almohada, resaltaba, en la actitud supina, la cérea faz de la enferma. Y como el tono de oro del cabello luciese muy pálido, la cabellera misma parecía como hecha de una vaga e impalpable ceniza arrojada por las dos hogueras de los ojos, febriles y profundos. De cuando en cuando, Peregrina sonreía, secreteaba, musitando frases misteriosas o, después de apretujar la sábana, con la misma mano hacía en el aire el ademán de apresar algo invisible entre los dedos. Imaginábase, en sus ratos de subdelirio, proseguir, al azar de la corriente, quebrada abajo. Del Pajarito pasaba al Guaire, del Guaire al Tuy, del Tuy al mar, en donde, al llegar, se inmovilizaba cercada de azul como una isla, o se internaba mar adentro, como una fantástica isla viajera. Y siendo ella misma la isla, ésta resultaba a la vez otra cosa. Era a veces como una sola copa de laurel resonante de alas y de cantos de pájaros; otras veces, como un mogote de la quebrada o de la carretera, enjoyado con la viviente y luminosa pedrería de los cocuyos; otras veces, como un tronco de la montaña, tapizado con las flores abiertas o en botón de toda clase de orquídeas.

Aquella vez, del subdelirio al estado lúcido pasó Peregrina, diciendo:

—Ya están para abrir las flores de mayo. Es tiempo de...

Quedó en suspenso la frase, pero Bruno adivinó su nombre en la palabra que la enferma no llegó a decir, y súbitamente conmovido, disimuló, para que nadie viera cómo subía a sus ojos un golpe de lágrimas.

—Aquí está Bruno, Peregrina. Aquí está Bruno, que ha venido a verte.

—Yo lo sabía.

—Sí, Peregrina, aquí estoy; soy yo, Bruno, que he venido a pedirte que me perdones. Perdóname.

—Perdón, ¿de qué? Ya estás perdonado. Yo sí necesito que Dios me perdone.

—No, no Peregrina; soy yo el que necesito de perdón, porque yo soy el culpable de todo lo que ha pasado. Perdóname, y ahora mismo, ahora mismo, cuando quieras tú nos casaremos.

Peregrina, por un segundo, se le quedó viendo a los ojos:

—¿Casarnos? No. Ahora no. ¿Para qué? Ya sé que me muero..., yo sé que voy a morir... Y aunque estuviera segura de no morir, aunque viviera, y no te molestes ni te duela, Bruno, lo que voy a decir, aunque viviera ya no podría..., ya no podría. ¡No sabes tú cuántas cosas arrastró la creciente, Bruno! Todo, todo se lo llevó la creciente.

—¡Peregrina!

—¡Peregrina! ¿Qué dices, boba?

—Piénsalo bien, Peregrina.

—Lo he pensado mucho, mucho. No he pensado otra cosa, tendida aquí, en este catre. Lo he pensado, lo he decidido, y no hay para qué hablar más de eso. En cuanto a ti, Bruno, perdóname, y si es verdad que me quieres y has venido a traerme consuelo y esperanzas, por lo menos el tiempo no lo habrás perdido, porque tengo que pedirte una cosa. ¿Me la concedes?

—¡Cómo no, Peregrina!

—¿Cualquiera que ella sea?

Peregrina escudriñó todo el cuarto con los ojos y, por último, dijo:

—¡Amaro!

Este, apoyado afuera contra la puerta de la alcoba, oía cuando adentro se hablaba, y al escuchar su nombre traspuso el umbral y se dirigió a la cabecera del catre de Peregrina. Con torpe movimiento y sin decir palabra, Peregrina colocó entonces la mano derecha de Amaro en la derecha de Bruno. Un instante perplejos, en simultáneo ímpetu se abrazaron llorando los dos hermanos, movidos y anegados por la misma súbita ola de vieja ternura, para inmediatamente después desenlazarse y seguir considerándose y espíandose como hasta aquel momento, con mirada suspicaz, evasiva y recelosa.

El rechazo de Peregrina, aunque en el fondo Bruno lo agradeciera, porque lo desembarazaba de una vez de todo obstáculo ideal, mortificó la vanidad sensible de Bruno. En cambio, fue la única alegría verdadera de Amaro. Había pensado tantas veces en el “¡cásate tú con ella!” de Bruno, tanto lo había rumiado día y noche, que al fin, lo que primero le sonó a injuria capaz de llevarlo al fratricidio, terminó por representárselo como cosa natural, posible y honesta: “¡Partiera, desapareciera el hermano y todo rastro del hermano! De los de la hacienda, él estaba seguro: lo respetarían. Cuanto a los del pueblo y a sus murmuraciones, él pensaba con desprecio profundo en un pueblo que, según él, no era sino de guapos”.

Y ahora aquellos dos corazones fraternos, con celos, amores y odios rivales, aparecían desarmados e impotentes, aunque siempre en acecho el uno frente al otro, cerca de la moribunda.

Esa tarde fue a confesar a Peregrina el cura del pueblo. Al día siguiente las crisis de fiebre y de sudor se multiplicaron y precipitaron de tal modo que ya no eran crisis. La fiebre se mantenía muy alta y los latidos del corazón, ya sin ritmo, rápidos y numerosos, huían, sin dejarse contar, bajo los dedos.

El padre Serafín volvió con el Viático. Y no se echó de menos el argénteo retintín de la antigua campanilla del acólito, hoy prohibida de leyes u ordenanzas, porque ese día innumerables campánulas azules de flores de Pascua amanecieron repicando en la empalizada del sendero.

Después de recibir el Sacramento, y como si recayese en el delirio, Peregrina exclamó:

—¡El mar! ¡Al fin, el mar!

Hacia el anochecer entró en agonía.

A la hora de costumbre, la pavita cantó entre las frondas que asombran el establo de las vacas, provocando esta vez en Candelaria una explosión a un tiempo de lágrimas e ira con su canto agorero. Los vecinos de la hacienda habían ido llegando todos a instalarse dentro y fuera del repartimiento para acompañar esa noche a Feliciano. Afuera, en el patio exterior de la casa grande, y hasta muy entrada la noche, una tropa de chíquillos, gritando “¡Simón! ¡Simón!”, y blandiendo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda un tizón inflamado, con tanta rapidez cuanto era necesario a mantener constantemente encendido en el aire un poco de fuego, se entretenía en atraer y apresar los vivos topacios de leve tono verdoso de los cocuyos.

Hacia la medianoche se anunció a todos el tránsito de Peregrina en el brusco estallar del coro de llantos y gritos de las mujeres. Luego, lavado y vestido el cuerpo, las mujeres, y con ellas algunos hombres, rezaron largo tiempo alrededor del catre en donde provisionalmente reposara la forma de Peregrina. Algunos peones, instalándose en el cuarto deshabitado, se prepararon al velorio con naipes y aguardiente. De un grupo congregado a un extremo del corredor del repartimiento se alzó de pronto en el silencio la voz de musitú Pedro, el italiano.

—Era linda, linda como una Madona.

Y al otro extremo del corredor contestó como un eco, semejante al bramido de un toro en el matadero, un sollozo de Amaro.

Imperó de nuevo el silencio, y en la noche serena y callada se esparció un olor de jazmín. Ya medio abierta por el día, acababa de abrir esa noche la flor del café. Y al día siguiente amaneció el cafetal todo blanco. Debajo de una sábana de nieve fragante y florida se ocultaban el negro, el verde y el gris de los troncos. Era como si el cafetal se hubiese engalanado en obsequio de la que pronto, inerte y muda, había de pasar bajo el palio de sus jazmines de nieve. Era como si el cafetal se hubiese propuesto urdir y ofrecer, en una misma tela de naturaleza en flor, a un tiempo el velo de novia y la mortaja a la flor que nació y murió en su lindero, hermana del cándido “abrilito” y de la azucena de púrpura, confidente y amiga de olorosas “buenas tardes”, compañera de silvestres no-me-olvides y heliotropos.

Bruno desapareció la misma noche de la muerte de Peregrina. Alguien aseguró días después haberle visto camino de La Guaira. Meses más tarde se supo de él que andaba por lejanos pueblos de la costa. Fue como el agua del Avila, que baja de las vertientes al río, y del río va al mar, y del mar nadie sabe cuándo ni adónde el viento se la llevara, trocada en nube.

En cambio, Amaro, haciendo un todo con su yunta, se afincó en la tierra de su valle natal, como un canto de granito rodado de lo alto del cerro. En su frente, sobre las feas desigualdades de su cuerpo de bloque mal tallado, por encima de la insondable tristeza de sus ojos bovinos, persisten pensa-

mientos melancólicos de belleza y bondad, como en la calva frente del cerro devastado por las llamas, la pesgua y el incienso ricos de aroma.

Nada se volvió a decir del encanto del pozo, y todos terminaron por no creer en tan claro prodigio, a pesar de la ciencia incuestionable del Brujo. Pero algún día volverán a creer en el encanto, porque el encanto se renovará. Las mozas de los contornos oirán de nuevo resonar en el seno del agua la misma vieja y suave música de arpas y violines. Bastará que una de ellas, flor de belleza rústica, se mire en el trémulo cristal del pozo, conturbada por la música y el recóndito misterio de ciertas palabras. Bastará que alrededor de una de ellas, flor de belleza rústica, empiecen a tejer su ronda eterna y mágica los dos hermanos gemelos e invencibles: el Amor y la Muerte.



CUENTOS



ERA la segunda o tercera vez que volvía muy nerviosa de la calle:

—De algún modo necesito acabar con esta situación que me hace la más desgraciada de las mujeres. Debe de existir un medio capaz de liberarme de esa pesadilla que a todas partes me persigue, y he de encontrar ese medio. Ya no me puedo dominar. Cada vez se me va haciendo insufrible la presencia de ese amigote serio de mi marido. Si supiera lo antipático y odioso que me es, sobre todo cuando me mira, así como lo ha hecho hoy, dándose aires y tomando actitudes de moralista: parece como si quisiera decirme: “Señora, no sea usted coqueta”. En todo caso, ¿a usted qué le importa, señor palurdo? ¿Le disgusta?: pues no ha debido salir nunca de su provincia, de su tierra de salvajes o, a lo menos, ha debido dejar por allá todo el pelo de la dehesa, y así no turbaría usted la paz y el reposo de quien no ha hecho mal ninguno. Usted podrá ser muy bueno, sí señor, y hasta muy inteligente, como dice mi marido, pero no por eso deja de hacerme el efecto de una mosca importuna que, revolando a mi alrededor se me posara de tiempo en tiempo en la punta de la nariz, y continuase en el mismo revolar, y produciéndome el mismo cosquilleo impertinente, de una manera indefinida, por los siglos de los siglos. Con esas palabras y con ese tono debiera yo hablarle, franca y abiertamente, pero no me atrevo. Mientras tanto, él sigue siendo nuestro visitante más asiduo, nuestro compañero indispensable de las noches de teatro, de las partidas de campo, y mi suplicio continúa sin esperanzas de un término próximo. ¿Decírselo a mi marido? ¡Ni pensarlo! Ya una vez traté de participarle todo lo que su amigo me repugna, e hizo como que no me comprendía. Ahora me parece inútil insistir: de antemano sé lo que puede responderme. Achacaré mi aversión a caprichos míos, y me dirá, seguramente, que sería muy cruel, de parte suya, cerrar las puertas de su casa a su amigo más íntimo, a su mejor camarada de colegio, sobre todo cuando este su amigo vive solo, sin más conocidos ni parientes, en toda la ciudad, que nosotros, ni más compañía que la nuestra. ¡Como si no fuese más cruel abandonarme al suplicio en

que vivo hace ya algún tiempo! ¡Como si su amigote le fuera necesario y su mujercita indiferente! Pero... ya veremos, señor palurdo, ya veremos...

Y mientras Margarita hablaba así, ora consigo misma, ora como dirigiéndose a un interlocutor invisible y odiado, iba cambiando incesantemente de postura, como si en vez de estar sentada en un sofá blando y mullido lo estuviese, en realidad, sobre mil puntas de alfileres. En su inquietud creciente, cerraba los puños, golpeaba el suelo con los pies inquietos, y más y más encapotaba el entrecejo, donde una preocupación furiosa luchaba, se resistía, forcejeaba, destrozándose las alas de mariposa negra.

El "ya veremos, señor palurdo, ya veremos", dicho en alta voz, había salido como involuntariamente de sus labios, traduciendo la amenaza que los nervios acababan de formular en un lenguaje obscuro formado de vibraciones muy finas. Luego, repitiendo la amenaza, Margarita se levantó del sofá, y se detuvo delante de un espejo a verse y remirarse con la expresión de un deseo que no admite espera, con la expresión de una voluntad inquebrantable y segura de la victoria.

¿Qué podía traer tan exaltados y locos a los nervios de aquella rubia indolente que, por su apariencia risueña y bondadosa, más que de huesos y carne parecía compuesta de una pasta suavísima y tierna, mezcla de rayos de luna y harina de trigo candeal y leche muy blanca? Quizá un grano de polvo, una brizna de paja, ¿quién iba a adivinarlo?: nervios holgazanes, el ocio los vuelve antojadizos y exigentes, de modo que el menor contacto desagradable, por muy ligero y fugaz que sea, los irrita y los lleva al dolor más agudo. Margarita misma no hubiera podido decir claramente los motivos de aquello que le andaba por dentro; ni a satisfacción explicarse el origen de aquel odio que experimentaba por un hombre, el cual debía serle, cuando más, indiferente; ni cómo de ese odio pudo venir el deseo, todavía confuso pero irresistible que la empujaba hacia el mismo hombre, objeto y blanco de sus furias, con la tenacidad irreflexiva y ciega de la obsesión.

Lo que sí hubiera podido decir Margarita era que sentía un malestar semejante al malestar que siempre acompañaba a sus "pequeñas supersticiones", como llamaba ella ciertos desbordamientos y arranques súbitos de la voluntad, arranques y desbordamientos a los que Margarita solía bautizar también con los nombres de humoradas, pequeñeces, cosas de los nervios, y de los cuales hacía burlas, aunque no alcanzara a dominarlos. A veces, paseando en un jardín público, se le ocurría, de repente, que necesitaba llegar a cierto banco, a sentarse a la sombra de cierto árbol determinado, y de la llegada a ese lugar preciso, sin hallar obstáculo ninguno, sin tropezar, por ejemplo, en el camino, con personas que se aproximaran a saludarla, hacía depender ella la realización de un deseo, un capricho o una esperanza cualquiera, por muy noble que fuese. Valiéndose de tales humoradas, tomaba a menudo las más graves decisiones, decisiones que de un modo razonable, sereno y tranquilo, no hubiera logrado tomar nunca, por lo irresoluto y débil de su carácter. Formulado en mientes uno de esos propósitos descabellados y cuya idea la sobrecogía de improviso en medio de

un paseo, Margarita se precipitaba a cumplirlo con una fuerza desproporcionada al fin, desplegando una gran suma de energías, como si no se tratase de dar unos cuantos pasos, sino de alzar un peso enorme o de otro esfuerzo aun más penoso y duro; y mientras llegaba al objeto o paraje, interiormente fijado por su voluntad, iba desazonada, inquieta, casi loca, sin más idea que la de llegar lo más pronto posible, y con la sensación desesperante de un principio de asfixia que le comprimiera el pecho y le tenaceara la garganta, bajo cuya sutil epidermis la sangre, obediente al esfuerzo, venía a extender como un velo de vapores rosados. A esta sensación de angustia indecible sucedía, inmediatamente después, la sensación contraria de un bienestar infinito, como si el curso de la vida, interrumpido un momento, siguiera de nuevo tan sosegado y libre como antes.

Idénticas sensaciones dominaban a Margarita algunas veces en la noche, cuando por un olvido involuntario no había dejado la lámpara, como era su costumbre, en el mismo sitio de la mesa de mármol, de suerte que el pie de bronce, en forma de garra, de la lámpara tocase con uno de sus dedos el mismo ángulo de la mesa. En estas circunstancias, si después de matar la luz y de acostarse caía en cuenta de su olvido, en vano luchaba por conciliar el sueño y reprimir los impulsos, más y más poderosos, que le aconsejaban levantarse a subsanar la falta cometida contra el hábito. Y al fin se veía obligada a ceder a esos impulsos, pues de lo contrario el insomnio se prolongaba al través de las horas, en medio al retumbar de la sangre impetuosa en las sienes y en medio a la agitación del cuerpo todo, producida como por una multitud de hormigas malévolas que por la piel se pasearan mientras la jaqueca, en acecho en el fondo de las órbitas, espía el momento oportuno de asomar sus ojos mareantes constelados de estrellitas.

Subsanada la falta y vuelta a su puesto ordinario la lámpara, podía Margarita darse al reposo, y dormir con el sueño de los niños, pero con el sueño de los niños cuando éstos se rinden al sueño cansados de llorar, después de mucho gemir, y ya dormidos, todavía un sollozo les remueve el pecho y, a la menor caricia, les corre por los miembros el temblor de un sobresalto.

Junto a esas "pequeñas supersticiones" que, afortunadamente pasaban pronto y no revivían sino muy de tarde en tarde, había una superstición verdadera, de raíces profundas: el culto rendido por Margarita a su propia belleza. Era la única superstición de que Margarita no hacía burlas, la única también que no se confesaba ni a sí misma, no porque la creyese un pecado, sino tal vez por suponerla, en razón de su tenacidad y constancia, necesaria a su vida, como algo que formase parte de su naturaleza. La mayor locura de sus nervios era esa: la vanidad. Vanos y orgullosos vivían sus nervios, engreídos de la hermosura en cuyo seno tibio vibraban dulce y perezosamente. Y el engreimiento no hacía sino aumentar con la admiración que tributaban todos a Margarita. Esta no aparecía jamás en público, no pasaba por entre la multitud, sin llevarse tras de sí voluntades y corazones, como a una tropa de cautivos alegres, contentos de ser esclavos. Todos, el artesano rudo como el inteligente refinado, experimentaban, a su paso, el deslum-

bramamiento que produce la belleza, deslumbramiento y éxtasis en que se dilatan los ojos, ansiosos de ver más, y las rodillas tiemblan con deseos de hincarse en el polvo. Sin embargo, algunos de los que en ella se fijaban detenidamente y con juicio impávido, descubrían al fin muchos defectos. Nunca hallaban nada que tachar a la gallardía del cuerpo, tan bien proporcionado y armonioso, que las dos curvas, por las caderas formadas, parecían debajo del talle bien ceñido, como asas elegantes y frágiles de un ánfora antigua, por cuyas paredes el artífice ocioso grabó, tejiéndolos con flores, los dísticos suaves en que algún viejo poeta jovial celebraba las delicias del amor y del vino. Era en el rostro donde fácilmente se tropezaban los ojos expertos con tosquedad de líneas y contornos; de tal manera que, después de bien examinado el conjunto, quedaba la impresión que podría despertar una estatua, cuyo mármol, cariñosamente pulido y trabajado en el torso y los miembros, no hubiera sido, por impaciencia del escultor, desbastado por completo en la cara. Sólo que el mármol no habría perdido nunca la aspereza de sus imperfecciones, mientras que en Margarita se hallaba esa tosquedad y aspereza casi borrada, como desvanecida en una atmósfera de espíritu y gracia. Así, los mismos que reconocían y enumeraban sus defectos, la seguían admirando. El secreto de su poder estaba en efecto, más que en la belleza, en la simpatía, que es alma y flor de la belleza. Su frente podía resultar algo estrecha, su boca demasiado grande, pero de sus ojos claros y húmedos, de las doradas sortijas de su cabello, por las sienes caído, y sobre todo de sus labios rojos y algo espesos, fluía la onda sin rumor de un encanto irresistible.

Era indudablemente en la boca donde estaba el mayor de sus atractivos, como si el alma hubiese escogido de intento aquella puerta de púrpura divina y tentadora, para asomarse a esparcir entre los hombres el filtro que da la fiebre y las angustias del amor. Rojos, grandes y medianamente gruesos, tendidos por sobre dos hileras de dientes blanquísimos que el resplandor de las sonrisas dejaba entrever, poseían tal riqueza y abundancia de expresión que, sin hablar palabra, iban diciendo por todas partes un sinnúmero de cosas elocuentes.

Bien sabía Margarita de lo que era capaz con su boca, y no desdeñaba las ocasiones de allegar alimentos a su vanidad. Los aplausos, la admiración y el galanteo se le habían ido insinuando de manera discreta y callada, y como esos venenos a que el organismo se habitúa, llegaron a hacerse necesarios. La necesidad de las lisonjas trajo como forzoso corolario el ansia de satisfacerla, y cada satisfacción se acompañaba naturalmente de cierto goce íntimo, indefinible, como el que deben de sentir en su embriaguez los bebedores de esencias. Nunca la asaltaba una turbación tan agradable como a veces, a su llegada al teatro, cuando era advertida al entrar, y muchos rostros se volvían a buscar el suyo y fijarse en él con insistencia, y muchos anteojos de mujeres y hombres se enderezaban a su palco, después de recorrer como indiferentemente la sala. En tales casos, la emoción, en apariencia nula, en realidad intensa y muy honda, llegaba a trastornar a

Margarita, de modo que ésta se creía, en un momento, como rodeada por ángeles y flores, en las alturas de un altar lleno de luces, hasta donde subía, con el humo azul del incienso, la nube de plegarias de una muchedumbre puesta de hinojos.

Luego, a proporción que el satisfacer la necesidad hacíase más urgente, el placer, de la satisfacción nacido, variaba, progresaba, volviéndose más perverso y picante. Ya Margarita se complacía, no en la adoración tibia y pálida que a los ídolos se tributa, sino en esa otra adoración que los deseos enrojecen y caldean. Nada más fácil para ella como obtener esta última adoración, valiéndose del invencible sortilegio de sus coqueterías, manejado tan sabiamente, que nadie hubiera conocido las intenciones de aquella cabecita rubia con el solo hecho de escudriñar sus ojos, siempre anegados en una luz húmeda, casta y sin brillo, como el fulgor impasible y diáfano prendido en los ojos de los dioses. Jamás pensó que el arrancar a los hombres alabanzas y galanteos apasionados, tuviese peligros y consecuencias graves, ni mucho menos que en su conducta hubiera nada de criminal.

Los hombres no conciben la vanidad excesiva de la mujer sino como una especie de prostitución moral, en que la fidelidad, si es una mujer casada la vanidosa, va menoscabándose, hasta que se destruye y desaparece a la menor ocasión de pecado. No piensan de igual modo la mayoría de las mujeres, y esa diferencia de pensar y sentir entre mujeres y hombres acentuábase muy notablemente en Margarita. Ella no sólo se reconocía tan fiel como antes, en el fondo de su alma, sino que muy sinceramente percibía que el amor a su marido, en vez de menguar y empequeñecerse a cada satisfacción de la vanidad, resultaba más puro y vivo, como piedra preciosa que pasa de crisol en crisol y de prueba en prueba, cada vez más brillante y firme. Su amor y su vanidad no se excluían, antes bien se apoyaban mutuamente, dándose fuerza y vigor.

Mucho habría errado quien hubiese creído a Margarita capaz de una flaqueza irreparable. Mientras ella recogía, como una soberana, todos los homenajes, mientras en la calle o el paseo todos los corazones la seguían y las miradas se posaban en sus formas y paseaban por sus graciosos contornos ardorosas y blandas como otros tantos besos, su pensamiento, allá en su celdilla de loco del cerebro, iba murmurando socarronamente por lo bajo a la turba de los admiradores:

—¿Conque soy hermosa, verdad? ¿Conque os parezco muy bella, no es cierto? Pues bien, eso era todo lo que de vosotros quería: un poco de admiración. Ahora podéis continuar vuestro camino; adelante, adelante; no os detengáis porque sería inútil; que ni por todo el oro del mundo engañaré a mi marido, ni aunque descolguéis las estrellas del cielo y las pongáis a mis plantas.

En su manera de ser vanidosa se hallaba quizá la razón de su antipatía por el amigo íntimo del marido. El pobre lugareño, recién llegado de su provincia, de la pequeña ciudad en cuyo horizonte muy estrecho habían

transcurrido iguales y monótonos los años de su juventud, no tenía para la mujer de su amigo, una palabra halagüeña, ni siquiera una ojeada llena de intención, de esas que alaban y adulan a los cuerpos hermosos. No era que él desconociese los encantos de mujer tan codiciada, sino que educado en los principios de una moral severísima, y con un ideal de honradez y pureza, tan delicado y frágil que no era difícil dañar con un soplo, temía los galanteos necios y vulgares, las fórmulas vacías y tontas que pudieran inducirlo a ultrajar la virtud de una esposa y hacerlo, de otra parte, doblemente reo de infidelidad: hacia el amigo a quien entrañablemente quería, y hacia su prometida, muchacha ignorante, pero sencillota y buena, que lo esperaba en un rincón lejano del campo. Su ideal riguroso le permitía, sin embargo, lisonjas desprovistas de malignidad, incoloras de puro inocente; pero, ni aun a esas lisonjas daba salida, estorbado como lo era, cada vez que podía mostrarse amable y fino, por su timidez primitiva de aldeano que le nublabá los ojos y le entorpecía la lengua. El buen muchacho ignoraba que la timidez, particularmente en ciertos círculos sociales, es mala compañera, reputada casi como un crimen que se castiga a menudo con desdenes y odios mujeriegos y maldicciones de los hombres. Su reserva, llena de respeto, fue interpretada como un insulto, y las actitudes que la timidez le hacía tomar, fueron atribuidas a pretensiones de moralista. Impensadamente se preparó a sí mismo el naufragio de su ideal honrado y puro, el único ideal que podía caber en su alma fresca y simple de campesino. Con su presencia casi constante en la casa de su amigo, irritaba más y más a Margarita, quien no veía en él sino la negación obstinada y viviente por los otros. Haber hallado un hombre que la pudiese contemplar con la misma indiferencia grave y fría con que se puede ver un pedazo de granito, y que ese hombre fuera precisamente el amigo más íntimo de su marido, el más fiel de sus comensales, el que podía acercarse más a ella, y por consiguiente el que mejor podía conocer la excelencia de sus gracias y el rico olor de su belleza, tal era el obstáculo más grande que había entorpecido, hasta aquel momento, el correr apacible de su vida feliz y regalada.

Todas sus facultades empezaron a concentrarse desde entonces en una sola idea fija: desechar el obstáculo importuno. La vanidad mortificada encontraría el medio, y así lo dejaba entender el grito de amenaza, más que rabioso terriblemente burlón, exhalado al través de su herida: "ya veremos, señor palurdo, ya veremos". La venganza está siempre a las manos de una mujer, cuando esa mujer es hermosa. Margarita no tenía más que arrojar encima del señor palurdo, como injustamente lo llamaba ella, un puñado del polvo de su coquetería; y nada más fácil que sorprender y embaucar al que no ha probado nunca sino manjares groseros e insípidos, envolviéndole en una como lluvia de ese polvo, polvo de especias finísimas, dorado y traidor, tan menudo que, por más cuidado que se tenga, no se ve jamás, y se cuele sigilosamente por los ojos y priva a éstos de luz, se ase de los nervios y los trastorna y enferma, enciende la sangre y vuelve del revés al juicio más sólido y entero. Y Margarita supo derrochar con profusión ese polvo

falaz, dando a sus miradas, su boca y al cuerpo entero expresiones con satánica maestría.

Como sucede en análogas circunstancias, el buen lugareño no se dio cuenta del peligro, sino cuando éste era ya inevitable, cuando una visión tenaz lo llevaba aturcido y loco, la visión roja de unos labios en flor, húmedos y provocantes, que lo asediaban y perseguían. Sus ojos, cerrados o abiertos, tenían siempre delante aquella flor encendida que sin cesar buscaba sus labios, como brindándoles, en los hermosos pétalos mojados, un sorbo de voluptuosidades celestes y, luego, cuando los labios se apercebían a desalterarse, huía rápidamente, para acercarse y huir de nuevo, en una oscilación perpetua, en un ir y venir que desesperaba, repitiendo el martirio de Tántalo con todas sus fatigas y amarguras. En el fondo rudo y casi virgen de aquel hijo del campo, la pasión comenzaba a removerse y bullir como se remueve y bulle la savia en los retoños primerizos.

Bruscamente, sin que nadie la hubiese visto llegar, sobrevino la explosión.

Fue durante una gira campestre. Los tres compañeros, casi inseparables, después de una carrera larga y tendida a caballo, se apearon a reposar, bajo un emparrado, en el patio de una granja. A la vuelta de poco tiempo Margarita y el amigo quedaron solos, mientras el marido andaba en solícitud de agua, leche y un manojo de glicineas olorosas. Lo que precedió, como causa inmediata, a la explosión, fueron, quizá, muchas cosas a la vez: el baño de aire fresco y excitante, los acres olores resinosos absorbidos al atravesar el bosque, el mismo vaho caliente que la tierra despidе, en los tibios días de primavera, a los besos del sol, y sobre todo la actitud que Margarita, sentada en un banco de piedra, adoptó para el reposo, actitud en que tenía la cabeza echada hacia atrás, con objeto de respirar mejor, dejando ver de ese modo a la garganta en su más esplendorosa desnudez, mientras los labios se agitaban entreabiertos, y por entre los párpados, medio entornados, corría como un rayo de luz rojiza.

Completa ya la obra de seducción, con tan perfecta gracia conducida, la flor tentadora no se tomó aquel día la molestia de continuar en sus perpetuas oscilaciones, y en vez de huir, esperó a que los labios, hacia ella tendidos, le robasen hasta la última gota de su rocío de fuego. Por entre los sarmientos, en la atmósfera clara y sutil, un beso apasionado vibró su canto salvaje. Margarita no había resistido, ni acusado sorpresa: para ella aquel beso era algo necesario, fatal, previsto hacía mucho tiempo...

Un hora después, mientras el pobre lugareño saboreaba aún la triste delicia de los besos adúlteros, en su interior crecía, abrumándolo más y más, junto con la onda negra de las pasiones impuras, el pensamiento de hallarse culpable, de sentirse dos veces traidor: traidor a la prometida inocente y confiada, y traidor al amigo generoso y bueno.

Entretanto, Margarita no recordaba ya, ni la caricia que había pasado por sus labios, quemándolos como una brasa, ni a su amante de un segun-

do. Este volvía a ser a sus ojos lo que el último barrendero de las calles que pasara bajo sus balcones. El beso adúltero que en el sencillo aldeano abría la fuente de los remordimientos implacables, cerraba en ella un proceso íntimo, difícil de analizar. El beso la despertó, de una pesadilla, y al despertar no había un solo punto negro que empañara su conciencia, ni ésta le reprochaba el haber quebrantado la fe de los esposos. Margarita creía, con sinceridad indiscutible, ser tan fiel como siempre a su marido, y amarlo con la misma intensidad que en sus días de novia. Como al terminar una de sus “pequeñas supersticiones”, una de sus pequeñas crisis, su cuerpo todo gozaba la sensación de un bienestar infinito: el curso de la vida, interrumpido por un obstáculo, volvía, desechado éste, a correr tan sosegado y libre como antes.

LAS OVEJAS Y LAS ROSAS DEL PADRE SERAFIN

¡YA lo traen! ¡Ya lo traen!

—¿Por dónde?

—Por el cementerio. Dicen que lo alcanzaron en el cementerio.

La multitud, fatigada, nerviosa de tanto esperar se arremolinó y empezó a deshacerse. La mayor parte, sin darse cuenta de lo que hacían, caminaban de arriba a abajo por el camino real, pero sin salir de él, o daban vueltas, como buscando una moneda que se les hubiese extraviado, alrededor del mismo punto. Otros corrieron por las calles que del camino real suben a la plaza de la iglesia. Algunos fueron a reunirse a los que, en corro, y con la más loca agitación, discutían frente a la fachada de la iglesia, en un altozano. Entretanto los pulperos, a la voz de “ya lo traen” cerraban y atrancaban por dentro sus pulperías. Y después de cerrar, ninguno se quedaba dentro: salían a sumarse a la muchedumbre armados, el uno de revólver, el otro de un varal de araguaney, los más con el filoso cola-de-gallo. Don José, el más respetable por la edad, la hacienda y la virtud, se paseaba en mangas de camisa por el corredor de su establecimiento. Provisto de un corto y fuerte cuchillo de caza, decía:

—Es necesario hacer un ejemplar. Es necesario un castigo. No se debe dejar sin castigo una cosa tan fea. En este pueblo no había pasado nunca.

—¡Nunca! Es verdad. . . Es necesario un castigo —coreaban los otros.

De repente, sobre el coro, se alzó rasgando la sutil seda del aire estival una voz airada y plañidera. A la puerta de una casita, hacia el fin de una de las calles que van a la plaza del pueblo, una vieja mulata canosa, con desgrefiada cabeza de Medusa, vociferaba:

—¡Saturno! ¡Saturno! ¡La sangre de mi hijo! ¡Cobren la sangre de mi hijo!

—¿Quién es?

—¡Hombre! ¿Quién va a ser? ¿Quién va a ser sino Higinia? ¡La pobre vieja!

Algunas mujeres aparecieron a las puertas de sus casas, dándoselas de animosas. Otras optaban por quedarse detrás de los portones, viendo a través de las juntas, o se asomaban a los postigos de las ventanas con rostros lívidos de miedo. Unas cuantas, excitadas por los lamentos de Higinia, surgieron detrás de las bardas de un corralón que interrumpía rústicamente el marco de la plaza. Vomitaban denuestos y amenazaban con los puños.

—Pero, si lo cogieron, ¿por qué no lo traen?

Uno de los que habían ido hasta el corro del altozano volvió, advirtiendo que era falsa la noticia.

—Dicen que lo cogieron allá, al pie del Avila, en la Sabana de los Muertos, en donde enterraban a los muertos del cólera y de la fiebre amarilla, no en el camposanto. Y explicando así, tendía la mano al cerro, en dirección de un punto de la sabana yerma y ardida que hay al pie del Avila, donde un solitario bambú derrama sobre los muertos la fresca sombra musical de sus cañas armoniosas.

—Pero ¿cómo saben que lo cogieron allá arriba?

—Por uno que se vino a la carrera, atravesando los cafetales, y llegó al pueblo hace poco.

—¡Pero, señor! ¿Qué ha hecho ese hombre para que lo persigan ansina?

La gente, descorazonada con el anuncio de ser falsa la noticia, desahogó su mal humor contra el que hacía inocentemente la pregunta. Era un cambujo que, ignorante del suceso y no pudiendo discernirlo entre tantos y tan vagos rumores, acababa de meterse en el corazón mismo del gentío, a horcajadas en su asno. En cosa de un segundo, ni él ni su asno pudieron moverse, estrechamente rodeados por la turba como por una improvisa y viva fortaleza erizada de cólera.

—Mire, socio, no venga con esa. . . preguntica —saltó otro zambo, con un tono entre de rabia y de zumba—. No se haga el inocente, que aquí no queremos quien tenga tratos con el diablo. ¿Usted, como que es también de la cuerda? ¡Ojo e grillo!

—¿Yo trato con el diablo? ¡Ave María Purísima! ¡Si yo no sé lo que ha pasao! ¡Si yo vengo ahorita, ahorita, de más allá del Guaire, de coger maíz en mi conuco!

—Lo hubiera dicho antes, ño Carrizo.

—¡Si es el compadre Nicasio! —dijo otro, y se preparó a referir el suceso—: Pues el hombre que los muchachos persiguen no es del pueblo, compadre. Nadie sabe de dónde vino. Unos dicen que de Caucagua, otros que de Higuerote, otros que del Tuy.

—Pa mí, que es un espía de los godos —declaró Miguelito, un negro alto y robusto como una torre de basalto que, meses atrás, en plena guerra, fue el terror de los más acaudalados terratenientes vecinos, a quienes de tiempo en tiempo desvalijaba, apellidándolos godos. Con su interrupción

recordó que la guerra no estaba terminada todavía, aunque el jefe liberal hubiese entrado en Caracas en triunfo, porque todavía erraban por toda la república algunas buenas partidas de las tropas conservadoras dispersas—. De seguro que es un espía.

—Ni se sabe cómo se llama —continuó el narrador.

—Se llama Heriberto Guillén.

—A mí me dijeron que Julián Perdomo.

—¡Bueno! Pues no sabemos ni de dónde vino, ni cómo se llama. Llegó y se convidó a jugar con nosotros en el corredor de la pulpería: ahí mismito estábamos nosotros limpios como unas patenas, y él con todos los reales.

—Tendrá buena suerte, compae Pechón.

—¡Qué suerte ni suerte! La suerte se la echaba él a los dados, porque les hacía con las manos, ¿ya usted ve?, así, de cierto modo, y parece que les rezaba también oraciones de brujo, porque los dados paraban siempre contra nosotros. Ya usted verá, compadre, que el hombre es de verdad, verdad, un brujo. ¡Bueno! Pues ya el hombre se levantaba para irse, con la cobija en el brazo izquierdo y el machete en la otra mano, cuando Saturno, muy caliente y con razón, ¡caray!, le dijo: “Párese ahí socio. No se vaya sin que nos dé nuestros reales, ¿oyó?, los reales que nos ha robado con su brujería”. Entonces el otro, un poquito amoscado, le contestó: “Yo no he robado a nadie: esos reales me los ha dado la suerte, y no más que a la suerte se los doy”. “Pues yo seré la suerte, so negro, porque ahorita mismo vas a darme lo que malamente nos quitaste” —le gritó Saturno, saltándole encima. Pero el otro ya estaba en guardia con su machete, con el que se tapaba a sí mismo mientras lo dirigía al pecho de Saturno. Al mismo tiempo le decía a Saturno, como adulándole: “¡No se meta, catire, no se meta, catire, que yo no lo quiero cortar, y si se mete se corta!”. Y como Saturno era tan arrojado, se metió, y como el otro fue tan sinvergüenza que no quitó el machete y lo dejó siempre de punta, punta fue, que Saturno cayó redondo y que ahí lo está llorando la pobre Higinia. Todos nosotros nos tiramos encima del hombre, y después de mucho trabajo le quitamos el machete. ¡Bueno! Pues ahora es cuando usted va a ver, compadre. Forcejeando con él, yo lo agarré por el pelo, tan duro, que tres chicharroncitos se me quedaron en las manos. Yo los tiré al suelo, y ¿sabe usted lo que entonces pasó, compadre? ¿A qué no adivina? Pues que los tres mechoncitos de pelo echaron a correr convertidos en ratones.

—¡Ave María Purísima!

—Como se lo digo: eso, todos los vieron.

—Es verdad, es verdad —asintió el coro.

—Ahora, dígame, compadre, si el hombre es o no es brujo. Y no puede ser sino por brujo que, cuando ya lo teníamos como asegurado, se nos despegó, disparándose a correr que ni una ardita. Detrás de él se fueron los muchachos. Y ahora dicen que lo traen, porque lo alcanzaron, ya para esconderse dentro del monte, en la Sabana de los Muertos.

Las cosas habían sucedido más o menos como a su compadre Pechón se las contaba Nicasio. La noticia del mal fin de la pendencia, ilustrada con la descripción del negro trashumante a quien se pintaba como asesino, caco y brujo, se difundió eléctricamente por el pueblo, suscitando en los corazones el deseo de vengarse de aquel extraño que era a la vez caco, brujo y asesino.

La casa rectoral fue la única no invadida por el clamoroso y unánime deseo de venganza. El padre Seraffn trabajaba en su huerta. Labraba los terrones, mientras una vieja hermana suya, que era al mismo tiempo su ama de llaves, refunfuñando y a disgusto, le aderezaba una camisa. La de él —porque de tanto darlas jamás lograba tener sino una— se la había dejado la noche antes a un enfermo a quien administró los Oleos.

Cuando sonó la algaraza de los mozos corriendo detrás del forastero fugitivo, dejó por un momento el trabajo, y se informó de lo que era.

—Son los muchachos del pueblo que andan tras de novillos desgarrados—le dijo su hermana, afirmándole para no dejarle salir, lo que en la mente de ella no era sino una hipótesis. Por ser lo que pasaba a menudo, eso dijo ella, y él sin dificultad lo creyó de modo que impávido continuó con su azadita de jardinero escardando la huerta, que era al mismo tiempo huerta y jardín como su alma. El descansaba en la creencia candorosa de una armonía íntima de su alma con el alma del pueblo. Porque esta alma en que él ingenuamente sentía el reflejo de la suya, se la representaba de igual manera que se representaba al pueblo: como una flor de idilio.

Visto desde las faldas del Avila, cuando el bucaral se engalanaba de verde, el pueblo era, con sus techos rojos y orlado de haciendas de café, un rubí en lo hondo de una copa de esmeralda. Ahora, porque el bucaral flameaba de flor, fingía más bien una taza de pórvido o una florida cesta de púrpura.

Entretanto, a lo lejos, el Avila, sobre el paisaje de las haciendas y del pueblo agitado, surgía con la calvez de la cima y en la imponderable pureza de la luz, claro, fuerte y sereno, como un incorruptible testimonio.

Hacia el altozano se agregaron unos cuantos rústicos más a los primeros perseguidores. Detrás del fugitivo, penetraron todos en los fundos que están al norte del pueblo. La cáfila ululante corrió por los cafetales, al principio en una verdadera fuga de locos. Luego, uno de la chusma ideó, y a gritos comunicó su idea a los demás, hasta que llegaron a entenderse, organizar la persecución con todas las reglas de una cacería. Tratábase de estorbar que se escapara la pieza. Mientras unos debían seguir los callejones, otros remontarían el cauce de una quebrada seca, y los otros irían por dentro de los mismos cafetales. Debían hacer, deshacer y rehacer paranzas a medida que lo exigieran las tretas del perseguido, y la índole del terreno. Algunos, en el ímpetu de la carrera, se destocaron, y no se detuvieron a recoger el

caído sombrero de cogollo. Otros llevaban las ropas desgarradas encima de los torsos medio desnudos. Los bucares florecidos, en su perenne despojarse de flor, fugazmente esmaltaban de sangre la nieve, o el ébano lustroso, o la canela oscura de los cuerpos. Los cazadores, para enardecerse a sí mismos, y a la vez para aturdir a la pieza en fuga, llenaban el cafetal con insistente vocería. De tiempo en tiempo, sobre la vocería de los hombres detonaba, en lo alto de los bucares, la algarabía de los pericos montañeses. Poco a poco el tropel fue empujando la caza fuera del cafetal y hacia arriba, a un punto en donde ya debían de estar apostados los que se adelantaran corriendo por la holgura de los callejones.

El fugitivo, ignorante del terreno, tropezando en los obstáculos conservaba, a pesar de todo, la ventaja, como si la suficiente malicia y lucidez para despistar a los otros la sacara del propio peligro. Los eludía y engañaba con rodeos en que no se alejaba sensiblemente del mismo punto. Más de una vez intentó ocultarse en lo hueco de un tronco. Pero cada vez alguno de sus perseguidores lo alcanzaba con la vista. Por fin se vio fuera del cafetal, a mucha distancia de los que estaban de facción, apercebidos a detenerle. Tuvo un momento de perplejidad en que se preguntó si no sería más cuerdo volver sobre sus pasos a enredarse y maltratarse de nuevo en el cafetal enfadoso, porque su instinto silvestre y seguro le advirtió mayores peligros en aquel paraje abierto que delante de él subía hasta los mismos pies del Avila. Su perplejidad sirvió a los otros. Ya estaban cerca. Y él no pudo sino seguir adelante, por lo abierto, sintiendo en los talones la furia de la trailla. Atravesaba el Pedregal, región salpicada de exiguos y dispersos cafetalitos, a la vera de cada uno de los cuales hay un rancho como una paloma gris que a la sombra de la escasa arboleda se acurruca. Por todas partes, en las más limpias tierras de labor, saltan enhiestos peñascos y reluce al ras del suelo el pedrusco. Una inmensa mole avileña parece en prehistóricos tiempos haber caído retumbando de la cumbre a partirse en fragmentos infinitos en el hondo estupor del valle. En algunas partes, los labriegos han hecho montículos y pirámides con el pedrusco; en otras lo han dispuesto y amontonado en paredones que hacen de aldaños a las tierras labrantías. Por ahí corrió el negro, desesperado cuando se dio cuenta del gran número de enemigos, tropezando unas veces en el peñascal, pasando otras veces como un milagro del viento por encima de los paredones. A las puertas de los ranchos acudieron otros hombres traídos por la grito de la turba, y casi todos, por comunión con los del pueblo, se agregaron a los cazadores del negro fugitivo. Gracias al refuerzo que de esta guisa recibían de pronto, y a los movimientos más fáciles en aquel paraje abierto, los perseguidores traquearon y acosaron como a un ciervo al perseguido, hasta verlo estrechamente acorralado. Abrumándolo con sus gritos de muerte, casi lo tocaban ya con las manos, cuando él, derribando a uno de un puñetazo, y dando a la derecha un salto inverosímil, se internó en los grandes cafetales nuevamente.

Por la primera vez, ya dentro del cafetal, osciló, remolinó y se paró desconcertada la turba. Algunos empezaron a encontrar inútil su carrera fatigosa, imaginando en salvo a la pieza y borrada su pista, cuando volvieron a ésta por unos gajos rotos y manchados de sangre. El hombre, a su entrada en el cafetal, se había destrozado las ropas y desgarrado profundamente las carnes contra las espinas de un naranjero. Debía de estar no muy lejos, al abrigo de las frondas... Y además del rastro de sangre que iba marcando sus huellas, lo denunció el bullicioso vuelo de una bandada de pericos. A la bulla de los loros montaraces y a la algazara de los hombres encaminados otra vez con seguridad sobre su pista, el negro trashumante corrió de los podridos troncos de bucare, entre los que se disimuló por un momento, a guarecerse entre las altas raíces de un matapalo que sobresalían de la tierra y a flor de tierra se desparramaban como los tentáculos de un pulpo. Mas, como los otros lo vieran antes que él tuviera tiempo de ocultarse, de nuevo se encontró forzado a correr, a correr siempre, despedazándose las ropas, rompiéndose las carnes contra las matas de café y algunos árboles de espinas, turbado y entontecido por los otros que, detrás de él, y progresivamente lo empujaban de la densa maraña del arbolado hacia lo limpio del barbecho.

Fue entonces cuando voló al pueblo y en el pueblo se esparció la noticia de habersele cogido, porque él mismo se vio y los demás lo creyeron cogido en lo limpio de la sabana. Sin embargo, también en la Sabana de los Muertos logró escapar, descolgándose, para correr después quebrada abajo por la peñascosa del Pajarito. Palomas acogidas a sestar al frescor de la quebrada volaron hacia el Avila en sesgo vuelo de susto. En la carrera, el negro miró centellear, bajo una ceja de verdura, el ojo contemplativo de un pozo, y se precipitó al brillo del agua como un venado sediento. No pensó ya sino en calmar el martirio de la sed. Y cuando lo hubo calmado y se halló de nuevo en pie, como si juzgara imposible su fuga, o estuviese resignado a rendirse, en vez de seguir la carrera, dio el frente a la frenética jauría humana.

—¡No me maten! ¡No me maten! Yo no lo corté: él se cortó porque quiso. Yo soy un hombre honrado. Yo no les robé a ustedes los reales; la suerte me los dio. El se cortó a sí mismo: yo no hice fuerza con el machete, ninguna.

Cuando acabó de hablar se hallaba rodeado por toda la pandilla y con las manos a la espalda atadas con cordeles y correas a estilo de esposas. Bajo la gritería jubilante de escarnio, uno de los perseguidores furiosamente vengaba su ropa hecha trizas, arrancando y esparciendo los andrajos que al hombre quedaban de la suya.

—Vamos al pueblo, para que digas eso que ahora dices, a ver si te hacen caso —le sopló otro en la nuca, mientras le daba tal empellón, que el hombre sin el equilibrio de los brazos, bamboleó y estuvo a punto de caerse.

—Yo me entregué, ¿por qué me maltratan?

La respuesta se la dio un charro en una bofetada terrible:

—¿Por qué no te escapabas ahora? Anda, vete: válete de tus artes de brujo.

Unánimes carcajadas de mofa saludaron esta salida, y una lluvia de bofetadas empezó a caer sobre el prisionero.

—Anda, hombre, haznos una brujería —le dijo Bartolo, el pesador de carne del pueblo, y le tiró de una oreja, tan brutalmente, que la oreja medio desprendida lloró un chorro de púrpura sobre el ébano de la cara. Ebrío de dolor, el hombre se tambaleó, sofocando un alarido. Su rostro de negro asumió en la súbita palidez, el tono de la ceniza, mientras los labios rayaban la ceniza de la faz con una blancura espantosa.

—¡No me maten! ¡No me maten! ¡Por Dios! Yo no soy brujo. No es verdad. Yo no soy brujo.

Y como el hombre hiciera un esfuerzo por desatarse las manos y huir, el mozo de la pesa de carne le labró con un cuchillo un sedal en el vientre, a la vez que otro le asestaba un machetazo tan tremendo en los hombros, que una verdadera ola de tibio carmín saltó, repartiéndosele por el pecho y la espalda.

—¿Qué es eso, muchachos? ¡No lo maten! ¡Déjenlo! ¡Déjenlo!— clamó una especie de albino a quien llamaban el catire Facundo, y se constituyó en el jefe de la banda, con un gesto y un grito: —¿Por qué lo van a matar? ¿No ven que tenemos que llevarlo para el pueblo? ¿Qué dirán los otros? ¡Quítese de ahí, socio, y no vuelva con sus machetazos! ¡Caramba! Por un tris lo deja frío. Y a echar *palante*, que se hace tarde, y nos están esperando en el pueblo. ¡Alza, arriba, y al pueblo muchachos!

De ahí se apresuraron unos cuantos a llevar noticias al pueblo. Algunos se les habían adelantado, y otros les imitaron después, de suerte que en la población a cada instante se recibían noticias de cómo, cuándo y por dónde venían los mozos con el brujo. La multitud, estacionada en el camino real, fue poco a poco subiendo por las distintas calles, para apiñarse en el extremo norte de éstas en la plaza misma. De ese punto verían cuando llegaran los otros por la parte opuesta. Entretanto los otros avanzaban hacia esta parte del pueblo por los callejones de la hacienda vecina, los guardianes, abrumando a golpes, a risas de sarcasmo, a motes de burla al prisionero, y el prisionero, silencioso, desangrándose y tificando el suelo de púrpura, mientras los bucares florecidos lloraban sangre sobre todos.

Por un acuerdo tácito, en el pueblo procuraban todos que el cura no supiese nada. Sólo uno, obedeciendo a un escrúpulo tardío, a última hora y por trascorrales, anunció al desprevenido pastor cuanto pasaba entre las ovejas. Y el haz de noticias entró como un puñal en el corazón del cura.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó en el dolor de un repentino y profundo arrancamiento, y corrió desolado hacia la puerta de la calle.

La multitud rompía en la plaza, inundándola de clamores:

—¡Muera! ¡Muera!

En el portal de la tahona vociferaba la cabeza de Medusa:

—¡La sangre de mi hijo! ¡La sangre de mi hijo!

El padre Serafín, desde la puerta de la rectoral, siguió con los ojos a la multitud que corría hacia el altozano del pueblo. Volvió sus ojos a ese punto, y allí, cercado de forajidos de facciones bestiales y de ropas en flecos, apareció el hombre. Al verlo, chorreando sangre y casi desnudo, vivo *Ecce-Homo*, sanguina monstruosa en fondo de sepia, el padre Serafín, turbadísimo, abrió los brazos en cruz y cayó de rodillas frente al hombre, como ante una aparición del Crucificado:

—¡Dios mío, perdón! ¡Dios mío, perdón! ¡Qué han hecho!

Viejos, muchachos, cuantos habían esperado en el camino, subían en tumulto adonde estaba el hombre, a desquitarse en él del ansia de la espera. Las comadres que se esquivaban hasta ahí detrás de las junturas de las puertas, o se asomaban a los postigos de las ventanas, recorrían ahora las calles y aumentaban el tumulto, cual si a la vista del hombre sangriento se hubieran sentido animosas. Algunas portaban machete o cuchillo. Una de ellas avanzó hacia el mismo pecho del brujo, y lo escupió en la cara. Ante el salivazo agresivo y el persistente avance de la multitud, el miserable, temblando de terror, prorrumpió en una queja:

—¡Si me van a matar, Dios mío, no me dejen morir sin confesión!

Facundo creyó de ley cumplir la voluntad religiosa del reo, y fue en busca del padre Serafín, para que éste oyera en confesión al brujo. El padre Serafín iba y venía como un loco por la plaza, amonestando a unos, reprendiendo a otros, hablándoles de amor, persuadiéndoles caridad, sin que ninguno lo entendiera. Por último se enderezó al altozano, y desde ahí comenzó a predicarles, volcando el ingenuo y cándido jardín de su corazón sobre el fosco oleaje de la turba.

—¡Hombres! ¡Hermanos! ¿Qué habéis hecho? Yo creía que las palabras de flor, que todas las florecitas del Padre Seráfico, a quien está consagrado este pueblo, yo las había guardado por siempre en vuestros corazones como en relicarios vivos. ¿No os he dicho yo que es gran pecado verter la misma sangre de las tórtolas? ¿No os he dicho que es gran pecado cortar inútilmente los árboles mismos, como vosotros lo hacéis a la orilla de los tablones, para mantener en alto y a la vista el machete, porque la savia y la resina que manan de un árbol herido son la sangre y las lágrimas del árbol? Pues ¡cuánto mayor pecado no será, oh, hermanos, derramar la sangre preciosísima del hombre!

Nadie le oía. Algunos aprobaban por hábito, por fórmula, pero de un modo extraño, sonriendo. De pronto, alguien le habló detrás; era el catire Facundo:

—Padre Serafín: venga a confesarlo.

—¿A confesarlo? ¿Acaso va a morir?

—De morir tiene: ha robado, ha matado y es brujo.

—¡Hombres! Hermanos! ¡Por Dios! ¡No hay brujos: eso de los brujos es mentira, superstición e ignorancia! Y si ese hombre ha matado y ha

robado, para él hay jueces. ¿Por ventura sois jueces vosotros? ¡No, no, hermanos! Al mismo criminal debemos amor en el nombre del Cristo. Vamos a lavarle esa sangre, que no sólo a él sino también a todos nosotros nos mancha, y después de lavarlo con nuestras manos y de pedirle perdón, besándoles los pies con nuestras bocas, lo entregaremos a los jueces.

—¡Qué jueces ni jueces, padre! ¿Usted no recuerda cómo están las cosas?

En esas palabras el padre Serafín recibió de la realidad un golpe rudo. Era el fin de una guerra de años. La revolución, aunque triunfante en la capital, no acababa nunca de constituirse en gobierno. Mientras tanto las aldeas, y en las aldeas los hombres, administraban justicia por sí mismos.

—Suponiendo que los muchachos lo dejaran llevar para Caracas, o se puede ir en el camino, o en Caracas lo sueltan como un estorbo. Dígame, pues, si lo va a confesar o no. Además, de todas maneras va a morir, porque... yo creo que tiene agujereada la panza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró el padre Serafín en la angustia de no hallar medio de salvar al hombre.

De repente, el hombre dijo:

—Tengo sed.

—¿Oís? ¿Oís, hermanos? —aventuró el cura—. Son las mismas palabras de Jesús en la agonía. ¿Qué diríais vosotros, oh, hermanos, qué diríais vosotros, si hubieseis injuriado, maltratado y herido al mismo Jesús en la figura de ese hombre?

—No diga eso, padre. ¿Cristo negro?

—¿Por qué no? El no murió por éste o por aquél, sino por todos: él es de todos los hombres y de todas las razas.

—Pero no había matado, ni robado, ni...

Facundo pensó agregar "ni sería brujo", pero se guardó de ello para no impacientarse más al padre Serafín. Este pensaba: "¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Dios mío?". El cacique del pueblo, que siempre con mucha deferencia le oía, estaba lejos, guerreando. El que hacía ahora las veces de Jefe Civil, formaba entre las peores cabezas del tumulto. No se le ocurrió sino un medio: "quizá en la iglesia no se atreverían".

—¡Bueno! Voy a confesarlo. Llamen al sacristán para que abra la iglesia.

—No, padre —advirtió Facundo—. Los muchachos han pensado ya que no debe ser en la iglesia. Quieren que sea en el mismo camino real, casa de don José, en la trastienda de la pulpería.

—Pero ¿qué intentan ustedes, hermanos?

Los más próximos bajaron la cabeza. La voz del hombre tornó a oírse:

—¡Tengo sed!

El padre Serafín, ya sin esperanzas de salvar al hombre, echó a correr hacia la casa parroquial en busca de un vaso de agua. Cuando volvió a salir con el agua, a través de la plaza descendía la lúgubre procesión; el hombre a la cabeza. El padre se acercó al prisionero, y después de darle

el agua, que el hombre sorbió con furia, se abrazó a él y fue protegiéndolo con su cuerpo hasta la entrada de la pulpería.

Mire, padre, si el hombre no es brujo —gritó un desalmado, y arrancándole un mechón de pelo al miserable indefenso, lo tiró al aire. Todos, en el soplo de la brisa, vieron al mechón reciamente ensortijado convertirse en un murciélago.

Durante la confesión, el pueblo en masa esperaba en la calle, con el sordo y grave zumbido bullente de cólera de una enorme colmena.

El padre Serafín, acabada la confesión, apareció en la puerta:

—¡Por última vez, hermanos! Por última vez, oíd: ese hombre está sin pecado. Os lo juro. Ese hombre es inocente. Ya lo habéis medio matado, y está moribundo. Por las gloriosas llagas de Cristo, por nuestro santo patrón, dejadle morir en paz. Dejadle morir en paz, o la sangre de ese hombre caerá sobre todos nosotros, caerá sobre este pueblo por los siglos de los siglos.

Con un esfuerzo heroico, el hombre se levantó de su lecho de agonía y surgió detrás del cura en el vano de la puerta.

—Sí, sí ¡perdón! ¡perdón! ¡Morir en paz! —balbuceó lamentablemente

Y como el padre Serafín se apartara un poco, el hombre cayó hacia afuera y de soslayo, presa de mortal vahído. Uno del motín, que se hallaba cerca, imaginando o pretextando imaginar una agresión, paró al hombre en su machete, y saltó un chorro de sangre tal, como no lo sospechara nadie en aquella negrura que ya no era más que un pálido montón de ceniza. En confusión laberíntica se precipitó la turba al husmeo de la sangre. El histérico paroxismo de las mujeres predominaba en el tumulto, que cesó cuando apenas quedaba del hombre en medio de la calle una masa inerte, rojiza y disforme. Una impura vieja desdentada hurgó con su machete la masa rojiza, mascullando:

—Dicen que los brujos se hacen los muertos, como los rabipelados.

Y de un tajo habilísimo al cuerpo ya exánime le mutiló el sexo.

El padre Serafín, pálido y de rodillas junto al cadáver, musitaba una oración, abiertos los brazos, clavados los ojos en el azul impasible. Algo dentro de su corazón palpó, brilló y se apagó como una llamita trémula. Levantóse después, marchó hasta el altozano y lo cruzó de rodillas. Al llegar a la puerta del templo, se detuvo, y no osó penetrar en sagrado. En seguida salió del pueblo, rumbo al Avila, y caminó bajo el llanto de sangre de los bucares hasta perderse de vista.

En el éter, muy diáfano, parpadeó un lucero. El Avila, con su calvez de la cima y en la imponderable pureza de la luz, claro, fuerte y sereno, se erguía sobre el paisaje como un incorruptible testimonio.

Al día siguiente no se encontraba al padre Serafín en parte alguna. Había desaparecido. Muy turbados de conciencia, varios mozos del pueblo convinieron en salir juntos a buscarle. Después de tres o más días de vanas

pesquisas por las quebras del monte, lo hallaron en devota actitud al pie de un alto peñón que el Sebucán labra y pule con su perenne beso cristalino. Al oírlos acercarse y hablar, el padre Serafín volvió a ellos el rostro. Los acogió con semblante risueño, como si los aguardase:

—El Señor del cielo me ha distinguido entre todas las criaturas. Porque hice de mi pueblo un rebaño de suavísimas ovejas, mi padre San Francisco intercedió por mí para que el Señor me honrase como a él, dándome sus rosas divinas. Mirad.

Y el padre, sonriendo con aquella sonrisa de ciertas locuras dulces que debe ser la misma de la felicidad perfecta, a los del pueblo, confundidos, mostró las manos y el pecho desnudo, en donde la aspereza y los abrojos del Avila prendieron tres vivas rosas.

MUSICA BARBARA

Ni una mañana dejaba de sentarse muy cerca de la estación pequeñita como de pueblo, formada de un cafetucho con su indispensable mesa de billar y de unos cuantos metros de andén en forma cuadrilátera, hacia uno de cuyos ángulos había, sirviendo de pie a un farol, una grotesca figura femenina, groseramente esculpida y pintarrajeada en un burdo trozo de leño. Ya iba a sentarse a la sombra de los cocales, en la estancia que, a la derecha de la estación, y a uno y otro lado de la vía, dilata sus trémulas tiendas de verdura; ya sentado en una acera de la calle que, bajando con suave declive de la aldea, atraviesa en la estacioncita el camino del ferrocarril y acaba en el mar junto al barracón de los baños, calentaba su impávido rostro de ciego en la ruda caricia de sol inmisericorde. Siempre, en uno u otro sitio, asistía al paso del tren de la mañana, que, rumbo a la capital, sube del puerto. Y siempre, al paso del tren, su actitud, por lo ordinario inexpresiva, se alteraba. Las más de las veces, como si su mayor enemigo, inaccesible a su venganza, pasara en alguno de sus vagones, extendía el brazo en la dirección del tren y lo amenazaba con el puño. Al mismo tiempo, su rostro se contraía en un gesto de cólera y sus labios exhalaban incoherentes frases de ira. Pero otras veces, en lugar de un gesto de cólera, su rostro asumía la expresión de un desdén implacable cuando sus labios no se ocupaban en arrojar al sesgo escupitinas violentas y ruidosas, como en signo del desprecio más profundo.

Desaparecido el tren, acallado el rumor de su marcha, se desvanecía por ensalmo, en la cara del ciego, el gesto despectivo o el rictus de la cólera. Por encima de su rala barba oscura, en la bruna palidez de sus mejillas y en sus muertos ojos inmóviles, predominaba entonces, como enantes, la resignada tristeza dulce de un nazareno. Tenazmente abiertos,

en ataraxia mortal, sus ojos parecían clavarse a lo lejos, con enfermiza delectación, en un solo punto fijo. ¿Tendía, en medio de sus tinieblas, como a un faro, a un punto memorable de la costa? Quizá meditaba, simplemente, o simplemente veía con frescos ojos internos el paisaje familiar que, por delante de él, bajaba hacia la playa, coronado de penachos infinitos y vestidos de perenne verdor, a recamarse de espumas. Entre aquellos árboles, uveros de la playa, cocoteros y mameyes, había muchos camaradas de su niñez, viejos cómplices de sus escapatorias infantiles. Los cocoteros en especial, aparecían evocados, ante los ojos de su imaginación, con una brusca viveza de líneas, a estilo de aguafuerte. Alguno, cuyo tronco iba, elegante y sutil, a fenecer en el centro de su corona de palmas, parecía aspirar a la impecable arquitectura y soberbia esbeltez del chaguaramo, su pariente armonioso. Otros, casi a flor de tierra se encorvaban, para enderezarse de nuevo, no muy lejos de la cúspide, semejando un brazo de lira. Otros, como si al ascender vacilasen, trazaban dos curvas contrarias, fingiendo una ese, o bien resueltamente se arqueaban en una sola curva hasta la cima, representando el asa de un ánfora tosca. Muchos, después de erguirse, petulantes y fieros, amenazaban caer de su propia cima, desplomándose a la rica pesadumbre de sus nueces deleitables. Y de entre aquellas siluetas de árboles, de todo aquel tierno y cálido paisaje de su juventud, volaban los recuerdos a posarse, como una bandada de pájaros de gayos colores inverosímiles, en las alas desfallecientes, llenas de resquebrajaduras, de su humilde sombrero de cogollo. Se veía de granuja, con los hijos de su padrino, y otros chicuelos de su edad, corriendo a comer uvas de playa, después de haberse hartado, en las estancias vecinas, de robar cocos y mameyes. Se veía, ya adolescente, ebrio de sólo vivir, penetrando en el misterio del amor como en un bosque perfumado. Se veía... Pero de pronto cesaba de ver: se borraba el paisaje interior, y como si ya en las pobres alas desmazaladas del sombrero de cogollo no se pudieran afianzar, se desbandaban, alzando el vuelo, todos los pájaros de colores inverosímiles.

Volvía a la realidad, asistiendo a un grito premioso de estómago, o a causa del acto inconsciente y habitual con que su mano diestra solía, palpando el casi inútil bolsillo sorprender a una sucia moneda de cobre, diciendo el desesperado soliloquio de la miseria. Y el grito del estómago, o el inconsciente acto investigador de su diestra, lo invitaban a renovar su peregrinación de todos los días detrás de una limosna precaria.

Asiendo del garrote, compañero de sus lamentables romerías, remontaba la calle nueva tirada a cordel hasta los baños, o enfilaba una calle de cocoteros trajinada como una vereda común en cuyo extremo cruzaba a la izquierda por una calle minúscula, para llegar ya dentro del pueblo, adonde la antigua arteria principal de éste limita de un lado la verde plaza de los Almendrones. Al andar, una de sus alpargatas, de color indiscifrable, reía de costado con una indiscreta boca perversa, mientras el

saco, demasiado ancho y largo para él, se plegaba sobre su cuerpo como una túnica y llegaba a rozarle las rodillas. A veces marchaba hasta la vieja calle real sin que el grito de un pilluelo, ni el rumor de los pasos de un solo transeúnte, le revelasen la existencia del poblado; y entonces, como si confusamente percibiera un mismo destino pesando sobre él y sobre el pueblo de su amor, sentía su alma, sorprendida, empequeñecerse por dentro, recogerse de pronto desolada y muda, tan desolada y muda como su pueblo, en otro tiempo rumoroso con la continua algaraza del tráfico.

No lejos de la plaza de los Almendrones, como caminando hacia la iglesia, y a la derecha mano, se alzaba con la pared ennegrecida por la edad y sus ventanales de barrotes de hierro manchados por la herrumbre, la que fue rica vivienda espaciosa de su padrino, la casa donde su infancia rompió a repicar los primeros cascabeles de sus travesuras y donde se abrigaron, como un tropel de gamos revoltosos, los días de su adolescencia. Muerto su padrino, los hijos de éste se dispersaron tierra adentro, por diversos puntos del país, de un solo golpe aventados a las tristezas de la emigración, por la ruina absoluta del padre. Estanciero de Catia la Mar y de Maiquetía, su padrino, como casi todos los cultivadores de la comarca, se vio perdido sin remisión, como por una catástrofe, con la apertura del camino de hierro. Impotente o imprevisor, como los demás de su clase, no pudo o no supo crearse con sus fincas nuevas rentas, cuando el ferrocarril y la inmediata clausura del camino carretero a los largos convoyes bulliciosos, mermaron y extinguieron su renta más limpia y saneada, venida de abastecer las rancherías del pueblo con malojo y otros forrajes de caballos y de mulas. Rápidamente, sobre él, se precipitó la catástrofe. Sus propiedades fueron pasando, una por una, de sus manos, ya ociosas, a manos de usureros. Y la casa de habitación, la última reliquia de su prosperidad, abrió al cabo sus puertas a otras gentes de toda proveniencia y linaje, y, como a sus primeros dueños, las albergó entre sus muros impasibles.

Un cuñado del padrino, hacendado como él, más inteligente o más feliz, había salvado por lo menos del desastre, el mayor desastre histórico del pueblo, algo de su patrimonio, lo suficiente para vivir sin excesiva estrechez y acabar con cierto brillo la educación de su hijo único. Tocado de la manía de sus congéneres de formar doctores, contribuyendo a la propagación de un inmenso y peligroso proletariado de levita, había querido, y lo consiguió, hacer de su hijo un perfecto doctor en leyes. Vivía en aquella misma calle, y el ciego ni una mañana dejaba de entrar casa de él, después de hacer junto al viejo refugio de su infancia huérfana su indispensable estación piadosa. De aquí, para entrar casa del cuñado de su padrino, pasaba a la otra acera en donde no había de recorrer sino un trecho muy corto, a lo largo de la ruinoso tapia verdinegra de un corralón, por sobre la cual venían a ofrecerse a la golosina del transeúnte los blancos racimos de perlas de un cauvaro.

Allí, el ciego hallaba todos los días, con un pan y una moneda otra limosna mejor de buenos y amables discursos. Afable y familiarmente como se habla con íntimos iguales, con él conversaban el cuñado y la hermana de su padrino. Esta, sobre todo, lo acogía con una invariable dulzura de abuela. A su “¡alabado sea Dios!” o su “aquí está el ciego”, aunque él no faltara nunca, ella le contestaba siempre desde el corredor principal con un “Guá, Benito”, impregnado de sorpresa cariñosa. Pequeña, grácil, menuda, llevaba fácilmente sus años numerosos, como una corona imponderable. A veces hasta la hora del almuerzo cosía, apuntaba medias, apuntaba ropa, sentada o más bien hundida en un butacón arcaico, de cómodos brazos amplísimos y espaldar eminente.

—¡Lola! ¡Lola!

—¿Qué quieres, mamá Nena?

—Tráele una silla a Benito.

Y cuando la nietecita traía la silla y el ciego tomaba asiento, reanudaban su diálogo de todos los días Benito y la anciana. Cualquiera palabra, una frase cualquiera, les daba ocasión para ocuparse, como lo deseaban, a escondidas, en desenredar y acariciar la dulce madeja de los recuerdos. La abuela, mientras hablaba, movida de cierta volubilidad infantil, seguía en su regazo, con dedos ágiles y rojos nada turbios, a pesar de la vejez, las más finas labores. Entre tanto su marido, el antiguo terrateniente, casi siempre puesto en mangas de camisa en el fondo del patio, regaba plantas algo estrechamente cultivadas en tinajas, o conducía por las varas o cañas de un emparrado, poniéndolos en orden, los pámpanos más tiernos.

—¿Qué hay, Benito?

—¿Qué va a haber? ¿Qué va a haber? Naa.

Y el ciego empezaba a quejarse, murmurando y ensartando sus quejas en una letanía monótona. Al principio, como es natural, no se lamentaba sino de su propia miseria. A no ser cuanto le daban ahí y alguna que otra cosa recogida en las calles de la población, de seguro ya lo hubieran encontrado con el doble frío del hambre y de la muerte en su cuartucho de Pariata.

¿Antiguos conocidos? ¡Ah! Sí: de cuando en cuando, cada año por la Cuaresma, se tropezaba con el negrito Bruno o con Antonio, que le regalaba una locha o algún medio.

—¿Qué Antonio?

—¡Guá, misia Madalena! ¿Ya no se acuerda de Antonio, aquel isleño grandote, juerto, bisojo, llamado el Chajnelo, que siempre era de mi cuadrilla?

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

—Pues Bruno y él son los que me socorren con algo... Ya en Maiquetía no hay sino pobres, todos semos pobres.

—Tienes razón: se acabaron los ricos.

—Y too, ¿por qué? Por *eso*, por *ese bicho*, que Dios confunda.

Cuando Benito decía *eso* o *ese bicho*, despreciativamente, señalando con su garrote de araguaney hacia el mar, significaba el ferrocarril, objeto de su odio de rústico simple, y de tanto saberlo, no tenía para qué preguntárselo la anciana.

—Que Dios confunda, sí señora. ¡Ah, caray! Si entuavía no sé qué es lo que me da cuando me acueldo de aquel vagabundito... , aquel muchacho de este pueblo... Sí, señora. ¡Y era de este pueblo el condenao!... ¿Cómo se llamaba? Pues ya ni sé cómo se llamaba. ¡Bien hecho! ¿Usted no se acuelda tampoco? ¡Sí, señora! Aquel vagamundito que andaba tan repugnante y orgulloso porque escribía en los papeles de Caracas. ¡Ay!, si yo lo hubiera cogío por la subía del Paujil... Pues entuavía no sé lo que me da cuando me acueldo de lo que habló el día que inauguraron *ese bicho*. ¿Se acuelda?, de que sí el progreso y que la civilización... ¡Requetesinvergüenza! ¡Hablando contra su pueblo, contra Maiquetía!

—Pero, Benito, ¡si son dos cosas diferentes!

La anciana, para contestarle, trataba de zurcir un argumento con los retazos de frases vacías de ideas, quedados, en su magín, de una exclusiva lectura de periódicos. Y Benito balanceaba la cabeza en señal de duda:

—¡Güeno! Así será... La civilización... Entonces, la civilización será la desgracia de uno; será quitale a uno su oficio... Porque, vamos a ve: ¿qué sería yo ahora, si Dios no me hubiera apagao los candiles de mis ojos? Pues náa, náa. Nunca me habría amañao a náa, sino a mi carreta y a mi mula. ¿Usté sabe, misia Madalena?, a veces me entran ganas de dale gracias a Dios por haberme cegao, pa no veme cogiendo otra ocupación, pa no ve tanta pobreza, y hasta pa no mirá *ese bicho*.

—¡Jesús! ¡Benito! No digas eso, porque Dios puede castigarte.

—Más castigao de lo que estoy, misia Madalena...? ¡Civilización! Güeno. Será. Pero lo cierto es que en aquel tiempo había ricos, bastantes ricos. ¡Qué abundancia! ¿Se acuelda? Aquí no había pobres, ni uno. Era un río de oro este pueblo. ¿A que a usté no le faltaba nunca un güen porción de onzas en su escaparate?

—Es verdad, Benito. Sí las hubo, sí las hubo...

—¡Cómo no las había de tener, si las hubo hasta en mi bolsillo! ¿Se acuelda de aquellas onzas españolas, juertes y aplastás que sonaban como una música? ¿Y de aquellas morocotas de águila? ¿Y de aquellas isabelinas tan relindas que parecían un piasso de gloria?... Ahora, búsquelas a ve. No las encuentra. Encontrará plata o níquel, si acaso. Y tóo el oro, tóo el oro del pueblo va a caé en las garras de *ese bicho*, y se lo llevan pa Uropa los musiúes. Buena civilización.

Y lejos de la monótona letanía de sus quejas, Benito condensa todos sus reproches, todo su odio, en una oscura amenaza:

—¡Ya verán! ¡Ya verán!

Al decir esto, las durezas de su rostro se deshacen en el agua lustral de una sonrisa. Parece como si el ¡ya verán! evocase en su interior los mo-

mentos más queridos de su alma. Poco a poco se dilata en su alma un paisaje lleno de belleza y de música. En toda alma hay un paisaje y una música; y la música de Benito, aunque rusticana, le es más dulce y preciosa que la música de los ángeles, en los jardines del cielo. Ya se mira entrar en los jardines del cielo. Ya se mira entrar en el pueblo en medio del estrépito de las carretas, oyendo el grito de los capataces y la algarabía de los peones. Ya se mira a lo lejos, en medio al camino real ondulante como una serpiente al través de la serranía, mientras junto a él se arrastra el interminable convoy bullicioso, como otra serpiente que dejara en el polvo dos rastos paralelos. Arriba, triunfan los mantos de oro de los araguaneyes florecidos; abajo, en el borde del camino, los cardones yerguen como una provocación, sus ásperos higos de sangre. El convoy pasa unas veces en pleno mediodía, entre una polvareda inflamada, como una gloria de áureo polvo y de sol; o se desliza otras veces, al caer de la tarde, en medio a la sombra incipiente, sobre la misma orla del barranco, estrellado de cocuyos. Y a medida que se precisa el paisaje, más y más claramente surge su música estrepitosa. La forman el estremecimiento brusco y total de las carretas al caer de las ruedas en los baches imprevistos, el rechinar de las cambas contra la llanta sólida, el resbalar del eje entre los bujes, el continuo trepidar de las mal cogidas barandas, el retintín sobre el timón de las cadenitas del apero y el resonar del casco de las bestias en la ruta firme y pedregosa. Y en ocasiones, dominando y presidiendo la errabunda orquesta bárbara, sube el clamor solemne de la guaruta a evocar, tal vez, en los arcabucos de la sierra, el eco de la música triste y belicosa de su indígena antepasado el fotuto, en días de guazábara.

—¡Ya verán! ¡Ya verán!

Cuando él y un hermano, dos o tres años mayor que él, quedaron huérfanos en una estancia de Catia la Mar, su padrino, el estanciero, los recogió en su casa de Maiquetía. El primogénito, casi un adolescente, huyó, poco después, de la casa hospitalaria. Se supo, en los primeros tiempos, que arrastraba, al través de varios oficios, una existencia miserable y dudosa; pero, muy pronto, sin dejar un solo rastro suyo, desapareció tierra adentro. Y entre tanto, Benito se criaba, tratado liberalmente, con los hijos de su padrino. Con ellos crecía al aire y al sol como un árbol de la playa. Con ellos medio aprendía a leer y a escribir, y al mismo tiempo saboreaba la descuidada niñez del pillete vagabundo. Aprendió a conocer la costa y sus tesoros infinitos, desde las ricas frutas del Cojo, hasta los caracoles llenos de música y las rosadas conchas marinas de Cabo Blanco. Sabía en dónde cargaban más los uveros, en donde el mamey era más dulce y qué estancias eran las más propicias al hurto de los cocos. Dentro de la misma población, en los amplios corrales desprovistos de muros, despojaba los caujaros de su carga de perlas. Conocía los parajes costaneros más a propósito para

el baño del mar, y ninguno pescaba tan hábilmente como él, más allá de la Rinconada, río arriba, en el Santa Ana de pozos tersos y arenas rubias, enormes cangrejos listos.

Apenas púber, vivió su primer idilio, fuerte y sano como el salobre aliento de la mar, a la sombra de un uvero. La miel del amor se confundió en sus labios de niño con la miel de las frutas. Pero la dulzura de esas mieles fue olvidada por las dulzuras de la existencia que se le reveló junto a su casa, en la algazara de las rancharías. Primero, su curiosidad traviesa le indujo a reconocer hasta el más discreto escondrijo de una cercana rancharía espaciosa. A la curiosidad sirvió de cómplice la tentación de los racimos con que la parra turbaba el sueño de los estanques, abrevadero y baño de las bestias. Insensiblemente, cobró cariño y distribuyó nombres cariñosos a los caballos y las mulas. Entrometíase en la conversación de los carreteros que, en su mayor parte, lo consideraban a la postre como un camarada. Y de esas conversaciones de los carreteros fue quedando, en su interior, algo cada vez más persistente, algo como el recuerdo melancólico de una existencia ya en otra parte vivida, y que no era sino el ansia de conocer la vida soleada y libre de la gran ruta, llena de aire y de polvo. Un poco lo mareaba también, surgiendo de aquellas conversaciones de los carreteros, el prestigio de la capital vecina, de la ciudad para él misteriosa, oculta en su valle pintoresco, detrás de la verde maravilla del Avila. Así germinó en él, y llegó a dominarlo, una miaja del instinto aventurero que arrastró a su hermano mayor no se sabía adónde, sin duda al través de muchos oficios y de muchas tierras, con la inquietud inacabable con que el agua del arroyo se echa en la quebrada, para de ésta pasar al río, y del río a la mar, y de la mar a un copo de nube.

Un día se halló bien preparado, con la ayuda eficaz de su padrino, para iniciarse en la vida errante del carretero. Su iniciación fue como una larga embriaguez exquisita y suave. Todo contribuía a su embriaguez: el sol y el polvo del camino, los chubascos inesperados, la áspera música de las carretas, las frescas mañanitas de Guaracarumbo y la visión de la capital con sus techos de tejas, por la intemperie ennegrecidas, rojeando, en medio a la perenne verdura de su valle, a la sombra de los chaguaramos y las torres. Al mismo tiempo se le antojaba como si nunca hubiera hecho sino ir y venir entre La Guaira y Caracas, entre las nocturnas francachelas de Maiquetía y las alegres noches rumorosas del Camino Nuevo. Para los demás vacío y monótono, su trajinar de carretero al través del mismo paisaje, estaba para él lleno de novedades imprevistas. El dulce calofrío de un misterioso gozoso lo atravesaba de la cabeza a los pies, cuando, muy cerca de la cumbre, se movía el convoy de las carretas entre la niebla como una tropa de fantasmas; y con perfumes de misterio lo turbaban las diligencias llenas de viajeros venidos de la capital, o recién desembarcados en el puerto, sobre todo cuando aquellos pesados coches de tres caballos traían bajas las cortinillas, a causa del polvo o de la lluvia. Su amor, en su mayor

parte contenido y ocioso, porque no tuvo tiempo de ponerlo en su madre, muerta cuando él no era capaz de amar, ni en el hermano fugitivo, se precipitaba entonces de él como un torrente. Iba, como hacia la belleza de una querida, hacia el paisaje de la sierra; y el exceso de amor Benito lo invertía en cuidar de su mula, haciéndola fuerte y lozana; en lustrar los jaeces para luego contemplarlos y acariciarlos como si fueran el traje de una novia; en tener bien engrasadas las ruedas de la carreta, para que el eje se deslizara sin aspereza entre los bujes y en conservar más largo tiempo, sin roturas ni pliegues, el encerado rojizo. En realidad, encerado y carreta, mula y jaeces de mula, Benito los amaba como a una novia suave y tranquila con la cual había de tener extraños amores, castos y eternos, porque en su escasa ambición, apenas llegaba a verse en el porvenir detrás de una larga fila de carros, convertido en capataz rico y venturoso.

Así, cuando empezaron los trabajos de la línea férrea, vio en ellos un ataque dirigido a su amor y a su fortuna. Su primer movimiento fue de sorpresa y de ira. Luego su espíritu se habituó a considerar la obra hostil con ironías de escéptico. Según él, aquellos hombres, por más ingenieros que fuesen, no podrían nunca salvar tantos abismos como hay entre Caracas y la costa, y aún menos podrían satisfacer su loco deseo de atravesar en varias partes, como si fuera de tierna mantequilla, el berroqueño corazón de la montaña. Pero, a medida que fueron avanzando los trabajos de la vía férrea, se fueron dentro de él desvaneciendo, con su dejo de ironía, las reservas y las dudas. Y al fin terminó, como otros muchos de sus camaradas, acogiéndose al supremo e inevitable recurso del criollo. Se dio a soñar con una revolución inminente. A un grito de los carreteros despojados, habían de acudir innumerables trabajadores de los pueblos y campiñas, a dar en tierra con el gobierno promotor de la obra, y a lanzar del país a los *musiúes*. Durante varios meses reinó una verdadera efervescencia de motín entre los peones, los capataces de carretas, los dueños de rancherías y los dueños de estancias.

—Mira, Zampabollos —le gritaba en cierta ocasión Benito, por aquella época, a un cochero amigo de él y apodado, por su extraordinaria gula, Zampabollos.

—¿Qué hay, Benito?

—Náa; que te prepares a matá musiúes.

Y como Zampabollos, algo tímido, le respondiera con un gesto, significándole que llevaba musiúes en el coche, Benito le gritó:

¿Ajá? ¡Güeno! Pues en cuantico llegues a Boquerón, esbarráncalos.

Por esa misma época, Benito comenzaba a decir, blandiéndolo como una amenaza obscura, su estribillo misterioso:

—¡Ya verán! ¡Ya verán!

Pero, un día, la negra locomotora impávida, con su rígida impavidez empenachada de humo, subió del puerto a Caracas y bajó de Caracas al mar, corriendo sobre todos los barrancos de la tierra y traspasando el pro-

pio corazón de las rocas, tan fácilmente como si atravesara el vano corazón de la neblina. Y en vez de la revolución deseada, hubo holgorios, fanfarrias y discursos.

A poco, desalentados, abatidos, empezaron a dispersarse los carreteros. Algunos prefirieron cambiar de oficio. La mayor parte emigraron tierra adentro, hacia otras comarcas, hacia más hospitalarias rutas, bien decididos a no vivir sino la soleada existencia libérrima de los grandes caminos polvorosos. Benito fue de los empeñados en el éxodo. Partió, no sin haber visto en su pueblo cerrarse una por una todas las rancherías. Y su pueblo, el pueblo de su amor, antes lleno de ruido, se recogió silencioso a la sombra de su iglesia, conservando apenas, de su antigua fortuna, la verde corona de su monte, el alma sonora de su río y el múltiple abanico de sus cocoteros que el viento azul del Caribe agita piadosamente sobre su actual desamparo.

Cuando volvió a Maiquetía, volvió ciego. El primer decaimiento considerable y súbito de su visión, lo sorprendió carreteando por los Mariches, a la altura de Carimao. Regresaba de una hacienda lejana, adonde había contribuido a llevar con su carreta un tropel de cafeteros bulliciosos. A la ida, más allá de Petare, hombres y mujeres, viejos y niños, todos los del tropel bullicioso, iban cantando y bebiendo. No dejaban de hacer estación en ninguna pulpería. Y a cada nueva estación, los carreteros, y entre ellos Benito, habían de acompañarlos a tragar nuevas copas de aguardiente, aunque no se lo reclamaran la sed ni la costumbre. Si el mismo caporal no lo invitaba con su entusiasta y alegre “¡un palo, Benito!”, las pícaras cafeteras lo obligaban a vaciar de un trago el vaso lleno de transparente líquido engañoso.

Por eso, al regresar, cuando en el campo de sus pupilas cayeron las tinieblas, y se le aparecieron los objetos mutilados y confusos, como si acabaran de perder muchos de sus contornos, achacó tan brusco accidente a su involuntario exceso de bebida, a una pésima broma del espíritu malévolo escondido en el dulce humor de la caña. La conciencia le reprochaba, además de su abuso de aguardiente, el abuso de otro licor saboreado en la boca de una cafetera, casquivana y relamida que, a lo largo de la ruta, fue encendiéndole pólvora en la sangre y trastornándole el seso. Muy levemente, sin embargo, lo rasguñó la conciencia con este último reproche, porque apenas formulado el reproche, Benito prorrumpió en la misma exclamación que acostumbraba lanzar algunos meses más tarde, mientras un soplo de vida reanimaba su cara inmóvil de ciego, al recuerdo de aquella muchacha de cuya belleza disfrutó, como se disfruta del aroma de una flor deshojada a la vera del camino: “¡regüena, caray!”.

A duras penas, con el auxilio de un colega suyo, volvió a Caracas, en donde al siguiente día se hizo examinar de un oculista, nada médico, pues-

to que no acertó a despedirlo con la palabra del médico verdadero, que suaviza y conforta. El precio de la consulta lo colmó de espanto. Y no quiso consultar de nuevo al especialista cuando algunos días más tarde, llovieron nuevas tinieblas en el camino de su visión, dejándole entonces para siempre sumergido en una noche profunda. Nada lo apesadumbró tanto como el verse obligado a separarse del bien precioso de su carreta. Mucho menos le fortificaba la idea de no volver a la carretera de los Mariches. A pesar de las cogedoras de café, nada gazmoñas, a pesar del aguardiente y la música de las parrandas inevitables de sábados y domingos, y a pesar de los fletes, durante la cosecha muy altos, Benito nunca se encariñó de esa carretera, ni de la serranía que a uno y otro lado de la carretera va descogiendo su lujurante paisaje, verde y oro. Con ojos fríos e impávidos había visto los cafetales vestirse de nieve, y con ojos fríos e impávidos, por septiembre y octubre, en honduras y eminencias, había visto sucederse, las tareas y las cañafistolas en flor, semejantes a innúmeras tiendas áureas levantadas para acoger a un ejército de príncipes. Como si fuera culpa del camino, jamás le perdonó a éste, que, naciendo en la capital, a semejanza del primer camino por donde correteó, no fuera a morir a una cierta playa bordada de uveros.

Tenía la nostalgia del mar, de la costa nativa, del pueblo de su niñez, de la dulce vida abierta de la playa. Al caer en la noche de la ceguedad, puso el pensamiento y su esperanza en volver a Maiquetía. Y lo hizo en cuanto pudo. Volvió, aunque tarde, cuando ya no le era dado ver, sino con los ojos del alma, el uvero a cuyo tronco probó las mieles del amor, ni las estancias por cuyos verdes cicales correteó de niño, robando cocos y otras frutas, ni los corralones y huertos en donde, travesando como una ardilla, desgranó los racimos de perlas del cauvaro.

Apenas recién llegado al pueblo que él consideraba como su pueblo, al deshacerse hasta el último céntimo el muy breve caudal de sus ahorros, hubo de abrazarse a la existencia angustiosa del mendigo. Y conoció todas cuantas humillaciones oculta, a un buen trabajador, la vida del pordiosero. Al mismo tiempo se le reveló una forma de la vida, ignorada hasta aquel entonces, de su alma rústica. Los recuerdos de su niñez, respirados con el aire de la mar, evocados en tropel por sus conversaciones con sus conocidos más viejos, pero, sobre todo, por sus conversaciones con la hermana de su padrino, y su misma ceguedad, en tanto que le impedía olvidarse y esparcirse en la visión indiferente de las cosas, lo redujeron, a la fuerza, a vivir esa nueva forma de vida: pura vida interior, intensa y desbordante.

Alma de simple, en su vida interior luchaban sentimientos igualmente simples. En su amor, como en su odio, no había distingos ni sutilezas. Ambos prorrumpan claros e ingenuos de su corazón, como el agua de manantial, o saltaban de su alma herida, como la savia de los troncos. En su espíritu ya predominaba el odio, ya el amor, según la música recogida, con su oído sutil de ciego, porque cada cual tenía su música. Y según la música,

su alma se cambiaba en paraíso o en infierno. El agrio estridor de una carreta, al resbalar con ruedas casi rígidas por sobre las piedras de la ruta, evocaba dentro de él toda una vida armoniosa de sano trabajo y deleite, con idéntica virtud con que un solo compás de música galante evoca toda una vida de amor en el alma de un don Juan artista. En cambio, el silbido intermitente del tren desencadenaba en su espíritu, como deshecha tempestad, las furias de su odio.

Desde su llegada al pueblo, su antiguo odio al ferrocarril, conservado como el fuego bajo la ceniza, revivió, y fue creciendo hasta prender en su corazón una hoguera insaciable. Y todas las mañanas, Benito se complacía en echar pasto a esa hoguera, yendo a oír, al paso del tren, el penetrante silbo de la locomotora, mientras amenazaba al mismo tren con el puño cerrado, o lo seguía en su veloz marcha furibunda con el rayo de sus denuestos. Pero su odio se revelaba otras veces en un desprecio infinito, y él se consideraba entonces capaz de aniquilar con un soplo a su poderoso enemigo de hierro, como si éste en realidad no fuera sino un infecto y deleznable gusano de humo. *Eso* y *ese bicho* eran palabras de elección, para designar al ferrocarril, en sus largos coloquios con la riente y dulce abuelita, la bondadosa misia Magdalena.

Sólo una vez habló de *eso* con la cara llena de risa, y fue cuando anunció a la anciana bondadosa el decreto del Gobierno que mandaba a componer la casi perdida carretera de La Guaira a Caracas, y en el plazo más corto, a fin de abrirla de nuevo al tráfico. No maliciaba en el decreto una amenaza platónica, una platónica amenaza oscura, ideada por el Gobierno con el intento de recabar quién sabe qué de la Compañía, ni sospechaba aún menos en la obra del proyecto una simple farsa de obra pública, buena para servir al ministro de pretexto a más o menos felices incursiones en las cajas del Tesoro. Y considerando la ruina del ferrocarril y de sus propietarios *musúes*, además de segura, inminente, Benito se recreaba en repetir su viejo estribillo misterioso con la cara desbordante de júbilo: “¡Ya verán! ¡Ya verán!”.

El día en que, ya compuesto el camino, según el ingeniero director de los trabajos, iba a salir de La Guaira, con rumbo a Caracas, el primer convoy de carretas, Benito madrugó más de lo tenido por costumbre, se olvidó de amenazar al tren, conversó con mayor frivolidad y abundancia, dando en todo señales de la impaciencia más viva, resuelto como estaba desde muy temprano a ir a esperar el desfile de las carretas a la plaza de los Al-mendrones.

En la plaza, adonde se encaminó mucho antes de la hora precisa, cuando a su oído de ciego empezó a llegar, haciéndose más perceptible a cada segundo, la música innumerable del convoy, su alma fue llenándose de fiesta. Al pasar la primera carreta delante de él, se puso el garrote debajo del brazo izquierdo y comenzó a restregarse las manos con inefable delicia.

Como un ardor de fiebre o de ebriedad, surgía de sus entrañas, hinchando sus venas, el canto del júbilo.

—Adío, Benito.

—Adío, pues... ¡Guá! ¡Bruno! ¿Y tú también vas pa Caracas?

—¡Cómo no! Y va el Pepón, y Antoñote el Chajnelo, y muchoj otros amigos de antes, muchoj otros.

—¡Güeno! ¡Regüeno! Bien hecho. No sabes lo que me alegro. ¡Ya verán! ¡Ya verán lo que es güeno esos musiúes del ferrocarril... Estarán requetebravos.

—Ya lo creo.

—¡Oye, chico! No te olvides de pegate un güen palo de caña en mi nombre, cuando llegues a Guaracarumbo.

—Convenío.

Benito, sin darse cuenta de ello, y mientras hablaba con el amigo, empuñando el garrote y siguiendo el convoy, se había echado a andar por la acera. Aunque en su marcha se notara una viveza insólita ese día, no alcanzó a conservar el paso de Bruno, quien pasó con su carreta delante. Pero, detrás de la cuarta o quinta carreta, salió a saludarlo otra voz, tan cordial como la de Bruno.

—¡Eh, Benito! ¡Adiós, confiscao!

—Ajá, Antoñote. ¿Y entuavía dices confiscao? Ah, Chajnelo bruto! A vé si haces otra barbaridá como la de la ranchería de loj Herrera, maj allá de Guaracarumbo. ¡Te acueldaj é la sirvientica de loj Herrera, maj allá é la ranchería, en el tronco del copey?

—¡Que si me acuerdo! Y me relamo entuavía.

—¡Ah, isleño arrenegao!

Así todos los viejos camaradas de Benito fueron saludándolo, uno tras otro. Deliciosamente mareado con el solo estrépito de las carretas, cada nuevo saludo afectuoso de una voz familiar aumentaba su embriaguez casi divina. Para cada cual tenía una palabra de cariño, o una chanza, o un recuerdo. A los menos conocidos les decía adiós, añadiendo: “a echá parriba, muchacho”.

El último carretero con quien habló, ya a la salida del pueblo fue Wenceslao.

—¡Cuidao si en el Ojo de Agua te sale el mapurite!

—¡Qué mapurite! ¡Ni mapuritej hay ya como en aquel entonces!

—Pero ahora sí es verdá, ahora sí es verdá que van a embromarse loj ingleses.

—¡Quién sabe!

A pesar del tono escéptico del otro al decir “quién sabe”, ni siquiera se turbó el entusiasmo de Benito. Su entusiasmo, tan ciego como él, crecía, desbordándose en la exuberancia y el desorden de la palabra y del gesto. Rayaba en la estupenda exaltación del triunfo. Porque el pobre ciego, en efecto, celebraba el único triunfo de su vida; y ningún resplandeciente

cortejo triunfal habría significado tanto para él cuanto significaba la serpentina fila de carretas que delante de él avanzaba con su rodar estruendoso.

—Oye, chico, ¿hasta ónde vas?, regüélvete —le gritó con todas sus fuerzas el último carretero, Wenceslao, al desaparecer detrás de una vuelta del camino.

Y Benito no lo oyó, o no quiso obedecerle, porque más bien avivó el paso.

Más allá de Pariata, el camino había empezado a subir culebrendo por los flancos del monte. En tanto que hacia atrás quedaba cada vez más lejos y más bajo el panorama de la costa, hacia adelante se desplegaba, cada vez en mayor amplitud, el paisaje de la serranía con sus cumbres y despeñaderos. Unas veces pegado contra el cerro, otras veces por la misma orilla del barranco. Benito iba gesticulando y hablando como un loco. Hablaba con los carreteros ya distantes, como si estuvieran junto a él, y se contestaba a sí mismo. Caminaba a toda prisa y con descuido, sin acordarse de la sombra mortal de sus ojos, confiado en su antigua agilidad y pulso.

Tropezó una vez, dos veces, varias veces.

A medida que se alejaba el estrépito de las carretas, con mayor ansiedad le seguía. Regulaba el ritmo de su andar por el recio ritmo de la bárbara música monótona. Con aquel vulgar convoy de carretas partía, para nunca volver, su propia juventud riendo y cantando. Por eso, cuanto más lejana la música, más dulce le parecía, tan dulce y preciosa como la música de los ángeles en los jardines del cielo. En su ingenuidad infantil, no alcanzaba a imaginarse de otra manera la música de la gloria.

Y cuando por última vez tropezó, se cayó barranco abajo hasta quedar, en la hondura temerosa, reducido a una mancha disforme y sangrienta, cayó en pleno paraíso, entró bruscamente en el cielo de su ideal, oyendo aquella música en el estremecimiento brusco y total de las carretas, al caer de las ruedas en los baches imprevistos; el rechinar de las cambas contra la llanta sólida; el incesante resbalar del eje entre los bujes; el continuo trepidar de las mal acogidas barandas; el retintín sobre el timón de las cadenitas del apero; el resonar del casco de las bestias en la ruta firme y pedregosa, y sobre la bárbara orquesta errabunda el clamor solemne del caracol despertando, tal vez, en los arcabucos de la sierra, el eco de la música triste y belicosa de su indígena antepasado el fotuto en días de guazábara.

ENSAYOS



SOBRE EL MODERNISMO

EN medio a la general confusión individualista, contradictoria y anárquica del arte moderno, se pueden, a mi modo de ver, descubrir y determinar, como caracteres de lo que se ha venido llamando modernismo en arte y literatura, dos tendencias predominantes y constantes que, siempre en armonía, discurren por cauces fraternales y paralelos, cuando no se entrelazan y confunden, hasta quedar las dos, en un principio separadas y distintas, convertidas en una sola.

Una de ellas es la *tendencia a volver a la naturaleza*, a las primitivas fuentes naturales, tendencia que no es propia del solo modernismo, como no lo ha sido ni lo es de ningún especial movimiento y escuela de arte, porque es causa primera y patrimonio de todas las revoluciones artísticas fecundas. Taine señala esa tendencia cuando, al hablarnos de los jóvenes de cuerpo y espíritus sanos que pasan por los diálogos de Platón, encuentra en ellos al hombre primitivo, no desligado todavía de sus hermanos inferiores las otras criaturas, risueño y sencillo como el agua, hacia el cual nos volveremos con amor cada vez que nuestra civilización nos cansa y nos perturba con los delirios de su fiebre.

En vez de jóvenes de Platón, o de la antigüedad, o de hombre primitivo, digamos la naturaleza, y con esta oscura y perenne tendencia a volver a la naturaleza y a la vida, comenzaremos a penetrar el misterio de las más felices renovaciones del arte.

En la reacción de los Primitivos contra el arte bizantino, vence este anhelo de remontar a las límpidas fuentes primordiales, de volver a contemplar la naturaleza con claros ojos infantiles, después de haberla visto falseada por los temores milenarios y las visiones de la vida ascética, falseada y hasta reemplazada por la sombra de aquellos negros y monstruosos Cristos de rígidos brazos interminables, cuya tétrica silueta se ve pesando todavía sobre el arte espontáneo, fresco y divino del Giotto.

A través de los castos mármoles helenos, hermanos de las almas que discurren por los diálogos de Platón, el arte del Renacimiento volvió a

la naturaleza y a la vida. Pero en vez de sostener la unidad originaria de la tendencia a que dio patentísimo relieve y remate, el Renacimiento consagró la exclusiva soberanía de la forma, como sucede en ciertas madonas rafaescas de belleza casi rústica, a expensas del candoroso elemento espiritual que, a modo de interno lirio de luz, florece en las creaciones de los Primitivos y de los grandes artistas del *quattrocento*.

Si hubo alguna vez un impulso que nada ocultase de morboso, un buen impulso o deseo de convalecencia precursor de la salud, fue aquel de los pintores modernos llamados prerrafaelistas que se hurtaron a la fétula pseudoclásica, para volver a la infantil edad prerrafaélica, adivinando con perspicua intuición, en los pintores de esa edad, almas ingenuas, transparentes y puras, bañadas en los propios manantiales de la vida. La naturaleza hablaba sin esfuerzo al través de estas almas, como sin obstáculos de extraña mediación, y cada palabra suya arraigaba y se vestía de eterna primavera. Sin embargo, si se acercó de una parte a la naturaleza, al rejuvenecer y reencender su ideal de la pintura en el arte juvenil de los Primitivos, de otra parte el prerrafaelismo incipiente, creyendo tal vez afirmar la benéfica tendencia de su origen, tuvo éxito contrario, y más bien se alejó de la naturaleza, cuando quiso reproducir en el paisaje los más mínimos particulares de la piedra, del arbusto y de la hoja. Su nimiedad pueril de los pormenores fue semejante al error del naturalismo literario que, en su escrúpulo histórico del dato, del documento o del hecho, llegó a confundir la naturaleza con el detalle, e imaginó, con sólo un cúmulo de vanos detalles, representar el movimiento de la vida. Al cabo la pintura, con los últimos prerrafaelistas, como también la literatura después de varios tanteos o *ismos*, desde el simbolismo remoto a los naturismos recientes, en su doble reacción contra el falso naturalismo y contra el dogmatismo científico imperante, se libertaron del error, y pudieron, limpias de toda mancha, regresar a la naturaleza, cuando entrevieron que la naturaleza está, más bien que en el detalle o en el hacinamiento de inúmeros detalles, en la *ingenuidad* y la *sencillez*, caracteres que por sí solos harían del modernismo un perfecto renuevo del clasicismo puro, a no ser aquel otro carácter de *intensidad* impreso al arte modernista por la violencia de vida de nuestra alma contemporánea, ansiosa y compleja. En este concepto modernista del arte, un detalle solo, interpretado con sobrias líneas armónicas que expresen el triple carácter de sencillez, ingenuidad e intensidad, puede, como una flor la primavera, compendiar toda la esencia de la vida.

Y si a la intensidad propia de nuestra vida de hoy, si a la sencillez y la ingenuidad reconquistada por la tendencia a volver a la naturaleza, agregamos los caracteres de la tendencia paralela o hermana, que es una indisputable tendencia *mística*, tendremos todos los rasgos principales del modernismo verdadero, o si se quiere del modernismo como algunos lo entendemos y amamos, tal como balbucea y canta en el verso de Verlaine, tal como surge con voz cristalina de surgente en la prosa de Maeterlinck,

tal como enguinalda con lirios de candor la santa y dulce gloria de Genova en los frescos de Puvís de Chavannes.

Las dos tendencias, la tendencia *a volver a la naturaleza* y la tendencia al *misticismo*, aparecen juntas en las épocas de feliz renovación del arte y del sentimiento religioso. Puede la simultánea aparición comprobarse en la historia, desde el punto mismo en que el arte alboreó con albura de mármoles bajo el cielo ateniense: En tanto que, a la luz del Atica, la naturaleza canta en el casto coro impecable de los mármoles, muchos de los mitos que estos mármoles representan, hallan su intérprete cabal en el verbo contemporáneo de Platón, el único de los antiguos filósofos a quien se ajusta sin violencia nuestro moderno concepto del místico.

El mismo suave consorcio de esencia mística y de amor a las cosas naturales más frescas e ingenuas, como son las flores, los pájaros y los niños, embalsama la vida de Jesús, de acuerdo con su obra, ya ésta la consideremos revolucionaria de la religión y la moral hebreas, ya apenas veamos en Jesús al poeta, y sólo estudiemos el Evangelio como nuevo canon de poesía a la serena luz desapasionada del arte.

Pero nunca se manifestó el doble y simultáneo impulso con tanta limpieza y vigor, como durante aquella larga primavera de religión y de arte que empezó en el siglo trece, cuando el viejo espíritu del Evangelio reapareció restaurado y coronado en la vida pura de Francisco de Asís. La religión degenerada, corrompida y motibunda, se libró de la muerte, porque la azucena de Asís rescató los pecados de la púrpura guerrera y orgiástica de Roma. La tétrica pesadilla bizantina huyó al mismo tiempo del arte, con sus fealdades y monstruos atormentados de rigideces, ante el nuevo y fuerte soplo de vida. Cuando las florecitas del Santo rompieron a perfumar los corazones, fue como si sólo entonces los artistas empezaran a ver las otras criaturas y las cosas naturales, porque todo el arte de esa época guarda la infantil expresión de aquellos ángeles de Carpaccio que, a los pies de la Madona y desde el vago balcón de las nubes, abren los ojos llenos de cándida maravilla sobre el espectáculo de la tierra.

Del universal amor del Santo por todas las cosas y criaturas, nace una especie de misticismo panteísta, o más bien de panteísmo lleno de unción místico-religiosa, con que el arte sorprende la esencia de la Vida. Apenas el arte encuentra un puro anhelo místico dentro del más puro y ferviente amor de la naturaleza, cuando la vida se deshace en rosas y lirios immaculados bajo las manos del Giotto, casi inconscientes y rústicas. Los frescos ingenuos, donde con ingenuo pincel nos cuenta el Giotto la vida serena del Santo, son en el arte de la pintura la liliál anunciación de la vida. Desde ese momento, a las repugnantes representaciones bizantinas del hombre, suceden más reales y nobles representaciones humanas. Ya Jesús no es el Cristo monstruoso cuyos largos brazos repugnan en vez de atraer, y amenazan en vez de bendecir: es un Jesús en armonía con la dulzura y

el candor del Evangelio, el jardinero del más fresco jardín en que apacentaron su espíritu los hombres, jardinero ideal a cuyos pasos la tierra se cubre de margaritas y lirios, como el Jesús vestido de jardinero que el Beato Angélico nos pintó apareciéndose a Magdalena en un fresco minúsculo del convento de San Marco.

El nuevo Jesús prepara y empieza en la pintura un tipo nuevo de belleza que tendrá su expresión insuperable en el Jesús maravilloso del Vinci. Y, paralelamente al tipo de Jesús, nace, y luego va perfeccionándose en la obra de los artistas, el tipo de la Madona, que más tarde vaciarán en molde único Bernardino Luini, Correggio y Rafael.

Alrededor de esos nobles tipos, y como su acompañamiento más armónico, se agita y vive un coro de criaturas leves y graciosas, que ponen la sonrisa de la naturaleza en el tímido ensayo primero del paisaje. De hojas, frutos y pájaros, el Ghirlandajo teje las guirnaldas con que él circunscribe y atenúa la trágica expectación de la última Cena; detrás de una de sus Madonas, alza el primer Bellini un árbol, en cuya copa se complace con tan extrema niñez infantil, que se la podría suponer la más nítida y acabada copa de cedro, si el pensamiento del pintor no hubiera sido, como es probable, hacer de ella una ingenua evocación de catedrales y basílicas, por su redondez categórica de cúpula; y suave y rápidamente, a partir de la visión cuasi beatífica del Giotto, ahondándose en la perspectiva del Ghirlandajo, dilatándose por praderas en flor como la pradera de margaritas del Angélico, el paisaje va creciendo y afirmándose, hasta que, lleno de armonía, de aire y luz, rompe a reír con gentil desenfado ante los triunfos de la muerte, en el bíblico paisaje semitropical con que Benozzo Gozzoli alegra y enciende los muros del Camposanto de Pisa.

A la natural progresión de la doble tendencia en el segundo Renacimiento, corresponde una ascensión progresiva y luminosa del arte. Mientras la tendencia a volver a la naturaleza va, refinándose, a cumplirse en la perfección de la forma, la tendencia mística va, depurándose, a un misticismo lleno de gracia y fineza, como es al decir de Pater el misticismo de Leonardo, misticismo que ha perdido su religiosidad, si lo estimamos con el criterio de las religiones positivas, pero haciéndose religioso en otro sentido más universal y profundo. Leonardo lo extrae de sí propio y del alma de la naturaleza, y luego lo esparce por la faz de su obra, y como si fuese el alma de la obra, en la luz de una sonrisa. Es la misma sonrisa que a través de toda la obra de Leonardo, como la luz del día hasta su triunfo en la más alta cima del oriente, va progresando y subiendo a florecer en la sonrisa de la Gioconda. Es la misma sonrisa de los lagos y de los mares, la sonrisa ambigua que nuestro miedo ha calumniado de traidora, convirtiéndola en un símbolo de la perfidia, cuando sería lo justo hacer de ella la poética cifra de nuestra ignorancia, o lo que de ella hizo Leonardo, y es en definitiva igual cosa: la artística enunciación del eterno misterio.

Hasta aquí las dos tendencias marcharon siempre en equilibrio, sosteniendo al arte en su divina ascensión; pero, deshecho este equilibrio, todavía durante el segundo Renacimiento, cuando una de las tendencias prosperó a expensas de la hermana, y la exclusiva predominación de la forma retrajo el misticismo a lo accesorio, a la superficie, a las vanas representaciones formales del asunto, se inició la decadencia del arte, inmediatamente visible en la tercera manera y en los discípulos de Rafael.

Iguales vicisitudes y evolución muestran las dos tendencias en el arte literario. En la literatura clásica española, acusada por los mismos españoles de árida y seca, de indiferente a la gracia de las cosas naturales, el más puro amor a la naturaleza coincidió con la mágica florescencia de la Mística. Nunca el sentimiento amoroso de la naturaleza alcanzó tan suave y honda ternura como en el *Símbolo de la Fe*, de Luis de Granada. Tan sincera y cálida es la ternura de amor que empapa con sangre de poesía las páginas del *Símbolo de la Fe*, que cerca de este libro, y a pesar de sus muchos defectos que son los errores de la ciencia de su edad, resultan afectados, pálidos y fríos, todos cuantos libros engendró más tarde el entusiasta amor de la naturaleza, después del advenimiento de Juan Jacobo. Enfadoso y pedantesco parece y es el *Genio del Cristianismo*, cuando se ha platicado con la araña y la abeja y todas las criaturas en el huerto de candores de Fray Luis de Granada.

La trascendental revolución filosófico-literaria de Rousseau, que según los críticos dio puesto al paisaje en la literatura, se distingue precisamente por la tendencia a volver a la naturaleza, y por la tendencia al vuelo místico, pues el amor a la vida y a las cosas naturales andaba siempre, en Rousseau y en su doctrina, aliado a cierto deísmo religioso, al que no faltó para volar con alas de misticismo puro sino olvidar todo resabio protestante de Ginebra.

Después de quedar por largo espacio divorciadas u ocultas, las dos tendencias han vuelto a reaparecer claras y acordes en el arte modernista.

Modernismo en literatura y arte no significa ninguna determinada escuela de arte o literatura. Se trata de un movimiento espiritual muy hondo a que involuntariamente obedecieron y obedecen artistas y escritores de escuelas desemejantes. De orígenes diversos, los creadores del modernismo lo fueron con sólo dejarse llevar, ya en una de sus obras, ya en todas ellas, por ese movimiento espiritual y profundo.

Anunciado por la pintura de los prerrafaelistas ingleses en su reacción contra el pseudoclasicismo, el arte modernista se delineó y afirmó cuando simbolistas y decadentes reaccionaron con doble reacción en literatura contra el naturalismo ilusorio y contra el cientificismo dogmático. Naturalmente, los primeros observadores no se percataron del movimiento profun-

do, sino de su fenómeno revelador, de su manifestación más aparente y externa, que fue una fresca esplendidez primaveral del estilo. De ahí que haya quienes vean todavía en el modernismo algo superficial, una simple cuestión de estilo, ya sea una modalidad nueva de éste como quieren algunos, ya sea una verdadera *mania del estilismo*, como grotescamente se expresan los autores incapaces de estilo, que es como si dijéramos los eunucos del arte. En realidad sí hubo y hay una cuestión de estilo, y hasta una completa evolución del estilo, si sólo tenemos en cuenta el modernismo español y quitamos a esta última palabra su limitación peninsular, para volverla a su debida amplitud, suficiente a contener toda la raza repartida por España y América. En tal sentido es de observar, y bueno es decirlo porque muchos afectan desconocerlo, cómo se dio el caso de una especie de inversa conquista en que las nuevas carabelas, partiendo de las antiguas colonias, aprobaron las costas de España. De los libros recién llegados por entonces de América, la crítica militante peninsular decía que estaban, aunque asaz bien pergeñados, enfermos de la *mania modernista*. Semejante expresión, equivalente de la otra ya apuntada o *mania del estilismo*, se reprodujo varias veces en España, bajo la pluma de un conocido profesional de las letras.

Pero esta evolución del estilo, digna de estudiarse en el modernismo español, puede teerse por vana contingencia cuando se estudia el modernismo en general y su alma profunda, nutrida por dos corrientes incontrastables, una de las cuales da al estilo su ingenuidad y sencillez, mientras la otra le da savia y fuerza místicas.

Misticismo en literatura no siempre es, aunque lo sea algunas veces, misticismo religioso. Pero si el misticismo literario no siempre es religioso en el concepto religioso corriente, nunca es, como pretende el sabio de la especie mental de Nordau, el modo de ver de la ignorancia y la manía, es decir, un modo de ver nebuloso, inconexo y confuso. Misticismo es, al contrario, clara visión espiritual de las cosas y los seres.

Oh, señor licenciado, y cuanto huelgo
de ver su reverendo personaje;
que soy amigo de hombres virtuosos
y que sepan el alma de las cosas...

Así dice el fingido loco, protagonista de *Los locos de Valencia*, de Lope de Vega, al médico de la casa de orates. En realidad no es el médico, no es el sabio, sino el poeta o el artista quien sabe el alma de las cosas. Cuanto más alto el poeta o el artista, es tanto mayor la fuerza de adivinación con que él penetra el alma de los seres, y aun el alma de las cosas en apariencia inanimadas. Y misticismo literario es la evidente revelación, en literatura, de esa fuerza por cuya virtud el poeta sabe descubrir, extraer,

y en serena belleza representarnos, lo que hay de espiritual en el hombre y en su obra, o en la planta y en su flor, o en el más humilde ser y en su destino.

Después de las grandes épocas místicas, desde la Italia de Francisco de Asís, desde los tiempos de Ruysbroeck el Admirable y del misticismo español, no había cuajado el misticismo tan abundante y florida cosecha como esta vez, en la cima de la literatura contemporánea. Comienza con Ruskin y Pater a encender los ojos miopes de la crítica. En filosofía estalla con insólita fuerza: En muchas páginas de *Die Fröhliche Wissenschaft*, en la divina crueldad formidable del sobrehombre, bajo los rasgos de Zarathustra, y en toda la obra nietzscheana se encierra un poderoso misticismo, que sólo aparenta oponerse, porque es idéntico en el fondo, al misticismo que pudiéramos apellidar platónico de Carlyle. En poesía ensaya todas las actitudes y formas: Ya es religioso, pero invertido, como el inverso misticismo satánico de Baudelaire; ya es un misticismo ingenua e infantilmente religioso, como el del verso verlainiano; ya, por último, es un misticismo exento de religiosa-limitación, desinteresado por completo, como el misticismo de Maeterlinck. Pintoresco y gracioso en los poemas de Dante-Gabriel Rossetti, en los que apenas continúa el misticismo naciente y exterior de la primera pintura prerrafaelista, sigue siendo exterior desde el punto de vista literario, si bien desde otro punto de vista ya lo es menos, bajo los trascendentales empeños de revolución social en Ibsen, y de renovación evangélica en Tolstoi, hasta hacerse más hondo y medular, a medida se desinteresa en absoluto, como en el claro misticismo del gran poeta belga.

Tal vez no existe una sola obra fuerte en la literatura de hoy, donde no se pueda rastrear por lo menos una vaga influencia mística. Aun aquellos grandes escritores menos inclinados por su naturaleza al misticismo, han tenido o tienen un momento místico en su obra. En las *Virgenes de las Rocas* vivió su momento místico D'Annunzio, y este momento místico de su obra, por lógica inflexible y secreta, coincidió con la cumbre de su arte. Y así como D'Annunzio antes de hacer su obra de vanidad en *Il Fuoco*, después de su obra de vanidad Oscar Wilde vivió un momento místico supremo en su final *De Profundis*. Digo momento místico supremo, porque este momento místico de Oscar Wilde recogió en sí toda la esencia de un largo momento histórico. Además de ser el sincero y hondo grito que es, como pocos ha exhalado jamás el corazón humano, el *De Profundis* tiene dentro del arte modernista, por su intensidad, casta belleza y penetración, el carácter de un evangelio. Nunca fue más clara y perfecta la visión mística del arte y de la vida. Ni tampoco nunca se expresó con más fuerza la pura aspiración mística del poeta y del hombre: *The Mystical in Art, the Mystical in Life, the Mystical in Nature*.

Aunque haya todo un grupo de escritores dignos de citarse, no citaré sino a dos maestros, para decir cómo surge la aspiración mística en la más moderna literatura española:

En Rubén Darío empieza, con poemas como *El reino interior* de *Prosas profanas*, recordando el suave y delicioso misticismo de ciertas pinturas prerrafaelistas. Luego cobra aquel perfume y frescor de espontaneidad que esparcen algunos de los *Cantos de Vida y Esperanza* del maestro.

En la prosa noble se manifiesta con ímpetu de revelación bajo la pluma de Valle-Inclán. Sin pararnos a hurgar la tersa filiación mística del estilo de esta prosa, hallaremos en la *Sonata de Primavera* toda una primavera de místicos perfumes. En esta *Sonata*, el misticismo, unas veces tierno y puro como el corazón de las vírgenes que encantan el jardín señorial con la flor tempranera de sus gracias y la música suave de sus nombres, pasa a ser otras veces un tanto baudelairiano o diabólico, y entonces encarna en el destino protervo que, alrededor de una de esas vírgenes, hermanas de las Vírgenes de D'Annunzio, va describiendo cerrando su ronda maldita. Libre de reminiscencias d'annunzianas, y a pesar de cierto dejo de ironía y de la infatuación donjuanesca, un aliento místico más puro llena la incomparable *Sonata de Otoño*.

Tales prosas y poemas, y otros muchos poemas y prosas cuya sola enumeración ya sería muy larga, añanan a la sencillez y a la ingenuidad, caracteres de la vuelta a la naturaleza, por lo menos un vago anhelo místico. A nuestros ojos comparecen en la escena del Arte, semejantes a las vírgenes que se revelan a Santa Oria en los versos candorosos del candoroso Gonzalo de Berceo: Todas tres llevan en la diestra, como en sedoso y alborado, sendas palomas blancas: y mientras posan en la tierra los pies, todas, con movimiento unánime, tienden sus diestras al cielo, como para hacérselo propicio con la cándida ofrenda pascual de sus palomas.

ALREDEDOR DE NAPOLES

I

YA cerca de las doce del día nos encontrábamos en la grada superior del anfiteatro de Pompeya, donde Conde y Baptista, siempre en disputa, nos divertían con una discusión histórica, medio seria, medio burlesca.

En la montaña, muy temprano, habíamos traspasado el recinto de las ruinas con el recogimiento con que se pisa polvo de osarios y se camina entre sepulcros. Al pasar la puerta, el guía a quien fuimos encomendados nos llevó a un pequeño museo en el que, además de una multitud de objetos peregrinos que ya habíamos visto en el Museo Nacional de Nápoles, nos mostró algunos esqueletos de seres humanos, sorprendidos por la catástrofe en las actitudes del más angustioso dolor o del placer más intenso.

A poco andar, las ruinas sonreían. En los *impluvi*, en los triclinios, en las calles de lava, en todas partes salía a nuestro encuentro la sonrisa seductora de la antigua Pompeya, de la cortesana que, desceñida la túnica griega y con gritos de bacante, llamaba al viajero desde la orilla del camino. Parece como si el mismo desastre que la sepultó bajo el polvo no hubiera sido sino un capricho de mujer fácil que, habiendo apurado todos los placeres, quiso apagar el último espasmo de su cuerpo voluptuoso en un tálamo de cenizas ardientes, entre dos ríos de lava.

Llovió fuego y escorias, pero en los frescos obscenos del lupanar, en las termas, en los mosaicos que celebran el triunfo de un guerrero o los amores de una diosa, continúa la orgía de luces y colores. La costumbre infame huyó de las ricas viviendas, hoy deshabitadas, para llegar hasta nuestros días, vestida a la moderna, en los pueblecitos ribereños y sobre todo en Nápoles, por cuyos jardines públicos se ven errar de noche sombras temblorosas de miserables abrasados por el más torpe de los deseos. Aquella naturaleza de senos ardorosos es la gran culpable. El hombre no es sino un juguete del cielo siempre fulgurante, de la onda glauca y perezosa, del viento cargado de olores, de las vides que tienden por las laderas del Vesubio, como por las sienes de un sátiro ebrio, sus racimos y sus pámpanos.

Desde el anfiteatro veíamos, aislado, blanco y luciendo en la fachada su presuntuoso nombre, el "Hotel del Sole", donde debíamos almorzar y hacernos de cabalgaduras para nuestra proyectada ascensión al Vesubio.

Cuando llegamos al hotel, el comedor estaba lleno de viajeros. El hostelero, después de concertar con nosotros las condiciones de la ascensión, nos dejó instalados alrededor de una mesa y se marchó a dar órdenes. Entonces empezó la escena de bromas y rechiflas, repetida todos los días a aquella misma hora. Ya el blanco de las burlas es Conde, con su voluminoso y pesado cuerpo, que rezuma salud y bienestar, por haber asegurado que el tinto le producía una jaqueca de todos los diablos, para desmentirse después haciendo libaciones tan copiosas como las de cualquier hijo de vecino, y soñando, según agregaba socarronamente Rubira, de noche y en voz alta con botellas de Chianti colosales, panzudas como él y de cuellos largos, tan largos que llegaban a las nubes; ya el mismo Rubira, el simpático guayaquileño, por la taza de té que toma invariablemente cada mañana, por sus brusquedades de genio, por su italofoobia y hasta por los frailes de su tierra; ya es Baptista, el de la barba morisca, por sus quejas de político escaldado y su empeño de aprender italiano en una guía mal informada y peor escrita; ya es, finalmente, Rodríguez, apasionadísimo, bilioso, desequilibrado, como artista constreñido por vicio de educación a vivir en un medio que no es el suyo. Mortificábamos a Conde preguntándole cómo se las iba a componer para llegar hasta el cráter con sus doscientas libras completas, cuando entraron pasando cerca de nosotros, para ir a

sentarse alrededor de una mesa vecina, dos de esas aves de paso que se van en el verano de playa en playa o de ciudad en ciudad picoteando con su volubilidad de parisienses en todos los placeres, ni más ni menos que como sus hermanitos los gorriones, de cabezas vacías, en los granos del sendero. Rodríguez, enfermo con la eterna manía de las faldas, comenzó a sonreírles, a lanzarles como distraídamente palabras comprometedoras y a hacerles muecas, y no se dio por satisfecho hasta que no le gritaron una cita y le dijeron adiós, agitando los pañuelos desde la carroza destartalada que las conducía una hora después hacia Nápoles, por la gran carretera, entre una polvareda de oro.

Los caballos en que habíamos de ir hasta los pies del Vesubio estuvieron pronto enjaezados. No merecían de un todo el epíteto de “esqueletos automáticos” con el que los había caricaturado Sierra, nuestro amigo chileno. Eran, sí, pobres jamelgos mediatubundos, bastante desmedrados, sin duda parientes muy cercanos del gran Rocinante, perla de las caballerías. El único que podía lucir redondeces y bríos juveniles era el que se había reservado para sí el taimado muchacho, guía del hotel.

Cuando la cabalgata se ponía en marcha, se agregó a nosotros un doctor alemán de barba rubia, que habíamos conocido en el Congreso médico de Roma.

Al principio, cada jinete reclamaba el auxilio del guía a fin de hacer salir a las cabalgaduras de un andar lento y reposado que irritaba los nervios. El pobre muchacho, sin saber cómo contentar a todos, corría de un punto a otro bajo una lluvia de improperios, vapuleando sin pizca de misericordia a las pobres bestias con la vara rugosa, cortada al pasar en una cerca.

No sé cómo, pero es lo cierto que el vapuleo produjo admirables resultados, y entonces fue una carrera desatentada, en la que un jinete se halló de pronto sin un estribo, y otro se golpeó una tibia contra un vallado, mientras que los demás continuábamos por entre las viñas, por los case-ríos silenciosos donde los lugareños, alarmados por el ruido, se asomaban a ventanas y puertas; y no nos reunimos sino lejos, en una casita apartada del camino donde, según el guía, era imprescindible que nos detuviéramos a refrescar el cuerpo sudoroso, reposando a la sombra con un vaso por delante, lleno hasta los bordes de un vino turbio, color de agua cenicienta, casi recién sacado del lagar, fogoso *Lacrima Christi*, caliente humor de aquella tierra volcánica.

En el punto en que dejamos los caballos para continuar a pie la ascensión, ocho o diez hombres vinieron a nosotros, ofreciéndonos las cuerdas y los bastones de que estaban provistos. Uno de ellos, viejo todavía muy fuerte, caminó detrás de mí durante más de un cuarto de hora, tratando de convencerme de que debía asirme de su cuerda para evitar un gran peligro. Como yo no le hacía caso ninguno, se exasperaba, y poniendo un semblante

angustioso se deshacía en grandes exclamaciones: *Per Cristo...! Per la Madonna...! Volete cascare...? Vi dico che c'è pericolo!* El peligro, en realidad, no existe, pero la naturaleza del terreno hace inevitables, caminando sin apoyo, el cansancio y la fatiga. A cada instante, el pie se hunde en la escoria deleznable, que se desmorona y rueda. Por eso todos, al fin, nos dejamos arrastrar asidos de cuerdas, excepto Baptista, que llegó solo y sin auxilio ninguno hasta la cima. Entre tanto, Conde había resuelto, por la muy poderosa razón de su corpulencia, hacerse conducir en una especie de silla sostenida por los hombros de cuatro guías, de manera que, como dijo el alemán, nuestro compañero parecía rey indio o ídolo chino montado en una peana y llevado en procesión.

De cuando en cuando nos detenemos a tomar respiro y admirar el paisaje, más y más ensanchado a nuestros pies. "*Wunderschön...! Wunderschön!*", clama incesantemente el alemán, mientras le bailan los ojos entusiastas y ensería la cara plácida y bonachona de Apolo germano. La riente costa campánica, salpicada de bosques de olivos y de aldehuelas blancas, Nápoles, el zafiro del golfo, las islas borradas en la azul lejanía, todo eso lo vemos a través de una neblina vaga y tenue, bañada por lampos rosados de sol moribundo, como en el ensueño de una hurí.

Algunos pasos más, y hemos llegado a la cumbre. El viento abate sobre nosotros el penacho gris del Vesubio, y los vapores sulfurosos nos arrancan tos, estornudos, lágrimas y gritos de asfixia. Rodríguez, hecho una lástima, entre lloros y quejas, habla de descender inmediatamente, y no es sino a viva fuerza como logramos llevarlo por sobre grietas humeantes, orladas de hermosos cristales de azufre, hasta el borde mismo del cráter. Una columna de humo impenetrable llena el abismo. Por las entrañas de la tierra se prolonga continuo, amenazante, un estampido sordo; luego resueñan tableteos de truenos, descargas de fusilería de ejércitos que se aproximan combatiendo; y por último, como una flor gigantesca de pétalos de fuego que rasga bruscamente el opaco broche de humo que la cierra, una gran llamarada, partida en mil lenguas, viene a besar furiosamente la boca del monstruo.

Rubira recuerda con entusiasmo los volcanes de su país y habla desdeñosamente del Vesubio dormido.

El Vesubio duerme con la modorra del borracho que, tendido al degaire, rezonga de cuando en cuando con la pipa en la boca. Pero también de cuando en cuando el sueño es interrumpido por vómitos de escorias, de piedras y cenizas. Entonces, la corriente de lava, corriente de rubíes fundidos con destellos de plata y centelleos de esmeralda y oro, baja quemando los flancos del monstruo, consume sarmientos, árboles, villas, ciudades, y llega muchas veces a turbar con su ola carmesí el misterio azul del Tirreno.

El descenso es rapidísimo. Corremos, y más de uno se improvisa, por su imprudencia, un lecho nada suave en la escoria movediza. Conde sola-

mente se mantiene todavía encaramado en su peana, y los guías entonan debajo de él la canción de los *maccheroni*, como que pronto van a tener en sus manos un billete de veinticinco liras, destinado a cambiarse por pastas, vino y amor.

Cuando volvemos a montar a caballo, ha cerrado la noche. Por entre los viñedos sumidos en la sombra, sobre los flacos jamelgos, galopamos de nuevo, locamente, con la algarabía de brujas que van al aquellarre cabalgando sobre palos de escobas la noche de Walpurgis.

II

A las nueve de la mañana del día siguiente nos embarcamos, no lejos del Castel dell'Ovo, en el vaporcito que hace de continuo la travesía de Nápoles a Capri. A duras penas hallamos sitio para nosotros en el pequeño puente, ocupado ya por multitud de viajeros, la misma multitud abigarrada que invade las galerías artísticas hablando a un mismo tiempo todos los grandes idiomas de Europa. Algunos aislados y silenciosos, los demás viajeros se reúnen formando grupos; y de las conversaciones parciales, y de las frases y palabras lanzadas de uno a otro lado, resulta un barullo babélico, ininteligible, en el que predominan las lenguas alemana e inglesa. Hermanas de no recuerdo qué orden religiosa van de grupo en grupo, pidiendo una limosna, hasta el momento en que se da la señal de la partida.

El vaporcito se mueve, alejándose de la orilla, para pasar delante de la Marinella y de sus negros esqueletos de navíos, y seguir después, siempre a cierta distancia, la línea de la costa. Los pasajeros se apresuran entonces, provistos o no de anteojos, a ver y escudriñar el paisaje que en este pedazo de Italia asalta a cada instante los ojos, siempre igual y siempre nuevo, dominado por el Vesubio y cerrado por una gasa de niebla rósea en el remoto horizonte marino. Sólo un viejo, extraño hijo de Albión, la cabeza metida entre las hojas de un enorme periódico escrito en caracteres pequeños, lee, ocupación peregrina en aquellas circunstancias. Con la esperanza de una buena cosecha de sueldos, un hombre de Nápoles canta en la cubierta, acompañado de dos medianos instrumentos. A mi lado, una pareja de enamorados tudescos gordiflones teje un idilio con sonrisas, miradas y frases dichas en voz queda, en tanto que las canciones napolitanas gimen en el ambiente radioso de la mañana de abril con los suspiros de un inmenso deseo comprimido, y nuestro esquife, a la vez rápido y liviano, resbala como una caricia por el vientre azul y armonioso de las ondas.

De los que habíamos hecho juntos la ascensión del Vesubio, faltan a bordo Sommer, el alemán, y Baptista, que debe ir camino de Roma. Como en casos análogos y a fuer de amantes de lo bello, nos ocupamos al principio

en inspeccionar nuestras compañeras de viaje, y, según el voto autorizado de Rodríguez, es una muchacha tirolesa de ojos negros la que merece las palmas de la hermosura.

Muy pronto Rodríguez y Conde han de renunciar a todo lo que los rodea, abstrayéndose en un doloroso mal humor, con frío en las manos y palidez en el semblante, porque la sirena que habita las profundidades del golfo los ha enfermado con el brillo de sus ojos glaucos y mareantes.

A medida que avanzamos hacia el Sur, dejando atrás a Torre Annunziata, Pompeya, el Vesubio, Castellamare, más y más admiramos el azul de las aguas, apenas comparable con el de las aguas que besan la encantada ribera donde Canas y Niza ríen entre los limosneros y se levanta Génova, la orgullosa, entre un bosque de camelias.

Como en una escala cromática de color, se van sucediendo los matices, cada vez más acentuados, hasta llegar al azul intenso, paroxístico, que tinte como una disolución de zafiros el oscuro acantilado, desde lo alto del cual la blanca Sorrento se inclina a mirarse coquetonamente en el espejo del golfo, medio vestida con el manto verde sombrío de sus naranjos, salpicado de puntos de oro.

De Sorrento, donde algunos viajeros desembarcan, nos dirigimos hacia la costa norte de Capri. Cuanto más nos acercamos al inmenso islote, y mejor distinguimos sus promontorios, sus picos y sus cuestas empinadas, más difícil se nos hace creer que tal islote sea Capri, la misma que fue delicia de emperadores. Casi, en la escarpada y abrupta costa, no se descubre un punto donde se pueda poner en tierra el pie sin tener que trepar inmediatamente, a la manera de las cabras, asiéndose de las asperezas de la roca.

Nuestra embarcación suspende lentamente su marcha y se aproxima a un grupo de botes que esperan a los pasajeros para conducirlos a visitar la famosa Gruta Azul. Cada barca admite solamente dos pasajeros, y éstos deben ir acostados en el fondo para pasar al interior de la gruta por el estrecho agujero, de apenas medio metro de altura, que sirve de entrada. El remero, con una agilidad pasmosa, hace penetrar la barca apoyándose en el marco de piedra de la entrada, al mismo tiempo que, evitando un golpe, echa hacia atrás el cuerpo hasta acostarse a su vez casi por completo.

Ninguna de las bellezas naturales que hasta ahora hemos visto tiene el carácter ideal y fantástico de la Gruta Azul. Si no fuera porque de todos lados se elevan las voces de los viajeros con interjecciones de sorpresa y asombro, nos podríamos imaginar transportados, como en las viejas historias de encantamiento, al país de las hadas. Vienen a la memoria cosas vistas a una luz dudosa, como la nave recogida de una capilla gótica a la hora del crepúsculo; las creaciones de la leyenda y el sueño toman cuerpo y vida reales, y la razón no se atreve a negar la existencia de las cuevas subterráneas que los gnomos habitan entre riquezas cuantiosas, ni la existencia de los parajes escondidos y frescos adonde las ninfas van a contarse,

entre risas que suenan como cristales que se rompen, anécdotas deliciosas de sátiros burlados.

El azul de las aguas, en lo interior de la gruta, se degrada, se desvanece y toma una diafanidad indefinible. Del agua traslúcida se desprende una como suave luz azulada que se refleja en las paredes de la roca y forma, elevándose a cierta altura, una vaga penumbra, por encima de la cual el cielo de la gruta queda sumido en las tinieblas. De aquí lo indeciso y esfumado de los contornos, que hace pensar en un cuento nebuloso de poeta enfermo; de aquí el inefable misterio de alcoba nupcial que flota en la penumbra azul pálida, a cuyo fulgor discreto vendrían a festejar sus bodas, bajo el cielo de estalactitas, ondinas y nereidas del océano y gnomos de la tierra.

En la Gruta Azul, así como en Pompeya y Sorrento y en toda la costa desde Pozzuoli a Capri, el viajero se convence de que en las entrañas de la Grande Hélade no ha cesado nunca de arder y palpitante el viejo corazón del paganismo. Aun más, el viajero, por poco impresionable que sea, se reconoce, en el fondo, medio pagano. Es de observación vulgar la influencia que ejerce el paisaje sobre quien lo atraviesa, provocando en éste un estado de alma más o menos duradero, según el temperamento de cada uno, pero siempre alegre o triste, según sea el paisaje mismo alegre o triste. La campiña romana, estéril, desolada, casi desierta, es imagen de la muerte, de la nostalgia, del vano y cruel ascetismo del cenobita. Aquí, al contrario, al través de este paisaje bañado de sol, respirando un aire embalsamado, delante de la tierra amada de los dioses, propicia a la vid y al laurel, sobre un mar impasible y tranquilo, como sumido en quietud espasmódica bajo la furia de un beso prolongado —mar que va dilatándose en risueñas ensenadas, lamiendo rocas negras coronadas de naranjos y olivos, sorprendiendo el secreto de fantásticas grutas—, se percibe y goza la intensa alegría de la vida, que es la esencia misma del paganismo.

Con estas ideas y sensaciones, natural nos parece que encontremos a Capri, al desembarcar, tal como Tiberio la transformó en uno de sus últimos delirios, cuando ordenó a los habitantes de la isla vestirse de ninfas y faunos y les mandó sacrificar al amor en caminos y veredas, al borde de los precipicios y en el hueco de las peñas; natural nos parece ver de pronto incendiada la isla con el esplendor de una fiesta dionisiaca, esplendor de miradas lúbricas de sátiros, de castas desnudeces de ninfas, de coronas, guirnaldas, tirsos y racimos dorados de granos hermosos, henchidos de miel sabrosa y tibia.

Lo que hallamos en realidad, a nuestro desembarco, es sólo una turba impertinente de empleados de hotel, cada uno de los cuales nos recomienda el hotel a que pertenece, alabando en todos los tonos sus comodidades, sus precios y su cocina. Cuando, al fin, podemos librarnos de esos moscardones, comenzamos a subir a pie el camino que va de la playa a la aldea

que lleva el mismo nombre de la isla. A corta distancia del puerto, en el hotel Bristol, situado a la derecha del camino, resolvemos detenernos a fin de almorzar antes de proseguir nuestra excursión. El posadero, con el aire satisfecho de quien cree ser agradable, nos dirige la palabra en español. Ha pasado algunos años, nos dice, en la República Argentina, pero ya su español, de tiempo en tiempo adulterado con modismos italianos, apenas merece el nombre de tal: venga o no al caso, cada vocablo arrastra al final una ese que el buen hombre se complace en silbar. Hablando con él, Conde y Rubira remedan su manera de decir, y más de una vez Rodríguez y yo hemos de hacer grandes esfuerzos para no soltar la carcajada. El posadero, afortunadamente, no se da cuenta de la burla, y no cesa un instante de ser amable con nosotros.

Almorzamos en un ancho balcón, de donde podemos seguir contemplando el golfo y la costa, lo que no contribuye poco a la ruidosa alegría que durante el almuerzo reina, alegría aumentada por ese vino de Capri, sangre de topacios, ligero y traidor, que deja en los labios un vago perfume y despierta en la garganta la sensación del terciopelo.

Luego el posadero, siempre cortés y hablándonos su gracioso español, nos acompaña hasta el camino, después de hacernos pasar por un pequeño huerto, propiedad del hotel, sembrado únicamente de naranjos.

Nuestra intención es visitar a Timberio, como llaman los de la isla el sitio en que todavía se levantan las ruinas de un palacio que fue la residencia de Tiberio.

En general, para ir a Timberio, los viajeros lo hacen montados en jumentos que se alquilan con tal fin en la plaza de Capri; pero, desgraciadamente, cuando llegamos a la plaza de la aldea ha sido alquilado ya el último borrico. Así es que hemos de continuar a pie, acompañados de un chicuelo de diez a doce años que sirve de guía, y soportando pacientemente los ardores de un sol que nos envuelve como una llamarada. De la aldea a Timberio invertimos media hora, por una vereda tortuosa, difícil, que sube lentamente, festoneada en algunos sitios de higueras, durazneros y perales. Donde la pendiente se hace más brusca, reposamos un instante; y en una de esas ocasiones, una muchacha sale de una casa vecina de labriegos a ofrecernos una botella de vino: rehusamos, temiendo se nos haga tarde, y prometemos beber a la vuelta, no una, sino dos botellas. Peppennella, que así se llama la muchacha según informes posteriores de Rodríguez, realiza el tipo de belleza de las italianas del Sur: un cuerpo sin garbo y una cara morenísima con un par de ojazos oscuros, incendiarios, que trastornarían a cualquiera. Dígalo, si no, Rodríguez, quien se cree en presencia de una pastorcita ruborosa de égloga virgiliana. En la manera y la voz con que nos invita sin insistir, se entrevé un alma de niño tímido, lo que contrasta singularmente con su oficio de asaltar al caminante obligándole a vaciar la bolsa en cambio de una botella, y establece una gran diferencia entre ella y las otras chicas con las que instantes después nos tropezamos en Timberio mismo: descocadas, libres, de mirar insolente, prontas

a contestar un requiebro con una injuria, y dispuestas a toda hora del día a engañar al extranjero con un simulacro de tarantela. En la casa edificada en el lugar de donde Tiberio, según dice la tradición, hacía arrojar sus víctimas al mar, todos los extranjeros caen en el lazo, y nosotros no hacemos excepción. Después de servida la botella de ley, previo el escote de una lira, empieza el baile: a los sones arrancados a un tamboril por una vieja parca disfrazada de bacante, chicas y mozos se entregan al desordenado movimiento de una tarantela falsificada, contrahecha, pálida y ridícula imagen de la famosa tarantela, delirio de la danza.

Las ruinas del palacio son insignificantes, y lo que en Timberio atrae y esclaviza la atención es el soberbio punto de vista. Timberio se halla en la cima de una roca bruscamente cortada desde una elevación considerable hasta el agua profunda de un sombrío azul. Con una sola mirada abarcamos la isla entera y el espectáculo ante cuya soberana grandeza Rubira no puede contenerse y rompe a gritar, desde lo alto de un faro ruinoso, los versos de un poeta americano.

Los recuerdos de la mañana, el vino de Capri, la tarantela y Peppenella misma producen en nosotros una extraordinaria excitación, como el principio de una embriaguez divina, bajo cuya influencia descendemos, ya de regreso, riendo y cantando por la vereda y al través de la aldea hasta la playa silenciosa... Y así terminó lo que podríamos llamar nuestro día de Capri, alegre, inolvidable, luminoso; inolvidable, sobre todo, para aquél a quien sorprendió a la orilla de la vereda, bajo los durazneros en flor, una ráfaga de amor campesino, efímero y casto como un perfume; inolvidable, sobre todo, para él, pues para él pasó completo, lleno con las tres cosas que resumen, al decir de Lutero, todas las bellezas y dulzuras de la vida: canto, mujer y vino.

ALMA DE VIAJERO

MUCHO se pondera el placer que los viajes procuran. En realidad, cuando existe, es un placer bastante melancólico. Está, más que en el viaje mismo, en el recuerdo, y el recuerdo casi nunca es alegre, formado como ha sido con las lágrimas y el dolor de muchos adioses. Cada ciudad que se abandona es un adiós que damos para siempre a un mundo reducido y pequeño, en que hemos tenido hábitos, ideas y aun amores diferentes de los que tuvimos antes y tendremos después. Cada adiós es una muerte distinta: morimos para cierto género de vida, para algunos seres y algunas cosas, y cada una de esas muertes es un dolor nuevo.

No me refiero a los que viajan movidos de la sed de oro, con un fin de lucro y de comercio: me refiero a esos maniáticos inofensivos y cándidos, buenos camaradas míos, que persiguen, viajando, los vaporosos fantasmas del amor y la belleza.

Casi siempre, cuando llegamos por primera vez a una ciudad, llegamos con cierto disgusto, como impelidos a pesar nuestro, atormentados por la duda de si habremos perdido sin remedio, dejándolo tras de nosotros, todo lo que podría ser nuestra ventura y dicha. Además de eso, experimentamos la desconfianza y temor con que se llega a todo lugar desconocido, desconfianza y temor que no desaparecen sino lentamente, después que aprendemos a orientarnos en un terreno para nosotros nuevo, cuando ya hemos satisfecho nuestra curiosidad cerciorándonos por nuestros propios ojos de todo aquello que la fama cuenta y descubriendo cosas que la fama no dice, cuando, en una palabra, llegamos a lo que pudiera llamarse la posesión de la ciudad, posesión a veces muy difícil, lenta y dolorosa.

Pero la ciudad nos posee a su vez, nos va haciendo suyos atándonos a su suelo con ligaduras semejantes a las que atan al suelo nativo nuestro amor y nuestros huesos. Son lazos invisibles, pero reales y poderosos, provenientes de los seres y cosas de la ciudad y de las relaciones en que vivimos con dichos seres y cosas: es el amigo a cuyos brazos cariñosos nos llevó la suerte, el perfil soberano de la mujer bellísima que entrevimos en medio de la barahunda de una fiesta, la calle que acostumbábamos seguir para volver a casa, el balcón adonde, al pasar, dirigiéramos involuntariamente la vista, la muchacha que asomada a ese mismo balcón, siempre a la misma hora, nos miraba con ojos indiferentes o curiosos, nuestro paseo predilecto, el banco de piedra en el que muchas veces nos sentamos a fantasear y el árbol a cuya sombra nos acogimos en las horas de bochorno.

Y nunca advertimos la existencia de esos lazos, ni mucho menos sospechamos lo fuertes que son ellos, sino en el instante en que se desgarran, cuando nos vemos obligados a partir, ya en el compartimiento de un tren que empieza a alejarse, ya en la cubierta de un vapor dispuesto a romper las aguas, la proa al horizonte. Entonces, cada lazo roto, por más débil que sea, es un dolor, quizá muy leve por sí solo, que se funde con otros mil dolores semejantes en una gran melancolía difusa. Estado de alma pasajero, esa melancolía se transforma, con la sucesiva repetición de los mismos hechos que la producen, en un estado de alma permanente, que es en algunos origen de embriagueces deliciosas, en tanto que en otros es causa del más profundo y amargo hastío de la vida.

Por otra parte, cada ciudad que visitamos es, con raras excepciones, una ilusión de menos. Lo que desde lejos vimos, con los ojos de la imaginación, esplendoroso y grande, lo hallamos de cerca pequeño y sin brillo. La belleza de una obra de arte que admirábamos sin conocerla, puede seguir siendo indiscutible e irreprochable cuando la tenemos al alcance de los ojos; pero si no es precisamente como nos la habíamos fingido, si no es tal como nuestra fantasía la soñaba, nos reserva, junto con la emoción divina que despierta en nosotros, la amargura de un desencanto.

A orillas del camino vamos encontrando y recogiendo muchas cosas bellas: flores, color, música, perfume. Pero a cada paso nos aguarda algún

pesar, en cada revuelta nos espía un desengaño, y a medida que enriquecemos el espíritu y es menor el campo que a nuestra curiosidad queda, más vacío y menos alegre va pareciéndonos el mundo.

De tiempo en tiempo la belleza de una mujer nos injuieta, nos conmueve, casi logra vencernos, y entonces la melancolía de la partida crece con las ansias de un amor agonizante, amor condenado a morir apenas nacido, pobre amor de viajero que, en su fugaz existencia de una hora deja en nuestros labios toda su hiel y toda su dulzura.

Cuando el que viaja es, como sucede a veces, demasiado sensible a la belleza femenina, el viaje se reduce a una serie de angustias amorosas. Tal acontecía a uno de mis mejores compañeros de vida errante. Rarisíma era la ciudad que no estaba representada en su memoria por el rostro de una mujer.

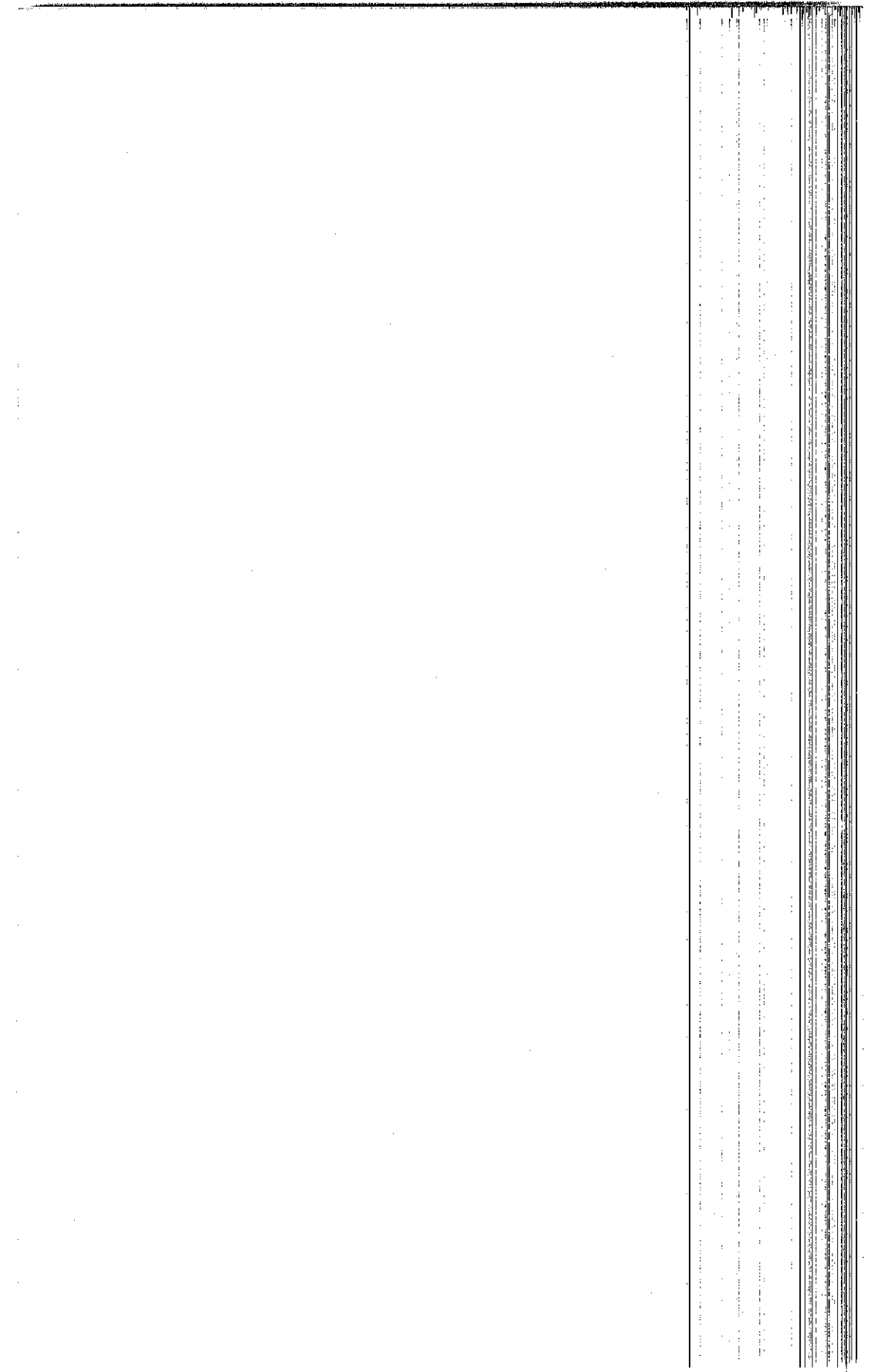
El nombre y la hermosura de ésta se confundían en él con el nombre y la belleza de la ciudad. Y como él no era suficientemente frívolo para contentarse con la flor, la sonrisa y la superficie amable de las cosas, como él sentía y pensaba más intensamente que el común de los hombres, sus aventuras de amor se enlazaban formando una cadena de martirios. Por todas partes iba dejando jirones de su alma engarzados en unos labios o fundidos al fuego de unos ojos. A veces, cuando padecía mucho con motivo de una ruptura reciente, formaba la idea de regresar a su casa y llevar en lo adelante vida quieta y sedentaria. Mas, al cabo de poco tiempo, su propósito se deshacía en humo, y, sabiendo la tortura que lo esperaba en el camino, de nuevo emprendía viaje, como si el dolor se le hubiese hecho necesario y en el dolor se complaciera. La mayor de sus preocupaciones era ver cada día menos realizable un ideal, tenazmente acariciado por él, de dicha apacible y dulce. La realización de su ideal consistía en el hallazgo de una mujer buena y hermosa, a cuyo seno pudiera arrojarse como en un refugio, con la más absoluta confianza. Lo difícil era encontrar a esa mujer, y a medida que pasaba el tiempo, le iba pareciendo no sólo difícil, sino imposible. Cuando creía haberse encontrado con ella, comenzaban a asomarse en el espejo de su memoria los rostros de todas las que había querido o simplemente admirado durante sus correrías de nómada, y todos esos rostros, con los ojos llenos de reproches o de ironía y burla, se fijaban en él con insistencia, mareándolo, turbándolo, impidiéndole reclinarse en la blanda almohada de un amor único, sereno e inmutable.

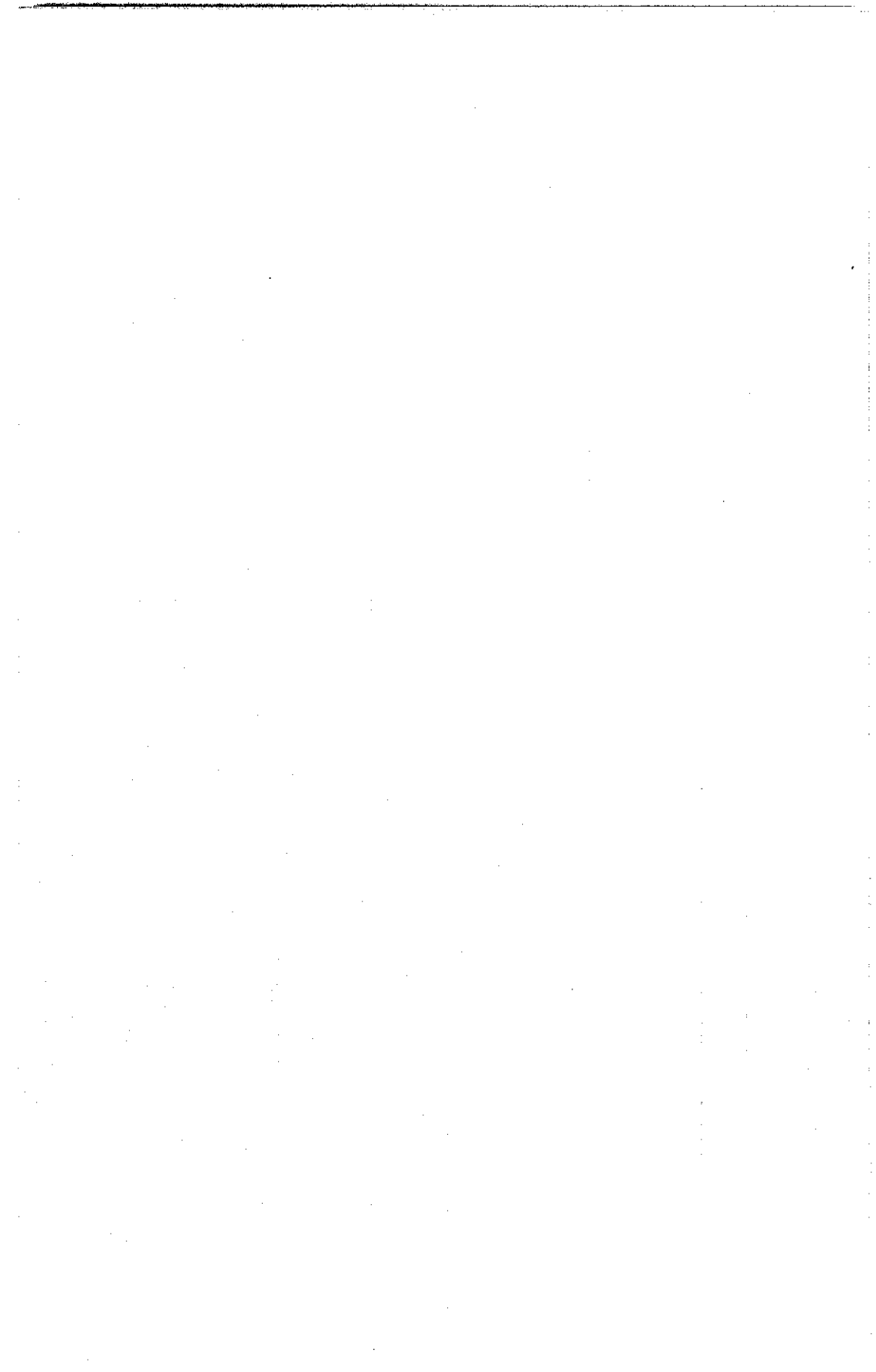
Lo que pasa a algunos con la belleza de la mujer, nos ocurre a otros con la belleza en general. El recuerdo de los sitios hermosos donde vivimos y de las cosas que en tales sitios amamos nos persigue y asedia. El menor suceso evoca a veces en nosotros multitud de imágenes, pálidas o vivas. Un olor cualquiera, que para los demás nada significa, puede en nosotros despertar un gran número de sensaciones dormidas, apagadas, casi muertas, que un día sacudieron nuestros nervios: quizá nos transporte a la oscura alameda por donde paseamos un sueño divino de la adolescencia, o a la

orilla del lago sobre cuya onda muda murmuramos palabras de amor al compás de unos remos, o a la casita de campo adonde el viento llevó a medianoche hasta nosotros una canción quejumbrosa y triste, como canción de ave extraviada en la sombra nocturna. La quietud y monotonía de una existencia que se desliza bajo el mismo cielo y en un mismo horizonte se nos llega a hacer insoportable. Vivimos con el pensamiento en varios países a la vez y padecemos la nostalgia de todos esos países. El reposo nos fatiga y abrumba; suspiramos por la agitación y el movimiento de los viajes; sentimos necesidad de que nuestro cuerpo se estremezca y vibre con el traqueteo de los coches; y echamos de menos el calofrío que pone en nuestra médula el desatentado correr de los trenes muy rápidos. De cuando en cuando se cierran nuestros ojos, y se recogen, a la sombra de los párpados, a soñar con días llenos de sol y fugas vertiginosas de paisajes. A veces, pensando en todas las cosas bellas que hemos visto desparramadas por el mundo, muy distantes unas de otros, nuestra nostalgia se convierte en el deseo insensato de hallarlas reunidas, y poderlas gozar así, abrazándonos a todas juntas con un solo abrazo supremo.

Melancolías, nostalgias y deseos imposibles forman lentamente la tristeza que se alza de las páginas de muchos libros de viajes, como aliento de flores marchitas, y llena el alma del viajero hasta cambiarla en algo semejante a uno de esos valles muy bonitos, húmedos y oscuros, siempre llenos de nieblas. Ignoro si esa tristeza tiene algo de envidiable, ni si revela hermosura y nobleza de corazón, como algunos dicen. Es cierto que nos regala instantes de voluptuosidad exquisita, pero es en otras ocasiones inmensamente amarga. De todos modos, y aun en sus mayores amarguras, la prefiero a la indiferencia de las almas que sin extasiarse una sola vez ni vibrar un momento sólo recorren la tierra. ¿Qué importa que nos volvamos tristes, si podemos conservar viva y palpitante en la memoria una siquiera de las bellezas por entre las cuales pasamos?: el pedazo de cielo que nos acogió sonriendo con su diáfana limpidez azul, la escena de campo que nos colmó de regocijo, el crepúsculo sangriento cuya agonía presenciábamos, el rostro hechicero de mujer que nos turbó deliciosamente, o la rama en flor, mojada de rocío, que en el borde de estrecha vereda golpeó nuestras mejillas perfumándolas...







CRONOLOGIA*

* Esta Cronología ha sido revisada y ampliada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

Vida y obra de Manuel Díaz Rodríguez

1871

El 28 de febrero, en una hacienda situada en las inmediaciones de Chacao, nace Manuel Díaz Rodríguez, último hijo del matrimonio de Juan Díaz Chávez y Dolores Rodríguez, inmigrantes canarios llegados a Venezuela en 1842.

V: Guzmán Blanco sale en campaña contra los sublevados apureños. El Ministro de Guerra J. B. García es presidente encargado. Fracasa en Valencia una conspiración para asesinar a Guzmán Blanco. Se crea la Dirección General de Estadística y se decreta un empréstito voluntario que, si no es pagado resulta exigido, sin derecho a reintegro, como "Comisión de Guerra". El gobierno de Guzmán Blanco tiene conflictos con la Iglesia.

F. Larrazábal: *Correspondencia general del Libertador Simón Bolívar.*

AL: En el Uruguay se funda el club radical, órgano del grupo principista opuesto al influjo de los caudillos rurales y militares de ambos partidos tradicionales. En el Paraguay el presidente Rivarola, presionado por los ocupantes brasileños, disuelve el Congreso, convoca uno nuevo y renuncia ante él. En Chile, Federico Errázuriz (liberal) es elegido presidente. Vicuña Mackenna, alcalde liberal de Santiago, comienza el embellecimiento de la ciudad. En el Perú se inaugura el ferrocarril Pisco-Yca. Se funda el Partido Civil, anticlerical y antimilitarista, que organiza una gran manifestación de artesanos limeños. Fundador y jefe del partido es Manuel Pardo, perteneciente al grupo de concesionarios peruanos desplazados por el contrato Dreyfus. En Bolivia, Morales derriba a Melgarejo y restituye las tierras de comunidades indígenas. Melgarejo vuelve de su destierro en el Perú y es asesinado por el hermano de su ex querida. En Guatemala la revolución liberal encabezada por García Granados y Barrios pone fin a más de tres décadas de predominio conservador. En Nicaragua, Vicente Cuadra es presidente. Estudiantes fusilados en Cuba. En Brasil, gabinete del Vizconde de Río Branco; Ley de Ventres para los esclavos nacidos a partir del 28 de septiembre.

J. D. Cortés: *El Parnaso peruano.* J. Martí:

Estatuto legal de los Trade Unions, en Inglaterra. Francia: Guillermo I es coronado emperador alemán, en Versalles; Paz de Franckfurt, Alemania gana Alsacia y Lorena; insurrección de París; gobierno de la Comuna, que es derrotada: se desata una cruel represión que se conoce como "Semana Sangrienta"; Thiers es presidente de la República de Francia. E.E.UU.: Escándalo de Tammany-Hall, en Nueva York. Japón: Abolición de los clanes y reorganización administrativa.

Maddox: Placa seca fotográfica de bromuro de plata. Maxwell: Teoría ondulatoria de la luz. Teólogo Doellinger excomulgado por el Papa, forma la secta de los Viejos Católicos; Ratificación del *Non Expedit*. Incendio de Chicago. Stanley halla con vida a Livingstone.

C. Darwin: *El origen del hombre.* Taylor: *Culturas primitivas.* Menger: *Principios de la economía política.* M. Bakunin: *Dios y el Estado.* Renan: *La reforma intelectual y la moral.* E. Zola: *Los Rougon-Macquart* (—93). L. Carroll: *A través del espejo.* G. A. Bécquer: *Rimas*, ed. póstuma. Estreno de *Aida* de G. Verdi. Nace M. Proust.

1872

El presidio político en Cuba. J. de Alencar: *El tronco del Ipé.* Taunay: *El retrato de Laguna.* E. Echeverría: *El matadero.* G. Guido Spano: *Hojas al viento.* *Revista del Río de la Plata* (—77). Nace José Enrique Rodó.

V: El general Matías Salazar, Vicepresidente de la República, se subleva, es derrotado, hecho prisionero y condenado a muerte, pena que se cumple. Se decreta la extinción de los seminarios clericales y el Gobernador toma posesión del edificio de Santa Rosa. Los estudios de Ciencias Eclesiásticas pasan a cursarse en las universidades. La deuda externa llega a 233 millones y la interna a 82 millones. Se vuelve a publicar la *Gaceta Oficial*.

J. Camacho: *Primer libro de las poesías de...* M. Dagnino: *Cartas Zulianas.* F. Larrazábal: *Catálogo de la Biblioteca Nacional.* A. F. Barbieri: *La Gloria del Libertador.* Se crean el Instituto de Bellas Artes y el Museo de Historia Natural.

AL: En el Uruguay, Tomás Gomensoro se hace cargo del poder ejecutivo; acuerda la Paz de Abril, que pone fin a la larga Revolución de las Lanzas (de Tímoteo Aparicio). Se crea en Argentina el Banco Nacional, con mayoría de accionistas privados. En el Paraguay, Manuel Quintana, representante argentino para concertar el tratado de paz, se retira de Asunción, ocupada por los brasileños. En enero éstos firman un tratado de paz por separado con Paraguay, que satisface sus máximas aspiraciones, y alientan la resistencia paraguaya contra las pretensiones argentinas. Crece la tensión argentino-brasileña. En el Brasil es proclamada la libertad de vientres y estalla la cuestión religiosa, en la que el gobierno cuestiona el derecho de los obispos de aplicar sanciones canónicas a miembros de la masonería. En Bolivia el

En España, Don Carlos se proclama rey; agitación republicana; Tercer Congreso de la Federación Regional Española, victoria anarquista. Alemania: Expulsión de los Jesuitas; política de la *Kulturkampf*. Limitación de la acción eclesiástica en la educación y la cultura. Congreso de la Internacional en La Haya. En Francia se establece el servicio militar obligatorio. Oscar II es rey de Suecia y Noruega. EE.UU.: Amnistía de los sudistas; reelección de Grant.

Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas. Primera vía férrea en Japón. Westinghouse inventa los frenos de aire.

H. Spencer: *Estudios de sociología.* W. Wundt: *Principios de psicología fisiológica.* F. Nietzsche: *El origen de la tragedia.* G. H. Brandes: *Grandes corrientes de la literatura europea del siglo XIX.* S. Butler: *Erewhon.* A. Daudet: *Tartarin de Tarascón.* H. Daumier: *La monarquía.* A. Renoir: *Los remeros de Chatou.* E. Degas: *Una clase de baile.* G. Bizet: *La arlesiana.*

1873

presidente Morales clausura el Congreso, que ha obstaculizado su programa impositivo, que golpea a los mineros de la plata; poco después es asesinado por su propio sobrino. Tomás Frías es el nuevo presidente. En el Perú los hermanos Gutiérrez encabezan un motín en Lima y asesinan al presidente Balta; en el mismo día son linchados por la muchedumbre. Manuel Pardo (civilista) es elegido presidente. Muere Benito Juárez; Lerdo de Tejada, presidente de la Corte Suprema, lo sucede interinamente y es elegido en noviembre presidente constitucional. Rebelión conservadora en Honduras. Levantamiento campesino en El Salvador; decreto para inmigración china. Reprimida revuelta de nativos en Filipinas. Abolición de la esclavitud en Puerto Rico.

M. M. Corchado Juárez: *Historias de ultratumba*. A. Tapia y Rivera: *Póstumo y Transmigrado*. E. M. de Hostos: *Hamlet*. R. Palma: *Tradiciones Peruanas*. A. Lusich: *Los tres gauchos orientales*. H. Ascasubi: *Santos Vega*. J. Hernández: *El gaucho Martín Fierro*. L. Mendonça: *Nieblas Matutinas*. B. Guimarães: *El buscador de diamantes y El seminarista*. Taunay: *Inocencio*. Vitor Mereiles pinta *La batalla del Riachuelo*.

V: Se incorpora la Dirección de Instrucción Primaria al Ministerio del Interior. Se establece mediante decreto gubernamental la separación de cuerpos y el matrimonio civil. El Congreso aprueba sin discriminación todas las decisiones y acciones de Guzmán Blanco y le otorga el título de "Ilustre Americano. Regenerador de Venezuela" (19/4); el gobierno de Chile protesta enérgicamente. Guzmán Blanco es proclamado por el Congreso Presidente Constitucional. El mismo declara que las elecciones habían sido "las más libres que ha visto Venezuela". El Congreso declara

En España abdica Amadeo I; se restablece la República; gabinetes de Pi y Margall y Castelar; Levantamientos federales en Andalucía. Francia: avance de la fracción clerical; Mac-Mahon es presidente; se produce el retiro de las tropas alemanas. Alianza de los tres imperios europeos: Alemania, Rusia y Austria. La crisis económica alemana se extiende rápidamente a Europa y al mundo entero. Patrón oro en Europa y EE.UU. Los rusos conquistan Jiva, en Turquestán.

Van der Waals: Ecuación de los gases rea-

vacante la sede arzobispal, nombra sustituto a Miguel Baralt; éste no acepta y es expulsado. La población venezolana asciende a 1.800.000 habitantes. Muere J. A. Páez en Nueva York.

N. Bolet Peraza: *A falta de pan buenas son tortas; comedia de costumbres en un acto.* J. A. Calcaño: *El canto de primavera y la Fornarina.* F. Tejera: *Biografía del Licenciado Don Miguel José Sanz.*

AL: En Bolivia el congreso elige presidente a Adolfo Ballivián; se establecen impuestos a las utilidades de sociedades anónimas que golpean sobre todo a las chilenas que explotan el litoral. Se firma —en función antichilena— una alianza con el Perú. En Argentina fracasa un atentado contra la vida del presidente Sarmiento. En el Uruguay, José E. Ellauri, que responde a la corriente principista, es elegido presidente. El congreso del Ecuador consagra la nación al Sagrado Corazón de Jesús. En el Brasil se organiza el Partido Republicano Paulista. Justino Rufino Barrios, liberal, es presidente de Guatemala, inaugurando un régimen de autoritarismo y activismo liberal. En Cuba, luego de una etapa muy difícil, el movimiento independentista realiza avances importantes (victoria de Palo Seco). El presidente Céspedes es depuesto por la asamblea de Cuba en Armas; lo reemplaza Cisneros Betancourt. España ejecuta a los revolucionarios del *Virginius*. Primo de Rivera es presidente en Puerto Rico.

J. Martí: *La República Española ante la revolución cubana.* J. M. Estrada: *La política liberal bajo la tiranía de Rosas.* M. Acuña: *Versos.* Lévy: *Nicaragua.* J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y en verso.* J. de Alençar: *Sueños de oro y La guerra de los buboneros.* Joaquim Norberto: *La conspiración Mineira.* Nace Gómez Carrillo.

les. Medio millón de inmigrantes europeos a EE.UU.

H. Spencer: *Sociología descriptiva.* M. Bakunin: *Política y anarquía.* A. Rimbaud: *Una temporada en el infierno.* Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas.* J. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días.* B. Pérez Galdós comienza los *Episodios nacionales.*

1874

V: Guzmán Blanco propone al Obispo de Guayana, J. M. Arroyo, tome la investidura episcopal, éste acepta y es desaprobado por el Papa. Los concejales del Distrito Federal deciden erigir una estatua de Guzmán Blanco en la cumbre de la colina de El Calvario. La Iglesia de la Santísima Trinidad es convertida en Panteón Nacional. Se clausuran los conventos de monjas y otras comunidades religiosas y se suprime el fuero eclesiástico. Se produce una ruptura entre el gobierno y la Santa Sede. Los generales León Colina y Pulido encabezan una sublevación que es reprimida por el propio Guzmán Blanco al frente de un ejército de 12.000 hombres. Se produce una reforma de la Constitución que resulta en el establecimiento de la obligación de firmar el voto, en la supresión del cargo de Vicepresidente, en la reducción del período presidencial a dos años y en la prohibición de la reelección presidencial. Se inaugura, en la Plaza Bolívar, la estatua ecuestre del Libertador. Durante breves noches Caracas se beneficia del alumbrado eléctrico: primera prueba en el país. Aparece la Ley sobre Hacienda; se crea el Ministerio de Obras Públicas; se establece de modo permanente la navegación sobre el Lago de Maracaibo y en los ríos Zulia y Catatumbo. Se dicta la Ley de Aduanas para la Importación y sobre Comercio de Cabotaje. Se crea la Caja de Beneficencia.

A. Urdaneta: *Fábulas para los niños*. A. L. Guzmán: *Al golpe de Gracia*. A. Ernst: *Caracas y sus alrededores*. E. Blanco: *Vanitas Vanitatis*. M. Dagnino: *El ángel del hogar*. Nacen Urbaneja Achelpohl y Reinaldo Hahn.

AL: En Argentina, los indios puneños se rebelan, reivindicando sus derechos sobre las antiguas encomiendas. El liberal N. Avellaneda es Presidente de la República por amplia mayoría. B. Mitre se subleva y

Ministerio Disraeli (—80), en Inglaterra, al caer Gladstone; ocupación de las islas Fiji. En España, el ejército disuelve las Cortes y restaura a Alfonso XII; comienza el ministerio de Cánovas del Castillo; estalla la segunda guerra carlista. Ley contra la prensa socialista, en Alemania; se establece el matrimonio civil. EE.UU.: los Demócratas reconquistan la mayoría en el Congreso. Papado: Pío IX prohíbe la participación de los católicos en política.

Fundación de la Unión Postal en Berna. Stanley atraviesa el África. Le Bel-Van't Hoff: Estereoquímica.

Haekel: *Antropogenia o Historia de la evolución humana*. Walras: *Elementos de economía política pura*. G. Flaubert: *La tentación de Saint Antoine*. J. Valera: *Pepita Jiménez*. Alarcón: *El sombrero de tres picos*. Primera exposición "Impresionista" (Sala del fotógrafo Nadar). G. Monet: *La impresión*. E. Grieg: *Peer Gynt*. M. Musorgski: *Boris Godunov*. R. Strauss: *El murciélago*.

1875

es derrotado y hecho prisionero. Se sienten los primeros efectos serios de la crisis de 1837. En el Uruguay el principismo domina el congreso, se hace sentir una gravísima crisis financiera. En el Paraguay el presidente Jovellanos intenta firmar un tratado de paz con la Argentina, pero el Brasil provoca su caída; lo reemplaza Juan B. Gil. El general Bernardino Caballero funda el Partido Republicano (colorado). En Bolivia muere Alfonso Ballivián; Tomás Frías es nuevamente presidente interino; fracasa un nuevo intento de liquidación de las tierras comunitarias. En Brasil el vizconde Mauá se declara en quiebra; la ruina del mayor financista del Imperio arrastra la caída del gabinete Río Branco (conservador); Caxias es primer ministro. Se agudiza el conflicto eclesiástico; prisión de obispos y alzamientos clericales en el noreste. En Cuba el general independentista Máximo Gómez vence en Las Guásimas y se apresta a cruzar la trocha con que los metropolitanos han separado la sección occidental de Cuba de la oriental. En Puerto Rico cae la República y, con ella, Primo de Rivera; asume el poder el déspota Gral. José Laureano Sanz.

A. Tapia y Rivera: *La leyenda de los veinte años*. J. B. Alberdi: *Palabras de un ausente que explica a sus compatriotas los motivos de su alejamiento*. R. J. Cuervo: *Notas de la gramática de Andrés Bello*. J. P. Varela: *La educación del pueblo*. J. C. Zenea: *Poesías completas* (póstumo). J. de Alençar: *Urbirajara*. B. de Guimarães: *El indio Alfonso*. Taunay: *Oro sobre azul e Historias brasileñas*. Sousândrade: *Obras poéticas*. Pereira Barreto: *Las tres filosofías*, 1ª parte.

V: Se produce en Cúcuta un terremoto violento con saldo de destrucción de pueblos enteros. Se interrumpen las relaciones diplomáticas con Holanda y con Nueva Gra-

Inglaterra: Compra de las acciones del canal de Suez; Parnell en la Cámara de los Comunes; es reconocido el derecho de huelga. Alemania: los socialistas marxistas

nada. El gobierno ordena la publicación de los *Documentos para la vida pública del Libertador*. Se decreta la ejecución de obras de embellecimiento en las diferentes ciudades del país.

J. F. Blanco y R. Azpurúa (recopiladores y ordenadores): *Documentos para la vida pública del Libertador*. J. Ma. Rojas: *Biblioteca de escritores venezolanos*.

AL: En el Uruguay la elección de alcalde ordinario de Montevideo da lugar a disturbios en los que muere Lavandeira (principista de extracción blanca). El 15 de enero un golpe militar derroca a Ellauri, las cámaras designan a Pedro Varela para reemplazarlo; los principales principistas son embarcados en la Barca Puig, que debe llevarlos a Cuba, y navega a la deriva entre febrero y agosto. Blancos y colorados lanzan la Revolución Tricolor, que fracasa. Se establece el Código Rural, que disciplina el trabajo en la campaña, y en septiembre se conceden al Poder Ejecutivo facultades extraordinarias para la pacificación y el saneamiento económico. Se registra en Buenos Aires, Argentina, una intensa agitación anticlerical. Juan Bo Sosa, representante del Paraguay en Río de Janeiro, firma con el representante argentino Tejedor un tratado de paz; cuando el gobierno brasileño descubre lo ocurrido, obliga al gobierno paraguayo a repudiar la actuación de Sosa. En Ecuador, García Moreno es asesinado poco después de ser reelecto. El predominio conservador por él establecido se mantendrá hasta 1895. En Cuba, Máximo Gómez logra cruzar la trocha y llevar la guerra a las regiones occidentales, donde se concentra la producción azucarera. En Puerto Rico, Sanz es relevado desde España y reemplazado por el Gral. Segundo de la Portilla. En Perú fracasa el alzamiento de Piérola contra Pardo. En México: Rebelión Yaquí en Sonora.

tas fundan el Partido Socialista de los Trabajadores de Alemania, bien pronto marxista; elaboran el Programa de Gotha, base de su acuerdo; se produce la expulsión de las congregaciones religiosas; conflicto de Bismarck con Francia. España: Alfonso XII llega a Madrid. Francia: Sanción de las leyes republicanas; enmienda Wallon para períodos presidenciales de siete años.

Firma de la Convención Métrica Internacional en París. Santuola descubre las pinturas rupestres de Altamira. Inauguración de la Opera de París. Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. Berthelot: Síntesis química. Berlín llega al millón de habitantes. En Gran Bretaña comienza la fabricación industrial de bicicletas. Marcus inventa el motor a explosión de dos tiempos.

H. Taine comienza *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Fundación del *Petit Parisien*. L. Tolstoi: *Ana Karenina* (—77). A. Tennyson: *La Reina María*. G. Meredith: *La carrera de Beauchamp*. E. Manet: *Los remeros de Argenteuil*. G. Bizet: *Estreno de Carmen*. Saint-Saëns: *Danza Macabra*.

1876

M. Zeno Gandía: *Eran las diez y las doce*. J. B. Alberdi: *Peregrinación de Luz del Día, o viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*. B. Mitre: *Arengas*. J. A. Saco: *Historia de la esclavitud*. Montalvo: *La dictadura perpetua*. J. de Alencar: *Señora, El sertenero y El jesuita*. L. Mendonça: *Alborada*. B. Guimarães: *La esclava Isaura*. T. Barreto: *Estudios de filosofía y crítica*. Nacen Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.

V: Se levanta la estatua de Guzmán Blanco (pedestre) en El Calvario y se le erige otra, ecuestre, frente a la Universidad. Se pone en servicio el acueducto de El Calvario. Se derriban los templos de San Jacinto y San Pablo y se construyen en su lugar el Mercado y el Teatro Guzmán Blanco respectivamente. La Capilla del Seminario es convertida en local de oficinas públicas. Por primera vez en Caracas se inaugura un Templo Masónico (el único). El Congreso aprueba el proyecto de creación de una Iglesia Católica Venezolana, con independencia de Roma. El conflicto religioso es sin embargo zanjado mediante la elección por la dupla Roque Cochía (delegado pontificio) Guzmán Blanco, del doctor J. A. Ponte como Arzobispo de Caracas. El gobierno nacional queda a cargo de J. P. Duarte. Guzmán Blanco es nombrado Doctor en Ciencias Políticas y Rector de la Universidad Central. Los restos del Libertador son llevados al Panteón Nacional. Es sellada la deuda por reclamaciones extranjeras. Se funda el Banco de Caracas.

A. A. Level: *Esbozos de Venezuela*. J. R. Pachano: *Biografía del Mariscal Juan Crisóstomo Falcón*. Varios: *Apuntes estadísticos (de los Estados) Barquisimeto, Bolívar, Cojedes, Falcón, Guayana, Nueva Esparta, Portuguesa, Trujillo, Yaracuy, y Territorio Federal*. J. R. Henríquez: *Que-*

Inglaterra: Victoria es Emperatriz de la India; Disolución de la I Internacional; guerra de Turquía en los Balcanes. En España, con el Pacto de El Pardo, concluye la segunda guerra Carlista, el pretendiente se refugia en Francia; sanción de la Constitución de la Monarquía. En Rusia: movimiento "Tierra y Libertad"; el Turquestán es totalmente ocupado. Es creada la Asociación Internacional Africana. EE.UU.: Custer es vencido por Toro Sentado.

Koch: Bacilo del ántrax. Teléfono de G. Bell. Máquina frigorífica de amoniaco de von Linde. Otto: motor de cuatro tiempos a gasolina.

C. Lombroso: *El hombre delincuente*. Mallarmé: *La siesta de un fauno*. M. Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer*. B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. E. Zola: *La taberna*. A. Renoir: *El molino de la Galette*. Festival wagneriano en Bayreuth: *El anillo de los nibelungos*.

rer es poder. F. T. de Aldrey: *Rasgos biográficos para la historia de la vida pública del general Guzmán Blanco.* J. A. Calcaño: *El ruego de la Inocencia, leyenda católica.*

AL: Aumentan en Argentina los impuestos (de exportación especialmente). V. Alsina conquista partes importantes de territorio indio al sur de Buenos Aires. El ferrocarril (propiedad inglesa) llega hasta Azul (al sur) y Córdoba (al oeste). Se produce un conflicto internacional entre Argentina y Gran Bretaña por problemas de competencia de capitales bancarios; se cierra la oficina de cambios; el Banco Nacional suspende la convertibilidad de sus billetes. En el Uruguay es dictador el coronel Latorre, quien dicta un reglamento general de policías rurales y departamentos de campaña que pone fin a la inestabilidad rural mediante un severo control de habitantes y propiedades. El Paraguay firma el 3 de febrero el tratado de paz con la Argentina, que reconoce a ésta el Chaco Austral; la delimitación de la frontera entre éste y el boreal se somete al arbitraje del presidente de los EE.UU. En Bolivia el general Hilarión Daza se apodera de la presidencia mediante un golpe. En Chile, Aníbal Pinto Santa Cruz (liberal) es elegido presidente. En el Perú el general M. I. Prado, cercano al civilismo, es elegido presidente. Se agudiza la crisis financiera y se recurre a emisiones inconvertibles. En Colombia el candidato liberal Aquileo Parra, que no ha alcanzado mayoría en los estados, es designado presidente por el Congreso contra Rafael Núñez, también liberal. Alzamientos conservadores en Antioquia y Tolima. En México el general Porfirio Díaz, rival derrotado de Lerdo de Tejada, reelecto presidente, se lanza a la revolución (plan de Tuxtepec, antirreeleccionista); en noviembre es presidente. En

1877

Santo Domingo se instala el primer ingenio azucarero con máquinas de vapor. Revolución liberal en Honduras: M. A. Soto dirigente. Veintemilla se levanta en Ecuador, liderando un movimiento revolucionario liberal.

Lola Rodríguez de Tío: *Mis cantares*. J. Ma. Gutiérrez: *Cartas de un argentino*. B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. A. Tapia y Rivera: *Cofresi*. J. Montalvo: *El regenerador*. H. H. Gattel y F. Carnevallini: *El Porvenir de Nicaragua*. F. Távora: *La Cabellera*. A. de Castro Alves: *Gonzaga o La Revolución de Minas*. Aparecen *La Revista Ilustrada* y *La Tertulia*.

V: El Presidente de la Corte Federal, J. Gutiérrez, se hace cargo del poder ejecutivo. El Congreso proclama presidente a F. Linares Alcántara, favorito de Guzmán Blanco, quien toma el poder el 2 de marzo. El presidente se dirige a Puerto Cabello y queda encargado del Poder Ejecutivo el General J. Crespo. El Gobierno declara al ministro norteamericano Russell *persona non grata* a causa de sus expresiones atentatorias contra el gobierno y el país, habiendo sido enviado para revisar el Laudo de 1868 sobre indemnizaciones. Guzmán Blanco sale hacia Europa como plenipotenciario de Venezuela ante varios países de aquel continente. Se produce un masivo regreso de expatriados. Son inauguradas las líneas telegráficas Caracas-La Victoria y Caracas-Petare. Se promulga Ley sobre marcas de fábricas.

L. Sanoja: *Estudios sobre derecho político*. R. Azpurúa: *Anales de Venezuela y Biografía de hombres notables de Hispanoamérica*. N. Bolet Peraza: *El gremio agrícola*. Aparecen los semanarios políti-

Reorganización del Partido Liberal, en Inglaterra. España: aprobación de la Ley Provincial. En Francia muere Thiers; gran manifestación republicana contra Mac-Mahon; éste disuelve las cámaras, se procede a una reelección, la mayoría vuelve a ser la opositora. Guerra ruso-turca; las tomas de Kars y Plevna abren el camino hacia Constantinopla. EE.UU.: Hayes es presidente, retira las tropas del sur.

Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE.UU. Iluminación pública con lámparas eléctricas de arco en París. Schiaparelli descubre los canales de Marte.

F. Engels: *El antidübring*. Mommsen: *El sistema militar de César*. Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de N. Hartmann. G. Flaubert: *Tres cuentos*. G. Carducci: *Odas bárbaras*. A. Rodin: *La edad de bronce*. Mengoni: Termina la galería Víctor-Emmanuel en Milán.

1878

cos *La Prensa Libre*, *La Tribuna Liberal*, *Níquel* y *Un Periódico*.

AL: En el Uruguay se prorroga la dictadura de Latorre y se establece un consejo consultivo. En el Perú la muerte de Meiggs, el gran empresario ferroviario y financista del gobierno peruano, agrava la crisis financiera. El presidente argentino N. Avellaneda logra un acuerdo y "conciliación" con los mitristas y B. Mitre, quienes vuelven a la legalidad; se levanta el estado de sitio. En Cuba se disgrega la República en Armas, que afronta a un ejército español de un cuarto de millón de hombres. Pacificación de Las Villas; V. García prisionero. En México Porfirio Díaz es electo presidente. En Guatemala se reconoce por decreto el trabajo forzoso de los indios. Pedro J. Chamorro asume la presidencia de Nicaragua. En Quito se producen numerosos motines contra Veintemilla.

M. Cané: *Ensayos*. R. Obligado: *El alma del payador*. O. V. Andrade: *Prometeo y El arpa perdida*. Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas*. Zorrilla de San Martín: *Notas de un himno*. Miguel Lemos: *Primeros ensayos positivistas*. Se funda el Ateneo de Montevideo. *Revista de Cuba* (-84). Manuel Fernández Juncos funda, en Puerto Rico, *El buscapié* (-83). Muere J. de Alençar.

V: Muere en un duelo el Presidente de la Cámara de Diputados. Muere el Presidente Linares, quien poco antes había dejado como Presidente Encargado a L. Villanueva; al saber de la muerte del primero el poder pasa a manos de J. Gutiérrez, hasta entonces Presidente de la Alta Corte Federal. Hay rumores de envenenamiento respecto de la muerte de Linares. Se reúne la Asamblea Constituyente y decreta la demolición de las

Gran Bretaña comienza una nueva guerra contra Afganistán. Italia: Humberto I es rey; armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stefano. Alemania: En el Congreso de Berlín las principales potencias acuerdan el reparto de influencias sobre los Balcanes (Tracia, Macedonia y Albania quedan bajo el dominio turco; Bosnia y Herzegovina siguen perteneciendo a Turquía pero son administradas por Austria). Se disuelve el *Reichstag*. Los turcos entre-

estatuas de Guzmán Blanco, declara vigente la Constitución de Falcón y nombra Primer Magistrado al General J. F. Varela; J. G. Cedeño lo acompaña como Vicepresidente.

Celedón: *Gramática, Catecismo y Vocabulario de la lengua Goajira*. F. Tejera: *La Colombiada*. A. L. Guzmán: *Datos históricos suramericanos* (-1882). Se publican los semanarios *La Ciudadanía* y *El Día*.

AL: Montevideo, Uruguay, es sede episcopal. Sinimbu, primer ministro (liberal) del Brasil, propone al Emperador la convocatoria de una asamblea constituyente; el pedimento es rechazado; se reúne el Congreso Agrícola de Recife. En Chile comienza la emisión de papel moneda inconvertible, debido aquí también a la crisis financiera, y que se prolongará, con una breve interrupción en 1925, hasta nuestros días. En Perú el ex presidente Manuel Pardo, fundador del civilismo, es asesinado durante un fracasado alzamiento de los partidarios de Piérola. En Cuba el grueso de los revolucionarios firma la paz del Zanjón (8 de febrero), que concede amnistía y autonomía a la Isla. El general Maceo rechaza el tratado y prosigue el combate, pero debe abandonar Cuba en mayo. Surgen los partidos Liberal autonomista y Unión Constitucionalista. En México fracasa la rebelión de Escobedo contra P. Díaz. En Colombia asume el liberal J. Trujillo: construcción del ferrocarril del Pacífico y excavaciones del Canal de Panamá (franceses). En Ecuador le son concedidas facultades extraordinarias a Veintemilla.

A. Tapia y Rivera: *La Satanidad, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas*. A. de Oliveira: *Canciones románticas*. E. Wilde: *Tiempo perdido*. R. Gutiérrez: *Poesías escogidas*. S. Romero:

gan Chipre a Inglaterra. Papado: León XIII sucede a Pfo IX; encíclica *Quod Apostolici*.

Edison-Swan: Lámpara incandescente. Utilización de la hulla blanca. Stoecker-Wagner: Fundación del Partido Trabajador Cristiano social. Booth funda el Ejército de Salvación. Exposición Universal de París.

F. Nietzsche: *Humano, demasiado humano*. J. Pierce: *Cómo podemos hacer claros nuestros pensamientos*. Queiroz: *El primo Basilio*. J. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana*. Sully Prudhomme: *La Justicia*.

1879

La filosofía en el Brasil. Lastarria: *Recuerdos literarios.* F. Medina: *Lira nicaragüense.*

V: Se sublevan varios generales que piden el retorno de Guzmán Blanco: el Segundo Mandatario encabeza en Valencia la Revolución Reivindicadora, cuyo triunfo decide, en La Victoria, el general Crespo. Las tropas revolucionarias entran a Caracas y proclaman a Guzmán Blanco Supremo Director de la República. El general Cedeño toma a su cargo el Poder Ejecutivo. Guzmán Blanco regresa de París y asume el mando. Su política asume un carácter abiertamente represivo. Se reúne un Congreso de Plenipotenciarios compuesto por todos los Presidentes de Estado y convocado por el propio Guzmán. Empieza el período llamado Quinquenio. Guzmán Blanco sale nuevamente hacia París (VI) para volver en noviembre. El Poder Ejecutivo queda a cargo de D. B. Urbaneja.

D. F. O'Leary: *Memorias del General...* (—1888). R. Seijas: *El derecho internacional.* A. Rojas: *Cuadros históricos.* J. M. Manrique: *Los dos avaros.*

AL: D. F. Sarmiento, Ministro del Interior argentino, renuncia a su cargo acusando en discurso ante el Senado al Ministro de Guerra J. A. Roca de promover elecciones fraudulentas de gobernadores provinciales para asegurarse la Presidencia de la República; J. A. Roca debe renunciar. El ex Ministro de Guerra lleva a cabo "La Conquista del Desierto", guerra de exterminio total del indio con el fin de extender las fronteras hacia el sur e integrar, despoblada, la Patagonia al resto del país. En febrero, luego de un ultimátum, Chile comienza la ocupación del litoral boliviano; el 10 de marzo Bolivia declara la guerra a Chile y pierde

Francia: Consolidación de la Tercera República. Alemania: Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano; alianza austro-alemana; fin de la *Kulturkampf*; difusión de la enseñanza laica y común. Atentado contra Alejandro II. Papado: Encíclica *Aeterni Patria*, retorno al tomismo. Irlanda: crece la agitación en favor de la autonomía. España: se funda el Partido Obrero Español.

Wundt: Laboratorio de psicología experimental. Pasteur: Principio de la vacuna. Primer edificio con estructura de acero en Chicago; Escuela de Chicago. Siemens: Primer ferrocarril eléctrico en Berlín. Nace Alberto Einstein.

E. Ibsen: *Casa de muñecas.* F. Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (—80). E. Zola: *Nana.* H. James: *Daisy Miller.* Meredith: *El egoísta.* P. I. Chaicovski: *Eugenio Oneguin.*

1880

400

de inmediato todo el litoral; el presidente Daza se retira al sur del Perú; cuando intenta retornar a Bolivia el ejército lo derrota. En el Perú, pese al heroísmo de la marina, ésta es finalmente aniquilada por la chilena. El presidente M. I. Pardo parte a Europa en busca de ayuda para el Perú; su decisión es poco apreciada por los que se quedan. Piérola surge en Lima como dictador y organizador de la resistencia contra la inminente invasión chilena al Perú central. En el Brasil las cámaras consideran un plan de reforma electoral y encaran por primera vez la abolición de la esclavitud. Pinheiro Machado funda el Partido Republicano Rio-grandense. En Cuba comienza la Guerra Chiquita contra el dominio español. Los jefes del movimiento, veteranos de la Guerra de los Diez Años, son en su mayoría de color. El movimiento no logra extenderse, y cesará en diciembre de 1880. En México se sublevan los marinos en Veracruz; Díaz ordena: "Mátalos en caliente". En Guatemala se promulga una constitución liberal y positivista (-1945). Leyes antiejidales en El Salvador y proceso de concentración de la riqueza: las "catorce familias". L. Salomón es presidente de Haití (-88).

E. Gutiérrez: *Juan Moreira*. E. L. Holmberg: *Horacio Kaliban y los autómatas*. Guido Spano: *Ráfagas*. J. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*. M. Zeno Gandía: *Desde el fondo del alma*. Barreto, Varona, Tejero y otros: *Arpas cubanas*. J. L. Mera: *Cumandá*. Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*. J. Gautier Benítez: *A Puerto Rico*. S. Romero: *Cantos de fin del siglo*. F. Távora: *El matrero*. Exposición General de Arte en Río de Janeiro.

V: El Congreso informa que todos los Estados han votado por Guzmán Blanco

Ministerio de Gladstone en Inglaterra, es elegido en reemplazo de Disraeli. Guerra

y, en consecuencia, lo proclama Presidente por los dos años que marca la Constitución. Fracasa un complot para asesinar al Primer Mandatario y son hechos presos su jefe y 17 hombres. Se producen alzamientos en varios Estados. El general P. Revollo, de Ciudad Bolívar, es públicamente degradado y condenado a 10 años de prisión. El Congreso expide una resolución según la cual los bienes de los conventos extinguidos pasan a propiedad de la Universidad de Caracas.

J. Calcaño: *Los héroes nuestros*. J. Gil Fortoul: *La infancia de mi musa*. A. L. Guzmán: *Límites entre Venezuela y Nueva Colombia*. E. Párraga: *La campaña del Libertador en el Perú*. Pérez Bonalde: *Ritmos*.

AL: La guerra entre facciones que se desarrolla en la Argentina culmina con la derrota de Avellaneda, presidente de la república al mando de las fuerzas "nacionales", quien es batido por Mitre; la ciudad de Buenos Aires es declarada "Territorio Federal"; Avellaneda renuncia a su cargo, actitud que el Congreso rechaza. Se forma el Partido Autonomista Nacional, al frente del cual J. A. Roca gana las elecciones presidenciales y asume el mando. En el Uruguay, Latorre abandona la dictadura y el gobierno. Se funda el Partido Constitucional (principistas) y se reorganiza el Nacional (blancos). F. A. Vidal es presidente, el general Máximo Santos, ministro de guerra (colorado) comienza a dominar la vida política uruguaya. En el Brasil el ministro Saraiva (liberal) introduce la reforma electoral. En Bolivia, Campero se levanta en el sur con apoyo del ejército. La Convención lo proclama presidente y declara urgente la paz. En Colombia, Rafael Núñez, candidato liberal, es elegido presidente: Ley de instrucción pública, se deroga la Ley de Inspección de Cultos. En México, obede-

anglo-boer. Se funda el Partido Fusionista en España; gabinete de J. Ferry; política laica; expulsión de los Jesuitas; fundación del Partido Socialista. Gran desarrollo de EE.UU.: 50 millones de habitantes; comienza la producción de acero.

Producción mundial de acero (en miles de Tn.): Inglaterra, 6.059; Alemania, 1.262; Francia, 1.178. Laveran: parásito de la malaria. Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. Hallyerith construye máquina de fichas perforadas. Invención de la bicicleta. Fundación de la Compañía del Canal de Suez.

Fiske: *Ideas políticas norteamericanas*. Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles* (—82). G. de Maupassant: *Bola de Sebo*. A. Swinburne: *Cantos de primavera*. T. Tennesson: *Balada*. A. Daudet: *Numa Rumestán*. A. Rodin: *El pensador*. J. Brahms: *Danzas húngaras*.

1881

ciendo (por última vez) a su consigna de no reelección, Porfirio Díaz instala en la presidencia hasta 1884 a M. González. En Santo Domingo se funda la Liga Antillana, para procurar la independencia de las Antillas. Costa Rica inaugura el comercio bananero con EE.UU.: primer cargamento a Nueva York. En Cuba se procede a abolir gradualmente la esclavitud. Honduras adopta una constitución liberal (-93). En Brasil, Joaquín Nabuco funda la Sociedad Brasileña Contra la Esclavitud.

J. Gautier Benítez: *Poesías* (póstumo). Varona: *Conferencias filosóficas* (-88). Pereira Barreto: *Positivismo y tecnología*. S. Romero: *La literatura brasileña y la crítica moderna*. F. Ameghino: *La antigüedad del hombre en el Plata*. J. Montalvo: *Las Catilinarias*. J. B. Alberdi: *La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual*. I. M. Altamirano: *Rimas y Cuentos de invierno*. M. J. Othón: *Poesías*. E. M. de Hostos funda la Escuela Normal de Puerto Rico. Muere E. del Campo.

V: Se sanciona la segunda reforma constitucional. La Constitución Nacional toma el apodo de La Suiza: reduce a nueve los veinte Estados y elimina el voto directo para elegir Presidente transfiriendo la función al Consejo Federal. El "Gloria al Bravo Pueblo" es decretado himno nacional. Es creado el Ministerio de Instrucción Pública. Es aprobado un contrato para alumbrado de gas en Caracas, La Guaira, Valencia y Puerto Cabello. La goleta Ricaurte pasa a ser Escuela Náutica de La Guaira. Se funda la Escuela de Telegrafia de Caracas.

A. Bello: *Filosofía del entendimiento* (póstumo). E. Blanco: *Venezuela Heroica*.

Salisbury líder conservador en Inglaterra. Francia ocupa Túnez. Muere Disraeli. Alejandro II asesinado, asciende Alejandro III. Garfield es presidente de EE.UU. pero muere en septiembre. Se renueva la alianza de los tres emperadores europeos.

Pasteur descubre la vacuna anticarbunco.

Ribot: *Las enfermedades de la memoria*. W. James: *Washington Square*. A. France: *El crimen de Sylvestre Bonnard*. P. Verlaine: *Cordura*. Verga: *La Malavoglia*. Hoffmann: *Los cuentos de Hoffmann*. Fogazarro: *Malombra*. Menéndez Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*. Poincaré: *Sobre la teoría de las funciones fuchianas*. A. Borodin: *El príncipe Igor*.

1882

e *Historia de un cuadro*. Martí funda la *Revista Venezolana*. Muere Cecilio Acosta.

AL: Problemas fronterizos entre México y Guatemala por las regiones de Chiapas y Soconusco. En Cuba, Constitución española de "los notables". Deterioro de la educación pública en Ecuador. Batalla de Chorrillos y Miraflores y ocupación chilena de Lima, con destrucción de la Biblioteca Nacional. En Argentina: Tratado de límites con Chile; Creación de moneda única para todo el país; Ley de Aduanas; Consejo Nacional de Educación; Servicio telefónico; Venta por ley de territorios conquistados al indio: incremento de latifundios; Descontrol económico y fiebre especulativa. Presidencia de Santa María en Chile abre etapas de auge económico, colonización y fomento de la educación. Ley de reforma electoral en Brasil; comienza la instalación de las "capillas de la religión de la Humanidad" de inspiración comteana. En Nicaragua, el presidente Zavala ordena la expulsión de los jesuitas tras motines en Matagalpa.

F. Fernández: *Solané*. L. V. López: *Recuerdos de viaje*. J. Hernández: *Instrucción del estanciero*. Cambaceres: *Pot-pourri*. E. Gutiérrez: *Hormiga Negra*. López Prieto: *Parnaso cubano*. A. Azevedo: *El mulato*. Machado de Assis: *Memorias póstumas de Bras Cubas*. *Anales*, del Ateneo de Montevideo.

V: El Consejo Federal reelige a Guzmán Blanco en su cargo de Presidente de la República. Se rompen relaciones con Francia por negarse el gobierno venezolano a reconocer un convenio firmado por Linares Alcántara sobre indemnizaciones. Rige el *Código de Procedimiento Criminal*. El Cable telegráfico llega a la frontera con Colombia. Se firma un tratado de Comercio con España. Se crea la Alta

A. Renoir: *El almuerzo de los remeros*. F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (—91). Muere T. Carlyle.

Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre la enseñanza primaria en Francia. Muere Gambetta. Expulsión de los judíos en Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes restringiendo la emigración a EE.UU. Chinos y Japoneses ocupan Seúl.

Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Charcot: experiencias en la Salpêtrière.

1883

Corte Federal de Casación. Venezuela sale triunfante en el proceso de reclamaciones que sostenía con Estados Unidos.

E. Blanco: *Zárate*, J. R. Yépez: *Anaida*.

AL: En Uruguay, F. A. Vidal renuncia a la presidencia, le sustituye M. Santos. Ley de imprenta restableciendo la libertad de prensa. Mano de obra femenina en las fábricas. La masonería es legalizada. En Buenos Aires se prohíbe la circulación de carretas; se instala el primer frigorífico en San Nicolás (Buenos Aires); Dardo Rocha funda la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Presidencia del Dr. Francisco Zaldivia en Colombia; éste muere de neumonía, lo sucede José E. Otálora; comienza la apertura del canal de Panamá. Colaboración del partido de los "científicos" con la dictadura de P. Díaz. Heureaux es presidente de Santo Domingo (-99). La "república aristocrática" en Costa Rica: P. Fernández Oreamuno. Veintemilla se proclama una vez más Jefe Supremo de Ecuador; se inicia movimiento "restaurador". Comienza unificación y reconstrucción del Perú tras la derrota ante Chile. Gral. Santos presidente del Uruguay.

J. Martí: *Ismaelillo*. C. Villaverde: *Cecilia Valdés* (ed. definitiva). J. Montalvo: *Siete tratados*. Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado* (-86). Medina: *Los aborígenes de Chile*. J. Caicedo Rojas: *Las dos gemelas*. Galván: *Enriquillo*. T. Díaz: *Fanfarrías*. *La Nación* nombra a J. Martí su corresponsal en Nueva York. Inauguración de la Biblioteca Nacional en Nicaragua.

V: Delegaciones del interior y el exterior llegan a Caracas con motivos del apoteósico festejo del centenario del natalicio del Libertador. Su Santidad el Papa León XIII condecora a Guzmán Blanco con

H. Spencer: *Instituciones políticas*. Carducci: *Confesiones y batallas*. J. M. Pereda: *El sabor de la tierruca*. E. Manet: *El bar del Folies Bergère*. R. Wagner: *Parsifal*. Nacen James Joyce e Igor Stravinsky. Muere Emerson.

Fundación de la *Fabian Society* en Londres. Los franceses en Indochina y guerra franco-china. Ocupación de Madagascar. Segundo ministerio Ferry. *Emancipación del trabajo*, primera organización marxista ru-

las insignias de Gregorio XVI. Entra en servicio el ferrocarril Caracas-La Guaira. La iluminación eléctrica reina nuevamente en Caracas por pocos días. Se otorga una concesión venezolana a la Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Nuevo Código Militar. Primer Decreto-Ley sobre minería. Se firma con Alemania un tratado sobre marcas de fábrica. Se crea el Colegio de Abogados, que inicia sus funciones. Se firma un tratado de amistad, comercio y navegación con El Salvador; así como un tratado de amistad, extradición y navegación con Bolivia.

D. A. Arrieta: *Ensayos literarios*. J. H. Guell y Mercader: *Literatura venezolana*. E. Calcaño: *Un grano de incienso y Apoteosis del Libertador*. S. Camacho: *Los cuentos de mi abuela*. J. Ma. Rivas: *Costumbres zulianas*. J. Ma. Rojas: *Crítica al Discurso Académico del General Guzmán Blanco*. F. Tosta García: *Costumbres caraqueñas*. C. Zumeta: *Bolívar en San Pedro*. F. G. Pardo: *Poesías*. J. A. Pérez Bonalde: *El poema del Niágara*. Mac. Pherson: *Diccionario histórico, geográfico, estadístico y biográfico del Estado Lara*. A. Rojas: *Origen de la revolución venezolana*. Se funda la Academia Venezolana de la Lengua.

AL: En Argentina se inician campañas de ocupación de territorios indios en el Chaco. Entre 1883/91, la devaluación de la moneda alcanza 332%. Triunfo del movimiento nacional ecuatoriano de la "Restauración". J. M. P. Caamaño, presidente. Tratado de Ancón y fin de la ocupación de Lima; Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años; las riquezas salitreras chilenas pasarán a inversionistas británicos. Gobierno de Iglesias en Perú. Represión contra la prensa independiente. Creación del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública en Uruguay. José E. Otálora asu-

sa, creada por Plejanov y Akseldor en Suiza. Goutsky funda *Die neue zeit*; Malatesta en Florencia, *La Questione sociale*. Nacen J. M. Keynes y B. Mussolini. Muere C. Marx.

Dépez realiza el primer transporte de energía eléctrica a distancia.

P. Verlaine: *Antaño y bogaño*. F. Nietzsche: *Así habló Zarathustra* (—91). S. Stevenson: *La isla del tesoro*. G. de Maupassant: *Una vida*. L. Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea*. W. Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Amiel: *Diario íntimo*. V. de L'Isle Adams: *Cuentos crueles*. Delibes: *Lakmé*. Franck: *El cazador furtivo*. Nacen Franz Kafka y Ortega y Gasset. Muere R. Wagner.

1884

me la presidencia de Colombia. Expropiación de los territorios araucanos del sur de Chile tras la última gran sublevación india. En Brasil, la "Cuestión militar": divisiones entre políticos y militares. Cárdenas es presidente en Nicaragua.

Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles*. Varona: *Estudios literarios y filosóficos*. V. F. López: *Historia de la República Argentina* (-93). D. F. Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América*. Castro Alves: *Los esclavos*. R. Silva: *Artículos de costumbre*. Capistrano de Abreu: *El descubrimiento del Brasil y su desarrollo en el siglo XVI*. I. De María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87). Zorrilla de San Martín: primera cátedra de Literatura.

V: El general Joaquín Crespo es electo Presidente por dos años, con apoyo de Guzmán Blanco, quien sale luego como plenipotenciario a Europa. El país tiene alrededor de dos millones de habitantes; sólo el 2% recibe educación escolar. Comienza la instalación de la red telegráfica nacional. Ascenden a 3.000.000 las cabezas de ganado vacuno. Una plaga de langostas arrasa las cosechas. Los leprosos del Lazareto de Trujillo, hambreados, marchan sobre Caracas, generando inmensa conmoción. Muere Antonio Leocadio Guzmán. Se inauguran las líneas telefónicas Caracas-La Guaira y Caracas-Valencia. Se crea el Territorio Federal Delta Amacuro.

M. Briceño: *Los Ilustres. Páginas de la Historia de Venezuela*. J. P. Clarens: *Boliviar, sa vie, son oeuvre*. Jenny de Tallenay: *Souvenirs du Venezuela*. A. Mata: *El Decálogo*. T. Michelena: *Débora*.

AL: Reforma constitucional en México para permitir reelección de P. Díaz y

Los ingleses en Sudán, colonia alemana en el sudoeste africano. Crack bursátil en Nueva York. Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Ley de seguro social en accidentes de trabajo en Alemania. Minas de oro en Transvaal. Ley de Waldech-Rousseau sobre sindicatos. Ferrocarril transcaspiano llega a Samarcanda. Nuevamente legalizadas en Francia las sociedades obreras.

Nicolaiev descubre el bacilo del tétano. Frege publica: *Fundamentos de aritmética*. Los hermanos Renard construyen un globo dirigible. Parsons: turbina de vapor a reacción. Mengenthaler: linotipia (-86). H. de Chardonnet: seda artificial a la nitrocelulosa. Maxim: ametralladora. Eastman: película fotográfica en rollos.

E. Ibsen: *El pato salvaje*. H. Spencer: *El hombre contra el Estado*. F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad y el Estado*. G. B. Shaw: *Manifiesto de la sociedad fabiana*. Huysmans: *Al revés*. Daudet: *Safo*. L. de Lisle: *Poemas trágicos*.

1885

nuevo código minero que facilita penetración extranjera. Crisis económica cubana; G. Gómez y Maceo dirigen movimiento revolucionario desde el exilio. Tratado Keith-Soto instala empresas bananeras en Honduras. Segundo gobierno de Núñez en Colombia; constitución del Partido Nacional. Alzamiento y derrota de Eloy Alfaro en Ecuador. Pacto de Truce: Bolivia pierde la costa de la provincia de Atacama. Ferrocarril trasandino argentino-chileno. Sufragio universal en Chile para alfabetizados mayores de 25 años. Argentina logra importantes acuerdos comerciales con Europa; concluye la campaña del desierto con la matanza de los indios del sur; se promulga la ley de enseñanza laica, gratuita y obligatoria; se crea el Registro Civil. Abolición de la esclavitud en Ceará, Brasil.

Gavidia: *Versos*. J. Caicedo Rojas: *La bella encantadora*. Barros Arana: *Historia general de Chile*. Acevedo Díaz: *Brenda*. O. Bitac: *Poemas*. L. V. López: *La Gran Aldea*. M. Cané: *Juvenilia*. P. Groussac: *Fruto vedado*. F. Ameghino: *Filogenia*. A. de Oliveira: *Meridionales*. R. Barbosa dirige *El País*. Muere en París J. B. Alberdi.

V: Se producen alzamientos contra J. Crespo en Margarita, San Felipe, Los Teques, Trujillo y otras regiones; Venancio Pulgar invade por Carúpano. Se inaugura el tranvía Bolívar en Caracas.

T. Rodríguez: *Tradiciones populares narradas por varios escritores patrios*. Varios: *La delpiniada*. Nueva faz de la literatura venezolana. Lina López de Aramburu: *El Medallón*.

AL: Ley de colonización en México; apretamiento contra Guatemala. El presidente Barrios proclama la Unión Centroamericana; oposición de Costa Rica, Nicara-

Strindberg: *Casados* (1ª serie). P. Verlaine: *Poetas malditos*. Grupo "Los XX". Bruckner: *Séptima Sinfonía*. A. Gaudi: *La Sagrada Familia*. A. Rodin: *Los burgueses de Calais*.

Gabinete de Salisbury en Inglaterra. Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII rey de España; regencia de María Cristina de Habsburgo. Presidencia de Cleveland en EE.UU. Creación en Berlín del Estado Independiente del Congo. Los italianos ocupan Massaua y los ingleses Nigeria. Creación de la De Beers Cy Co. que controla la minería de África del Sur. Partido Obrero belga. Unión cooperativa de sociedades francesas de consumo.

Pasteur descubre la vacuna contra la rabia. Nordenfelt construye un submarino. Daimler inventa la motocicleta.

1886

Cumple el joven Díaz Rodríguez la edad de quince años y más tarde recibe el grado de bachiller.

gua y El Salvador; invasión guatemalteca al Salvador; muerte de Barrios; la Asamblea revoca el decreto presidencial. Los *marines* ocupan Colón, Panamá. Fracción del liberalismo colombiano contra el gobierno federal; fuerte repercusión en la economía del país. Pena de muerte en Ecuador. Renuncia de Iglesias en Perú; Cáceres entra a Lima. Se distribuyen entre jefes y oficiales de la Campaña al Desierto las tierras conquistadas al indio en Argentina; se producen conflictos con Chile por los límites patagónicos. Gabinete conservador en Brasil y Ley de Saraiva, estipulando que todos los esclavos mayores de 60 años quedarán libres. Se funda la Federación de Trabajadores del Uruguay y se promulga la Ley de matrimonio civil.

G. Rawson: *Estadística vital de Buenos Aires*. Cambaceres: *Sin rumbo*. R. Obligado: *Poesías y Santos Vega*. D. F. Sarmiento funda el diario *El Censor*. J. Martí: *Amistad funesta*. G. Prieto: *El romancero nacional*. Lastarria: *Antaño y hogaño*. Varona: *Revista Cubana* (-95). R. Darío: *Epístolas y Poemas*.

V: Guzmán Blanco es electo Presidente por dos años; régimen de La Aclamación; recibe el mando del encargado de la presidencia, M. A. Diez. Al año aquél entregará el poder para retirarse de la política. Son reestablecidas las relaciones con Francia.

A. Parejo: *Historia de una familia y Guai-caipuro*.

AL: Es sancionada en Colombia la nueva Constitución centralista, que da al país el nombre de República de Colombia. Abolición de la esclavitud en los dominios españoles. Gradual emancipación de esclavos en el Brasil. Ley de educación en

Oswald: *Tratado de Química General*. F. Nietzsche: *Más allá del bien y del mal*. C. Marx: *El Capital* (tomo II), compilado por F. Engels. Andersen: *Cuentos*. E. Zola: *Germinal*. J. Laforgue: *Lamentaciones*. Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. Becque: *La Parisiense*. J. M. Pereda: *Sotileza*. M. Twain: *Huckleberry Finn*. H. Richardson: *Almacenes Marshall, Field & Co.*, Chicago. G. de Maupassant: *Bello amigo*. Nacen Ezra Pound, D. H. Lawrence y Sinclair Lewis. Muere Víctor Hugo.

Segundo gabinete Salisbury; crecimiento del socialismo británico. Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. Se concluye el Canadian Pacific. 1° de Mayo: huelga de obreros de Chicago por jornada laboral de ocho horas; la policía acusa de atentado a sus líderes. Se funda la Federación de Obreros Americanos.

Hertz descubre las ondas electromagnéticas.

A. Rimbaud: *Illuminaciones*. Moréas: *Manifiesto simbolista*. E. D'Amicis: *Corazón*. E. Pardo Bazán: *Los pazos de Ulloa*. Kraft-Ebing: *Psicopatología sexual*. R. Stevenson: *El extraño caso del Dr. Jekyll y mister Hyde*. L. Tolstoi: *La Sonata a Kreutzer*,

1887

El bachiller Díaz Rodríguez inicia sus estudios de Medicina en la Universidad Central de Venezuela, donde tiene como maestro al Dr. Adolf Ernst.

Costa Rica. Constitución liberal en El Salvador (-1945); fuerza pública armada para controlar la vagancia en el campo. Sociedad promotora de la inmigración en São Paulo. Balmaceda es presidente de Chile; Cáceres del Perú. Juárez Celman es elegido presidente en Argentina: el cereal comienza a imponerse como primer producto de exportación; se mejora la ganadería de vacunos; aparece el Código Penal y se dicta el Código de Minería.

J. B. Alberdi: *Obras completas* (-87). García Mérou: *Libros y autores*. D. F. Sarmiento: *Vida y escritos del coronel F. J. Muñiz*; *Vida de Dominguito*. García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Díaz Mirón: *Poesías escogidas*. R. J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). C. L. Fragoiro: *Artigas*. Discurso de Manuel González Prada en el Ateneo de Lima. Escuela Nacional de Bellas Artes en Bogotá. J. Batlle y Ordóñez: *El Día*, en Montevideo. Muere J. Hernández.

V: Inglaterra exige indemnización por daño a tres buques, la que se paga a pesar de la protesta diplomática. Gran Bretaña ocupa la Guayana Esequiba; el gobierno rompe relaciones diplomáticas con ese país. Se producen alzamientos a los que el gobierno responde poniendo en práctica una política eminentemente represiva en nombre del Gran Partido Liberal. Hermógenes López recibe el poder de manos de Guzmán Blanco, quien parte hacia Europa como Ministro Plenipotenciario. Comienza la decadencia de las minas de oro de El Callao. Se instala en Caracas el Centro de la Unidad Iberoamericana. 2.216.634 habitantes tiene el país. Existen 1949 escuelas primarias.

V. A. Zerpa: *Parnaso venezolano* (-90).

AL: En Colombia se declaran abolidas to-

La muerte de Iván Ilich y *El poder de las tinieblas*. J. Laforgue: *Poesías*. F. Engels: *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Wundt: *Ética*. P. Loti: *El pescador de Islandia*. A. Chejov: *Cuentos*. A. Rodin: *El beso*. Muere Emily Dickinson.

Primera Conferencia Imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. Elección de Sadi-Carnot en Francia. El 11/XI: ejecución de los cinco dirigentes obreros anarquistas de Chicago. Gran conmoción nacional e internacional. Política anticlerical en Italia. Seguro obligatorio de accidentes en Austria. Cámara de trabajo en Bélgica.

Dunlop inventa el neumático. Weichlebaun descubre el meningococo. Se inventa el linotipo.

R. Kipling: *Cuentos simples de las colinas*. E. D'Anunzio: *Las elegías romanas*. Strindberg: *Hijo de sirvienta*. B. Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*. F. Nietzsche: *Genealogía de la moral*. G. de Maupassant: *El Horla*. Mallarmé: *Poemas completos*. V.

1888

das las leyes españolas. Primera zafra azucarera cubana con mano de obra asalariada. E. Carazo es presidente de Nicaragua. Tratado de límites Ecuador-Perú. Brasil no acepta el tasajo rioplatense. Telégrafo México-Guatemala. Oposición liberal a Cáceres en Perú. Se constituyen la Unión Industrial Argentina y "La Fraternidad", organización ferroviaria gremial. Primer concordato entre Colombia y la Iglesia. Censo cubano: 1.631.687 habitantes. Proceso chileno de debilitamiento del poder presidencial y predominio del Parlamento; formación del Partido Democrático. Restauración del principismo en el Uruguay, tras una década de gobierno militarista.

O. V. Andrade: *Obras poéticas*. J. Cambaceres: *En la sangre*. B. Mitre: *Historia de San Martín*. Bouzú: *Estudios constitucionales*. R. Darío: *Abrojos*. E. Rabasa: *La bola*. J. Rizal: *Noli me tangere*. Nace M. L. Guzmán.

V: Rojas Paúl es Presidente Constitucional elegido por el Consejo Federal. Se inaugura el ferrocarril Puerto Cabello-Valencia. Se inaugura la comunicación cablegráfica con Europa. Se inaugura la luz eléctrica en Valencia (segunda capital americana en adoptarla). Se subleva el general J. Crespo, por considerar fraudulentas las elecciones. Es vencido y expatriado. La sublevación marca el comienzo de la resistencia y rebelión popular. Se crea, para el tratamiento de los asuntos del agro, una Junta de Agricultores.

F. González Guinán: *El consejero de la juventud*. P. de Casanave y F. Haraine: *Les Etats Unis du Venezuela*. J. Gil Fortoul: *Julián*. Aparece la célebre revista *El Zulia Ilustrado*.

AL: Colombia: la Compañía Universal del Canal interoceánico es declarada en

van Gogh: *El padre Tanguy y Autorretrato*. C. Debussy: *La Doncella elegida*. Antoine funda el Teatro Libre. Nace Le Corbusier. Muere J. Laforgue.

Ascenso de Guillermo II. Conflicto germano-norteamericano por las islas Samoa. Papado: encíclica *Libertas*. Leyes de Seguros por accidentes de trabajo, en Alemania.

Exposición Universal de Barcelona. Creación del Instituto Pasteur. Expedición de Nansen a Groenlandia. Donhring: cemento armado pretensado. Forest: primer motor de gasolina.

Bosanquet: *Lógica*. F. Nietzsche: *El anti-cristo*. Ribot: *Psicología de la atención*. G. de Maupassant: *Pedro y Juan*. Strindberg: *La señorita Julia*. E. Ibsen: *La dama del mar*. A. Chejov: *La estepa*. P. Gauguin: *El cristo amarillo*. C. Debussy: *Arabescos*. Rimsky-Korsakov: *Scherezade*. Nace E. O'Neil. Muere Louisa M. Alcott.

1889

quiebra. Nueva reelección de P. Díaz en México. Predominio económico político de la burguesía cafetalera en Costa Rica. Es promulgada, en Argentina, la Ley de Matrimonio Civil; fuerte desvalorización de la moneda. Retracción de la producción cafetalera como consecuencia de la Ley Aurea de abolición de la esclavitud, en Brasil. Desarrollo industrial en Uruguay.

R. Darío emplea por primera vez la palabra "modernismo"; publica *Azul*. L. Díaz: *Sonetos*. E. M. Hostos: *Moral social*. F. Gamboa: *Del natural*. J. V. González: *La tradición nacional*. Ocantos: *León Zaldívar*. Reyes: *Por la vida*. Altamirano: *El zarco*. E. Acevedo Díaz: *Ismael*. J. Zorrilla de San Martín: *Tabaré*. J. T. Medina: *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile (-912)*. S. Romero: *Historia de la literatura brasileña*. J. Rosas: *Sobre las olas*. Nacen J. E. Rivera y López Velarde. Muere D. F. Sarmiento.

V: Gran reacción popular contra Guzmán Blanco, quien renuncia a su cargo de plenipotenciario. Los muchedumbres saquean las propiedades del exPresidente. Crece el apoyo al presidente Rojas Paúl. Se crea la Academia Nacional de la Historia.

R. Arvelo: *Poesías*. J. V. Camacho: *Poesías*. M. Landaeta Rosales: *Gran recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela y Hoja de servicios del Libertador*. T. I. Potentini: *Ensayos poéticos*. M. A. Saluzzo: *Estudios literarios*. A. Guzmán Blanco: *Apoteosis del General Páez*. A. Rojas: *Miranda en la revolución francesa*. Nacen Tito Salas y Armando Reverón.

AL: Código civil español en Filipinas. Pacto provisorio de unión entre El Sal-

Huelga de los estibadores en Inglaterra. Conferencia colonial en Bruselas. Huelgas mineras en Alemania y leyes de protección social. Harrison presidente de los EE.UU. Muere Luis I de Portugal. Cecil Rhodes recibe las concesiones africanas. Congreso de París y fundación de la Segunda Internacional. Establecimiento del 1º de Mayo como fecha de reivindicación de la jornada de 8 horas.

Sequeard descubre la función de las glándulas endocrinas y Behring las antitoxinas. Primer rascacielos en Nueva York. Exposición Internacional de París: la torre Eiffel. Eastmann: fotografía en celuloide.

Kropotkin: *El apoyo mutuo*. H. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Yeats: *Perigrinaciones de Oi-*

1890

vador, Honduras y Guatemala. Primera conferencia de los Estados americanos en Washington. Convención Cubana en Cayo Hueso. Campaña de represión periodística en Colombia. Contrato Grace en Perú para explotación por 66 años del guano y los ferrocarriles. Proclamación de la República en Brasil; la familia imperial abandona el país; gobierno provisorio inicia el período de la "República de la Espada", hasta 1894. Roberto Sacasa a la presidencia de Nicaragua y con él concluyen los llamados "30 años conservadores".

Ayón: *Historia de Nicaragua* (III). Payno: *Los bandidos de Río Frío* (-91). J. Martí: *La edad de oro*. J. Sierra: *México social y político*. Matto de Turner: *Aves sin nido*. J. A. Silva: *Nocturno II*. Gómez Carrillo llega a Europa. Muere Juan Montalvo.

V: R. Andueza Palacio es presidente. Prosperidad económica en el país: las exportaciones superan en diez millones a las importaciones. Es fundado el grupo político Unión Democrática. Se fundan las universidades del Zulia y de Carabobo.

L. López Méndez: *Mosaico de política y literatura*. M. V. Romerogarcía: *Peonía*. J. Calcaño: *El Héroe de Turbaco*. T. Febres Cordero: *Apoteosis de Colón*. T. Michelena: *Tres gotas de sangre*. D. Muñoz: *Ovejón*. Diario *La Religión*. Nacen J. R. Pocatererra y J. A. Ramos Sucre. Muere C. Rojas.

AL: En Colombia el gobierno dicta una serie de leyes tendentes a regular la actividad comercial. Es fundada la Academia Nacional de Medicina. En México permiten la reelección de Porfirio Díaz por enmienda constitucional. Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Aparecen discrepan-

sin. Eça de Queiroz: *Las cartas de Fradique Méndez*. Durkheim: *Elementos de sociología*. L. Bourget: *El Discípulo*. Hauptmann: *Antes del amanecer*. V. van Gogh: *Paisaje con cipreses*. Nacen Arnold Toynbee y Martin Heidegger.

Bismarck abandona el gobierno (20/III); el poder queda en manos de los Junkers. Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Kautsky funda el partido socialdemócrata alemán. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo-francesa. Ley Sherman antitrust en EE.UU.; tarifas aduaneras proteccionistas McKinley. Quiebra la banca Baring en Londres; crisis económica mundial. Ley sobre vivienda obrera en Inglaterra.

Behring: suero antidiftérico. Otto Lilienthal fabrica su primer artefacto volador exitoso.

C. Lombroso: *El delito político y la revolución*. W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. E. Zola: *La bestia humana*. O. Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Frazer: *La rama dorada*. K. Hamsun: *Hambre*. P. Cézanne: *Jugadores de cartas*. Borodin: *El Príncipe Igor*. Suicidio de V. van Gogh. Nace Charles De Gaulle.

1891

En la Universidad Central de Venezuela recibe el grado de Doctor en Ciencias Médicas.

cias entre el Partido Conservador nicaragüense y el presidente electo. Se produce en El Salvador el golpe de Estado de C. Ezeta. Morales Bermúdez es presidente del Perú. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete de Balmaceda. Crisis financiera en el Río de la Plata por la quiebra de la banca Baring. J. Herrera y Obes es presidente del Uruguay. Pánico bursátil en Buenos Aires; revuelta contra el presidente Juárez Celman en todo el país. Se funda la Unión Cívica. Juárez Celman renuncia y asume la presidencia Carlos Pellegrini. Se produce la primera revolución separatista en Río Grande do Sul. Es creada la Unión Panamericana, en Washington, por iniciativa de los EE. UU.

J. del Casal: *Hojas al viento*. A. Azevedo: *O cortico*. Ángel del Campo: *Ocios y apuntes*. Acevedo Díaz: *Nativa*. R. Darío define el modernismo.

V: El Congreso Nacional dicta una nueva constitución. Confrontación de límites con Colombia; arbitraje de España y pérdida venezolana de territorio. Tercer censo técnico: 2.221.572 habitantes.

T. Michelena: *Temperamento (Margarita Rubistein)* y *Un tesoro en Caracas*. J. Muñoz Tébar: *El personalismo y el legalismo*. A. I. Picón: *El gran pecado de Venezuela*. A. Rojas: *Orígenes Venezolanos*. Aparece en Caracas *El Cojo Ilustrado*.

AL: Crisis financiera en Uruguay; rebelión blanca reprimida. Constitución de los EE.UU. del Brasil; primer congreso de la república. En Colombia se agudiza la crisis en el partido conservador: división entre históricos y nacionalistas. El presidente chileno Balmaceda se ve obligado a promulgar por decreto un presupuesto que el Congreso se ha negado a aprobar;

Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del transiberiano. Fundación del Bureau Internacional de la Paz en Berna. Fracasa golpe de Estado de Boulanger, quien se suicida. Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, inaugura una nueva actitud de la Iglesia Católica ante la cuestión social.

Michelin patenta el neumático. Se descubren los restos fósiles del Pitecantropo de Java.

A. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. E. Ibsen: *Hedda Gabler*. Hardy: *Teresa de Uberville*. A. Bierce: *Cuentos de Soldados y de Paisanos*. S. Lagerlöf: *Saga de Gösta Berling*. Monet empieza *Las niñas*. P. Gauguin: *Las mujeres de Tahiti*. R. Strauss: *Muerte y transfiguración*. Mue- re A. Rimbaud.

1892

Díaz Rodríguez parte a Europa con el fin de realizar estudios de especialización, experiencia ésta que le servirá incluso de iniciación literaria.

intervienen los EE.UU. y Balmaceda renuncia, se asila y se suicida en la embajada misma. Se producen los saqueos de Valparaíso y Santiago; el almirante Montt es presidente (-1901). Es creado el Banco de la Nación Argentina.

J. Martí: *Versos sencillos y Los pinos nuevos*. J. Martell: *La bolsa*. Machado de Assis: *Quincas Borba*. C. Matto de Turner: *Indole*. Ocantos: *Quilito*. Delgado: *La calandria*. Pensón: *Cosas añejas y La Bolsa*. Lamas: *Génesis de la revolución*. Aparece *La Prensa*, en Bogotá.

V: Andueza Palacio trata de imponer una reforma constitucional para continuar en el poder; estalla la Revolución Legalista capitaneada por el Gral. Joaquín Crespo, quien triunfa y asume el poder. Los estados Falcón, Lara, Zulia, Zamora y los Andes forman la Liga de Occidente, contra el poder central.

Se funda el Ateneo de Caracas. J. Calcaño: *Estado actual de la literatura en Venezuela y Parnaso venezolano*. E. Blanco: *José Félix Ribas*. C. Zumeta: *Primeras páginas*. J. Gil Fortoul: *¿Idilio?* R. Arévalo González: *Escombros*. Muere J. A. Pérez Bonalde.

AL: Una revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla (III). J. Martí funda el Partido Revolucionario de Cuba y su periódico *Patria*. Estrada Cabrera queda en el poder en Guatemala. Se producen reformas al concordato con la sede apostólica, en Colombia; se autoriza el establecimiento de misiones religiosas en territorios indígenas. El presidente titular Núñez delega las funciones administrativas en Miguel Antonio Caro. El Mato Grosso declara su independencia como República Trasatlántica; se produce la insurrección de Río Grande do Sul dirigida por Gumersindo Saravia. Se ce-

Se produce la convención militar franco-prusiana. Tarifas proteccionistas en Francia; Ley de las 10 horas. Escándalo de Panamá en Francia: quiebra de Lesseps. En Italia se funda el Partido Socialista Italiano. Agitación obrera en EE.UU. Ministerio Gladstone en Inglaterra. Por bula papal queda permitida la participación de los católicos en la política de la república.

H. Ford construye su primer modelo de automóvil. Lorentz descubre los electrones; Schleich la anestesia local. Edison construye el Kinetoscopio. Lenard estudia los rayos catódicos.

E. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*. O. Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Hauptmann: *Los tejedores*. E. Zola: *La Debacle*. Maeterlinck: *Peléas y Melisande*. Menéndez Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana*. G. B. Shaw: *Casa de viudas*. Spencer: *Principios de Moral* (II y III). H. de Toulouse Lautrec: *Jane Avril ante el Molino Rojo*. Manet: *La catedral de Rouen*. Leoncavallo: *Los payasos*. V. Horta: *Casa Tassel de Bruselas*, el modernismo en la arquitectura. Muere E. Renan y Whalt Whitman.

1893

París primero y después Viena se convierten en el centro de sus actividades de trabajo. Sólo breves viajes a Italia le distraen ocasionalmente.

lebran en toda América Hispánica los cuatrocientos años del descubrimiento del continente. Batalla de Cururuyuquí, contra indios, en Bolivia.

Lafone Quevedo: Investigaciones arqueológicas en el norte argentino. J. del Casal: *Nieve*. F. Gamboa: *Apariencia*. Revista *Gris* (—96), en Colombia, e inauguración del teatro Colón de Bogotá. Nace César Vallejo. Muere J. J. Ortiz. R. Darío en España.

V: La Asamblea Constituyente redacta una nueva constitución. M. Guzmán Alvarez queda encargado de la presidencia. Se funda el Partido Republicano Liberal. Nuevo Código de Minas: se utiliza por primera vez la palabra petróleo.

L. Level de Goda: *Historia contemporánea de Venezuela política y militar*. A. Dominici: *La viuda del pescador* y *Juliana la lavandera*. G. Picón Febres: *Fidelia*. C. León: *Estudios sobre la libertad política del ciudadano*. Periódico *El Pregonero*.

AL: El Gobierno declara en estado de sitio la capital de la República de Colombia a causa de varios motines promovidos por el gremio de los artesanos. En Cuba aumentan la agitación y la propaganda autonomista: se divide el partido Unión Constitucional y se crea el Partido Reformista. Un alzamiento liberal encabezado por el general Zelaya derroca a Sacasa en Nicaragua; Managua es ocupada y Zelaya es proclamado presidente: Nueva Constitución: la "libérrima". Es reconocida la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. En México, J. Y. Limantour es ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Ferrocarril Lima-La Oroya, en Perú. Luchas políticas y conflicto con los radicales en la Argentina. El almirante Melo bombardea Río

Guerra de Melilla. Protectorado francés en Dahomey; ocupación de Siam. El proyecto de autonomía de Irlanda es rechazado por la Cámara de los Lores; fundación del Independent Labour Party en Inglaterra. Segunda presidencia de Cleveland en EE.UU.; crack bursátil; abolición de la Ley Sherman; protectorado impuesto a Hawái. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacre de Armenia. Nueva Zelanda: se le otorgan derechos políticos plenos a la mujer. Nace Maotse-Tung.

Exposición colombina de Chicago. Elster-Seitel: Célula fotoeléctrica. Diesel construye su primer motor a gas-oil. Morey: primer proyector cinematográfico.

Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y prosa*. Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio*, con la ilustración "Salomé", de Beardsley. E. Munch: *El grito*. P. I. Tchaicovski: sinfonía *Patética*. A. Dvorak: *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

1894

Al finalizar sus estudios se dedica a visitar otros países europeos antes de su regreso a Caracas.

de Janeiro y se une a los rebeldes de Río Grande do Sul. Lo reemplaza Da Gama.

R. J. Cuervo: *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana* (II).

J. L. Flores: *Horas*. Gómez Restrepo: *Ecós perdidos y apuntes de literatura*. Acevedo Díaz: *Grito de gloria*. Del Casal: *Bustos y rimas*. J. da Cruz e Sousa: *Broqueles*. R. Darío y J. Martí se encuentran en Nueva York. Darío viaja luego a Buenos Aires. Nace V. Huidobro. Mueren J. del Casal e I. M. Altamirano.

V: Crespo es electo presidente constitucional; se constituye la Cámara de Comercio de Caracas. Terremoto en los Andes. Nace el Gral. E. Arévalo Cedeño.

M. A. Pardo: *Al trote*. A. Avelado: *Páginas íntimas*. D. A. Olavarría: *Estudios histórico-políticos*. F. Betancourt Figueredo: *Guillermo*. M. Ch. Navarrete: *¿Castigo o redención?* A. Pietri Daudet: *Rougeon el polemista*. Revista *Cosmópolis* (P. C. Dominici, P. E. Coll y L. M. Urbaneja Achelpohl). Muere A. Rojas.

AL: Bonilla es presidente de Honduras. La producción cafetalera de Colombia alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Se descubre una emisión clandestina de dinero realizada por el Banco Nacional: el Gobierno ordena su liquidación, que tardará años en llevarse a efecto. Chile consolida su victoria sobre el Perú quedándose con Tacna y Arica. Idiarte Borda es presidente del Uruguay y R. Morales Bermúdez del Perú.

H. Frías: *Tomóchic*. M. González Prada: *Páginas libres*. C. Reyes: *Beda*. J. A. Silva: *Nocturno III*. M. Velasco: *El Valle de México visto desde el cerro Guadalupe*. A. Díaz: *Soledad*. Aparece la revista *Azul*, en México. Se funda la revista *Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, en

Asesinato de Sadi Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II es zar de Rusia. Guerra entre China y Japón (VII). Los italianos invaden Abisinia. Leyes contra los anarquistas en Italia, Francia y España. Gladstone se retira de la vida política. Fin de la guerra de Melilla: convenio con Marruecos. Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años.

Yersin: Bacilo de la peste. Roux: Suero antidiftérico. Lumière patentó el cinematógrafo.

C. Marx: Edición del Volumen II de *El Capital*. W. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. W. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica*. Büchner: *Darwinismo y socialismo*. S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo*. E. Ibsen: *El niño Eyolf*. R. Kipling: *El libro de la jungla*. Renard: *Cabeza de zanahoria*. Gaudet: *Elementos y teoría de la arquitectura*. C. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno*. Massenet: *Thaïs*. A. Rodin: *Los burgueses de Calais*. E. Degas: *Femme et sa toilette*. Otto Wagner: Estaciones del tranvía en Viena. G. Verdi: *Falstaff*.

1895

El 15 de agosto publica en *El Cojo Ilustrado* el artículo "Alrededor de Nápoles", que forma parte de su libro *Sensaciones de viajes*. Dos meses después publica en la misma revista "Bocetos psicológicos". A finales de año viaja a París para asistir a la publicación de *Sensaciones de viajes*.

1896

La editorial Garnier publica en Francia el primer libro de Díaz Rodríguez titulado *Sensaciones de viajes*. El autor regresa a Vene-

Buenos Aires. Nacen J. C. Mariátegui y J. Mancisidor.

V: Relaciones conflictivas con Inglaterra, Francia y Bélgica; se reanudan, en cambio con los Países Bajos. Primera manifestación de desempleados en Caracas. Establecimiento en Caracas de la Cruz Roja Internacional.

E. Blanco: *Las noches del Panteón*. R. Bolívar: *Guasa Pura*. Varios: *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes*. J. M. Núñez Ponte: *Estudios acerca de la esclavitud en Venezuela*. J. Gil Fortoul: *Pasiones*. G. Picón Febres: *Ya es bora*. F. Tosta García: *Don Secundino en París*. Nace T. de la Parra.

AL: En Colombia se produce una revolución liberal dirigida por el general Santos Acosta, quien es derrotado por las fuerzas gubernamentales. Eloy Alfaro es presidente de Ecuador y Piérola del Perú. Se produce la segunda guerra de independencia en Cuba. Los rebeldes son derrotados en Brasil: Da Gama se suicida. Pacto de Amapala para acordar una política exterior común entre Honduras, Nicaragua y El Salvador. Nueva Constitución en Ecuador. J. Martí muere en Dos Ríos. Arbitraje inglés para solucionar conflicto Chileno-Argentino; En Argentina, J. E. Urriburu es presidente por renuncia de Sáenz Peña.

T. Carrasquilla: *Ensayo sobre la doctrina liberal*. L. Díaz: *Bajorrelieves*. J. S. Chocano: *En la aldea*. M. Zeno Gandía: *La Charca*. E. Prado: *La ilusión americana*. González: *Ritmos*. Delgado: *Angelina*. Nacen Martínez Estrada, J. de Ibarbourou, L. de Grieff y D. Samper Ortega. Mueren Jorge Isaacs y Gutiérrez Nájera.

V: El Dr. Alberto González B. preside el primer Congreso de Obreros de Vene-

Ministerio Salisbury de coalición en Inglaterra. A Cánovas del Castillo gobierna España. Convención chino-japonesa sobre Pekín. Inauguración del canal de Kiel. Se forma Rodhesia del Sur. Masacres de armenios en Istanbul. Se funda la C.G.T. en Francia.

Röntgen: los rayos X. Expedición polar de Nansen. Ramsay y Sturt descubren helio y argón en la atmósfera. Exposición "Art Nouveau" en la galería Bing.

Hertzl: *El Estado judío*. P. Valéry: *Soirée con el Sr. Teste*. H. G. Wells: *La máquina para explorar el Tiempo*. M. de Unamuno: *En torno al casticismo*. R. del Valle-Inclán: *Femeninas*. Conrad: *La locura de Almayer*. Sienkiewicz: *¿Quo vadis?* Vernhaeren: *Las ciudades tentaculares*. Keats: *Poemas*. S. Freud: *Estudios sobre la histeria*. O. Wilde: *La importancia de llamarse Ernesto*. Crane: *La roja insignia del coraje*. P. Gauguin se instala en Tahití. P. Cézanne: *Las bañistas*. Muere F. Engels.

Acuerdo ruso-austriaco sobre los Balcanes. Continúa la expansión colonial: los ingle-

zuela donde obtiene para su libro el premio que la Academia de la Lengua otorgaba a la mejor obra literaria del año. Premio que resultó un tanto controversial por la oposición manifiesta de algunos miembros de la Academia quienes consideraron que la obra estaba saturada de ideas paganas.

1897

Publica *Confidencias de Psiquis*.

zuela. Se discutirá, entre otros puntos, la formación de un partido popular. Intentos de asesinar al presidente Crespo.

E. Bujanda: *Poesías*. P. E. Coll: *Palabras*. A. Mata: *Pentélicas*. C. Peraza: *Los piratas de la sabana*.

AL: Insurrección de los Yaquis en México. Primera campaña conservadora contra Zelaya en Nicaragua. Muere Maceo, en acción, en Cuba. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro N. Alem en Argentina; aprestos bélicos por la cuestión de fronteras con Chile; F. Errázuriz asume la presidencia en este país. El Gral. José M. Pando asume el poder en Bolivia. En Colombia se concreta el convenio Roldán-Passmore sobre deuda externa. Se oficializa la división del Partido Conservador. Se firma el tratado de límites con Costa Rica.

T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*. Espinoza: *Bases positivas del liberalismo*. Marroquín: *Blas Gil*. R. Palma: *Neologismos y americanismos*. F. Piria: *El socialismo triunfante*. Gamboa: *Suprema Ley*. R. Darío: *Prosas profanas y Los Raros*. R. Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. Paul Groussac funda la revista *La Biblioteca*, en Buenos Aires. Se suicida José Asunción Silva.

V: Ferrocarril Caracas-Valencia. Insurge la figura del Gral. José Manuel Hernández, "El Mocho", de tendencia conservadora. La economía del país sigue siendo básicamente agrícola: café, cacao, caña de azúcar.

J. Calcaño: *El castellano en Venezuela*. R. Racamonde: *Poesías*: Muere J. A. Calcaño.

AL: Nueva proclamación de la república de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro incorpora a

ses ocupan Sudán; los franceses Madagascar. Los italianos son derrotados en Abisinia, se produce una masacre de armenios en Constantinopla. Nueva ley contra la anarquía en España.

Inauguración de la Estatua de *La Libertad Iluminando al Mundo*, en Nueva York (Bartholdi). Fundación del *Daily Mail*. Primeros juegos olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Becquerel: la radiactividad natural. Rutherford: Detector magnético de ondas eléctricas.

Ribot: *Psicología de los sentimientos*. Kropotkin: *La anarquía*. H. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Bjornson: *Más allá de nuestros poderes*. A. Jarry: *Ubu rey*. E. Ibsen: *Juan Gabriel Borkman*. A. Chejov: *La gaviota*. Menéndez Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*. M. Proust: *Los Placeres y los días*. H. Matisse: *El tejedor bretón*. P. Gauguin: *Nacimiento de Cristo*. Puccini: *La Bohemia*. R. Strauss: *Así hablaba Zarathustra*. Muere P. Verlaine. Muere Nobel y se establece el régimen de premios que llevan su nombre.

Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. McKinley es presidente de los EE. UU. Fundación del movimiento sionista en Basilea: primer Congreso Internacional israelita. Minas de oro en Klondyke. Cánovas es asesinado por un anarquista en España; Sagasta asume el gobierno. Hambre en la India.

Braun: Tubo de rayos catódicos. Lorentz: teoría del electrón. Polémica, en París, entre Ferdinand Brunetière y Marcelin Berthelot acerca del "fracaso de la ciencia".

1898

Aparece *De mis romerías*, que constituye el segundo y último libro de viajes de Díaz Rodríguez.

los indios a la ciudadanía ecuatoriana. La flota italiana se halla anclada frente a Cartagena, para obligar a Colombia a pagar la deuda contraída. Adquiere auge la explotación de caucho en el Oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de Aparicio Saravia, en Uruguay; J. Idiarte Borda es asesinado. En Brasil, el Gral. Oscar, al frente de 5.500 soldados, vence en Canudos a Antonio Conselheiro, quien muere.

R. Jaimes Freyre: *Castalia Bárbara*. L. Lugones: *Las montañas de oro*. P. Grousac: *Del Plata al Niágara*. C. A. Becú: *En la plenitud de los éxtasis*. J. Nabuco: *Un estadista del imperio (-99)*. A. Blest Gana: *Durante la reconquista*. Fray Mocho: *Memorias de un vigilante*. C. Vaz Ferreira: *Psicología experimental*. C. Reyles: *El extraño*. J. E. Rodó: *La vida nueva*.

V: El Gral. Ignacio Andrade ocupa la presidencia. El Mocho Hernández se subleva; muere en la Mata Carmelera el Gral. J. Crespo. El país está endeudado con la banca privada. Nace Gustavo Machado.

R. Cabrera Malo: *Mimí*. Nace J. Garmendia. Muere Arturo Michelena.

AL: M. A. Sanclemente es elegido presidente de Colombia; el vicepresidente J. M. Marroquín toma posesión del cargo por ausencia del titular. La explosión del acorazado Maine, en La Habana, sirve de pretexto para la guerra entre EE.UU. y España. El tratado de París pone fin a la dominación sobre la isla por parte de España. J. A. Roca es presidente electo en Argentina; Campos Salles asume en Brasil; Zelaya es elegido por segunda vez en Nicaragua. Guerra civil en Bolivia (-99). Barrios es asesinado en Guatemala; Estrada Cabrera asume la presidencia. Se

A Desmoulin: *A qué se debe la superioridad de los anglosajones*. H. Ellis: *Estudios sobre psicología sexual*. A. Gide: *Los alimentos terrestres*. H. G. Wells: *El hombre invisible*. Ganivet: *Idearium español*. E. Rostand: *Cyrano de Bergerac*. P. Fort: *Baladas francesas*. W. Whitman: *Hojas de hierba* (ed. definitiva, póstuma. 1ª ed. 1855). Ch. Maurras: *Los desarraigados*. Mallarmé: *Divagaciones*. W. James: *La voluntad de crecer*. A. Chejov: *Tío Vania*. G. B. Shaw: *Cándida*. Guillaume: *Investigaciones acerca del níquel y de sus aleaciones*. P. Gauguin: *La Orana vacía*. Rousseau (El Aduanero): *La gitana dormida*. V. Horta: "Casa del pueblo" (Bruselas). Fundación de la *Sezession* vienesa: el modernismo austriaco.

España entre en guerra con los EE.UU.: paz de París (10/XII); Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam cedidas a EE.UU. por 20 millones de dólares; anexión definitiva de Hawai. Se reabre el caso Dreyfus en Francia. Dreyfus y Maurras fundan *Acción Francesa*. Surge el partido socialdemócrata en Rusia. Mueren Bismarck y Gladstone. Se forman los boxers en China.

Los esposos Curie descubren el radio. Koldeyew inicia las excavaciones que descubrirán Babilonia (-1917). Bordet: Suero hemolítico.

Le Bon: *Psicología de las masas*. Rosa Luxemburgo: *Reforma y revolución*. E. Zola: *Yo acuso*. O. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. Blasco Ibáñez: *La Barraca*. D'Annunzio: *El fuego*. Howard: *Mañana...* teoría de la ciudad-jardín. A. Rodin: *Balzac*. Puvís de Chavannes: *Genoveva velando sobre Lutecia*. Nacen E. Hemingway, F. García Lorca y B. Brecht.

1899

Después de haber sido publicados en *El Cojo Ilustrado*, se editan en un solo libro *Los cuentos de color*. Ese mismo año se une en matrimonio con Graziella Calcaño, hija de Eduardo Calcaño. Viaja de nuevo a París y comienza a escribir *Idolos rotos*.

reúne el Consejo de los Estados Unidos de Centromérica, en Amapala. Desembarco estadounidense en Puerto Rico y gobierno de John Brooke en San Juan.

G. Valencia: *Ritos*. J. M. Vargas Vila: *Flor de Fango*. J. J. Tablada: *El Florilegio*. A. Nervo: *Perlas negras*. J. S. Chocano: *La selva virgen*. Visconti: *Juventud* (primer exp. París 1900).

V: Trasponiendo la frontera desde Colombia el Gral. Cipriano Castro inicia en el Táchira la "Revolución Restauradora", conocida también como la "invasión de los 60", y asume el poder en Caracas. Venezuela pierde la Guayana Esequiba. Muere en París, A. Guzmán Blanco.

C. Zumeta: *El continente enfermo y Escrituras y lecturas*. C. León: *Mis ideas*. G. Picón Febres: *El Sargento Felipe*. P. C. Dominici: *La tristeza voluptuosa*.

AL: Comienza en Colombia la guerra civil de "los mil días": los liberales se levantan contra el gobierno conservador; R. Uribe y B. Herrera son sus más prestigiosos jefes. G. Vargas Santos tomará el mando de las tropas del gobierno. Se inicia el protectorado norteamericano sobre Cuba. El presidente dominicano Heurieux es asesinado y el jefe revolucionario Jiménez asume la presidencia. Primera aparición de Emiliano Chamorro (segunda campaña conservadora contra Zelaya) en Nicaragua. Gobierno de T. Regalado en Salvador. Cuestas es presidente constitucional en Uruguay; renovación del tratado de amistad con Gran Bretaña. Romaña es presidente en Perú. Atacama es territorio otorgado a Chile y no a Argentina. Peste bubónica en Santos; rebelión de caucheros en Acre, Brasil.

Machado de Assis: *Don Casmurro*. T. Carrasquilla: *Luterito*. Valencia: *Anarkos*.

Conferencia de paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse Chipre y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Creación del 1º Tribunal de Arbitraje. Convención anglo-francesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Se produce una revuelta contra los norteamericanos en Filipinas. E. Loubet es presidente de Francia. Se desarrolla el segundo proceso Dreyfus. Fundación de la United Fruit Co. Primer empréstito norteamericano al exterior por medio de la Banca Morgan.

Bosanquet: *Teoría filosófica del Estado*. L. Tolstoi: *Resurrección*. R. M. Rilke: *Canción de amor*. Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Haeckel: *Enigmas del Universo*. Maurras: *Tres ideas políticas*. E. Zola: *Fecundidad*. W. James: *Los ideales de la vida*. Carducci: *Rimas y ritmos*. A. Bierce: *Fábulas Fantásticas*. M. Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N° 1*. V. Guimard: Diseños "Art Nouveau" para las entradas del Metro de París. Muere Johan Strauss.

1900

J. E. Rodó: *Rubén Darío*. Gómez Carrillo: *Bohemia sentimental* y *Maravillas*. Gutiérrez Nájera: *Cuentos de color humo*. J. S. Chocano: *La epopeya del Morro*.

V: La deuda externa es de 189 millones; el gobierno solicita un crédito interno, los capitalistas privados se niegan y son encarcelados. Se sublevan El Mocho Hernández y A. Paredes, derrotados y prisioneros. Se produce un atentado contra el presidente Castro durante el carnaval caraqueño, sin ningún resultado. Terremoto en Caracas. Muere R. Andueza Palacio.

J. M. Cova Meza: *Clemencia*. T. Benítez López: *La promesa*. Nace el musicólogo J. A. Calcaño.

AL: Golpe del 31 de julio, en Colombia; Marroquín es proclamado presidente. La revolución es vencida en Palonegro, si bien la lucha proseguirá. Se produce en México la quinta reelección de Porfirio Díaz; Doheny & Co. organiza Mexican Petroleum Co., con una primera extracción en Ebano. Francia exige, apoyada en su flota, indemnización dominicana. Nicaragua firma con EE.UU. un tratado para la construcción de un canal interoceánico. Tratado de límites Argentino-Chileno por frontera andina. Fundación en Iquique, Chile, del sindicato Combinación Mancomunal de Obremos, al que se afilian casi todos los trabajadores de nitratos. El Censo Nacional arroja en Uruguay una cifra de 936.000 habitantes. Disputa de límites entre Brasil y Guayana Francesa; peste bubónica en Río de Janeiro; Censo Nacional, con un saldo de 17.384.340 habitantes.

Vargas Vila: *Ibis*. García Monge: *El Moto* y *Las hijas del campo*. E. Díaz Romero: *Llamas en el silencio*. J. E. Rodó: *Ariel*. C. Reyes: *La raza de Caín*. R. de las Carreras: *Sueño de Oriente*. Orrego Luco: *Un*

Fundación del Labour-Party, de la Federación General de Trade Unions en Inglaterra y de la Unión General de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París: creación del Bureau Permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración de la jornada de trabajo. Fundación de la Asociación Internacional para la protección legal del obrero. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekín. Los franceses en el Tchad, los ingleses en Pretoria y Transvaal.

Max Planck: teoría de los "cuanta". Zepelin: su primer dirigible. Rutherford: Descubre la emanación del radio. Exposición mundial en París. Reconocimiento de las leyes de Mendel.

Evans: *La civilización minoica*. Wundt: *Psicología del pueblo*. S. Freud: *La interpretación de los sueños*. E. Husserl: *Investigaciones lógicas*. B. Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Ellen Kay: *El siglo de los niños*. Spitteler: *Primavera olímpica*. Harnack: *Naturaleza del cristianismo*. Dreiser: *Sister Carrie*. Puccini: *Tosca*. A. Gaudí: "Parque Güell". Mueren Ruskin, F. Nietzsche y O. Wilde.

1901

Publica *Idolos rotos*, su primera novela que le valdría el calificativo de *desarraigado*. En la contraportada anunciaba la aparición de otra novela titulada *Barroco criollo* y que años más tarde publicaría con el nombre de *Peregrina* o *el Pozo encantado*.

1902

Muere Don Juan Díaz Chávez, padre del escritor; éste inicia su retiro campestre para encargarse de la hacienda paterna. Es publicada su segunda novela *Sangre Patricia*, titulada inicialmente *Uvas del trópico*.

idilio nuevo. S. Romero: *Ensayo de sociología y literatura*. J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. J. J. Tablada en el Japón. Revista *La Gruta* (—04) en Colombia.

V: Castro es presidente constitucional de Venezuela. Invasión y derrota del conservador C. Rangel Garbiras. L. Mendoza se subleva y es derrotado. Se producen disturbios estudiantiles; la Universidad es clausurada.

J. Calcaño: *Blanca de Torrestela*. P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*. F. Lazo Martí: *La Silva Criolla*. A. Carnevalli Monreal: *Bolivita*. Nacen M. Picón Salas, J. Fombrona Pachano y V. J. Cedillo.

AL: Revuelta maya en Yucatán, México. Constitución de Cuba. Enmienda Platt y presidencia de Tomás Estrada Palma en este país. Segundo Congreso Panamericano. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje, por diez años. Servicio militar obligatorio en Argentina; se reúne el Congreso Nacional Obrero. Los depósitos de guano en Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica son revertidos a Chile. Intensiva industrialización de São Paulo, Brasil. Los liberales son derrotados en la batalla de La Hacha, en Colombia; Venezuela suspende, acto seguido, sus relaciones diplomáticas con dicho país.

Vargas Vila: *Las rosas de la tarde*. H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*. González Prada: *Minúsculas*. Díaz Mirón: *Lascas*. J. S. Chocano: *El fin de Satán y otros poemas*. La Torre de los panoramas (J. Herrera y Reissig).

V: El Gral. Manuel Antonio Matos inicia la "Revolución Libertadora". Holanda, Gran Bretaña, Italia y Alemania bloquean las costas; bombardeo de Puerto Cabello;

A la muerte de la reina Victoria es coronado Eduardo VII rey de Inglaterra. Aseasinado el presidente McKinley en EE.UU., lo sucede Theodoro Roosevelt. Se firma el tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corp. Paz en Pekín. En Rusia se funda el Partido Social Revolucionario. Oficina Internacional del Trabajo (Suiza). Se realizan las primeras perforaciones en búsqueda de petróleo en Persia. Agitación laborista en España.

S. Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. D. Vries: *Teoría de las mutaciones*. Maeterlinck: *La vida de las abejas*. R. Kipling: *Kim*. Lagerlöf: *Jerusalem*. Th. Mann: *Los Bruddenbrook*. G. B. Shaw: *Tres piezas para puritanos*. Berstein: *Sobre la genealogía y la historia del socialismo*. S. Kierkegaard: *Obras Completas*. A. Chejov: *Las tres hermanas*. Guyau: *Génesis de la idea de tiempo*. P. Picasso: época azul y rosa (-05). M. Ravel: *Juegos de agua*. Primer premio Nobel: Sully Prudhomme (en literatura). Nacen Malraux y R. Alberti. Muere Toulouse Lautrec.

Se firma la paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE.UU. Alianza anglo-japonesa. EE.UU. adquiere las acciones francesas del canal

1903

Se dedica a la agricultura en su hacienda "Los Dolores" situada al este de Chacao en lo que hoy es Altamira.

Roosevelt es árbitro. Castro lanza su célebre proclama: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria...".

Nacen Gonzalo Barrios, Lucila Palacios y A. Reyes. Muere M. Tovar y Tovar.

AL: Fin de la guerra civil "de los mil días", en Colombia; tratados de Neerlandia, Wisconsin y Chinacota. Tercera reelección de Zelaya en Nicaragua; atentado al cuartel principal de las FF.AA. gubernamentales. Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala: Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE.UU. por reclamaciones económicas. Doctrina Drago y Ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales. De Paula Rodríguez es presidente del Brasil; iniciación del movimiento de Plácido de Castro para incorporación del territorio de Acre. La Habana: huelga de portuarios y tabacaleros.

R. Darío: *Salutación del optimista*. Othón: *Poemas místicos*. J. S. Chocano: *Poetas completas*. G. Aranha: *Canaán*. Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Vargas Vila: *Ante los bárbaros*. Se publica el periódico proletario "La Protesta", en Perú.

V: Castro renuncia pero el Congreso no acepta. Se suspende el bloqueo de las costas. La "Revolución Libertadora" es liquidada en Ciudad Bolívar. Protocolo de pago de la deuda externa (Washington).

M. E. Pardo: *Villabrava*. J. López: *Un Libertador*. M. Seijas: *Ave sin nido*. Nace A. Arráiz.

de Panamá. Se concluye la construcción del Transiberiano. Alfonso XIII jura la constitución como rey de España. Se produce la independencia de China y de Corea.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación de la Carnegie Institution. Construcción del primer motor marino Diesel. Bayliss y Starling descubren las hormonas.

B. Croce: *Estética*. Poincaré: *La ciencia y la hipótesis*. W. Sombart: *El capitalismo moderno*. V. I. Lenin: *¿Qué hacer?* Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. A. Gide: *El inmoralista*. A. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. H. James: *Las alas de la paloma*. M. Gorki: *Los bajos fondos*. Monet: *El puente sobre el Waterloo*. C. Debussy: *Peléas y Melisande*. Muere Emilio Zola.

Muere León XIII y asciende Pío X al trono pontificio. La obra de Loisy es condenada. Se firma el tratado Bunau-Varilla para la construcción del canal de Panamá. Se produce la escisión entre mencheviques y bolcheviques en el congreso de socialistas rusos en Londres. Se dicta la ley de seguros de enfermedad en Alemania.

Ford construye su fábrica de automoto-

1904

Continúa dedicado a su labores agrícolas, con el empeño de demostrar que un artista puede también dedicarse con éxito a tareas prácticas.

AL: Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre al Brasil. Cuba cede bases a EE.UU. (Guantánamo). Colombia rehúsa ratificar el tratado Hay-Herrán, por el cual debe ceder a EE.UU. la zona del Canal a cambio de una indemnización. Panamá declara su independencia, que EE.UU. reconoce y apoya, y se firma el tratado Bunau-Vari-lla para la construcción del Canal. EE. UU., México, Francia, Holanda y Bélgica debaten reclamaciones en el tribunal de La Haya. Creciente desarrollo agropecuario en la Argentina. Iluminación eléctrica en Río de Janeiro y Managua. Matanza de los obreros salitreros en Iquique, Chile. Se produce en Nicaragua la "Revolución del Lago". P. J. Escalón es presidente de El Salvador. J. Batlle y Ordóñez es presidente de Uruguay.

J. Ingenieros: *La simulación de la locura*. C. O. Bunge: *Nuestra América*. F. Sánchez: *M'hijo el doctor*. J. M. Rivas Groot: *La verdadera originalidad en las letras y en las artes*. R. Darío: *Oda a Roosevelt*. R. Palma: *Papeletas lexicográficas* y *Dos mil seiscientas voces que hacen falta en el diccionario*. Darío Herrera: *Horas lejanas*. C. Portinari: *Cargadores de café*. E. González Martínez: *Preludios*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*.

V: El tribunal de La Haya falla a favor de las potencias europeas y ordena cumplir los protocolos de Washington de 1903. La deuda externa alcanza a 10 naciones y 20 millones. Se instaura el divorcio. Nace L. B. Prieto Figueroa.

R. Arévalo González: *Maldita juventud*. P. C. Dominici: *Dionysos*. E. C. Guerrero: *Luci*. Nace M. F. Rugeles.

AL: Rafael Reyes es presidente de Colombia. Tratado de paz entre Bolivia, Perú y Chile; la primera cede las provincias ma-

res. Hnos. Wriqth: primer vuelo exitoso en aeroplano a motor.

Lévy-Brull: *Moral y ciencia de las costumbres*. E. Taylor: *Cultura primitiva* (1ª ed. en 1871). S. Butler: *El camino de toda carne*. G. B. Shaw: *Hombre y superhombre*. Sorel: *Introducción a la economía moderna*. A. Machado: *Soledades*. H. Bergson: *Introducción a la Metafísica*. R. Rolland: *El teatro del pueblo*. Moore: *Principia Ética*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. D'Annunzio: *Láides del cielo*. Se constituye la Academia Goncourt. Mueren Paul Gauguin, de retorno en Francia, y Camille Pissarro.

Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y en Vladivostock. Sun-yat-Sen funda el Kuo-Ming-Tang. Francia rompe relaciones con el papado. Congreso socialista de Amsterdam. Sublevación de los boers en Transvaal.

T. Garnier: *Proyecto de ciudad industrial*. L. Pirandello: *El difunto Matias Pascal*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (12). J. London: *El lobo del mar*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Picasso se instala en Bateau-Lavoir. Van Dogen: *Desnudo acostado*. Fundación de

1905

Nace su hija Yolanda; sigue dedicado a las labores propias del medio rural.

rítmicas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. Revolución de A. Saravia en Uruguay. M. Quintana es presidente de la Argentina; A. Palacios es el primer diputado socialista en el Congreso. Serapio Calderón asume provisoriamente la presidencia en el Perú; se realizan elecciones y José Pardo y Barrera resulta electo primer magistrado. La Asamblea de Puerto Rico vota por convertirse en un estado de los EE.UU.

L. Lugones: *El Imperio Jesuítico*. R. Palma: *Tradiciones Peruanas*. J. Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub Terra*. H. Quiroga: *El crimen del otro*. A. Blest Gana: *Los transplantados*. J. S. Chocano: *Los cantos del Pacífico*. Vargas Vila: *Los divinos y los humanos*. Revista *Contemporánea*, en Colombia. Nace Pablo Neruda.

V: Castro es reelecto; J. V. Gómez es vicepresidente. El gobierno incauta la Compañía del Cable Francés y se rompen relaciones con Francia. Epidemia de fiebre amarilla y paludismo. Nace Raúl Leoní. Muere J. P. Rojas Paúl.

V. M. Ovalles: *El llanero*. E. Blanco: *Fauvette*. T. Febres Cordero: *Don Quijote en América*. G. Picón Febres: *Flor*.

AL: Reyes clausura el Congreso en Colombia y crea, en su lugar, la Asamblea Nacional, invocando "la suprema ley de la necesidad". Se producen reformas constitucionales que aumentan el poder del ejecutivo. La aduana dominicana queda en poder de los EE.UU. Estrada Cabrera es presidente de Guatemala. Estrada Palma es reelecto en Cuba. Motines de protesta se realizan en Chile por la carestía de la vida. Comienza la construcción del Canal de Panamá. Se produce un atentado anarquista contra el presidente argentino Quin-

L'Humanité. Nace Salvador Dalí. Muere A. Chejov.

Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsu-shima. Constitución de la Central Obrera Socialista. "Domingo Rojo" en San Petersburgo. Huelga general en Rusia y constitución del primer Soviet. Ley de 9 horas en Francia: Separación del Estado y la Iglesia. Segunda presidencia de Th. Roosevelt en EE.UU.

Lorentz, Einstein y Minkowski formulan la teoría de la relatividad restringida.

S. Freud: *Teoría de la sexualidad*. M. de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho Panza*. R. M. Rilke: *Libro de horas*. Mach: *Conocimiento y error*. W. James: *¿Existe la conciencia?* W. Dilthey: *Experiencia y poesía*. M. de Falla: *La vida breve*. R. Strauss: *Salomé*. Los Fauves en Francia. *Die Brücke* en Alemania. H. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé. Rilke es secretario de Rodin, en París. Isadora Duncan en Rusia. Nace Jean-Paul Sartre. Muere Julio Verne.

1906

Comparte su tiempo entre la administración de la hacienda y la actividad literaria.

tana. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera y consecuente prisión. Ley de vacunación obligatoria en Brasil, que firma tratados de límites con Venezuela y Argentina. Se registran 3 huelgas en este último país.

L. Lugones: *La guerra gaucha* y *Los crepúsculos del jardín*. R. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. P. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. Riva Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente*. J. Ribeiro: *Páginas de Estética*. A. Nervo: *Jardines interiores*. Grillo: *Raza vencida*. Echeverría: *Concherías*. En Argentina se funda la Universidad de La Plata.

V: El general Juan Vicente Gómez encargado provisoriamente de la presidencia. Castro enferma de gravedad pero reasume el poder al descubrir una conspiración en su contra. Se interrumpen relaciones con Colombia.

R. Cabrera Malo: *La guerra*. A. Arvelo Larriva: *Enjambre de rimas*. E. G. González: *Al margen de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cuentos de poeta* y *Camino de imperfección*. G. Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*. Nace Arturo Uslar Pietri.

AL: Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Roosevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de marines y control americano sobre la isla con Ch. Magoom como gobernador; Ricardo Flores Magón es encarcelado en EE.UU.; se clausura el periódico *Regeneración*. *Modus vivendi* entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo; problemas limítrofes entre Perú y Bolivia. Personería Jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depone a L. García; Constitución liberal

Encíclica *Vebementer nos* y condena, por Pío X, de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. Terremoto en San Francisco, California. Conferencia de Algeciras entre España y Francia; acuerdos sobre Marruecos.

Premio Nobel de la Paz a Th. Roosevelt. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Eijkman: sobre las vitaminas. Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplón. Reacción de Wasserman.

Westermarck: *Origen y evolución de las ideas morales*. Hobhouse: *Moral en evolución*. U. Sinclair: *La jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Pascoli: *Odas e himnos* (-13). Keyserling: *Sistema del mundo*. A. Bierce: *Diccionario del diablo*. R. Musil: *Las tribulaciones del estudiante Törless*. R. del Valle-Inclán: *El Marqués de Bradomín*. Alain: *Divagaciones*. G. Braque: *El puerto*. Mueren Paul Cézanne y Enrique Ibsen.

1907

ecuatoriana (23/XII). Zelaya por cuarta vez presidente de Nicaragua. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo; proyecto del P. E. limitando la jornada de trabajo; leyes jubilatorias, educación popular, obras públicas, tecnificación, limitación del empresariado extranjero, prohibición de crucifijos en los hospitales. Figueroa Alcorta es presidente de la Argentina: 170 huelgas en el país. Terremoto en Valparaíso; P. Montt presidente de Chile. Alianza de cafeteros de Minas y São Paulo para sustentar precio del café en mercado mundial. Primer vuelo público de Santos Dumont.

J. E. Rodó: *Liberalismo y Jacobinismo* (Polémica de Rodó con Pedro Díaz sobre la supresión de imágenes religiosas). R. Payró: *El casamiento de Laucha*. L. Lugones: *Las fuerzas extrañas*. A. Falco: *Cantos Rojos*. A. Nin Frías: *Estudios sobre Jesús y su influencia*. H. Quiroga: *La serpiente de cascabel*. R. Palma: *Mis últimas tradiciones peruanas*. J. S. Chocano: *Alma América y Fiat Lux*. (ed. Madrid). J. M^a Rivas Groot: *Resurrección*. Revista *Cosmos* en Nicaragua. Nacen José Coronel Urtecho y José Román.

V: Se otorgan concesiones petroleras por cincuenta años a A. J. Vigas, que luego pasarán a la Colón Development. Tropas del gobierno matan al general Antonio Paredes. Eustoquio Gómez asesina en un bar al gobernador de Caracas, Mata Ilias. El Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras.

R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*. Julio Rosales: primeros cuentos publicados en *El Cojo Ilustrado*.

AL: Perú y Chile firman tratado de paz. Candidatura de Piérola a la presidencia del Perú. Argentina decreta la jornada de

Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia; la triple *Entente*. Gustavo V es rey de Suecia. Fundación de la compañía Shell. Rusia y Japón dividen Manchuria. Crisis económica en EE.UU. y Europa. La armada británica sustituye el carbón por el fuel-oil.

Willstater: estudios sobre la clorofila. Lumière: fotografía en colores. El Gral. Baden-Powell funda los *boy-scouts*. E. Cohl inventa el dibujo animado.

H. Bergson: *La evolución creadora*. W. G. Summer: *Folkway*. W. H. R. Rivers:

1908

Díaz Rodríguez decide poner fin a su retiro campestre. Publica *Camino de Perfección* (Ollendorf, París) con portada de Tito Salas.

8 horas para mujeres y menores (14/X); 231 huelgas en el país. Conferencia Centroamericana en Washington D. C. (23/XI). Comisión Rondón inicia obras telegráficas en Brasil (Río-Mato Grosso, Acre, Amazonas); Von Ihering, director del Museo Paulista, recomienda exterminio de los indios. Zelaya niega autorización para base naval norteamericana en el Golfo de Fonseca; Nicaragua ocupa la capital de Honduras. Bonilla renuncia. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Huelga general en Chile. Concentración obrera en la ciudad de Sta. María de Iquique; represión y muerte de 2.500 trabajadores. Puerto Rico: Regis Post asume como gobernador. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía política y suspensión de ley marcial. En Uruguay: Claudio Williman es elegido presidente. Ley electoral: la minoría por departamento tendrá representación donde supere $\frac{1}{4}$ o $\frac{1}{3}$, según corresponda. Ley abolviendo la pena de muerte. Ley de divorcio absoluto. Represión sindical en Montevideo.

J. S. Chocano: *Los conquistadores*. R. Darío: *El canto errante*. A. A. Vasseur: *Cantos del nuevo mundo*. D. Agustini: *El libro blanco*. F. Sánchez: *Nuestros hijos*. F. García Calderón: *Le Pérou contemporain*. B. Lillo: *Sub sole*. M. Azuela: *María Luisa*. J. Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial*. H. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*. C. Vaz Ferreira: *Los problemas de la libertad*. Revista *Nosotros*, en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos*. Lima: revista *Contemporánea*. En Nicaragua: Revistas *Alma joven*, *Germinal* y *Albores*. Nace Manolo Cuadra.

V: Castro, gravemente enfermo, sale para Europa; Gómez a cargo del poder. Barcos holandeses amenazan las costas del país. En Caracas, reacción popular contra Cas-

The Todas. M. Gorki: *La madre*. W. James: *Pragmatismo*. S. George: *El séptimo anillo*. R. del Valle-Inclán: *Aromas de leyendas*. Rousseau: *La encantadora de serpientes*. Yeats: *Deirdre*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matynski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni*. G. Mahler: *Sinfonía N° 8*. P. Picasso: *Las señoritas de Aviñón*. F. de Saussure dicta su primer curso de lingüística en Ginebra. Nace Alberto Moravia. Muere Sully Prudhomme.

Jornada de 8 horas en minas británicas. Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Levantamiento de los jóvenes

tro y saqueo de *El Constitucional*, vocero del régimen. Epidemia de peste bubónica en La Guaira. El comercio con Estados Unidos comienza a suplantar al realizado con Europa y el dólar va sustituyendo a la libra esterlina. Deuda pública: 230 millones de bolívares. Ingresos anuales del Tesoro: 50 millones de bolívares. Población del país: 2.664.000 habitantes. Nacen Rómulo Betancourt y Jóvito Vilalba.

C. Peraza: *Leyendas del Caroní*. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. A. B. Leguía es presidente constitucional del Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera; Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Ruy Barbosa defiende tesis de igualdad de naciones menores en la Conferencia Internacional de La Haya. Escuadra de guerra norteamericana frente a Nicaragua; inmigración salvadoreña, guatemalteca y hondureña. Guatemala: atentado contra Estrada Cabrera y cruentas represalias de éste. Censo nacional en Uruguay: 1.042.686 habitantes. Extranjeros: 17,38%. Entra en funciones la Suprema Corte de Justicia. Monopolio del Estado en la explotación y administración del Puerto de Montevideo.

A. de Estrada: *El buerto armonioso*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. J. Herrera y Reissig: *Sonetos vascos*. H. Quiroga: *Historia de un amor turbio, Los perseguidos y Bohemia*. Revistas *Esfinge* y *La Patria de Darío*. L. Argüello: *Claros de alma*. D. Mayer: *Estudios sociológicos*. J. S. Chocano: *El Dorado*. G. Laferrère: *Las de Barranco*. E. Carriego: *Misas he-*

turcos en Salónica. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. Se establece la Unión Sudafricana.

Blériot atraviesa el Canal de la Mancha en avión. Invención del neumotórax. Ford Motor Co. produce el 1º Ford "T".

W. MacDougall: *Introducción a la psicología social*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. E. Pound: *A lume spento*. J. Romain: *La vida unánime*. A. France: *La isla de los pingüinos*. U. Sinclair: *La metrópolis*. Khlebnikov: *Poesías*. Larbaud: *Las poesías de A. O. Barnabooth* (-23). Fundación del periódico *Acción Francesa* en París (Maurras, L. Daudet, Bainville, Bourget). El cine descubre California: nacimiento de Hollywood. Se acuña el término "cubismo" durante una exposición de G. Braque. B. Bartok: *Cuarteto para cuerdas Nº 1*. M. Ravel: *Mi madre la Oca*. Nace Simone de Beauvoir.

1909

Díaz Rodríguez entra a desempeñar la dirección de un nuevo diario llamado *El Progresista*, órgano de un partido político recientemente fundado y cuyos integrantes eran además de él, Pedro M. Arcaya, R. Blanco-Fombona y César Zumeta, entre otros. Es nombrado Vicerrector de la Universidad Central de Venezuela.

rejes. A. Brogua: *Tabaré*. M. González Prada: *Horas de lucha*. V. A. Belaúnde: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. O. Luco: *Casa Grande*. E. Larreta: *La gloria de Don Ramiro*. Se fundan en Perú la *Revista Histórica* y el semanario *Variedades*. Muere Machado de Assis. F. Braga: Sociedad de Concierdos Sinfónicos del Brasil. Primeros filmes argentinos y brasileños.

V: Gómez asume la presidencia con apoyo de EE.UU. Se instaura una férrea dictadura de corte rural que durará 27 años y que defraudará las ilusiones democráticas de una "nueva era". Reforma de la Constitución.

P. Gil: *El Cabito*. J. Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*. R. Torrealba Alvarez: *Mártires de la tiranía*. L. M. Urbaneja Achelpohl: *Los abuelos*. A. Arvelo Larriva: *Sones y canciones*. Grupo y revista *La Alborada* (R. Gallegos, J. Planchart, J. Rosales, E. Soubiette). Fundación de *El Universal* (A. Mata).

AL: Piérola y su partido encabezan la oposición; política de nuevos impuestos provoca protestas generalizadas en todo el país; *cassus belli* con Bolivia. Se produce un golpe de Estado; Leguía es apresado pero se niega a renunciar (29/V). Es suspendida la enseñanza religiosa en Uruguay. Se acrecienta notablemente la actividad anarquista en Argentina a causa del 1º de Mayo. Saldo de varios muertos y heridos. Se retiran de Cuba las tropas norteamericanas. Colombia reconoce la soberanía de Panamá frente a EE.UU. Tratado Root-Cortez (9/I). Cae el presidente Reyes (8/VII); el vicepresidente Jorge Holguín asume el mando. Guerra civil en Honduras (—11). Se construye en Chile el ferrocarril Arica-La Paz. Los presidentes Porfirio Díaz y William Taft se entrevistan

Taft presidente de EE.UU. Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austriaco a Servia. Mohamed V. sultán de Turquía.

Se sintetizan el caucho, el celofán y la baquelita. Ford fabrica tractores. Peary en el Polo Norte.

Maeterlinck: *El pájaro azul*. E. Pound: *Persona*. H. Hubert & M. Mauss: *Esbozo de una teoría general de la magia*. A. van Gennep: *Los ritos de transición*. V. I. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. F. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Stein: *Tres vidas*. F. L. Wright: *Robie House* (Chicago). B. Croce: *Lógica*. M. Machado: *El mal poema*. Bourdelle: *Erakles arquero*. A. Gide: *La puerta estrecha*. W. James: *Problemas fundamentales de la filosofía*. G. Braque: *Cabeza de mujer*. Ballets rusos de Diaghilev en París. Fundación de *La Nouvelle Revue Française* (Cocteau, Gide, Claudel y Schlumberger). S. Freud y C. G. Jung en EE.UU. Primeras pinturas abstractas (*Paisajes con casas*) de Basilio Kandinsky. A. Schönberg: *Tres piezas para piano op. 11*.

1910

Viaja a Buenos Aires como representante de Venezuela ante la Cuarta Conferencia Panamericana.

en la frontera (16/X). Revolución contra Zelaya en Nicaragua con intervención de los marines so pretexto de haber sido fusilados dos norteamericanos.

M. González Prada: *Presbiterianas*. J. C. Tello: *Antigüedad de la Sífilis en Perú*. Villa Lobos: *Cánticos Sertaneros*. C. Vaz Ferreira: *Pragmatismo*. L. Lugones: *Lunario Sentimental*. J. E. Rodó: *Motivos de Proteo*. E. Acevedo: *Artigas*. Lima Barreto: *Recuerdos del escribiente Isaías Caminba*. P. Fígari: *Mercado viejo*. A. Blest Gana: *El loco Estero*. A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. R. Rojas: *La restauración nacionalista*. Se funda la revista *La Ilustración Peruana*.

V: El Congreso legaliza la presidencia de Gómez. Creación del Consejo de Gobierno, integrado por líderes gomecistas y castristas. Se celebra el centenario del 19 de abril de 1810, primer grito de independencia.

F. Tosta García: *Jacobilla*. R. Gallegos: primeros cuentos en *El Cojo Ilustrado*. Julio Rosales: "El corredor de caminos". Revista *Alma Venezolana* (L. M. Urbaneja Achelpohl).

AL: Problemas fronterizos entre Bolivia y Perú. Perú rompe relaciones diplomáticas con Chile. Mediación de Argentina, Brasil y EE.UU. para evitar guerra entre Perú y Ecuador. Revolución en Nicaragua; Triunfa: Juan José Estrada asume la presidencia. Intervención de los Estados Unidos ("pactos Dawson"). 600.000 habitantes en el país. Varios países conmemoran el centenario de su independencia: Argentina, Chile, Ecuador, Colombia y México. Roque Sáenz Peña es presidente de la Argentina (13/III); Cuarta Conferencia Panamericana, en Buenos Aires. Carlos Restrepo presidente de Colombia. Chile: muere el presidente Pedro Montt en Alemania.

Jorge V asciende al trono, a la muerte de Eduardo VII de Inglaterra. Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Venizelos preside el Consejo de Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez. Abolición de la esclavitud en China. Paso del Cometa Halley.

Santayana: *Tres poetas filósofos*. R. M. Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. R. Roussel: *Impresiones de Africa*. Russell-Whitehead: *Principia Mathematica*. R. Tagore: *Gitanjali*. Claudel: *Cinco grandes odas*. Lévy-Bruhl: *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*. E. Rostand. *Chantecler*. Mack Sennett: *The slaptisk comedy*. Pavlov: *Los reflejos condicionados*. M. Scheller: *El formalismo en la estética*. N. Angell: *La gran ilusión*. Natorp. *Fundamentos lógicos de las ciencias exactas*. Villaspesa: *Saudades*. A. Loos: Casa Steiner (Viena). G. de Chirico: *El enigma del Oráculo*. B. Kandinsky: *Acuarela abstracta*. F. Léger: *Desnudos en el bosque*. S. Stravinski: *El pájaro de fuego*. Mueren León Tolstoi, Mark Twain y Robert

1911

Es nombrado Director de Educación Superior y de Bellas Artes en el entonces Ministerio de Instrucción Pública. Muere su madre, Doña Dolores y entra en posesión de la hacienda "San José" (actual "Parque del Este" de Caracas); se dedica de nuevo a las labores agrícolas, mejorando al poco tiempo la posesión.

En Guatemala se prorroga la presidencia de Estrada Cabrera. México: es encarcelado Francisco Madero, candidato opositor; P. Díaz presidente por octava vez consecutiva. Revuelta popular en Puebla, Guerrero y Chihuahua, comienza la revolución mexicana. Ferrocarril trasandino Valparaíso-Mendoza. Ley electoral posibilitando mayor representación de las minorías en Uruguay; J. Batlle es proclamado candidato a la presidencia de la República. Hermes da Fonseca presidente de Brasil. Revuelta de la Armada y la Marina, represión y masacre de 500 marineros.

C. Reyles: *La muerte del cisne*. R. Barrett: *Moralidades actuales y Lo que son los yerbales*. O. Araújo: *Prosistas uruguayos contemporáneos*. H. Miranda: *Las instrucciones del año XIII*. P. Henríquez Ureña: *Horas de estudio*. Zorrilla de San Martín: *La epopeya de Artigas*. E. Herrera: *Su majestad el hambre*. D. Agustini: *Cantos de la mañana*. J. Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra*. Urbina: *Puestas de sol*. Antología *Parnaso chileno*. L. Lugones: *Odas seculares*. C. Vaz Ferreira: *Lógica viva*. J. de la Riva Agüero: *La historia en el Perú*. V. García Calderón: *Del romanticismo al modernismo, prosistas y poetas peruanos*. A. Gerchunoff: *Los Gauchos judíos*. M. Ugarte: *El porvenir de la América Española*. Z. A. Cáceres: *Mujeres de ayer y de hoy*. C. Torres: *Ydola Fori*. R. Darío: *Poema de Otoño*. Comienza a publicarse *El País* en Uruguay. Reaparición de la revista proletaria *La Protesta* (—23) en Perú. Mueren J. Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, R. Barrett y J. C. Blanco.

V: Creación, por decreto presidencial, de la Academia Militar. Los militares tendrán una participación decisiva en los destinos del país. El gobierno adquiere el Palacio de Miraflores, desde ese momento sede oficial de la presidencia.

Seguros sociales en Inglaterra. Taft disuelve la Standard Oil y la Tobacco Co. Sunyat-Sen proclama la República de Nankín. Golpe de Agadir. Guerra ítalo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. Se funda la Fe-

J. T. Arreaza Calatrava: *Canto a Venezuela y Cantos de la carne y del reino interior*. R. Blanco Fombona: *Cantos de la prisión y del destierro*. Pío Gil: *Cuatro años de mi cartera y Los felicitadores*. T. Febres Cordero: *Tradiciones y leyendas*.

AL: Tratado comercial entre Perú y Bolivia. Conflicto armado entre Colombia y Perú. Primer paro general de obreros en el Perú, en apoyo a los obreros textiles de Vitarte, que crean el primer sindicato obrero del Perú; crisis constitucional, el gobierno de Leguía impone un tercio parlamentario adicto contra la oposición del bloque civilista, encabezado por A. Miró Quesada, amnistía general para los presos y procesados políticos, ley de accidentes de trabajo. Hiram Bingham descubre Machu Picchu. Brasil amplía sus leyes sobre inmigración. Porfirio Díaz renuncia al poder. Madero es elegido presidente de México; Emiliano Zapata formula el Plan de Ayala. En Uruguay, Batlle es electo presidente por segunda vez: Consejo de Protección de Menores; Tratado con Brasil, modificando el de 1879. Se crea una Comisión Topográfica para la demarcación de límites entre los dos países. Nacionalización del Banco de la República y monopolio de los seguros por parte del Estado. En Nicaragua Adolfo Díaz (contador de empresas mineras norteamericanas) es presidente, tras una sublevación del ejército que obliga a renunciar a Estrada.

E. Acevedo Díaz: *Epocas militares en los países del Plata*. E. Herrera: *La moral de Misia Paca y El león ciego*. O. Araújo: *Historia de la escuela uruguaya*. González Martínez: *Los senderos ocultos*. A. Reyes: *Cuestiones estéticas*. González Prada: *Exóticas*. J. María Eguren: *Simbólicas*. Ureta: *Rumor de almas*. E. Banch: *La urna*. R. Barret: *El dolor paraguayo*. *Revista Mundial* (en París; R. Darío). *Re-*

deración Nacional del Trabajo en Barcelona.

Amundsen en el Polo Sur. Rutherford: teoría atómica nuclear.

F. Graebner: *El método en etnología*. F. Boas: *El significado del hombre primitivo*. D. H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana*. A. Jarry: *Ubu encadenado*. Saint-John Perse: *Elogios*. P. Baroja: *El árbol de la ciencia*. E. Pound: *Canzoni*. Claudel: *El rebén*. Chesterton: *Las historias del padre Brown*. B. Kandinski y P. Klee fundan *El jinete azul*. M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera N° 1*. R. Strauss: *El caballero de la rosa*. Maillol: *Flora*. C. Debussy: *El martirio de San Sebastián*. Maeterlinck: Premio Nobel de Literatura.

1912

vista *Atlántida*, en Nicaragua. Nace José María Arguedas.

V: Se inicia el auge definitivo de la explotación petrolera; Concesión Valladares, traspasada ese mismo año a la Caribbean (Shell): 27 millones de hectáreas en los Estados Anzoátegui, Carabobo, Táchira, Monagas, Mérida, Lara, Trujillo y Yaracuy, Territorio Federal Delta Amacuro y parte de Zulia, Falcón y Sucre. Fiebre amarilla, peste bubónica y viruela en Caracas y alrededores.

Fundación del Círculo de Bellas Artes (A. E. Monsanto, B. Monsanto, M. Cabré, A. Reverón, R. Monasterios, L. A. López Méndez, P. Martínez, R. Gallegos, J. Planchart, E. Planchart, A. Fuenmayor, L. Martínez, F. Paz Castillo, E. Calcaño, L. García Maldonado, M. V. Lecuna, L. E. Mármol y A. E. Blanco).

AL: Perú: el director de la compañía cauchera inglesa British Rubber Co. es juzgado y encontrado culpable de obligar a trabajos forzados a los trabajadores de la compañía: escisión del partido civilista; Guillermo Billinghurst presidente constitucional (24/IX). Enfrentamiento armado con Colombia. Huelga violenta, represión con saldo de más de 100 muertos. Linchamiento de Alfaro en Ecuador. Se promulga en Argentina, por medio de la Ley Sáenz Peña, el voto secreto y obligatorio. Insurrección negra en Cuba, desembarco de tropas norteamericanas (1/XI); el general Menocal es presidente. Conflicto entre Paraguay y Argentina, que rompen relaciones. Desembarco de marines en Honduras y Nicaragua; en ésta la ocupación es permanente y hay administración de aduanas, ferrocarril y banca hasta 1925. Rosendo Matienzo Cintrón funda el Partido Independentista de Puerto Rico. En Uruguay: La electricidad, el cabotaje nacional y los

Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos serbios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Se hunde el *Titanic* en viaje inaugural. Fundación del Kuo-min-Tang. Importantes huelgas en Inglaterra y EE.UU.

Hopkins: Las vitaminas. A. G. Fibiger produce los primeros tumores cancerosos en células sanas. Trabajo en cadena de las fábricas Ford.

E. Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa*. C. G. Jung: *Transformación y símbolo de la libido*. Claudel: *La anunciación a María*. A. France: *Los Dioses tienen sed*. G. B. Shaw: *Pigmalion*. R. Luxemburgo: *La acumulación de capital*. Papini: *Un hombre acabado*. A. Machado: *Campos de Castilla*. R. del Valle-Inclán: *Voces de gesta*. Barres: *Greco o el Secreto de Toledo*. J. Sorge: *El mendigo*. B. Kandinsky: *Lo espiritual en el arte*. W. James: *Ensayos sobre el empirismo radical*. G. Marcel: *Condiciones dialécticas de la filosofía*. M. Ravel: *Dafnis y Cloé*. A. Schoenberg: *Pierrot lunar*. Muere Menéndez Pelayo.

1913

bancos son monopolizados; se crean el Registro de Residencias, el Instituto de Química Celular y la Universidad para mujeres. Queda abolida la reclusión celular individual y continua. El Congreso de la FORU cuenta 7.000 miembros.

Hnos. García Calderón: *Revista de América en París*. F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique*. Pezoa Véliz: *Alma chilena*. A. dos Anjos: *Yo*. C. N. Roxlo: *Historia crítica de la literatura uruguaya*. L. A. de Herrera: *El Uruguay internacional*. R. Darío: conferencia sobre Herrera y Reissig. R. Barradas: *Piriápolis*. J. Gálvez: *El jardín cerrado*. J. Capello: *Los menguados*. R. Uribe Uribe: *De cómo el liberalismo no es pecado*. Blest Gana: *Gladys Fairfield*. A. Ortiz: *El parnaso nicaragüense*. Ortega Arancibia: *40 años*. Perú, fundación del diario *La Crónica* (C. Palma Director). Nace P. A. Cuadra.

V: José Gil Fortoul se encarga de la presidencia mientras Gómez se retira a la ciudad de Maracay, en la que residirá con frecuencia. El ministro de Instrucción Pública, Guevara Rojas, ordena el cierre de la Universidad, en medio de protestas profesoraes y desórdenes estudiantiles. Recrudece la represión política; prisión de Arévalo González y del general R. Delgado Chalbaud (este último, hasta 1927). La Shell Oil adquiere el control de las concesiones de la General Asphalt.

U. Pérez: *Anfora criolla*. R. Gallegos: *Los aventureros*. J. R. Pocater: *Política feminista*. R. Blanco Fombona: *Dramas mínimos*. J. A. Barazarte: *El tío Sam* (Novela antimperialista).

AL: Perú: en absoluto secreto el presidente Billinghurst y el congreso tratan el problema de Tacna y Arica en vistas a solucionarlas. Leguía es deportado, se pro-

Manifestaciones de sufragistas en Inglaterra. Turquía reinicia hostilidades. Nueva guerra balcánica. Poincaré presidente de Francia. Wilson de EE.UU. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas. Zanzibar es incorporada al África oriental inglesa. Detenido Mahatma Gandhi.

Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis de rayos X.

S. Freud: *Totem y tabú*. E. Husserl: *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. M. Proust: *En busca del tiempo perdido* (---27). C. Apollinaire: *Alcoholes* y *Los pintores cubistas*. M. de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Malevich: *Manifiesto del Suprematismo*. D. H. Lawrence: *Hijos y amantes*. M. Duchamp: *Rueda de bicicleta*. G. de Chirico: *Plaza de Italia*. Primera gran exposición de arte moderno. *Armony Show*

1914

Desempeña el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Desde la Cancillería redacta un documento con el fin de propiciar un Congreso de Neutrales, donde las naciones americanas participasen en la

mulga un decreto reconociendo jornada de ocho horas a los estibadores de El Callao; el Estado expropia el servicio de agua potable. Asesinato de M. E. Araujo en El Salvador; lo sucede Carlos Meléndez, que inicia la dictadura de los Meléndez. Bordas presidente de la República Dominicana. En México, trágicos diez días de Huerta; asesinato de Madero y Suárez, acciones de Carranza, Villa y Obregón contra el presidente Huerta; Wilson pide renuncia de Huerta. Se inaugura el ferrocarril Arica-La Paz. Colonización japonesa en Brasil. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para explotación petrolera. Argentina recibe 364.878 inmigrantes a lo largo del año. Se precisan los límites entre este país y Bolivia. Nuevos derechos de protección sobre el Canal de Panamá son concedidos a EE.UU. Puerto Rico: A. Yager gobernador; la Cámara de Delegados declara que P. R. tiene derecho a ser independiente. En Uruguay, Ley de divorcio por sola voluntad de la mujer. Huelga tranviaria y paro general de más de 50.000 trabajadores. Escisión del Partido Colorado.

Torres García: *La Catalunya eterna*. R. Sienra: *La dama de San Juan*. J. E. Rodó: *El mirador de Próspero*. D. Agustini: *Los cálices vacíos*. J. Herrera y Reissig: *Obra Completa* (póstumo). P. Dávalos y Lisson: *Leguía* (novela histórica). F. García Calderón: *La creación de un continente*. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*. E. Carriego: *El alma del suburbio*. México: *La Adelita*, *La Cucaracha*. Buenos Aires: *El apache argentino* (Aróstegui). Díez Canedo: *Poesía Moderna Francesa* (Antología). Freitas: *Una víctima americana*. Solón Argüello es fusilado en México y aparece su último libro: *Cosas crueles*.

V: Gómez electo presidente constitucional de la República, encarga al doctor V. Márquez Bustillos, mientras él asume fun-

de Nueva York. I. Stravinski: *La consagración de la primavera*. Nace Albert Camus.

Se desencadena la Primera Guerra Mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Aus-

creación de un organismo nuevo y permanente. Una crisis ministerial separó al ministro de su cargo antes de enviar la comunicación a los países amigos, como el mismo Díaz Rodríguez explica a Andrés Mata, para entonces director de *El Universal*.

ciones de Comandante en Jefe del Ejército, con asiento en Maracay. Primer levantamiento del general Arévalo Cedeño. Inicio de la producción comercial de petróleo en el Zulia (Mene Grande).

E. Arroyo Lameda: *Momentos*. M. S. Sánchez: *Bibliografía venezolanista*. J. Rosales: *Bajo el cielo dorado*. A. Díaz Guerra: *Lucas Guevara*. C. E. Villanueva: *Villa Sana*.

AL: Perú: sublevación militar al mando del coronel Oscar Benavides. Derrocamiento y prisión de Billinghurst (4/II); asesinato del ministro de la guerra. Junta militar asume el gobierno. Benavides presidente provisional, mayoría en el congreso apoya al vicepresidente Roberto Leguía. Varios intelectuales presos. Crisis económica. Tratado Thompson-Urrutia: Colombia ratifica su reconocimiento de la independencia de Panamá; se inaugura el canal de Panamá. Bloqueo y desembarco norteamericano en Veracruz; en Niágara se realiza la conferencia para resolver diferencias entre México y EE.UU. Renuncia Huerta, Carranza presidente, Zapata y Villa en su contra. Conferencia de Aguascalientes. Tratado Bryan-Chamorro para el canal interoceánico por Nicaragua. Nicaragua cede a perpetuidad derechos de construcción por cualquier punto de su territorio. Cesión del Golfo de Fonseca para estación naval. Marines en Port-au-Prince (XII). O. Zamor derroca a M. Oreste con la ayuda de J. D. Theodore (II) y asume la presidencia de Haití. Theodore se rebela contra Zamor y asume a su vez la presidencia. Oposición de la Cámara de Delegados de Puerto Rico a aceptar la ciudadanía estadounidense. En Uruguay: Ley de accidentes de trabajo. Ley reglamentando las condiciones de despido. Aumento del costo de la vida. Desocupación en Montevideo.

H. D. Barbagelata: *Artigas y la Revolución americana*. E. Acevedo Díaz: *Lanza y sa-*

tria, Hungría, Alemania y Turquía. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia; Inglaterra a Alemania. Asesinato de Jaurés. Muerte de Pío X; Benito XV Papa. Ley anti-trustes en EE.UU. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne.

H. Bahr: *Expresionismo*. F. Kafka: *En la colonia penitenciaria*. J. Ramón Jiménez: *Platero y Yo*. J. Joyce: *Dublineses*. J. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Dreiser: *El titán*. B. Croce: *La literatura de la nueva Italia*. Watson: *La conducta*. Alain Fournier: *El gran Meaulnes*. A. Gide: *Las cuevas del Vaticano*. E. Matisse: *Peces Rojos*. P. Picasso: *El jugador de cartas*. O. Kokoschka: *La novia del viento*. J. Gris: *Vaso y paquete de tabaco*. B. Kandinsky: *Improvisación*. C. Chaplin: *Carlitos periodista*. W. C. Handy: *St. Louis Blues*.

1915

Es electo Senador por el Estado Bolívar.

ble. Vargas Vila: *La muerte del cóndor*. Ayón: *Escritos varios*. V. García Calderón: *Los mejores cuentos americanos y Dolorosa y desnuda realidad*. A. Aguirre Morales: *Flor de ensueño*. P. Henríquez Ureña: *El nacimiento y Dyonisos*. M. Gálvez: *La maestra normal*. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*. R. Darío: *Canto a la Argentina*. M. Ponce: *Estrellita*. V. Huidobro: *Manifiesto y Las pagodas cultas*. Clausura de *La Prensa* de Lima; aparece en Puna el periódico *La voz del obrero* y en Lima el periódico *La Lucha*. Nacen Octavio Paz, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares, Nicanor Parra y J. Pasos. Mueren D. Agustini, C. M. Herrera y Sambucetti.

V: Gómez continúa gobernando y afianzándose desde Maracay; el Congreso lo reelige presidente por un período de siete años. Arévalo Cedeño invade por el Arauca. Tropas del gobierno asesinan al general H. Ducharne. Se promulga la Ley de Instrucción Superior que autoriza la libertad de estudios y crea escuelas superiores autónomas de Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Matemáticas, Ciencias Médicas y de Filosofía y Letras. También, la Ley de Misiones.

R. Blanco Fombona: *El hombre de oro*. E. O. Guerrero: *Diccionario filológico, estudio general sobre el lenguaje venezolano*. Desaparece *El Cojo Ilustrado*. Estreno del joropo *Alma llanera* (P. E. Gutiérrez).

AL: Perú: José Pardo presidente constitucional; el grupo de José de la Riva Agüero funda el Partido Nacional Democrático. Establecimiento de la libertad de cultos. Deterioro del nivel de vida de las masas urbanas a pesar de la recuperación económica. Uruguay, jornada de ocho horas (13/VII); Viera es electo presidente; Monopolio estatal de correos, teléfonos y telé-

Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* es torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los Aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso.

A. Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. A. Wegener: *El nacimiento de los continentes y océanos* (Teoría de la deriva continental).

W. H. Duckwoeth: *Morfología y antropología*. F. Kafka: *La metamorfosis*. V. Malakowski: *La nube en pantalones*. Wölflin: *Principios fundamentales de la historia del arte*. M. de Unamuno: *Ensayo*. Trakl: *Sebastián en el sueño*. R. Rolland: *Por encima de la contienda*. A. Lowell: *Seis poetas franceses*. M. de Falla: *El amor brujo*. D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación*. Revista *Orfeo* en Portugal.

1916

Continúa la actividad política de Díaz Rodríguez y es designado Ministro de Fomento.

grafos; administración estatal de tranvías y FF.CC. Buque brasileño hundido por submarino alemán. Tratado A-B-C. (Argentina-Brasil-Chile) de arbitraje obligatorio. Haití, Zamoristas obligan a J. D. Theodore a renunciar y conducen a G. Sam a la presidencia; Zamor es ejecutado por orden presidencial. Al día siguiente G. Sam es asesinado; desembarco de marines en Santo Domingo, derrota de rebeldes y muerte de Maximito Cabral. En México, Obregón derrota a Villa. En Puerto Rico son expulsados del Partido Unión de Puerto Rico y reprimidos los independentistas. De Diego funda la Unión Antillana, en Cuba, con participación de ésta, Santo Domingo y Puerto Rico.

E. Agorio: *La fragua*. A. Dellepiane: *La Paramnesia y los sueños*. Torres García: *Pastoral*. H. Causa: *Plaza de Polenza*. J. Gálvez: *Posibilidades de una literatura genuinamente nacional*. E. Bustamante y Ballivián: *La Evocadora y Arias del silencio*. E. Barrios: *El niño que enloqueció de amor*. Palés Matos: *Azaleas*. R. Güiraldes: *El cencerro de cristal y Cuentos de muerte y de sangre*. G. Mistral: *Los sonetos de la muerte*. Marasso: *La canción olvidada*. Román Mayorga Rivas: *Viejo y Nuevo*. C. Oyuela: *Estudios literarios*. Perú, E. Bustamante: revista *Cultura*; producción literaria diversa en la revista *Lulú*. Revista *Panida* en Colombia. *La Cumparsita*, tango de Matos Rodríguez.

V: Promulgación de la Ley de Tareas que obliga a los presos a trabajar en obras públicas sin remuneración alguna. El Papa Benedicto XV condecora a Gómez y lo hace conde romano. Pacto de Bogotá entre Venezuela y Colombia. Intensificación de la actividad bancaria nacional e internacional. Nace Rafael Caldera.

L. M. Urbaneja Achelpohl: *En este país*. J. Rosales: *Caminos muertos*. P. Lizardo:

Batallas de Verdún y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda Conferencia Socialista Internacional. Congreso Socialista Francés. Formación del Spartakusbund en Alemania. Asesinato de Rasputín en Rusia. Reelección de Wilson en EE.UU.

Barbusse: *El fuego* (premio Goncourt). S. Freud: *Introducción al psicoanálisis*.

El forastero. J. R. Pocaterra: *Vidas oscuras.* R. Bolívar Coronado: "El nido de azulejos" (cuento premiado en los I Juegos Florales Nacionales).

AL: Perú: el presidente Pardo renuncia por motivos de salud; lo sucede el vicepresidente Ricardo Bentín, represión de las huelgas de Huacho y huelga de telegrafistas, obreros del petróleo, etc. Se promulga la ley de salario mínimo para los trabajadores indígenas. Aparece el periódico de oposición *El Tiempo*. En Argentina resulta electo, por voto secreto, H. Yrigoyen, que ocupa al presidencia; Zuloaga y Bradley cruzan la cordillera en globo. Cuba, Menocal es reelecto presidente. Ecuador: se establece jornada de ocho horas. República Dominicana, ocupada por tropas norteamericanas. Promulgación del Código Civil Brasileño. Fundación de la Academia Antillana de la Lengua en Puerto Rico. En Uruguay: Censo ganadero: 11.472.852 lanas, 7.802.442 vacunos. Frigorífico Montevideano pasa a llamarse "Swift".

E. Acevedo Díaz: *El mito del Plata.* A. Agorio: *Fuerza y derecho.* E. Acevedo: *Historia del Uruguay.* J. Alonso y Trelles: *Paja brava.* E. Frugoni: *Los Himnos.* C. Reyles: *El terruño.* B. Lynch: *Los caranchos de la Florida.* R. Rojas: *La Argentinidad.* Gómez Carrillo: *Campos de batallas y campos de ruinas.* F. Ortiz: *Hampa afrocubana: los negros esclavos.* L. Lugones: *El Payador.* V. Huidobro: *Adán y El espejo de agua.* A. Ulloa Sotomayor: *Organización social y legal del trabajo en el Perú.* J. de la Riva Agüero: *Elogio del Inca Garcilaso, ensayo biográfico.* A. Hidalgo: *Ofrenda lírica al emperador de Alemania y otros poemas.* A. Valdelomar: *Las voces múltiples,* antología poética. Aguirre Morales: *Devocionario.* Percy Gibson: *Jornada heroica.* J. M. Eguren: *La canción de las figuras.* V. García Calderón: *Une enquette littéraire: Don Quichotte a Paris et*

C. J. Webb: *Teoría de grupo en religión.* J. Joyce: *Retrato del artista adolescente.* J. Dewey: *Democracia y educación.* D. W. Griffith: *Intolerancia.* F. de Saussure: *Curso de lingüística general* (póstumo). Movimiento Dadá en Zurich.

1917

Abandona, momentáneamente, la actividad política y vuelve a ponerse al frente de sus haciendas.

dans les Tranchies. López Velarde: *La sangre devota*. M. Azuela: *Los de abajo*. M. Brull: *La casa del silencio*. A. Valdelomar: revista *Colónida* (Perú); periódico literario *La mujer peruana*. Muere Rubén Darío.

V: Incremento de la explotación petrolera; primer oleoducto, primera refinería y comienzo de la exportación. Establecimiento de la Compañía Anónima Venezolana de Navegación.

P. M. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana*. F. Pimentel: *Pitorreos*. Revista *Venezolana Contemporánea* (A. E. de la Rosa). Mueren Romerogarcía y Teresa Carreño.

AL: Perú: ruptura de relaciones con Alemania e incautación de buques de esa nacionalidad surtos en El Callao. Se constituyen la Central General de Trabajadores (C.G.T.P.) y la Federación de Estudiantes del Perú, se funda la Universidad Católica del Perú (24/III). Comienza a realizarse la potabilización, con cloración, del agua de Lima. Ley sobre trabajo de la mujer y el niño. Huelgas en todo el país y sublevación indígena en el sur. Se retiran las tropas norteamericanas de México. Nueva constitución mexicana: sufragio universal, control del Estado sobre sus recursos naturales, restricción del poder de la Iglesia Católica, jornada de ocho horas, salario mínimo, reforma agraria y urbana, etc. Carranza elegido presidente. Uruguay: la constitución establece el gobierno colegiado y retira a la Iglesia el apoyo del Estado; Submarinos alemanes hundieron barcos argentinos. La Jones Act. hace de Puerto Rico un territorio norteamericano. Unos 18 mil puertorriqueños son reclutados para la guerra contra Alemania. Revolución de Gómez en Cuba y desembarco de marines. El tratado de Haití con EE.UU. es extendido hasta 1936. Chile establece descanso

EE.UU. declara la guerra a Alemania. Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II. Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado: la Revolución Rusa. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia. Nacen John Kennedy e Indira Gandhi.

A. Machado: *Poesías completas*. C. Wissler: *Los Indios americanos*. P. Valéry: *La joven Parca*. Ramuz: *La gran primavera*. T. S. Eliot: *Prufrock y otras observaciones*. V. I. Lenin: *El estado y la revolución y El imperialismo, estadio superior del capitalismo*. K. Hamsun: *Los frutos de la tierra*. Satie: *Parade*. A. Berg: *Wozzeck* (—22). Mary Pickford: *Pobre niña rica*. L. Pirandello: *Cada uno a su juego*. Original Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step* (primer disco de jazz). P. Mondrian: *De Stijl*. Creación del premio Pulitzer. Muere Edgar Degas.

1918

Es editada una recopilación de los trabajos en prosa titulada *Sermones líricos*.

dominical al comercio y a la industria. Brasil en guerra contra Alemania. Terremoto arrasa la ciudad de Guatemala. Comienza la dictadura de Tinoco en Costa Rica. La Corte Centroamericana de Justicia declara infringidos los derechos de El Salvador por el tratado entre Nicaragua y E.E.UU. Un terremoto destruye la ciudad de San Salvador. En Uruguay se aprueba la reforma de la Constitución con el Ejecutivo Colegiado. Ruptura de relaciones con Alemania. Ley que declara "de interés nacional" la ocupación de barcos alemanes internados.

Ureta: *El dolor pensativo*. A. Hidalgo: *Panoplia lírica*. M. Azuela: *Los caciques*. M. de Andrade: *Hay una gota de sangre en cada poema*. R. Rojas: *La literatura argentina*. A. Reyes: *Visión de Anáhuac*. E. Barrios: *Un perdido*. A. Agorio: *La sombra de Europa*. J. Zorrilla de San Martín: *Detalles de la historia rioplatense*. V. Basso Maglio: *El diván y el espejo*. Sabat Ercasty: *Pantheos*. H. Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Diario *La Mañana*. Academia Peruana de la Lengua. Aparecen la *Revista de Actualidades* y el diario *El Perú*. Anita Malfatti: *Exposición de Arte Moderno*. García Monge: *La Mala Sombra*. Triunfo del "son" en Cuba. Leonidas Merovi es asesinado en la puerta del diario *La Prensa*, de Lima. Nace Mario Florián. Mueren Ernesto Herrera y José Enrique Rodó.

V: Sublevación del Castillo de Puerto Cabello. Manifestaciones estudiantiles. La gripe española azota el país: 22.000 víctimas. El *bolívar de oro* como unidad monetaria.

A. E. Blanco: *El huerto de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cancionero del amor infeliz*. J. E. Lossada: *Madréporas*. J. R. Pocaterra: *Tierra del sol amada*. Revista Cul-

Fin de la Primera Guerra Mundial. Retirada de los alemanes en la posición Hindenburg. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los Aliados y los soviets. Lenin establece el gobierno en Moscú. Ejecución de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. Creación de la Tcheka. Derecho de voto a las mujeres en Inglaterra. Italia y Austria se reparten Yugoslavia. Guerra

tura Venezolana (J. A. Tagliaferro). J. Garmendía publica su primer cuento: "El gusano de luz" en *El Universal*.

AL: Perú: se suspenden relaciones con Chile; Ley de Instrucción Pública (28/1), enseñanza primaria gratuita y obligatoria. Conflicto entre el Estado y la London Pacific Petroleum Co. Perú toma parte en la Asamblea de Paz de Versalles y plantea la recuperación de Tacna y Arica. Colombia elige presidente a Marcos Fidel Suárez. Guatemala es nuevamente destruida por un terremoto. Ley de propiedad estatal sobre depósitos minerales en El Salvador. Argentina es gran exportador de carne a nivel mundial; se inicia la reforma universitaria. Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera. Rodrigues Alves presidente del Brasil. En Uruguay: Tratado de arbitraje obligatorio con Gran Bretaña. Tratado de liquidación de deudas con Brasil. Tratado de Arbitraje con Colombia. Promulgación de la nueva Constitución.

C. Reyles: *Diálogos olímpicos*. J. E. Rodo: *El camino de Pharos* (póstumo). C. Miranda: *Prosas*. H. Quiroga: *Cuentos de la Selva*. S. E. Llona: *Teoría sismológica cicloidial*. J. Prado Ugarteche: *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. A. Valdelomar: *El caballero Carmelo, cuentos*. A. Hidalgo: *Hombres y bestias y Las voces de colores*. C. Vallejo: *Los heraldos negros*. A. Palma: *Vencida*. A. Guillén: *Prometeo*. Monteiro Lobato: *Urupés*. V. Huidobro: *Poemas árticos y Ecuatorial*. R. Miró: *Segundos preludios*. S. de la Selva: *Tropical town and other poems*. G. E. Hudson: *Allá lejos y hace tiempo*. A. Storni: *El dulce daño*. J. Ingenieros: *Evolución de las ideas argentinas*. F. García Goday: *El americanismo literario*. M. Azuala: *Tribulaciones de una familia decente*.

de liberación de la ocupación rusa y alemana por parte de los países bálticos.

M. Planck: Premio Nobel de Física.

D. Spengler: *La decadencia de Occidente* (—22). Kautsky: *La dictadura del proletariado*. R. Luxemburgo: *Programas de la Liga Espartaco*. Gómez de la Serna: *Combo*. G. Apollinaire: *Caligramas*. Ozenant y Le Corbusier: *Después del cubismo*. A. Modigliani: *Retrato de mujer*. T. Tzara: *Manifiesto Dadá*. Mueren Plejanov, C. Dubussy y G. Apollinaire.

1919

Regresa a Italia ahora con el cargo de Ministro Plenipotenciario de Venezuela en ese país.

B. Lynch: *Raquela*. Vasconcelos: *El monismo estético*. E. Martínez Estrada: *Oro y Piedra*. Nacen Juan Rulfo y Arreola.

V: Otro de los grandes caudillos de comienzos del siglo, el general Juan Pablo Peñalosa, invade por el Táchira. Fracasa levantamiento de los cuarteles de Caracas: varios implicados mueren en prisión. Continúa incremento del comercio internacional. Se inaugura el Nuevo Circo de Caracas. Muere José Gregorio Hernández. Promulgada ley que prohíbe portar armas de fuego (se procede a confiscarlas) y hace obligatorio el registro de las escopetas.

E. Planchart: *Primeros poemas*. L. Valle-
nilla Lanz: *Cesarismo democrático*. Revista *Actualidades* (R. Gallegos)

AL: Perú: Leguía encabeza una revolución contra Pardo y el Congreso lo aprueba como presidente constitucional; paros generales, huelgas, decreto presidencial estableciendo cátedras libres, representación estudiantil en el Consejo Universitario, etc. Fundación de la Federación Obrera Regional Peruana (3.200 obreros) e instalación de la Asamblea Constituyente y de los congresos regionales. Brasil: muere el presidente Rodrigues Alves; eligen a Epitacio Da Pessoa. Se disuelve la Corte Internacional Centroamericana de Justicia. En Haití se subleva Charlemagne Perlate. EE.UU. embarga armas para México. Asesinato de Zapata en México. Gutiérrez derrocado en Bolivia. Snowden gobernador militar en Santo Domingo. Huelga portuaria en Argentina, ley marcial y represión sangrienta en la que se ha dado en llamar la "Semana Trágica". Puerto Rico: Reconocimiento formal de la independencia; acta de ayuda para la represión. En Colombia se funda el Partido Socialista. Conatos de guerra con Venezuela. En Uruguay, B. Brum es electo presidente. División del Partido Colorado

El saldo de la Primera Guerra Mundial es de 10 millones de muertos. Se desintegra el imperio austro-húngaro por el tratado de Saint-Germain, en Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita colonias a Alemania. Fundación de la III Internacional Comunista en Moscú. Italia: aparición de los "fascios". Se crea la Sociedad de Naciones. Proclamación de la República de Baviera. Rosa Luxemburgo, Liebknecht y otros militantes son asesinados. Gandhi entra en la lucha por la independencia de la India. Frustrada revolución en Egipto.

Rutherford convierte el átomo de hidrógeno en átomo de oxígeno.

E. Nordenskiöld: *Estudios comparados de Etnografía*. K. Jaspers: *Psicología de las concepciones del Universo*. Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*. Gannet: *Epistolario* (póstumo). A. Gide: *Sinfonía pastoral*. R. Jakobson: *La nueva poesía rusa*. Ungaretti: *La alegría*. H. Hesse: *Demian*. E. Pound: *Cantos* (—57). Gropius crea la *Bauhaus*. Primer periódico tabloide en EE.UU. Gramsci funda *L'ordine nuovo*. Manuel de Falla: *El sombrero de tres picos*.

1920

en cuatro facciones. Se reanudan relaciones con Alemania. Aparece *Justicia*, órgano del Partido Socialista.

L. A. Herrera: *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*. S. C. Rossi: *El criterio fisiológico*. A. Laplaces: *Opiniones literarias*. G. Zaldumbide: *José E. Rodó*. A. Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay*. J. de Ibarbourou: *Las lenguas de diamante*. Bustamante y Ballivián: *Autóctonos*. Ureta: *Poemas*. L. A. Sánchez: *Los poetas de la revolución*. A. Arguedas: *Raza de bronce*. A. Hidalgo: *Jardín zoológico*. A. Valdelomar: *Belmonte el trágico*. L. del Llano: *Cartas a mi hijo; Psicología de la mujer y Cuentos*. V. Huidobro: *Altazor* (—31). Lima Barreto: *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá*. M. Gálvez: *Nacha Regules*. A. Storni: *Irremediablemente*. A. Neruo: *La amada inmóvil*. Roland de Carvalho: *Pequeña historia de la literatura brasileña*. R. López Velarde: *Zozobra*. Fundación del Conservatorio Universitario de Lima. Mueren Valdelomar, R. Palma y Amado Neruo.

V: El Congreso aprueba la incorporación de Venezuela a la Sociedad de la Liga de las Naciones. Primera ley petrolera del país. Se reabre la Universidad Central, clausurada desde 1912 (diciembre). Creación de la Escuela de Aviación Militar. Feroz represión de Eustoquio Gómez en el Táchira.

S. D. Maldonado: *Tierra nuestra*. F. Paz Castillo: *La huerta de Doñana*. R. Gallejos: *El último Solar*. E. B. Núñez: *Después de Ayacucho*. R. Bolívar Coronado: *Memorias de un semibárbaro*.

AL: Perú: nueva Constitución del Estado; arrestos y deportaciones por causas políticas, se reconoce imprescriptibilidad de las tierras de las comunidades indígenas,

Fundación del Partido Comunista en EE. UU. y en Francia. Disolución del Imperio Turco. Comienza a sesionar la Sociedad de Naciones. Ley seca en EE.UU., derecho a voto a las mujeres, arresto de Sacco y Vanzetti. En Alemania se funda el Partido Obrero Nacional Socialista (nazi). Huelgas en Francia e Italia. II Congreso de la III Internacional en Leningrado y Moscú: se adoptan los 21 puntos de Lenin. "Domingo de sangre" en Dublin. Primer hallazgo de restos del "Hombre de Pekín".

F. Jackson Turner: *La frontera en la historia americana*. Thomas & Znaniecki: *El campesino polaco en Europa y América*. L. Trotski: *Terrorismo y comunismo*. Sh. Anderson: *Pobre blanco*. S. Lewis: *Main*

pero, en virtud de la ley de Conscriptión vial se usa a los indios para la construcción y reparación de carreteras. Guatemala, cae el dictador Estrada Cabrera. En México es asesinado Carranza. Alessandri presidente de Chile, Obregón de México y Tamayó de Ecuador. El Congreso de El Salvador aprueba resolución en favor de la unidad de las cinco repúblicas centroamericanas. Avance electoral socialista en Puerto Rico. En Uruguay: Fracasado golpe rivierista. VIII Congreso del Partido Socialista: adhesión a la 3ª Internacional. Aprobación del convenio con Argentina sobre cooperación de policía internacional. Leyes de descanso semanal y de indemnización por accidentes de trabajo.

G. Gallinal: *Crítica y arte*. J. de Ibarbourou: *El cántaro fresco*. H. Quiroga: *El salvaje*. V. Pérez Petit: *Entre los pastos*. E. López Albújar: *Cuentos andinos*. J. Kimich: *Casa Chúcaro de Hongo*, leyenda. V. García Calderón: *Cantilenas, Semblanzas de América, Bajo el clamor de las sirenas y En la verbena de Madrid*. A. Hidalgo: *Muertos, heridos y contusos*. M. Iberico: *¿Una filosofía estética?* A. Guillén: *Deucalión*. J. Edwards Bello: *El roto*. J. J. Tablada: *Li Po y otros poemas*. M. L. Guzmán: *A orillas del Hudson*. C. Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*. A. Ambrogi: *Crónicas marchitas*. M. Latorre: *Zurzulita*. C. Loveira: *Generales y doctores*. A. Reyes: *El plano oblicuo*. A. Korn: *La libertad creadora*. López Velarde: *El son del corazón*. Creación de las universidades populares en el Perú, revista *Mundial*. J. García Monge funda en Costa Rica el *Repertorio Americano* (—58). *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, *Gaceta de Montevideo*, *Los nuevos* y *Revista Militar y Naval*, en Uruguay. Repatriación de los restos de J. E. Rodó y homenaje nacional. Muere en la cárcel el poeta Domingo Gómez Rojas.

Street. V. I. Lenin: *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. E. O'Neill: *Emperador Jones*. V. Maiakovski: *150.000.000*. R. del Valle-Inclán: *Divinas palabras*. S. Fitzgerald: *De este lado del paraíso*. C. G. Jung: *Tipos psicológicos*. S. Undser: *Cristina Lauränsdatter* (—22). Cavafis: *Poemas* (publicados en 1935). Primer filme expresionista: *El gabinete del doctor Caligari*, de R. Wiene. Knut Hamsun es Premio Nobel de Literatura. Mueren B. Pérez Galdós y A. Modigliani.

1921

Continúa en Italia y termina su novela *Peregrina o el Pozo encantado* que será publicada el año siguiente.

V: El Congreso declara a Gómez "el hombre necesario... en el presente y en el porvenir". El general Arévalo Cedefio ejecuta al general Tomás Funes, gobernador del Territorio Amazonas y autor de unos 480 asesinatos. Segunda Ley sobre hidrocarburos y demás minerales combustibles (las compañías petroleras ayudan a redactarla). Aumentan las exportaciones de petróleo. La Caribbean pone en operación los dos primeros tanqueros de bandera venezolana. Muere "El Mocho" Hernández.

C. Borges: *Discurso pronunciado en la inauguración de la Casa Natal del Libertador*. R. Yepes Trujillo: *Desde la cima*. A. Fernández García: *Bucares en flor*. R. Hurtado: *La hora de ámbar*. R. Gallegos escribe *El Forastero*, que publicará sólo veinte años después. A. E. Blanco: *Tierras que me oyeron*. J. A. Ramos Sucre: *Trizas de papel*.

AL: Perú: primer Congreso Indígena; decreto presidencial impone las 8 horas de trabajo en las actividades agrícolas e intervención de la Comisión Inspectoradora del Trabajo en todos los convenios obrero-patronales. Grave crisis salitrera en Chile. Vasconcelos ministro de Educación en México. IV Conferencia Panamericana de La Habana. Creación de los partidos comunistas argentino y boliviano. Renuncia del presidente Suárez en Colombia. En Brasil, ley de represión al anarquismo. E. Mont Reily gobernador de Puerto Rico; represión en las plantaciones azucareras. Batlle y Ordóñez presidente del Consejo Nacional en Uruguay; Congreso extraordinario del Partido Socialista, se aceptan los 21 puntos de Moscú y pasa a denominarse Partido Comunista; Despidos masivos en la industria frigorífica; 15.000 desocupados.

C. Estable: *El reino de las vocaciones*. A. Zum Felde: *Crítica de la literatura*. M. Falcao Espalter: *Antología de poetas uruguayos*. C. Sabat Ercasty: *Poemas del hombre*,

Irlanda se convierte en parte del Imperio Británico. Huelga minera en Gran Bretaña. Fundación de los partidos comunistas italiano y chino. Se funda el Partido Nacional Fascista en Italia. Hitler preside el Partido Nacionalsocialista en Alemania. Lenin pone en práctica la nueva política económica. En EE.UU., repercusión del caso Sacco-Vanzetti.

A. Einstein Premio Nobel de Física. Rorschach: psico-diagnóstico. Descubrimiento de la insulina como medio de curar la diabetes.

E. Sapir: *Lenguaje*. P. Radin: *El hombre primitivo como filósofo*. N. Hartmann: *Rasgos fundamentales de una metafísica del conocimiento*. L. Wittgenstein: *Tractatus logico-philosophicus*. J. Ortega y Gasset: *España invertebrada*. M. Scheler: *De lo eterno en el hombre*. Giraudoux: *Susana y el Pacífico*. L. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*. Ivanov: *El tren blindado*. C. G. Jung: *La psicología del inconsciente*. Lang: *El doctor Mabuse*. C. Chaplin: *El chico*. Von Stroheim: *Mujeres insensatas*. Revista *Ultra* en España. Max Ernst: *El elefante Celebes*.

1922

Es publicada la novela *Peregrina o el pozo encantado*, novela bastante diferenciada de las anteriores. En el mismo libro aparecen dos cuentos: "Egloga de verano" y "Las ovejas y las rosas del Padre Serafín".

Libro de la voluntad, Libro del corazón, Libro del tiempo. F. Silva Valdés: *Agua del tiempo.* H. Quiroga: *Anaconda.* A. Valdelomar: *Los hijos del sol.* Gamarra: *Cien años de vida perdularia y Rasgos de Uluma.* H. Gálvez: *Una Lima que se va.* L. A. Sánchez: *Poetas de la colonia.* A. Palma: *Por sendas propias.* A. Hidalgo: *España no existe.* De la Riva Agüero: *El Perú histórico y artístico.* López Velarde: *Suave patria.* J. E. Rivera: *Tierras de promisión.* A. Reyes: *El cazador.* P. Neruda: "La canción de la fiesta". Revista *Alfax* en Montevideo. Revista *Prisma* en Buenos Aires. Orozco, Rivera y Siqueiros fundan el sindicato de pintores, en México. Nace Jorge Eduardo Eielson. Muere Javier Prado Ugarteche.

V: Gómez, reelecto por otros siete años, reforma por segunda vez la Constitución; toda su familia centraliza el poder: Juan Vicente, presidente; Juancho, primer vicepresidente; José Vicente, segundo vicepresidente. Tercera Ley sobre Hidrocarburos: se aumenta el tamaño de las parcelas de explotación y se extiende su duración a 40 años. Revienta el primer pozo petrolero en el Zulia. Nuevo cierre (breve) de la Universidad Central por manifestaciones estudiantiles. Por arbitraje suizo, Venezuela pierde en favor de Colombia gran parte de la Goajira y otros territorios.

J. R. Pocaterra: *Cuentos grotescos.* *La novela semanal* (dirigen R. Gallegos y J. R. Pocaterra) publica, por entregas, *Ifigenia* (T. de la Parra) y el cuento "La rebelión" (R. Gallegos), parte de una novela que titularía *La casa de los Cedeño.* Diario *El Heraldó.*

AL: Perú: cesión de los ferrocarriles nacionales a la Peruvian Co., creación oficial del Patronato de la Raza Indígena. Borno presidente de Haití. Fin de la ocupación

Fin del dominio naval británico, con el tratado de desarme de Washington. Mussolini marcha sobre Roma: la dictadura fascista en Italia. Se constituye la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Se escinde el Partido Socialista Italiano. IV Congreso de la III Internacional: Stalin, Secretario General del Partido Comunista Soviético. Pío XI, Papa. Egipto, reino independiente.

J. Dewey: *Naturaleza humana y conducta.* H. Bergson: *Duración y simultaneidad.* B. Malinowski: *Argonautas del Pacífico occidental.* Lévy-Bruhl: *La mentalidad primitiva.* Weber: *Economía y sociedad.* J. Joyce: *Ulises.* P. Valéry: *El cementerio marino.* R. Martin du Gard: *Los Thibault.* Colette: *La casa de Claudine.* E. E. Cummings: *La sala enorme.* Milhaud: *La creación del mundo.* T. S. Eliot: *La tierra baldía.* B. Brecht: *Tambores en la noche.* V. Wolf: *El cuarto de Jacob.* H. Hesse: *Siddartha.* S. Lewis: *Babbitt.* Fundación del *Reader's Digest.* Benavente: Premio de Literatura. Muere M. Proust.

1923

Regresa a Venezuela.

norteamericana en Santo Domingo; presidencia de J. Vicini. Primera Corte Internacional de La Haya. Iniciación del movimiento tenientista en Brasil y fundación del Partido Comunista. Marcelo T. de Alvear presidente de la Argentina. Revuelta de cadetes de la Academia Militar contra el presidente Meléndez en El Salvador. Se funda el Partido Nacionalista de Puerto Rico. En Uruguay se produce la primera elección directa de presidente: J. Serrato. Huelgas de tranviarios, telefónicos y bañeros.

D. A. Larrañaga: *Escritos*. P. Blanco Acevedo: *Informe sobre la fecha de la independencia nacional*. J. de Ibarbourou: *Raíz salvaje*. E. Oribe: *El nunca usado mar*. J. S. Chocano: *Las dictaduras organizadoras*. Zeno Gandía: *El negocio (Crónicas de un mundo enfermo)*. Uriel García: *La ciudad de los incas*. C. Vallejo: *Trilce y Escalas melografiadas*. O. Miró Quesada de la Guerra: *La realidad del ideal*. O. Gironde: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. M. Gálvez: *Historia del arrabal*. L. Lugones: *Las hojas doradas*. G. Mistral: *Desolación*. S. de la Selva: *El soldado desconocido*. E. Barrios: *El hermano asno*. Cancela: *Tres relatos porteños*. Marcel Arce: *Andamios interiores*. Arévalo Martínez: *El Señor Monitot*. Antonio Caso: *Discurso de la nación mexicana*. Movimiento estudiantista en México. Semana de Arte Moderno en São Paulo.

V: Juancho Gómez asesinado en Miraflores. Se funda en Caracas una Compañía Venezolana de Petróleos, dirigida por amigos de Gómez quien la hará su instrumento. La British Equatorial comienza la perforación del primer pozo en el lago de Maracaibo. México rompe relaciones con Venezuela.

A. E. Blanco: *Canto a España*. J. A. Ra-

Vertiginosa inflación en Alemania; el marco baja 420 millones de veces; se frustra el golpe de Hitler en Munich. Primo de Rivera impone la dictadura en España. República de Turquía: régimen de Kemal Ataturk: laicización del Estado. Victoria laborista en Inglaterra. Francia y Bélgica ocupan la cuenca del Rhur. El Fascista es el único partido legal en Italia. 200.000

1924

Escribe un breve trabajo titulado "Poniente". Es designado Individuo de Número de la Academia de la Historia. Se recibirá como tal dos años después.

mos Sucre: *Sobre las huellas de Humboldt*. Semanario *Fantoches* (L. Martínez).

AL: Perú: aparición de Víctor Raúl Haya de la Torre, manifestación pública con saldo de dos muertos, Haya de la Torre es deportado. Centenario de la independencia brasileña. Auge de la acción del Estado contra la Iglesia, en México. Asesinato de Pancho Villa. Intensa industrialización de Colombia; Pedro Nel Ospina presidente. Protesta de los trece en Cuba. Conferencia Panamericana en Chile: primer tratado de cooperación. H. Towner gobernador de Puerto Rico.

H. Delgado: *Rehumanización de la cultura científica por la psicología*. H. Castro Pozo: *Celajes de sierra. Leyenda y cuentos andinos*. C. Vallejo: *Fabla salvaje*. A. Hidalgo: *Química del espíritu*. M. Azuela: *La Malhora*. H. Brunet: *Montaña adentro*. E. Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Casal: *Arbol*. Fernández Moreno: *El hogar en el campo*. J. L. Borges: *Fervor de Buenos Aires*. H. Frías: *¿Águila o Sol?* P. Neruda: *Crepusculario*. Perú, aparece la revista *Claridad*, órgano de la Federación Obrera local.

V: Muere en su exilio de Puerto Rico el ex presidente Cipriano Castro; el espionaje gomecista había seguido todos sus pasos. Gómez expulsa del país al doctor Luis Razetti. Las compañías petroleras norteamericanas, principalmente las subsidiarias de la Standard Oil (New Jersey) comienzan a adquirir concesiones de la Compañía Venezolana del Petróleo.

A. Arráiz: *Aspero*. H. Cuenca: *La inquietud sonora*. T. de la Parra: *Ifigenia*. T. Febres Cordero: *Memorias de un muchacho*. B. Millán: *Cuentos frívolos*. Revista *Billiken* (Lucas Manzano).

miembros asisten al congreso regional del Ku Klux Klan en Indiana, EE.UU.

Se emplea por primera vez la vacuna BCG contra la tuberculosis. Baur analiza el campo magnético terrestre. De Broglie: *Mecánica ondulatoria*.

M. Boule: *Los hombres fósiles*. Z. Svevo: *La conciencia de Zeno*. R. M. Rilke: *Eleghías de Duino*. G. Lukacs: *Historia y conciencia de clase*. E. Cassirer: *Filosofía de las formas simbólicas*. B. Shaw: *Santa Juana*. B. Brecht: *Vida de Eduardo II*. J. Piaget: *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Esenin: *El Moscú de las tabernas*. J. Ortega y Gasset: *Revista de Occidente*. S. Freud: *El yo y el ello*. M. Scheler: *Escritos sobre sociología y teoría de la concepción del mundo*. C. De Mille: *filma Los Diez Mandamientos*. Le Corbusier: *Hacia una nueva arquitectura*. Nace María Callas. Muere Sarah Bernhardt.

Se reúne el Congreso reorganizador del Kuomintang en Cantón: proclama principios populares y alianza con el P. C.; éste lanza la primera guerra civil revolucionaria contra los caudillos militares feudales del norte. En la URSS muere Lenin; Stalin y Trostki se disputan el poder. Se proclama la república de Grecia. Es asesinado el diputado socialista Matteotti en Roma; Mussolini asumirá la responsabilidad "histórica y moral" del hecho, un año más tarde. Inglaterra y Francia reconocen a la URSS, que renuncia, por su parte, a los "tratados desiguales" impuestos por el Zar. Caso Loeb-Leopold en EE.UU. R. Mc

1925

Se casa su hija Yolanda; es designado presidente (gobernador) del Estado Nueva Esparta, donde tendrá como secretario a Enrique Bernardo Núñez.

AL: Perú: la International Petroleum Co. adquiere la propiedad de La Brea y Paríñas; Haya de la Torre funda en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Ricardo Jiménez reelecto presidente de Costa Rica. Calles presidente de México; Machado, de Cuba; Córdoba, de Ecuador; Ayala, de Paraguay. Intervención de las Fuerzas Armadas en Chile, disolución del Congreso, renuncia de Alessandri. Segundo movimiento tenientista en Brasil. Argentina, es reglamentado por ley el trabajo de mujeres y menores. Guerra civil en Nicaragua. Victoria electoral del Partido Unionista, en Puerto Rico.

V. García Calderón: *La venganza del cóndor*. J. S. Chocano: *Ayacucho y los Andes*. A. Guillén: *Leyenda patria*. A. Palma: *Colonias romántico*. R. Peña: *Floración*. H. Velarde: *Kibiff*. P. Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. J. E. Rivera: *La vorágine*. M. Bandéiras: *Poesías*. O. de Andrade: *Memorias sentimentales de João Miramar*. B. Lynch: *El inglés de los güesos*. G. Mistral: *Ternura*. C. Lo-veira: *La última lección*. D'Halmar: *La prisión y muerte del cura Deusto*. H. Quiroga. *El desierto*. V. Ocampo: *Testimonios*. Revista *Martín Fierro* en Buenos Aires.

V: Inauguración de la carretera trasandina, importante vía que incorpora los Estados andinos al centro del país. Huelga de obreros del lago de Maracaibo contra la subida del costo de la vida y las condiciones infrahumanas de trabajo: pese a las tropas mandadas por Gómez, obtienen 20% de aumento en sus jornales. Cuarta reforma de la Constitución. El nuevo ministro de Relaciones Interiores, doctor Baptista Galindo, consigue del dictador una amnistía y una tregua en la persecución política. Vuelven a Venezuela miles de tachi-

Donald; Primer gobierno laborista en Inglaterra.

R. Alberti: *Marinero en tierra*. A. Breton: *Manifiesto surrealista y La Revolución Surrealista* (con Vitrac, Peret, Aragon, Eluard, Leiris, —29). Stalin: *Los principios del leninismo*. L. Trotski: *Literatura y revolución*. Th. Mann: *La montaña mágica*. P. Eluard: *Morir de no morir*. A. Hitler: *Mi lucha* (—25). Saint John Perse: *Anabase*. E. O'Neill: *El deseo bajo los olmos*. Anderson: *El precio de la gloria*. Leonormand: *El hombre y sus fantasmas*. G. Gershwin: *Rapsodia en blue*. S. Einsenstein: *La huelga*. Nace Truman Capote. Mueren A. France y F. Kafka.

Pacto de Locarno (Alemania y los Aliados). Albania se transforma en República. Virulencia racista en EE.UU.: El Ku-Klux-Klan. Muerte de Sun-yat-Sen en China. Ho-Chi-Min funda la liga revolucionaria de la juventud vietnamita. Hindenburg presidente de Alemania. Trotski es destituido de sus funciones. Oleada huelguista en Shangay, Cantón y Hong Kong. Primo de Rivera disuelve sindicatos y prohíbe huelgas en España; se pone fin a la rebelión marroquí. República de Tanzania. Desarrollo de la mecánica cuántica (Heisen-

1926

El gobierno lo traslada del Estado Nueva Esparta al Estado Sucre, con el mismo cargo de presidente; regresa a Caracas y se incorpora (9/XII) a la Academia Nacional de la Historia; su discurso de incorporación lo denomina "Ayacucho en la Revolución de Hispanoamericana".

renses desterrados. Muere Ignacio Andrade.

R. Gallegos: *La trepadora*. J. González Eiris: *En pedazos*. J. A. Ramos Sucre: *La torre de timón*. Revista *Elite*.

AL: Perú: Leguía es reelecto presidente; protestas contra el fallo de EE.UU. acerca del problema Tacna-Arica; deportaciones de universitarios; primera Asamblea Latinoamericana Aprista en París. Marines en Honduras durante la guerra civil. Siles presidente de Bolivia. Alessandri reasume el poder en Chile y renuncia una vez más. Huelga en Colombia. Agitación y manifestaciones en Cuba, se funda el Partido Comunista.

Haya de la Torre: *Nuestro frente intelectual*. A. Guillén: *Laureles*. J. C. Mariátegui: *La Escena Contemporánea*. J. M. Polar: *Don Quijote en yanquilandia*. A. Morales: *El pueblo del Sol*. Valcárcel: *Del allyu al imperio, de la vida inkaica*. J. Vasconcelos: *La raza cósmica*. Sanín Cano: *La civilización manual*. J. de Lima: *El mundo del niño imposible*. A. Donoso: *La otra América*. L. de Greiff: *Tergiversaciones*. P. Neruda: *Tentativa del hombre infinito*. O. Gironde: *Calcomanías*. Felisberto Hernández: *Fulano de tal*. C. Palma: *Historietas malignas*. A. Storni: *Ocre*. J. L. Borges: *La luna de enfrente*. Revista *Los Nuevos*, en Bogotá.

V: Gómez hace que el Estado le compre por diecisiete millones de bolívares su latifundio "Hatos del Caura", que él había adquirido en 1911 por ochenta mil bolívares. El valor de las exportaciones de petróleo supera, por primera vez, las del café. Primera emisora de radio en el país. Población de Venezuela: 3.026.000 habitantes.

M. Briceño Iragorry: *Lecturas venezolanas*. P. E. Coll: *Literaturitis*. A. Mancera Ga-

berg, Born y Pascual Jordán). Bush construye la primera computadora analítica.

H. Mann: *La Psicología del socialismo*. J. Dos Passos: *Manhattan transfer*. J. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*. N. Hartmann: *Ética*. J. Dewey: *Experiencia y Naturaleza*. Dreiser: *Una tragedia americana*. F. Kafka: *El proceso* (póstumo). Babel: *Caballería roja*. S. Fitzgerald: *El gran Gatsby*. Mondale: *Huesos de sepia*. G. Diego: *Versos humanos*. Watson: *El Conductismo*. Sklovski: *Teoría de la Prosa*. Exposición de pintores surrealistas en París. S. Einsenstein: *El acorazado Potemkin*. C. Chaplin: *La quimera del oro*. Vidor: *El gran desfile*. Nacimiento del "Charleston". Fundación del *New Yorker*. George Bernard Shaw Premio Nobel de Literatura.

Huelga general en Gran Bretaña. En Portugal comienza la dictadura de Salazar, bajo el gobierno nominal de Antonio Carmona. Alemania ingresa a la Sociedad de Naciones. El emir Ibn Saud se apodera de La Meca y se proclama rey de Hedjaz. Hirohito es emperador del Japón. Dictadura de Pilsudski en Polonia. Rebelión del PKI resulta abortada en Indonesia. Gramsci es encarcelado hasta su muerte en 1937. Se crea la República del Líbano.

1927

El escritor padece de una afección en la garganta. Viaja a Nueva York para someterse a un tratamiento. Muere en esa ciudad el 24 de agosto. Sus restos permanecen allí hasta el mes de septiembre, cuando son trasladados a Caracas.

Siete años después de su muerte se publica un último libro: *Entre las colinas en flor*.

Iletti: *Alma adentro*. J. A. Ramos Sucre: *Un sofista*.

AL: H. Siles presidente de Bolivia. A. Díaz presidente de Nicaragua. Se inicia oposición armada de Sandino. A. Aroya asume el poder en Ecuador tras derrocamiento de Córdova. Gran influencia del coronel Ibáñez en Chile. Guerra cristera en México. Formación de la Confederación Obrera Argentina. En Brasil se adopta el cruzeiro como unidad monetaria.

H. Delgado: *Sigmund Freud*. Concha Meléndez: *Amado Neruo*. Alejandro Peralta: *Ande*. P. Neruda: *El habitante y su esperanza*. V. García Calderón: *Sonrisas de París, Si Loti hubiera venido y Danger de mort, récits péruviens*. A. Palma: *Uno de tantos y El Azar*. J. L. Borges: *El tamaño de mi esperanza*. L. Marechal: *Días como flechas*. Mallea: *Cuentos para una inglesa desesperada*. E. Larreta: *Zogoibi*. M. Rojas: *Hombres del sur*. R. Güiraldes: *Don Segundo Sombra*. R. Arlt: *El juguete rabioso*. R. González Tuñón: *El violín del diablo*. H. Quiroga: *Los desterrados*. R. Boti: *La torre del silencio*. T. Carrasquilla: *Ligia Cruz y Rogelio*. A. Acosta: *La zafra*. C. García Prada: *La personalidad histórica de Colombia*. Salarrué: *El Cristo Negro*. Serie de revistas vanguardistas en Perú: *Trampolín; Hangar; Rascacielos; Timonel*, de S. Delmar-M. Portal. Revista *Horizontes*, en México. En Buenos Aires grupo *Qué* (A. Pellegrini).

V: Román Delgado Chabaud, encarcelado desde 1913, es puesto en libertad junto con otros prisioneros. La Rotunda es clausurada por breve tiempo.

P. E. Coll: *La escondida senda*. J. Garmendía: *La tienda de muñecos*. J. R. Potcattera: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. L. E. Mármol: *La locura del otro*. Diario *La Esfera*.

Creación del Círculo Lingüístico en Praga. Investigaciones sobre las enzimas.

K. Kautsky: *¿Son los judíos una raza?* R. del Valle-Inclán: *Tirano Banderas*. R. Alberti: *Cal y canto*. Menéndez Pidal: *Orígenes del español*. Mao tse-Tung: *Sobre las clases sociales en la sociedad china*. A. Gide: *Los monederos falsos*. B. Brecht: *El hombre es el hombre*. F. Kafka: *El castillo* (póstumo). T. E. Lawrence: *Los siete pilares de la sabiduría*. E. Hemingway: *El sol también sale*. W. Faulkner: *La paga de los soldados*. P. Eluard: *Capital del dolor*. E. O'Neill: *El gran Dios Brown*. Malinowsky: *El mito en la psicología primitiva*. R. Magritte: *Los signos de la noche*. J. Miró: *Mano atrapando un pájaro*. Exposición de M. Chagall en Nueva York y de P. Klee en París. F. Lang: *Metrópoli*. A. Renoir: *Nana*. Murnau: *Fausto*. "Edad de oro" de los comics (—30). Artaud, Aron y Vitrac fundan el teatro "Alfred Jarry". Muere C. Monet.

Chiang Kai-shek rompe con el partido Comunista chino e instala su gobierno en Nankín; masacre de comunistas en Shanghai; Mao crea el Ejército Popular de Liberación y comienza la segunda guerra civil revolucionaria con una táctica radicalmente distinta: "Del campo a la ciudad". En Italia se fortalece el fascismo y los sindicatos son disueltos; Mussolini organiza el sis-

AL: Perú: cesión de territorio al Brasil; detención gubernamental de los principales dirigentes obreros, prohibición de toda actividad sindical y disolución de la Federación obrera local y otros sindicatos, deportación de intelectuales. Pío Romero Bosque presidente de El Salvador. Comienza resistencia popular contra Machado en Cuba. Ibáñez presidente de Chile. Intervención norteamericana en Nicaragua; Sandino en lucha contra la Guardia Nacional y el invasor. Segunda huelga petrolera en Colombia. Se funda en Guatemala la Liga Antiimperialista y el movimiento *Vanguardia* en Nicaragua (J. Coronel Urtecho). Intervención económica de EE.UU. en México. Se funda la primera cátedra de literatura hispanoamericana de Puerto Rico (Concha Meléndez).

Oquendo de Amat: *Cinco metros de poemas*. M. Portal: *Una esperanza y el mar*. E. Bustamante y Ballivián: *Antipoemas y Odas vulgares*. J. S. Chocano: *El libro de mi proceso*. Haya de la Torre: *Por la emancipación de América Latina*. F. Chávez: *Plata y bronce*. Alcántara Machado: *Brás, Bexiga o Barra Funda*. Arévalo Martínez: *Noches en el Palacio de la Nunciatura*. Reyes: *Cuestiones Gongorinas*. R. E. Molinari: *El imaginero*. En Perú revista *La Sierra*, clausura temporal de *Amauta* y revista vanguardista *Guerrillera*. Revista *Ulises*, en México. Teatro de Juguete, en Río de Janeiro, y primera *Escola do Samba*.

tema corporativo. Ejecución de Sacco y Vanzetti en EE.UU. Se inaugura en Bruselas el Congreso de Pueblos Oprimidos. Se prohíben en Gran Bretaña las huelgas ilegales.

Lindbergh realiza el primer vuelo transatlántico sin escalas. Heisenberg enuncia el principio de Indeterminación.

W. Kahler: *La mentalidad de los monos*. G. Elliot Smith: *Ensayos sobre la evolución del hombre*. M. de Unamuno: *Romancero del destierro*. Santayana: *Los reinos del Ser* (—40). F. Mauriac: *Thérèse Desqueyroux*. M. Heidegger: *El ser y el tiempo*. B. Russell: *El análisis de la materia*. G. Marcel: *Diario metafísico*. L. Cernuda: *Perfil del aire*. Boas: *El arte primitivo*. B. Brecht: *Mabagonny*. H. Hesse: *El lobo estepario*. F. Kafka: *América* (póstumo). J. Cocteau: *Orfeo*. F. García Lorca estrena *Mariana Pineda*. Primera película de dibujos animados a colores: el *Gato Félix*. Crosland: *El cantante de jazz* (primera película musical sonora). S. Eissenstein: *Octubre*. Gropius: el teatro total. I. Stravinsky: *Edipo Rey*. H. Bergson: Premio Nobel de Literatura.



BIBLIOGRAFIA *

* Elaborada por Horacio Jorge Becco.



I. OBRAS DE MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

NOVELA

Idolos rotos. París: Imprenta Española de Garnier Hermanos, 1901.
349 p.

Sangre patricia. Caracas: Tip. J. M. Herera Irigoyen & Cía., 1902. 233 p.
Peregrina o El Pozo encantado, novela de rústicos del valle de Caracas.
Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, Imprenta de Juan Pueyo, (1922?)
226 p.

CUENTO

Confidencias de Psiquis; prólogo de Pedro Emilio Coll. - Caracas: Tip.
El Cojo, 1896. XXII, 134 p.

Cuentos de color. Caracas: Tip. J. M. Herrera Irigoyen & Cía., 1899. 213 p.

Cuento blanco. *Cuento gris*. En: *Lecturas Populares*, Caracas: Editorial Bo-
lívar, 1937. 48 p.: (Biblioteca Tropical; 11).

Cuento negro. Caracas: Ediciones Ancla, Impresos Carmen, 1952. 22 p.
(Mi novela; 9).

Cuento verde. Caracas: Ediciones Ancla, 1955. 31 p. (Colección Mi no-
vela; 21).

Música bárbara. Caracas: Publicaciones populares del Ateneo de Caracas,
1962. 32 p. (Lecturas venezolanas; 2).

ENSAYO

Sensaciones de viaje. París: Imprenta Española de Garnier Hermanos,
1896. 177 p.

De mis romerías. Caracas: Tip. El Cojo, 1898. 130 p.

- De mis romerías y Sensaciones de viaje.* Madrid: Editorial América, Imprenta de Juan Pueyo, [1917]. 237 p. (Biblioteca Andrés Bello: 35).
- Camino de perfección y otros ensayos.* París: Librería Paul Ollendorff, Imp. Ph. Renouard, [1910]. VIII, 296 p. (Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas).
- Entre las colinas en flor.* Barcelona, España: Casa Editorial Araluce, Talleres Gráficos Avante, 1935. 411 p.
- Motivos de meditación ante la guerra y por Hispanoamérica.* Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas el 12 de octubre de 1918. Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, [1918?]. 24 p.
- Sermones líricos.* I. *Sermones líricos.* II. *Prosas de arte, justicia y devoción.* III. *Nuevas prosas.* Caracas: Talleres de Linotipo de "El Universal", 1918. IX, 356 p. (Biblioteca Venezuela; III).
- Cuatro sermones líricos.* San José, Costa Rica: Imprenta Alsina, 1918. 53 p.
- Discurso de recepción del Dr. Manuel Díaz Rodríguez,* como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 6 de diciembre de 1924. Caracas: Tip. Americana, [1924?]. 30 p.

ANTOLOGIAS

- Manuel Díaz Rodríguez;* prólogo de Rafael Angarita Arvelo. Tomo I. Caracas: Talleres Gráficos C. A., 1964. 377 p. (Colección de Clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua; 10).
- Manuel Díaz Rodríguez;* estudio preliminar de Lowell Dunham. Tomo II. Caracas: Talleres Italgráfica, C. A., 1964. 198 p. (Colección de Clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua; 11).
- Obras selectas;* prólogo de José Antonio Calcaño. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1968. 1212 p. (Clásicos y modernos hispanoamericanos; XVI).
- Páginas de la patria.* (Selección de textos); prólogo de Luis Correa. Homenaje en el centenario del nacimiento de Manuel Díaz Rodríguez. Año Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1971. 162 p.

II. ESTUDIOS SOBRE MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

LIBROS Y FOLLETOS (SELECCION)

- ABREU, JUAN JOSÉ: *Discurso de recepción del Dr. Juan José Abreu como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Española.* Caracas; Tip. Universal, 1931. 56 p.

- ALEGRIA, FERNANDO: *La novela hispanoamericana del siglo XX*. Buenos Aires; Centro Editor de América Latina, 1967. 62 p. (Enciclopedia literaria; 17; España e Hispanoamérica).
- ANDERSON, ROBERT ROLAND: *Spanish American Modernism. A selected bibliography*. Tucson, Arizona; The University of Arizona Press, 1970. 167 p.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: *Historia de la literatura hispanoamericana*. México-Buenos Aires; Ediciones Fondo de Cultura Económica, 1962. 2 vols.
- ANGARITA ARVELO, RAFAEL: *Historia crítica de la novela en Venezuela*. Berlín: August Pries Leipzig, 1938. 172 p.
- : Prólogo (En: *Manuel Díaz Rodríguez*, p. XI-XXVI. Caracas; Talleres Gráficos C. A., 1964. Colección de Clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua; 10).
- ARAUJO, ORLANDO: *La palabra estéril*. Maracaibo; Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 1966. 116 p. (Monografías y ensayos; 6).
- ARRÁIZ, JUAN: *Mi ofrenda al Dr. Manuel Díaz Rodríguez*. Caracas; Tip. Universal, 1927. 16 p. (Ligeros esbozos. Galería médica).
- ARROYO ALVAREZ, EDUARDO: *Vértices de un triángulo: Cecilio Acosta, Manuel Díaz Rodríguez, Juan Pablo Sojo*. Valencia, Venezuela; Ejecutivo del Estado Carabobo, Secretaría de Educación y Cultura, 1972. 74 p.
- BECCO, HORACIO JORGE: *Fuentes para el estudio de la literatura venezolana; prólogo de Pedro Grases*. Caracas: Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, 1978. 2 vols. (Colección Manuel Segundo Sánchez).
- BLANCO-FOMBONA, RUFINO: *Letras y letrados de Hispano América*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908. 309 p.
- : *Pequeña ópera lírica. Trovadores y trovas; prólogo de Manuel Díaz Rodríguez y Rubén Darío*. Madrid: Editorial América, 1919. 242 p.
- CARDOZO, LUBIO y JUAN PINTO: *Diccionario de la literatura venezolana: Autores / dirección y compilación de Lubio Cardozo y Juan Pinto*. Mérida: Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Investigaciones Literarias, 1974. 829 p.
- CARRERA, GUSTAVO LUIS: *Bibliografía de la novela venezolana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Estudios Literarios, 1963. 69 p.
- CASTRO, JOSÉ ANTONIO: *Narrativa modernista y concepción del mundo*. Maracaibo: Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Estudios Literarios, 1973. 183 p.
- COLL, EDNA: *Índice informativo de la novela hispanoamericana: t. III, Venezuela*. Puerto Rico: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1978. 346 p.

- COLL, PEDRO EMILIO: *Palabras*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1896. 155 p.
- : *El Castillo de Elsinor*. Madrid: Editorial América, 1917. 388 p.
- : Prólogo. (En: Manuel Díaz Rodríguez, *Confidencias de Psiquis*, p. 7-16. Caracas: Monte Avila Editores, 1973. (Biblioteca Popular El Dorado; 95).
- CORREA, LUIS: *Terra Patrum*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1961. 431 p.
- CORTÉS, PASTOR: *Contribución al estudio del cuento venezolano*. Caracas: Tip. La Nación, 1945. 42 p. (Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; 50).
- DEBICKI, ANDREW P.: *Sangre Patricia, una novela de punto de vista / traducción Francisco Ugel*. Barquisimeto: Instituto Pedagógico Experimental, 1971. 33 h. (Colección Signos; 5).
- DÍAZ SEIJAS, PEDRO: *Introducción al estudio del ensayo en Venezuela*. Caracas: Editorial Atlántida, 1946. 86 p.
- : *Historia y antología de la literatura venezolana*. 4a. ed. Caracas: Ediciones Jaime Villegas, 1962. 600 p.
- : *La antigua y moderna literatura venezolana*. Caracas: Ediciones Armitano, 1966. 782 p.
- : *La novela y el ensayo en Venezuela*. Caracas: Ernesto Armitano Editor, 1972. 68 p.
- DUNHAM, LOWELL: *Manuel Díaz Rodríguez, vida y obra*. México: Ediciones De Andrea, 1959. 92 p. (Colección Studium; 25).
- : Estudio preliminar: "La vida de Manuel Díaz Rodríguez". (En: *Manuel Díaz Rodríguez*, tomo II, p. XI-XXVIII. Caracas: Talleres Italgráfica, C. A., 1964. Colección Clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua; 11).
- EARLE, PETER G. y ROBERT G. MEAD, Jr.: *Historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones De Andrea, 1973. 170 p. (Historia literaria de Hispanoamérica; VI).
- FABBIANI RUIZ, JOSÉ: *Cuentos y cuentistas*. Caracas: Edición de la Librería Cruz del Sur, 1951. 202 p.
- FLORES, ANGEL: *The Literature of Spanish America*. New York: Las Americas Publishing Co., 1966-1969. 5 vols.
- : *Bibliografía de escritores hispanoamericanos: A Bibliography of Spanish-American Writers, 1609-1974*. New York: Gordian Press, 1975. 318 p.
- FOSTER, DAVID WILLIAM: *The 20th Century Spanish-American novel. A bibliographic guide*. Metuchen, New Jersey: The Scarecrow Press, Inc., 1975. 227 p.
- FOSTER, DAVID W. y VIRGINIA RAMOS FOSTER: *Modern Latin American Literature*. New York: Frederick Ungar Publishing Co., 1975. 2 vols.
- GIL FORTOUL, JOSÉ: *Páginas de ayer*. Caracas: Editorial Elite. 1944. 491 p.

- GUERRERO, LUIS BELTRÁN: *Manuel Díaz Rodríguez o el estilista*. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1971. 15 p. (Comisión de Historia. Comité de Orígenes de la Emancipación; Opúsculos; 4).
- : *Modernismo y modernistas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978. 162 p. (Colección El libro menor: 4).
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: *Breve historia del modernismo*. México: Ediciones del Fondo de Cultura Económica, 1962. 559 p.
- HERNÁNDEZ, HUGOLINO: *Manuel Díaz Rodríguez, un mirandino*. Caracas: Venediciones, 1980. 45 p.
- INSAUSTI, RAFAEL ANGEL: *Insinuaciones críticas*. Caracas: Gráfica Stiges, 1958. 103 p.
- KEY AYALA, SANTIAGO: *Bajo el signo del Avila (Loanzas críticas)*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1974. 220 p.
- : *Obras selectas*. Caracas: Ediciones Edime, 1955. 1245 p.
- LÁREZ GRANADOS, FRANCISCO: *Manuel Díaz Rodríguez*; prólogo de Luis Villalba Villalba. La Asunción, Estado Nueva Esparta: Imprenta del Estado, 1964. X, 28 p.
- LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ, OSVALDO; AMAYA LLEBOT y GUSTAVO LUIS CARRERA: *Bibliografía del cuento venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Investigaciones Literarias, 1975. 313 p.
- LÓPEZ, CASTO FULGENCIO: *Pajaritas de papel*. Caracas: Editorial Elite, 1932. 218 p.
- MANCERA GALLETI, ANGEL: *Quiénes narran y cuentan en Venezuela*. Caracas-México: Ediciones Caribe, 1958, 654 p.
- MEDINA, JOSÉ RAMÓN: *Balance de letras (Ensayos)*. Mérida: Ediciones de la Universidad de Los Andes, 1961. 181 p.
- MONGUIÓ, LUIS: *Estudios sobre literatura hispanoamericana y española*. México: Ediciones De Andrea, 1958. 324 p. (Colección Estudios).
- MORENO GARCÍA, ALBERTO: *Manuel Díaz Rodríguez o la belleza como imperativo*. Bogotá: Editorial Kelly, 1957. 193 p.
- NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO: *Ensayos biográficos*. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1931. 112 p.
- : *Escritores venezolanos*. Mérida: Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1974. 219 p.
- OCTAVIO ASUAJE, RAFAEL: *Esquemas de vida*. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1935. 41 p.
- ORIHUELA, AUGUSTO GERMÁN: *En tono menor*. Madrid-Caracas: Talleres Artes Gráficas, 1956. 142 p.
- PASCUAL BUXÓ, JOSÉ: *La perfección del amor en los cuentos de Manuel Díaz Rodríguez*. Maracaibo: Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 1966. 198 p.

- PAZ CASTILLO, FERNANDO: *Reflexiones de atardecer*. Caracas: Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, 1964. 3 vols.
- : *De la época modernista, 1892-1900*. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1968. 429 p. (Biblioteca Popular Venezolana; 113).
- : *Manuel Díaz Rodríguez entre contemporáneos*; compilación y prólogo de Fernando Paz Castillo. Caracas: Monte Avila Editores, 1973. 2 vols. (Biblioteca Popular El Dorado; 77).
- PICÓN FEBRES, GONZALO: *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*; prólogo de Domingo Miliani. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972. 447 p.
- PICÓN SALAS, MARIANO: *Buscando el camino*. Caracas: Editorial Cultura Venezolana, 1920. 149 p.
- : *Literatura venezolana*. Caracas: Editorial Las Novedades, 1945. 270 p.
- : *Comprensión de Venezuela*. Madrid: Editorial Aguilar, 1955. 607 p.
- : *Estudios de la literatura venezolana*. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1961. 320 p.
- PLANCHART, JULIO: *Temas críticos*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1948. 448 p.
- SALVI, ADOLFO: *Apuntes para una biografía (a Manuel Díaz Rodríguez)*. Madrid: Ediciones Edime, 1954. 54 p.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. 2a. ed. Madrid: Editorial Gredos, 1968. 664 p. (Biblioteca Románica Hispánica).
- : *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1973-1976. 5 vols.
- SEMPRUM, JESÚS: *Estudios críticos*. Caracas: Editorial Elite, 1938. 102 p. (Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; 5).
- : *Crítica literaria / selección y notas de Pedro Díaz Seijas y Jesús Semprum*. Caracas: Ediciones Villegas, 1956. 411 p.
- SUBERO, EFRAÍN: *Contribución a la bibliografía de Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927)*. Caracas: Universidad Católica "Andrés Bello", Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, 1970. 165 p. (Colección bibliográfica; 2).
- TORO Y GISBERT, MIGUEL DE: *Los nuevos derroteros del idioma*. París: R. Roger y F. Chernovitz, Editores, 1918.
- TORREALBA LOSSI, MARIO: *Diez estudios sobre literatura venezolana*. Caracas: Editorial Avila Gráfica, 1950. 97 p.
- TORRES RIOSECO, ARTURO: *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1939. 468 p.
- : *Grandes novelistas de la América Hispana*. 2a. ed. Berkeley: University of California Press, 1949. 2 vols.

- : *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1961. 337 p. (Selección Emecé de Obras contemporáneas).
- UNAMUNO, MIGUEL de: *Obras completas*. Tomo VIII. Letras de América y otras lecturas. Madrid: Afrodísio Aguado, 1961. 1183 p.
- USLAR PIETRI, ARTURO: *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas: Ediciones Edime, 1958. 345 p.
- VEIRAVÉ, ALFREDO: *Literatura hispanoamericana. Escrituras, autores, contextos*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1976. 331 p.
- ZULETA, EMILIA: *Bibliografía anotada del modernismo*; recopilación y notas por Hilda Gladys Fretes y Esther Bárbara. Mendoza, Argentina: Universidad Nacional de Cuyo, Biblioteca Central, 1970. 138 p. (Cuadernos de la Biblioteca; 5).

HEMEROGRAFICA (SELECCION)

- ALVAREZ, ANTONIO R.: *Sensaciones de viaje*. (En: *El Tiempo*, Caracas, 21 de marzo de 1896).
- : *Confidencias de Psiquis*. (En: *El Tiempo*, Caracas, 26 de diciembre de 1896).
- : *Opiniones sobre Sangre Patricia*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (271): 206-211, 1º de abril de 1903).
- ARAUJO, ORLANDO: El modernismo literario; introducción a un trabajo inédito sobre Manuel Díaz Rodríguez. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (126): 7-24, enero-febrero de 1958).
- ARRÁIZ, RAFAEL CLEMENTE: *Cuentos de color; Sangre Patricia*. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (90-93): 390-392, enero-agosto de 1952).
- ARREAZA CALATRAVA, EDUARDO: Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Universal*, Caracas, 28 de agosto de 1927, p. 1-4).
- AVELEDO URBANEJA, AGUSTÍN: Panegírico de Díaz Rodríguez. (En: *Cultura Venezolana*, Caracas, (82): 16-23, julio-agosto de 1927).
- : Panegírico de Manuel Díaz Rodríguez el artista y la moral de su acción. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (11-12): 153-162, setiembre-octubre de 1939).
- CARBONELL, DIEGO: El Bolívar de D. Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Universal*, Caracas, 31 de mayo de 1944).
- CASTILLO, RICARDO JOSÉ: *Camino de perfección* (reseña crítica). (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (460): 117, 15 de febrero de 1911).
- CASTRO, JOSÉ ANTONIO: En torno a las novelas de Manuel Díaz Rodríguez. (En: *Anuario de Filología*, Maracaibo, 2-3 (2-3): 264-269, 1963-1964).

- CESTERO, TULIO M.: Notas y escorzos. Manuel Díaz Rodríguez, *Confidencias de Psiquis*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (134): 546, 15 de julio de 1897).
- COLL, PEDRO EMILIO: *Confidencias de Psiquis*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (120): 934-936, 15 de diciembre de 1896).
- : *Notas sobre la evolución literaria en Venezuela*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (219): 101-102, 1º de febrero de 1901).
- : *Idolos rotos*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (226): 321-323, 15 de mayo de 1901).
- : La guerra en *Sangre Patricia*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (264): 752-754, 15 de diciembre de 1902).
- CREMA, EDOARDO: Armonía de tendencias en *Peregrina*. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (136): 89-106, setiembre-octubre de 1959).
- DEBICKI, ANDREW P.: Díaz Rodríguez *Sangre Patricia*: a "point of view" novel. (En: *Hispania*, Connecticut, (53): 59-66, 1970).
- DÍAZ SEIJAS, PEDRO: Manuel Díaz Rodríguez. (En: *Vigilia*, Caracas, p 55-60, 1959).
- DUNHAM, LOWELL: Manuel Díaz Rodríguez, maestro del estilo. (En: *Boletín de la Academia Venezolana, correspondiente de la Española*, Caracas, (61-62): 5-105, enero-junio de 1949).
- FRASER, HOWARD M.: El universo psicodélico de *Sangre Patricia*. (En: *Hispanófila*, Madrid, (50): 9-18, 1974).
- GÓMEZ CARRILLO, ENRIQUE: Escritores americanos. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (153): 338-341, 1º de mayo de 1898).
- HENRÍQUEZ CARVAJAL, FEDERICO: *Cuentos de color*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (178): 342, 15 de marzo de 1899).
- HOLLAND, HENRY: Manuel Díaz Rodríguez, estilista del modernismo. (En: *Hispania*, Lawrence, Kansas, (39): 281-286, 1956).
- KEY AYALA, SANTIAGO: Manuel Díaz Rodríguez: el artista y la moral de su acción (En: *Boletín de la Academia Venezolana de la Historia*, Caracas, (39): 210-217, julio-setiembre de 1927).
- : Manuel Díaz Rodríguez (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (11-12): 153-162, setiembre-octubre de 1939).
- LANDAETA, LEOPOLDO: El último libro de Díaz Rodríguez. [*Camino de perfección*]. (En: *El Universal*, Caracas, 3 de mayo de 1913).
- LINARES, OSCAR: La última novela de Díaz Rodríguez. [*Peregrina*]. (En: *El Universal*. Caracas, 17 de julio de 1921).
- MATTESON, MARIANNA: Imagery in Díaz Rodríguez' *Sangre Patricia*. (En: *Hispania*, Connecticut, (56): 1014-1020, 1973).
- MONGUITÓ, LUIS: Manuel Díaz Rodríguez y el conflicto entre lo práctico y lo ideal. (En: *Revista Iberoamericana*, México, XI, (21): 49-54, 1946).

- MONTENEGRO, JOSÉ: *Cuentos de color*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (173): 156-157, 1º de marzo de 1899).
- MONTES, FÉLIX: *Confidencias de Psiquis*. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (203): 346-347, 1º de junio de 1900).
- NERVO, AMADO: Díaz Rodríguez. (En: *El Herald*, Caracas, 2 de setiembre de 1927, p. 1).
- NUCETE SARDI, JOSÉ: Nuestro patrimonio Manuel Díaz Rodríguez. (En: *Revista Shell*, Caracas, (45): 77-79, diciembre de 1962).
- ORIHUELA, AUGUSTO GERMÁN: Manuel Díaz Rodríguez, gran señor del estilo y pensamiento. (En: *Revista del Liceo Andrés Bello*, Caracas, (3): 4-28, junio-julio de 1947).
- : Manuel Díaz Rodríguez, máximo exponente del modernismo venezolano. (En: *Boletín del Instituto Pedagógico*, Caracas, II (7): 27-52, julio de 1959).
- PALACIOS, LUCILA: *Cuentos de color*. (En: *El Nacional*, Caracas, 19 de junio de 1954).
- PAREDES, PEDRO PABLO: *Sensaciones de viaje; Confidencias de Psiquis; De mis romerías*. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (87-88): 321-322, julio-octubre de 1951).
- PAZ CASTILLO, FERNANDO: Manuel Díaz Rodríguez, su vida y su obra. (En: *El Nacional*, Caracas, 1º de febrero de 1960).
- PICÓN FEBRES, GONZALO: A Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (164): 702-704, 15 de octubre de 1893).
- QUIROZ, A.: Los novelistas venezolanos. (En: *El libro y el pueblo*, México, (18): 5-17, 1935).
- RIVAS, ANGEL C.: Anotaciones. *De mis romerías*, por Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (146): 68-69, 15 de enero de 1898).
- : Anotaciones. *Cuentos de color*, por Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (174): 207-209, 15 de marzo de 1899).
- : Las novelas en Venezuela. *Idolos rotos*, por Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (227): 352-356, 1º de junio de 1901).
- SEMPRUM, JESÚS: *Camino de perfección* (ensayo crítico). (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (457): 17-18, 1º de enero de 1911).
- : Una novela criolla. (En: *Cultura Venezolana*, Caracas, II (14): 178-184, junio de 1920).
- : Del modernismo al criollismo. (En: *Cultura Venezolana*, Caracas, IV (32): 199-212, diciembre de 1921).
- SILVA, RAFAEL M.: ¿Cómo escriben los escritores? (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (63): 1907-109, 15 de marzo de 1907).

- TORO, ELIAS: Crónicas científicas. El último libro de Manuel Díaz Rodríguez. Anotaciones psico-fisiológicas. Armonías científico-literarias. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (123): 139-141, 1º de febrero de 1897).
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Sangre Patricia*, por Manuel Díaz Rodríguez. (En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, (276): 371-375, 15 de junio de 1903).
- VELASCO ARAGÓN, LUIS: Manuel Díaz Rodríguez. (En: *Cultura Venezolana*, Caracas, (47): 251-261, 1923).
- VIDAL, HERNÁN: *Sangre Patricia* y la conjunción naturalista simbolista. (En: *Hispania*, Connecticut, (52): 183-192, 1969).
- WOODS, RICHARD D.: *Sangre Patricia* and the doors of perception (En: *Romance Notes*, Chapel Hill, North Carolina, (12): 302-306, 1971).

INDICE



PROLOGO, por Orlando Araujo	IX
-----------------------------	----

NOVELAS

IDOLOS ROTOS	3
SANGRE PATRICIA	163
PEREGRINA	234

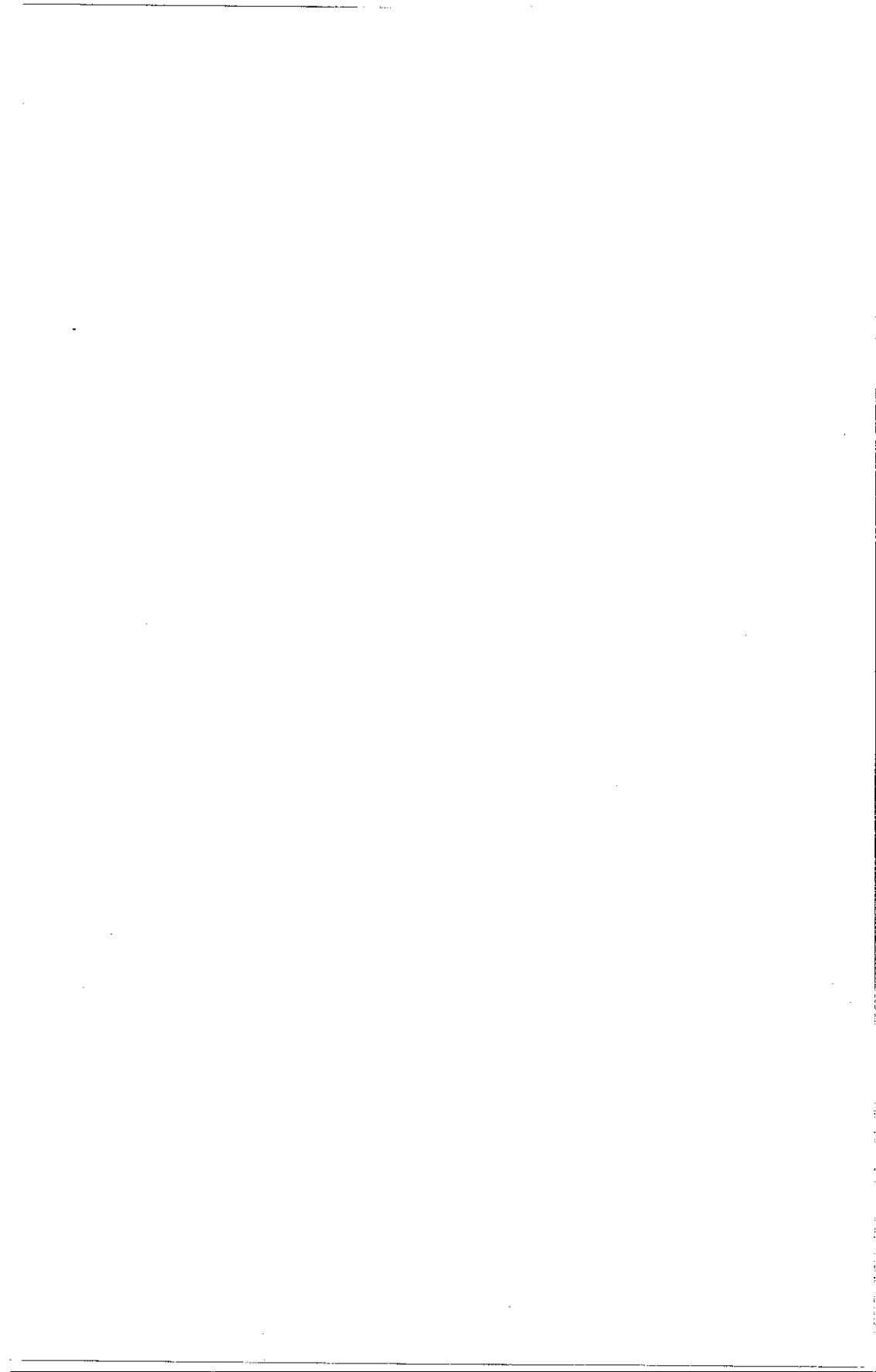
CUENTOS

TIC	319
LAS OVEJAS Y LAS ROSAS DEL PADRE SERAFIN	326
MUSICA BARBARA	336

ENSAYOS

SOBRE EL MODERNISMO	351
ALREDEDOR DE NAPOLES	358
ALMA DE VIAJERO	366

CRONOLOGIA	373
BIBLIOGRAFIA	511



TITULOS PUBLICADOS

1

SIMON BOLIVAR
DOCTRINA DEL LIBERTADOR
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología: Manuel Pérez Vila

2

PABLO NERUDA
CANTO GENERAL
Prólogo, notas y cronología: Fernando Alegría

3

JOSE ENRIQUE RODO
ARIEL - MOTIVOS DE PROTEO
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4

JOSE EUSTASIO RIVERA
LA VORAGINE
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes: Luis Carlos Herrera Molina S.J.

5-6

INCA GARCILASO DE LA VEGA
COMENTARIOS REALES
Prólogo, edición y cronología: Aurelio Miró Quesada

7

RICARDO PALMA

CIEN TRADICIONES PERUANAS

Selección, prólogo y cronología: José Miguel Oviedo

8

EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS

TEATRO RIOPLATENSE

Prólogo: David Viñas

Compilación, notas y cronología: Jorge Lafforgue

9

RUBEN DARIO

POESIA

Prólogo: Angel Rama

Edición: Ernesto Mejía Sánchez

Cronología: Julio Valle-Castillo

10

JOSE RIZAL

NOLI ME TANGERE

Prólogo: Leopoldo Zea

Edición y cronología: Mária Russotto

11

GILBERTO FREYRE

CASA-GRANDE Y SENZALA

Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro

Traducción: Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca

12

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

FACUNDO

Prólogo: Noé Jitrik

Notas y cronología: Susana Zanetti y Nora Dottori

13

JUAN RULFO

OBRA COMPLETA

Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14

MANUEL GONZALEZ PRADA
PAGINAS LIBRES - HORAS DE LUCHA
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15

JOSE MARTI
NUESTRA AMERICA
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achúgar
Cronología: Cintio Vitier

16

SALARRUE
EL ANGEL DEL ESPEJO
Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17

ALBERTO BLEST GANA
MARTIN RIVAS
Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18

ROMULO GALLEGOS
DOÑA BARBARA
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes y cronología: Efraín Subero

19

MIGUEL ANGEL ASTURIAS
TRES OBRAS
(*Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente*)
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20

JOSE ASUNCION SILVA
OBRA COMPLETA
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

529

21

JUSTO SIERRA

EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS Y OTROS TEXTOS

Selección y prólogo: Benjamín Carrión

Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24

PENSAMIENTO POLITICO DE LA EMANCIPACION

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero
y Luis Alberto Romero

25

MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA

MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS

Prólogo y notas: Antonio Cándido

Cronología: Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Elvio Romero

26

UTOPISMO SOCIALISTA

(1830-1893)

Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27

ROBERTO ARLT

LOS SIETE LOCOS / LOS LANZALLAMAS

Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28

LITERATURA DEL MEXICO ANTIGUO

Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología:

Miguel León-Portilla

530

29

POESIA GAUCHESCA

Prólogo: Angel Rama

Selección, notas, vocabulario y cronología: Jorge B. Rivera

30

RAFAEL BARRETT

EL DOLOR PARAGUAYO

Prólogo: Augusto Roa Bastos

Selección y notas: Miguel A. Fernández

Cronología: Alberto Sato

31

PENSAMIENTO CONSERVADOR

(1815-1898)

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32

LUIS PALES MATOS

POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Edición, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33

JOAQUIN M. MACHADO DE ASSIS

CUENTOS

Prólogo: Alfredo Bosi

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Santiago Kovadloff

34

JORGE ISAACS

MARIA

Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35

JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA

ARMAS ANTARTICAS

Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

531

36

RUFINO BLANCO FOMBONA
ENSAYOS HISTORICOS

Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología: Rafael Ramón Castellanos

37

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
UTOPIA DE AMERICA

Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38

JOSE MARIA ARGUEDAS
LOS RIOS PROFUNDOS Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Selección, prólogo y cronología: Dardo Cúneo

40

JOSE MARTI
OBRA LITERARIA

Prólogo, notas y cronología: Cintio Vitier

41

CIRO ALEGRIA
EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

42

FERNANDO ORTIZ
CONTRAPUNTEO CUBANO DEL TABACO Y EL AZUCAR

Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
IDEARIO POLITICO

Selección, prólogo, notas y cronología: Edmundo O'Gorman

532

44

FRANCISCO GARCIA CALDERON
LAS DEMOCRACIAS LATINAS
LA CREACION DE UN CONTINENTE

Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama y Marlene Polo

45

MANUEL UGARTE
LA NACION LATINOAMERICANA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46

JULIO HERRERA Y REISSIG
POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47

ARTE Y ARQUITECTURA DEL MODERNISMO BRASILEÑO
(1917-1930)

Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48

BALDOMERO SANIN CANO
EL OFICIO DE LECTOR

Compilación, prólogo y cronología: Gustavo Cobo Borda

49

LIMA BARRETO
DOS NOVELAS

*(Recuerdos del escribiente Isaías Caminha y
El triste fin de Policarpo Quaresma)*
Prólogo y cronología: Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

533

50

ANDRES BELLO
OBRA LITERARIA

Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51

PENSAMIENTO DE LA ILUSTRACION

(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)

Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52

JOAQUIN M. MACHADO DE ASSIS
QUINCAS BORBA

Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53

ALEJO CARPENTIER
EL SIGLO DE LAS LUCES

Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54

LEOPOLDO LUGONES

EL PAYADOR Y ANTOLOGIA DE POESIA Y PROSA

Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Edición, notas y cronología: Guillermo Ara

55

MANUEL ZENO GANDIA
LA CHARCA

Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

534

56

MARIO DE ANDRADE
OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos V.

57

LITERATURA MAYA

Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58

CESAR VALLEJO
OBRA POETICA COMPLETA

Edición, prólogo y cronología: Enrique Ballón

59

POESIA DE LA INDEPENDENCIA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducción: Ida Vitale

60

ARTURO USLAR PIETRI
LAS LANZAS COLORADAS Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61

CARLOS VAZ FERREIRA
LOGICA VIVA / MORAL PARA INTELECTUALES

Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62

FRANZ TAMAYO
OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Mariano Baptista Gumucio

535

63

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
LA TIERRA PURPUREA
ALLA LEJOS Y HACE TIEMPO
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS
VIDA DE HERNAN CORTES
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEXICO
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66

JUAN RODRIGUEZ FREYLE
EL CARNERO
Prólogo, notas y cronología: Darío Achury Valenzuela

67

TRADICIONES HISPANOAMERICANAS
Compilación, prólogo y cronología: Estuardo Núñez

68

PROYECTO Y CONSTRUCCION DE UNA NACION
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología: Tulio Halperín Donghi

69

JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 ENSAYOS DE INTERPRETACION
DE LA REALIDAD PERUANA
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

536

70

LITERATURA GUARANI DEL PARAGUAY

Compilación, estudios introductorios, notas y cronología:

Rubén Bareiro Saguier

71-72

PENSAMIENTO POSITIVISTA LATINOAMERICANO

Compilación, prólogo y cronología: Leopoldo Zea

73

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE

OBRA COMPLETA

Prólogo: José Ramón Medina

Cronología: Sonia García

74

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

CARTAS AMERICANAS

Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

Traducción: Marta Traba

75-76

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA

NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO

Transcripción, prólogo y cronología: Franklin Pease

77

JULIO CORTAZAR

RAYUELA

Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78

LITERATURA QUECHUA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú

79

EUCLIDES DA CUNHA

LOS SERTONES

Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao

Traducción: Estela Dos Santos

537

80

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
MEXICO ANTIGUO

Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81

GUILLERMO MENESES
ESPEJOS Y DISFRACES

Selección y prólogo: José Balza

Cronología: Salvador Tenreiro

82

JUAN DE VELASCO
HISTORIA DEL REINO DE QUITO

Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83

JOSE LEZAMA LIMA
EL REINO DE LA IMAGEN

Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84

OSWALD DE ANDRADE
OBRA ESCOGIDA

Selección y prólogo: Haroldo de Campos

Cronología: David Jackson

Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadloff, Mária Russotto

85

NARRADORES ECUATORIANOS DEL 30

Prólogo: Jorge Enrique Adoum

Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

Este volumen
el LXXXVI de la BIBLIOTECA AYACUCHO
se terminó de imprimir
el día 26 de febrero de 1982
en los talleres de Cromotip, C. A.
Calle del Loro, Urbanización Central,
Quinta Crespo, Caracas.
En su composición se utilizaron
tipos Garamond de 8, 10 y 14 puntos.

